

VIDA Y OBRAS COMPLETAS
de
Santa Margarita M^a de Alacoque



P. JOSÉ MARÍA SÁENZ DE TEJADA
de la
Compañía de Jesús

PRÓLOGO

I. LOS ESCRITOS DE SANTA MARGARITA MARÍA

En Paray-Le-Monial

Hace ya bastantes años tuvimos la dicha de pasar unas horas en Paray-le-Monial. De rodillas, en el presbiterio de la «Iglesia de las Apariciones», y orando al lado de las venerandas reliquias de la Santa, sentíamos aquella atmósfera iluminada por las extraordinarias revelaciones de Jesucristo a su fidelísima Esposa y caldeada por el incendio abrasador de su amantísimo Corazón. ¡Si todavía parecían flotar en el aire, vestidos «de hermosura y luz no usada», sus regaladas manifestaciones y sus apremiantes invitaciones a su amor y sus sentidas recriminaciones por nuestro desamor! ¿Cómo no prometer a este Divino Amante desairado hacer algo para satisfacer sus amorosas ansias? ¿Cómo no prometer a su regalada Esposa Margarita hacernos, dentro de nuestra pequeñez, su portavoz para extender, cuan ampliamente pudiéramos, las palabras del nuevo *Evangelio de amor* que ella oyó en aquel mismo paraje y divulgó en sus admirables escritos?

En aquellas horas de salud fue concebida esta obra. Fue nuestra primera intención llamarla *Cartas escogidas*; pero la misma Virgen de Paray fue torciendo o, mejor dicho, enderezando nuestro plan, para que resultase más completo y, por ende, más glorificador del Divino Corazón. ¿Cómo hacer la selección de las Cartas, si todas son selectas? Que si, naturalmente, se repite la Santa y hay unas más importantes que otras, pero las repeticiones no hacen sino subrayar los conceptos repetidos, y aun las menos importantes lo son mucho para el devoto del Sagrado Corazón de Jesús.

A las Cartas pronto decidimos añadir otros Escritos más notables, y publicamos, en 1943, la Vida y Obras principales, dejando los restantes en la oscuridad por las razones que indicábamos. Temíamos, además, que resultase un tomo demasiado grueso. Pero muy pronto lo sentimos. ¿No son todos bien merecedores de ver la luz pública? ¿No era defraudar a nuestros lectores de sus legítimos deseos de saborear hasta la última tilde salida de aquella pluma maravillosa? ¿No estamos ahora en los tiempos de las «Obras completas»?

Cuatro palabras más acerca de los Escritos, en general, de Santa Margarita María, y de la razón de ser de esta edición, para la más provechosa lectura de este libro.

¿Dónde se contienen los Escritos?

«El Reinado del Sagrado Corazón de Jesús». — El P. Yenveux, velado con el seudónimo de *Un Sacerdote Oblato de María Inmaculada, Capellán de Montmartre*, publicó en París, en 1897, en cinco tomos, *Le Règne du Coeur de*

Jesús ou la doctrine complete de la B. Marguerite-Marie sur la devotion au Sacré-Coeur, obra de la cual dijo el Cardenal Richard que era un segundo monumento a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús, no menos precioso que el templo material elevado en la colina de Montmartre, y que nos ofreció, en tres gruesos tomos, traducida al castellano de la segunda edición francesa por el P. Luis María Ortiz, S.I., la editorial *Razón y Fe*, el año 1910. Obra notabilísima por la amplitud de su concepción, y valiosísima por haber recogido cuidadosamente aun los más pequeños escritos de la Virgen de Paray, ordenando sistemáticamente sus fragmentos y completándolos con los necesarios conocimientos teológicos e históricos que hacen de ella una verdadera *Suma ascética de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. Pero estas mismas exigencias de la exposición doctrinal hacen que los Escritos de la Santa aparezcan desarticulados y causen la impresión de flores hermosísimas, pero cortadas del rosal y un poco marchitas.

«**Vida y Obras de Santa Margarita**». — ¿Dónde hallar estas mismas flores intactas, vivificadas todavía con la savia de los rosales en que se abrieron? ¿Dónde hallar estas plantas, aunque estén colocadas con el bello desorden con que las fue plantando Santa Margarita? Sus hermanas en Religión y herederas más directas de su espíritu, las religiosas Salesas de Paray-le-Monial, recogieron cuidadosamente, como preciosas reliquias, los Escritos de su Hermana, los ordenaron y nos los ofrecieron, el año 1867, con el título *Vie et Oeuvres de la B. Marguerite Marie Alacoque* (Paray-le-Monial y París, Poussielgue). Agotada a los diez años la edición, hubo de hacerse la segunda en 1876; casi idéntica a la primera. Son dos tomos; contiene el primero la vida de la Santa, compuesta por las *contemporáneas*, y varios Procesos, Memorias y Noticias. Abarca el segundo tomo las Cartas de la Santa, su Autobiografía, sus Avisos a las novicias, sus Oraciones, sus Cánticos y una Tabla analítica de materias.

Sumamente estimable es esta obra. Sin prejuicios de ordenación sistemática de la doctrina, sino con el único fin de publicarlos como los compuso la Virgen de Paray, nos ofrece sus Escritos muy bien *encuadrados* en el marco histórico y geográfico de aquellos tiempos.

Pero ¿sería capaz de resistir este monumento literario, ya clásico, de Paray-le-Monial, los vientos, a veces huracanados, de la crítica moderna, tan remilgada y escrupulosa que fácilmente se convierte en hipercrítica? Ciertamente que está *plenamente demostrado que aquellas editoras jamás modificaron, ni accidentalmente, las ideas de Santa Margarita*; pero también lo es que, en no pocos casos, sacrificaron a la corrección estilística, al atildamiento literario, la exactitud de los textos; y así fácilmente se tomaban la libertad de modificar las expresiones originales para corregir los que se imaginaban (muchas veces equivocadamente) descuidos e incorrecciones. Impericia o tosquedad de aquellas religiosas, exclamará algún crítico malhumorado. No; sino tributo

pagado a la costumbre, no laudable ciertamente, de aquellos tiempos, de sacrificar la exactitud del original en aras del vano deseo de hacer literatura.

Edición crítica. — Gracias a Dios, gozamos ya de una edición rigurosamente exacta de los Escritos, según salieron de la inspirada pluma de Santa Margarita. ¿Qué a nosotros que adolezcan de algunas incorrecciones; que no tengan el atildamiento académico que echará quizás de menos algún aristarco? Tanto mejor; señal más clara de la sinceridad de la Santa. Ni ¿cómo pedir lindezas de estilo a una pluma que escribía de prisa, por pura obediencia, impedida de releer y menos de corregir lo que iba componiendo, manejada por una mano imperita?

Esta edición nos la dio, en 1915, el ilustrísimo Arzobispo de Besançon, Mons. Gauthey, con el mismo título de la de Paray-le-Monial, de la cual viene a ser tercera edición, bien que «completamente refundida y notablemente aumentada» (París, Gigord). A los dos tomos de aquella: 1º, *Vida*; 2º, *Obras*, añade el 3º, *Documentos*, divididos en tres partes. Léase el prólogo general y los prólogos particulares que el ilustrísimo Prelado puso a los tres tomos; recórranse las numerosas referencias, actas y disposiciones de todo género que avaloran la edición, y quedará satisfecha la crítica más descontentadiza.

Muy merecidos son los grandes elogios contenidos en la «Carta gratulatoria de S.S. Benedicto XV» al autor. Para acertar más seguramente, después de reunir los mismos textos de Margarita en sus autógrafos o, en su defecto, en las copias más autorizadas, los ha discutido, ilustrado, ordenado y así nos ha podido dar, al cabo de diez años de trabajo, la edición que podemos llamar *definitiva* de los Escritos de Margarita María. Y aún teme el venerable editor «haber quizás exagerado la crítica de los hechos y de las citas»; bien que, añade muy acertadamente, no tiene sino una semi-contrición de estas culpas, si merecen el nombre de tales.

No les cabe pequeña gloria en la erección de este monumento a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús, y de su predilecta escogida, a las actuales Salesas del mismo Paray; «durante diez años –dice Mons. Gauthey–, la Hermana encargada de los archivos, ayudada de algunas de sus compañeras, nos ha prestado apoyo, aliento y estímulo». «Esta publicación es obra, ciertamente, de Paray-le-Monial».

Caracteres de estos Escritos.

La unción del Espíritu Santo. — Abrid, lectores míos, al azar estas páginas admirables, y os quedaréis asombrados. «Contienen palabras de una grandeza divina que sobrepujan, con mucho, el alcance del espíritu de la humilde religiosa. Vienen, evidentemente, de más alto». En cierta ocasión: «Te haré tan pobre, vil y abyecta a tus ojos –le dice Jesucristo– y te destruiré de tal modo en lo íntimo de tu corazón, que podré edificarme sobre esa nada». «Nuestro corazón es tan pequeño –dice Margarita por su cuenta–, que no tiene cabida para dos amores, y habiendo sido creado para el amor divino no puede tener descanso si da

entrada al amor humano». ¿No diríais que habla aquí, no la joven de Verosvres, sino San Agustín o Santa Teresa, y aun San Juan de la Cruz?

Estilo de la Santa. — Sólo dos años estuvo de pensionista en las Clarisas de Charolles, y aun en este tiempo estuvo enferma. Ni parece que hiciese en esta ocasión grandes progresos en las letras; de todos modos, a juzgar por sus Escritos, es evidente que poseía el francés tan bien como las personas instruidas de su tiempo.

Le costaba mucho escribir; no lo hacía más que por obediencia y sin ninguna preparación; pero la inspiración de lo alto, que obraba en su alma, se reflejaba en su estilo, que es sencillo al par que elevado. La frase es, a veces, confusa; pero la expresión es siempre clara y precisa. Tiene el modo de expresarse de su siglo, que consistía en decir lo que se pretendía, dando a las palabras toda la significación que tienen en su raíz o por su analogía. Así es que se encuentran en sus Escritos páginas que tienen la galanura del siglo XVII, y no desdican de las *Elevaciones* de Bossuet sobre los misterios. Su razonar es discreto, marcado con el sello del juicio y discernimiento francés. Expresa altísimas verdades bajo una forma que cautiva. Formula con claridad, máximas espirituales, comparables a las de los mejores maestros: San Agustín, Santa Teresa y aun San Juan de la Cruz.

Si no es inferior a sus contemporáneos por la forma, Santa Margarita es incomparable como maestra de la vida espiritual. Sustentada con las tradiciones salesianas, participa de la fortaleza de Santa Juana Francisca de Chantal y de la suavidad de San Francisco de Sales. Discreta, prudente, paciente, indulgente, sabe mostrarse, cuando es necesario, enérgica y firme. Se apoya en fundamentos sólidos: la humildad, la obediencia, la abnegación; después, irradia sobre las almas el amor y la bondad de Dios, llevándolas a entregarse sin reserva a la acción de su gracia. Y a proporción de los esfuerzos, del abandono y de la unión, promete el descanso, la paz, la plenitud .

Su gran misión. — Fue, sobre todo, dar a conocer al Sagrado Corazón de Jesús; ella le vio en sus divinas manifestaciones; midió, en la medida que Dios le permitió, sus misteriosas dimensiones: anchura, longitud, altura, profundidad. Se sumergió en esta contemplación. Instruida sobrenaturalmente, se compenetró en su oración de las lecciones del Divino Maestro y se las asimiló plenamente.

Así que, cuando habla de ellas, es como el profeta cuyos labios tocó un carbón encendido. Su palabra es ardiente, abrasada; encuentra acentos poderosos y de una elocuencia irresistible. Los que quisieren probarlo, encontrarán que, leyendo atentamente sus Escritos durante algunos instantes, su corazón se abrasa, su alma se eleva. Se encuentran palabras que tienen incomparable belleza teológica, mística y aun filosófica; por donde se descubre bien la intervención de Aquel que hizo hablar a los profetas y que hace elocuentes a los sencillos.

Si la sierva de Dios emplea con frecuencia fórmulas de duda o de inseguridad, no es que haya incertidumbre en su espíritu: obedece al consejo de su Director y de la M. Greyfié, que la habían recomendado que emplease este modo de hablar humilde y modesto.

Pero lo que excede a todo cuanto acabamos de decir, es la acción del Divino Espíritu en su alma. Las gracias inefables con que Dios la favorece, la confunden. «Tiene un verdadero lirismo de abatimientos, y como sabe que no puede parecerse a su Maestro sino en sus anonadamientos, en sus dolores, en su pasión, tiene sed ardiente de ser humillada y de sufrir. Es, al pie de la letra, la locura de la cruz, que es la última palabra de la santidad en la tierra». A sí se expresa el más profundo conocedor de los Escritos de la Santa, Monseñor Gauthey.

Precisamente este carácter sombrío, digámoslo así, de sus Escritos, sobre todo de su *Autobiografía*, proyecta fuertemente su tristeza sobre la fisonomía de la Virgen de Paray. Se la tiene vulgarmente por una Santa nada alegre. No se puede negar que su vida es realmente oscura y se desliza toda ella al pie de la cruz o entre los olivos de Getsemaní. Y más si se la compara –como se hace de ordinario– con nuestra gran Santa la alegrísima Virgen del Carmelo. El contraste es obvio.

No es ésta la ocasión de vindicar a la gran Santa de la Visitación. Pero es lo cierto que era de natural muy bondadoso y de afectuosísimo trato. «Era –dice Mons. Gauthey– de naturaleza recta, enteramente sincera; alma pura, abnegada, tierna y de corazón muy afectuoso. Tenía un carácter jovial, un como resplandor de alegría, un encanto lleno de atractivo; preciosa florecilla del campo, fresca y fragante como un lirio. Más de una vez se la ha comparado –y por cierto que a ello convidaba su nombre– con las margaritas de pétalos blancos y corazón de oro, cuyas delicadas corolas hace balancear la brisa de los campos charoleses. Lo que realizaba todas estas cualidades y las llenaba de encantos era su adorable candor. Todo en ella era diáfano y cristalino. Por eso mismo, las cosas de la tierra no tenían atractivo para ella; su alma ardiente aspiraba en seguida a lo que le parecía más generoso y elevado. El mundo solicitaba su corazón; pero ella correspondió con desdén».

Despreció, efectivamente, en el siglo muchos y excelentes partidos, haciendo violencia a su corazón cariñoso para no ser infiel al Divino Amante que, implacablemente, la perseguía. Ciertamente que su vida religiosa fue el tipo y la realización del ideal del alma víctima del Divino Corazón; y ¿cómo no estar profundamente apenada y hambrienta de humillaciones y padecimientos reparadores aquella doncella delicada, que tenía continuamente delante de sí a su Divino Esposo humillado, despreciado, desairado? Pero ¡cuántos gozes íntimos en medio de sus inmolaciones! ¡Cuántas expansiones de purísima alegría al ver los triunfos del Corazón de Jesús!

Oíd lo que recomendaba a sus novicias: «Os encargo en especial que estéis alegres, joviales y contentas, porque ésta es la señal verdadera del espíritu de Dios, que quiere ser servido con paz y alegría». ¿Y no poseía ella el espíritu de Dios? No es, ciertamente, su carácter como el de nuestra Santa Teresa; pero es una Santa que, cuanto más se la conoce, más irresistiblemente atrae, más simpática se hace. Sus mismas sombras de dulce tristeza nos la hacen más amable. Vosotros, lectores míos, lo veréis.

¿Cómo escribía Santa Margarita? — Escritos notabilísimos los de esta Santa, avalorados con tales caracteres, que muestran bien a las claras su origen divino. Que no escribía Santa Margarita por ligereza o por gusto, sino por pura obediencia y venciendo terribles repugnancias de su humildad, que ansiaba quedar sepultada en eterno olvido de todo el mundo; y no escribía sus propios discursos o invenciones, sino lo que tan maravillosamente le iba manifestando su Divino Maestro. Éste le promete especial asistencia y aun le dicta, en muchos casos lo que ha de decir. «¿Por qué rehúsas —le dice el Señor cuando va a escribir la *Relación* exigida por la M. de Saumaise— obedecer a mi voz y poner por escrito lo que viene de Mí y no de ti, que no tienes otra parte en ello que una simple adhesión? Considera lo que eres y lo que mereces y podrás conocer de dónde viene el bien que posees».

Y al escribir la *Autobiografía* y quejarse al Señor: «¡Ay, Dios mío! ¿Cómo acordarme de lo que ha pasado hace más de veinticinco años?» «¿No sabes —le responde el Señor— que soy la Memoria eterna de mi Padre celestial, que jamás olvida nada, y en la cual lo pasado y lo futuro son como presente? Escribe, pues, sin temor, todo según yo te lo dictare, prometiéndote derramar la unción de mi gracia en lo que escribas, a fin de ser Yo glorificado».

Pues ya no nos extrañemos de que, por respeto a su Divino Maestro, cuando estaba sola, escribía de rodillas con tanta aplicación como si estuviera en la iglesia.

«Cuando me pongo a escribir —dice la Santa al P. Croisset—, después de haberme puesto de rodillas como una discípula delante de su maestro, voy escribiendo según lo que Él me dicta, sin tener ningún cuidado ni pensar en lo que escribo; y me hace sentir grandes humillaciones, tanto por el temor que tengo de decir lo que yo quisiera callar y tener oculto, como por el temor de repetir siempre lo mismo, pues tengo prohibición de volver a leer las cartas que escribo, porque, cuando lo hacía, no me podía contener sin romperlas o quemarlas».

Los pensamientos que la Santa transmite no son sus propios pensamientos, sino los leídos en el libro de la vida, en el mismo Corazón de Jesús, que le estuvo abierto cerca de veinte años; los inspirados por Jesús con algún género de asistencia más elevada que el piadoso impulso o asistencia ordinaria que, dicen los teólogos, suele conceder Dios Nuestro Señor a los escritores católicos.

Lea cualquiera, sin prevención de ninguna clase, con recta intención, las páginas de la Santa de Paray, y la verá retratada a ella misma de cuerpo entero, y no podrá menos de admirar, no sólo la pureza exquisita de la doctrina y el modo de expresarla, cosas ambas maravillosas en una mujer de poquísimas letras, sino también la altísima doctrina ascética, mística y aun teológica que contienen; y se sentirá penetrado de la suave e irresistible unción que el Señor les prometió «para atraer muchos corazones a su amor», y no podrá menos de asentir con el P. de La Colombière antes prevenido contra la Santa: «El buen Dios no se descubre a mí como a ella... Bendito sea Dios eternamente, que se digna ilustrarnos a nosotros, pobres ciegos, por medio de las luces de las personas que se comunican más íntimamente con Él. ¡Qué sabia y qué ilustrada la juzgo! Estoy persuadido de que Dios se comunica a ella de una manera especialísima».

Cuanto más atentamente se examinen estas páginas admirables, mejor; más claramente se verá verificada la promesa del Señor, cuando urgía a la Santa a escribir: «... Para hacerte ver que soy la Verdad eterna que no puedo mentir, que soy fiel a mis promesas y que las gracias que te hice pueden resistir todo género de exámenes y de pruebas». ¿Qué concluir de todo esto, sino que los Escritos de Santa Margarita de Alacoque constituyen el *Evangelio del amor*, de la preciosa devoción?

Valor de las manifestaciones extraordinarias que cuenta. – El ilustre editor de la *Vida y Obras* ha demostrado palmariamente que éstas son históricamente ciertas; es decir, que de hecho nos las ha transmitido la evangelista del Sagrado Corazón. Pero ¿son también teológicamente ciertas, es decir, se las comunicó a ella el Corazón de Jesús?; ¿son, en algún sentido, palabra de Dios?

Sabido es que, aun dando por ciertas las comunicaciones sobrenaturales del Señor con algún alma escogida (cuya posibilidad no puede negarse y de cuya existencia, en casos particulares, nos asegura el fallo de la Iglesia de varios modos expresado), media una distancia inmensa entre las verdades reveladas a toda la Iglesia y por ésta propuestas como tales –y son las que constituyen el *depósito de la fe*– y las descubiertas a alguna persona particular. Aquéllas hay obligación estricta de creerlas como verdades de fe; éstas, aunque se supongan verdaderas, es decir, reveladas de hecho, no tienen obligación estricta de creerlas más que las personas a quienes el Señor se las ha manifestado, si están acreditadas por los debidos motivos de credibilidad de que el mismo Señor las puede revestir.

Claro está, también, que la aprobación que la santa Iglesia da a tales revelaciones no significa sino que:

- A) en ellas nada se encuentra contra la fe y las buenas costumbres, y que
- B) se hallan revestidas de tales caracteres de credibilidad, que pía y prudentemente, y sin nota de ligereza ni superstición, se pueden creer con fe humana y leerse para edificación de los fieles.

«Y aunque siempre hay que andar con cautela y circunspección en admitir las tales revelaciones, sin embargo, el rechazarlas de plano, sin atender a lo grave de las razones que prueban su origen divino, es impropio de todo hombre sabio y prudente. Más aún; después que la Iglesia ha aprobado al modo dicho algunas revelaciones, no es lícito negarlas o despreciarlas» (Nix, S.I., *Cultus SS. Cordis Iesu*, pág. 79).

A hora bien; tratándose de la gran Santa del Corazón de Jesús, la Iglesia ha declarado solemnemente la integridad y santidad de su vida en el Breve de su beatificación y en la Bula de su canonización; ha mandado buscar «cuidadosamente todos los Escritos atribuidos a la sierva de Dios, a fin de someterlos a la censura teológica. Habiendo sido pesados y examinados con cuidado y atención por un teólogo nombrado a este efecto, y habiendo seguido después un informe fiel en la Asamblea ordinaria de los Sagrados Ritos, se ha establecido y demostrado que en estos Escritos y Cartas no hay nada que merezca la censura teológica».

II. RAZÓN DE SER DE ESTA EDICIÓN

¿Por qué la hemos hecho?

Para glorificar al Divino Corazón y a su fidelísima sierva. Efectivamente: está por encima de toda discusión que todo el que quiera imponerse bien en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, el que quiera empaparse en el genuino espíritu de la misma, según ahora se practica en todo el orbe católico, ha de acudir a los manantiales de la misma: a los Escritos de la escogida por el mismo Jesucristo para *evangelista de su Sagrado Corazón*.

Son estos Escritos la más caudalosa fuente *histórica* y *ascética* –no *teológica*– de la preciosa devoción. Y es que tenía la Virgen de Paray una elocuencia inagotable para exponer sus riquezas, sus beneficios, sus ventajas. Si la lectura de su *Vida* nos propone ejemplos muy eficaces para abrazarla en toda su amplitud, la de sus Escritos derrama luces muy vivas que iluminan el alma y dejan una impresión fuerte y bienhechora.

Porque está sobre toda duda, que su gran misión fue dar a conocer el Corazón del Verbo Encarnado, repetir sus promesas y conquistarle muchas almas. Y esta misión no terminó con su existencia en la tierra, sino que la continúa desde la Patria con sus maravillosos Escritos. Así se lo predijo muchas veces su Divino Maestro. Leedlos, y no os podréis resistir a un apostolado tan seductor. Aspiraréis tal aroma de virtud y de gracia, que os sentiréis atraídos al bendito Corazón del Salvador.

Encierran sus palabras riquezas que no descubriréis sino leyéndolas y meditándolas una y otra vez. «Nos sucedía con frecuencia –atestigua el Señor

Arzobispo de Besançon—, al repetir una lectura por la vigésima o centésima vez, recibir luces nuevas que nos dieron explicaciones que no habíamos comprendido hasta entonces. Éste es el privilegio de los Escritos inspirados por el Espíritu de Dios».

¿Cuál es la actual devoción al Corazón de Jesús? — Tened muy presente, lectores míos, que la actual devoción al Corazón de Jesús es precisamente la misma que nos transmitió la Virgen de Paray, en cumplimiento de la «misión a ella divinamente confiada», decía León XIII. Esto no necesita demostración. Quitad del medio la *Vida* y los Escritos de Santa Margarita; ¿cómo explicaréis entonces el hecho, que se nos mete por los ojos, de la existencia de la preciosísima devoción, tan dilatada en su extensión, tan general en su práctica, abrazada ya por toda clase de personas, tan fecunda en frutos espirituales, tan poderosamente atractiva, que hace gravitar a su alrededor el mundo moderno espiritual; tan dulce, tan fuerte, tan sólida, tan divina?

Y notad, además, que la Santa Visitandina escribió para *nosotros*. «Mi divino Salvador me ha dicho que las gracias que iba a concederme no eran tanto para mí como para aquellos a quienes Él me enviaría, a los cuales debería yo responder, sencillamente, lo que me viniera al pensamiento, porque a ello uniría Él la unción de su gracia, con la cual atraería muchos corazones a su amor».

Ediciones anteriores de las Obras

Fue la primera la meritísima *Historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en la vida de la V. Madre Margarita María*, escrita por Mons. Languet, Obispo de Soissons. Obra clásica y la más autorizada de todas las *Vidas* de la Virgen de Paray. En sus páginas, y principalmente en los libros VI y VII, incluye algunas *Cartas*, varias *Oraciones y Prácticas* piadosas y muchos *Avisos y Desafíos*. Y aun, según nuestras noticias, es éste el único libro en que aparecen éstos vertidos al castellano. Impresa en Salamanca el año 1731, hace muchos años que sus ejemplares son codiciados por los bibliófilos.

Muchos lustros corrieron hasta que apareció la primera edición de la *Vie et Oeuvres* de que al principio tratamos. La tercera es la tantas veces mencionada de Mons. Gauthey.

Traducción castellana. — Las religiosas del primer Monasterio de la Visitación, de Madrid, han franqueado la entrada en estos bellísimos jardines de la preciosísima devoción, a todos los que poseen el castellano, con la publicación, en nuestra lengua, de la edición de Gauthey en 1921 (Tipografía Católica: San Bernardo, 7, Madrid); fiel y castiza en el fondo, bella y nítida en la presentación tipográfica. Y aun le saca ventaja a la edición francesa, por venir avalorada con la Bula de canonización de nuestra Santa (texto latino y traducción castellana), que no podía traer aquélla por ser anterior al fausto suceso.

Gran favor han hecho estas religiosas de la Visitación, de Madrid, a los devotos, y más propaganda debían haber hecho de esta traducción.

Juzgamos, con todo, que todavía está poco accesible a los tales este tesoro preciosísimo, estas pepitas de oro escondidas, sobretodo, en el segundo tomo. ¿Cómo divulgar, cómo popularizar unos Escritos presentados en tres gruesos volúmenes, difíciles de manejar, aun tomados por separado, fuera de la mesa de trabajo? Ya, desgraciadamente, no se puede hablar de esta edición española. Todo el depósito, bastante numeroso, que tenían las Salesas de Madrid, durante la Cruzada fue pasto de las llamas encendidas por los rojos.

Las Cartas. — ¿Mas no apareció en Valladolid una edición de sus Cartas? Sí; otra religiosa de la Visitación las tradujo de la segunda edición de Paray y las publicó el 1894 (Talleres de Cuesta); mas ni es un portento de presentación tipográfica, ni deben de quedar ya, hace muchos años, ejemplares en el comercio. Además de que ahora ha perdido gran parte de su oportunidad con la edición crítica de Mons. Gauthey.

El año 1913 apareció en Madrid («Sucesores de Rivadeneira») otra obrita: *Párrafos de las Cartas y Escritos de la Beata Margarita María de Alacoque* traducidos por una religiosa de la Visitación. Pero mucho más merece una Santa tan grande.

Hace pocos años ha publicado el P. F. Alcañiz, S.I., dos tomitos de *Cartas principales, dispuestas para la meditación*. Excelentes para su fin, pero que no pueden satisfacer los anhelos de los devotos del Divino Corazón y de su Santa evangelista.

¿No está bien justificada la aparición de este libro?

Cómo hemos hecho esta edición

Pretendemos presentar a nuestros lectores una edición manual, clara, popular, de las Obras completas de Santa Margarita. Nada de farragosa erudición; que no nos hemos propuesto servir a los eruditos, los cuales tienen ya otras más fundamentales, sino dar lectura sustanciosa y edificante a los devotos.

Nada tampoco de disquisiciones críticas. ¿Es que menospreciamos la crítica? Al contrario, la estimamos todo cuanto vale. Pero esta labor crítica, necesaria, aunque enojosa, ya nos la da hecha el Excelentísimo Arzobispo de Besançon, tantas veces citado. Acudan a él los críticos y eruditos. «Reproducimos –dice él– los autógrafos escrupulosamente casi al pie de la letra, limitándonos a escribir los textos con la ortografía moderna. Si fue preciso suplir algunas palabras olvidadas por la sierva de Dios –lo que nadie extrañará, si se recuerda que le estaba prohibido volver a leer lo que escribía–, hemos puesto estas palabras entre paréntesis. En cuanto a las frases incompletas o defectuosas, las dejamos como

estaban, guardándonos de enmendar el estilo, por temor de quitarle algo de su verdadero encanto.

«Respecto de los otros, que no son más que copias hechas poco después de la muerte de la Santa por las religiosas de la Visitación, quisimos reproducirlos también muy exactamente, poniendo todo nuestro cuidado en reconstruir el texto más exacto, y anotando al margen del texto escogido para el conjunto de un fragmento, las variantes principales de los otros».

Estas variantes, y lo mismo las fechas, cuando no pasen de probables, las hemos incluido nosotros (cuando valían la pena) en paréntesis cuadrados, y en redondos y con bastardilla, para ahorrar las notas, algunas palabras aclaratorias. Hemos puesto al principio de cada escrito, en negritas, el sumario respectivo, y en notas las aclaraciones necesarias o convenientes.

Hemos traducido, con toda la fidelidad que nos ha sido posible, el texto de la Santa, según nos lo da Mons. Gauthey. Sólo nos hemos permitido, para añadir claridad sin restar exactitud, algunos cambios de puntuación.

No nos queda sino agradecer públicamente a las Religiosas Salesas del primer Monasterio de Madrid, la generosa facilidad que hace ya más de diez años nos dieron para publicar la presente edición. «De ningún modo –nos escribían– queremos estorbar sus planes, sobre todo cuando son para gloria del Corazón de Jesús. Puede publicar las obras como desea, y sea para bien de las almas y para que prenda en ellas el fuego del amor a este amorosísimo Corazón». Éste ha sido nuestro único intento, y no aspiramos a otro galardón, si alguno merecemos. Por esto hemos trabajado esta publicación *cum amore*.

¡Tomad y leed!

¿Queréis explotar las inagotables riquezas encerradas en el arca de todos los tesoros de Dios, el Sacratísimo Corazón de Jesús? ¡Tomad y leed! Santa Margarita os da la llave. ¿Queréis caer en la cuenta de lo que es el Corazón de todo un Hombre-Dios hecho un volcán de amor para con los hombres desagradecidos? Leed y meditaad su *Vida* y sus seráficos Escritos, que en ellos está delineada la imagen de lo que debe ser el perfecto amante y apóstol del Divino Corazón.

Que la Santa evangelista del Corazón de Jesús, la admirable Virgen de Paray, la suavísima Santa Margarita María, derrame sobre este humilde trabajo las bendiciones que el mismo Sacratísimo Corazón le prometió derramar sobre cuanto ella escribiera bajo su inspiración. Que tome como suyo este libro, que no pretende ser sino el eco fiel de aquellas divinas manifestaciones, de aquellas sentidísimas quejas que, ¡ay!, deberían partirnos el corazón de amor y de dolor, y que ella oyó en el coro bajo de Paray-le-Monial.

Bilbao, 17 de octubre de 1943, Fiesta de Santa Margarita María.

Prólogo

* * *

¡Gloria al Divino Corazón y a su fiel evangelista! Agotada, contra todas nuestras previsiones, en tres años escasos, la segunda edición de 3.000 ejemplares, hemos tenido que apresurarnos a preparar esta tercera. ¡Cómo se va dilatando el **Reinado del amor** en los corazones! Además de haberla enriquecido con los Escritos que en la primera faltaban (*Autobiografía, Memoria de la M. de Saumaise, Fragmentos, Sentimientos de sus Ejercicios, Oraciones y Cánticos*), la hemos retocado diligentemente en el estilo. Bendíganla, también, el Corazón del Salvador y la Virgen de Paray.

Bilbao, redacción de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 28 de junio de 1946, Fiesta del Amor.

JOSÉ M^a S. DE TEJADA, S.I.

ADVERTENCIAS SOBRE LA VIDA

Fue nuestro primer intento esbozar solamente la Vida de la Santa, como parte de este prólogo. Mas pronto vimos que un mero esbozo, sobre ser cosa muy mezquina para encerrar una vida tan portentosa, ni hubiera satisfecho los deseos de nuestros lectores, ni hubiera bastado para ilustrar las Obras de la Santa. Optamos por escribir una *Vida* más dilatada. Todo lo suficiente para satisfacer la piadosa curiosidad de los lectores, y para dar todas las explicaciones necesarias, y aun convenientes, para la cabal inteligencia de los Escritos.

Tal es la Vida que os ofrecemos, caros lectores; compuesta con aquella preciosa *brevitas integra* que recomiendan los críticos literarios; es decir, que no omitimos ninguno de los hechos dignos de mención, y procuramos exponerlos con estilo ceñido para que resalten más.

De la escrupulosa exactitud de cuanto decimos respondemos confiadamente, pues apenas hemos hecho otra cosa que compendiar la magnífica *Vida* escrita por el P. A. Hamon, S.I., el más profundo conocedor actualmente de vida tan maravillosa. No aspiramos, claro está, a ser originales; pero sí exactísimos en todo.

VIDA

CAPÍTULO I

LA PREPARACIÓN (1647-1673)

La niña inocente.—La doncella pura.—La amada de la Virgen.—Toda para Dios.—La amante de Jesús.—La joven compasiva.—El mundo la solicita.—Jesucristo la llama.—La Santísima Virgen la ayuda.—Margarita triunfa.—La elegida por el Divino Corazón.—El noviciado.—¿Tendrá que salir de la Visitación?—La M. María Francisca de Saumaise.—Hace, por fin, la profesión.—El primer año de profesa.—«Nada quiero sino vuestro amor y vuestra cruz».

La niña inocente

Nació Margarita en el pueblecito de Verosvres de la Borgoña (región entonces de España), en el centro de Francia, el 22 de julio de 1647. Su padre era Notario real. Fue su madrina una noble señora, que se la llevó a los cuatro años a su castillo de Corcheval. Se vio rodeada de lujo y de placeres; pero cierta especie de instinto, que Jesús le había dado, de recato virginal, hizo que conservara nítida su inocencia bautismal.

«Único amor mío —nos dirá después ella misma en su Autobiografía—, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndoos dueño y poseedor de mi corazón, aunque conocíais bien la resistencia que había de haceros! No bien tuve conciencia de mí misma, hicisteis ver a mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazón un horror tal, que la más leve mancha me era un tormento insoportable; y para refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenía mi ligereza y me retraía de lo que ansiaba ejecutar».

La doncella pura

«Sin saber lo que bacía, me sentía continuamente impulsada a decir estas palabras: *Dios mío, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad*. Un día las dije entre las dos elevaciones de la Santa Misa, que de ordinario oía con las rodillas desnudas en tierra, por frío que hiciese. No comprendía lo que quería decir la palabra voto, ni tampoco esta otra, castidad. Toda mi tendencia era ocultarme en algún bosque, y nada me detenía sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio».

Mas no era adusta Margarita. Al contrario, era muy dulce y amable; daba gusto, en cuanto podía, a sus amiguitas y a cuantos la rodeaban. De aquí precisamente le vino algún ligero peligro para su inocencia.

«Mas también fui –dice ella– culpable de grandes excesos. Pues una vez, en tiempo de carnaval, estando con otras compañeras me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida; así como también de la falta que cometí usando vanos adornos, por el mismo motivo de complacer a las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumento de su divina justicia para vengarse de las injurias que le hice pecando».

La amada de la Virgen

Pronto se le murió su padre y la llevaron a educar a un Colegio de Clarisas, donde hizo su primera Comuni3n antes de los nueve a3os.

«Esta Comuni3n derram3 tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no pod3a ya hallar gusto en ninguno, aunque los buscara con ansia. Pero ca3 en un estado de enfermedad tan deplorable, que pas3 como unos cuatro a3os sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por eso no me dejaron all3 (en el Colegio) m3s que dos a3os. No pudo hallarse en definitiva otro remedio a mis males que el de consagrarme con voto a la Sant3sima Virgen, prometi3ndole que, si me curaba, ser3a una de sus hijas. Apenas se hizo este voto, recib3 la salud acompa3ada de una nueva protecci3n de esta Se3ora, la cual se declar3 de tal modo due3a de mi coraz3n, que, mir3ndome como suya, me gobernaba como consagrada a Ella, me reprend3a mis faltas y me ense3aba a hacer la voluntad de Dios».

Toda para Dios

El natural complaciente de Margarita, su coraz3n afectuoso, su propensi3n a la vanidad mujeril, la hubieran sacado del estrecho camino de la virtud, de no hab3rselo cercado Jes3s con las espinas de la tribulaci3n. Era que la quer3a toda para s3.

«Recobrada –dice– la salud, no pens3 ya sino en buscar mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado el cumplimiento de mi promesa. He aqu3 c3mo pas3: Apenas comenc3 a gozar de plena salud, me fui tras la vanidad y afecto de las criaturas, halag3ndome el que la condescendiente ternura que por m3 sent3an mi madre y mis hermanos me dejara en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar a ellas todo el tiempo que deseara... Mi madre se hab3a despojado de su autoridad en casa para trasmitirla a otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos ni ella ni yo en mayor cautividad. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave...»

La amante de Jes3s

Jes3s se sirvi3 de esto para atraerla hacia s3.

«Desde este tiempo –dice– todos mis afectos se dirigieron a buscar mi completa dicha y consolación en el Santísimo Sacramento del Altar. Pero, hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podía ir a ella sin el permiso de esas personas.

Después de esto pasaba las noches como había pasado el día: vertiendo lágrimas a los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó que quería ser el dueño absoluto de mi corazón. Delante del Santísimo Sacramento me encontraba tan absorta, que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin comer ni beber, y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia como un cirio ardiente, para devolverle amor por amor. No podía quedarme en el fondo de la iglesia; y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento. No juzgaba felices ni envidiaba sino a las que podían comulgar con frecuencia y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor Sacramentado... Procuraba ganar la amistad de las personas aquéllas, a fin de obtener momentos libres para dedicarlos al Santísimo...»

La joven compasiva

«La más áspera de mis cruces –dice la Santa– era el no poder suavizar las de mi madre, para mí cien veces más duras de soportar que las propias. Pero mi Divino Maestro me consolaba y sustentaba con una conformidad perfecta a su voluntad santísima.»

También era muy compasiva Margarita con los pobres, y más si eran niños. Los socorría, los servía, y aun llegó a besar sus llagas, viendo en ellos la imagen de Jesucristo. Y ¡qué pena le daban, si no conocían a Dios! Se hacía su madre y maestra.

El mundo la solicita

¡Pobre joven! Su corazón se convirtió en un campo de encarnizada lucha entre Dios y el mundo.

«El diablo suscitaba muchos buenos partidos, según el mundo, los cuales me asediaban para obligarme a ser infiel al voto que había hecho. Esto atraía mucha gente a casa, con quien me era preciso tratar, lo que me servía de no pequeño suplicio. Por un lado mis parientes, y sobre todo mi madre, me apretaban en este punto.

El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba... Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme...

Comencé, pues, a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía.»

Tuvo, sin embargo, exquisito cuidado en conservar limpia su inocencia. Poco antes de morir hizo confesión general con el P. Rolin, S.I., el cual pensó mandársela escribir «con la esperanza –dijo– de que un día se pudiese conocer la extremada pureza de esta Santa». Sus faltas no pasaban de algunas ligerezas y vanidades.

Jesucristo la llama

«Pero Vos, mi Dios –prosigue Margarita–, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, me hicisteis conocer que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor... En medio de las reuniones y pasatiempos, me lanzaba (Jesús) flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte a parte y lo consumían, dejándome como transida de dolor... Después de haberle pedido perdón, con el rostro pegado a la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina... Pasado esto volvía, como antes, a mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante el soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbas reprensiones: *Y bien, ¿querrás gozar de este placer? — Yo no gocé jamás de ninguno, y me entregué a todo género de amarguras por tu amor y por ganar tu corazón. — ¿Y querrás ahora disputármelo?* En otra ocasión me dijo: *—Te he elegido por esposa, y nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad. Soy Yo quien te movió a hacerlo, antes de que el mundo tuviera parte en tu corazón... Y después te confié al cuidado de mi Santa Madre, para que te formase según mis designios.»*

La Santísima Virgen la ayuda

Efectivamente.

«Ha hecho conmigo las veces de una buena madre y jamás me ha negado su socorro. A ella recurría en mis penas y necesidades; y con tal confianza, que me parecía no tener nada que temer bajo su protección maternal. También hice voto en este tiempo de ayunar todos los sábados, de rezar el oficio de su Inmaculada Concepción, etc. Me reprendió severamente cuando me vio de nuevo dispuesta a sucumbir en la terrible lucha que sostenía en mi interior».

Otro día le dijo la Virgen: *—Nada temas; tú serás mi verdadera hija y Yo seré siempre tu buena Madre.*

Margarita triunfa

La batalla se decidió en favor de su vocación. Un día, después de la Comunión, le dijo claramente el Salvador: *–Yo soy el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes; ¿cómo quieres romper tu amistad conmigo? Si me eres fiel, no te dejaré jamás, y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos.* Triunfó, efectivamente, Jesús en Margarita.

«Le dije al Señor que, aun cuando me hubiese de costar mil vidas, no sería otra cosa que religiosa, y me declaré resueltamente a mi familia, suplicando despidieran a todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran».

¿En qué religión había de ingresar? La propusieron varios Monasterios; pero le parecía que Jesús en ninguno de ellos la quería. Se le mostró, por fin, el de Paray-le-Monial, y entonces se le dilató el corazón de alegría. Lo mismo fue presentarse por primera vez en el locutorio de Paray, que decirle interiormente Jesús: *–Aquí es donde te quiero.* Quedó tan gozosa, que se adornaba más que nunca y se divertía como nunca lo había hecho.

«Al dar el apetecido adiós al mundo sentía tal gozo y tal firmeza en mi corazón, que estaba como insensible, tanto al cariño como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre».

Voló, por fin, al convento, y en él ingresó a los veinticuatro años de edad. Era ya Hija de Santa María, en la Orden de la Visitación.

La elegida por el Divino Corazón

Quería Jesucristo manifestar a la H. Margarita María las riquezas infinitas de su amante Corazón, para que ella nos las manifestase a nosotros. ¿Cómo la preparó para esta altísima misión? Haciendo que su vida entera fuese un tejido de tribulaciones de todas clases: persecuciones, enfermedades, humillaciones, vejaciones del demonio...; y de admirables favores del cielo: consolaciones, revelaciones, dulzuras inefables en el trato íntimo con su Esposo Divino. Con aquéllas purificaba su alma de todo amor propio; con éstas la adornaba para recibir las visitas de su amantísimo Corazón. Y, por supuesto, se dedicó Margarita con todo empeño a ser una perfecta Salesa, por la práctica de todas las virtudes, informada de un amor ardiente y sacrificado al Salvador.

El noviciado

Ávida de oración, pidió a su Maestra que le enseñase el modo de hacerla. «Id –le respondió– a poneros delante de Nuestro Señor como un lienzo delante del pintor». Lo hizo así, y le dio a entender el Divino Maestro que Él quería reproducir

en su alma la imagen de su vida terrestre, cuyos rasgos principales serían el amor a Dios y el amor a la cruz.

Transcurridos dos meses de postulante, que fueron para Margarita meses de exquisitas consolaciones espirituales, tomó el santo hábito el 25 de agosto de 1671. En este día

«mi divino Maestro me dio a entender que estábamos en días de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo imperio sobre mí; que adquiriría yo también un doble compromiso de amarle con amor de predilección. En seguida me dio a conocer que, a imitación de los amantes apasionados, no me daría a gustar, durante este tiempo, sino lo que había de más dulce en la suavidad de las caricias de su amor».

Tan grandes fueron éstas, que llegaron a preguntarse las Directoras: ¿encuadra bien en la Visitación este espíritu tan extraordinario? «Se mostraba, sin embargo –declaró después una de sus conovicias–, alegre y extraordinariamente fervorosa, de lo que, advertidas sus Maestras, la probaron más que a las otras con mortificaciones y humillaciones, que sufría sin réplica ni excusa, pero siempre muy diligente, risueña y contenta». No perdía, a todo esto, el gusto de la oración, sino al contrario, lo aumentaba considerablemente, lo que hizo creer que la joven no sería para vivir en la Casa; y a fin de retirarla de este camino, fue sometida a todo linaje de pruebas, sin dar nunca señales de queja. Desde entonces oyó decir la expresada declarante a la Madre Superiora y Maestra de novicias, que la H. Alacoque sería un día santa, habiendo en ella algo extraordinario.

¿Tendrá que salir de la Visitación?

Tembló Margarita con sólo pensarlo. *Antes la muerte*, se decía. Ora, importuna al Señor y declara la guerra a su propia voluntad y a sus repugnancias naturales. Un caso muy curioso.

Tan terrible era la repugnancia que toda la familia Alacoque tenía al queso, que se estipuló, al entrar Margarita, que jamás se le obligaría a comerlo. Mas Jesús le exigió el sacrificio. Un día le pone la refitolera, por descuido, su ración correspondiente. ¡Rudísima lucha! Quiere, y no puede comerlo durante varias horas de lucha y de lágrimas.

«Comí, en fin –escribió después–, aunque confieso no haber sentido jamás tal repugnancia, la cual volvía a experimentar cada vez que me era preciso volver a la lucha, sin dejar de continuarla durante ocho años aproximadamente». «Su estómago quedó durante todo el día resentido».

Con igual generosidad venció un afecto demasiado sensible a una de sus Hermanas. Era su Maestra la H. Ana Francisca Thouvant, y su Superiora la M. María Jerónima Hersant.

La M. María Francisca de Saumaise

Sustituyó en el Superiorato de Paray a la M. Hersant el año 1672, pocos meses antes de terminar Margarita su noviciado. Tenía cincuenta y dos años a su llegada al Monasterio de Paray desde el de Dijon, en donde había ingresado a los quince años. De corazón dulce y humilde, de juicio recto, muy fiel a los ejercicios ordinarios y a la vida común, era la M. de Saumaise la destinada por el Señor para abrir a la fervorosa novicia las puertas de la Visitación y recibir las confidencias de sus admirables revelaciones.

Ya tocaba a su fin el noviciado, cuando le sobrevino una larguísima tribulación. Le fue diferida la profesión. «¿En qué vendría a parar –se decían– la exquisita sencillez de la Orden si se admitiese tan fácilmente a las novicias que caminan por vías extraordinarias? Antes de tomar una determinación irrevocable, ¿no convendría esperar algún tiempo?»

«¡Ay, Señor mío –así se desahogaba la novicia con su Dueño–; ¿acaso seréis Vos la causa de que no me admitan? —*Di a tu Superiora* –le replica el amabilísimo Jesús–, *que nada hay que temer en tu admisión; Yo respondo de ti; si me considera buen pagador, Yo seré fiador tuyo.*

Descubrió todo su interior Margarita a su nueva Superiora. *Si esto es verdad – responde la prudente M. de Saumaise–, pedid al Señor que os vuelva útil a la Santa Religión por la práctica de todas sus observancias. Muy a gusto, hija mía – dice Él a la Hermana–; te concedo todo eso, pues te volveré más útil a la Religión de lo que ella cree; pero de una manera que nadie conoce sino Yo. En adelante ajustaré mis gracias al espíritu de la Regla, a la voluntad de tus Superiores y a tu flaqueza, de modo que debes tener por sospechoso todo cuanto te aparte del exacto cumplimiento de la Regla, que quiero Yo prefieras a todo lo demás. Cuando tus Superiores te prohíban lo que Yo te hubiere ordenado y tú antepongas la voluntad de éstas a la mía, entonces quedaré complacido. Yo sólo me reservo tu dirección interior y en particular tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi puro amor, jamás lo cederé a otros.*

Hace, por fin, la profesión

Fue admitida, por fin, a la profesión, y hubo de entrar en los Ejercicios preparatorios, riente aurora de las extraordinarias manifestaciones del Divino Corazón. Solicitada como «víctima de su Corazón» por Jesucristo, se le ofrece generosamente como tal; su Divino Esposo la favorece con sus regalados coloquios, aun en medio de las carreras que tiene que dar para cuidar de la borriquilla y del asnillo del Monasterio.

En el famoso *bosquecillo de avellanos* le da a conocer el Señor «las ventajas del padecer, por los conocimientos y luces que me ha procurado de su Pasión».

Experimenta un «rapto de gozo y de deseo» al vislumbrar la gloria eterna; le concede «gozar de su presencia actual y continua». Desde entonces le ve y le siente a su lado mejor que «por sus sentidos corporales», como Amigo, como Esposo, como Padre, como Señor omnipotente, como Juez rigurosísimo. La viste con el traje blanquísimo de la inocencia al hacer su confesión general. *Para ti* –le anuncia– *no habrá otros placeres sino los que vayan enlazados con la cruz*. En fin,

«entonces fue cuando su bondad me descubrió la mayor parte de las gracias con que había determinado favorecerme, y sobre todo lo que atañe a su amable Corazón».

Aun le prometió que su llaga sería «su morada actual y perpetua» (V. el cap. IV de la Autobiografía, y el I de los Sentimientos de sus Ejercicios).

¡Con qué misterioso sentido le dijo el celebrante, al recibir la profesión de la endiosada novicia, el 6 de noviembre de 1672, «Jesucristo os iluminará! ¡Id adelante por las sendas del justo como la aurora resplandeciente...»!

Pronto se trocará en el radiante mediodía.

«Yo, vil y miserable criatura –escribió Margarita la tarde de este día memorable–, prometo a mi Dios someterme y sacrificarme a todo lo que pida de mí; inmolando mi corazón al cumplimiento de todo lo que sea de su agrado, sin reserva de otro interés más que su mayor gloria y puro amor, al cual consagro y entrego todo mi ser y todos mis momentos...»

El primer año de profesión

Según la costumbre, permaneció todavía la nueva profesa dos años en el noviciado.

«Me pusieron –escribe– en la enfermería, y sólo Dios puede llegar a conocer lo que allí tuve que sufrir, tanto de parte de mi natural sensible como de las criaturas y del demonio».

Su Divino Guía la embriagó primero, sobre todo durante la oración, con los goces del Tabor, para robustecerla en la subida de la agria pendiente del Calvario. Un día, después de comulgar, se le mostró una cruz inmensa cubierta de flores, cuya extremidad le fue imposible distinguir. *Éste es el lecho* –le dijo el Divino Esposo– *de mis castas esposas, en el que te haré sentir las delicias de mi amor; estas flores caerán poco a poco y sólo quedarán las espinas que bajo ellas están escondidas, a causa de tu flaqueza; pero que te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para sufrir su dolor*.

Muy pronto pudo abrazarse Margarita con una cruz, no cubierta de flores, sino mostrando bien al desnudo todas sus asperezas.

Amante finísima de Jesús Sacramentado, pasaba todos sus tiempos libres (los domingos y fiestas horas enteras) en su presencia «en profunda adoración, las manos cruzadas y sin hacer movimiento alguno». «Descalza y por un camino de fuego» hubiera andado para recibir a su Dueño Sacramentado.

«Nada quiero sino vuestro amor y vuestra cruz»

¿Te gustaría padecer todas las penas que merecen tus pecados y los de tus Hermanas? (manchas que, aunque ligeras, empañaban el brillo de la perfección religiosa) –le preguntó un día su Divino Maestro–. *Todas, todas, Jesús mío* –respondió Margarita. Y las padeció terribles, numerosas.

Los regalos se multiplican. Ya le dice Jesús: *«Abímate en mi grandeza y guárdate de salir de ella, porque si sales no volverás a entrar»*, mientras introduce en su Corazón luminoso el oscuro de Margarita; ya se le coloca en sus brazos en forma de un niño resplandeciente y le devuelve la voz perdida; ya le da a San Francisco de Asís como su especial guía.

También se multiplican los trabajos. Un día le comunica una partecita de sus terribles angustias en Getsemaní, y la quiere víctima inmolada por algunos pecadores ocultos; otros, la purifica con inexplicables suplicios la presencia, ya de la «santidad de justicia», ya de la «santidad de amor». En medio de tantas alternativas, protesta al Señor la fidelísima religiosa: *Nada quiero sino vuestro amor y vuestra cruz, y esto me basta para ser buena religiosa, que es lo que deseo.*

Su Dueño la quiere rendidísima a *la santa obediencia, sin la cual no es posible complacerme.*

Jesucristo ha preparado ya a su evangelista; muy pronto le manifestará el nuevo *Evangelio de amor* de su abrasado Corazón.

CAPÍTULO II

LAS CUATRO PRINCIPALES REVELACIONES (1673-1675)

La aurora de la manifestación.—Primera revelación.—Segunda.—Tercera.—Enfermedad y curación milagrosa.—La condenan por visionaria.—El P. Claudio de La Colombière.—Cuarta y última revelación.—La primera Fiesta del Amor.

La aurora de la manifestación

Desde los primeros siglos de la Iglesia, y más o menos expandida, floreció siempre en el jardín de la santa Iglesia la preciosísima devoción; pero ni era tan del dominio público como lo es en nuestros días, ni revestía los caracteres tan precisos de amor y reparación. Nuestra Santa fue su verdadera *evangelista*, porque, aunque no se apoya la Iglesia precisamente en estas revelaciones para instituir este culto, pero sí lo instituyó de hecho con ocasión de las mismas.

La grandiosa manifestación ha empezado a pergeñarse en el alma de la feliz elegida casi desde su entrada en la Visitación (1671); se ha diseñado en los años de su noviciado y primero de su profesión (1672-1673); aparecerá trazada con mano robusta en los dos sucesivos (1674-1675); se perfeccionará en los diez siguientes (1675-1685); se propagará dentro y fuera de la Visitación en los tres sucesivos (1686-1689); y al abismarse para siempre la Virgen de Paray en el Sacratísimo Corazón (octubre de 1690), se habrá ya manifestado brillantemente a toda la Iglesia.

Mas todavía pasarán largos años hasta que adquiriera su máximo esplendor.

A medida que se acerca el feliz momento, favorece Jesús a su sierva con más claras representaciones alegóricas de su amante Corazón; un abismo sin fondo perforado por la flecha del amor, en el cual debe perderse; un manantial de agua viva; un horno de amor, un «libro de la vida, que contiene la ciencia d el amor»; un delicioso vergel.

Primera revelación principal (1673)

Es la fiesta del discípulo amado (27 de diciembre de 1673). Está Margarita en el coro bajo, en presencia de su Amor Sacramentado. Él la hace reposar en su divino pecho, donde le descubre «todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado, que siempre le había tenido ocultos hasta entonces, cuando se le abrió por primera vez».

«Mi Divino Corazón –le dice– está tan apasionado de amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndome de ti, y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo...» Le pide

en seguida su corazón y le introduce en el suyo, «en el que me lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera»; se convierte, a su contacto, en llama encendida, lo saca y se lo vuelve a colocar en su pecho «como una llama ardiente en forma de corazón». Este fuego le producirá toda su vida un violento dolor de costado, garantía de la verdad de la aparición. Durante muchos días queda Margarita como embriagada y toda abrasada de amor.

Seguía en su oficio de enfermera. Ahora la destinan sus Superiores al pensionado en calidad de ayudante. Las catorce jóvenes de familias distinguidas que en él se educan, pronto veneran también a su joven maestra como a una verdadera Santa. Continúan, entretanto, los divinos favores. Todos los Primeros Viernes se le presenta el Sagrado Corazón como un sol brillante, cuyos rayos ardorosos caen a plomo sobre su corazón. Parece que todo su ser va a quedar reducido a ceniza.

Segunda revelación principal (1674)

«El Divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más esplendoroso que el sol y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeado de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados, y una cruz en su parte superior...»

El pensamiento de Jesucristo se va precisando; la devoción a su Sagrado Corazón, que quiere difundir por todo el mundo, es como el último esfuerzo de su amor para abrasar el frío mundo. Será necesario, en la nueva devoción, venerar al Corazón Divino bajo la forma de un corazón de carne; la llaga de la lanza estará bien visible, le rodearán llamas y le ceñirán las espinas, llevando en la parte superior una cruz. Los que honren en público esta santa representación recibirán gracias muy especiales. Margarita deberá llevarla de continuo sobre su corazón. Poco a poco se aclararán estas promesas, y los rasgos, todavía indecisos, de la divina devoción se verán claros y de relieve.

Tercera revelación principal (1674)

«Una vez, entre otras –escribe la vidente–, que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme retirada en mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo, mi amado Dueño, se presentó delante de mí todo resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y despidiendo de su sagrada Humanidad rayos de luz de todas partes, pero, sobre todo, de su adorable pecho, que parecía un horno encendido; y, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, vivo manantial de tales llamas.

Entonces me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor, y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quienes no recibía, sino ingraticudes.»

Esta aparición es más brillante, más regia que las precedentes. Amante apasionado, se queja del desamor de los suyos, y, divino mendigo, nos tiende la mano el Señor para solicitar nuestro amor. *Estate atenta a mi voz* –continúa Jesús, y le dirige varias peticiones:

Primero me recibirás sacramentado, tantas veces cuantas la obediencia quiera permitírtelo.

Comulgarás, además, todos los Primeros Viernes de cada mes.

Todas las noches, del jueves al viernes, haré que participes de aquella mortal tristeza que Yo quise sentir en el Huerto de los Olivos; tristeza que te reducirá a una especie de agonía más difícil de sufrir que la muerte. Para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis congojas, te levantarás de once a doce de la noche para postrarte durante una hora conmigo, el rostro en el suelo, tanto para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para suavizar, en cierto modo, la amargura que sentí al ser abandonado por mis Apóstoles, obligándome a echarles en cara el no haber podido velar una hora conmigo; durante esta hora harás lo que yo te enseñaré...»

A todo esto, absorta Margarita en su larga oración, la tienen que hacer volver en sí las Hermanas; la llevan a la Superiora, la M. de Saumaise, y cae, temblorosa y conmovida, de rodillas. La Superiora la mortifica y humilla duramente. Mas ella cumple balbuceando las peticiones del Señor, y se calla. La prudente Superiora da un no tajante a todas ellas. Pero el mismo Jesucristo intervendrá directamente.

Enfermedad y curación milagrosa

El divino fuego que la devora la reduce a un estado continuo de fiebre. Margarita se calla, hasta que, «hecha un esqueleto», tiene que dar cuenta a la Superiora. La calentura no cede ante los remedios: sufre la pobre enferma más de sesenta accesos, y muchos creen próxima su partida de esta vida .

El Médico Divino la consuela maravillosamente. Un día se le presentan, en forma de tres jóvenes resplandecientes de luz, vestidas de blanco, las tres Personas de la Santísima Trinidad; otro día, y mientras se lamenta amargamente de no poder levantarse para ir a recibirle, la toca amorosamente Jesucristo y le dice: *Levántate y ven a buscarme*; y así lo hace sin ninguna dificultad.

La M. de Saumaise quiere abreviar las pruebas. «Si son del Señor esas peticiones que me hace, pídale usted la cure en seguida, y se las concederé». La enferma obedece, y al momento recobra la salud por mediación de su Madre divina: *«Animo, querida hija mía –le dice–; yo te doy la salud de parte de mi Divino Hijo; aún te queda un largo y penoso camino que recorrer».*

Tan rápida y difícil curación, no pudo menos de impresionar vivamente a la Superiora y a toda la Comunidad. ¡Cosa admirable! Las miradas de todas se dirigían forzosamente hacia aquella joven profesa (apenas llevaba tres años de comunidad), de «un exterior tan sencillo y una timidez tan señalada», que debería haber pasado inadvertida entre sus Hermanas, de muchas más relevantes cualidades.

La condenan por visionaria

¿Qué espíritu es este que guía a esta Hermana tan singular?, se pregunta ansiosa la Madre Superiora; y cree necesario que la examinen varias personas doctas. Los dictámenes fueron unánimes. «Sacudieron la cabeza, miraron a la H. Margarita María como a una visionaria, dieron la orden de obligarla a comer sopa; y el oráculo que pronunciaron fue condenar su gusto por la oración y prohibir a la Hermana y a la Superiora que hicieran caso de estas maravillas, por evidentes que fuesen; y aun se jactaron de la prudente sabiduría de su decisión». ¡Buenos maestros de espíritu!

¡Pobre Hermana! Hace esfuerzos heroicos para obedecer; mas le parece imposible resistir al espíritu que ellos aseguran no es de Dios. Durante largos meses sufre terribles tribulaciones interiores que le sirven para aprender a estribar en solo Dios y a dominar su natural impresionabilidad.

Interviene, por fin, abiertamente el Divino Maestro. Probablemente a fines del 1674, cuando estaba a punto Margarita de ser anegada por la tempestad, le anuncia formalmente: *Yo te enviaré a mi siervo. Descúbrete a él por completo y él te dirigirá según mis proyectos.* ¿Quién era este feliz elegido?

El P. Claudio de La Colombière, S.I. (1641-1682)

Nacido el 2 de febrero de 1641 en un pueblecito del Delfinado, se hallaba a la sazón en Lyon, practicando el año de tercera probación. Acababa de hacer íntegros los Ejercicios de San Ignacio, y en ellos había perfilado con trazo firme la vida de santo que había de llevar. ¡Trazos admirables de la divina Providencia! Antes de su venida a Paray, a mediados de febrero de 1675, había el P. Claudio hecho brillantemente los estudios elementales, entrando en la Compañía de Jesús a los diecisiete años y, después de seguir los cursos ordinarios de formación espiritual y literaria, y recibidas las sagradas Órdenes a los veintiocho años, y hecha tres años después la tercera probación, el Divino Corazón le había ido formando, lo mismo que a Margarita, para que ambos, estrechamente unidos, fuesen los primeros apóstoles de la nueva devoción .

A los pocos días de llegar a Paray hizo, como Superior de aquella Residencia, una visita de cumplimiento a la Comunidad de la Visitación. Lo mismo fue entrar en el locutorio, que oír Margarita claramente en su interior la divina voz: *«Este es el*

que te envió». Pronto preguntaba él a la Madre Superiora: «¿Quién es esa joven religiosa? Sin duda un alma privilegiada». Se refería el espiritualísimo Padre a la H. Alacoque, en la cual había observado un no sé qué de sobrenatural al dirigir una plática a la Comunidad. Sin embargo, ella no se descubre hasta que se lo ordena expresamente su Superiora. Le refiere sencillamente al Padre las maravillas del amor divino que la martirizan; sus virtudes y sus defectos: todo. *Nada tiene usted que temer* –le asevera formalmente el avisado Padre–; *el espíritu de Dios es quien la guía; siga sus movimientos; sea la víctima del Sagrado Corazón.*

¡Qué río de paz inundó su corazón! Le añadió prudentísimas reglas de dirección espiritual.

Otras entrevistas con su santo Director la aseguraron y alentaron más y más, despreciando las hablillas que entre personas poco espirituales suscitaban.

¿Cómo no ser santa una unión sellada por el mismo Jesús? Un día, al aproximarse la Santa a la reja del coro para recibir de manos del Padre la sagrada Comunión, se le aparece el Divino Corazón rodeado de llamas; cerca de Él se encuentran otros dos corazones que parecen querer unirse y perderse en el de Jesús. *De esta manera* –le dice el benignísimo Señor– *mi puro amor une estos tres corazones para siempre.* ¡Venturosos corazones humanos que se habían de consumir en aquel delicioso fuego del Divino, para trabajar de común acuerdo en manifestar al mundo, frío y descreído, los incendios del amor eterno humanizado en el Corazón del Verbo Encarnado!

Cuarta y última revelación principal. «La Gran Revelación» (1675)

Más; habían de considerarse ambos como «hermanos» y poner en común sus riquezas espirituales. *Pero, Señor, ¿no hay una gran desigualdad* –le replica Margarita– *entre este santo jesuita y vuestra pobrísima esclava? –Las riquezas de mi Corazón suplirán y lo igualarán todo; díselo sin temor.* Ya estaba todo divinamente preparado para la más esplendorosa de las cuatro Revelaciones principales, para la Gran Revelación.

Es un día, infraoctava del Corpus, probablemente el 16 de junio de 1675. La H. Margarita María está ante S. D. M. expuesta. De la blanca nube de los accidentes Eucarísticos se destaca radiante Nuestro Señor Jesucristo, le descubre su Divino Corazón, y le dice con acento insinuante y amoroso además: *He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres; que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento, de la mayor parte, sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible, es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que se dedique el Primer Viernes de mes,*

después de la octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y reparando su honor con un acto público de desagravio, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que he estado expuesto en los altares. Te prometo, además, que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le den este honor y los que procuren le sea tributado.

—«¿Cómo puedo cumplir estos encargos?» —Dirígete a mi siervo (el P. de La Colombière) y dile de mi parte que haga cuanto pueda para establecer esta devoción y complacer así a mi Corazón divino; que no se desanime a causa de las dificultades que se le presenten y que no le han de faltar; pero debe saber que es omnipotente aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en Mí. ¡Estupenda revelación! (V. Autobiografía, cap. VII).

La primera Fiesta del Amor

Ella fue el fundamento histórico de la instauración en la Santa Iglesia de la preciosísima devoción que hoy gustamos agradecidos; ella es el epítome doctrinal de la misma; ella abre una nueva Era en la Religión católica: la Religión del amor.

«Es, sin contradicción (ha escrito Mons. Bougaud), la más importante de las revelaciones que han ilustrado la Santa Iglesia, después de las de la Encarnación y de la Sagrada Eucaristía. Es la mayor efusión de luz después de Pentecostés» .

Pocos días después, el 21 de junio, fiesta de San Luis Gonzaga, el día mismo pedido por Jesucristo (viernes siguiente a la octava del Corpus), se consagraban fervorosamente al Divino Corazón el Director santo y su santa dirigida. Era la primera «Fiesta del Amor», la primera fiesta íntima en que se honraba al Sagrado Corazón de Jesús, según las enseñanzas de Éste a su Santa evangelista. Sin embargo, durante quince años serán contrastadas éstas y las otras importantísimas Revelaciones en el Monasterio de Paray-le-Monial, y durante un siglo en la Iglesia de Dios. Así aparecerá más divino el origen del suavísimo culto del Corazón de Jesucristo.

CAPÍTULO III LA CONTRADICCIÓN (1675-1685)

Dolorosa separación.—Los dos cuadros.—Víctima de la Justicia.—La M. Greyfié.—Mutua donación.—Vuelve el P. de La Colombière.—El nombre de Jesús grabado en el pecho.—Primer grito de amor apostólico.—Intervenciones sobrenaturales.—Siempre la cruz y la corona de espinas.—«Quiere aquí el sacrificio de vuestra vida».—Las noches del Jueves Santo.—Enfermedades y curaciones.—Sus «queridas amigas».—Divina puntualidad.—Sus tres ardientes deseos.—Sus cualidades naturales.—Sus tres repugnancias.

Dolorosa separación

Mucho lo fue para la apóstol del Divino Corazón la de aquel varón santo, a quien el mismo Jesús había llamado su «siervo fiel y perfecto amigo». Poco más de un año después de la Revelación le enviaron los Superiores a Londres como predicador de la Duquesa de York, futura Reina de Inglaterra. Mucho bien había hecho en Paray, sobre todo en el Monasterio de la Visitación. ¡Gran pena también para el P. de La Colombière!, despedirse de la H. Margarita, a la que «yo mismo consulté en lo que me atañe, y sigo sus consejos». ¡Gran pena también para ella, tan agradecida!

Al despedirse le dio ésta un billete para su gobierno en su nueva y difícil misión «lleno de casi tantos misterios como palabras». Al fin, como inspirada por el Señor. Más adelante le envió a Inglaterra otros billetes parecidos. Ya en la antigua «Isla de los santos», se dedicó a esparcir abundantemente el P. de La Colombière, de palabra y por escrito, la preciosa semilla de la nueva devoción .

Los dos cuadros

Mientras tanto se deslizaba en Paray la vida de la H. Margarita entre consolaciones dulcísimas y espantosas tribulaciones.

«Una vez se me presentó Jesucristo llevando en una mano el cuadro de una vida, la más dichosa que se puede uno imaginar para una religiosa, llena de paz, abundando de consolaciones interiores y exteriores y gozando de salud perfecta, al par que del aplauso y estima de las criaturas... En la otra, otro cuadro representando una vida sumamente pobre y abyecta, siempre sacrificada...; y presentándome los dos cuadros me dijo: *Escoge, hija mía, el que más te agrade; cualquiera que elijas, te haré las mismas gracias.*

Yo me prosterné a sus pies para adorarle y le dije: Oh Señor mío, nada quiero sino a Vos y la elección que hagáis por mí. Y como Él insistiese mucho en que escogiera yo, le repuse: Vos solo me bastáis, ¡oh Dios mío! Haced de mí lo que más gloria os dé. Con tal que Vos estéis contento me basta. Entonces me dijo que había escogido la mejor parte, como Magdalena, y que no me sería

quitada, puesto que era mi herencia. Y presentándome el cuadro de la crucifixión: *He aquí –me dijo– lo que Yo escogí y más me agrada, tanto para el cumplimiento de mis designios como para volverte como Yo soy.*

Acepté, pues, este cuadro besando la mano que me lo presentaba, y aunque la naturaleza se estremeció, lo abracé con todo el afecto de que es capaz mi corazón...»

¡Cuán terribles fueron estos padecimientos!

Víctima de la Justicia divina

Alcanzaron su momento álgido la víspera de la Presentación de 1677. La regalada Esposa del Divino Corazón sintió traspasadas sus carnes por el agudo cuchillo de la Justicia divina, que la había escogido (lo vimos antes) como víctima por algunas faltas de observancia en aquella Casa. Y tuvo que anunciarlo ella misma públicamente en una reunión de la Comunidad, y padecer indecibles desprecios y humillaciones que la dejaron medio muerta. Nos lo cuenta largamente en su Autobiografía, con admirable delicadeza y caridad.

Al día siguiente, que lo era de renovación de Votos de todas las religiosas, se le mostró otra vez Jesús con rostro benigno.

En adelante no había de tener vida más que para promover los intereses de su amantísimo Corazón. Y sobre toda ella había de proyectar sus tristes sombras el cuadro de la Crucifixión que antes dijimos. Sombras de dolores corporales; sombras de tribulaciones espirituales; sombras de heroicas victorias sobre su naturaleza delicada, que alguna vez pasaron de la raya de la prudencia. De nuevo la curó repentinamente el Médico Divino, movido por la súplica que ella le hizo obligada por la M. de Saumaise. Pero le dio a entender muy claramente que si le devolvía la salud era para prepararla a nuevos combates e inmolarla con nuevos suplicios.

A mediados de 1678, y terminado su Superiorato, dejaba para siempre la M. de Saumaise la Casa de Paray. El Sagrado Corazón la había escogido para que ayudase en sus penosos comienzos a su apóstol y víctima. Siempre fueron ambas buenas amigas en el Divino Corazón, cuya mayor gloria únicamente anhelaban.

La R. M. Petronila Rosalía Greyfié (1678-1679)

Sucedió en el Superiorato a la M. de Saumaise. «La había escogido el Señor –dice el P. Hamón– para poner a prueba, todavía más, a Santa Margarita María y formar de ella un juicio definitivo. Nadie la conoció como ella, sin exceptuar a la M. de Saumaise; nadie, quizás, le tuvo más cariño y nadie, en fin, la trató con más rigor en ciertas ocasiones».

Nada amiga la nueva Superiora de las vías extraordinarias, obligó a la Santa a consultar de nuevo con algunos Directores espirituales. No le sirvió más que para perder la paz interior. Más; le prohibió formalmente el ejercicio de la Hora Santa, expresamente pedido por el Divino Corazón, sin atender a las humildes manifestaciones de la Hermana, temerosa de la ira de Dios por la tal prohibición. No tardó mucho en descargar.

Una joven religiosa, de muy bellas prendas, murió en pocos días víctima de un flujo de sangre. ¿No era bien patente el castigo de S. D. M.? En seguida revocó la prohibición.

Seguía, entretanto, germinando en el corazón de Margarita el fecundo germen de la gran devoción en él depositado tres años antes, cuando recibió de Él otro favor en su Retiro de 1678. Como se quejase ella a su Divino Esposo de los muchos consuelos con que la regalaba, y que no era poderosa para resistir: *Come y bebe* –le replicó Él– *en la mesa de mis delicias para reparar tus fuerzas, a fin de que camines animosamente, puesto que el camino que has de recorrer es largo y penoso y habrás de tomar con frecuencia aliento y descanso en mi Corazón, que para esto te estará siempre abierto. Quiero que tu corazón sea para mí* –añadió el benignísimo Jesús– *un refugio en el que me retiraré para recrearme cuando los pecadores me persigan y me rechacen de los suyos.*

Mutua donación

Quedó, pues, confirmada la Virgen de Paray en su oficio de víctima. A demás, ella sería toda entera para el Corazón de Jesucristo; pero, a su vez, el Corazón de Jesús sería todo para ella. ¡Felicísimo cambio! Y formalizado con un testamento muy original, en el cual había de actuar de notario la Superiora... *Mi H. Margarita María declara que se desprende de todo libre y absolutamente, excepto de la voluntad de estar por siempre unida al Divino Corazón de Jesús y amarle puramente por amor del mismo. En fe de lo cual, ella y yo firmamos este papel. Escrito el último día de diciembre de 1678. H. Petronila Rosalía Greyfié, actual Superiora... H. Margarita María, discípula del Divino Corazón del adorable Jesús.*

Al día siguiente le daba a leer Jesús, escrita en su Divino Corazón, la donación que Él, a su vez, le hacía de todos sus tesoros. Ella la transcribió con sangre de sus venas: *Yo te constituyo heredera de mi Corazón y de todos sus tesoros en el tiempo y en la eternidad, permitiéndote usar de ellos según tus deseos; te prometo que no dejaré de socorrerte sino cuando mi Corazón carezca de poder; tú serás para siempre su discípula muy amada, el juguete de su beneplácito y el holocausto de sus deseos; y Él será el único regocijo de tus deseos que reparará y suplirá tus defectos y desempeñará tus obligaciones.* Arrebatada de amor, se grabó sobre su corazón, con un cortaplumas, el nombre sacrosanto de JESÚS.

No quedó, con todo, la desconfiada Superiora libre de todo prejuicio contra su obedientísima súbdita. ¡Cosas de santos! Ésta la amaba con especial amor, porque la sustentaba, decía, «con el delicioso pan de la mortificación y humillación».

Vuelve el P. de La Colombière a Paray

El Divino Corazón premió a su «fiel siervo» los servicios hechos en Inglaterra con verse envuelto en un proceso, encarcelado y expulsado de la nación a fines de 1678. Dos meses después pasaba diez días en la ciudad de la Gran Revelación. ¡Qué cordial entrevista entre los dos apóstoles! «Tuve mucho consuelo –escribía el Padre a la M. de Saumaise– en esta visita; la hallé sumamente humilde y sumisa, en un profundo amor a la cruz y a los desprecios, señales de bondad del espíritu que la guiaba, que nunca engañaron a nadie».

De mucho provecho fueron para ella estos días. Oigamos a la desconfiada M. Greyfié. A una Hermana que le preguntaba sobre el particular, respondió: «No son artículos de fe las gracias concedidas a Margarita; no obstante, os diré que, para salir de la confusión en que me hallaba, hablé con el P. de La Colombière, el cual, como sabéis, es un santo, y me dijo que, según todos los visos, lo que pasaba a la referida Hermana era de Dios...» No dejó por esto la Superiora de probarla fuertemente, aunque le demostraba cariño maternal en las múltiples tribulaciones que le sobrevinieron. Tentaciones vehementes de desesperación, amargas tristezas que sólo cedían a los pies de Jesús Sacramentado, vejaciones del enemigo, en especial las agudísimas hambres que le hacía experimentar con intensas tentaciones de gula. ¿Cómo las superaba la Santa? Como los santos: pasando hasta cincuenta días sin probar gota de agua. Se abstenía, además, de beber en las mañanas de los viernes, no obstante «la necesidad que experimentaba de beber a menudo grandes vasos de agua para refrescarse»; y cuando había de beber por obediencia, se servía del agua en que se había lavado la vajilla y aun, en una ocasión, del agua de lejía. Durante varios años la acosaron varias enfermedades y el dolor del costado, que no la dejaba desde la época de las grandes revelaciones.

El nombre de Jesús grabado en el pecho

Empezaban a borrarse los trazos de la inscripción hecha el año antes, y Margarita los rehizo con la llama de una bujía. El dolor fue terrible, y las llagas que se le formaron tan profundas, que no tuvo más remedio que contárselo todo a su Superiora. «Hay que examinarle la herida para curársela», le ordenó.

Oh único amor mío –se quejó ella a su Dueño–, ¿Permitiréis que otras vean el mal que yo me he hecho por vuestro amor? ¿No sois harto poderoso para curar Vos que sois el soberano remedio de todos los males?

El Divino Maestro tuvo compasión de su discípula. Al día siguiente estaba completamente curada.

No le fue posible comunicárselo a la Superiora, y ésta dio muy de mañana a la enfermera el encargo de examinar las heridas. Creyó de buena fe Margarita que no la obligaba ya tal obediencia una vez curada, y dio cuenta, como siempre, de todo a la M. Greyfié. La reprensión fue terrible, y el castigo el más duro para la enamorada de Jesucristo: privarse de la Comunión y, además, haber de enseñar las llagas a la enfermera. Ésta testificó que habían desaparecido por completo y había quedado tan sólo el nombre de JESÚS bien marcado, escrito en grandes caracteres, como los que pintan con moldes en los libros gruesos.

Más severo todavía fue su Maestro Divino, a quien le causa horror, decía Margarita, «la más ligera falta de obediencia en el alma religiosa». Había de pasar los cinco primeros días de retiro a los pies del Señor llorando su falta, y borrarle del todo el nombre de su Amado, tan costosamente grabado.

Primer grito de amor apostólico

Lo exhaló gozosa la Santa evangelista al escribir a la M. de Soudeilles, antigua Superiora y actualmente Maestra de novicias de la Visitación de Moulins. Enterada por su nueva Superiora, la M. de Saumaise, de las cosas extraordinarias de Santa Margarita, le escribió, y ésta le contestó en términos muy corteses y le insinuaba con palabras veladas por la discreción la nueva devoción al amantísimo Corazón. «Pido al Sagrado Corazón de Jesús que consuma los nuestros en los ardores de su santo amor... Dios es tan bueno, que nos deja nos apropiemos el tesoro de los verdaderos pobres, que es el Corazón de Jesús. Ahí tenéis, mi querida Hermana, una verdadera sociedad y nuestra deliciosa morada: este Corazón adorable...» Era la primera expansión apostólica, fuera de los muros de Paray, del amor al amantísimo Corazón.

Intervenciones sobrenaturales

Por el mes de junio de 1680 tuvo que guardar cama la H. Margarita, enferma de gravedad. Se llega la fiesta del Corpus y se abrasa en deseos de levantarse para bajar al coro y recibir el Pan de vida. Se lo concede la Madre Superiora; pero le añade con imperioso mandato: «Llévese en seguida la ropa de la cama a su celda y su cubierto al refectorio, y siga puntualmente en todo a la Comunidad. Durante cinco meses ni tomará medicina alguna, ni pondrá los pies en la enfermería». La Santa recibe la orden de rodillas, las manos cruzadas, el ánimo tranquilo, y obedece... Añade la M. Greyfié, por escrito: «Yo... le mando por orden de santa obediencia pida la salud a Nuestro Señor a fin de poder practicar asiduamente los ejercicios de la santa Regla, hasta la Presentación de Nuestra Señora de este año de 1680».

Una Madre y dos Hermanas (precisamente las enfermeras) afirmaron más tarde, con juramento, que la salud de la H. Margarita fue perfecta del 20 de junio al 21 de noviembre, durante los cinco meses íntegros fijados por la Madre Superiora. Ésta quedó satisfecha de la prueba. ¡Divina puntualidad! Lo mismo fue aceptar Jesucristo, el día de la Presentación, la renovación de los Votos de su Esposa, que devolverle, como un insigne favor, todos sus achaques. Tiene que volverse de nuevo a la enfermería. «Deberíais mandarle –dice graciosamente otra Hermana a la Superiora– que no pusiese jamás los pies en la enfermería por dos años». «No –respondió ésta–; estos cinco meses me bastan para ver que el camino por donde anda esta Hermana es de Dios».

Otra intervención divina más adelante: Tenía que entrar en los ejercicios anuales: pero ¿cómo, si se hallaba en la enfermería, abrasada por la calentura? «Id, hija mía –le dice la Superiora–; os encomiendo al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo; que Él os dirija, gobierne y cure según su voluntad». Ella se dirige feliz a su celda, transida de dolor y tiritando de frío, se echa en el suelo y se entrega por completo en manos de su Divino Esposo. Pero Él se le presenta, en seguida y la hace levantar con mil señales de amor. *Quiero* –le añade– *volvete con salud a la que te ha enviado enferma y puesto en mis manos*. Y queda tan sana y vigorosa, como si nunca hubiera estado enferma.

Siempre la cruz y la corona de espinas

Principalmente en tiempo de carnaval. Se le presentó una vez «delante de ella cargado con una cruz, cubierto de llagas y de sangre, y le dijo con voz dolorosamente triste: *¿No habrá quien tenga piedad de mí y quiera compartir y tener parte en mi dolor en el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?*» La Santa se le ofreció, y el Salvador colocó sobre sus hombros su pesada cruz toda erizada de espinas y clavos. «Oh maldito pecado –exclamaba después la seráfica amante–, ¡qué detestable eres por la injuria que haces a mi soberano Bien!»

Una cruel enfermedad le hizo sentir muy pronto lo desgarrador de aquellos clavos.

Otra vez, al acercarse a la sagrada mesa, le pareció la sagrada hostia resplandeciente como un sol, y distinguió al Señor (en medio de esta luz) llevando en la mano una corona de espinas. Al dar gracias, se la puso en la cabeza, diciéndole: *Recibe, hija mía, esta corona en señal de la que se te dará pronto por tu conformidad conmigo*. Un día, siendo la Santa Maestra de las pensionistas, y en ocasión de estar sacando agua del pozo del patio, recibió tan fuerte golpe en la cara, que se le saltaron de la mandíbula algunos dientes y quedó colgando, desprendido de lo interior, un pedazo de carne. Ella misma se lo cortó, impasible, con unas tijeras ordinarias. ¡Qué dolores tan horribles se le siguieron! Sin contar los ordinarios de fuertes neuralgias, largos insomnios y otras dolencias que

le causaron tal debilidad, que exclamaba, temerosa de no poderla terminar al empezar cada distribución: «Oh Dios mío, hacedme la gracia de poder llegar hasta el fin».

«Quiere aquí el sacrificio de vuestra vida»

A mediados de abril de 1681 fue el Beato Claudio a Paray mandado por los médicos en busca de la salud que le negaban otros climas. Varias veces, ¿cómo no?, se comunicaron de palabra, y muchas veces por escrito, los ardores de sus almas «fraternales» y sus proyectos apostólicos en favor del Sagrado Corazón.

El mal, lejos de ceder, se agravó y puso al siervo de Dios al borde del sepulcro. Está ya todo preparado para ir a otros climas; se lo avisa a su Santa dirigida, y ésta declara expresamente que, si le es posible, sin desobedecer la orden de sus Superiores, no debe salir el Padre de Paray. Y le envía este billete: *Él me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de vuestra vida*. Tan categórica afirmación deshizo todos los preparativos de viaje.

Efectivamente: el Divino Corazón llamó a Sí a su primer apóstol, desde muy cerca de la cuna de la preciosísima devoción, al atardecer del 15 de febrero del año siguiente, 1682. A la mañana siguiente escribía la H. Margarita a una persona muy devota del querido difunto: *Cesad en vuestra aflicción. Invocadle. Nada temáis; más poder tiene ahora que nunca para socorrernos*. Y poco después afirmaba, sencilla pero resueltamente, a su Madre Superiora, que se admiraba de que no le pidiese oraciones y mortificaciones extraordinarias por su eterno descanso: *Mi querida Madre: no tiene necesidad de oraciones, porque se halla en estado de poder rogar a Dios por nosotras, puesto que está en el cielo por la bondad y misericordia del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; sólo por algunos descuidos en el ejercicio del divino amor quedó privada su alma de ver a Dios desde su salida del cuerpo hasta el momento en que éste fue depositado en el sepulcro*. Ocho años después había de seguir Margarita a su santo Director.

Las noches del Jueves Santo

Fueron muy relevantes en la vida de la admirable virgen. «En los Jueves Santos – declaró un testigo del proceso–, y muchos antes de su muerte, pasó desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana del día siguiente de rodillas en un mismo sitio, sin toser y sin moverse». «Durante este tiempo –afirmaba ella misma– ni siquiera sé si tengo cuerpo, y los padecimientos de Nuestro Señor me impresionan tanto, que no pienso en otra cosa». Semejante abstracción cesaba como automáticamente a la voz de la obediencia.

Hacia medianoche le avisan un Jueves Santo: *Hermana: nuestra Madre os manda que vayáis a calentaros*. Al momento se levanta, hace la genuflexión, se retira durante un cuarto de hora y vuelve luego a su sitio, donde toma la misma postura,

inmóvil como un mármol. —*Pero ¿qué es lo que hace usted en todo ese tiempo?*, le pregunta su Superiora. —*Nuestro Señor me hace participante de la agonía del huerto de los Olivos, y es el dolor tan penetrante a veces, que momentos hay en que parece que voy a expirar.* Estas y otras semejantes oraciones y penitencias las ofrecía por los pecadores y por «sus buenas amigas», las almas del Purgatorio.

Durante el Jubileo de 1682 Margarita María, querida por el Señor, airado contra su pueblo, se le ofrece como víctima, expiatoria. Al año siguiente, Sobieski rechazaba a los turcos de los muros de Viena, uno de los fines del Jubileo. El héroe polaco atribuye al Dios de los Ejércitos la resonante victoria. ¿No se movería a misericordia, principalmente, por las fervientes oraciones y ásperas penitencias de Santa Margarita María de Alacoque?

Enfermedades y curaciones

En esto cayó enferma la Madre Superiora, y tuvo que prohibir a Margarita pidiese otra vez, como lo había hecho en otra ocasión y conseguido, que el Señor le traspasase las dolencias de su querida M. Greyfié.

Restablecida ésta, les toca el turno a las Hermanas enfermeras y otra vez Margarita, que cae también enferma, y de gravedad. Se agrava, y a fines de septiembre se teme por su vida.

«Os mando —le escribe la Superiora—, en virtud de santa obediencia, pidáis a Dios me dé a conocer si lo que acontece y ha acontecido en vos es de su espíritu y moción o de la naturaleza, y que por señal de que todo es de Dios suspenda vuestras dolencias corporales sólo por espacio de cinco meses, sin que tengáis necesidad de remedios durante el citado tiempo ni dejar los quehaceres ordinarios de la Regla. Pero si no es Dios, sino la naturaleza, os deje, según costumbre, tan pronto de un modo como de otro. Así estaremos seguras de la verdad». Más audaz que nunca la todavía desconfiada Superiora manda a su obediente súbdita que recabe de su Dueño la perfecta curación, no precisamente en señal del poder de sus oraciones (como dos años antes), sino de la realidad de la acción divina en sus caminos asaz extraordinarios.

Ya estaba enterada Margarita por Él de la singular exigencia que le iba a intimar su Madre Superiora. Sale inmediatamente de la enfermería, se dirige al coro y presenta el billete al Señor, en ocasión en que se estaba celebrando una misa: *Te prometo* —le dice Jesús— *que en prueba del buen espíritu que te guía, yo te hubiera concedido tantos años de salud como meses me ha pedido y aun todas las demás seguridades que hubiera podido solicitar de mí.*

Llega el momento de la elevación y se siente libre de todas sus dolencias, «de la misma manera que si se la hubiera despojado de una vestidura, quedando ésta suspendida de una percha».

Y goza, efectivamente, durante los cinco meses pedidos, de una salud perfecta. No deja por esto su «Esposo de sangre» de suministrarle con larga mano el pan del dolor que tanto ella ansiaba. *La santidad de justicia* pesa sobre la H. Margarita y la hace sufrir indecibles torturas.

«Me hallo –escribe a la M. de Saumaise– casi como una persona en la agonía a quien arrastran con cuerdas a los lugares adonde tiene que ir a practicar nuestros ejercicios...; todas mis penas se imprimen en mí tan vivamente, que penetran hasta la médula de mis huesos».

Bebe, con su Divino Maestro, abundantemente el cáliz amarguísimo de Getsemaní.

Sus «queridas amigas»

Es un aspecto muy curioso de la vida de la Virgen de Paray, sus relaciones con las almas del Purgatorio. Como a sus «queridas amigas» las trataba. Su Divino Dueño les había hecho donación de su sierva durante el año 1683; debía hacerlo y sufrirlo todo por su rescate. Ellas se le aparecían, le demandaban angustiosamente sus sufragios, le explicaban la causa de sus terribles tormentos. Margarita participaba de ellos, se compadecía amargamente, oraba y practicaba duras penitencias para conseguir su liberación. Entonces acudían gozosas a darle las gracias y prometerle su protección ante el trono de S. D. M. Su vida cuenta casos muy notables que no caben en esta biografía. Vaya uno como muestra.

Un día está ante Jesús Sacramentado; de repente se le presenta una persona rodeada de llamas por todas partes. Es la de un religioso benedictino que la había confesado una vez en Paray y le había dicho que comulgase. «Os ruego –le suplica– me apliquéis por espacio de tres meses los méritos de todas vuestras obras y oraciones. Sufro tan terriblemente por el demasiado apego que tuve a mi reputación, mi poca caridad algunas veces con mis hermanos, y alguna torcida intención en mis prácticas de devoción y en mis relaciones con las criaturas...». Todo se lo promete Margarita. Durante estos tres meses permanece aquella alma cerca de su víctima voluntaria y la hace participar de los efectos del fuego purificador. El dolor intensísimo la hace llorar casi continuamente. Al cabo de los tres meses convenidos, se le aparece de nuevo resplandeciente de gloria, y le ve subir al cielo Margarita después de darle las gracias y prometerle será su protector delante de Dios.

Divina puntualidad

A todo esto, expiraba, el 20 de mayo, el plazo de los cinco meses de salud exigido por la M. Greyfié. Al día siguiente, otra vez la derriban las enfermedades en una cama de la enfermería. ¿Qué piensa de esto la exigente Superiora?

«Hoy, 25 de mayo –escribe–, declaro que he notado en vos una salud tal como os encargué la pidieseis a Dios, y por esta señal manifiesta tengo que estar persuadida de que la bondad y misericordia incomprensibles del Corazón Sagrado de Jesús es el autor de lo que ha pasado y pasa en vuestra alma hasta hoy. Así quiero creerlo; pero os mando de nuevo roguéis a Dios Padre por mediación de Nuestro Señor Jesucristo, que, por su amor y también para quedar yo libre de toda duda, os deje gozar de salud hasta completar el año de esta primera obediencia. Pasado éste, os entrego a todo cuanto quiera hacer de vuestro cuerpo; pero necesito de todo este tiempo para quedar enteramente segura». ¿No era esto tentar a Dios?

Afortunadamente, todo redundó en mayor gloria del Señor al presentar todas las credenciales solicitadas en favor del buen espíritu de su Esposa. Ésta goza otra vez de perfecta salud hasta el último día del año.

No obstante lo dicho, la M. Greyfié admiraba la virtud de su hija, y como hija muy querida la trataba; ¿cómo no? «Venid –le contesta su Superiora en ocasión de estar muy atribulada–; venid no sólo tres veces al día, sino seis, si así os place... Adiós, pobre hija mía, buenas noches; dormid bien y poneos debajo de la solicitud del Sagrado Corazón del Salvador; os bendiga Él. Amén». Y en otra ocasión: «No lo dudéis; estad segura de mi amistad; os amo sinceramente como a verdadera y querida hija mía». Con todo, jamás pronunció un juicio firme sobre las revelaciones de la Santa. «Supongo –es lo más que dijo– que el caso de lo que en vos pasa es de Dios». Pero le añadía: «Os humillaré con gusto en ciertos casos, porque tenéis necesidad de esta ayuda y es caridad dárosela, y así lo hago, deseosa como estoy del bien de vuestra alma».

Sus tres ardientes deseos

Desde mucho tiempo atrás la atormentaban «a guisa de tiranos que la hacían padecer cruel martirio»:

Deseo de amar a Dios y de comulgar: hubiera querido transformar en llamas ardientes todo lo que se presentaba a su vista.

Deseo de padecer, consecuencia del deseo de amar. Sentía una necesidad continua y urgente, a pesar de las repugnancias de su naturaleza impresionable y delicada, de padecer hasta la muerte, de dar su vida, puesto que ya nada más podía dar.

Deseo de morir. ¡Qué delicia el morir! La uniría para siempre a su Amado sin el penoso velo del destierro. Mas por puro amor a su Dios se conformaría Margarita con vivir hasta el día del juicio, si tal fuese la divina voluntad. A esta separación, más dura que mil muertes, se resignaba; siempre afligida, siempre atormentada,

porque no podía amar a su Amor como ella ansiaba amarle. ¿No ha ascendido, queridos lectores, nuestra amadísima Santa a sublimes alturas de santidad?

Naturalmente, iba junta con el amor de Dios la más tierna caridad con los prójimos y más todavía con sus Hermanas en Religión. Un día le manifiesta Jesucristo los castigos que va a imponer a ciertas almas, las que más la maltrataban. *Oh Salvador mío* –exclama–, *descargad sobre mí toda vuestra cólera y borradme del libro de la vida antes de perder a esas almas que tan caras os han costado.* —*Pero es que ellas no cesarán de afligirte.* —*No importa, Dios mío, con tal de que os amen a Vos.* —*Déjame obrar; no las puedo sufrir más.* —*No, Señor; no os dejaré hasta que las hayáis perdonado.* —*Está bien; consiento, si tú respondes por ellas.* —*Si, Dios mío; pero yo no os pagaré sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro Sagrado Corazón.* Con esto quedó contento el justo Juez.

Sus cualidades naturales

Otras preciosas cualidades de la Santa escogida por el Divino Corazón. De naturaleza muy sensible, era tímida en demasía. «Era naturalmente juiciosa y discreta –escribía de ella la M. Greyfié–; de buen espíritu, temperamento constante, corazón caritativo hasta lo imposible; en una palabra: puede decirse que era materia a propósito para sobresalir en todo, si el Señor no la hubiese oído en su petición de permanecer desconocida y oculta en la abyección y el sufrimiento».

«Dios le había dado claro ingenio –agrega el P. Croisset–, juicio sólido, oportuno y penetrante, alma noble, corazón grande.»

«Nieta de unos campesinos borgoñeses –agrega el P. Hamón–, Margarita Alacoque posee el sentido recto de su raza; un espíritu sano, no muy extenso porque no ha recibido cultura alguna, pero que ve y casi siempre juzga bien. Está llena de buen tino, como asimismo de buen corazón. Ni siquiera un pensamiento voluntario de simple aversión cruzó jamás por su alma noble, ni la más leve maledicencia salió de su boca. Las más humillantes persecuciones que soportó quedaron para siempre sepultadas y olvidadas en el fondo de su noble alma, que extremaba sus atenciones para cuantas la hicieran sufrir.»

Sus tres grandes repugnancias

Un acceso apoplético puso a las puertas de la muerte a una joven pensionista. ¡Gran pena que no podía recibir los Santos Sacramentos! «Comulgue usted mañana –ordena la Superiora a la H. Margarita– para alcanzar esta gracia». El bondadoso Jesús accede a sus súplicas con esta triple condición: *«Si tú te sacrificas en no manifestar en adelante ninguna repugnancia ni en los empleos, ni en escribir para responder a los que Yo enviaré a ti, ni en acudir al locutorio».*

Como siempre, no quiere comprometerse la Santa sin la previa licencia de su Superiora. A pesar de la terrible contradicción que en sí misma experimenta, se compromete, efectivamente, con voto a satisfacer los divinos deseos. La enfermita volvió en sí, recibió todos los Sacramentos, hizo *sub conditione* los tres votos de religión, y amortajada con el hábito de profesa, fue sepultada en la sepultura común.

Su nuevo triple voto no disminuye, antes aumenta su repugnancia a escribir e ir al locutorio. A menudo es tan viva la resistencia, que teme faltar al juramento. Toda su vida experimentó la misma dificultad. ¡Admirable providencia! Dentro de algunos meses colocará Jesús en el candelero del apostolado a su humildísima Esposa. Además, muy pronto también la elegirán sus Hermanas para el cargo de asistente de la nueva Superiora, y tendrá entonces forzosamente que salir de su oscuridad, y abrirse, y hablar, y escribir. Por esto le exige aquel voto su divino Dueño.

CAPÍTULO IV EL APOSTOLADO (1658-1690)

La R. M. María Catalina Melin.—La H. Margarita asistente de la Comunidad.—Ejercicios de preparación para su apostolado.—Santa Margarita, Maestra de novicias.—Terrible sonrojo.—Los primeros obsequios en el Noviciado.—«Reinaré a pesar de mis enemigos».—Espantable voto de perfección.—Más amplios horizontes.—Jacobo y Crisóstomo Alacoque.—«La devoción no quiere ser forzada».—La plenitud del Divino Corazón.—Afanos conquistadores.—La Visitación y la Compañía de Jesús.—¿Cómo reciben ambas Órdenes la nueva devoción?—Petición que el Divino Corazón dirige a Francia.—¿Cómo responde Francia?—Oportunidad de la nueva devoción.—La Gran Promesa.—«Es necesario que Él crezca y yo disminuya».—El P. Juan Croisset, S.I.—Va a Paray-le-Monial.—¿La H. Margarita, Superiora de la Comunidad?—¿Presintió que le quedaba poco tiempo?

La R. M. María Catalina Melin

En los primeros meses del 1684 dejó la M. Greyfié la Visitación de Paray al terminar su cargo de Superiora, para serlo del Monasterio de Semur. Demasiado duramente había tratado a la H. Margarita María. Cuatro veces nada menos le había exigido verdaderos milagros en testimonio de su extraordinaria misión y los había visto realizados con sus propios ojos. Plenamente convencida, al fin, de la verdad de las revelaciones, se hizo en Semur la M. Greyfié apóstol de la nueva devoción. Lo mismo la M. de Saumaise en Dijon y Moulins. «Cuando considero – escribiré después Margarita a su antigua Superiora Greyfié– con cuánta caridad sustentabais a mi alma con el delicioso pan de los trabajos y mortificaciones y ahora me veo privada de él, mi dolor no tiene límites. No podríais darme pruebas más efectivas de perfecta amistad que humillándome y mortificándome». ¡Así son los santos!

Sucedió a la M. Greyfié la M. María Catalina Melin, del mismo Monasterio de Paray. Contaba a la sazón sesenta y cinco años, y hacía treinta que allí vivía con reputación de afable, dulce y caritativa. Era de buena familia del mismo Paray.

La H. Margarita, asistente de la Comunidad

La nueva Superiora designó a la H. Margarita por su asistente, y la Comunidad ratificó la elección. ¡Qué maravillosamente iba disponiendo el Señor las cosas! Cuando su evangelista va a comenzar su apostolado, y esto le es necesario para realizarlo, inclina el Señor los corazones de sus Hermanas en favor de su fiel discípula.

Se desenvolvía ésta en su nuevo cargo con toda facilidad y acierto, en medio de continuas alternativas de penas y gozos. ¿Cómo no prendarse de ella el Esposo de las almas santas? *Mira, ahí tienes, amada mía, a la que no he concedido Yo menos gracias y favores*, dijo una vez claramente a una Hermana lega que ansiaba

conocer algún alma que se pareciese a Santa Catalina de Sena, cuya vida leían en el refectorio.

Ejercicios de preparación para su apostolado

Fueron muchas y muy regaladas las gracias que en ellos recibió y que ella consignó por escrito para obedecer. El «Océano infinito de misericordia» lo fue todo para Margarita estos días.

Horno de amor en el que cae todo su ser y cuyas «llamas la penetran de tal manera con sus divinos ardores, que parece van a reducirla a cenizas».

Divino Purgatorio.

«**Mirada de luz**, de unión y de transformación.»

«Tomó a mi alma por esposa, pero de una manera y con una unión inexplicable, cambiando mi corazón en una llama del fuego devorador de su puro amor». Le dio a entender que la destinaba a «rendir continuo obsequio a su estado de hostia y de víctima en el Santísimo Sacramento; debería yo, a mi vez, inmolarle continuamente mi ser por amor, adoración, anonadamiento, conformidad a la vida de muerte que Él vive en la Eucaristía...»

Estas gracias levantan nuevas llamaradas de celo ardiente en el corazón de la escogida por Jesús. Mas antes de ser apóstol por la acción, es otra vez mártir por la lluvia de dolores físicos y morales que caen sobre la esforzada religiosa por haberse ofrecido como resignada víctima para librar a una religiosa del purgatorio.

Santa Margarita, Maestra de novicias

Pronto comenzará la gran apóstol a propagar la nueva devoción. Y para esto la coloca el mismo Jesús muy en alto, para que difunda la luz salida de su abrasado Corazón.

El 31 de diciembre de 1685 (diez años después de la Gran Revelación) le confiere la M. Melin el cargo de Maestra de novicias a ruegos de las mismas Hermanas del Noviciado: tres jóvenes profesas y una novicia. Dos profesas antiguas se pusieron voluntariamente bajo su dirección.

El espíritu de Dios estaba con ella. En sus posteriores declaraciones sobre su amada Maestra, convendrán todas en dos rasgos de su dirección: la observancia rigurosa del silencio y el celo en difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Muchos años después el famoso biógrafo de la Santa, Mons. Languet, hacía datar de este año 1685 «la reforma que había transformado esta Casa de Paray y la había convertido en una de las más fervorosas de su Orden». Y añadía: «El fervor

divino que admiro en estas santas religiosas me ha parecido que prueba la eminente virtud de aquella que se las había infundido con su ejemplo, tanto como con los prodigios de los cuales se me facilitaron las pruebas». ¿Cómo no insinuarles entusiastamente el amor al Corazón dulcísimo que era el centro de toda su vida?

Terrible sonrojo de la santa Maestra

Pocos meses habían transcurrido desde su nombramiento, cuando envían a Paray un ejemplar del famoso *Retiro espiritual* del P. de La Colombière, publicado casi a raíz de su muerte. La Superiora lo envía derecho, sin leer nada, a la lectora del refectorio. Está ya para terminarse el precioso libro cuando llega un pasaje trascendental. «Entendí que Dios quería servirse de mí procurando el cumplimiento de sus deseos respecto a la devoción que ha sugerido a una persona con quien Él se comunica muy confidencialmente y cerca de la cual quiso servirse de mi flaqueza».

Las religiosas siguen comiendo, con la vista recogida; pero con la intención dirigida a la escogida del Señor, que todas sospechan quién es. Se rasga el velo completamente: «Habiéndose Dios – sigue el Padre– declarado a dicha persona, de quien hay motivos para creer que es según su Corazón, por las gracias extraordinarias de que la colmó, me dio cuenta de ello y yo la obligué a que me dijera por escrito lo que me había comunicado, lo cual me pareció bien referir en este diario de mis ejercicios espirituales». Seguía el relato completo de la *Gran Revelación*, escrito por la misma Margarita María. La Hermana lectora, un poco picara, mira, con el rabillo del ojo a la aludida y la ve toda sofocada, confundida, sonrojada. Salen en seguida al recreo y le suelta otra Hermana a quemarropa: *Mi querida Hermana, bien claramente os ha designado el P. de La Colombière. No podéis negarlo. Y ella no acierta a contestar sino atarugada: No tengo sino motivos para gozarme de mi abyección.*

Los primeros obsequios en el Noviciado

Empezaba a ser del dominio público en el Monasterio de Paray la nueva devoción. Muy pronto se le tributarán al Divino Corazón los primeros obsequios.

Cercana y a la *Gran Fiesta del amor*, insinúa la fervorosa Maestra a sus novicias algunos desafíos y prácticas para disponerse a ella. Llega el ansiado viernes. Dibuja Margarita a pluma una imagen del amantísimo Corazón, la coloca en el altar del Noviciado e invita a las novicias a derramar ante Él sus afectos.

Un mes más tarde se repite la misma fiesta, amplificada, para honrar el santo de su amada Maestra, 20 de julio de 1685. «La mayor satisfacción que le podían proporcionar». Se postran ante el altar la Maestra con todas las del Noviciado y

se consagran al Divino Corazón. Día radiante para Margarita, aunque no faltaron sus puntitos negros dentro del mismo Monasterio.

«Reinaré a pesar de mis enemigos»

Tanto de las contradictoras francas, de buena fe, de casa, como de los enemigos declarados de fuera, que muy pronto habían de intentar abogar casi en germen la nueva devoción: galicanos, jansenistas, josefinos, protestantes, malos cristianos. Así se lo asegura Jesucristo y así se verifica cada día con más esplendidez.

Combates y triunfos forman, como siempre, la trama de la vida de Santa Margarita; consigue de la Madre Superiora la revocación de la prohibición de comulgar los Primeros Viernes de mes; pero después de tomar el mismo Jesús parte en el combate poniendo a las puertas de la muerte a una de las novicias, arrancada de sus fauces en seguida de otorgar el permiso.

Queda su virtud acrisolada, pero después de sufrir, con tanta paz y alegría como nunca, una terrible y prolongada persecución de los propios y de los extraños por haber despedido Margarita del postulante a una joven pretendiente, de la cual creía con razón la avisada Maestra que no la llamaba el Señor. Le parecía que todo el infierno se había desencadenado contra ella.

Ve «su devoción» introducida en la Visitación de Semur por la M. Greyfié, y poco después recibida pública y oficialmente en el mismo Paray.

Pero ¡cuántas persecucioncillas domésticas y lágrimas silenciosas, y sacrificios muy costosos, y cuántas oraciones de ella y de sus novicias le cuesta! La cosa pasó de esta manera:

La H. des Escures, precisamente la que representaba la oposición a la nueva devoción, pide a la H. Margarita una linda miniatura del Sagrado Corazón enviada desde Semur. Al día siguiente, 21 de junio de 1686, día de la nueva fiesta, la coloca bonitamente enguarnaldada en un altarcito junto a la verja donde la santa vidente había tenido sus grandes revelaciones, y añade un billete en el que invita a todas las esposas del Señor a tributar honores a su adorable Corazón. Todas las religiosas se postran de rodillas, plenamente «convertidas», ante el amantísimo Corazón y se le consagran fervorosamente. Más todavía; forman con la miniatura un precioso cuadro y lo colocan en un puesto de honor, y aun construyen, a fuerza de privaciones y de sacrificios, una capilla en el jardín del Monasterio. ¡Ha triunfado en toda la línea la Santa evangelista del nuevo Evangelio de amor!

«Ahora –escribe a la M. Greyfié– moriré contenta, puesto que el Sagrado Corazón de mi Salvador comienza a ser conocido, y yo desconocida».

Espantable voto de perfección

De tal hay que clasificar el que el Corazón traspasado de Jesús había insinuado tiempo atrás a su fidelísima sierva y que ésta emitió por este tiempo de su triunfo. ¡Buena recompensa del mismo!

«Voto que hice la víspera de Todos los Santos (31 de octubre de 1686), para unirme, consagrarme e inmolarme más estrecha, absoluta y perfectamente al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo».

Los diecinueve puntos que lo integran son de tan alta perfección, que su sola lectura aterra a la pobre naturaleza humana. (Pueden verse en el núm. V de los Sentimientos de sus Ejercicios.) ¿Qué extraño que la misma Santa Margarita quedase anonadada una vez emitido por un impulso irresistible del espíritu de Jesús? La tuvo que esforzar Él mismo: *¿Qué temes –le dijo– habiendo Yo respondido por ti y salido tu fiador? Mi puro amor dará unidad a todos estos propósitos.* Lo más admirable es que sus compañeras están contestes (de acuerdo) en los procesos de canonización en que su vida entera fue la realización del sublime voto.

Más amplios horizontes

Su Divino Dueño ensancha la esfera del apostolado de Margarita, sacándolo de los estrechos límites del Noviciado y de la Visitación de Paray. Aquí seguirá viviendo con el cuerpo hasta su muerte, que ya se va aproximando, pero con su espíritu vivirá en Moulins, en Dijon, en Semur, en Lyon, en París, donde promoverá su culto favorito con sus elocuentes cartas.

Para autenticar más su apostolado, dispone el Señor que deje su cargo de Maestra de novicias, que había desempeñado durante dos años, y ascienda, por mayo del 1687, al de asistente de la Comunidad (que había tenido durante uno antes de ser Maestra) y en el cual durará tres más, hasta el último de su vida mortal.

¡Con qué ansias se entrega a su apostolado! Promulga como resonante pregón las magníficas promesas en favor del nuevo culto; incita a seglares y a religiosos, de palabra y por cartas insinuantes, a que le hagan las imágenes a las que Jesús ha vinculado especialísimas gracias. ¡Cuántos proyectos y ensayos en miniaturas y dibujos, y láminas de cobre, hasta conseguir una que le satisfaga por su fidelidad y baratura!

Jacobo y Crisóstomo Alacoque

¡Valiosas conquistas las de sus hermanos Jacobo, cura párroco de Bois-Sainte-Marie, y Crisóstomo, sumido poco ha en la soledad de la viudez! A aquél le atrae hacia el Divino Corazón arrancándole con sus oraciones de las garras de la

inminente muerte, con la condición de obligarse a corresponder a todas las gracias del Corazón de Jesús. A éste le gana tan de veras, que llegará a construir y adornar a sus expensas una capilla al mismo. «No podías darme alegría más sensible». «Nada me puede regocijar sino ver amado, honrado y glorificado a este Divino Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y la dicha de poder consumirme sufriendo por su amor», les escribe alborozada su santa hermana.

«La devoción no quiere ser forzada»

Esto asegura la Santa evangelista. *Proceder en todo suavemente, aunque también con energía y eficacia*, era su divisa. Y con ella conformaba su fecundísimo apostolado y quiere lo conformen sus colaboradores:

La M. de Soudeilles, al imprimir el *Librito de Moulins*, compuesto en parte con oraciones enviadas a aquélla por la misma Margarita, más unas letanías rudimentarias, las mismas que, perfeccionadas posteriormente, resuenan ahora con tanta gloria del Divino Corazón en sus grandes fiestas en todas las iglesias del mundo.

La M. Desbarres, Superiora de Dijon, que ve a su Comunidad tan ganada para la nueva devoción, que «casi todas las recreaciones se pasan hablando de ella» y «ha transformado la casa».

La H. Joly, del mismo Dijon, que se lanza a componer otras letanías y todo un Oficio y Misa propios (los primeros de todos) y a solicitar la aprobación de Roma (aunque no lo consigue por entonces).

La Comunidad entera de Dijon, que asiste extasiada a la primera Misa propia del Sagrado Corazón celebrada en su recinto por el mismo señor Obispo diocesano.

La Comunidad, en fin, de Paray-le-Monial, que a los comienzos del 1687 transforma en recogido Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús una pieza del Monasterio y lo adorna con la imagen misma que Margarita había dibujado para sus novicias, y por septiembre del año siguiente erige una capilla especial en el jardín. La inauguran muchos sacerdotes e incontables fieles que forman la primera peregrinación de las incontables y célebres que se harán a la Ciudad del Sagrado Corazón. ¡Tres horas duró la ceremonia!

La plenitud del Divino Corazón

Hinche el corazón vacío de su esposa. ¿Qué hace ésta mientras las ceremonias de la inauguración? Arrodillada, inmóvil «como una estatua», queda abismada en el Corazón de su Esposo. «Ahora —dice— moriría contenta». Los asistentes querían hablarle, pero no osan interrumpirla.

Por su parte, el amantísimo Corazón deja que sus regalos se desborden sobre su fidelísima apóstol: *Amable Jesús* –exclama con voz ahogada por las lágrimas un día de Viernes Santo en que ve el tabernáculo vacío–, *quiero consumirme deseándoos; y no pudiendo poseeros este día, no cesaré de desearos*. Su Divino Dueño se apresura a con solarla con su presencia, y le dice: *Hija mía, tu deseo ha enternecido de tal manera mi Corazón, que si no hubiese instituido este sacramento de amor, lo instituiría Yo ahora para venir a ser tu alimento*. Mas le exige imperiosamente que vacíe su corazón en absoluto, y Él mismo se lo vacía. *Te volveré tan pobre, vil y abyecta a tus ojos y te destruiré de tal manera en el pensamiento de tu corazón, que podré Yo edificarme en esa nada*.

Siente, en efecto, tan vaciado de todo su corazón, que «no puede pensar en sí misma sin horror».

¡Estupenda humildad, obra del humildísimo Corazón! Maestra de novicias ayer, asistente hoy y propuesta mañana para Superiora de la Comunidad, nuestra gran Santa se estima con todo la última de todas sus Hermanas. Si escribe cartas y sale al locutorio, lo hace como arrastrada por la santa obediencia. Y aun se considera a sí y todos sus esfuerzos «como uno de los peores obstáculos» para la difusión de la gran devoción que la tiene obsesionada.

¿Qué mella le hace que todos la llamen «la Santa», ni que acudan a recibir sus consejos como oráculos, ni que las pensionistas se procuren como reliquias aun sus cabellos? En este perfecto vacío del corazón de Margarita, se precipitan las gracias del Corazón generosísimo del Salvador. A buen seguro que no las inutilizará la vanagloria. Impulsada la Santa elegida por el Espíritu de Jesucristo, sus audacias van a ser increíbles.

Afanes conquistadores

Más amplios que los de las Casas de la Visitación y algunas diócesis francesas habían de ser los horizontes iluminados por el nuevo Sol del Divino Corazón; se habían de confundir con los de la Iglesia Católica. Tal era el deseo del Salvador y tan dinámica la preciosísima devoción. Los primeros albores, señalados en la Gran Revelación de 1675, se robustecen durante trece años hasta quedar perfectamente marcados en las célebres manifestaciones de los años 1688-1689. Dos serán las Órdenes Religiosas a las que principalmente confiará Jesucristo la ejecución de sus planes.

La Visitación y la Compañía de Jesús

Es el 2 de julio de 1688, fiesta de la Visitación. Extática casi todo el día Santa Margarita ante Jesús Sacramentado expuesto, se siente atraída de repente hacia el Corazón Divino y en Él sumergida. Ve en seguida un lugar «muy eminente, espacioso y de admirable hermosura». En el centro se levanta un trono de llamas,

y sobre él se deja ver el Corazón de Jesús con su llaga, de donde salen rayos ardentísimos. A un lado está la Santísima Virgen, y al otro San Francisco de Sales, el P. de La Colombière y las Religiosas de la Visitación que celebraban hoy su fiesta. La Madre del Señor invita a sus hijas muy amadas a que se le acerquen; quiere hacerlas participantes del rico tesoro formado por el Sol de justicia en la tierra virgen de su corazón y, mostrándoles el Divino Corazón, les dice cariñosamente: *He aquí el divino tesoro que os es particularmente manifestado a vosotras por el tierno amor que mi Hijo profesa a vuestro Instituto ...*

A las Religiosas de la Visitación une el Señor a los Padres Jesuitas. La Virgen dice después al P. de La Colombière: *Si a las Hijas de la Visitación se les ha confiado el encargo de dar a conocer, amar y distribuir a los demás ese tesoro, a los Padres de la Compañía de Jesús les está reservado el presentar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que el pueblo cristiano se aproveche, recibéndolo con el respeto y agradecimiento debidos a tan señalado beneficio. Y a medida que le procuren este placer, este Corazón Divino, fuente fecunda de bendiciones y gracias, las derramará tan abundantemente en las funciones de su ministerio, que los frutos que recojan superen a todos sus trabajos y esperanzas y aun sirvan para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular.*

El mismo encargo en otra visión, más célebre aún, del año siguiente. La devoción se presenta como un hermoso árbol sembrado en la Visitación y por sus hijas usufructuado y divulgado; pero también los Padres Jesuitas han sido escogidos «para distribuirlos y dar a gustar su dulzura y suavidad a cada uno». El amantísimo Corazón arde en deseos de verse conocido, amado y adorado de ellos y, por su medio, de todo el mundo; y las palabras que en esta santa misión empleen «serán como espadas de dos filos que penetrarán los más empedernidos corazones de los pecadores más obstinados». Omitimos otros testimonios por brevedad.

Gran honor para ambos Institutos religiosos el de haber de ser por divina elección, puramente gratuita, los principales apóstoles del dulcísimo Corazón. Grave responsabilidad también.

¿Cómo reciben ambas Órdenes la nueva devoción?

No de plano ni sin preceder un riguroso examen a la luz de la fe; más aún, con prevenciones y repulsas. Imitan la prudente lentitud de la santa Iglesia. Se cuentan en ambas Órdenes muchos particulares y aun Comunidades que fácilmente se dejan ganar por ella; pero la Autoridad jerárquica no le abre oficialmente la puerta mientras no se le exhiban los títulos que la acreditan de cosa divina. Las Salesas de Annecy, cuna de la Visitación, no tienen menos devoción al Corazón Sagrado de Nuestro Señor Jesucristo; pero no pueden «aceptar esas prácticas tan singulares que se han introducido hace poco para honrarle».

Parecida decisión del reverendo Padre General de la Compañía de Jesús. «Sin vituperar el culto del Sagrado Corazón de Jesús en sí mismo, se opone Su Reverencia a la Cofradía particular ya establecida, como también a la comunión de los Primeros Viernes». ¿Razones? Las que indicaban los censores del libro *De cultu sacrosancti Cordis Dei ac D. N. Jesu Christi*, al decir: «A todos nos parece mejor no dejarlo imprimir», aun reconociendo su mérito. Porque, añaden dirigiéndose al Padre General: «Menos aún creemos que vuestra Paternidad deba emplear sus cuidados e influencia en solicitar para esta devoción una fiesta solemne en la Iglesia universal, sobre todo en esta época en que, de día en día, van introduciéndose gran número de nuevas devociones que son tan fácilmente rechazadas por la misma Iglesia».

No nos perturbamos; estas prudentes cortapisas serán muy pronto el mejor elogio de la preciosísima devoción, cuando la veamos plenamente admitida por la santa Iglesia y entusiastamente practicada y propagada por Salesas y Jesuitas. Es el sello de las obras divinas.

Estos vientos de fría reserva oficial no hacen sino airear las llamas del amor apostólico de la incansable evangelista. Ella, la hija de un notario real de provincia, la monjita desconocida de un humilde convento, va a dirigirse al árbitro de Europa, al soberbio Luis XIV en el apogeo de su gloria.

Las peticiones que el Divino Corazón dirige a Francia

Las expone nuestra Santa en varias cartas a la M. de Saumaise, que pondremos en su lugar. *Haz saber al hijo mayor de mi Corazón* –le intimó Jesucristo–, *que mi Corazón adorable quiere reinar en su palacio, campear en sus estandartes y ser grabado en sus armas, a fin de que alcancen victoria sobre sus enemigos, para quedar victorioso de todos los enemigos de la santa Iglesia*. Le pide, en suma, al rey que ayude a que penetre la nueva devoción en la corte de Francia y en casa de los grandes de la tierra, para lo cual debe, primeramente, consagrarse el mismo Luis XIV al Corazón Divino y mandar pintar su imagen en los estandartes y grabarla en las armas reales.

Que, además, levante un templo en su honor y exponga en él un cuadro del mismo a fin de que reciba la consagración y los obsequios de toda la corte.

Y que, por fin, recabe de la Santa Sede la aprobación de la misa en honor del mismo deífico Corazón.

¿Cómo responde Francia?

¿Cómo hace llegar a los oídos del rey estas peticiones? Por medio de su confesor, el P. de la Chaise, S.I., dice la Santa. Varias recomendaciones se pusieron en juego, entre otras la de la antigua Duquesa de York (la dirigida del P. de La Colombière)

actual reina de Inglaterra, como mujer de Jacobo II; pero, o no llegaron a los regios oídos, ni siquiera por ventura a los del confesor los deseos divinos (dado que se tu viesen por auténticos), o no los juzgó la humana prudencia oportunos.

¿Cómo descender aquel altivo rey a satisfacer unas peticiones místicas de una oscura salesa pueblerina? Ni ¿cómo allanarse a solicitar de la Sede Apostólica la concesión de la nueva fiesta, el que tantas rencillas y diferencias sostuvo con el Vicario de Jesucristo? Es cierto, por otra parte, que no soplaban en Roma vientos favorables para nuevas devociones. «Se nos ha dicho –escribía Margarita al P. Croisset– que, a causa de la de Molinos y del Quietismo, iban a prohibir las devociones nuevas y no se permitiría que se estableciese ninguna y que, de consiguiente, la del Sagrado Corazón sería también cercenada...» Es ésta una cuestión histórica por dilucidar.

Cierto es que uno de los nietos de Luis XIV, el infortunado Luis XVI, hizo en la prisión su célebre *Voto*, por el cual consagraba al Divino Corazón su persona, su familia y todo su pueblo, respondiendo así a algunos de los deseos manifestados por el Señor el 1689 a Santa Margarita. Cierto también que los católicos franceses, sintiéndose solidarios en este punto con sus antiguos reyes, han edificado la Basílica del Sagrado Corazón en Montmartre y colocado la imagen bendita en la bandera nacional francesa, y trabajan animosamente para que sus gobernantes y toda la Francia se consagren al Sagrado Corazón y den amplia satisfacción a las demandas comunicadas por la humilde salesa de Paray.

Oportunidad de la nueva devoción

¡Lástima grande que no secundase el rey de Francia aquellas peticiones! ¿Qué arma más eficaz que la bendita devoción, contra uno de los más pérfidos y solapados enemigos que turbaron su largo reinado, el jansenismo? La herejía jansenista era tan seca y desoladora en su doctrina como soberbia y rebelde con la legítima autoridad eclesiástica. Nos presenta a Dios Nuestro Señor como un cruel tirano; no Dios del amor, sino Dios del terror. Y resiste tercamente a Roma, obstinándose sus adeptos en pasar por hijos fieles de la santa Iglesia mientras la combaten sañudamente.

Lo contrario de la divina devoción. Es la *devoción del amor*: del amor de Dios a los hombres y del amor de los hombres a Dios. *He aquí este Corazón que tanto ama a los hombres, que nada ha omitido hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor.* Y el mismo Divino Corazón exige de sus siervos la más estricta sujeción a las órdenes de sus Superiores. *Me place* –le dice a su fidelísima, sierva– *que prefieras la voluntad de tus Superiores a la mía.* Muy bien la entendió la Santa Sede al favorecer abiertamente (después de las primeras prudentes reservas) la expansión mundial de la gran devoción de nuestros tiempos.

La Gran Promesa

Diríase que tenía prisa el Señor para que se dilatase por el mundo entero. Tan espléndidas eran las promesas que por estos mismos años de sus peticiones a Francia hacía a su sierva, no ya para su rey o para una nación determinada, sino para todo el mundo. No podemos recordarlas todas: las iremos leyendo en las Cartas de la Santa. Pero no podemos dejar de consignar la más célebre de todas, la más regia, la llamada por antonomasia la *Gran Promesa*. Promesa cierta, de autenticidad irrefutable, de grandiosidad sin precedentes, que se ha de explicar en toda su riquísima plenitud, sin aminorarla con mezquinas interpretaciones. Bástenos transcribir las palabras de la Santa confidente. *Yo te prometo* –le dice Jesús durante la Comunión de un viernes–, *en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá, a todos los que comulguen nueve Primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; que no morirán en su desgracia ni sin recibir los Sacramentos (por lo menos caso que les sean necesarios para recuperar la gracia), siendo su refugio seguro en este último momento.*

«Es necesario que Él crezca y que yo disminuya»

Esto podía decir la Santa con el Bautista. «Retirada hasta el fondo de su nada», se cree un obstáculo para la difusión de la bendita devoción. Clavada su mirada en el centro vivo de todas sus ansias, se goza y confía en su Amado, sin inmutarse apenas ni por las aparentes derrotas ni por los triunfos resonantes.

Ya le anuncien que los curas tienen prohibido el hablar del Sagrado Corazón en sus parroquias y las librerías estampar nada a ella referente, ya sepa que el Monasterio de Dijon se ha convertido en foco de activa propaganda gracias a una elocuente carta de la M. Desbarres, próxima a dejar su gobierno, continúa Margarita inquebrantable, amando y glorificando al Divino Corazón. Pronto, al parecer, le glorificará más intensamente, cuando, llamada a la Patria, se rasguen los velos y se pueda hablar libremente de los comienzos de esta nueva *era del Amor*.

Porque su salud es muy precaria. *¿Quieres acompañarme en la Cruz?* –le pregunta el Señor por enero de 1689. —*Sí*— responde con toda la generosidad de su alma tan endiosada. «No perdamos un momento de sufrir –exclama–, puesto que no se puede amar sin sufrir. ¡Ay, qué buena es la cruz en todo tiempo y lugar! Abracémosla, pues, amorosamente sin hacer caso de la madera de que ha sido hecha ni del instrumento con que ha sido fabricada».

Y de durísima cruz fueron los seis primeros meses del año; más de una vez parece que va a expirar. Luces, favores, regalos y desconsuelos siguen formando la urdimbre de su vida. El sentimiento íntimo de su impotencia la quiere reducir al silencio; pero la voz imperiosa del Divino Rey la conforta. *¿Crees que puedo*

hacerlo? Si lo crees verás el poder de mi Corazón en la magnificencia de mi amor. Y sigue devorando repugnancias para hacerle reinar a Él.

Baja al locutorio, escribe y contesta las cartas que de todas partes se amontonan en su pobre celda; no pierde la más mínima ocasión de persuadir *su devoción*. Gana para ella nuevos prosélitos. Uno, el P. Froment, residente en Paray, con quien ella trata durante algunos años y a quien mueve urgentemente a componer su precioso libro en cuatro partes. Se publicó nueve años después de la muerte de la Santa.

El P. Juan Croisset, S.I. (1656-1738)

El más célebre corresponsal de la sierva de Dios y su más preciosa conquista para el apostolado. Estudiante teólogo todavía en Lyon, es desde los primeros meses del 1689 asiduo corresponsal de la Santa. Y ella, tan avara de su afecto a las criaturas, le llama, porque el Señor así lo quiere, «hermano muy querido en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor»; y tan tímida de ordinario, sólo con el joven jesuita se erige en maestra y directora.

El Padre la hace confidente de sus deseos apostólicos, solicita sus oraciones, le pide consejo y se le somete dócilmente. Margarita le exhorta, le instruye y aun le ordena lo que ha de hacer para glorificar al centro de los corazones de entrambos. Todo su empeño es hacerle apóstol eficaz, y lo consigue. Es que sabe con luz superior que ha sido escogido «de una manera particular».

Movido el P. Croisset por las irresistibles instancias de Margarita, da a luz en Lyon el librito de la H. Joly, notablemente enriquecido; y años después, pasada ella a mejor vida, publica su gran libro, *La devotion au Sacré Coeur de Notre Seigneur Jésus-Christ*, en gran parte inspirado y dirigido por su fiel corresponsal. El libro que más ha contribuido a propagar por ambos hemisferios la preciosísima devoción. Diez cartas, casi todas muy largas, le dirige la fervorosa salesa; son las llamadas de Avignon. Llenas de confidencias, consejos, alientos, relaciones de gracias personales y de promesas generales, son interesantísimas para la historia íntima de los comienzos de la nueva devoción. En el texto verán nuestros lectores más amplias explicaciones.

El P. Croisset en Paray-le-Monial

Llega, por fin, el día en que se ven en Paray la Santa religiosa y el joven estudiante jesuita. Y a éste con el P. Villette a la Visitación, impaciente por conocer a la ya célebre H. Margarita Alacoque. Se encuentran ambos religiosos en el pobre locutorio en presencia de una pobre religiosa de exterior ordinario, tímida en extremo y tan reservada que apenas se atreve a responderles.

¡Gran chasco para ellos! No merecía la pena haber hecho tan largo viaje. *Mañana a primera hora regresaremos a Lyon, sin volver a la Visitación.*

¿Por qué tal reserva? Apasionada Margarita por la vida oculta, le había disgustado aquella visita de ambos jesuitas juntos, inspirada quizás por pura curiosidad, y la había contrariado más aún la publicidad que sospechó había dado el P. Croisset a su correspondencia.

Volvamos a los dos visitantes. Amanece el día siguiente, cambian súbitamente de parecer y se dirigen de nuevo, pero por separado, al Monasterio. Todo cambia como por ensalmo. Aquella religiosa se expresa con tal valentía y tan celestial unción, que no parece la misma de ayer. Se vuelven ambos alegres a Lyon, ganados para siempre para el Divino Corazón y en particular el P. Croisset, confirmado y amaestrado en sus proyectos de apostolado.

¿La H. Margarita, Superiora de la Comunidad?

Notable fue para la santa religiosa la Noche Santa del jueves al viernes santo de 1690, el último de su vida. Hubo quienes la vieron «de rodillas en la misma postura sin toser, como el mármol, las manos cruzadas sobre el pecho» toda la noche. *¿Quieres, Esposa mía, una cruz?*, le preguntó entonces Jesús. La aceptó entusiasmada, pero sin atinar cuál podría ser. Muy pronto lo vio: era la cruz de Superiora. Terminaba por la Ascensión de 1690 su segundo trienio la M. Melin y, no pudiendo ser otra vez reelegida, escriben las religiosas en el catálogo de las elegibles a su asistente Margarita. *¿Es posible, Dios mío, exclama alarmada, permitáis que a una criatura como yo se la ponga a la cabeza de una comunidad? Os pido la gracia de alejar de mí esta cruz, y me someto a cualquier otra.* Nuestro Señor se rinde y sale elegida la M. Catalina Antonieta Levy-Chateaurand. Ansiosa de vida oculta, pide Margarita a la nueva Superiora la exonere del cargo de asistente; pero aquélla la confirma en él, con gran satisfacción de todas las salesas.

¿Presintió Margarita que le quedaba poco tiempo?

Así se puede colegir del ansia con que trabajó estos últimos meses de su vida para propagar la devoción que había sido la razón de ser de toda ella. Su actividad había sido asombrosa, sobre todo en los últimos años, y eso que no conocemos todas sus manifestaciones. Pero al acercarse al fin, parece que se acrecentaban sus desvelos por la devoción y para formar apóstoles.

Se esfuerza en convencer más y más al P. Croisset de su elección divina y en formarle, para desempeñarla. Ni pierde ocasión de incitar a cuantos Padres de la Compañía se ponen a su alcance, a que secunden la excelsa vocación que tan categóricamente había afirmado tenían del mismo Divino Corazón.

Así al P. Rolin, Superior de la Residencia del mismo Paray y último Director suyo, por cuyo mandato escribió su preciosa *Autobiografía*. Así a los PP. Froment, ya nombrado, Gette, Villette y Leau. Pero más que con los jesuitas vivos cuenta con el P. Claudio, ya difunto. Siente que desde la gloria, adonde sabe ascendió a raíz de su muerte, continúa su apostolado en la tierra, y a él le encomienda y con él cuenta con filial confianza. *Oh bienaventurado P. de La Colombière*, le ruega, *os tomo por mi intercesor delante del Sagrado Corazón de Jesucristo*. Es que, como asegura al P. Croisset, le «ha dado gran poder y puesto en tus manos, por decirlo así, todo cuanto concierne a esta devoción, siéndome aún más favorable que cuando estaba acá en este suelo».

CAPÍTULO V

LOS ÚLTIMOS MESES (... OCTUBRE DE 1690)

El culto al Sagrado Corazón el último año de la vida de su sierva.—Su fisonomía espiritual.—«Tranquila como una tarde de otoño».—Curación extraordinaria.—«Ya no viviré mucho, porque nada sufro».—Moriré de esta enfermedad.—«Laetatus sum in his...».—El Santo Viático.—El último día.—«Mi muerte es necesaria a la gloria de Nuestro Señor Jesucristo».—«Oh, qué dulce es morir después de...». —Se abisma en el Corazón del Salvador.—«¡La Santa ha muerto, la Santa ha muerto!»—La suprema exaltación.

El culto del Sagrado Corazón el último año de la vida de Margarita

Bien vendrá echar una mirada de conjunto sobre estos tres años en que la gran devoción progresa sin cesar.

Salida de Paray, se extiende primero por los Monasterios de la Visitación de Dijon, Moulins y Semur; llega en seguida a Lyon y Marsella, salta hasta Inglaterra, avivando los gérmenes allí sembrados por el P. Claudio. Una circular de la Superiora de Dijon llevaba la feliz nueva a los 143 Monasterios de la Visitación. El fuego divino va conquistando Francia, Italia, Saboya, Polonia, el joven Canadá. Varios ilustrísimos Ordinarios permiten en su diócesis la Misa propia. Circulan por doquier varios libritos y miles de estampas. Aquellas recatadas confidencias del Divino Corazón a Margarita, y de ésta a su Director en 1675, han salvado el recinto de Paray y resuenan en todos los oídos cristianos. ¡Qué resultados tan grandiosos y con qué medios tan pequeños, y en solo cuatro años escasos! ¿No anda de por medio la palabra infalible del Divino Rey, **REINARÉ A PESAR DE MIS ENEMIGOS?**

Pues mucho más amplias perspectivas están reservadas a esta devoción esencialmente conquistadora.

¡Lástima grande que ni noción de ella había en nuestra España! Mas no hayamos pena; que la tardanza en apuntar en nuestro cielo este nuevo Sol, se compensará con creces con lo glorioso de su carrera y brillará con más esplendor que en ninguna otra nación del mundo. **«REINARÉ EN ESPAÑA Y CON MÁS VENERACIÓN QUE EN OTRAS PARTES»**. Ciertamente que el Señor escoge a Francia como cuna de la nueva devoción; pero tendrá la especial delicadeza de venir Él mismo a implantarla en nuestra Patria con idénticos caracteres a la de Paray, sin contentarse con que sea de importación extranjera. No hay más que abrir la historia.

Aquel sol divino ilumina de rechazo delante de los hombres a la humilde Margarita, sobre todo en estos últimos meses de su vida. La rodea una aureola de santidad. De todas partes acuden sacerdotes, religiosos, predicadores, simples fieles a verla, a consultarla, a pedirle oraciones y consejos; y se vuelven

satisfechos de haber visto a «la Santa». Aun los obreros que entran en el Monasterio, se dicen al divisarla de lejos: «Venid a ver a la santa de la casa».

«¡Ay, no me conocéis! –se queja ella apesadumbrada– que no soy sino una pecadora sin mérito alguno, henchida de orgullo y de malicia.»

Su fisonomía espiritual

Se deducen espontáneamente sus rasgos de las declaraciones de algunas de sus Hermanas de Paray. Reserva perfecta, caridad inalterable, verdadera pasión por el sufrir, sed inextinguible del divino amor y continua e íntima unión con S. D. M.; de tal modo que, cuando se encuentra sola, escribe de rodillas por respeto a la divina presencia.

Un nuevo rasgo se dibuja ahora muy vigoroso: la paz inalterable de su alma endiosada. Va apaciguándose el tumulto de las pasiones; la voluntad de Margarita se identifica cada vez más con la divina y los deseos, aun los mejores, se extinguen. En fin, el corazón de la gran Santa está de tal manera unido al de su Dueño absoluto, que diríase que no forman ambos sino un solo corazón. Margarita queda reducida a completa impotencia espiritual; apenas si puede rezar ni sus oraciones vocales de obligación, ni tener su lectura espiritual. Ni siquiera se puede afligir de este estado; no hace otra cosa que descansar en el «amante Corazón de mi Jesús», que ha llegado a ser el todo de su vida. Aun aquellos tres grandes deseos que arriba dijimos de amar a Dios, de padecer por este amor y de morir en este amor se han apaciguado.

«¿Será –se pregunta– insensibilidad espiritual o infidelidad mía o señal de horrenda reprobación?» No lo sabe, ni se para a reflexionar; le basta sentir que ya no se pertenece y que es toda de Jesús. «El Corazón de Jesús –se dice– querrá por mí. Él amará por mí. Él suplirá todos mis defectos». «No tengo más que un negocio –escribe por entonces–: amar, olvidarme y anonadarme». ¿No es ésta la vida incoada del cielo, que muy pronto apuntará para la Santa evangelista del Divino Corazón?

«Tranquila como una tarde de otoño»

Así salía de este destierro suavemente iluminada por el nuevo sol, el cual aun le descubrirá intimidades de las almas y algunos sucesos futuros. A una Hermana, por ejemplo, le adivina exactamente sus disposiciones interiores y le predice puntualmente los pasos de su vida espiritual. De un religioso dominico, único pariente de la Santa, que va a visitarla con su hermano Jacobo, le dice a éste: «Déjale que se ría; son sus postreras alegrías». Se vuelve sano y regocijado a su casa y a los ocho días había pasado a mejor vida.

Más admirable es el caso de Angélica, cuñada suya. Va a visitarla ésta acompañada de su otro hermano, Crisóstomo Alacoque, y le suplica le alcance la gracia de salvar su alma a cualquier precio.

—¿A cualquier precio? ¿Lo has pensado bien?

—Sí, lo he pensado bien.

—*Pediré a Dios tu salvación con tanto fervor como si se tratase de la mía; pero Él me inspira que te costará caro.*

—No importa, me someto enteramente a la divina voluntad.

Regresan ambos cónyuges a su casa; a los dos días la asalta a ella un intenso dolor en la cara. Se le aplican toda clase de remedios; la examinan los más afamados doctores de varias ciudades; todo inútil.

Ellos no acaban de resignarse a la divina voluntad; piden angustiosamente oraciones a Paray; la enfermedad sigue progresando. «En vano buscarás remedios humanos que de nada te han de servir», contesta su santa hermana. «No curará —añade por fin—, porque esta enfermedad es para ella la salud espiritual. ¿No le había dicho la enferma que quería salvarse a cualquier precio? Las oraciones de la Santa recaban para ambos esposos la necesaria resignación, y al día siguiente entrega Angélica su alma a Dios con señales ciertas de salvación.

Curación extraordinaria

Fue cosa del todo averiguada. Una Hermana conversa, recién entrada en el monasterio, se hiere en una pierna con un hacha. Temerosa de que la despidan, se calla semanas enteras su mal. Empieza por fin a curarse, y un nuevo accidente vuelve a abrir la llaga; ella sigue callada. *Pero si esta Hermana es una Santa como todos dicen, ¿porqué no me ha de curar a mí?*, piensa para sus adentros. Llena de confianza, se aproxima un día a la Santa y toca con su pierna herida la parte inferior de su hábito. Siente en seguida que la herida mejora, y al poco tiempo está completamente curada. En señal de gratitud va a contárselo todo a su bienhechora, y ésta, apurada: *Haga el favor, le suplica, de callarse.* Muerta Margarita se divulgó la curación, que todos atribuyeron a sus méritos.

La gran apóstol del Sagrado Corazón está llegando a su ocaso. La espiga bien granada ha madurado de prisa al sol del sufrimiento, y puede segarla ya el divino cosechero.

«Ya no viviré mucho, porque nada sufro»

No contaba todavía la H. Alacoque cuarenta y cuatro años de edad, y andaba ya muy achacosa. Sus largas y penosas enfermedades y su heroica y continua

mortificación interior y exterior le hacían parecer una anciana. Con mucha caridad y prudencia le prohibió la nueva Superiora la Hora Santa y todas sus austeridades. Ella se sometió, como siempre, a todo dulcemente. Esto sucedía en junio de 1690. «Ya no viviré yo mucho –iba repitiendo–, porque ya no sufro».

Al mes siguiente una sonrisa de alegría iluminaba su vida, que pronto iba a trasponer las cumbres eternas: la fundación de la capilla dedicada al Divino Corazón por su hermano Crisóstomo en su parroquia de Bois-Sainte-Marie. Ya no sería el jardín de Paray el único Santuario al Divino Corazón dedicado.

Pronto había de desaparecer la santa apóstol para que se expansionara victoriosa la divina devoción. En esta creencia comenzó el día de la Visitación (2 de julio) un retiro interior que debía durar cuarenta días, como preparación inmediata para el gran viaje. Quería, decía ella, «estar preparada a comparecer ante la santidad de Dios, cuya justicia es tan formidable como impenetrables sus juicios». ¡Notable contraste! La alegría por verse ya próxima a la eterna posesión de su Amado la inquieta, porque «una criminal no tiene derecho a dejarse llevar de semejantes sentimientos». ¡Lástima grande que sólo escribiese los sentimientos de los dos primeros días de su retiro!

«Moriré de esta enfermedad»

El 8 de octubre se sintió acometida de una calentura muy ligera que la obligó a guardar cama al día siguiente y dejar para siempre su querida celda para trasladarse a la enfermería. Llamaron al doctor Billet, médico que, desde muchos años, hacía de la casa. Muchas veces había confesado sinceramente que para las enfermedades de Margarita, ocasionadas por el amor divino, no encontraba remedio alguno.

Examinó el mal, y ninguna importancia dio a aquel «poquito de calentura sin accidentes molestos». Más aún; el mismo día de su muerte afirmó de nuevo que no había ni siquiera apariencia de semejante desenlace. Margarita, sin embargo, insistió siempre en afirmar que moriría. Hizo llamar a su última novicia y le dijo: *Venid a verme, querida Hermana, porque moriré de esta enfermedad y no tendremos mucho tiempo de estar juntas.* Otra de sus novicias tenía un miedo horroroso a la muerte. Muchas veces le había predicho su santa maestra, y ahora se lo repitió más de una vez, que moriría en sus brazos. Así sucedió.

«Laetatus sum in his...»

Margarita seguía preparándose alegremente para recibir a su Esposo. *¿Qué noticia me podía dar más alegre? Me voy a la casa del Señor.* Conoció una de las Hermanas que la enferma sufría extraordinariamente y se le ofreció a procurarle algún alivio. *Muchas gracias,* le respondió; *pero son muy cortos los instantes que*

me restan de vida para desperdiciarlos. Mucho sufro, mas no lo bastante para satisfacer mis ansias de padecer.

Tal era el contento que sentía viviendo y muriendo en la cruz, que, a pesar de ser ardentísima su ansia de gozar de su Dios, lo era todavía más la de permanecer así como estaba hasta el día del juicio, si ésta fuese la divina disposición. Así que no perdía ocasión de mortificarse. Pocos días antes de caer enferma no quiso probar las uvas en la vendimia; y para hacer más perfecto el sacrificio, pidió antes la debida licencia. Jamás demostró repugnancia en tomar aun las más amargas medicinas, ni después de tomarlas quiso enjuagarse la boca.

Cada vez se unía más estrechamente con su Dios y se separaba más de las criaturas por el vehemente deseo de quedar para siempre oculta a su estima. Conservaba en un armario bajo llave un cuaderno manuscrito con su autobiografía (sin terminar) que el P. Rolin, S.I., le había obligado a escribir, prohibiéndole formalmente que lo quemase. ¿No estaría ahora desligada ya de su promesa? Así lo creyó la humildísima salesa, y encargó a una de sus novicias lo quemase todo sin dejar rastro. Gracias a la Madre Superiora, que se hizo cargo de todo, poseemos aquellas amarillentas páginas escritas por la gran Santa.

El Santo Viático

En la mañana del octavo día de caer enferma comulgó por Viático sin decir nada, a nadie. Muchas veces se lo había pedido a su Superiora; pero en vano, por creer todos que no moriría. La enferma no insistió más; pero el 16 por la mañana, todavía en ayunas, manifestó deseos de comulgar, y recibió en su intención a su Amado como Viático para un inminente viaje.

El día lo pasó como los precedentes. Se presentaron al anocheecer síntomas un poco más inquietantes y acordaron velar a la enferma. Lo hizo hasta las ocho de la mañana su novicia preferida, entonces joven profesa. ¡Con qué gozo recordaba ésta, durante toda su vida, aquella noche tan de cielo!

Se sucedían las oraciones, jaculatorias, inspiradas por el impaciente deseo de volar a su Dios y las súplicas humildísimas y confiadísimas a la divina misericordia. Le predijo que de todas sus novicias sólo ella llegaría a ser un día superiora del Monasterio de Paray y juntamente su sostén y ornamento. Así lo fue.

El último día

Estamos en el 17 de octubre de 1690. En él había de oír Margarita el suspirado anuncio: *Ecce Sponsus venit*. Nadie de los que la rodeaban lo creía. Al médico que la aseguraba que no moriría: «ya lo veréis», le contestó dulcemente. Y a la Madre Superiora, que dispuso se avisara a su familia, respondió que no la vería y añadió: *Muramos y sacrificuémoslo todo a Dios.*

Mas faltaba a la fidelísima esposa la última purificación obrada en su alma por el que había sido siempre su Esposo de sangre. Había de sentir hasta el fin el peso abrumador de la santidad de justicia. En medio de su admirable paz, se siente súbitamente atacada de extraordinarios espantos a la vista de los terribles juicios de Dios. Sus ardentísimos deseos de morir, se truecan se en profundos terrores. ¿Se salvará o se condenará? Duda punzante que la oprime y destroza; sus descarnadas manos estrechan contra su corazón el crucifijo y grita con voz entrecortada por el llanto: *¡Misericordia, Dios mío, misericordia!*

La confianza en los méritos de Jesucristo y el amor a su Sagrado Corazón tranquilizan por fin poco a poco a la enferma. Purificada su alma por esta última y terrible prueba, ya no halla obstáculo a la tan deseada unión divina, y la paz invade su alma y transfigura su rostro. Se pone a platicar con las religiosas que rodean su pobre cama. A una de ellas, muy opuesta al principio a la nueva devoción , le hace señas para que se acerque y le dice: *Dentro de poco me abismaré en el Corazón de Jesús.*

«Mi muerte es necesaria a la gloria de Nuestro Señor Jesucristo»

Esto dice a otra que había sido su principal confidente. Tenía razón Margarita. Para dar a la nueva devoción el vigor necesario que subyugara a las almas, era necesario dar a conocer sus orígenes y descubrir los secretos de Paray-le-Monial. Y esto era imposible viviendo la confidente del Divino Corazón. Una vez fallecida, recorrió el velo completamente el P. Croisset en la vida de Margarita con que coronó su precioso libro.

La muerte se llegaba a pasos de gigante. Le sobrevino una opresión que la imposibilitaba para estar acostada. Las dos enfermeras la incorporaron para que respirase más libremente y para aliviarla del fuego interior que la devoraba. *¡Me abraso, sí, me abraso!*, decía ella. *¡Ay, si fuese en el amor divino! Pero nunca he sabido amar perfectamente a mi Dios.* Y dirigiéndose luego a las que la sostenían, les dijo con seráfico acento: *Pedidle perdón para mí y amadle vosotras con todo vuestro corazón para reparar los momentos en que yo no lo hice.*

No obstante, a nadie podía engañar; el ardor de sus palabras y la expresión de su rostro manifestaban bien a las claras el amor divino que la consumía. Pasada aquella breve opresión, sobrevinieron continuos desmayos; se acercaba el desenlace. No lo creyó el doctor Billet. Ni accedieron a sus deseos de comulgar por Viático; lo haría al día siguiente. *¡Ya no amanecería para nuestra Margarita!* Gracias que ella se había anticipado recibéndolo, según dijimos, como tal en su intención. Se marchó el médico, la comunidad se fue al refectorio y quedó velando a la Santa doliente una sola enfermera.

«¡Oh, qué dulce es morir después de...?»

Entraba en la última hora de su vida mortal con tal calma, que parecía iniciarse alguna mejoría; hasta la misma enfermera pareció dudar un instante de que se iba llegando el término tan deseado.

¡Qué muerte tan seráfica! El amor divino se ceba en la enamorada de Jesucristo con más fuerza que nunca y se pone a hablar en términos fogosos a su enfermera de las pruebas que el Divino Corazón nos ha dado de su amor y de nuestra ingrata correspondencia. *¡Ay, Señor!, exclama, ¿hasta cuándo he de permanecer en este lugar de destierro?* Le dicen que, según la opinión del facultativo, esto puede prolongarse. No lo cree así la enfermera, y la enferma repite alborozada: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: In domum Domini ibimus.* «*Sí; espero por el amor del Sagrado Corazón de Jesucristo que iré pronto a la Casa del Señor.*»

El Divino Corazón la hinche de consuelo. Muy pronto iba a ver realizadas aquellas consoladoras palabras que tantas veces había repetido: *¡Oh, qué dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!* Transcurren algunos instantes; la moribunda ruega avisen a la Madre Superiora cuando vaya a entrar en agonía; pide además que se recen entonces cerca de su cama las letanías del Sagrado Corazón de Jesús las de la Santísima Virgen y que invoquen en su favor al Ángel de su guarda, a San José y a San Francisco de Sales. Apenas ha terminado de dar estos encargos, una convulsión hace creer que se acerca el desenlace; la enfermera sale precipitadamente en busca de la Superiora; otra religiosa quiere detenerla, pero Margarita le dice sencillamente: *Déjela, que ya es tiempo.*

Se abisma en el Corazón de Jesús

Son cerca de las siete, y la comunidad, después de cenar, se halla en recreo. La Madre Superiora, que acaba de llegar a la celda de la enferma, manda que se avise en seguida al médico. *Madre mía,* le replica dulcemente Margarita, *ya no necesito nada más que de solo Dios y de abismarme en el Corazón de Jesucristo.* Mientras tanto acuden las otras religiosas en tropel, y desoladas rodean el lecho de su querida hermana. Ésta advierte animosa que urge el darle los últimos sacramentos; y mientras van corriendo en busca del capellán, consuela a sus compañeras encargándoles «se den todas a Dios sin reserva ni división».

Pronto entra el sacerdote con los santos óleos; la moribunda intenta incorporarse, y dos Hermanas, Francisca Rosalía Verchére y Petronila Rosalía de Farges, se precipitan en un movimiento irreflexivo para sostenerla. ¡Cuál no sería después la emoción de ambas al recordar que muchos años antes les había predicho por separado su santa Maestra que moriría en sus brazos! La respiración se hace cada vez más dificultosa; el nombre de JESÚS, pasando por sus labios abrasados por la fiebre, y a no se oye, se adivina. Termina el sacerdote de darle

la cuarta unción, pronuncia un Jesús envuelto quedamente en un soplo casi imperceptible y exhala suavemente su espíritu en aquel Divino Corazón que había sido el centro de toda su vida. Sucedió este dulce tránsito entre siete y ocho de la tarde, 17 de octubre de 1690. Contaba la gran Santa 43 años y unos meses de edad, y 18 de profesión.

Todos los años se reúnen en el mismo día y hora las religiosas del Monasterio de Paray y visitan procesionalmente el aposento convertido en capilla de donde voló su santa Hermana a la Patria. Allí oran y cantan un cántico cuya estrofa final dice: *¡Ah! Ve a morar a la feliz mansión, alma ferviente, fiel confidente. Esposa del Sagrado Corazón.*

«Como la muerte tenía menos parte que el amor divino en la separación de su alma –escribió después su gran historiador Mons. Danguet–, pareció respetar aquélla su cuerpo; muy lejos de quedar desfigurado su rostro, parecía más majestuoso y bello que antes; el terror y el espanto que suelen infundir los cadáveres fueron desconocidos aun de las más jóvenes y tímidas.»

«¡La Santa ha muerto, la Santa ha muerto!»

Así decían en seguida, y a pesar de lo adelantado de la hora, por las calles de la pacífica población, aun los pequeñuelos. El día siguiente todos acudían a porfía empeñados en conseguir alguna reliquia, cualquier cosa de la que todos apellidaban «Santa», en tocar objetos de devoción a sus restos. No daban abasto las Hermanas encargadas. Ni ¿qué podían darles de una religiosa que no había dejado en su pobrísima celda más que sus escritos, el libro de las reglas y su disciplina?

Los funerales constituyeron un triunfo esplendoroso de la humildísima Margarita. La ciudad entera de Paray-le-Monial estuvo presente. Su cadáver lo inhumaron en el coro, en el mismo sitio donde recibiera las íntimas confidencias y las estupendas revelaciones de Jesucristo. Su tumba fue en todo tiempo glorificada por el Señor con innumerables favores y milagros fidedignos.

Así murió la celosísima apóstol del Sagrado Corazón; la gran evangelista del nuevo *Evangelio del amor*, la fidelísima Esposa de Jesucristo, la que debe ser principal Patrona y modelo de todos los amantes y apóstoles del amantísimo Corazón del Salvador.

La suprema exaltación

Al compás del culto al Divino Corazón creció también la fama de santidad de su discípula predilecta.

Introducida la Causa en Roma, fue declarada *Venerable* por Su Santidad León XII el 30 de marzo de 1824. En el reconocimiento canónico del cadáver, después de

siglo y medio de enterrado, se halló intacto y fresco aquel cerebro que había consagrado todos sus pensamientos al Corazón de Jesús.

Al despuntar el día 4 de septiembre de 1864, repetidos cañonazos disparados desde el castillo de Sant'Angelo anunciaban *Urbi et Orbi* que la Santa Iglesia proclamaba *Beata* a la Virgen de Paray. Al año siguiente se celebraban en todos los Monasterios de la Visitación solemnísimas fiestas.

Por fin, el 13 de mayo de 1920, fiesta de la Ascensión, el Santo Padre Benedicto XV, asistido de su Colegio de Cardenales en pleno, rodeado de innumerables Obispos y Prelados de todo el orbe católico y delante de más de 50.000 fieles de todas partes, reunidos en la Basílica de San Pedro, declaraba con todo el fausto de las grandes fiestas vaticanas que quedaba inscrita en el número de los santos la humildísima religiosa de la Visitación, que en adelante se había de llamar **SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE.**

OBRAS COMPLETAS

En cuatro partes divide Mons. Gauthey todos los escritos.

- I. ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS
 - 1) AUTOBIOGRAFÍA
 - 2) MEMORIA ESCRITA POR ORDEN DE LA MADRE DE SAUMAISE
 - 3) FRAGMENTOS
 - 4) SENTIMIENTOS DE SUS EJERCICIOS

- II. CARTAS

- III. ESCRITOS VARIOS
 - 1) AVISOS PARTICULARES
 - 2) DESAFÍOS E INSTRUCCIONES.

- IV. ORACIONES Y CÁNTICOS
 - 1) ORACIONES
 - 2) CÁNTICOS

En estas cuatro partes se contiene todo lo que se ha conservado, o al menos todo lo que se ha encontrado, de los Escritos de la Virgen de Paray.

PRIMERA PARTE

ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

AUTOBIOGRAFÍA. Es la genuina *Autobiografía*. Las otras tres series no son más que documentos complementarios. Por eso va la primera. Es ésta una Memoria – como entonces se decía– escrita toda ella de mano de la sierva de Dios por mandato del último de sus directores, el P. Francisco Ignacio Rolin, S.I.

Había oído la confesión general que de toda su vida hizo Santa Margarita en uno de sus ejercicios y estuvo largo tiempo deliberando si se la mandaría escribir y conservar. «Con la esperanza –dijo– de que un día se pueda conocer la extrema pureza de esta esposa de Jesucristo y juzgar hasta dónde pueden llegar la inocencia, la delicadeza y la sublime santidad de un alma a quien Dios ha gobernado y favorecido con sus más señaladas gracias desde la misma cuna».

No se la mandó escribir, pero sí la Memoria de su vida. Varias veces había escrito Margarita su Vida por mandato de sus directores, entre otros, del P. de La Colombière; pero quemaba lo escrito en cuanto aquéllos se retiraban de Paray; ahora no le valieron sus repugnancias. Ante la reprensión del Señor, hubo de acallarlas y escribir sencillamente, como le mandaban, con prohibición, además, de quemar lo escrito.

En esta *Vida escrita* por ella misma nos habla Margarita de su infancia y de su juventud en el mundo. Casi nada sabríamos sin estas páginas de estos años juveniles. Refiere después las gracias singulares y celestiales comunicaciones con que el Divino Amante la favoreció fuera y dentro del claustro. Mas, desgraciadamente, queda bruscamente interrumpida la relación tres años antes de su muerte, cuando su director salió de Paray en 1687, creyendo ella que ya no le obligaba su mandato.

Están escritas estas páginas admirables sin ningún orden cronológico, pero sí sale al encuentro del lector la unción del Espíritu Santo con que están trazadas. De esta *Vida* decía el primer historiador de la Santa, Mons. Languet:

«Al leerla, admiré juntamente la profusión de gracias asombrosas de que Dios ha colmado a esta santa religiosa, y el cuidado de la humilde sierva de Dios en aprovechar todas las ocasiones de descubrir y aun exagerar, por decirlo así, sus resistencias y faltas. El estilo sencillo, humilde y lleno de unción que resplandece en este escrito, demuestra cuál era el espíritu de que estaba animada. Aparecen manifiestamente en él la gracia y la operación sobrenatural de Dios; y aun cuando no se tuvieran los milagros evidentes que Dios ha obrado por esta virtuosa

religiosa, ni el cumplimiento de las profecías que hizo, ni el testimonio constante de tantas personas ilustradas que han reconocido su santidad, el estilo sólo de este escrito haría sentir a los menos crédulos la virtud heroica de la autora.» (*Vida*, ed. del Centenario, 1890, pág. 142.)

Fue el primero en dar a la luz pública esta alhaja ascético-mística el P. Gallifet, S.I. Fue a Roma este Padre en 1723; y para satisfacer su vocación de dar a conocer la nueva devoción, y ante todo en Roma, compuso en latín el famoso libro *De Cultu sacrosancti Cordis Dei ac D. N. Iesu Christi*, traducido después al francés con el rótulo *L'Excellence de la devotion... avec la Memoire...*

«Era ésta muy buena ocasión –cuenta él– para satisfacer el deseo que tenía de publicar la *Memoria* de la M. Margarita. Había mandado traer de Paray una copia auténtica; la hice traducir al latín con mucha exactitud, la uní, pues, al libro que había compuesto en latín, y pasó así ante los ojos de todos los respetables censores que he nombrado, sin que ninguno de ellos encontrase nada que reprender: lo que consideré efecto visible de la protección de Dios sobre este escrito.»

Hace más de medio siglo publicaba esta Editorial de «El Mensajero» una muy fiel y castiza traducción debida a la pluma del P. Ángel Sánchez Teruel, S.I., de muy elegante presentación tipográfica, varias veces reimpressa. Nosotros la hemos cotejado, sin embargo, con el original francés para asegurarnos más de su fidelidad y sólo con ligeros retoques la incluimos en esta edición. De ella tomamos también las divisiones generales en capítulos. El sumario que precede a cada capítulo es de Mons. Gauthey.

AUTOBIOGRAFÍA

I

Favores con que Margarita María fue prevenida por Jesús en sus primeros años

Se resuelve a escribir por obediencia.—Su horror al pecado. Voto de castidad.—Protección de la Santísima Virgen.—Muerte de su padre.—Pensionista en las Clarisas de Charolles. Hace allí su primera Comunión.—Larga enfermedad. La cura la Santísima Virgen.—Se deja llevar de la disipación.—Persecución doméstica.—Ecce Homo. Amor al sufrimiento.—Repugnancia a escribir su vida. Nuestro Señor la obliga a hacerlo y le da algunas razones.—Enfermedad de su madre.—Afición a la oración.—Amor al Santísimo Sacramento y deseo de comulgar.—Su mayor falta.—Su confusión al escribir esto.

Por solo vuestro amor es por lo que me someto a la obediencia de escribir esto, pidiéndoos perdón de mi resistencia a ejecutarlo. Pero como nadie conoce, sino vos, la grandeza de la repugnancia que siento al hacerlo, nadie puede, sino vos sólo, darme fuerza para vencerla. Recibo esta obediencia como de parte vuestra, cual si quisierais castigar así el exceso de mi gozo y de las precauciones que había tomado para seguir la grande inclinación que siempre tuve de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. Porque cuando ya había obtenido las promesas de las personas que, a mi parecer, podían contribuir a esto, y había quemado cuanto por obediencia escribí, es decir, lo que habían dejado en mi poder, me fue comunicado este mandato. Soberano Bien mío, haced que nada escriba sino lo que haya de ser para vuestra mayor gloria y mi mayor confusión.

Único amor mío, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndoos dueño y poseedor de mi corazón, aunque conocíais bien la resistencia que había de haceros!

No bien tuve conciencia de mí misma, hicisteis ver a mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazón un horror tal, que la más leve mancha me era tormento insoportable; y para refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenían mi ligereza y me retraían de lo que ansiaba ejecutar.

Sin saber lo que hacía, me sentía continuamente impulsada a decir estas palabras: «Dios mío, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad». Un día las dije entre las dos elevaciones de la Santa Misa, que de ordinario oía con las rodillas desnudas en tierra, por frío que hiciese. No comprendía lo que había hecho, ni lo que quería decir la palabra *voto*, ni tampoco esta otra, *castidad*. Toda

mi tendencia era ocultarme en algún bosque, y nada me detenía sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio.

La Santísima Virgen tuvo siempre grandísimo cuidado de mí; yo recurrí a ella en todas mis necesidades y me salvaba de grandísimos peligros. No osaba dirigirme a su divino Hijo de modo alguno, sino siempre a Ella, a la cuál ofrecía el rosario hincadas las rodillas desnudas en tierra, o haciendo tantas genuflexiones y besando tantas veces el suelo cuantas Avemarías rezaba.

Perdí mi padre niña aún; y como era la única hija, y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crie por este motivo hasta la edad de unos ocho años y medio sin más educación que la de los domésticos y campesinos.

Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon a la primera comunión cuando tenía unos nueve años, y esta comunión derramó para mí tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía ya hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia, pues al punto que quería tomar parte en ellos con mis compañeras, sentía siempre algo que me separaba de allí y me impelía hacia, algún rinconcito, sin dejarme reposar hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba a ponerme en oración, pero casi siempre postrada o con las rodillas desnudas en el suelo, o haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufría un extraño tormento cuando así me encontraban.

Tenía vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que, si fuese religiosa, llegaría a ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que a esto sólo aspiraba. Aunque no eran, a mi parecer, de bastante retiro para mí, como no conocía otras, juzgaba que debía quedarme en su convento.

Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por esta causa no me dejaron allí más que dos años. No pudo hallarse, en definitiva, otro remedio a mis males, que el de consagrarme con voto a la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería un día una de sus hijas. Apenas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva protección de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón, que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada a Ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios. Me sucedió una vez que, estando rezando el rosario sentada, se me presentó delante y me dio tal reprehensión, que, aunque era aún muy niña, jamás se ha borrado de mi mente. «[Hija mía, me admiro de que me sirvas con tanta negligencia](#)». Tal impresión dejaron estas palabras en mi alma, que me han servido de aviso para toda mi vida.

Recobrada la salud, no pensé ya sino en buscar mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado el cumplimiento de mi promesa. Mas, ¡oh Dios mío!, no pensaba entonces lo que después me habéis hecho conocer y experimentar, y es que, habiéndome engendrado con tantos dolores vuestro Corazón en el Calvario, no podía sostener la vida que me habéis concedido, sino con el alimento de la cruz, que sería mi manjar delicioso. He aquí cómo pasó. Apenas comencé a gozar de plena salud, me fui tras la vanidad y el afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentían mi madre y mis hermanos, me dejase en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar a ellas todo el tiempo que deseaba. Pero bien me hicisteis conocer, Dios mío, que andaba muy errada en mis cálculos, pues los había hecho según mi propensión, naturalmente inclinada al placer; mas no según vuestros designios, tan diferentes de los míos.

Mi madre se había despojado de su autoridad en casa para transmitirla a otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos, ni ella ni yo, en más dura cautividad. No es mi ánimo ofender a esas personas en cuanto voy a referir, ni creer que obrasen mal haciéndome padecer (líbreme Dios de tal pensamiento), sino solamente mirarlas como instrumentos de que se valía el Señor para cumplir su santa voluntad. No teníamos, pues, autoridad alguna en casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, de tal modo, que con frecuencia ni aun hallaba con qué vestirme para ir a Misa, si no pedía prestados cofia y hábito. Entonces fue cuando comencé a sentir el cautiverio, en el cual tan adentro penetré, que nada hacía, ni aun salía de casa, sin el permiso de tres personas.

Desde este tiempo todos mis afectos se dirigieron a buscar mi completa dicha y consolación en el Santísimo Sacramento del altar. Pero hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podía ir a ella sin el permiso de esas personas, y acontecía que cuando quería una, la otra me negaba su permiso; y muchas veces, cuando demostraba mi dolor con el llanto, me echaban en cara que era porque habría dado cita a algunos jóvenes y sentía mucho no poder ir a su encuentro, bajo el pretexto de oír Misa, o ir a la bendición del Santísimo. ¡Y yo que tenía en mi corazón un horror tan grande a todo esto, que hubiera consentido ver desgarrar mi cuerpo en mil pedazos antes de abrigar tal pensamiento!

Ésta fue la época en que, no sabiendo dónde refugiarme, sino a un ángulo del jardín o del establo u otro lugar secreto, en el cual pudiera arrodillarme y derramar los afectos de mi alma con mis lágrimas en la presencia de Dios, por medio de la Santísima Virgen, mi buena Madre, en la que había puesto toda mi confianza, permanecía allí días enteros sin comer ni beber. Esto era lo ordinario; a veces algunas pobres gentes del pueblo me daban por compasión un poco de leche o fruta hacia la tarde. Después, cuando volvía a casa, era tal mi miedo y temblor, que me parecía ser una pobre criminal caminando a oír su sentencia; y

antes de vivir así, me hubiera tenido por más dichosa yendo a mendigar un pedazo de pan, pues con frecuencia no osaba tomarlo de la mesa.

En el momento en que entraba, comenzaba la batería con mayor fuerza, diciéndome que no había tenido cuidado del arreglo de la casa y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma; y sin permitirme hablar una sola palabra, me ponía a trabajar con los criados. Después de esto, pasaba las noches como había pasado el día, vertiendo lágrimas a los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó, sin que yo comprendiese nada, que quería ser el dueño absoluto de mi corazón y hacerme en un todo conforme a su vida dolorosa, y a este fin quería constituirse Maestro mío, haciéndose presente a mi alma para obligarme a obrar como Él en medio de sus crueles dolores, dándome a conocer que los había sufrido por mi amor.

Quedó desde entonces tan impresionada mi alma, que desearía no cesasen ni por un momento mis penas. Porque después le tenía siempre presente bajo la forma de un Crucifijo o de un *Ecce homo* llevando su cruz, lo cual imprimía en mí tal compasión y amor de los sufrimientos, que todas mis penas me parecían ligeras comparadas con el deseo que sentía de sufrirlas para conformarme con mi Jesús paciente. Y me afligía al ver que aquellas manos que se levantaban a veces para herirme, estaban detenidas y no descargaban sobre mí todo su rigor.

Me sentía continuamente impulsada a prestar toda clase de servicios y obsequios a estas personas, verdaderas amigas de mi alma, y a sacrificarme por ellas gustosa, no teniendo placer mayor que hacerles bien y hablar de ellas todo lo mejor que podía. Pero no era yo quien hacía todo lo que escribo, y escribiré bien a mi pesar, sino mi Soberano Maestro, que se había apoderado de mi voluntad y no me permitía quejarme, ni murmurar, ni tener resentimiento con esas personas, ni aun tolerar que me tuvieran lástima y compasión, diciéndome que Él había obrado así, y quería que, cuando no pudiese impedirme hablasen de esto, les diese toda la razón y echase sobre mí toda la culpa, añadiendo, como era verdad, que mis pecados merecían otros muchos castigos.

Mas en la extrema violencia que necesito hacerme para escribir esto, que había siempre tenido oculto con tanto cuidado y precaución para lo por venir, aun procurando no conservar idea alguna en mi memoria para dejarlo todo en la de mi buen Maestro, le di mis quejas por la grande repugnancia que sentía; pero Él, fijando mi atención, me dijo: «**Prosigue, hija mía, prosigue, que ello ha de ser, ni más ni menos, a pesar de todas tus repugnancias: es necesario que mi voluntad se cumpla**». — Mas, ¡ay de mí, Dios mío!, ¿cómo he de acordarme de lo que pasó hace ya cerca de veinticinco años? «**¿No sabes que soy la memoria eterna de mi Padre celestial, que jamás olvida cosa alguna, y ante lo cual lo pasado y lo futuro son como el presente? Escribe, pues, sin temor todo, según te lo dictare, que te prometo derramar en lo que escribas la unción de mi gracia, a fin de ser por este medio glorificado**».

Primeramente, quiero esto de ti, para hacerte ver que me gozo inutilizando todas las precauciones que te dejé tomar para ocultar la profusión de las gracias, con las cuales tuve el gusto de enriquecer a una tan pobre y débil criatura como tú, cuyo recuerdo jamás debes perder, a fin de rendirme por ello continuas gracias.

En segundo lugar, para enseñarte que no te debes apopiar esas gracias, ni ser mezquina en distribuirlas a los demás, ya que he querido servirme de tu corazón, como de un canal, con el fin de repartirlas, según mis designios, en las almas, muchas de las cuales serán retiradas por este medio del abismo de perdición, como te haré ver en adelante.

Y, en tercer lugar, para hacer ver que soy la Verdad eterna, que no puede mentir; que soy fiel a mis promesas, y que las gracias que te hice pueden resistir todo género de exámenes y de pruebas.»

Después de estas palabras me hallé tan fortalecida, que no obstante mi gran pena de que se lea este escrito, me resolví a continuar a toda costa, para cumplir la voluntad de mi Soberano Maestro.

La más áspera de mis cruces era el no poder suavizar las de mi madre, para mí cien veces más duras de soportar que las propias, si bien no le daba el consuelo de hablarme de ellas, temiendo ofender a Dios con el placer de comunicarnos nuestros sufrimientos. Pero en sus enfermedades era cuando mi dolor llegaba al extremo; porque entregada por completo a mis pobres cuidados y servicios, sufría mucho, tanto más, cuanto que a veces se hallaba todo cerrado con llave, y me era preciso ir a mendigar hasta los huevos y otras cosas necesarias a los enfermos. No era esto pequeña aflicción para mi natural tímido, aun pidiéndolo en casas de campesinos, pues me decían no pocas veces más de lo que hubiera deseado.

En una erisipela que tuvo en la cabeza, de una hinchazón, inflamación y dureza horribles, que la ponía a las puertas de la muerte, se contentaron con hacerla sangrar por un pobre cirujano de pueblo, que por allí pasaba, el cual me dijo que sin milagro no podría vivir. Nadie se afligió ni se molestó por esto, a no ser yo, que no sabía dónde acudir, ni a quién dirigirme, sino a mi asilo ordinario, la Santísima Virgen y mi Soberano Maestro.

En las angustias en que continuamente me hallaba sumergida, en medio de las cuales no recibía sino burlas, injurias y acusaciones, no sabía dónde refugiarme. Habiendo, pues, ido a Misa el día de la Circuncisión de Nuestro Señor, para pedirle que se dignase ser Él mismo el médico y el remedio de mi pobre madre, y enseñarme a mí lo que debía hacer, lo ejecutó con tanta misericordia, que a mi vuelta encontré reventada la mejilla con una llaga casi tan ancha como la palma de la mano, la cual despedía un hedor insoportable, y nadie quería acercarse a la enferma. No sabía yo curar llagas, y antes ni aun podía verlas ni tocarlas; para

ésta no tenía más unguento que el de la divina Providencia, y todos los días cortaba mucha carne podrida. Me sentí con tal valor y confianza en la bondad de mi Soberano, el cual parecía hallarse siempre presente, que al fin en pocos días se curó, contra toda humana esperanza.

Durante todo el tiempo de sus enfermedades, ni me acostaba ni apenas dormía; comía muy poco y pasaba las noches frecuentemente sin tomar alimento. Pero mi divino Maestro me consolaba y sustentaba con una conformidad perfecta con su voluntad santísima. No dirigiéndome sino a Él en todo cuanto me pasaba, le decía: «Mi Soberano Maestro: si vos no lo quisierais, no sucedería esto; pero os doy gracias de haberlo permitido para hacerme semejante a Vos.»

En medio de todas estas cosas me sentía atraída tan fuertemente a la oración, que me atormentaba mucho el no saber, ni hallarme en disposición de aprender cómo había de hacerla, no teniendo trato ni conversación alguna con personas espirituales, y no sabiendo de ella otra cosa más que esta palabra, oración, que me arrebatava el alma. Mas habiéndome dirigido a mi Soberano Maestro, me enseñó cómo quería que la hiciese, y me ha servido para toda mi vida. Me hacía postrar humildemente en su presencia para pedirle perdón de cuanto le había ofendido, y luego, después de haberle adorado, le ofrecía mi oración sin saber aún sobre qué había de hacerla. Entonces se me presentaba Él mismo en el misterio en que quería le considerase, y atraía tan fuertemente mi espíritu, teniendo en Él absortas mi alma y todas mis potencias, que no sentía distracción alguna, sino mi corazón consumido por el deseo de amarle, lo cual me producía una insaciable ansia de comulgar y sufrir.

Pero no sabía cómo arreglarme; no tenía más tiempo que el de la noche, del cual tomaba cuanto me era posible; y aunque esta ocupación me fuese más deliciosa de lo que pudiera expresar con mis palabras, no la tenía por oración y me sentía continuamente perseguida por el deseo de hacerla, prometiendo al Señor que, tan pronto como me enseñara, dedicaría a ella todo el tiempo disponible.

Sin embargo, su bondad me retenía con tanta fuerza en la ocupación dicha, que me disgustaron las oraciones vocales, las cuales no podía rezar delante del Santísimo Sacramento, donde me encontraba tan absorta, que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin beber ni comer y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia como un cirio ardiente para devolverle amor por amor.

No podía quedarme en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento. No juzgaba felices, ni envidiaba, sino a los que podían comulgar con frecuencia y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor sacramentado: bien es verdad que allí empleaba muy mal mi tiempo, y creo que no hacía sino negarle el honor

debido. Procuraba ganar la amistad de las personas, de quienes he hablado más arriba, a fin de obtener algunos momentos libres para dedicarlos al Santísimo.

Me sucedía, en castigo de mis pecados, no poder dormir las vísperas de Navidad: como en alta voz decía (*sic*) el Párroco desde el púlpito que no debían comulgar los que no habían dormido sin hacerlo antes, no pudiendo yo conseguirlo, no osaba recibir al Señor. Así, el día de regocijo era para mí de lágrimas, las cuales me servían de único alimento y placer.

¡Mas también fui culpable de grandes delitos! Pues una vez en tiempo de Carnaval, estando con otras compañeras, me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida, así como también la falta que cometía usando vanos adornos por el mismo motivo de complacer a las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumentos de su divina justicia, para vengarse de las injurias que le hice pecando, aunque siendo personas virtuosas no creyesen obrar mal en nada de cuanto pasó en nuestra conducta, y pienso lo mismo que no obraban mal, puesto que era Dios quien así lo quería, y yo no alimentaba hacia ellas ningún descontento. Pero, ¡ay de mí!, Señor mío, compadeceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusión que me imprimís con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo a ejecutarlo. Sostenedme, Dios mío, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamás, con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costearme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas y armar contra mí todos los furores del infierno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdón de todas ellas y fuerzas para terminar lo que de mí deseáis, no obstante la repugnancia que me haga sentir el amor propio.

II

Luchas y triunfos de Margarita María en su vocación

La solicitan en matrimonio.—El mundo la atrae. Lucha interior. Penitencias corporales.—Deseos de la vida religiosa.—Caridad con los pobres y los enfermos.—Nuestro Señor la reprende y comienza a revelarle sus designios sobre ella.—La confía a los cuidados de la Santísima Virgen.—Está a punto de dejarse vencer por el amor a los suyos y por los engaños del demonio.—Nuestro Señor la devuelve la paz.—Será religiosa a pesar de todo.— Quieren llevarla a las Ursulinas de Macon.—La alejan de la Visitación.—Vuelve al lado de su familia.—Imagen dolorosa.—Su ardiente deseo de la Sagrada Comunión.—Confesión hecha durante un Jubileo, con un religioso de San Francisco.—Se trata de que entre en las Ursulinas.—Entrará en la Visitación. Paray la atrae.

Reanudando mi narración, diré que a medida que crecía se aumentaban mis cruces. El diablo suscitaba muchos buenos partidos, según el mundo, los cuales me asediaban para obligarme a ser infiel al voto que había hecho. Esto atraía mucha gente a casa, con quien me era preciso tratar, lo que me servía de no pequeño suplicio. Por un lado, mis parientes, y sobre todo mi madre, me apretaban en este punto, llorando sin cesar y diciéndome que no tenía más esperanza que en mí para salir de su miseria, teniendo el consuelo de retirarse conmigo tan pronto como estuviera colocada en el mundo. Por otro, Dios perseguía con tanto ímpetu mi corazón, que no me concedía momento de tregua, pues tenía siempre delante de mis ojos el voto, al que si llegaba a faltar, sería castigada con horribles tormentos.

El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba, y diciéndome que si me hacía religiosa, la mataría de pena, debiendo responder de ella a Dios, por estar completamente abandonada a mis cuidados y servicios. Sentía un tormento insoportable, porque tan tierna y mutuamente nos amábamos, que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme. Sufría con todo esto un verdadero martirio: no gozaba momento de reposo y me derretía en lágrimas. No teniendo persona a quien descubrirme, no sabía qué partido tomar. Finalmente, la ternura hacia mi buena madre comenzó a sobreponerse con la idea de que, siendo aún niña cuando hice el voto, y no comprendiendo lo que era al hacerlo, bien se podría obtener su dispensa. Además de esto temía mucho encadenar mi libertad, diciéndome que ya no podría ayunar, hacer limosnas, ni tomar disciplina según mi deseo; que la vida religiosa pedía tan grande santidad en cuantos la abrazaban, que me sería imposible llegar a ella y me condenaría.

Comencé, pues, a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía. Pero Vos, mi Dios, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin un auxilio extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, que tenía designios muy diversos de los que abrigaba mi corazón, me hiciste conocer en ésta, como en otras muchas ocasiones, que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor.

Aun cuando mi malicia e infidelidad me hicieron poner en juego todas mis fuerzas e industrias para resistirle y extinguir en mí todas sus aspiraciones, fue todo en vano; porque en medio de las reuniones y pasatiempos me lanzaba flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte a parte y le consumían, dejándome como transida de dolor. Y no siendo aún esto suficiente para hacer soltar su presa a un corazón tan ingrato como el mío, me sentía como ligada y arrastrada con cordeles de tal fuerza, que al fin me era preciso seguir al que interiormente me llamaba a un sitio apartado, donde me hacía severas reconvenciones por estar celoso de mi miserable corazón, que sufría persecuciones espantosas. Después de haberle pedido perdón con el rostro pegado a la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina.

Pasado esto volvía, como antes, a mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir, los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante mi Soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbas reprensiones: que era mi vanidad quien le había reducido a tal estado; que perdía un tiempo tan precioso, del cual se me pediría una cuenta rigurosa a la hora de la muerte; que le hacía traición y perseguía después de haberme dado tantas pruebas de su amor y de su deseo de hacerme semejante a Él. Se estampaba todo esto tan profundamente en mi espíritu y abría tan dolorosas llagas en mi corazón, que lloraba amargamente, y me sería muy difícil expresar cuánto sufría y lo que por mí pasaba.

Ignorando qué cosa era la vida espiritual por no haber sido instruida, ni oído hablar de ella, no sabía sino lo que mi Maestro me enseñaba y me hacía practicar con su amorosa violencia.

Para vengar de algún modo en mí misma las injurias que le hacía, y recuperar la semejanza y conformidad con Él, aliviando así el dolor que me oprimía, ligaba con cuerdas nudosas mi miserable y criminal cuerpo, y tan fuertemente las apretaba, que apenas podía respirar y comer. Las dejaba tanto tiempo, que hallándose como enterradas en la carne, la cual llegaba a crecer encima, no podía extraerlas sino con grande violencia y crueles dolores. Lo mismo sucedía con las cadenillas o cilicios de mis brazos, los cuales, al desprenderse, llevaban consigo el pedazo de carne viva.

Después me acostaba sobre una ligera tablita o sobre palos de nudos puntiagudos, con los que hacía mi lecho para reposar un poco, y tomaba, además, una disciplina, procurando hallar algún remedio a los combates y tormentos interiores, en cuya comparación me parecía un refrigerio todo sufrimiento exterior que pudiera sobrevenirme. Pues aunque todas las humillaciones y contradicciones, de las cuales he hablado antes, eran siempre continuas y aumentaban más bien que disminuían, todo esto, repito, lo tenía por un alivio aliado de mis penas interiores, para sufrir las cuales en silencio y tenerlas ocultas, como mi buen Maestro me lo enseñaba, me hacía tal violencia, que nada se notaba al exterior, sino mi palidez y enflaquecimiento.

El temor de ofender a mi Dios me causaba aún mayor tormento que todo lo demás, porque me parecían mis pecados continuos y tan grandes, que me admiraba de no ver el infierno abierto bajo mis pies para enterrar en su seno a una pecadora tan miserable. Hubiera deseado confesarme todos los días, y sin embargo, no podía hacerlo sino raras veces. Me parecían santos los que empleaban mucho tiempo en confesarse, juzgando no eran como yo, que no sabía acusarme de mis culpas. Este pensamiento me hacía verter muchas lágrimas.

Pasados varios años entre todas estas penas, combates y otros muchos sufrimientos, sin otro consuelo que el de mi Señor Jesucristo, el cual se había constituido en mi Maestro y Director, revivió el deseo de la vida religiosa con tal ardor en mi alma, que me resolví a abrazarla a costa de cualquier sacrificio. Pero, ¡ay de mí! No pudo cumplirse mi deseo sino cuatro o cinco años más tarde, durante cuyo tiempo, redoblándose por todos lados mis penas y combates, procuraba redoblar también mis penitencias, según me lo permitía mi divino Maestro.

Pues cambió mucho en su modo de conducirse, poniéndome a la vista la belleza de las virtudes, y especialmente de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y diciéndome que practicándolas se llega a ser santo. Me hablaba así, porque le pedía en mis oraciones que me hiciese santa.

Como casi no leía otro libro que el de la *Vida de los Santos*, me decía al abrirla: me conviene elegir una muy fácil de imitar, para poder hacer lo que hizo, y ser santa como ella; pero me llenaba la desolación al ver que ofendía tanto a mi Dios; y pensaba que los santos no le habían ofendido como yo, o al menos, que si algunos lo habían hecho, habían después pasado el resto de su vida en la penitencia. Con esto ardía en vivos deseos de hacerla; pero mi divino Maestro me infundía tan gran temor de seguir mi propia voluntad, que desde entonces juzgué que nada le agradaría, aunque pudiese hacerlo, si no lo ejecutaba por amor y obediencia. Me inflamó esto en vivos deseos de amarle y de reglar por la obediencia todas mis acciones, pero no sabía cómo practicar ni lo uno ni lo otro.

Me parecía un crimen el decir que amaba a Dios, viendo a mis obras desmentir mis palabras. Le pedí me enseñase e hiciera ejecutar cuanto quería que practicase para agradecerle y amarle. He aquí cómo lo cumplió.

Me infundió un amor tan tierno a los pobres, que habría querido no tener más amistad que la suya, y excitó en mi alma una compasión tan tierna de sus miserias, que, a depender de mí, me hubiera quedado sin nada por aliviarlas. Cuando tenía dinero se lo daba a niños pobres, para obligarles a venir a mi lado con objeto de enseñarles el catecismo y a tratar con Dios. Esto hacía que me siguieran, siendo tantos, a veces, que en invierno no sabía dónde colocarlos, a no ser en una sala grande, de la cual nos echaban en ocasiones. Me mortificaba esto no poco, por el deseo de que nada se conociese de cuanto hacía.

Llegaron a pensar que daba a los pobres cuanto podía haber a las manos; pero no habría osado hacerlo, temerosa de robar. Así, pues, no daba sino lo que era mío, y aun no me atrevía a hacerlo sin la obediencia, viéndome obligada, para conseguir el permiso de dar lo que tenía, a hacer caricias a mi madre, la cual, como me amaba mucho, me lo concedía muy fácilmente. Cuando me lo negaba, permanecía tranquila, y después de un rato volvía a importunarla, porque no me era posible hacer cosa alguna sin permiso, y no sólo de mi madre, sino que me sujetaba a pedirselo también a los que conmigo vivían, lo cual era para mí un continuo suplicio.

Pero creía conveniente sujetarme a todos aquellos que me inspiran mayor repugnancia y obedecerles, para ver si podía ser religiosa. Este andar continuamente pidiendo todos esos permisos, me atrajo grandes repulsas y mucha esclavitud, porque les dio tanta autoridad sobre mí, que no podía existir religiosa más sujeta. Mas el ardiente deseo que sentía de amar a Dios me hacía superar todas las dificultades y me tornaba cuidadosa de practicar todo cuanto era más contrario a mis inclinaciones, y más repugnancia me causaba, y tan movida me sentía a ello, que me acusaba en la confesión, cuando ocurría, de no haber seguido estos impulsos.

Me repugnaba en extremo ver llagas; pero me fue preciso ponerme desde luego a curarlas y besarlas para vencerme, y no sabía cómo arreglarme en esta operación. Mas mi Divino Maestro sabía suplir tan perfectamente todas mis ignorancias que, aunque fuesen llagas peligrosísimas, las curaba en poco tiempo, sin más unguento que el de su providencia. Más confianza me inspiraba su bondad, que todos los remedios exteriores.

Era naturalmente inclinada al amor de los placeres y diversiones; pero no podía ya tener gusto en ninguno, aunque con frecuencia hiciese cuanto dependía de mí para proporcionármelos; porque la dolorosa figura de mi Salvador, que se presentaba a mi vista cual si acabase de ser azotado, me impedía tenerlo; pues me hacía estas reconvenciones que llegaban a herirme el corazón: «Y bien,

¿querrás gozar de este placer? ¡Yo no gocé jamás de ninguno y me entregué a todo género de amarguras por tu amor y por ganar tu corazón! ¿Y querrás ahora, sin embargo, disputármelo?» Tales palabras producían honda impresión en mi alma; pero confieso con ingenuidad que nada comprendía. ¡Tan grosera y poco espiritual era mi inteligencia! Si hacía bien alguno, era porque con tal fuerza me impulsaba a ello, que no podía resistir.

Éste es el grande objeto de mi confusión en todo cuanto aquí escribo, en lo cual querría poder dar a conocer cuán digna soy del más riguroso castigo eterno por mis continuas resistencias a Dios y oposición a sus gracias, y al mismo tiempo hacer ver la grandeza de sus misericordias. Parecía, en verdad, haberse empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad a mi malicia y su amor a mis ingratitudes, las cuales han sido el objeto de mi más vivo dolor durante toda mi vida, por no haber sabido reconocer a mi Soberano libertador, que tan amoroso cuidado había tenido de mí desde la cuna, y ha continuado teniéndolo siempre.

Encontrándome un día en un abismo de estupor, viendo que tantos defectos e infidelidades como en mí hallaba no eran capaces de causarle náusea, me dijo respondiendo: «Es porque deseo hacer de ti como un compuesto de mi amor y de mis misericordias».

Y en otra ocasión me dijo: «Te he elegido por esposa y nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad. Soy yo quien te movía a hacerlo, antes que el mundo tuviera parte alguna en tu corazón, porque lo quería enteramente puro y sin mancha alguna de aficiones terrenales, y para conservármelo así quitaba toda la malicia de tu voluntad, a fin de que no pudiera corromperlo. Y después te confié al cuidado de mi santa Madre, para que te formase según mis designios».

Ciertamente, ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A Ella recurría en mis penas y necesidades, y con tal confianza, que me parecía no tener nada que temer bajo su protección maternal. También hice voto en este tiempo, de ayunar todos los sábados; de rezar, cuando supiese leer, el oficio de su Inmaculada Concepción, y de hacer siete genuflexiones todos los días de mi vida, rezando siete Avemarías para honrar sus siete dolores; me ofrecí después por su esclava perpetua, suplicándole no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña, como a mi buena madre, hacia la cual sentía desde entonces un amor verdaderamente tierno.

Me reprendió severamente cuando me vio de nuevo dispuesta a sucumbir en la terrible lucha que sostenía en mi interior. Pues no pudiendo ya resistir las persecuciones de mis parientes y a las lágrimas de una madre tan tiernamente amada, la cual me decía que a los veinte años debe una joven tomar estado, comencé a inclinarme a ese parecer.

Pues Satanás me decía continuamente: «¿En qué piensas queriendo ser religiosa? Vas a convertirte en la risa del mundo, porque de ningún modo has de perseverar; ¡y qué confusión, dejar un hábito de religiosa y salir de un convento! ¿Dónde podrás después ocultarte?» Me deshacía en lágrimas en medio de tantos asaltos, porque tenía un horror espantoso a los hombres y no acertaba a resolverme; pero mi Divino Maestro, que conservaba siempre delante de mis ojos mi voto, tuvo finalmente piedad de mí.

Un día, después de la comunión, si no me engaño, me manifestó que era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, y que, siendo su prometida hacía tantos años, de dónde me venía el querer romper con él toda amistad para unirme con otro.

«¡Oh! Entiende que si me haces este desprecio, te abandono para siempre; pero si me eres fiel, no te dejaré jamás y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos. Excuso tu ignorancia, porque no me conoces aún; pero si permaneces fiel y me sigues, te enseñaré a conocerme y me manifestaré a ti.»

Infundía con estas palabras tan grande calma en mi interior, y mi espíritu se halló en paz tan suma, que desde aquel momento me determiné a morir antes que cambiar. Me parecía entonces que mis lazos estaban rotos y que nada tenía que temer, pensando que aun cuando fuese la vida religiosa un purgatorio, me sería más dulce purificarme en ella el resto de mi vida, que verme precipitada en el infierno, tantas veces por mis grandes pecados y resistencias merecido.

Estando, pues, decidida por la vida religiosa, el Divino Esposo de mi alma, temeroso de que me escapara aún de sus manos, me pidió que consintiera, ya que soy débil, en que se apoderase e hiciese dueño de mi libertad. No puse obstáculo en dar el consentimiento, y desde entonces se apoderó tan fuertemente de mi albedrío, que no he gozado más de él en todo el resto de mi vida, y tanto se introdujo en mi corazón desde este momento, que, comenzando a comprenderle, renové mi voto. Le dije que, aun cuando me hubiese de costar mil vidas, no sería jamás otra cosa que monja, y me declaré resueltamente a la familia, suplicando se despidiera a todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran.

Viendo esto mi madre, no lloraba ya en mi presencia; pero lo hacía continuamente delante de todos los que le hablaban del asunto, los cuales no dejaban de venir después a decirme que sería la causa de su muerte, si la abandonaba, y que respondería de ello ante Dios, porque no tenía ella otra persona que le sirviese, y yo lo mismo podía ser religiosa después de su muerte que durante su vida. Uno de mis hermanos me quería mucho, e hizo cuantos esfuerzos pudo por separarme de mi intento, ofreciéndome parte de su hacienda para colocarme mejor en el mundo. Pero mi corazón había llegado a ser

insensible a todo esto, cual si fuera una roca; sin embargo, aún tuve que permanecer en el mundo tres años en medio de todas estas luchas.

Me enviaron a casa de uno de mis tíos, que tenía una hija religiosa, la cual, sabiendo que yo quería serlo, no omitió medio alguno para llevarme consigo. Pero no sintiendo yo inclinación a la vida de las Ursulinas, le decía: «Considera que, si entro en tu convento, lo haré únicamente por amor tuyo, y lo que yo quiero es ir a uno donde no haya parientes ni conocidos, a fin de ser religiosa por el amor de mi Dios». Con todo, como no sabía dónde tendría lugar esto, ni qué religión debía abrazar, no conociendo otras, pensé sucumbir aún a sus importunaciones, tanto más, cuanto que amaba mucho a esta prima y se servía ella de la autoridad de mi tío, a quien no osaba resistir, porque era mi tutor y porque me decía que me amaba como a una de sus hijas, siendo éste el motivo de querer tenerme a su lado. Y jamás quiso ya permitir a mi hermano volverme a llevar a casa, diciendo que se juzgaba, como tutor, dueño de mi persona.

Mi hermano, el cual todavía no había querido consentir en que fuera religiosa, se indignó mucho contra mí, figurándose que estaba en inteligencia con mi tío en todo esto, para encerrarme en Santa Úrsula, mal de su grado, y sin consentimiento de mis parientes. Pero me hallaba muy distante de pensarlo así; tanto, que cuanto más me impelían hasta queriendo obligarme a entrar, mayor era mi disgusto. Me decía una voz secreta: «No te quiero ahí, sino en Santa María».

Entretanto, no se me dejaba ir a la Visitación, aunque había allí muchas parientas, y se me decían cosas capaces de desanimar a los ánimos más resueltos; pero cuanto más hacían por separarme de ellas, más las amaba y sentía crecer el deseo de entrar en aquel convento, a causa del nombre siempre amable de Santa María, el cual me daba a conocer era ésta la religión que buscaba. Y viendo un día un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció que me dirigía una mirada tan paternalmente amorosa, llamándome su hija, que ya no le contemplaba sino como a mi buen Padre. Pero no me atrevía a referir nada de esto, y no sabía cómo desprenderme de mi prima y de toda su Comunidad, pues tantos testimonios me daban de cariño, que no podía verme libre de ellas.

Estando ya a punto de abríseme la puerta, recibí la noticia de que mi hermano se hallaba gravemente enfermo y mi madre muriéndose. Esto me obligó a partir inmediatamente para estar a su lado, sin que pudieran impedírmelo, aunque estaba delicada, más que de una enfermedad, de pena por verme como forzada a entrar en un convento, adonde creía que no me llamaba Dios. Caminé toda la noche, pues hay cerca de diez leguas, y así me libré de esta cruz para volver a tomar otra pesadísima, la cual no especificaré por haber escrito mucho sobre este asunto; baste decir que se redoblaron todas mis penas. Se me hacía ver que no podía mi madre vivir sin mí, pues el breve tiempo de mi ausencia era la causa de su mal, y que respondería a Dios de su muerte. Esto, dicho por eclesiásticos, me

causaba crueles penas, por el tierno amor que la profesaba, y el demonio se servía de ello para hacerme creer que sería la causa de mi eterna condenación.

Por otra parte, mi Divino Maestro me instaba con tal fuerza a dejarlo todo para seguirle, que no tenía reposo, y me inspiraba tan gran deseo de asemejarme a su vida de dolores, que cuanto sufría me parecía nada; por lo cual redoblé mis penitencias. Vez hubo en que, arrojándome a los pies de mi crucifijo, le dije: «Querido Salvador mío, ¡cuán feliz sería si imprimierais en mí vuestra imagen dolorosa!» Y Él me respondió: «Es lo que pretendo, con tal que no me hagas resistencia y cooperes por tu parte». Para ofrecerle algunas gotas de mi sangre, me ligaba los dedos e introducía en ellos agujas; y además en Cuaresma tomaba todos los días disciplina, si me era posible, para honrar los azotes de su flagelación. Mas por mucho que la prolongase, apenas podía sacar sangre que ofrecer a mi buen Maestro en cambio de la que Él había derramado por mi amor. Y como era en las espaldas donde la recibía, empleaba en ella mucho tiempo.

Los tres días de Carnaval hubiera querido hacerme pedazos para reparar los ultrajes que hacen sufrir los pecadores a Su Divina Majestad; y en cuanto me era posible, los pasaba ayunando a pan y agua, dando a los pobres lo que recibía para mi alimento.

Pero mi mayor gozo al tratar de separarme del mundo, era pensar que comulgaría con frecuencia, pues no querían permitírmelo, sino rara vez, y me hubiera creído la más feliz de la tierra si hubiera podido hacerlo muchos días, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Me sentía allí con una seguridad tal, que aun siendo medrosa en extremo, ni pensar en ello me ocurría desde que me hallaba en aquel sitio de delicias.

Las vísperas de la comunión me sentía abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podía, sino violentándome, a causa de la grandeza de la acción que debía ejecutar, y cuando ya había comulgado, ni siquiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar: ¡tan grandes eran la consolación y la paz de que gozaba! Me ocultaba cuanto podía para aprender a amar a mi soberano Bien, el cual tan poderosamente me estimulaba a devolverle amor por amor. Pero no creía poder amarle nunca por mucho que hiciera si no aprendía a tener oración, pues no sabía sino lo que Él me había enseñado, esto es, abandonarme a todos sus santos impulsos cuando podía encerrarme con Él en algún lugar secreto. Mas no se me dejaba bastante tiempo libre para esto, porque me era preciso trabajar todo el día con los criados, y luego, a la tarde, no se hallaba cosa, en cuanto había hecho, capaz de satisfacer a los que vivían conmigo. Me daban tales gritos, que no encontrándome con valor para comer, me retiraba donde podía en busca de algunos momentos de paz, de la cual tenía un ardiente deseo.

Pero, quejándome sin cesar a mi Divino Maestro de que temía no poder agradarle en todas mis acciones, en vista del exceso de propia voluntad, pues hacía las

mortificaciones a mi gusto, y no era para mí estimable, sino lo practicado por obediencia: «¡Ay de mí!, Señor mío –le decía–, dadme alguno que me conduzca a vos». «¿No te basto yo? –me respondió–; ¿qué temes? Una hija tan amada como tú, ¿podrá perecer entre los brazos de un Padre omnipotente?»

No sabía qué cosa era la dirección; pero tenía gran deseo de obedecer, y su bondad permitió que viniese a casa un religioso de San Francisco y pasase allí la noche para darnos tiempo de hacer nuestras confesiones generales. Hacía más de quince días que tenía la mía escrita; porque, aunque la hiciera cuantas veces hallaba ocasión, siempre me parecía no haber hecho lo suficiente a causa de mis grandes pecados. Me sentía penetrada de tan vivo dolor, que no sólo vertía lágrimas en abundancia, sino también hubiera querido con toda mi alma, en el exceso de mi sentimiento, publicar mis culpas delante de todo el mundo. Y me arrancaba los más profundos gemidos al estar tan ciega, que no las podía conocer, ni explicar lo enormes que eran. Ésta era la causa de escribir cuantas podía encontrar en los libros que tratan de la confesión, poniendo a veces cosas que me horrorizaba sólo de pronunciarlas.

Pero decía entre mí: «Quizá las cometí y no lo conozca, ni lo recuerde; muy justo es, por lo tanto, que sienta la confusión de decirlas, para satisfacer a la divina Justicia». Bien es verdad, que si hubiera creído haber hecho la mayor parte de las cosas de que me acusaba, hubiera estado inconsolable. Y lo hubiera estado después por esta clase de confesiones, si mi soberano Maestro no me hubiese asegurado que todo lo perdonaba a una voluntad sin malicia. Hice, pues, esta confesión, en la cual este buen Padre me obligó a pasar hojas sin querer permitirme leerlas, aunque le pedí me dejase satisfacer mi conciencia, porque era mayor pecadora de lo que se figuraba.

Esta confesión me dejó en suma tranquilidad. Le dije algunas cosas sobre mi manera de vivir, acerca de lo cual me dio muchos buenos consejos. Pero no osaba decir todo, por creer que era vanidad, de la cual tenía grandes temores, por ser mi natural muy inclinado a ella, y pensaba que todo lo hacía por este motivo, no sabiendo distinguir el sentimiento del consentimiento. Esto me hacía sufrir mucho, porque temía en gran manera al pecado, que arrojaba a Dios lejos de mi alma. El buen Padre me prometió instrumentos de penitencia. Habiéndole dicho que mi hermano me retenía siempre en el mundo, haciendo ya cuatro o cinco años que instaba por ser religiosa, el Padre le hizo tener tan grande escrúpulo, que después el mismo hermano me preguntó si perseveraba en el designio de serlo, y habiéndole respondido que prefería morir a cambiar, me prometió satisfacer mis deseos.

En su consecuencia, marchó para tratar la cuestión de mi dote, a verse con aquella buena prima, la cual no cesaba de perseguirme. Mi madre y los demás parientes querían que fuese religiosa en aquel convento. No sabía yo cómo librarme de esto; mas durante la ausencia de mi hermano, me dirigí a la Santísima

Virgen, mi buena Madre, por medio de San Jacinto, a quien dirigí muchas plegarias. Hice también celebrar varias Misas en honor de mi Santísima Madre, la cual me consoló amorosamente diciéndome: «**Nada temas; tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena Madre**».

Tanto me tranquilizaron estas palabras, que no me dejaron duda alguna de su cumplimiento, a pesar de las oposiciones. Estando ya de vuelta mi hermano, me dijo: «Quieren cuatro mil francos; en ti está el disponer, como te plazca, de tus bienes, porque el asunto no está concluido». Entonces le dije resueltamente: «Ni se concluirá nunca. Quiero ir a las Hijas de María, a un convento muy lejano, donde no haya ni parientas, ni conocidas, porque no quiero ser religiosa, sino por amor de Dios. Quiero abandonar por completo el mundo, ocultándome en cualquier sitio retirado, para olvidarle y ser de él olvidada, y no volver a verle jamás».

Me propusieron muchos conventos sin poder decidirme por ninguno, pero apenas se nombró a Paray, se dilató de gozo mi corazón, y al instante consentí. Mas era preciso hacer una visita a las religiosas con quienes viví a la edad de ocho años, y tuve que sostener todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente, que no podían verme en Santa María, sabiendo que no había de perseverar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron a prometer volver a su convento, si salía del otro, porque sabían bien, decían, que jamás podría acostumbrarme a estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, antes se afirmaba más y más en su resolución diciendo: «Es preciso morir o vencer». Pero omito todos los demás combates que me vi obligada a sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.

III

Noviciado de Margarita

El querido Paray. «Aquí es donde te quiero».—Margarita da el último adiós al mundo y entra en el Monasterio (20 de junio de 1671).—El lienzo preparado.—Excesiva inclinación a la penitencia. Es reprendida de su desobediencia por San Francisco de Sales.—Toma de hábito (25 de agosto de 1671).— Tratan de hacerla ir por los caminos ordinarios de la vida espiritual.—Deseo de humillaciones y mortificaciones.—Lucha heroica contra una repugnancia natural.—Este sacrificio le atrae nueva abundancia de gracias.—Tienen algunas dudas sobre su vocación. Nuestro Señor es su fiador.

Al entrar al locutorio, oí interiormente estas palabras: «Aquí es donde te quiero». En seguida dije a mi hermano que era preciso arreglar mi asunto, pues no iría jamás a otro convento. Le sorprendió tanto más mi lenguaje, cuanto que no me había llevado allí, sino para darme a conocer las religiosas de Santa María, y bajo mi promesa de no dejar traslucir mis intenciones; pero ya no quise volverme a casa sin que todo estuviese concluido.

Después de terminado, me parecía haber recibido una nueva existencia. ¡Tan grandes eran el contento y la paz que sentía! Esto produjo en mí una alegría tal, que cuantos ignoraban lo sucedido decían: «¡Miradla, buenas trazas tiene de ser religiosa!» Y en efecto, me adornaba con más galas y me divertía como nunca lo había hecho, por el gozo que tenía de verme toda de mi Soberano Bien; el cual, mientras esto escribo, me reconviene muchas veces con estas palabras: «Mira, hija mía, si podrás hallar un padre apasionado de amor por su hijo único, que haya tenido jamás tanto cuidado de él, y podido darle testimonios de amor tan tiernos, como los que te he dado yo y te quiero dar el mío, el cual ha tenido tanta paciencia y tomado tanto trabajo para educarte y amoldarte a mi manera desde la más tierna edad, esperándote con dulzura, sin mostrar repugnancia en medio de todas sus resistencias. Acuérdate, pues, de que si algún día te olvidas del reconocimiento que me debes, no refiriendo a mí la gloria de todo, éste sería el medio de secar para ti este manantial inagotable de todo bien».

Habiendo llegado, finalmente, el día tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazón, que estaba como insensible, tanto al cariño como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre, y no derramé ni una lágrima al dejarlos. Porque me parecía ser como una esclava, que se encuentra libre de su prisión y de sus cadenas para entrar en la casa de su esposo, tomar de ella posesión y gozar con toda libertad de la presencia de éste, de sus bienes y de su amor. Así se lo decía Jesús a mi alma, la cual estaba como fuera de sí misma. No sabía alegar otro motivo de mi vocación de religiosa de Santa María, sino que deseaba ser hija de la Santísima Virgen.

Pero confieso que, llegado el momento de entrar (era un sábado), cuantas penas había padecido y muchas otras me asaltaron con tal violencia, que me parecía iba a separarse mi alma de mi cuerpo en la entrada misma. Mas al instante se me mostró que *había el Señor roto el saco de mi cautiverio (Esther IV, 4) y me revistió con su manto de alegría (Judith XVI, 9)* y de tal manera me transportaba el gozo, que decía a gritos: «Aquí es donde Dios me quiere». Sentí inmediatamente todo esto esculpido en mi espíritu: que aquella casa de Dios era un lugar santo; que cuantas en ella moraban debían ser santas; que el mismo nombre de Santa María me indicaba la obligación de serlo a toda costa; y que para esto era preciso abandonarse y sacrificarse a todo sin reserva ni miramiento alguno. Así se me hacía suave cuanto se me presentaba de más áspero en los principios.

Todos los días, durante algún tiempo, me despertaban las siguientes palabras, que oía distintamente, pero sin comprenderlas: *Dilexisti iustitiam* y el resto del versículo; otras veces: *Audi, filia, et vide, etc.*, y también éstas: «Has hallado tus senderos y tu camino, ¡oh Jerusalén, casa de Israel!, mas el Señor te guiará en todas tus empresas, y no te abandonará jamás». Repetía todo esto, sin comprenderlo, a mi buena Maestra, a la cual, y también a mi Superiora, miraba como a Jesucristo en la tierra. Y como ni sabía, ni había tenido jamás regla ni dirección, estaba tan gustosa de verme sujeta, para tener el consuelo de obedecer, que me parecían oráculos todas sus palabras, y juzgaba que no debía temer cosa alguna, haciéndolo todo por obediencia.

Pidiendo a mi Maestra que me enseñase a hacer oración, de la cual tenía grande hambre mi alma, no quiso creer que, habiendo entrado religiosa a la edad de veintitrés años, no supiese hacerla, pero después de habérselo yo asegurado, me dijo por primera vez: «Id a colocaros delante de Nuestro Señor Jesucristo, como una tela preparada delante de un pintor». Hubiera yo querido la explicación de lo que me decía por no comprenderlo, pero no osaba pedírsela; mas el Señor me dijo: «**Ven, que yo te enseñaré**».

Y tan pronto como fui a la oración, me hizo conocer que aquella tela preparada era mi alma, sobre la cual quería trazar todos los rasgos de su vida dolorosa, pasada toda ella en el amor, en las privaciones, en el alejamiento, en el silencio y en el sacrificio, hasta la consumación; que los imprimiría en mi alma después de haberla purificado de todas las manchas que le quedaban, sea de afición a las cosas terrenas, sea de amor a mí misma o a las criaturas, hacia las cuales tenía mi natural complaciente demasiada inclinación.

Me despojó en un momento de todo, y después de haber dejado mi corazón vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ésta un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba momento de reposo. Tan de cerca me perseguía, que no hallaba tiempo sino para pensar en cómo podría amarle crucificándome: y tal ha sido siempre su bondad para conmigo, que nunca ha dejado de proveerme de medios para ello.

Aunque nada ocultaba a mi Maestra, tenía, sin embargo, el designio de dar más latitud de lo que era su intención a sus permisos, respecto a las penitencias. Y, habiéndome formado de esto como un deber, mi santo Fundador me respondió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver a intentarlo. Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazón: «Y bien, hija mía, ¿piensas poder agradar a Dios, traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregación, y no las austeridades?»

Al fin pasó el tiempo de mis pruebas ardiendo yo en deseos de ser toda de Dios, y haciéndome Él la misericordia de agujionarme continuamente para que llegase a esta dicha. Estando ya revestida con nuestro santo hábito, me dio a conocer mi Divino Maestro que éste era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo dominio sobre mí y me imponían una doble obligación: la de amarle y la de hacerlo con amor de preferencia. En seguida me declaró que, a la manera de los más apasionados amantes, me haría gustar, durante este tiempo, cuanto hay de más dulce en la suavidad de sus amorosas caricias. En efecto, tan excesivas fueron éstas, que con frecuencia me sacaban fuera de mí y me volvían incapaz de hacer cosa alguna.

Me hundía esto en tal abismo de confusión, que no osaba comparecer ante nadie, de lo cual me corrigieron manifestándome no ser éste el espíritu de las Hijas de Santa María, nada amante de caminos extraordinarios, y que no me recibirían, si no me apartaba de todo.

Quedé, por lo tanto, sumida en una gran desolación, durante la cual puse todos mis esfuerzos, sin perdonar medio alguno, para separarme de esta senda; pero todo fue inútil. Sin que yo lo comprendiese, trabajaba por su parte con el mismo objeto mi buena Maestra, pues viéndome con mucha hambre de oración y de aprender a hacerla, y que, a pesar de todos mis esfuerzos me era imposible seguir los métodos por ella señalados, teniendo precisión de volver siempre al de mi Divino Maestro, aunque hiciese todo lo posible para olvidarle y separarme de él, me señaló por auxiliar de una oficiala, que me hacía trabajar durante la oración. Después de lo cual iba a pedir permiso para volver a empezarla, y mi Maestra me corregía ásperamente diciéndome que la hiciese ocupada en los ejercicios manuales del Noviciado.

Así lo hacía, sin poder nada de esto distraerme del suave gozo y consolación de mi alma, antes bien, los sentía ir siempre en aumento. Se me ordenó asistir a los puntos de la meditación por la mañana, y salir, después de oídos, a barrer el lugar que se me designase, hasta la hora de rezar prima.

Terminada ésta, se me pedía cuenta de mi oración, o más bien de la que en mí y por mí hacía mi soberano Maestro, no llevando yo en todo ello otra mira, sino la

de obedecer, en lo cual sentía un placer sumo, por grandes que fuesen las penas de mi cuerpo al ejecutarlo. Luego cantaba:

Cuantas más contradicciones
Encuentre mi casto amor.
Tanto más crece la llama.
Que el Bien único encendió.
Que me aflijan noche y día.
No me robarán mi Dios;
Cuanto es más grande el tormento.
Más me une a su Corazón.

Tenía un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resentía vivamente mi sensibilidad natural. Mi Divino Maestro me apretaba sin cesar a que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes, pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas como indigna de hacerlas, se me imponían otras no esperadas y tan opuestas a mis inclinaciones, que me veía obligada en el violento esfuerzo que debía hacerme, a decir a mi buen Maestro: «¡Ay de mí!, venid en mi ayuda, ya que Vos sois la causa». Y Él lo hacía diciéndome: «**Reconoce, pues, que nada puedes sin mí; yo no dejaré nunca de socorrerte, con tal que tengas siempre a tu nada y tu debilidad abismadas en mi fortaleza.**»

No hablaré sino de una sola de esa clase de ocasiones mortificativas, superior a mis fuerzas, en la que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa. Es una cosa hacia la cual tenía toda mi familia una aversión natural tan grande, que al firmar el contrato de recepción exigió mi hermano que no se me obligara jamás a hacerla. No hubo dificultad en concedérselo, siendo cosa de suyo indiferente. Pues en eso me fue preciso ceder, porque se me atacó por todas partes con tal vehemencia, que no sabía ya qué resolución tomar, tanto más, cuanto me parecía mil veces más fácil sacrificar mi propia vida, y si no hubiera amado mi vocación más que mi existencia, habría entonces preferido abandonarla antes de resolverme a ejecutar lo exigido.

Pero era en vano el resistirme, pues mi Soberano quería este sacrificio del cual dependían otros muchos. Tres días estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasión, especialmente de mi Maestra, delante de la cual reconocía desde luego la obligación de hacer lo que me decía, y después me faltaba el valor. Me moría de pena de no poder vencer mi natural repugnancia, y le decía: «¡Miserable de mí, que no me quitarais la vida antes que permitirme faltar a la obediencia!» Al oírlo me rechazó: «Id –dice–, no sois digna de practicarla, y ahora os prohíbo hacer lo que os mandaba». Esto me bastó. Desde luego dije: «Es necesario morir o vencer». Me fui ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permanecí unas tres o cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: «¡Ay de mí!, ¿me habéis

abandonado, Dios mío? Y bien, ¿ha de haber aún reserva alguna en mi sacrificio, y no ha de ser del todo consumado en perfecto holocausto?»

Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de amor hacia Él, como después me lo ha manifestado, se complacía en ver combatir en su indigna esclava al amor divino contra las repugnancias naturales. Por fin salió victorioso; porque sin otra consolación ni otras armas que las palabras siguientes: «**Nada ha de negarse al amor**», fui a arrojarme de rodillas ante mi Maestra, pidiéndole por piedad me permitiese hacer lo que de mí había deseado. Finalmente, lo hice, si bien no he sentido jamás repugnancia tan grande, la cual se renovaba todas las veces que debía hacerlo, sin dejar por eso de seguir ejecutándolo durante ocho años.

Después de este sacrificio fue cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano; y de tal modo inundaron mi alma, que me veía obligada a decir con frecuencia: «Suspended, Dios mío, este torrente que me anega, o dilatad mi corazón para recibirlo». Pero suprimo todas estas predilecciones y profusiones del puro amor, pues eran tan grandes, que no podría convenientemente explicarlas.

Se me atacó todavía sobre este particular al acercarse el tiempo de mi profesión, diciéndome que se veía claramente que no era a propósito para adquirir el espíritu de la Visitación, el cual miraba con recelo todo ese género de vías sujetas a la ilusión y al engaño. Representé al instante a mi Señor esto, dándole mis quejas: «¡Ay de mí! ¿Seréis, Señor mío, la causa de que se me despida?» A lo cual me respondió: «**Di a tu Superiora que no hay razón para temer el recibirte, pues yo respondo de ti, y seré tu fiador si me juzga capaz de serlo**».

Habiendo dado cuenta de esto a mi Superiora, me ordenó pedirle, como prenda de seguridad, que me hiciese útil a la santa religión por la práctica exacta de todas las observancias. Sobre este punto me respondió su amorosa bondad:

«**Y bien, hija mía, todo esto te concedo, pues te haré más útil a la religión de lo que ella piensa; pero de una manera que aún no es conocida sino por mí: y en adelante adaptaré mis gracias al espíritu de la regla, a la voluntad de tus Superiores y a tu debilidad, de suerte que has de tener por sospechoso cuanto te separe de la práctica exacta de la regla, la cual quiero que prefieras a todo. Además, me contento de que antepongas a la mía la voluntad de tus Superiores, cuando te prohíban ejecutar lo que te hubiere mandado. Déjales hacer cuanto quisieren de ti: yo sabré hallar el medio de cumplir mis designios, aun por vías que parezcan opuestas y contrarias. No me reservo sino el dirigir tu interior y especialmente tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi amor puro, jamás le cederé a ningún otro**».

Nuestra Madre y nuestra Maestra quedaron contentas de todo esto, cuyos efectos tan sensiblemente se manifestaron, que no podían dudar de que procediesen de la verdad mis palabras, pues ni sentía turbación alguna en mi interior, ni cuidaba de otra cosa, sino de cumplir la obediencia, por mucho que para ello debiera sufrir. Pero me servían de martirio insoportable la estima y complacencia con que se me trataba, y las miraba como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecían tan enormes, que me hubiera sido dulce el sufrir todos los tormentos imaginables para expiarlos y satisfacer a la divina justicia.

IV

Profesión. – Primeras manifestaciones del Corazón Divino

Profesión de Margarita (6 de noviembre de 1672).—Es favorecida con la presencia de su Divino Maestro.—Las dos santidades de amor y de justicia.—Trabaja por apartarse de los caminos extraordinarios y se queja a Nuestro Señor.—Nuestro Señor le pide una nueva entrega de sí misma.—Las flores y las espinas de la Cruz. Tres deseos imperiosos.—Tiene cuidado de una asnila y su pollino durante su retiro de profesión y recibe gracias extraordinarias.—Exigencias de la santidad de Dios.—Rechaza Jesucristo las obras hechas por propia voluntad.— Descansa sobre el pecho de Nuestro Señor, que le manifiesta por primera vez su Corazón e inflama el suyo.—Como señal, conserva un dolor de costado y recibe el nombre de discípula del Sagrado Corazón.

Conseguido el tan deseado bien de la santa profesión, en el día mismo que la hice, quiso mi divino Maestro recibirme por su esposa; pero de una manera imposible de explicar. Sólo diré que me hablaba y trataba como si estuviera en el Tabor, siéndome esto más duro que la muerte, por no ver en mí conformidad alguna con mi Esposo, al cual miraba desfigurado por completo y desgarrado sobre el Calvario. Pero Él me dijo: «Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a su placer, como lo hacen los niños con sus muñecos. Es menester que te abandones así sin otras miras ni resistencia alguna, dejándome hallar mi contento a tus expensas; pero nada perderás en ello». Me prometió no alejarse de mí jamás, diciéndome: «Estate siempre pronta y dispuesta a recibirme, porque quiero en adelante hacer en ti mi morada, para conversar y entretenerme contigo».

Desde este momento me favoreció con su divina presencia; pero de un modo cual no lo había experimentado hasta entonces, pues nunca había recibido una gracia tan grande, a juzgar por los efectos obrados siempre en mí desde este día. Le veía, le sentía cerca de mí y le oía mucho mejor que con los sentidos corporales, mediante los cuales hubiera podido distraerme para desviarme de Él; pero a esto no podía poner obstáculo alguno, no teniendo en ello ninguna participación. Me infundió un anonadamiento tan profundo, que me sentí súbitamente como caída y perdida en el abismo de mi nada, del que no he podido ya salir por respeto y homenaje a esta infinita grandeza, ante la cual quería estar siempre postrada con el rostro en tierra o de rodillas. Hasta ahora lo he hecho, en cuanto mis ocupaciones y debilidad han podido permitírmelo, pues Él no me dejaba reposar en una postura menos respetuosa, y no me atrevía a sentarme, a no ser cuando me hallaba en presencia de alguna persona, por la consideración de mi indignidad, la cual Él me hacía ver tan grande, que no osaba presentarme a nadie sino con extraña confusión, y deseando que no se acordasen de mí, sino para despreciarme, humillarme e injuriarme, porque sólo esto merecía.

Gozaba tanto este único amor de mi alma en verme tratar así, que, contra la sensibilidad de mi natural orgullo, no me dejaba hallar gusto entre las criaturas, sino en ocasiones de contradicción, de humillación y de abyección. Eran éstas mi manjar delicioso, el cual nunca ha permitido Él que me faltase, ni jamás me decía: «Basta». Antes al contrario, suplía Él mismo la falta de parte de las criaturas o de mí misma; pero, ¡Dios mío!, era de un modo mucho más sensible, cuando os mezclabais vos en ello, y sería demasiado larga mi explicación.

Me honraba con sus conversaciones; unas veces cual si fuera un amigo o un esposo el más apasionado, otras cual un padre herido de amor por su hijo único; otras, en fin, bajo formas diferentes. Callo los efectos que producía esto en mí. Diré solamente que me hizo ver en Él dos santidades, la una de amor y la otra de justicia; ambas rigurosísimas a su manera, y ambas se ejercían continuamente sobre mí. La primera me haría sufrir una especie de purgatorio dolorosísimo y difícil de soportar, para alivio de las santas almas en él detenidas, a las cuales permitiría dirigirse a mí según su beneplácito.

Y la santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, me haría sentir todo el peso de su justo rigor, atormentándome en beneficio de los mismos y «**particularmente –me dijo– de las almas que me están consagradas, por cuya causa te haré ver y sentir de aquí en adelante lo que te convendrá sufrir por mi amor**». Mas Vos, Dios mío, que conocéis mi ignorancia e impotencia para explicar cuanto ha pasado después entre vuestra soberana Majestad y vuestra miserable e indigna esclava, por los efectos siempre activos de vuestro amor y de vuestra gracia, dadme el medio de poder decir algo de lo más inteligible y sensible capaz de hacer ver hasta qué exceso de liberalidad ha ido vuestro amor hacia un objeto tan miserable e indigno.

Mas como nada ocultaba a mi Superiora y Maestra, aunque muchas veces no comprendiese yo misma lo que les estaba diciendo, me hicieron ellas conocer que iba por caminos extraordinarios impropios de las hijas de Santa María. Esto me afligió mucho y fue causa de no dejar género de resistencia que no hiciese para separarme de tales caminos. Mas era en vano, porque este Espíritu había adquirido tal imperio sobre el mío, que no podía y a disponer de éste, ni tampoco de mis otras potencias interiores, las cuales tenía absortas en Él. Me esforzaba cuanto podía por seguir el método de la oración que me enseñaban, con las otras prácticas; pero nada quedaba en mi espíritu.

Por más que leía los puntos de mi oración, se desvanecía todo, y no me era posible entender ni retener nada, fuera de lo que me enseñaba mi Divino Maestro. Esto me hacía sufrir mucho, porque se destruían en mí, en cuanto era posible, todas sus operaciones, y sin embargo, se me ordenaba hacerlo así. De este modo, siguiendo exactamente cuanto la obediencia me mandaba, combatía contra Él con todas mis fuerzas para sustraerme a su poder, que hacía inútil el mío.

Me quejaba a Él diciéndole: «Y bien, mi soberano Maestro, ¿por qué no me dejáis en el camino ordinario de las hijas de Santa María? ¿Me habéis traído a vuestra santa casa para perderme? Dad esas gracias extraordinarias a las almas escogidas, las cuales sabrán corresponderos y glorificaros mejor que yo, que sólo sé resistiros. No quiero sino vuestro amor y vuestra cruz, y esto me basta para ser una buena religiosa, que es todo cuanto deseo». Y Él me respondió: «Combatamos, hija mía, lo admito gustoso, y veremos quién conseguirá la victoria, si el Criador o la criatura, la fuerza o la debilidad, la Omnipotencia o la impotencia; pero el que sea vencedor, lo será para siempre».

Esto me puso en una confusión extrema, durante la cual me dijo: «Has de saber que no me has ofendido con esas luchas y oposiciones que me has hecho por obediencia, por la cual di mi vida; pero quiero enseñarte que soy el dueño absoluto de mis dones y de mis criaturas, y que nada podrá impedirme cumplir mis designios. Por lo cual no sólo quiero que hagas cuanto te mandan tus Superiores, sino más aún, que nada hagas de cuanto yo te ordenare, sin su consentimiento; porque amo la obediencia y sin ella no se me puede agradar». Quedó con esto complacida mi Superiora y me ordenó abandonarme en brazos del divino poder, lo cual hice con gran gozo, y sintiendo súbitamente paz en mi alma, que estaba sufriendo una tiranía cruel.

Me pidió, después de comulgar, que le reiterase el sacrificio ofrecido ya, de mi libertad y de todo mi ser; lo hice con toda mi alma diciéndole: «Con tal que no hagáis, mi Soberano Maestro, aparecer nunca en mí nada de extraordinario, a no ser lo que pueda causarme mayor humillación y desprecio delante de las criaturas y destruirme en su estimación; pues, ¡ay de mí!, conozco, Dios mío, mi flaqueza, temo haceros traición y que no estén seguros en mí vuestros dones». «Nada temas, hija mía –me dijo–, todo lo arreglaré, porque yo mismo seré el custodio y te haré impotente para resistirme». «¿Y qué?, Dios mío, ¿me dejaréis vivir siempre sin sufrir?»

Se me mostró inmediatamente una gran cruz, cuya extremidad no podía ver; pero toda ella estaba cubierta de flores: «He ahí el lecho de mis castas esposas –me dijo–, donde te haré gustar de las delicias de mi amor; poco a poco irán cayendo esas flores, y sólo te quedarán las espinas, ocultas ahora a causa de tu flaqueza, las cuales te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para soportar el sufrimiento». Me regocijaron en extremo estas palabras, pensando que no habría jamás penas, humillaciones, ni desprecios suficientes a extinguir mi ardiente sed de padecer, ni podría hallar yo mayor sufrimiento que la pena de no sufrir lo bastante, pues no dejaba de estimularme su amor de día ni de noche.

Pero me afligían las dulzuras: deseaba la cruz sin mezcla, y habría querido por esto ver siempre mi cuerpo agobiado por las austeridades y el trabajo. Tomaba de éste cuanto mis fuerzas podían soportar, porque no me era posible vivir un instante sin sufrimiento. Cuanto más sufría, más contentaba a la santidad de amor, la cual había encendido en mi corazón tres deseos, que me atormentaban incesantemente: el uno de sufrir, el otro de amarle y comulgar, el tercero de morir para unirme con Él.

No me cuidaba ya de tiempos ni de lugares, desde que me acompañaba a todas partes mi Soberano. Me hallaba indiferente para todas las disposiciones que acerca de mí pudieran tomarse: el estar bien segura de que Él se había entregado a mí sin mérito alguno de mi parte y sólo por su pura bondad, y por consiguiente nadie podría quitármelo, me hacía vivir contenta en todas partes. Experimenté esto cuando se me obligó a hacer los ejercicios de mi profesión guardando en el jardín una asnilla con su pollino, los cuales no poco ejercitaban mi paciencia, porque no se me permitía atarla, y se quería que la retuviese en un pequeño ángulo antes señalado, por temor de que no causaran daño alguno, y no hacían sino correr¹. No hallaba momento de reposo hasta el toque del *Ángelus* de la tarde, que iba a cenar, y aun después volvía al establo, donde empleaba parte del tiempo de los Maitines en darle su pienso.

Tal era mi gusto en esta ocupación, que no me sentiría inquieta aunque hubiera de durarme toda la vida. Tan fiel compañero hallaba en mi Soberano, que para nada me impedían cuantas carreras me era preciso dar. Pues allí fue donde recibí tan grandes favores, cual nunca los había experimentado semejantes; sobre todo aquel en que me dio conocimiento acerca del misterio de su sagrada Pasión y muerte. Pero su descripción es un abismo, y lo suprimo por no hacerme interminable.

Diré solamente que me inflamó tanto en amor de la cruz, que no puedo vivir un instante sin sufrir, pero sufrir en silencio, sin consuelo, alivio ni compasión, y morir con el Soberano de mi alma, agobiada bajo la cruz de toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios. Este amor me ha durado toda mi vida, y la he pasado toda entera, gracias a su misericordia, en este género de ejercicios del puro amor. Él ha tenido siempre el cuidado de proveerme con abundancia de estos manjares tan deliciosos a su paladar, que jamás dice: «Basta».

Una vez me dio esta lección mi Divino Maestro con motivo de una falta cometida por mí: **«Has de saber –me dijo– que soy un Maestro santo, y enseño la santidad. Soy puro, y no puedo sufrir la más pequeña mancha. Por lo tanto, es preciso que andes en mi presencia con simplicidad de corazón e intención recta y pura. Pues no puedo sufrir el menor desvío, y te daré a conocer que, si el exceso de mi amor**

¹ Véase el núm. I de los *Sentimientos de sus Ejercicios*.

me ha movido a ser tu Maestro para enseñarte y formarte a mi manera y según mis designios, no puedo soportar las almas tibias y cobardes, y que, si soy manso para sufrir tus flaquezas, no seré menos severo y exacto en corregir tus infidelidades».

Bien me lo ha hecho experimentar durante mi vida; porque puedo decir que no me ha dejado pasar la más pequeña falta, por poco de propia voluntad o de negligencia que hallare en ella, sin reprenderme y castigarme, aunque siempre según su infinita bondad y misericordia. Confieso, sin embargo, que nada era para mí más doloroso y terrible que verle incomodado contra mí, aunque fuese poco. En su comparación nada me parecían los demás dolores, correcciones y mortificaciones; y así iba inmediatamente a pedir penitencia, pues se contentaba con las impuestas por la obediencia.

Lo que más severamente me reprendía, eran las faltas del respeto y atención delante del Santísimo Sacramento, en particular en las horas de oración y del Oficio divino, las de rectitud y pureza de intención en ellos y la vana curiosidad. Aunque sus ojos puros y perspicaces descubren el más mínimo defecto de caridad y humildad para reprenderlos con rigor, nada es, sin embargo, comparable ante ellos con la falta de obediencia, ya sea a los superiores, ya a las reglas; la menor réplica a los Superiores con señales de repugnancia, le es insoportable en un alma religiosa.

«Te engañas –me decía– creyendo que puedes agradarme con esa clase de acciones y mortificaciones, en las cuales la voluntad propia, hecha ya su elección, más bien que someterse, consigue doblegar la voluntad de las Superiores. ¡Oh!, has de saber que rechazo todo esto como fruto corrompido por el propio querer, el cual en un alma religiosa me causa horror; y me gustaría más verla gozando de todas sus pequeñas comodidades por obediencia, que martirizándose con austeridades y ayunos por voluntad propia». Y así, cuando me ocurre hacer una de esas mortificaciones y penitencias por propia elección, sin orden suya o de mis Superiores, no me permite siquiera ofrecérselas, y me corrige imponiéndome la pena, como lo hace con las demás faltas, cada una de las cuales tiene la suya particular en este purgatorio, en que me purifica para hacerme menos indigna de su divina presencia, comunicación y operaciones; pues Él es quien todo lo hace en mí.

Un día que tomaba disciplina, al terminar el *Ave maris stella*, que era el tiempo concedido para esto, me dijo: «He ahí mi parte», y prosiguiendo yo: «He ahí la del demonio –añadió–, lo que haces ahora». Lo cual me hizo cesar al momento. Otra vez, tomándola por las almas del Purgatorio, desde el instante en que quise traspasar los límites permitidos, me rodearon éstas quejándose de que descargaba sobre ellas los golpes. Por eso me resolví a morir antes de traspasar, por poco que fuera, los límites de la obediencia; pues, después de todo, me obligaba a hacer penitencia por ello.

Pero nada encontraba difícil, porque todavía en esa época, tenía Él anegado en las dulzuras de su amor, todo rigor de mis penas y sufrimientos. Le pedía con frecuencia que apartara de mí tales dulzuras, para dejarme gustar con placer las amarguras de sus angustias, abandonos, agonías, oprobios y demás tormentos; mas me respondía que debía someterme con indiferencia a todas sus varias disposiciones y nunca dictarle leyes: «Yo te haré comprender en adelante que soy un sabio y prudente Director, y sé conducir sin peligro las almas, cuando se abandonen a mí, olvidándose de sí mismas».

Un día que me hallaba un poco más libre, pues las ocupaciones de la obediencia apenas me dejaban reposar, estando delante del Santísimo Sacramento, me encontré toda penetrada por esta divina presencia; pero tan fuertemente, que me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné a este Espíritu entregando mi corazón a la fuerza de su amor. Me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado, que hasta entonces me había tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que a juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda, a pesar de temer siempre engañarme en todo cuanto refiero de mi interior. He aquí cómo me parece haber sucedido esto:

El me dijo: «Mi Divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que te descubro, y los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía».

Me pidió después el corazón, y yo le supliqué que lo tomase. Le cogió e introdujo en su Corazón adorable, en el cual me mostró como un pequeño átomo, que se consumía, en aquel horno encendido. Le sacó de allí cual si fuera una llama ardiente en forma de corazón, y le volvió a poner en el sitio de donde lo había cogido, diciéndome: «He ahí, mi muy amada, una preciosa prenda de mi amor, el cual encierra en tu pecho una pequeña centella de sus vivas llamas para que te sirva de corazón, y te consuma hasta el postrer momento. No se extinguirá su ardor, ni podrá encontrar refrigerio a no ser algún tanto en la sangría, cuya sangre marcaré de tal modo con mi cruz, que en vez de alivio te servirá de humillación y sufrimiento. Por esto quiero que la pidas con sencillez, ya para cumplir la regla, ya para darte el consuelo de derramar tu sangre sobre la cruz de las humillaciones. Y por señal de no ser pura imaginación la grande gracia que acabo de concederte, y sí el fundamento de todas las que te he de hacer aún, te quedará para siempre el dolor de tu costado, aunque he cerrado yo mismo la llaga; y si tú

no te has dado hasta el presente otro nombre que el de mi esclava, yo te doy desde ahora el de **discípula muy querida de mi Sagrado Corazón**».

Después de un favor tan grande, y que duró por tan largo espacio de tiempo sin saber si estaba en el cielo o en la tierra, quedé por muchos días como abrasada toda y embriagada y tan fuera de mí, que no podía reponerme para hablar, sino haciéndome violencia; y era tanto lo que necesitaba para recrearme y comer, que llegaba al extremo de agotar mis fuerzas para sobreponerme a la pena, causándome esto una humillación profunda. Tampoco podía dormir, porque la llaga, cuyo dolor me es tan grato, engendra en mí tan vivos ardores, que me consume y me abrasa viva.

Era tal la plenitud de Dios que en mí sentía, que no me era posible explicárselo a mi Superiora, como lo habría deseado y hecho, no obstante la pena y confusión que me causan semejantes favores, cuando lo refiero, por mi grande indignidad, la cual me obligaría a elegir antes mil veces el publicar mis pecados en presencia de todo el mundo. Y hubiera experimentado una consolación grande, si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesión general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupción, a fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.

V

La víctima preparada por el amor

En los Primeros Viernes de mes se le representa el Sagrado Corazón como un sol resplandeciente, un horno encendido.—Tiene que suplir la ingratitud de los hombres.—Comulgarás siempre que te lo permita la obediencia, particularmente los Primeros Viernes, y harás la Hora Santa.—Su Superiora la mortifica rehusándole cuanto le pide. Es atacada de fiebre.—Se le aparecen las tres Personas de la Santísima Trinidad.—La obligan a pedir la salud, como prueba de sus revelaciones.—La santidad de Dios no tolera mancha alguna.—Nuestro Señor la muestra todas sus miserias en un cuadro.—Nuestro Señor desea mucha humildad y sinceridad en las confesiones.—Teme que el Espíritu que la conduce no sea el Espíritu de Dios.—La vestidura de la inocencia.—Doble cuadro de una vida feliz y de una vida crucificada.—Dios Nuestro Señor ilumina a la Superiora acerca del modo de dirigirla.—Satanás obtiene permiso para tentarla.—Sufre sus ataques, mas la sostiene su Ángel Custodio.—El pan saludable del sufrimiento.—Triunfa de su delicadeza natural haciendo actos heroicos.—Nuestro Señor la exige que haga un penoso sacrificio por su Comunidad.

La gracia de que acabo de hablar, con motivo de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viernes de mes en esta forma. Se me presentaba el Sagrado Corazón como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caían a plomo sobre mi corazón, el cual se sentía al instante abrasado y con tan vivo fuego, que parecía me iba a reducir a cenizas. Éstos eran los momentos particularmente elegidos por el Maestro divino para manifestarme lo que quería de mí y descubrirme los secretos de este amable Corazón.

Una vez, entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme completamente retirada al interior de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, se me presentó Jesucristo, mi divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Se abrió éste y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco de donde procedían semejantes llamas.

Entonces fue cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su amor puro, y el exceso a que le había conducido el amor a los hombres, de los cuales no recibía sino ingratitudes y desprecios. «Esto —me dijo— me es mucho más sensible, que cuanto he sufrido en mi pasión: tanto, que si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que por ellos hice, y querría hacer aún más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder a mis desvelos por procurar su bien, sino frialdad y repulsas. Mas tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitud, en cuanto puedas ser capaz de hacerlo». Y manifestándole mi impotencia, me respondió: «Toma, ahí tienes con qué suplir todo cuanto te

falta». Y al mismo tiempo se abrió el Divino Corazón, y salió de él una llama tan ardiente, que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella, y no podía ya sufrirla, tanto que le rogué tuviera compasión de mi flaqueza,

«Yo seré –me dijo– tu fuerza, nada temas; pero sé atenta a mi voz, y a cuanto te pido para disponerte al cumplimiento de mis designios. Primeramente, me recibirás sacramentado, siempre que te lo permita la obediencia, sean cuales fueren las mortificaciones y humillaciones que vengan sobre ti, las cuales debes aceptar como beneficios de mi amor. También comulgarás todos los primeros viernes de cada mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que tuve a bien sentir en el Huerto de los Olivos. Esta tristeza te reducirá, sin poder tú comprenderlo, a una especie de agonía más dura de soportar que la muerte.

A fin de acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis angustias, te levantarás entre once y doce de la noche para postrarte conmigo, durante una hora, rostro en tierra, ya para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia por los pecadores, ya para dulcificar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles, la cual me obligó a echarles en cara que no habían podido velar una hora conmigo; y durante esta hora harás lo que te enseñare. Mas oye, hija mía, no creas ligeramente a todo espíritu, y no te fíes, porque Satanás rabia por engañarte. He aquí por qué no has de hacer nada sin la aprobación de los que te guían, a fin de que, teniendo el permiso de la obediencia, no pueda seducirte; pues no tiene poder alguno sobre los obedientes.»

Durante todo este tiempo ni tenía conciencia de mí misma, ni aun sabía dónde estaba. Cuando vinieron a sacarme de allí, viendo que no podía hablar, ni aun sostenerme sino a duras penas, me condujeron a nuestra Madre, la cual, viéndome como enajenada, ardiendo toda, temblorosa y arrodillada a sus pies, me mortificó y humilló con todas sus fuerzas, dándome en ello un placer y gozo increíbles. Pues me creía hasta tal punto criminal, y tan llena de confusión estaba, que cualquier riguroso tratamiento a que se hubiera podido someterme, me habría parecido demasiado suave. Después de haberle referido, aunque con extrema confusión, cuanto había pasado, recargó la dosis de mis humillaciones, y no me concedió por esta vez nada de cuanto yo creía que Nuestro Señor me mandaba hacer, ni acogió sino con desprecio cuanto yo le había dicho. Esto me consoló mucho y me retiré con grande paz.

El fuego que me devoraba me produjo desde luego una fiebre grande y continua; pero tenía demasiado placer en sufrir para quejarme, o decir cosa alguna, hasta que al fin me faltaron las fuerzas. Conoció el médico que tenía la fiebre hacía ya largo tiempo, y aún sufrí después más de sesenta accesos. Jamás experimenté consuelo semejante, pues los extremos dolores del cuerpo mitigaban algún tanto mi ardiente sed de sufrir. No se nutría ni animaba este fuego devorador sino con

la madera de la cruz y de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores, sin padecer nunca dolor capaz de igualar a la pena de no sufrir lo bastante. Se creyó segura mi muerte.

Pero continuando siempre Nuestro Señor sus favores, recibí uno incomparable en un deliquio que me sobrevino. Me pareció que se presentaron ante mí las tres Personas de la adorable Trinidad, e hicieron sentir grandes consolaciones a mi alma. Mas no pudiendo explicarme sobre lo sucedido entonces, diré solamente que, a mi parecer, el Eterno Padre, presentándome una pesadísima cruz erizada toda de espinas y acompañada de todos los instrumentos de la Pasión, me dijo: «Toma, hija mía, te hago el mismo presente que a mi muy amado Hijo». «Y Yo – añadió mi Señor Jesucristo– te clavaré en ella como lo fui Yo mismo, y te haré fiel compañía». La tercera de estas adorables Personas me dijo: «Que Él, que no era más que amor, me consumiría allí purificándome».

Quedó mi alma con una paz y un gozo inconcebibles, y no se ha borrado jamás la impresión hecha en ella por las divinas Personas. Se me representaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, radiantes de luz, de la misma edad, grandeza y hermosura. No comprendí entonces, como lo he comprendido después, los grandes sufrimientos que esto me anunciaba.

Como se me ordenó pedir a Nuestro Señor la salud, lo hice; si bien con miedo de ser oída. Pero se me dijo que por el restablecimiento de mi salud se conocería claramente si lo que en mí pasaba venía del Espíritu de Dios, y según esto se me permitiría después hacer cuanto Él me había mandado, ya con respecto a la comunión de los primeros viernes de mes, ya en cuanto a la hora de vela en la noche del jueves al viernes, como Él deseaba. Habiendo representado al Señor todo esto por obediencia, recobré al instante la salud.

Pues me recreó con su presencia la Santísima Virgen, mi buena Madre, me hizo grandes caricias, y después de una visita bastante prolongada, me dijo: «Anímate, mi querida hija, con la salud que te doy de parte de mi divino Hijo, porque aún te resta que andar un camino largo y penoso, siempre sobre la cruz, traspasada por los clavos las espinas y desgarrada por los azotes; pero no temas, no te abandonaré; te prometo mi protección». Promesa cuyo cumplimiento he experimentado claramente en las grandes necesidades que de Ella he tenido después.

Mi soberano Señor continuaba recreándome con su presencia actual y sensible, según me había prometido hacerle siempre, como arriba dije; y, en efecto, jamás me privó de ella por culpas que cometiese. Pero como su santidad no puede sufrir la más pequeña mancha, y me hace notar la más ligera imperfección, no podía yo soportar ninguna en que hubiera algo, aunque poco, de voluntad propia o de negligencia. Como, por otra parte, soy tan imperfecta y miserable que cometo muchas faltas, si bien involuntarias, confieso serme un tormento insoportable el

parecer delante de esta santidad, cuando he sido infiel en alguna cosa, y no hay suplicio al cual no me entregase antes que sufrir la presencia de este Dios santo, cuando está manchada mi alma con alguna culpa.

Me sería mil veces más grato arrojarme en un horno ardiendo.

En cierta ocasión me dejé llevar de algún movimiento de vanidad hablando de mí misma. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos solos Él y yo con un semblante severo me reprendió diciéndome: «¿Qué tienes tú, polvo y ceniza, para poder gloriarte, pues de ti no tienes sino la nada y la miseria, la cual nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada? Y para que la grandeza de mis dones no te haga desconocer y olvidar lo que eres, voy a poner ese cuadro ante tus ojos». Y descubriéndome súbitamente el horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que soy.

Me causó tan fuerte sorpresa y tal horror de mí misma, que de no haberme Él sostenido, hubiera quedado pasmada de dolor. No podía comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soportarme aún, viendo que no podía yo sufrirme a mí misma. Tal era el suplicio que me imponía por los menores impulsos de vana complacencia; así es que me obligaba a veces a decirle: «¡Ay de mí!, Dios mío, o haced que muera, u ocultadme ese cuadro, pues no puedo vivir mirándole». Porque producía en mí impresiones de insoportable dolor, de odio y de venganza contra mí misma, y no permitiéndome la obediencia ejecutar en mí los rigores que me inspiraba, sufría lo indecible.

Mas, como sabía que el soberano Dueño de mi alma se contentaba con lo ordenado por la obediencia, y tenía un placer singular en verme humillada, era sumamente fiel en acusarme de mis faltas para recibir por ellas penitencia; pues, por áspera que ésta pudiera ser, la juzgaba yo como un dulce refrigerio al lado de la que me imponía Él mismo, y eso que encontraba faltas en cuanto yo tenía por lo más puro y perfecto. Me lo dio a conocer un día de Todos los Santos, en el cual de un modo inteligible me fue dicho:

«En la inocencia no hay manchado nada;
Nada hay perdido en manos del Señor;
Nada se muda en la feliz morada;
Todo allí se consuma en el amor.»

Por largo tiempo me ha tenido ocupada la explicación que recibí sobre estas palabras: «En la inocencia nada hay manchado», es decir, que no debía tolerar mancha alguna ni en mi alma ni en mi corazón. «Nada hay perdido en manos del Señor», es decir, que todo debía dárselo y abandonarlo en sus manos, pues siendo la Omnipotencia misma, nada se podía perder entregándose todo. En cuanto a los otros dos versos, hablan del paraíso, donde nada se pasa, porque

todo allí es eterno, y se consume en el amor. Y como al mismo tiempo se me dejó ver una pequeña muestra de aquella gloria, ¡oh Dios, en qué transportes de júbilo y de deseos me hallé sumergida! Estaba en Ejercicios y pasaba todo el día en estos placeres inexplicables, a cuya vista me pareció no tener ya otra cosa que hacer, sino ir prontamente a gozarlos. Pero me manifestaron que había echado mal mis cuentas estas palabras que oí:

«En vano así tu corazón suspira
Por ir, cual crees, a la eterna luz;
Que nunca debe, quien al cielo aspira.
Buscar otro camino que la cruz.»

A continuación de esto puso ante mis ojos todo cuanto tenía yo que sufrir durante el curso de mi vida. Se estremeció todo mi cuerpo, aunque no lo comprendí entonces por la pintura, como lo he comprendido después por los efectos que se siguieron.

Me preparaba para hacer mi confesión anual con una ansiedad grande de conocer mis pecados, y mi divino Maestro me dijo: «¿Por qué te atormentas? Haz lo que está en tu poder, y yo supliré lo demás que te falte. Pues nada pido tanto en este sacramento como un corazón contrito y humillado, que, con voluntad sincera de no desagradarme más, se acuse sin doblez. Entonces perdono sin tardanza, y se sigue de ahí una perfecta enmienda».

Este Espíritu soberano que obraba en mí independientemente de mí misma, había adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y aun corporal, que no dependía de mí mover en mi corazón afecto alguno de gozo o de tristeza, sino como a Él le agradaba, ni tampoco dar ocupación a mi espíritu, pues no podía tener otra distinta de la que Él le proponía. Esto me ha hecho estar siempre con extraño temor de ser engañada, no obstante la seguridad que haya podido recibir en contrario, tanto de su parte, como de las personas que me guiaban, es decir, mis Superiores; pues no me habían dado jamás Director, sino para examinar la conducta del Señor conmigo o desaprobármela con plena libertad.

Mi sentimiento era ver que en lugar de sacarme del engaño en que creía efectivamente hallarme, me engolfaban aún más, tanto mis confesores como los otros, diciéndome que me abandonara al poder de ese Espíritu, y me dejara sin reserva conducir por Él, y que, aun cuando hiciese de mí un juguete del demonio, como yo creía, no debía dejar de seguir sus impulsos.

Hice, pues, mi confesión anual y, terminada, me parecía ver y sentirme despojada de mi vestidura y revestirme al mismo tiempo de otra blanca, mientras percibía estas palabras: «He aquí la estola de la inocencia, con la cual revisto tu alma, a fin de que no viva sino con la vida de un Hombre-Dios, es decir, que vivas como si no vivieses, dejándome vivir en ti, porque soy tu vida y no vivirás sino en mí y por

mí. Quiero que obres como si no obrases, dejándome obrar en ti y por ti, abandonándome el cuidado de todo. No debes tener voluntad o debes conducirte como si no la tuvieras, dejándome querer por ti en todo y en todas partes»².

Una vez se me presentó este único amor de mi alma trayendo en una mano el cuadro de una vida, la más feliz que imaginarse pudiera para un alma religiosa, vida llena de paz, de consolaciones interiores y exteriores, de una santidad perfecta unida al aplauso y estimación de las criaturas, y otras cosas agradables a la naturaleza. En la otra mano traía otro cuadro, el de una vida siempre pobre y abyecta, siempre crucificada por las humillaciones, desprecios y contradicciones de todo género, siempre sufriendo en el cuerpo y en el espíritu. Me puso delante de las dos vidas y me dijo: «Elige, hija mía, la que más te agrade; yo te haré los mismos favores, ora elijas una, ora la otra». Me postré a sus pies para adorarle y le dije: «¡Oh Señor mío!, nada quiero sino a Vos mismo y la elección que Vos hagáis para mí». Y después de haberme instado mucho para que eligiese: «Vos me bastáis. Dios mío, añadí; elegid para mí la que más haya de glorificaros, sin miramiento alguno a mis intereses y satisfacciones. Contentaos Vos mismo y esto me basta».

Entonces me dijo que había elegido con Magdalena la mejor parte, y jamás me sería arrebatada, porque Él sería para siempre mi herencia. Y presentándome el cuadro de la crucifixión: «He ahí –me dijo– el que he elegido para ti y el que más me agrada, ya para el cumplimiento de mis designios, ya para hacerte semejante a mí. El otro es el de una vida de gozos y no de méritos: es para la eternidad». Acepté, pues, aquel cuadro de muerte y de crucifixión, besando la mano del que me le alargaba. Aunque gimió la naturaleza, le abracé con todo el afecto de que era capaz mi corazón, y al apretarlo contra mi pecho, le sentí impreso en mí con tal viveza, que no me parecía ser yo misma otra cosa, sino un compuesto de todo cuanto en él había visto representado.

De tal modo me encontré cambiada en la disposición de mi espíritu, que no me conocía. Dejé, sin embargo, el juicio de todo a mi Superiora, a quien nada podía ocultar, ni tampoco omitir cosa alguna de cuantas me mandaba, con tal que me viniese ordenado inmediatamente por ella. Pues el Espíritu que me poseía me hacía sentir repugnancias espantosas, cuando en semejantes casos quería guiarme por consejo de otras, porque me había prometido dar siempre a la Superiora la luz necesaria para guiarme según sus designios.

Las mayores gracias y los favores inexplicables de su bondad los recibía en la santa Comunión y durante la noche, especialmente en la del jueves al viernes. En una de estas ocasiones el Señor me advirtió que Satanás había pedido permiso para probarme en el fuego de las contradicciones y humillaciones, de las tentaciones

² Véase. *Fragmentos*, IV, y *Sentimientos*, núm. 1.

y abandonos como el oro en el crisol, y Él se lo había concedido, exceptuando las tentaciones contra la pureza, pues no quería que me diese jamás pena alguna en semejante materia, porque odia la impureza tan intensamente, que jamás le había querido permitir en mí el más mínimo ataque; pero respecto a todas las otras tentaciones debía estar muy prevenida, especialmente contra las de orgullo, desesperación y gula, a la cual tenía yo más horror que a la muerte.

Me aseguró, sin embargo, que nada debía temer, porque Él estaría como muro inexpugnable dentro de mí misma, que combatiría por mí, me circundaría con su Omnipotencia para que no sucumbiese, y se haría Él mismo el precio de mis victorias; pero era preciso que yo velara continuamente sobre todo lo exterior, pues del interior Él se reservaba la custodia.

No tardé mucho en oír las amenazas de mi perseguidor. Se presentó delante de mí en forma de un moro horrible, con los ojos centelleantes como dos carbones, rechinando los dientes y diciéndome: «Yo me apoderaré de ti, ¡oh maldita!, y si consigo tenerte una vez en mis manos, te daré bien a conocer lo que sé obrar; yo te dañaré en todo». Aunque me amenazó de otras mil maneras, nada de esto me preocupaba lo más mínimo: ¡tan fortalecida me sentía en el interior! Me parecía que no habría temido ni a todos los furores del infierno por la grande fuerza que sentía dentro de mí, debida a la virtud de un pequeño crucifijo, al cual había dado mi soberano Libertador el poder de alejar de mí todos los furores infernales. Siempre le llevaba sobre mi corazón de día de noche, y recibí de él grandes socorros.

Se me asignó por ocupación la enfermería. Sólo Dios pudo conocer lo que allí me fue preciso sufrir, ora por parte de mi natural pronto y sensible, ora por parte de las criaturas y del demonio. Éste me hacía con frecuencia caer y romper cuanto tenía en las manos, y después se burlaba de mí riéndose a veces en mi misma cara. «¡Oh, la torpe!, me decía; jamás harás cosa de provecho». Esto me ponía en tal tristeza y abatimiento, que no sabía qué hacerme. Pues con frecuencia me quitaba el poder de decírselo a nuestra Madre, porque al maligno espíritu la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas.

Una vez me arrojó desde lo alto de una escalera; llevaba yo en las manos un hornillo lleno de fuego, y sin que éste se derramase ni yo recibiese daño alguno, me encontré abajo, si bien cuantos lo presenciaron creyeron que me había roto las piernas; pero al caer me sentí sostenida por mi fiel ángel custodio. Pues tenía la dicha de gozar frecuentemente de su presencia, y de ser también frecuentemente por Él reprendida y corregida. En cierta ocasión, que quise entrometerme a hablar del matrimonio de una parienta, me dio a conocer cuán indigno era esto de un alma religiosa, y con tal severidad me reprendió, que me dijo me ocultaría su faz, si volvía a mezclarme en esta clase de asuntos.

No podía Él tolerar la menor inmodestia o falta de respeto en la presencia de mi Maestro soberano, ante el cual le veía postrado en el suelo y quería que yo hiciese lo mismo. Lo hacía así con la mayor frecuencia que me era posible, y no hallaba postura más agradable a mis continuos padecimientos de cuerpo y de espíritu, por ser la más conforme a mi nada. Jamás perdía ésta de vista y me sentía en ella abismada, ya me hallase entre penas o entre goces, sin que en éstos pudiera gustar de placer alguno.

Pues la santidad de amor me impulsaba con tal violencia hacia el sufrimiento, para darle algo en retorno, que no podía hallar reposo más dulce que el de ver mi cuerpo agobiado por los dolores, mi espíritu por toda suerte de desamparos y todo mi ser por las humillaciones, desprecios y contradicciones. No me faltaban por un favor de Dios, el cual no podía dejarme sin penas, ya interiores, ya exteriores. Y cuando disminuía este saludable alimento, me era preciso buscar otro en la mortificación, proveyéndome de abundante materia para ello mi natural sensible y orgulloso.

No quería mi soberano Maestro que dejase perder en esto ocasión alguna, y si me acontecía perderla, a causa de la gran violencia que necesitaba hacerme para vencer mis repugnancias, me lo hacía pagar doblado. Cuando deseaba algo de mí, me constreñía a ejecutarlo tan vivamente, que me era imposible resistir, y por haber querido intentarlo muchas veces, he tenido mucho que padecer. Me cogía por todo lo más opuesto a mi natural y contrario a mis inclinaciones, y quería que avanzase siempre contra la corriente.

Era tan sumamente delicada, que la menor suciedad me revolvía el estómago. Tan severamente me corrigió en este punto, que queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude librarme de hacerlo con mi lengua, y tragarlo diciendo: «Si tuviera mil cuerpos, mil amores, mil vidas, las inmolaría por sujetarme a Vos». Hallé desde luego tantas delicias en esta acción, que habría deseado encontrar todos los días otras semejantes para aprender a vencerme sin otro testigo que Dios.

Pero su bondad, a quien únicamente soy deudora de la fuerza con que me vencí, no dejó de significarme el placer que en ello había recibido; pues la noche siguiente, si mal no recuerdo, me tuvo unas dos o tres horas con la boca pegada a la llaga de su Sagrado Corazón. Me sería muy difícil explicar lo que entonces sentí, y los efectos que produjo esta gracia en mi corazón y en mi alma. Pero lo dicho basta para dar a conocer la gran bondad y misericordia de Dios con una tan miserable criatura.

No quería disminuir en nada mi sensibilidad y mis repugnancias, ya para honrar las que Él había tenido a bien sentir en el Huerto de los Olivos, ya para darme materia de humillaciones y de triunfos. Mas, ¡ay de mí, que no soy fiel y caigo con frecuencia! Y Él parecía a veces gozar con esto, sea por confundir mi orgullo, sea

por fundarme en la propia desconfianza, viendo que sin Él no podía obrar sino lo malo y dar continuas caídas sin poder levantarme.

Entonces el soberano bien de mi alma venía en mi ayuda, y cual un buen Padre me tendía sus amorosos brazos diciéndome: «**Conoces, al fin, con claridad que nada puedes sin mí**». Con esto me derretía en afectos de gratitud hacia tan amorosa bondad; me sentía conmovida hasta derramar lágrimas al ver que no se vengaba de mis pecados e infidelidades, sino con los excesos de su amor, con los cuales parecía combatir mis ingratitudes. Me las ponía a veces delante de mis ojos juntamente con la multitud de sus gracias, reduciéndome a la imposibilidad de hablarle más que con mis lágrimas, sufriendo entonces lo inexplicable. Así se divertía con su indigna esclava este divino amor.

Un día que había manifestado algo de la repugnancia que sentía mi corazón sirviendo a una enferma de disentería, me reprendió por ello con tal aspereza, que para reparar mi falta me vi constreñida a... Pero en seguida me reprendió: «**¡No seas tan loca! ¡No hagas eso!** — ¡Oh Señor mío!, lo hago para agradaros y ganar vuestro Divino Corazón; espero que no me lo rehusaréis. ¡Mas cuánto no habéis hecho Vos, Señor mío, por ganar el de los hombres, y, sin embargo, os lo niegan y os arrojan de él con tanta frecuencia!

— **Es cierto, hija mía, que mi amor me ha hecho sacrificarlo todo por ellos, sin que nada me devuelvan a cambio; pero quiero que suplas su ingratitud con los méritos de mi Sagrado Corazón. Yo te lo quiero dar, mas antes es menester que te constituyas su víctima de inmolación, para que por su medio apartes los castigos que la justicia divina de mi Padre, armada de cólera, quiere ejecutar en una comunidad religiosa, a la cual va a reprender y corregir llevado de su justo enojo**». Me la dio a conocer al mismo tiempo, así como las faltas particulares que le habían irritado, y todo cuanto me era preciso sufrir para apagar su justa cólera.

Todo mi ser se estremeció entonces, y no tuve valor para ofrecerme al sacrificio. Respondí, pues, que no siendo dueña de mí misma, no podía hacerlo sin el consentimiento de la obediencia, y el temor de que se me obligase a ejecutarlo, me hizo negligente en pedirlo; mas Él me perseguía sin tregua y no me dejaba un momento de reposo. Yo me deshacía en lágrimas, y al fin me vi obligada a manifestárselo todo a mi Superiora, la cual, viendo mi pena, me dijo que me sacrificara sin reserva en todo cuanto de mí se deseaba. Mas, Dios mío, entonces precisamente se redobló aún con mayor violencia mi pena, porque no tenía valor para decir el sí, y perseveraba en mi resistencia.

VI

La inmolación – El Director

Como se resistió al principio, le fue exigido que lo hiciera de un modo más doloroso.— Noche de agonía.—Continúa sufriendo para aplacar a la Justicia divina.—El refectorio, lugar de suplicio.—La juzgan posesa.—Trata de sustraerse al Espíritu que la guía.—Expresa de nuevo la repugnancia que siente a escribir su vida.—Nuestro Señor le envía al P. de La Colombière.—El Reverendo Padre la tranquiliza y le enseña a estimar los dones de Dios.—«El puro amor une estos tres corazones para siempre».—El R. P. de La Colombière le ordena que escriba cuanto pasa en ella.

La víspera de la Presentación se me apareció la divina Justicia armada de tan terrible manera, que quedé toda enajenada; y en la imposibilidad de defenderme, se me dijo lo que a San Pablo: «Muy duro te es luchar contra los estímulos de mi justicia; pero, puesto que te has resistido tanto para evitar las humillaciones, que te convenía sufrieras en este sacrificio, te las daré duplicadas. No te pedía sino un sacrificio secreto; ahora le quiero público, fuera de todo razonamiento humano en cuanto a la manera y al tiempo, y acompañado de tan humillantes circunstancias, que te servirán de materia de confusión para el resto de tu vida ante ti misma y ante las criaturas, a fin de que comprendas lo que es resistir a Dios».

¡Desgraciada de mí! Bien lo comprendí en efecto, pues jamás me he visto en tal estado; he aquí algunas cosas, pero no todo. Después de la oración de la tarde no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última señal para la cena en un llanto y gemido continuos. Fui a hacer colación, pues era la víspera de la Presentación, y yendo, como arrastrada a viva fuerza, al acto de Comunidad, me encontré allí tan fuertemente impelida a llevar a cabo el sacrificio en alta voz, del modo que Dios me daba a conocer lo exigía de mí, que me vi precisada a salir en busca de mi Superiora, la cual se hallaba entonces enferma.

Confieso, sin embargo, que estaba tan fuera de mí, que me veía como una persona ligada de pies y manos, a la cual no quedara cosa alguna libre interior y exteriormente sino las lágrimas. Las derramaba en abundancia pensando que eran la única expresión de mi sufrimiento, porque me consideraba como la más criminal del mundo, y conducida, arrastrada con cordeles, al lugar del suplicio. Tenía delante de mis ojos a la santidad de Dios armada con los rayos de su justa indignación, dispuesta a lanzarlos para sepultarme, así me parecía, en las abiertas fauces del infierno, que veía descubierto a mis pies y pronto a devorarme.

Me sentía abrasada por un fuego devorador, que penetraba hasta en la médula de mis huesos; todo mi cuerpo era presa de un temblor extraordinario, y no podía decir más que estas palabras: «Dios mío, tened piedad de mí, según la grandeza

de vuestra misericordia». Pasaba el tiempo restante gimiendo bajo el peso de mi dolor; sin hallar medio de dirigirme al aposento de mi Superiora hasta eso de las ocho, en que habiéndome encontrado una Hermana, me condujo allá.

Grande fue la sorpresa de mi Superiora al verme en semejante disposición; yo no podía explicársela, mas creía para aumento de mi pena, que bastaba verme para conocerlo, y no era así. La Superiora que sabía no existir otro medio, que gozara de todo poder sobre el espíritu, que me tenía en tal estado, sino la sola obediencia, me mandó referir mi pena. Inmediatamente le dije el sacrificio que Dios quería hiciese de todo mi ser en presencia de la Comunidad, y el motivo por el cual me le pedía. No expresaré tal motivo por temor de faltar a la santa caridad y herir al mismo tiempo el Corazón de Jesucristo, en el que tiene su origen esta virtud; por lo cual no quiere que se la toque en lo más mínimo bajo cualquier pretexto que pudiere alegarse.

En fin, después de decir y hacer cuanto mi Soberano deseaba de mí, se habló y se juzgó sobre esto de diferentes modos; pero dejo todas estas circunstancias a la misericordia de Dios. Creo poder asegurar que nunca había sufrido tanto: aun cuando hubieran podido reunirse todos los sufrimientos que hasta entonces había tenido, y todos cuantos he tenido después, y aun cuando todos ellos juntos hubieran sido continuos hasta la muerte, no los juzgaría comparables a los que padecí esta noche, en la cual quiso Nuestro Señor favorecer a su miserable esclava para honrar la noche dolorosa de su Pasión, si bien no fue sino una pequeña partecilla. Se me llevó como arrastrada de una parte a otra con espantosa confusión mía.

Pasada, pues, semejante noche entre los tormentos que Dios sabe, y sin descanso hasta cerca de la hora de la santa Misa, me pareció oír entonces estas palabras: «En fin, la paz está establecida: mi santidad de justicia está satisfecha con el sacrificio que has llevado a cabo para rendir homenaje al que yo hice en el instante de mi encarnación en el seno de mi Madre, cuyo mérito he querido unir al tuyo y renovarle por éste, a fin de aplicar en favor de la caridad, como te lo había mostrado. He aquí por qué nada debes pretender, en cuanto puedas hacer y sufrir, ni aumento de méritos, ni satisfacción de penas, ni otra cosa alguna, estando todo entregado a mi disposición en favor de la caridad. Así, pues, a imitación mía, harás y padecerás en silencio, sin más interés que la gloria de Dios en el establecimiento del reino de mi Sagrado Corazón en el de los hombres, a los cuales quiero manifestársele por tu medio».

Me dio mi Soberano estas santas instrucciones después de haberle recibido; pero no me sacó de mi doloroso estado, en el que sentía una paz inalterable con la aceptación de todas mis penas, y de cuanto se me mostró que debería padecer hasta el día del juicio, si tal fuese la voluntad de Dios. No me presentó a mis propios ojos, sino como un objeto de contradicción y una sentina de todas las repulsas, desprecios y humillaciones, las cuales gustosa venía venir de todas

partes a caer sobre mí, sin recibir consolación alguna ni del cielo ni de la tierra. Todo parecía conjurarse para anonadarme. Se me hacían continuas preguntas, y las pocas palabras, que en respuesta se me arrancaban como por fuerza, no dejaban de servir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podía ni comer, ni hablar, ni dormir; y todo mi reposo y ocupación eran únicamente el permanecer postrada ante Dios, cuya soberana grandeza me tenía completamente perdida en el profundo abismo de mi nada, siempre llorando y gimiendo para pedir misericordia y apartar los rayos de su justo furor.

El empleo que por entonces tenía me causaba un tormento insoportable, suministrando continuas ocupaciones a mi cuerpo y a mi espíritu, pues no obstante todas mis penas, no me permitía mi soberano Maestro ni omitir la más pequeña parte, ni conseguir dispensarme de cosa alguna, incluso todos los demás deberes y observancia de mis reglas, a los que me sentía arrastrada por la fuerza de su soberano poder, cual una criminal al lugar de un nuevo suplicio. Porque hallaba tormento en todas partes, y tan engolfada y absorta estaba en mi sufrimiento, que ni espíritu ni vida tenía, sino para conocer y sentir cuanto acaecía que pudiera causarme dolor. Pero nada de esto me producía el menor movimiento de inquietud ni de disgusto, aunque entre tantas penas se me conducía siempre por la más opuesta a mi natural inmortificado y más contraria a mis inclinaciones.

Se notó que no comía; se me reprendió por ello, y tanto mi Superiora como mi confesor me mandaron comer cuanto me pusieran en la mesa. Esta obediencia me pareció muy superior a mis fuerzas; pero Aquél que no me dejaba faltar a ella en la necesidad, me pidió ánimo para someterme y cumplirla sin excusa ni réplica; si bien me vi obligada a ir después de la comida a devolver el alimento que había tomado. Y como esto me duró muy largo tiempo, me ocasionó un gran flujo de estómago con muchos dolores, de suerte que no me era posible retener nada de lo poco que comía, después de haberseme conmutado la obediencia impuesta en la de no comer más de lo que pudiera. Confieso que el comer me ha producido desde este tiempo penas crueles, viéndome precisada a ir al refectorio como a un lugar de suplicio a que me había condenado la culpa. Por esfuerzos que hiciera para comer indiferentemente de cuanto me presentaran, no podía evadirme de tomar lo que creía más ordinario, como lo más conforme a mi pobreza y a mi nada, las cuales continuamente me decían que, siendo suficientes el pan y el agua, todo lo demás era superfluo.

Y para volver al estado de sufrimiento, que no dejaba de ser continuo y aumentaba siempre con aditamentos muy sensibles y humillantes, se me juzgó posesa u obsesa, y se me roció con bastante agua bendita haciendo la señal de la cruz y rezando oraciones para arrojar de mí el espíritu maligno. Mas Aquél de que me sentía poseída me estrechaba con mucha más fuerza contra sí, diciéndome: **«Amo el agua bendita y quiero tanto a la cruz, que no puedo menos de unirme**

estrechamente con los que la llevan como yo, y por mi amor». De tal modo reanimaron en mi alma estas palabras el deseo de padecer, que me parecían todos mis sufrimientos una gota de agua, la cual, en vez de extinguir, más bien avivaba la sed insaciable que sentía.

Creo, sin embargo, poder afirmar que no había parte alguna de mi ser, ni el cuerpo ni el espíritu, que no tuviese su particular sufrimiento, y esto sin compasión ni consolación alguna. Pues el diablo me daba furiosos asaltos, en los que mil veces hubiese sucumbido, si en medio de cuanto acabo de referir, no hubiera sentido un poder extraordinario que me sostenía y combatía por mí.

En fin, mi Superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me mandó comulgar para pedir al Señor por obediencia me volviese a mi primer estado. Habiéndome, pues, presentado a Él como hostia de inmolación, me dijo: «Sí, hija mía, vengo a ti como soberano sacrificador para darte nuevo vigor, a fin de inmolarte con nuevos suplicios». Lo hizo, y me encontré cambiada completamente, que me parecía ser una esclava a la que acabaran de volver a su libertad. Mas no duró esto mucho, porque se comenzó de nuevo a decirme que era el diablo el autor de cuanto pasaba conmigo, y que me conduciría a la perdición, si no andaba con cuidado con sus astucias e ilusiones.

Fue éste un golpe terrible para mí, que toda mi vida había estado con temor de ser engañada y de engañar a las demás, aunque sin pretenderlo. Me hacía esto derramar muchas lágrimas, porque no podía en manera alguna sustraerme al poder de este Espíritu soberano, que obraba en mí, y por mucho que pudiera esforzarme, era impotente para alejarle de mí, ni impedir sus operaciones. Porque de tal modo se había apoderado de todas las potencias de mi alma, que parecía estar en un abismo, donde más hundida me hallaba cuantos mayores esfuerzos hacía para salir. Aunque emplease todos los medios prescritos, todo era en vano.

A veces combatía con tal empeño, que quedaban agotadas mis fuerzas; pero mi Soberano se reía de todo esto, y me daba tales seguridades, que disipaba desde luego todos mis temores diciéndome: «¿Qué tienes que temer entre los brazos del Omnipotente? ¿Podré dejarte perecer entregándote a tus enemigos, después de haberme constituido en Padre, Maestro y Director tuyo desde tu más tierna infancia y haberte dado continuas pruebas de la amorosa ternura de mi Divino Corazón, en el cual también he fijado tu actual y eterna morada? Para mayor seguridad, dime la prueba más convincente que deseas de mi amor, y te la daré. Pero ¿por qué luchas contra mí, siendo yo tu solo, verdadero y único amigo?» Tales repreciones de mi desconfianza me produjeron un disgusto y confusión tan grandes, que me propuse desde este momento no contribuir jamás de modo alguno a las pruebas que se hicieran acerca del espíritu que me guiaba, contentándome con aceptar humildemente y con todo mi corazón cuanto se quisiera hacer.

Mi Señor y mi Dios, Vos, que solo conocéis la pena que sufro en el cumplimiento de esta obediencia y la violencia que necesito hacerme para vencer la repugnancia y confusión, que siento al escribir todas estas cosas, concededme la gracia de morir antes de escribir algo fuera de lo que me dicte la verdad de vuestro Espíritu y haya de daros a Vos gloria y a mí confusión. Y por piedad, mi soberano Bien, no sea esto leído jamás por persona alguna, sino sólo por aquel que según vuestro beneplácito lo haya de examinar, para que no me impida este escrito permanecer sepultada en el eterno desprecio y olvido de las criaturas. Dios mío, dad esta consolación a vuestra pobre y miserable esclava. En el momento mismo recibí esta respuesta a mi súplica: «**Abandónalo todo a mi santo beneplácito, y déjame cumplir mis designios sin mezclarte en nada, porque yo tendré cuidado de todo**».

Voy, pues, a continuar por obediencia, ¡oh Dios mío!, sin otra pretensión que la de contentaros con esta especie de martirio que sufro escribiendo, pues cada palabra me parece un sacrificio. ¡Ojalá podáis ser así eternamente glorificado! He aquí cómo me ha manifestado su voluntad sobre este asunto.

Como siempre me he sentido movida a amar a mi soberano Señor por amor de sí mismo, no queriendo ni deseando sino a Él solo, no me apegaba jamás a sus dones, por grandes que fuesen respecto a mí, ni los recibía sino porque venían de Él, y fijaba en ellos la menor reflexión posible, procurando olvidar todo para no acordarme sino de Él solo, fuera del cual nada merece mi estimación. Y así, cuando me fue preciso cumplir esta obediencia, creía serme imposible escribir cosas pasadas hacía ya tanto tiempo; pero Él me ha dado a conocer claramente lo contrario; pues, para facilitármelo, me ha vuelto a colocar en las mismas disposiciones de que hablo en cada punto. Así me convenció de su voluntad.

En medio de mis penas y temores tenía siempre mi corazón en una paz inalterable. Me hicieron hablar con algunas personas doctas, las cuales, muy lejos de asegurarme en mi camino, aumentaron todavía más mis penas. Finalmente, envió aquí Nuestro Señor al P. de la Colombière, al cual había yo asegurado desde el principio, que mi Soberano Maestro me prometió, poco después de haberme consagrado a Él, que me enviaría un servidor suyo, a quien quería manifestase según la inteligencia que sobre ello me daría, todos los secretos de su Sagrado Corazón que Él me había confiado; pues me le enviaba para asegurarme en mis caminos, y para repartir con él las extraordinarias gracias de su Sagrado Corazón, las cuales derramaría con abundancia en nuestras conferencias.

Cuando vino aquí este santo varón, y mientras hablaba a la Comunidad, oí interiormente estas palabras: «**He ahí al que te envió**». Lo reconocí al instante en la primera confesión de Témoras, pues sin habernos visto ni hablado jamás, me retuvo largo tiempo y me habló como si hubiera comprendido cuanto en mí pasaba. Mas no quise por esta vez abrirle de modo alguno el corazón, y viendo él que quería retirarme para no molestar a la Comunidad, me dijo que, si lo tenía a

bien, vendría a verme de nuevo para hablarme en el mismo sitio. Pero me obligó mi natural timidez, que esquivaba tales comunicaciones, a responderle que, no pudiendo responder de mí, haría cuanto la obediencia me ordenase. Me retiré después de haber estado allí como hora y media.

Poco tiempo después volví, y aunque conocía yo ser voluntad de Dios que le hablase, no dejé de sentir terribles repugnancias, cuando me fue preciso ir, y esto fue lo primero que le dije. Me respondió que le era muy grato haberme dado ocasión de hacer a Dios un sacrificio. Entonces, sin pena ni forma alguna, le abrí mi corazón, y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo, como lo bueno. Sobre este punto me consoló extraordinariamente, asegurándome que no había motivo alguno de temor en la conducta de este espíritu, pues en nada me separaba de la obediencia, y que debía seguir todas sus inspiraciones, abandonándole todo mi ser, para sacrificarme e inmolarme según su beneplácito.

Admirando el que la gran bondad de Dios no se hubiese cansado de tanta resistencia, me enseñó a estimar los dones divinos, a recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y trato familiar con que me regalaba, y a dar por ello continuamente gracias a tan grande bondad.

Habiéndole manifestado que este Soberano de mi alma me seguía tan de cerca sin excepción de tiempos ni lugares, que no podía rezar vocalmente, y para hacerlo me violentaba tanto, que en ocasiones permanecía con la boca abierta sin poder pronunciar una palabra, sobre todo en el Rosario; me dijo que no lo volviera a hacer jamás, debiendo contentarme con las preces de obligación, añadiendo el Rosario cuando pudiese. Habíéndole hablado algo acerca de las caricias especiales y unión de amor que recibía del Amado de mi alma, y no describo aquí, me respondió que yo tenía en todo eso un gran motivo para humillarme, y él para admirar la grandeza de la misericordia de Dios para conmigo.

Pero no quería la bondad divina que recibiese consolación alguna sin costarme muchas humillaciones. Esta comunicación me las atrajo en gran número, y aun el mismo Padre tuvo mucho que sufrir por mi causa, porque se hablaba de que quería engañarle con mis ilusiones e inducirle a error como a los otros. Ninguna pena le causaba esto y no dejó de prestarme continuos socorros en el poco tiempo que permaneció en este pueblo, y siempre. Mil veces me he admirado de que no me abandonase también como los demás; pues a cualquiera otro hubiera disgustado mi modo de conducirme con él, aunque no perdonaba él medio alguno de mortificarme y humillarme con gran gusto mío.

Un día que vino a decir Misa en nuestra iglesia, le hizo Nuestro Señor, y a mí también, grandísimos favores. Al aproximarme a recibir la Sagrada Comunión, me mostró su Sagrado Corazón como un horno ardiente, y otros dos corazones que iban a unirse y a abismarse en él, diciéndome: **«Así es como una para siempre mi**

puro amor estos tres corazones». Y después me dio a conocer que esta unión era exclusiva para la gloria de su Sagrado Corazón, cuyos tesoros quería descubriese yo al Padre, para que él los diera a conocer y publicara todo su precio y utilidad. Con este objeto quería que fuésemos como hermano y hermana, igualmente participantes en los bienes espirituales; y representándole acerca de esto mi pobreza y la desigualdad que había entre un hombre de tan elevada virtud y mérito y una pobre miserable pecadora como yo, me dijo: **«Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán e igualarán todo: háblale sin temor».**

Así lo hice en nuestra primera entrevista. Y su manera humilde y reconocida de recibir esta y otras varias cosas, que, en cuanto a él se referían, le dije de parte de mi soberano Maestro, me conmovió grandemente y me aprovechó más que todos los sermones que hubiera podido oír. Y como le dijese que Nuestro Señor no me comunicaba estas gracias sino para ser glorificado en las almas, a las cuales había yo de distribuir las, sea de palabra o por escrito, según Él me diera a conocer su voluntad, sin preocuparme por lo que dijera o escribiera, pues Él derramaría allí la unción de su gracia para producir el efecto que pretendía en el corazón de cuantos lo recibiesen bien; y que yo sufría mucho por mi repugnancia a escribir y mandar ciertos billetes a personas de las cuales me venían grandes humillaciones, me mandó que, aun a pesar de las grandes penas y humillaciones que hubiera de sufrir, no desistiese jamás de seguir los santos impulsos de este Espíritu, diciendo simplemente lo que Él me inspirase, y una vez escrito el billete, se lo presentara a la Superiora e hiciese después cuanto ella me ordenara. Lo hice así; y no han sido pocas las humillaciones que por esto he recibido de parte de las criaturas.

Me mandó además escribir cuanto en mí pasaba, a lo cual sentía una mortal repugnancia. Escribía, pues, todo para obedecer y luego quemaba lo escrito, figurándome que así cumplía suficientemente la obediencia; pero sufría mucho con esto, y vinieron los escrúpulos y la prohibición de hacerlo en adelante.

VII

El testamento – La devoción al Corazón de Jesús

Testamento escrito por la M. Greyfié. A cambio del cual Nuestro Señor hace a la Santa una donación que ella escribe con su sangre y firma sobre su corazón.—Todo es para ella motivo de humillación, sin que pueda encontrar consuelo fuera de Nuestro Señor.—«Sin el Santísimo Sacramento no podría vivir». Perfecta copia de Jesús crucificado.—Pasa cincuenta días sin beber agua para honrar la sed de Nuestro Señor.—Tentaciones de desesperación, de orgullo y de gula.—Todo menos la impureza.—Halla en todas partes las amarguras del Calvario.—Nuestro Señor quiere que reciba todas las cosas como venidas de su mano y que no se ocupe más que en Él.—La gran revelación del culto del Sagrado Corazón.—Debe dirigirse al P. de La Colombière para el cumplimiento de este designio.

Un día me pidió mi soberano Sacrificador que hiciese en favor suyo, por escrito, un testamento o donación entera y sin reserva, como lo había hecho ya de palabra, de todo cuanto pudiera hacer y sufrir y de todas las oraciones y bienes espirituales que se me aplicaran, ya durante mi vida, ya después de mi muerte. Me hizo preguntarse a mi Superiora si quería hacer de notario en este acto, que Él se encargaba de pagárselo muy bien, y que si ésta se negaba, me dirigiera a su servidor el P. de la Colombière; pero aceptó mi Superiora. Al presentárselo a este único amor de mi alma, me significó su gran contento, y me dijo que lo había ordenado porque quería disponer de aquello según sus designios y en favor de quien le agradase; mas que, pues su amor me había, despojado de todo, no quería tuviese otras riquezas sino las de su Corazón Sagrado.

En el instante mismo me hizo de ellas donación, mandándome escribirla con mi sangre y según su dictado. La firmé después sobre mi corazón, inscribiendo en él con un cortaplumas su sagrado nombre de Jesús. Hecho esto, me dijo que cuidaría de recompensar con el céntuplo el bien que me hicieran, como si a Él mismo lo hiciesen, ya que nada tenía yo que pretender por ello, y que quería dar a quien había escrito el testamento en su favor la misma recompensa que a Santa Clara de Montefalco, y para esto uniría a las acciones de aquélla los méritos infinitos de las suyas, y le haría por el amor de su Sagrado Corazón merecer la misma corona.

Esto fue para mí una consolación grande, pues la amaba mucho, porque nutría abundantemente mi alma con el delicioso pan de la mortificación y humillación, tan agradable al gusto de mi soberano Maestro, que por darle este placer hubiera deseado se confabulase para mi humillación todo el mundo. Dios también me concedía el favor de que jamás me faltara, pasando mi vida entera con sufrimientos en el cuerpo, ya por mis frecuentes enfermedades, ya por un continuo malestar.

Además sufría mi espíritu abandonos, descaecimientos y la vista de las ofensas de Dios, el cual, por su misericordia, me sostenía siempre, ora entre las persecuciones, contrariedades y humillaciones que me venían de las criaturas, ora entre las tentaciones suscitadas por el demonio, que me ha perseguido y atormentado mucho, y aun por mí misma, que he sido el más cruel adversario que me he visto precisada a combatir y el más difícil de vencer. En medio de cuanto acabo de referir, jamás dejaron de darme toda la ocupación y trabajo exterior que podría sobrellevar; y no era pequeño tormento para mí el creer que todos me miraban con horror y que sufrían mucho conmigo, pues tenía yo mucho que hacer para soportarme.

Todo esto me causaba una pena continua en el trato con los prójimos, y no tenía otro recurso ni remedio, sino el amor a mi propia abyección, en la cual permanecía abismada con gran motivo; pues todo, aun las menores acciones, se me convertía en humillación. Me miraban como una visionaria infatuada con sus ilusiones e imaginaciones, y entretanto no me era permitido buscar alivio ni consuelo en mis penas, pues me lo prohibía mi divino Maestro. Quería que todo lo sufriese en silencio, haciéndome tomar esta divisa:

«Sufrir todo sin queja es mi querer;
Mi puro amor impídeme el temer.»

Quería que lo esperase todo de Él, y si me acontecía desear el procurarme algún consuelo, por todo alivio hacía que no encontrara sino desolación y nuevos tormentos, lo cual he mirado siempre como una de las mayores gracias que Dios me ha hecho, juntamente con la de no quitarme el tesoro de la cruz, no obstante el mal uso que de él he hecho siempre, volviéndome indigna de un bien tan excelente, por lo cual desearía derretirme de amor, reconocimiento y acción de gracias hacia mi Libertador. Entre tales sentimientos, y en medio de las delicias de la cruz, era cuando le decía: «¿Qué devolveré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¡Oh Dios mío!, qué grande es vuestra bondad para conmigo, pues habéis tenido a bien hacerme comer en la mesa de los santos y de los mismos manjares con que los sustentáis, nutriéndome con abundancia con los alimentos deliciosos de vuestros favorecidos y amigos más fieles, a mí, que no soy sino una indigna y miserable pecadora.

» Bien sabéis, además, que sin el Santo Sacramento y la cruz no podría vivir y soportar mi largo destierro en este valle de lágrimas». Deseaba que jamás disminuyesen en él mis sufrimientos, pues cuanto más rendido estaba por ellos mi cuerpo, tanto más gozo tenía mi espíritu y libertad para ocuparse en su unión con mi Jesús paciente, no teniendo más ardiente deseo que el de llegar a ser una verdadera y perfecta copia y representación de Jesús crucificado. Me regocijaba cuando su soberana bondad empleaba multitud de obreros para trabajar a su gusto en el cumplimiento de esta obra. Mas este Soberano no se separaba de su

indigna víctima, cuya debilidad e impotencia para todo lo bueno tenía bien conocidas, y me decía, alguna vez:

«Te honro mucho, mi querida hija, en servirme de instrumentos tan nobles para crucificarte. Mi Eterno Padre me entregó en manos de crueles y despiadados verdugos para crucificarme, y yo, para crucificarte, me sirvo de personas dedicadas y consagradas a mi servicio, a cuyo poder te he entregado y por cuya salvación quiero que ofrezcas cuanto te han de hacer sufrir». Lo hacía con todo mi corazón, ofreciéndome a soportar siempre todo el rigor del castigo merecido por la ofensa de Dios que pudiera haber en su conducta conmigo; aunque, a la verdad, no me parecía que se pudiera cometer injusticia alguna haciéndome padecer, no pudiendo hacerlo tanto cuanto yo merezco. Mas confieso que me deleita tanto hablar de la felicidad de sufrir, que escribiría volúmenes sobre esta materia sin poder contentar mi deseo, y mi amor propio encuentra no poca satisfacción en esta clase de discursos.

En una ocasión me manifestó mi Soberano que, quería llevarme a la soledad; no a la de un desierto, como la suya, sino a la de su Sagrado Corazón, donde quería honrarme con su trato más familiar, cual lo hace un amante con su amada, darme allí nuevas instrucciones sobre su voluntad y hacerme recobrar nuevas fuerzas para cumplirla, combatiendo valerosamente hasta la muerte, pues tenía que sostener el ataque de muchos enemigos poderosos. Por esta causa me insinuaba que, para honrar su ayuno en el desierto, debía ayunar a pan y agua cincuenta días.

Mas no habiendo querido permitírmelo la obediencia por temor a la singularidad, me dio a conocer que le sería igualmente agradable si pasaba cincuenta días sin beber en honra de la sed ardiente de la salud de los hombres que había tenido siempre su Corazón y de la que él había sufrido en el árbol de la cruz. Me fue concedido hacer esta penitencia, y me pareció ser más dura que la anterior, a causa del ardor excesivo de que estaba continuamente atormentada, por el cual hubiera necesitado beber con frecuencia grandes tazas de agua para refrescarme.

Sufrí durante este tiempo frecuentes asaltos del demonio, el cual me tentaba especialmente de desesperación, significándome que no debía pretender parte alguna en el Paraíso una criatura tan perversa como yo, pues no la tenía en el amor de Dios, del que sería privada por una eternidad; lo cual me hacía verter torrentes de lágrimas. Otras veces me atacaba por la vanagloria y después por la tentación abominable de la gula. Me hacía sentir hambres espantosas, y luego me traía representaciones de todo cuanto era capaz de contener el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios espirituales, causándome un tormento extraordinario. Me duraba el hambre hasta que entraba en el refectorio para tomar mi refección; allí sentía súbitamente tan grande inapetencia, que necesitaba hacerme no poca violencia para tomar un poco de alimento, y apenas

me levantaba de la mesa, tornaba a comenzar el hambre con más violencia que antes.

Mi Superiora, a quien nada ocultaba de cuanto me sucedía por el temor grande, que siempre he tenido, de ser engañada, me ordenó ir a pedirle permiso para comer cuando me sintiese más apretada por el hambre. Lo hacía así; pero con extrema violencia por la grande confusión que experimentaba, y ella, en lugar de enviarme a comer, me mortificaba y humillaba poderosamente en lo mismo, diciéndome que guardase mi hambre para satisfacerla cuando fueran las otras al refectorio. Después yo permanecía en calma con mis sufrimientos. No me dejaron terminar por esta vez la penitencia en la bebida; pero después que la interrumpí por obedecer, me obligaron a comenzarla de nuevo, y pasé sin beber los cincuenta días, y asimismo pasaba luego los viernes. Siempre quedaba igualmente contenta, ya me concedieran, ya me negaran lo que pedía. Con obedecer estaba satisfecha.

No cesaba mi perseguidor de atacarme por todos lados, excepto por la impureza, en la cual le había prohibido tentarme mi divino Maestro. En una ocasión, sin embargo, me hizo sufrir penas terribles; he aquí cómo. Me dijo mi Superiora: «Id a ocupar el puesto de nuestro rey delante del Santísimo Sacramento». Estando allí, me sentí tan fuertemente atacada de abominables tentaciones de impureza, que me parecía estar en el infierno. Sostuve este penoso ataque varias horas seguidas, y me duró hasta que me levantó aquella obediencia mi Superiora, diciéndome que ya no volvería a representar la persona de nuestro rey delante del Santísimo Sacramento, sino la de una buena religiosa de la Visitación. Inmediatamente cesaron mis penas en esta materia y me encontré anegada en un diluvio de consolaciones, en las cuales me instruyó mi Soberano en cuanto deseaba de mí.

Quería que estuviese en un continuo acto de sacrificio, y para esto me dijo que aumentaría mi sensibilidad y repugnancia de tal suerte, que no haría cosa alguna sino con pena y violencia, a fin de darme materia de triunfo aun en las cosas más pequeñas e indiferentes. Puedo asegurar haberlo siempre experimentado así desde este día.

Añadió además que no habría para mí dulzura alguna sino en las amarguras del Calvario, y que me haría encontrar un martirio de sufrimiento en todo cuanto podía constituir el gozo, el placer y la felicidad temporal de los otros. Así me lo hizo experimentar de un modo muy sensible, pues cuanto puede llamarse placer se me convertía en suplicio. Porque aun en esas ligeras recreaciones, que alguna vez se nos conceden, sufría más que si estuviera con el ardor de la más violenta fiebre, y quiso, sin embargo, que procediera en todo como las demás. Esto me hacía exclamar: «Soberano bien mío, qué caro se me vende este placer».

El refectorio y el lecho me causaban tal pena, que la sola aproximación de la hora me obligaba a gemir y llorar. Mas los empleos y el locutorio me eran de todo punto insoportables, y jamás, que yo recuerde, fui allí sin repugnancias, que no podía vencer sino con una violencia tal, que muchas veces me obligaba a caer de rodillas para pedir a Dios la fuerza necesaria para vencerme. No me era menos penoso el escribir, no tanto porque lo hacía de rodillas, cuanto por la pena interior que me causaba el hacerlo.

La estima, las alabanzas y los aplausos me hacían sufrir más que todas las humillaciones, desprecios y afrentas a las personas más vanas y deseosas de los honores. En estas ocasiones me veía forzada a decir: «Dios mío, armad contra mí todos los furores del infierno; los prefiero a las lenguas de las criaturas armadas de vanas alabanzas, lisonjas y aplausos: vengan más bien a caer sobre mí todas las humillaciones, dolores, confusiones y contradicciones».

Me inspiraba una sed de ellas insaciable, aunque me las hacía sentir en ocasiones con tal viveza, que no podía contenerme sin dar señales exteriores, siendo para mí insoportable el verme tan poco humillada y mortificada, que no pudiese sufrir sin que de ello se apercibiesen. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyección, el cual me movía a dar gracias a mi Soberano, por hacerme aparecer tal como era, a fin de anonadarme en la estimación de las criaturas.

Quería, además, que recibiese, como venidas de su mano, todas las cosas, sin buscar ninguna; y así debía abandonar todo sin disponer de nada; darle gracias lo mismo por los sufrimientos que por los goces; pensar en las ocasiones más dolorosas y humillantes, que era merecedora de todo aquello y aun de mucho más; ofrecer mis penas por las personas que me causaban la aflicción; hablar siempre de Él con gran respeto, del prójimo con grande estima y compasión, y nunca de mí misma, o brevemente, o con desprecio, a no ser cuando para su gloria me hiciera obrar de otro modo; atribuir todo el bien y la gloria a su soberana grandeza, y a mí todo lo malo; no buscar consolación alguna fuera de Él, y aun debía, cuando me diera las consolaciones, sacrificarlas renunciando a ellas; no apegarme a nada; estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino a Él, en Él y por Él; no mirar en todas las cosas más que a Él y los intereses de su gloria, con un olvido completo de mí misma.

Y aunque debía hacer por Él todos mis actos, quería que en cada uno de ellos hubiera siempre algo directamente para su Divino Corazón. Por ejemplo, cuando estaba en recreo, era preciso darle el suyo con los dolores, humillaciones, mortificaciones y otras cosas, las cuales Él tendría cuidado de que no me faltasen, y yo debía por este motivo recibirlas con placer; lo mismo en el refectorio, quería que le sacrificase cuanto me parecía mejor, y así en los demás ejercicios. Me prohibía además el juzgar, acusar y condenar a nadie sino a mí misma. Me enseñó otras muchas cosas, y como me admirase de su muchedumbre, me dijo que no debía abrigar ningún temor, pues Él era un buen maestro, tan poderoso para

hacer ejecutar lo que enseñaba, como sabio para enseñar y dirigir con acierto. También puedo asegurar que de buen grado, o contra las repugnancias naturales, me obligaba a practicar cuanto quería.

Estando una vez (16 de junio de 1675) en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava, recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor, me dijo:

«No puedes darme mayor prueba que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido». Entonces, descubriendo su Divino Corazón, me dijo: «He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que sea dedicado el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y reparando su honor por medio de un respetuoso ofrecimiento, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Te prometo también que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le rindan este honor y los que procuren que le sea tributado.»

Y respondiendo que no sabía cómo poder cumplir cuanto de mí deseaba, hacía tanto tiempo, me ordenó dirigirme a su servidor, pues me le había enviado para el cumplimiento de este designio. Habiéndolo hecho así, éste me mandó escribir cuanto le había dicho en orden al Sagrado Corazón de Jesús y otras varias cosas que con él se relacionaban, para la gloria de Dios, el cual hizo que hallase suma consolación en este santo varón, ya porque me enseñó a corresponder a sus designios, ya porque me tranquilizó en medio de los grandes temores de ser engañada, que me hacían gemir sin cesar.

Al sacarle el Señor de este pueblo para emplearle en la conversión de los infieles, recibí el golpe con entera sumisión en la voluntad de aquel Dios que tanta utilidad me había proporcionado por su medio durante el corto tiempo que aquí estuvo. Y una vez que quise solamente reflexionar sobre esto, me dio inmediatamente esta reprensión: «Y qué, ¿no te basto yo, que soy tu principio y tu fin?» No me fue menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.

VIII

Primeros honores tributados al Sagrado Corazón. Sufrimientos y favores

Fiesta de Santa Margarita (20 de julio de 1685).—La fiestecita del Noviciado suscita contradicciones.—Persecución con ocasión de la despedida de una pretendiente.—Su ardiente deseo de comulgar le vale unas palabras incomparables de Nuestro Señor.—Alivia el alma paciente de un religioso benedictino.—Nuestro Señor la hace pasar por las angustias de un alma réproba.—Se ofrece a llevar el peso de la cólera divina.—Asociación con los Serafines.—Por medio de un sacrificio, alcanza que reciba los Sacramentos la H. de Sennecé.—El Santo Nombre de Jesús sobre su corazón.—La M. Greyfié la ordena que pida a Nuestro Señor que le devuelva la salud durante cinco meses.

No hallaba todavía medio alguno para dar principio a la devoción al Corazón Sagrado, que era todo mi anhelo; mas he aquí la primera ocasión que para ello me proporcionó su bondad. Caía en viernes la fiesta de Santa Margarita, y pedí a mis hermanas novicias, cuya dirección tenía entonces a mi cargo, que todos los obsequios que tenían intención de hacerme para honrar mi santo, los hiciesen al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hicieron de buena voluntad, elevando un altarcito sobre el cual colocaron una pequeña imagen del Sagrado Corazón, dibujada a pluma en un papel, y la rendimos todos los homenajes que Él mismo nos sugirió. Esto atrajo sobre mí, y sobre ellas también, muchas humillaciones y mortificaciones, hasta acusarme de querer introducir una devoción nueva.

Todos estos sufrimientos eran para mí una grande consolación y nada temía tanto como el que llegase a ser privado de los honores el Divino Corazón. Pues cuantas cosas oía decir sobre esto eran otras tantas espadas que atravesaban el mío. Se me prohibió colocar otra vez en público imagen alguna de este Corazón Sagrado, y decían que todo cuanto podía permitírsele era tributarle algún homenaje en secreto. En mi aflicción no sabía a quién dirigirme sino a Él, que siempre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: **«Nada temas; yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quisieran oponerse»**. Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.

Dejé, pues, en sus manos la defensa de su causa, mientras yo sufría en silencio. Pero se suscitaron tantas persecuciones de diversa índole, que parecía haberse desencadenado contra mí todo el infierno y que todo conspiraba para anonadarme. Confieso, sin embargo, que jamás había gozado de mayor tranquilidad interior, ni experimentado tanta alegría, como cuando me amenazaron con la prisión y quisieron hacerme comparecer ante un príncipe de

la tierra³, cual un juguete de burla y una visionaria enloquecida por la imaginación de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que he sufrido mucho, sino más bien para descubrir la gran misericordia de Dios para conmigo, pues nada estimaba yo ni quería tanto como la parte que me regalaba de su cruz, la cual era para mí un manjar tan delicioso, que jamás llegué a cansarme.

Si me hubiera sido permitida la comunión frecuente, habría estado mi corazón satisfecho. Una vez que ardientemente la deseaba, se me puso delante mi Divino Maestro, cuando iba cargada con las barreduras, y me dijo: «Hija mía, he oído tus gemidos, y los deseos de tu corazón me son tan agradables, que si no hubiera instituido mi divino Sacramento de amor, le instituiría por amor tuyo, para tener el placer de alojarme en tu alma y tomar un reposo de amor en tu corazón». Tan vivo ardor penetró todo mi ser al escucharlo, que sentía mi alma completamente enajenada, y no podía explicarme sino con estas palabras: «¡Oh amor! ¡Oh exceso del amor de un Dios hacia una tan miserable criatura!» Y durante toda mi vida me ha servido este regalo de aguijón poderoso para excitarme al reconocimiento de amor tan puro.

En otra ocasión, estando en presencia del Santísimo Sacramento el día de su festividad, se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda un fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecía abrasarme con ella. El deplorable estado, en que me dio a conocer se hallaba en el Purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas. Me dijo que era el religioso benedictino que me había confesado una vez y me había mandado recibir la comunión, en premio de lo cual Dios le había permitido dirigirse a mí para obtener de mí algún alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses, y habiéndoselo prometido, después de haber obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era, ante todo, porque había preferido el interés propio a la gloria divina, por demasiado apego a su reputación; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos; y lo tercero, por el exceso del afecto natural que había tenido a las criaturas y de las pruebas que de él les había dado en las conferencias espirituales, lo cual desagradaba mucho al Señor.

Muy difícil me sería el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba me parecía verle hecho un fuego, y con tan vivos dolores, que me veía obligada a gemir y llorar casi continuamente. Moviada de compasión mi Superiora me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas, porque las penas y sufrimientos exteriores que por caridad me hacían éstas sufrir aliviaban mucho las otras interiores impuestas por la santidad de amor, como pequeño trasunto de lo que hace sufrir a estas pobres almas. Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria, iba a gozar de su eterna dicha y, dándome las gracias,

³ El Cardenal príncipe de Bouillon, Abad comendatario de Cluny, que residía entonces en Paray.

me dijo que me protegería en la presencia de Dios. Había caído enferma; pero, cesando con el suyo mi sufrimiento, sané al punto.

Me dio a entender el Soberano que cuando quisiera abandonar una de esas almas por las cuales deseaba que yo sufriese, me haría experimentar el estado de un alma réproba, dándome a sentir la desolación en que se encuentra a la hora de la muerte. Jamás he experimentado cosa más terrible, ni tengo términos para poderlo explicar. Un día, estando sola en el trabajo, fue puesta ante mis ojos una religiosa, que aún vivía entonces, y se me dijo de una manera inteligible: «Mira, he ahí esta religiosa solamente de nombre, a la cual estoy dispuesto a lanzar de mi corazón y abandonarla a sí misma». Al instante me sentí presa de tan grande terror, que postrándome con el rostro en el suelo, permanecí largo tiempo de este modo sin poder volver en mí, y me ofrecí al mismo tiempo a la divina Justicia para sufrir cuanto fuere de su agrado, a fin de que no la abandonase⁴.

Me pareció entonces haberse vuelto contra mí su justa cólera, y me hallé en espantosa agonía y desolación completa, pues sentía sobre mis espaldas un peso abrumador. Si quería alzar los ojos, veía a un Dios irritado conmigo y dispuesto a caer sobre mí armado de varas y azotes; por otra parte, me parecía ver el infierno abierto para devorarme; en mi interior todo estaba revuelto y en desorden; mi enemigo me asediaba por todos lados con tentaciones violentas, especialmente de desesperación, y yo huía en todos sentidos de ese Dios irritado que me perseguía, pues no hay género de tormentos al cual no me hubiera entregado para librarme de él, y no me podía ocultar a sus miradas.

Sufría una confusión espantosa creyendo que eran conocidas de todo el mundo mis penas. No podía orar ni desahogarme, sino llorando. Decía solamente: «¡Ah!, cuán terrible es caer en las manos de un Dios vivo». Y otras veces arrojándome con el rostro en la tierra, exclamaba: «Herid, Dios mío, cortad, quemad, consumid cuanto os desagrade, y no perdonéis ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne, ni mi sangre, con tal que salvéis eternamente esta alma».

Confieso que no hubiera podido durar mucho tiempo en tan doloroso estado si no me hubiera sostenido su amorosa misericordia bajo los rigores de su justicia. Así es que caí enferma, y me costó mucho el restablecerme. Con frecuencia me ha hecho mi Soberano soportar estas dolorosas disposiciones, en medio de las cuales me mostró una vez los castigos que quería ejecutar en algunas almas, y me arrojé a sus sagrados pies diciéndole: «¡Oh Salvador mío!, descargad sobre mí toda vuestra indignación, y borraradme del libro de la vida antes de perder esas almas que tan caro os han costado». Y me respondió: «Pero no te aman, y no cesarán de afligirte». «—No importa, Dios mío; con tal que os amen, no quiero cesar de suplicaros que las perdonéis». «—Déjame obrar; ya no puedo sufrirlas». Y abrazándole más estrechamente aún: «No, Señor mío, no os dejaré hasta que

⁴ Véase un trozo parecido en el núm. V de los *Fragmentos*.

las hayáis perdonado». Y Él me decía: «Yo accedo gustoso, si tú quieres responder por ellas.» «—Sí, Dios mío; pero nunca os pagaré sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro Sagrado Corazón». Con esto se dio por satisfecho.

Y otra vez, estando en la labor común de escardar lana, me retiré a un pequeño patio, próximo al tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde trabajando arrodillada, me sentí al instante recogida por completo interior y exteriormente, y se me representó al mismo tiempo el amable Corazón de mi adorable Jesús más brillante que el sol. Estaba en medio de las llamas de su amor puro, rodeado de serafines que cantaban con admirable concierto:

«El amor triunfa;
Goza el amor;
Placer derrama
Su Corazón.»

Me invitaron estos bienaventurados espíritus a unirme con ellos en los loores del Divino Corazón, y no me atrevía; pero de nuevo me instaron diciéndome: «Que habían venido a asociarse a mí con objeto de tributarle un homenaje continuo de amor, de adoración y de alabanza, y a este fin harían mil veces delante del Santísimo Sacramento, para que yo pudiese, por su medio, amarle sin interrupción, y ellos, a su vez, participar de mi amor, sufriendo en mi persona como yo gozaría en la suya». Escribieron, al mismo tiempo, esta Asociación en el Corazón Sagrado con letras de oro y con los caracteres indelebles del amor. Duró esto de dos a tres horas, pero he sentido sus efectos durante toda mi vida, ya por los socorros recibidos, ya por las dulzuras que había producido y producía en mí, dejándome toda llena de confusión. Al dirigirles mis plegarias, no les daba otro nombre que el de mis divinos asociados. Me inspiró esta gracia tal deseo de la pureza de intención y me hizo concebir una idea tan alta de la que se debe tener para conversar con Dios, que todas las demás me parecen impuras para este objeto. (*V. la Memoria.*)

Otro día estaba una de nuestras hermanas sumida en un sueño letárgico, y se había perdido la esperanza de poderla administrar los últimos Sacramentos. Tenía esto en grandísima consternación a la Comunidad, especialmente a nuestra Madre, y ésta me ordenó prometer a Nuestro Señor, para conseguirlo, todo cuanto le pluguiera darme a conocer que deseaba. No había terminado aún el cumplimiento de esta obediencia y ya el Soberano de mi alma me prometió que esta hermana no moriría sin recibir los auxilios que con razón deseábamos, si le prometía tres cosas, las cuales quería absolutamente de mí: la primera, no rechazar cargo alguno en la religión; la segunda, no rehusar ir al locutorio, y la tercera, no negarme a escribir.

A semejante petición confieso que se estremeció todo mi ser, por la grande repugnancia y aversión que para esto sentía. Respondí: «¡Oh Señor mío!, bien me atacáis por mi flaco; pero pediré permiso». Me lo concedió al momento mi Superiora, no obstante la pena que pudiera traslucirse en mí, y me hizo prometerlo en forma de voto, para que no pudiera desdecirme jamás. Mas ¡ay de mí! ¡Cuántas infidelidades no he cometido, pues no por eso me quitó la repugnancia que en ello sentía, la cual me ha durado toda la vida! Pero la hermana recibió los Sacramentos.

Para dar a conocer hasta dónde llegaba mi infidelidad en medio de todos estos favores tan grandes, diré que un día, sintiendo un deseo ardiente de recogerme para hacer ejercicios y de prepararme a ellos algunos días antes, quise, por segunda vez, grabar el santo nombre de Jesús en mi corazón. Pero lo hice de modo que abrí en él varias llagas. Habiéndoselo dicho a mi Superiora la víspera del día en que debía retirarme a la soledad, me respondió que quería mandar ponerme algún remedio, por temor de que no degenerase en algún mal peligroso. Esto me hizo quejarme a Nuestro Señor: «¡Oh mi único amor! ¿Permitiréis que otros vean el mal que me he hecho por amor vuestro? ¿No sois bastante poderoso para curarme Vos, que sois el soberano remedio de todos los males?»

En fin, movido por mi sentimiento de darlo a conocer, me prometió que al día siguiente estaría curada; y en efecto, lo hizo como me lo había prometido; pero no habiendo podido decírselo a nuestra Madre, por no haberla encontrado, me envió ésta una esquelita, en la cual me decía que enseñase mi mal a la hermana que me la daba, y ésta le aplicaría el remedio.

Como estaba curada, creí hallarme dispensada de cumplir tal obediencia hasta habérselo dicho a nuestra Madre. Fui con este objeto a buscarla, y le dije que no había hecho lo ordenado en la esquila por estar ya curada. ¡Dios mío, con qué severidad me trataron por esta falta de prontitud en la obediencia, tanto ella, como mi Soberano Maestro! Éste me relegó a estar bajo sus sagrados pies, donde permanecí cinco días próximamente, no haciendo sino llorar mi desobediencia, pidiéndole perdón con penitencias continuas. Y en cuanto a mi Superiora, me trató sin remisión en esta entrevista, como Nuestro Señor se lo inspiraba, pues me hizo perder la sagrada Comunión, lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en la vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado a muerte. Además, me obligó a mostrar mi mal a la hermana. Ésta, hallándole curado, nada quiso hacer; pero yo recibí en ello suma confusión.

Para mí todo esto era nada, pues no hay género de suplicio que no hubiese querido sufrir por el dolor que tenía de haber desagradado a mi Soberano. En fin, después de haberme hecho conocer cuánto le desagrada la falta más pequeña de obediencia en un alma religiosa, y sufrir la pena correspondiente, vino Él mismo en los últimos días de mi retiro a enjugar mis lágrimas y devolver a mi alma la vida.

Pero por más dulzuras y caricias con que me regaló, no terminó por eso mi pena: tenía bastante con pensar que le había desagradado para deshacerme en lágrimas. Pues con tal viveza me hizo comprender lo que era la obediencia en un alma religiosa, que confieso no haberlo aún hasta entonces comprendido. Y me dijo que, en castigo de mi falta, el sagrado Nombre, cuya inscripción tanto me había costado en memoria de mis sufrimientos al tomar el nombre de Jesús, no sería ya visible, como ni tampoco los precedentes, los cuales aparecían antes muy bien marcados de diferentes maneras. Puedo decir que hice un retiro de dolor.

Eran tan continuas mis enfermedades, que no se pasaban cuatro días seguidos sin estar enferma. Una vez estaba muy mal, y casi no se me entendía lo que hablaba; vino a verme nuestra Madre a la mañana y me entregó un billete, ordenándome se hiciera su contenido, a saber: tenía necesidad de asegurarse de si procedía del Espíritu de Dios todo cuanto por mí pasaba, y si era así, me diera el Señor perfecta salud durante cinco meses, sin tener necesidad de alivio alguno en todo ese tiempo. Pero que si venía, por el contrario, del espíritu del demonio o de mi naturaleza, permaneciera siempre en el mismo estado. No se puede explicar lo que me hizo sufrir este billete, tanto más cuanto que me había sido manifestado su contenido antes de leer.

Me hicieron salir de la enfermería con palabras tales como Nuestro Señor se las inspiraba para hacerlas más sensibles y mortificativas a la naturaleza. Presenté el billete a mi Soberano, el cual no ignoraba su contenido, y me respondió: «**Te aseguro, hija mía, que para prueba del buen espíritu que te guía, hubiera concedido a tu Superiora tantos años de tu salud como meses me ha pedido, y además, todas cuantas seguridades hubiera querido pedirme**». Y en el instante de la elevación del Santísimo Sacramento, sentí, pero de un modo muy perceptible, que me quitaron todas mis enfermedades, como si se me despojara de un hábito, el cual quedase, por otra parte, suspendido. Y me encontré con la fuerza y salud de una persona muy robusta que por largo tiempo no hubiera estado enferma. Pasé así el tiempo deseado, después del cual se me volvió al estado precedente.

IX Últimos años de Margarita

La obligan a salir de la enfermería con fiebre para que haga los Ejercicios. Nuestro Señor la cura.—Gusta en ellos las mayores delicias. Pone Jesús sobre su cabeza una corona de espinas.—Lleva la Cruz con Nuestro Señor y acepta el ser crucificada en ella.—Sufrimientos en tiempo de Carnaval.—Algunas veces le daba Nuestro Señor goces en vez de los sufrimientos que ella pedía.—La divina presencia es rigurosísima para ella cuando ha desagradado en algo a Nuestro Señor

En una ocasión, estando con fiebre, me hizo salir mi Superiora de la enfermería para hacer los ejercicios, pues era mi turno, y me dijo: «Id; os entrego al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo. Que Él os dirija, gobierne y cure según su voluntad». Ahora bien; aunque me sorprendió esto un poco, porque en aquel momento estaba temblorosa por la fiebre, me fui, sin embargo, muy contenta de practicar esta obediencia, ya por tener ocasión de sufrir por su amor, siéndome indiferente la manera que tendría Él de tratarme en mi retiro, ya me hiciera sufrir o gozar. «Todo me viene bien, decía; con tal que Él esté contento y yo le ame, me basta».

Mas apenas me hallé encerrada con Él solo y postrada en tierra, enteramente transida de dolor y de frío, se me presentó delante, me hizo levantar, y prodigándome mil caricias me dijo: «**En fin, hete ahí toda mía y toda a mi cuidado; por esto quiero devolverte sana a los que te han puesto en mis manos enferma**». Y me restituyó una salud tan completa, que no parecía haber estado mala, de lo cual se admiraron mucho, especialmente mi Superiora, que sabía todo lo sucedido.

Jamás he pasado los ejercicios entre tanto gozo y delicias: me creía en un paraíso, por los continuos favores, caricias y trato familiar con mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre, mi santo Ángel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. No especificaré aquí, a causa de su extensión, los pormenores de las singulares gracias en ellos recibidas. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme por el sentimiento que yo había mostrado al ver borrarse de mi corazón su sagrado y adorable Nombre, después de haberlo grabado en él con tantos dolores, quiso Él mismo, con el sello y el buril enteramente inflamado de su puro amor, imprimirlo dentro y escribirlo fuera; pero de un modo que me produjo mil veces más gozo y consuelo que dolor y aflicción me había causado el otro.

Sólo me faltaba la cruz, sin la cual no podía vivir, ni gustar de placer alguno, ni aun celestial y divino, porque no tenía más delicias que las de verme semejante a mi pacientísimo Jesús. No pensaba, por lo tanto, sino en ejercer sobre mi cuerpo todos los rigores que la libertad, en que se me había dejado, me permitía. Y en

efecto, se los hice bien experimentar, tanto por las penitencias como por el método de vida y de reposo. Me había formado de cascotes de vasijas rotas un lecho, en el cual me acostaba con sumo placer, y aunque la naturaleza gimiese, era en vano, porque no la escuchaba.

Quería hacer cierta penitencia que, por lo rigurosa, excitaba en mí un vehemente deseo de ejecutarla, pensando por este medio poder vengar en mí las injurias que recibe Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, ya de mí, pecadora miserable, ya de todos aquellos que en él le deshonran. Pero mi Soberano Maestro, estando ya para ejecutar mi designio, me prohibió pasar adelante, diciéndome que quería entregarme sana a mi Superiora, quien me había confiado y remitido a sus cuidados, y así le agradaría más el sacrificio de mi deseo que la ejecución misma, porque siendo espíritu, quería sacrificios del espíritu. Quedé contenta y sumisa.

Yendo una mañana a comulgar, me pareció la sagrada Hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo podía soportar, y en medio de ella vi a Nuestro Señor con una corona de espinas, la cual, poco después de haberle recibido, puso sobre mi cabeza, diciéndome: «**Recibe, hija mía, esta corona en prenda de la que muy pronto te será dada para tu conformidad conmigo**». No comprendí entonces lo que esto significaba; pero muy pronto lo supe por los efectos inmediatos, a saber: dos terribles golpes que recibí en la cabeza, de tal suerte, que me pareció tener, desde entonces, todo el circuito de la misma rodeado de agudísimas espinas de dolor, cuyas picaduras no terminarán sino con mi vida, de lo cual doy infinitas gracias a Dios, que tan señalados favores ha hecho a su miserable víctima. Mas, ¡ay de mí!, como lo repito con frecuencia, las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal.

Confieso que me reconozco más obligada a mi Soberano por esta corona preciosa que si me hubiera regalado todas las diademas de los más grandes monarcas del mundo; tanto más, que nadie puede robármela, y me pone no pocas veces en la feliz necesidad de velar y entretenerme con este único objeto de mi amor. No pudiendo apoyar mi cabeza sobre la almohada, a imitación de mi Divino Maestro, que no podía reclinar la suya adorable sobre el lecho de la cruz, experimento gozos y consolaciones inconcebibles viendo en mí alguna conformidad con Él. Y por este dolor quería que pidiese a Dios, su Padre, por el mérito de su coronación de espinas, a la cual uniese yo la mía, la conversión de los pecadores y la humildad para los orgullosos, cuya soberbia le era tan desagradable e injuriosa.

Una vez, hacia el tiempo de Carnaval, es decir, como unas cinco semanas antes del Miércoles de Ceniza, Él se me presentó después de comulgar, bajo la figura de un *Ecce homo*, cargado con su cruz, todo cubierto de llagas y contusiones y brotando de todo su cuerpo su sangre adorable. Con una voz dolorosamente triste, decía: «**¿No habrá nadie que tenga piedad de mí y quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor, viendo el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?**» Postrándome a sus sagrados pies, me

ofrecí a Él con lágrimas y suspiros. Cargó sobre mis espaldas aquella pesada cruz, erizada toda de puntas de clavos, y sintiéndome agobiada bajo su peso, comencé a comprender mejor la gravedad y malicia del pecado, al cual detestaba tan vivamente en mi corazón, que hubiera preferido mil veces precipitarme en el infierno a cometer voluntariamente uno solo. «¡Maldito pecado –dije–: cuán detestable eres, por la injuria que haces a mi soberano Bien!» Éste me dio a conocer que no bastaba llevar aquella cruz, sino que era preciso estar enclavada con Él, para hacerle fiel compañía, participando de sus dolores, desprecios, oprobios y otras injurias que sufría.

Me puse inmediatamente en sus manos para todo cuanto deseara hacer de mí y por mí, dejándome enclavar a su gusto con una enfermedad que bien pronto me hizo sentir las agudas puntas de los clavos con que estaba erizada esta cruz, y con agudísimos dolores, en los cuales no recibía otra señal de compasión sino desprecios, humillaciones y otras cosas penosísimas a la naturaleza. Pero, ¡miserable de mí!, ¿qué podría sufrir yo que pudiera igualar a la grandeza de mis crímenes, los cuales me tienen continuamente sumida en un abismo de confusión, desde que mi Dios me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal y la gravedad de la culpa, que, por ir contra una bondad infinitamente amable, le es en extremo injuriosa?

Esta vista me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y hubiese preferido con todo mi corazón haber comenzado a sufrir todas las merecidas por cuantos pecados he cometido para que me hubiesen servido de preservativo y me hubiesen impedido cometerlos antes de haber llegado a tan miserable extremo, y esto aun cuando estuviera segura de que Dios, por su infinita bondad, me perdonaría sin entregarme a tales penas.

El estado de sufrimiento, del cual he hablado más arriba, me duraba, ordinariamente, todo aquel tiempo de Carnaval, hasta el Miércoles de Ceniza. Parecía que me hallaba reducida al extremo, sin poder encontrar consolación alguna, ni alivio que no aumentase todavía más mis tormentos; y luego me sentía súbitamente con bastante fuerza y vigor para el ayuno de Cuaresma. Siempre me ha concedido mi Soberano el favor de poderlo hacer, y aunque me hallase alguna vez rendida por tantos dolores, que con frecuencia creía, al comenzar un ejercicio, que no podría sostenerme hasta concluirlo, sin embargo, después de concluido uno, comenzaba otro con las mismas penas, diciendo: «Dios mío, concededme la gracia de poder llegar hasta el fin». Y daba gracias a mi Soberano, porque medía así mis instantes por el reloj de sus sufrimientos para regular todas las horas con las ruedas de sus dolores.

Cuando quería favorecerme con alguna nueva cruz, me disponía para ello con abundancia de caricias y consolaciones espirituales tan grandes, que me hubiera sido imposible sobrellevarlas si hubieran continuado. En esta ocasión le decía: «Único amor mío, os sacrifico todos esos placeres. Guardadlos para las almas

santas, las cuales os glorificarán más que yo; yo no quiero sino a Vos solo, eternamente desnudo sobre la cruz, donde deseo amaros a Vos solo por amor de Vos mismo. Quitadme, pues, todo lo demás, para que os ame sin mezcla de interés ni de placer».

Y sucedía a veces en estas circunstancias que, como sabio y experimentado Director, se complacía en contrariar mis deseos, haciéndome gozar cuando hubiera querido sufrir. Pero confieso que, lo uno y lo otro, venían de Él y que cuantos favores me ha hecho han sido por pura misericordia suya, pues jamás criatura humana alguna le ha opuesto tanta resistencia como yo, sea por mis infidelidades, sea por el temor que tenía de ser engañada. Y cien veces me he admirado de que, en vista de tanta resistencia, no me anonadase o hundiese en el abismo.

Mas por grandes que sean mis faltas, jamás me priva de su presencia este único amor de mi alma, como me lo ha prometido.

Pero me la hace tan terrible cuando le disgusto en alguna cosa, que no hay tormento que no me fuera más dulce y al cual no me sacrificara mil veces antes que soportar esta divina presencia y aparecer delante de la santidad de Dios teniendo el alma manchada con algún pecado.

En esas ocasiones bien hubiera querido esconderme y alejarme de ella, si hubiese podido; mas todos mis esfuerzos eran inútiles, hallando en todas partes esa santidad de que huía, con tan espantosos tormentos que me figuraba estar en el Purgatorio, porque todo sufría en mí sin ningún consuelo, ni deseo de buscarle.

Esto me obligaba a exclamar, a veces, en medio de mi dolorosa amargura: «¡Oh, cuán terrible es caer en las manos de un Dios vivo!»

He ahí la manera que Él tenía de purificarme de mis faltas, cuando no era yo bastante pronta y fiel en castigarme por ellas. Y nunca recibía gracia alguna particular de su bondad que no fuese precedida de esta clase de tormentos y sin sentirme, después de haberla recibido, arrojada y abismada en un purgatorio de humillación y confusión, donde sufría más de lo que puedo expresar.

Mas siempre conservaba una tranquilidad inalterable, pareciéndome que nada podría turbar la paz de mi alma, aunque estuviese frecuentemente agitada la parte inferior, ora por mis pasiones, ora por mi enemigo, quien hacía todos sus esfuerzos para conseguirlo, pues no hay cosa alguna sobre la cual tenga más poder, y en la que gane tanto, como en un alma turbada e inquieta; la hace su juguete y la vuelve incapaz de bien alguno.

**MEMORIA COMPUESTA POR ORDEN
DE LA M. DE SAUMAISE**

*En abril de 1673 comenzó la Santa a escribir esta memoria, que continuó en los años siguientes. «En el sexto mes después de mi profesión –dice– me ordenaron que escribiera cuanto pasaba en mi interior». Se refiere, pues, sólo a los años de su profesión religiosa. En cambio, la **Autobiografía** abarca además los de su infancia y juventud. Por esto, de haber querido seguir nosotros el orden cronológico en que fueron escritas, debiera esta Memoria preceder a la **Autobiografía** que comenzó por el año 1686. Pero, aunque escrita posteriormente, había que ponerla a la cabeza de los documentos autobiográficos, sin contar con su mayor importancia. «Esta es la verdadera Autobiografía; las otras series no son más que documentos complementarios».*

MEMORIA ESCRITA POR ORDEN DE LA MADRE DE SAUMAISE

Nuestro Señor no quiere corazones partidos. — Habiendo pasado los primeros meses del noviciado sin poderme despegar de un afecto particular, que ponía muchos obstáculos al amor que mi Amado deseaba de mí, y habiéndome reprendido por ello interiormente repetidas veces, sin que me llegara a corregir, una tarde me reprendió en la oración, diciéndome: **No quiero un corazón dividido, y si no te apartas de las criaturas, me retiraré de ti.** Tanto lo sentí, que le rogué no me dejase poder más que para amarle y le prometí que haría todo lo posible para apartarme de cuanto pudiera desviarme de Él.

[Tan desasida me he sentido de entonces acá de todas las criaturas, que estoy completamente indiferente a su amistad.]

Nuestra voluntad encuentra su fuerza en el Sagrado Corazón. — Como sintiese gran repugnancia para cierta mortificación, me mostró interiormente su sagrado cuerpo, cubierto de llagas, dándome a conocer lo que había hecho por mí y reprochándome mi ingratitud en no vencerme por su amor. «Dios mío, ¿qué queréis que haga, puesto que mi voluntad es más fuerte que yo?» Me dijo que si la introdujera en la llaga de su Sagrado Costado, nada me costaría el vencerme. Yo le repliqué: «¡Oh mi Divino Salvador, introducidla Vos tan adentro y encerradla tan bien, que jamás pueda salir de allí!» Desde entonces me sentí con más fortaleza para vencerme y pensé que en adelante nada me sería difícil.

Nuestro Señor propone a Margarita María que ofrezca todas sus penas por el restablecimiento de la caridad en la Comunidad. — Un día, después de comulgar y al tiempo de dar gracias con ardiente deseo de hacer algo por Dios, este Amado de mi alma me dijo interiormente: **¿No te gustaría sufrir todas las penas que merecen tus pecados y los de tus hermanas, a fin de que sea yo glorificado por todas estas almas...?** Inmediatamente le ofrecí la mía y todo mi ser para que dispusiese de todo según su voluntad: pues aunque mis penas hubieran de durar hasta el día del juicio, con tal que Él fuese glorificado, yo estaría contenta.

Le rogué en la oración que me diera a conocer el medio de satisfacer mi deseo de amarle. Y me hizo ver que no es posible demostrarle mejor nuestro amor que amando al prójimo por amor a Él y que debía ocuparme en procurar su salvación, siendo necesario que olvidara mis intereses para hacer míos los del prójimo, así en mis oraciones como en todas las obras buenas que por la misericordia de Dios pudiera hacer.

Y como no entendiese lo que esto quería decir, me dio a conocer que pedía el restablecimiento de la caridad, puesto que por las faltas cometidas (*por algunas*

religiosas) contra esta virtud, se habían separado de Él, que es la misma caridad. Que estos miembros medio podridos y prestos a ser cortados le causaban grandes dolores; y que si aún no habían recibido su castigo, debían atribuirlo únicamente a la intercesión de su Santísima Madre, a quien había yo de tener gran devoción.

Le agradecí su bondad por la gracia que nos concedía por intercesión de esta santa Madre, y quedé con esto tan vivamente conmovida, que hubiera aceptado toda clase de penas, aun las del purgatorio, aunque fuera hasta el día del Juicio, para satisfacer a su bondad y cumplir lo que de mí quería.

Algunos de sus puntos de oración. — Muchas veces no podía fijarme al meditar en los puntos preparados. La causa de esta impotencia tan grande era el sentir mi corazón como penetrado de la presencia de Dios, sin más movimiento ni afecto que amarle, con vivísimo deseo de sufrir por este mismo amor. En estos casos hacía mi oración sobre dos o tres palabras como éstas: «No, Dios mío, jamás os opondré resistencia». Y en otros repitiendo estas otras: «Bástame, oh Amado mío, con estar en vuestra presencia como Vos queréis». Una vez decía: «¡Oh, cuán hermoso es el Amado de mi alma! ¿Por qué no he de amarle perfectamente?»

Sorda, muda y ciega, en la presencia de Dios. — En cierta ocasión en que me quejaba a Nuestro Señor de estar en su presencia sin hacer nada, oí interiormente esta reprensión: «**Si quiero que estés en mi presencia sorda, muda y ciega, ¿no debes quedar muy contenta?**» Y efectivamente, quedé satisfecha por entonces.

Nuestro Señor no tolera las miras personales. — [Me inquietaba yo muchas veces porque me parecía que perdía el tiempo y me quejaba de esto frecuentemente a mis directores. Me dijo que me era forzoso permanecer así, puesto que Dios así lo quería.] Una vez, durante los ejercicios¹, mi divino Jesús me hizo conocer muy bien que todas estas inquietudes provenían de buscarme a mí misma, lo que me ponía en riesgo de perderle a Él y de perderme también a mí, por mi excesiva curiosidad. Me añadió que cuando hace Él su mansión en un alma, quiere un entendimiento sin curiosidad, un espíritu sin juicio, un juicio sin voluntad y un corazón sin otros movimientos que los de su amor. Me ofrecí al mismo tiempo a su bondad, colocándome en una completa dependencia y sumisión a su voluntad, y propuse no resistirle ya más.

Semejanza con Jesús Crucificado. — Estando el día de Difuntos (*2 de noviembre de 1672*) en presencia del Santísimo Sacramento para desagrarle del abuso que hago de sus gracias, así en la recepción de los sacramentos como en la oración, me inmolaba a su voluntad y le pedía que recibiese el sacrificio de

¹ Se refiere sin duda la Santa, a los Ejercicios que precedieron a su profesión, la cual hizo el 6 de noviembre de 1672.

holocausto que deseaba hacerle, suplicándole que lo uniese al suyo. «**Acuérdate –me dijo Él– de que quieres desposarte con un Dios crucificado; te es por lo mismo necesario hacerte semejante a Él, despidiéndote de todos los placeres de la vida, pues ya no habrá para ti ninguno que no esté señalado por la cruz**».

Será Margarita una víctima sacrificada para apaciguar la justicia de Dios. — Un día en que me puse a considerar a este Divino Salvador en la cruz donde murió por todos, me dijo que me era preciso dejarme clavar en la que Él me diese, la cual sería tan áspera, que si no me confortase su brazo poderoso, me sería imposible permanecer en ella, y que me había traído a esta casa para satisfacer a su justicia que estaba irritada y no se aplacaría sino por el sacrificio de una víctima.

Infundió esto en mí gran temor, pues no entendía lo que significaba. Y con toda confianza le dije: «Dios mío, dadme a conocer cuál es la causa de vuestro enojo». “Los pecados ocultos a los ojos de las criaturas”, me pareció que me replicaba, y que no podían estarlo a los suyos. [Nuestro santo fundador decía, por su parte, a esta divina bondad que querría él poder hacer penitencia hasta el día del Juicio para satisfacer por los pecados de todas sus Hijas.] Como no acabase yo de atinar si todas estas cosas eran efecto de la naturaleza o del demonio, que quería atemorizarme..., acabé por someterme a Dios y a mis Superiores, resuelta a morir antes que dejar de hacer lo que ellas me ordenasen.

Unión de corazón con el Corazón de Jesús. — La víspera de un día de comunión pedía a mi Jesús que uniese mi corazón al suyo, puesto que ésta era mi única pretensión. Y como Él me preguntase cómo podría hacerse la unión de la nada con el Todo: «Bien sé yo –añadí– que esto sólo vuestro amor puede hacerlo». Entonces me hizo ver con la parte más alta del entendimiento su hermoso Corazón, más resplandeciente que un sol y de una grandeza infinita, y un puntito completamente negro y desfigurado, semejante a un átomo, pero que hacía todos los esfuerzos imaginables para acercarse a aquella hermosa luz.

Mas todo hubiera sido en vano si el mismo amoroso Corazón no le hubiera atraído a sí diciendo: **Abístrate en mi grandeza y ten cuidado de no salir jamás de ella, porque una vez fuera no volverás a entrar jamás.** Desde entonces se siente mi corazón de tal modo atado en la oración, que estoy a veces como si ya de nada pudiera gozar; pero con tanta paz, que no tengo más inquietud que la de no amar bastante a mi Dios y no emplear bien el tiempo en el ejercicio de su santo amor.

Se me ocurría a veces si sería el demonio quien me tenía en este estado, y decía a Dios: «Descubridme las arterias del demonio para evitarlas». A este propósito me dio a conocer mi Amado que no puede el enemigo saber lo que pasa en el interior de un alma más que cuando da ella alguna señal exterior y que no puede dar la paz a un corazón.

Trato íntimo con su divino Maestro. — Ningún tiempo más agradable para mí que el de la noche, por ser el más a propósito para conversar con mi Amado. Así que pedía con frecuencia a mi Ángel custodio que me despertase. Sentía entonces mi corazón todo lleno de Dios, y era su conversación para mí tan suave, que a menudo se me iban en ella dos y tres horas, sin más movimientos ni afectos que los del amor y sin poder reconciliar el sueño. Quería una vez cambiar de postura en la cama para aliviar un lado de la espalda que me dolía, pero mi soberano Maestro me dijo estas palabras: **Cuando llevaba yo la cruz a cuestras, no la mudaba de un lado a otro para encontrar alivio.**

Comprendí con esto que debía privarme de toda clase de comodidades. No podía estar echada sobre el lado izquierdo, porque no podía respirar en esta postura, a causa de un oculto impedimento que no me dejaba exhalar mis suspiros en la oración. Mientras ésta duraba, no había para mí otra cosa que Jesús, que con frecuencia me preguntaba si le amaba. Tan vivo dolor sentía yo al oír esto, que sólo podía replicar: «Bien sabéis, divino amor mío, que me es imposible decir el deseo que tengo de amaros». Con frecuencia me repetía que quería le preparase yo un lugar solitario en mi corazón, donde le hiciese fiel compañía, pues allí me enseñaría a amarle. Es lo cierto que no hallaba en parte alguna, mayor placer que en este rincón de mi corazón, donde encontraba siempre a mi Esposo.

No interrumpían las ocupaciones exteriores nuestras dulces conversaciones. Me decía en ellas que era preciso renunciar a todos los placeres, porque Él solo me bastaba. En todos mis actos no veía yo más que infidelidades, ingraticudes, abuso de sus gracias y pérdida de tiempo. Esto me hacía considerar como prendas preciosas de su amor los pequeños sufrimientos, humillaciones y abyecciones. Éstas eran para mí más preciosas que un tesoro del que no podía perder ni una partecita sin verdadero sentimiento.

Le mandan escribir todo lo que pasa en su interior. — Estaba ya en el mes de mi profesión y me ordenaron que escribiera cuanto pasaba en mi interior. Sentía yo gran dificultad, pero me dijo mi Dios: **«¿Por qué rehúsas obedecer a mi voz y escribir lo que procede de mí y no de ti? Ninguna parte tienes en ello fuera de una sencilla adhesión. Considera lo que eres y lo que mereces y podrás conocer de dónde procede el bien que posees. ¿Por qué temes, si te he dado yo por asilo el lugar donde todo se facilita?»** Al punto sentí vivo deseo de obedecer sin demora.

Cómo emplea el tiempo de la oración. — Paréceme, cuando me despierto, hallar presente a mi Dios, al cual se une mi corazón como a su principio, y a su única plenitud. Esto produce en mí tan ardiente sed de ir pronto ante el Santísimo Sacramento, que los momentos que empleo en arreglarme me parecen horas. Siento un dolor tan vivo y agudo y me parece estar tan atada y tan apretada, que me es imposible resistir. Voy, por fin, allá como una enferma lánguida para presentarme al médico omnipotente, fuera del cual no puedo encontrar reposo

ni alivio al dolor que siento en el lado izquierdo y en el pecho. Me arrojo a sus pies como una hostia viva que no tiene más deseo que el de inmolarse y sacrificarse, para consumirse como un holocausto en las puras llamas de su amor. En ellas siento que se pierde mi corazón como en un horno encendido. Paréceme que mi espíritu se aleja de mí para ir a abismarse en la inmensa grandeza de Dios, sin que esté en mi mano aplicarlo al punto preparado de oración. He de contentarme solamente con este único objeto. [En él encuentro una tan grande plenitud, que todo lo demás me es indiferente e inútil.]

Queda con todo mi entendimiento en una ceguedad tan grande, que no recibe otra luz ni otro conocimiento que los que este divino Sol de justicia le comunica de vez en cuando. No recibo de él más impresión ni más impulso que el de amarle; y me siento a veces tan apremiada a hacerlo, que desearía dar mil veces la vida para atestiguarle tal deseo. Empleo entonces todas mis fuerzas en abrazar al Amado de mi alma; mas no con los brazos del cuerpo, sino con los brazos interiores, que son las potencias del alma. Tan grande es el contento que ésta recibe, que la muerte me sería más dulce que esta separación. Me deja como embriagada la oración sin saber lo que hago en ella, y me resulta tan corta, que con frecuencia me quejo a mi Dios, y le digo: «Caro amor de mi alma, ¿cuándo llegará el día en que estos momentos, tan duros para mí por la velocidad con que se deslizan, no tengan ya poder para limitar mi dicha?» Lo más frecuente es ir a la oración sin más preparación que la que mi Dios hace en mí con tan poderosos atractivos, que me parecen me atraviesa el pecho con navajas. Esto me impide el suspirar y apenas me queda más que el poder de respirar con gran trabajo, y con frecuencia permanezco en este estado todo el tiempo de la oración. Sufre mi cuerpo con Jesús y mi corazón y mi espíritu se regocijan amándole.

No puede hallar mucho contento en esto la parte inferior porque ni ve ni conoce lo que pasa en la parte superior del alma, la cual, olvidándose de sí misma; no tiene otros deseos que unirse a su Dios y perderse en Él. Me hacía el Señor gustar sensiblemente su divina presencia, descubriendo mi alma sus bondades y su amor; pero como al mismo tiempo ata todas mis potencias, quedo sin poder decirle nada que le demuestre mi amor. Esto es para mí tan duro tormento, que por más que sea tan grande la dulzura, no dejo de hacer cuantos esfuerzos puedo por salir de esta disposición, mas todo en vano. Mi Dios mira complacido mis inútiles esfuerzos, sin prestarme socorro alguno. De aquí que en cierta ocasión, en que me sentía muy apremiada del deseo de amarle y no acertaba a expresar mis pensamientos, le dijera sencillamente: «Señor mío, parece que os reís de la pena que siente mi corazón al no poder demostraros su amor. Sí, porque aunque no goces tú del placer de amarme, bien sé yo los amorosos movimientos de tu corazón».

Con esto me quedé en paz. Ésta es mi ordinaria ocupación en la oración, la cual no hago yo, sino mi Dios hace en mí, su miserable criatura. Salgo de ella con

frecuencia sin saber lo que he hecho y sin haber formulado ni resoluciones, ni peticiones, ni otra ofrenda que la de mi Jesús a su eterno Padre: «Dios mío –le digo–, os ofrezco a vuestro Hijo muy amado en acción de gracias por todos los bienes que me habéis hecho. Él constituirá mi petición y mi ofrenda y mi adoración y todas mis resoluciones. Él será, en fin, mi amor y mi todo. Recíbidle, Padre eterno, por todo lo que deseáis que os ofrezca y os presente yo, puesto que nada puedo ofrecer que no sea indigno de Vos, sino a Aquél de quien me hacéis gozar con tanto amor».

Halla la paz en el completo abandono. — Pero la naturaleza y el amor propio me combaten con furiosos asaltos; me dan a entender que pierdo el tiempo y que estoy en camino de perdición. Esto a veces me deja como enajenada y me causa tan gran turbación, que no sé a quien acudir, si no es a mi Dios, a quien encuentro siempre dispuesto a socorrerme. Para alejar de mi alma toda inquietud, me hace gozar de la paz y dulzura de su divina presencia y con esto vuelvo a sentir en el acto una gran confianza, inspirada por estas palabras que me repite a menudo:

No perecerá el hijo en los brazos de un padre todopoderoso.

Así que me abandono sin cesar a su divina voluntad, para que disponga de mí en absoluto según su beneplácito, sin tener en cuenta para nada ni mis gustos, ni mis satisfacciones, sea que me pierda, sea que me salve, con tal de que cumpla yo esta amable voluntad. Tan querida es para mí, que preferiría ver mi cuerpo hundido en el infierno y expuesto a todas las furias infernales, antes que hacer la menor cosa contraria al beneplácito de Dios. A éste quiero someterme a ciegas, aun en las cosas más difíciles de comprender, como es ver a un Dios tan grande y poderoso conceder tantas gracias a una criatura tan miserable, que constantemente abusa de ellas.

Siente su corazón abrasado, sobre todo al comulgar. — Siento el corazón abrasado por una llama secreta e interior que abisma en sí todos mis dolores. De éstos no me queda más que una llaga que siento un poco más abajo del corazón y que es para mí mil veces más deliciosa. Este fuego que me consume me deja como si ya no tuviera poder sobre mi corazón, y se extiende algunas veces por todo el pecho hasta el rostro, embriagándome de tal suavidad, que no sé dónde estoy ni lo que hago. Esto me sucede más particularmente cuando comulgo con frecuencia, y me causa tan ardiente sed, que me parece nada sería capaz de refrigerarme, sino mi Dios.

Tal deseo me da de la sagrada comunión, que no hay cosa criada que pueda proporcionarme gozo tan sensible como el que me causa este pan de amor. Después de haberlo recibido, quedo como anonadada delante de Dios, cosa de medio cuarto de hora. Todo mi interior guarda entonces profundo silencio para escuchar la voz de Aquél que constituye todo el contento de mi alma.

Cuadro vivo. — Una vez me dijo que mi corazón era un cuadro vivo en el cual quería pintar Él una imagen animada, la cual no me dejaría en paz, antes me causaría dolores más bien amables que duros. Y, efectivamente, no hay para mí dolor, ya provenga de alguna humillación, ya de alguna mortificación, que no me traiga más dulzura que amargura.

Ofrece todo su ser a Jesús Sacramentado. — Mi mayor contento es estar en presencia del Santísimo Sacramento, donde mi corazón se halla como en su centro. «Jesús mío y amor mío –le digo de lo más profundo de mi corazón– tomad cuanto tengo y cuanto soy y poseedme según vuestro beneplácito, puesto que todo lo que tengo es vuestro sir reserva. Transformadme por completo en vos, a fin de que no pueda separarme de Vos ni un solo instante ni obre ya sino impulsada por vuestro puro amor».

No puede aplicarse más que a la contemplación y al amor de Dios. — Una de mis mayores delicias ha sido siempre la lectura; y con todo, me sirve ahora de tormento, pues ni a ella ni a ninguna otra cosa puedo aplicar la atención, sino sólo a mi Dios en todas partes. A Él solo le veo en todos mis misterios, y aunque me ponga a considerar algún otro punto, no me puedo detener largo rato, porque Él solo basta a mi alma y a mi corazón. Tan es así, que no desearía yo cosa alguna, sino permanecer sencillamente en su santa presencia sin hacer más que actos de amor.

De este modo paso muchas veces días enteros, que nunca son bastante largos para amar a mi Dios, que es la vida de mi alma. Mi único deseo sería estar siempre en silencio o no hablar más que de Dios; en esto se deleita de tal modo mi corazón, que jamás se cansaría. Cierto que todas las demás conversaciones me sirven de martirio, porque de gran habladora que era antes me he vuelto tan necia, que ya nada sé; y me complazco de tal modo en mi ignorancia, que no deseo saber otra cosa sino a Jesús crucificado.

En cuanto a mis oraciones vocales, las hago como a la fuerza; rezo muchas, mas sin saber siquiera si las he rezado, porque mi corazón no puede prestarles atención. Queda como insensible al gozo y a la tristeza, los cuales ya no le penetran desde que fue traspasado con cierta herida que se renueva a menudo y lo siento como atravesado con un hierro candente [que agota todas mis fuerzas de ese lado y le pone muchas veces como insensible]. Este dolor que tengo ordinariamente, me es más amable que [todas las dulzuras] de la vida. Pero mucho más queridas aún me serían todas estas cosas si conociera que provienen de Dios, que a menudo me reprende [interiormente por mi poca sumisión a su voluntad y porque opongo y prefiero] mi acción a la suya. En tal confusión me pone esto a veces que no me atrevería a aparecer en su santa presencia, si Él mismo no me diera de nuevo una plena confianza y me dijera que su misericordia sobrepuja con mucho a mis ingratitudes.

Lo que más me atormenta es [que me obliga a veces a presentarme al fin del día] ante su bondad, desnuda de buenas obras. [Tanto me impresiona esto; que ni respirar querría sino para Él sólo]. Y me infunde gran temor al ir a la oración, donde, sin embargo, no dejo de encontrar a mi Dios con su acostumbrada dulzura; mas permanezco a sus pies completamente anonadada a vista de mi miseria. Ni sé qué hacer, si no es pedirle perdón, confesándome indigna de su misericordia.

Teme abusar de las gracias de Dios. — Nada me conmueve tanto como el oír hablar del abuso de las gracias de Dios. Soy yo tan culpable en este particular, que no puedo pensar en dicho abuso sin temblar, porque nada hay en mí que no merezca castigos eternos. Al considerar esto pido a Dios que me borre de la memoria de las criaturas. Bien cierto que el Señor lleno de bondad y juzgándome indigna de tomar parte en las amarguras de su Pasión, sólo me da dulzuras.

Tres semanas antes de Pascua todos los dolores interiores que sentía se abismaron en un fuego interior, cuyos efectos no puedo explicar, sino diciendo que, al salir del coro, mi corazón sentía sensiblemente la separación.

El Oficio de Maitines en la víspera de la Visitación. — Mucho tiempo estuve sin poder cantar en el Oficio divino, lo cual no me era pequeño trabajo, tanto por el placer que sentía en cantar las alabanzas de mi Dios, cuanto porque miraba esta impotencia como justo castigo de mi negligencia. Esto me causaba gran humillación. Pero sucedió que la víspera de la Visitación, durante los Maitines, después de haber hecho, inútilmente muchos esfuerzos para cantar en el *Invitatorio*, y no pudiendo seguir al coro ni aun en salmodia, me sentí toda penetrada de un poder al cual se aplicaron al momento mis potencias en espíritu de homenaje y de adoración.

Tenía yo los brazos cruzados dentro de las mangas, cuando vino a posarse en ellos una luz divina bajo la figura de un niño, o más bien de un sol resplandeciente que me obligó a decir en profundo silencio: «Señor mío y Dios mío, ¿por qué exceso de amor abajáis tanto vuestra grandeza infinita? — **Yo te pregunto a mi vez, hija mía, por qué me dices tan a menudo que no me acerque a ti.** — Bien lo sabéis, ¡oh Soberano mío; es que soy indigna de acercarme a Vos y menos aún de tocaros! — **Sábetes que cuanto más te retiras en tu nada, tanto más se abajará mi grandeza para buscarte.**».

Temía yo, sin embargo, que fuese un ángel de Satanás, y le hice esta petición: «Si sois vos, oh Dios mío, haced que cante ahora vuestras alabanzas». En efecto; intenté proseguir el *Te Deum* con el coro y sentí la voz libre y más fuerte que nunca. Así se pasó lo que faltaba de Maitines, sin que todas las caricias con que me honraba su bondad me impidiesen un punto la atención al Oficio; sólo que sentía todo mi interior unido poderosamente a esta divina presencia y ocupada en honrarla. Y al fin me dijo: «**He querido probar cuál era el motivo que te movía**

a cantar mis alabanzas, porque si hubieras estado un poco menos atenta a ellas, me habría yo retirado».

Tanto me impresionó este lance, que el sueño huyó de mis ojos y la noche se me hizo muy corta. Es cierto que le pedí una gracia para cierta persona, la cual ni me quiso conceder, ni siquiera contestarme una palabra. Claramente vi que era yo indigna de tal gracia. Conservé la voz bastante tiempo, pero la volví a perder. Se la pedí de nuevo a Nuestro Señor y me respondió que no era mía, que me la había prestado para obligarme a creer y que debía quedar tan contenta cuando la perdía como cuando me la conservaba. Desde entonces quedé indiferente.

Esposa de un Dios crucificado. — No hallo nada que sea tan provechoso para el alma como todas estas penas de que he hablado; aseguro que adelanta más en un mes y aun en una semana de penas y aflicciones, si las recibe como Dios quiere, que gozando durante todo un año de las más sensibles dulzuras y consolaciones. Es que las penas interiores, recibidas con amor, se asemejan a un fuego que purifica y va consumiendo insensiblemente en el alma todo lo que desagrada al divino Esposo. Cierta estoy de que cuantos hagan la prueba confesarán que se hace de este modo mucho camino sin darse cuenta. Mas si estuviera en nuestra mano el elegir, un alma fiel abrazaría al punto, sin reflexionar, esa cruz amadísima, aun cuando no sacase otro provecho que el de asemejarse a Nuestro Señor crucificado. Puedo asegurar que más se sufre en medio de las dulzuras –por poco amor que le tengamos– que en medio de las tribulaciones. Éstas nos aproximan a Él, que sólo quiso cargarse de oprobios y de sufrimientos por amor nuestro, y a Él nos hacen semejantes.

Ahora bien; si no lo sentimos así, podemos decir que no le amamos, sino que más bien nos amamos a nosotros mismos, porque el amor puro no puede sufrir que haya desemejanzas entre los amantes y no deja en paz hasta que hace al amante conforme a su Amado. Jamás llegaría de otro modo a la unión, la cual sólo por la semejanza se hace. Así, pues, mi Dios me hizo conocer que debía trabajar para llegar a ser una imagen viva de su amor crucificado y que era preciso para esto trabajar en la destrucción de todo mi ser y borrar en mí la figura del viejo Adán para que Él pudiese imprimir la suya en mí. Por este camino me haría Él vivir una vida completamente crucificada, enemiga de toda satisfacción terrestre y humana; y cuando esta imagen fuese del todo conforme a la suya, la clavaría en la cruz.

Esta fue desde entonces toda mi ocupación, porque cuando mi Divino Maestro me daba alguna lección, me dedicaba a estudiarla hasta que me diera otra; ni estaba en mí ocuparme en otra cosa, ni en la sagrada comunión, ni en la misa, ni en ningún otro de mis ejercicios. Me presentaba sencillamente a Nuestro Señor como imagen suya paciente, para que se dignase terminar Él lo que había yo comenzado, y le hacía un continuo sacrificio de todo mi ser, para que fuese

destruido y anonadado y puesto en el estado que Él quisiese, sin más excepción que la de su beneplácito.

Desde el día en que tuve la dicha de desposarme con un Dios crucificado, no recuerdo haber vivido sin esta amable librea de la cruz, comenzando por el de mi profesión, en que tuve que soportar una cruz muy dolorosa a la naturaleza. Pero confieso que no puedo cansarme de admirar la bondad de mi Dios.

San Francisco de Sales la hace meditar sobre la humildad y caridad. — Tres meses después de mi profesión, un poco antes de la fiesta de nuestro Santo Fundador (enero de 1673), me hizo ver durante la oración que las virtudes que había deseado siempre para sus Hijas, eran las que le tuvieron a él unido a Dios [y al prójimo]: la *caridad* y la *humildad*; que había alguna relajación en la práctica de ambas. En la *caridad para con Dios*, por no mirar más que a las criaturas en nuestras acciones y buscar solamente su aprobación, sin fijarnos en el mal olor que exhalan estas acciones delante de Dios, el cual aparta su rostro por temor de encontrarse con ellas. En lo tocante al prójimo, con las amistades particulares que destruyen la caridad común y el silencio.

En cuanto a la *humildad*, provenía la relajación de no considerar nuestros propios defectos, lo que nos hace juzgar mal de las intenciones del prójimo a la menor señal que se vea en sus actos. «Esto me apena mucho (*sigue hablando el Santo*) por ver tantas resistencias a la gracia y a los medios que Dios les da para su perfecta enmienda». Y como la causa de estas faltas y de otras muchas era la excesiva blandura, que había ya degenerado en complacencia a las criaturas, era necesario que con el espíritu de un rigor amable y una vigilancia continua se quitasen todos estos defectos, puesto que Dios le daba a cada una las gracias necesarias, si querían aprovecharse de ellas. «Pero yo vendré –añadió– el día de mi fiesta para escoger a mis verdaderas Hijas, esto es, a las que estén animadas de mi verdadero espíritu, y escribiré sus nombres en mi corazón para ofrecérselos sin cesar a la divina Majestad, en olor de suavidad para suplir las faltas de las imperfectas». Esto me venía con frecuencia a la memoria. E S C R I T O S

El abismo del Sagrado Corazón. — En otra ocasión, después de vísperas, durante la *Junta*, me pareció que me gritaban sin cesar que estaba al borde de un abismo; y como no podía yo explicarme esto, me encontraba muy apenada. Me dirigí a mi Dios con confianza y le dije: «Único amor de mi alma, dadme a conocer qué es lo que me inquieta». En seguida de ponerme en oración se presentó (*Jesucristo*) a mi alma cubierto de llagas y me dijo que mirase la abertura de su sagrado Costado, que era un abismo sin fondo, abierto por una flecha sin medida, la flecha del amor; y que si quería evitar aquel otro abismo que yo no conocía, tenía que perderme en éste, con el cual se evitan todos los demás. Esta es la mansión de todos sus amantes, en donde encuentran dos vidas: una para el alma y otra para el corazón.

El *alma* encuentra allí el manantial de aguas vivas para purificarse y recibir la vida de la gracia que el pecado le había quitado, y el *corazón* encuentra un horno de amor ardiente, que no le deja ya vivir sino de amor. La una se santifica y el otro se consume en aquella abertura. Mas como la entrada es pequeña, es preciso ser pequeño para entrar allí y estar desasido de todas las cosas.

Ingratitud del «pueblo escogido» para el Jubileo. — Al celebrarse la apertura de un jubileo (*el ordinario del año santo, 1675-1676*), me hizo conocer mi Jesús con una severidad de juez, que su justicia no estaba tan irritada a causa de los infieles, como contra su pueblo escogido, que se había rebelado contra Él y que se aprovechaba de la privanza que con Él tenía para perseguirle; y que mientras le había sido fiel, había tenido siempre atadas las manos de su justicia, para dejar obrar a las de su misericordia. «**Pero si no se enmiendan —añadió—, les haré sentir todo el peso de mi justicia vengadora, puesto que un alma justa puede obtener el perdón para mil criminales**».

Durante Maitines me decía continuamente: «**Llora y suspira de continuo por la sangre que he derramado sin provecho sobre tantas almas que tanto abusan de estas indulgencias, contentándose con cortar las malas hierbas que crecen en sus corazones, sin querer nunca quitar la raíz. Pero desgraciadas de estas almas que permanecen manchadas y sedientas, en medio de la fuente de aguas vivas, porque no llegarán jamás a purificarse ni a refrigerarse**».

Y dirigiéndome yo a su sagrado Corazón, le dije: «Señor mío y Dios mío, es preciso que vuestra misericordia albergue ahí a todas estas almas infieles, a fin de que en él se justifiquen para glorificaros eternamente». A lo que me respondió interiormente: «**Lo haré si tú me prometes su perfecta enmienda.** — Pero bien sabéis, Dios mío, que eso no está en mi poder, si Vos mismo no lo hacéis, haciendo eficaces lo méritos de vuestra sagrada Pasión». Me dio a entender que la oración más agradable que podía hacer en aquel santo tiempo de jubileo era pedir tres cosas en su nombre.

La *primera*, ofrecer al eterno Padre las amplias satisfacciones que Él había ofrecido a su justicia en el árbol de la Cruz por los pecadores, rogándolo que hiciera eficaz el mérito de su preciosa sangre para todas las almas criminales a quienes el pecado ha dado la muerte, y para que, resucitando a la gracia, le glorifiquen eternamente.

La *segunda*, para satisfacer por la tibieza [y desidia] de tantas almas cobardes de su pueblo escogido, pidiéndole que por el ardiente amor que le hizo sufrir la muerte, se digne reanimar los corazones tibios en su servicio y abrasarlos con su amor, a fin de que le amen eternamente.

La *tercera*, ofrecer la sumisión de su voluntad a su eterno Padre, pidiéndole por sus méritos la consumación de todas sus gracias y el cumplimiento de todas sus voluntades.

Aunque con mortal repugnancia, no dejo de escribir, por obediencia, las gracias que Dios me ha hecho durante el tercero y cuarto año de religión.

El corazón de Margarita María escogido para ser un altar. — En una de las visitas con las cuales me honra Nuestro Señor me dijo: «Hija mía, ¿quieres darme tu corazón para que descanse en él mi amor paciente que todo el mundo desprecia? — Señor mío, Vos sabéis que soy toda vuestra, disponed de mí según vuestro deseo». Y añadió: «¿Sabes tú para qué fin te doy mis gracias con tanta abundancia? Para hacer de ti como un santuario donde el fuego de mi amor arda continuamente y para, que tu corazón sea como un altar sagrado al que no toque nada manchado. Lo he escogido yo para ofrecer a mi eterno Padre ardientes sacrificios, que aplaquen su justicia y rendirle infinita gloria, por la ofrenda que de mí mismo le harás en esos sacrificios, uniendo el de tu ser para honrar el mío».

Confieso que desde entonces sentía en mi corazón un fuego tan abrasador y tan violento que hubiera querido comunicarlo a todas las criaturas para que fuese amado mi Dios. Mientras se iba prolongando este estado, mi ocupación consistía en hacer lo que mi divino Maestro me había ordenado. Para esto me postraba con el rostro en tierra para rendir homenaje a su grandeza, ofreciéndole a mi eterno Padre y abismándome yo en mi nada.

Rigores de la santidad de justicia. — En otra ocasión me dijo este Soberano de mi alma: «Quiero ser tu todo, tu gozo y tu consuelo, pero seré también tu suplicio». Bien siento el efecto de estas palabras. Las que entre sus divinas perfecciones debían hacer efectivas sus promesas eran su *santidad de amor* y su *santidad de justicia*, y confieso que es difícil a una criatura explicar sus efectos. Lo cierto es que nunca he sentido nada tan doloroso como esa santidad de justicia, que se imprime en el alma de tan terrible manera, que querría precipitarse en medio de todas las penas imaginables e inmolarse para sufrir las de los condenados, antes que aparecer ante la santidad de Dios con un solo pecado.

Se asemeja el alma al aceite hirviendo, que penetra hasta la medula de los huesos y deja el cuerpo tan insensible a todos los otros dolores, que éstos le parecen más bien refrigerio que tormento. Y lo que encuentro aún más riguroso es la presencia de mi Soberano, cuando me favorece con ella en semejante estado. Tales son las impresiones de su pureza en el alma, que le es imposible a ésta soportarse a sí misma, al verse en tan abominable estado. Quisiera poder huir y esconderse, pero en vano; este Dios, lleno de amor, se complace viéndola en este estado, y la hace dar con aquello mismo de que huye. Y no es que quisiera ella, por nada del mundo perder de vista a su Amado, haciendo alguna acción que pudiera

desagradarle; antes sufriría mil muertes a vista de su indignidad. Repite a menudo con San Pedro: «¡Retiraos de mí, porque soy pecadora!» Muy lejos de desear verme libre de esta disposición tan dolorosa, hubiera querido aumentar a cada momento mis penas.

La santidad de amor. — No es menor el sufrimiento que produce la santidad de amor, bien entendido que todas estas penas producen los intensos sentimientos de gozo y de contento en el alma, que no es menos difícil explicarlos. Infunde en ella esta santidad de amor tan ardiente deseo de unirse con Dios, que no halla ya descanso, ni de día ni de noche; porque el lecho y la mesa le parecen un patíbulo adonde sólo va para ser crucificada; las conversaciones son un tormento para ella.

Dios se muestra constantemente al alma y le descubre los tesoros con que la enriquece y el amor ardiente que hacia ella siente, así como la poca correspondencia que de ella recibe. Le insta, por otra parte, su amor tan vivamente a amarle, que sólo el divino Autor de estas operaciones podría explicarlas. Entonces ya no tiene el alma ni intereses, ni deseos, ni anhelos más que por su único amor. Todo lo demás le parece superfluo o inútil.

La discípula amada del Corazón de Jesús. — Se me presentó una vez el Señor y me descubrió su amoroso Corazón: «**He aquí el Maestro que te doy, el cual te enseñará todo lo que debes hacer por mi amor. Por esto serás tú su discípula amada**». Sentí con esto un gozo indecible y no sabía cómo dar gracias a mi Libertador. Me encuentro tan entregada a este Divino Maestro de amor, que ya me es imposible recurrir a ningún otro en mis necesidades, grandes o pequeñas.

En todos mis ejercicios estaba siempre postrada en espíritu a, sus pies, cuando no podía hacerlo también con el cuerpo, para desagradarle de todas las injurias que recibe de los corazones que le están consagrados. Estaba en su presencia como una discípula muy amada de su Corazón y era éste mi lugar de reposo y de retiro y mi fortaleza en mis debilidades, cuando me encontraba agobiada por la pena y el dolor que me causaba su santidad de justicia, la cual me conducía a dos pasos de la muerte.

Al verme en tal extremo me decía Él: «**Ven a descansar para sufrir con más ánimos**». Tan abismada me sentía con esto en aquel horno de amor, que ya no pensaba más que en amarle, sintiéndome tan viva y fuertemente impulsada a hacerlo, que parecía iba a separarse mi alma de mi cuerpo. Y tan fatigado quedaba éste, que no me era posible dar un paso. Tenía que hacerme continua violencia por temor de que lo notaran. Me parecía que la tranquilidad de la noche, me había de servir únicamente para gozar de los abrazos y amorosas conversaciones de mi divino Esposo. Con Él, las horas me parecían momentos. Cuando siento mis fuerzas agotadas le llamo en mi auxilio, diciéndole: «¡Vos sois mi fuerza y mi sostén!» Y me ha hecho experimentar sensiblemente que lo es.

Asiduidad de la Santa ante el Santísimo Sacramento. — Como todo mi consuelo lo tengo en el Santísimo Sacramento, pasaba en su presencia todo el tiempo libre. Nuestro Señor me instaba tanto para que fuese a encontrarle allí, que cuando resistía me era muy difícil explicar lo acerbo de mis padecimientos, los cuales se recrudecían cuando me era forzoso ausentarme de allí, obligada por la obediencia que me llamaba a otra parte.

Tan vivo era mi dolor, que parecía me arrancaban el corazón. Al salir de la oración decía: «Oh Jesús mío, ya no puedo permanecer en vuestra presencia; preferiría la muerte antes que separarme de Vos por el pecado. Venid conmigo para santificar cuanto haga, puesto que todo lo haré por Vos». Y le estrechaba contra mi corazón como Él me había enseñado a hacerlo para estar contenta en todas partes.

Me dijeron un día que era una singularidad estar en el coro más tiempo que las demás [y aparecer más devota que las otras]. Resolví quedarme en la celda, mas no tuve valor para hacerlo. Después de haberme resistido algún tiempo, me vi obligada a dejar lo que tenía entre mis manos para ir con Él, que me llamaba. Y al ir me dijo Él con voz irritada: «**Sábetete que si te retiras de mi presencia, te lo haré sentir de veras y a todas las que sean causa de ello. Yo les ocultaré mi presencia y no me hallarán cuando me busquen**». Resolví al momento no preocuparme más de lo que dijeran.

Tiene que desagraviar a Nuestro Señor por una persona que le recibe mal dispuesta. — Un día, mientras me preparaba para comulgar, oí una voz que me decía: «**Mira, hija mía, el maltrato que me da esa alma que acaba de recibirme. Ha renovado todos los dolores de mi Pasión**». Poseída yo de temor y de valor, me arrojé a sus pies para regarlos con lágrimas que no podía contener y le dije: «Señor mío y Dios mío, si sirve mi vida para reparar esas injurias, aunque las que recibís de mí sean mil veces mayores, heme aquí, soy vuestra esclava, haced de mí cuanto os plazca».

«**Quiero –me replicó Jesucristo– que cuantas veces te dé a conocer el maltrato que recibo de esa alma, te postres tú al recibirme a mis pies para desagraviar mi amor; ofrecerás a este fin a mi eterno Padre el sacrificio sangriento en la Cruz, así como todo su ser, para rendir homenaje al mío y reparar los ultrajes que recibo en ese corazón**». Muy sorprendida quedé al oír decir semejantes palabras de un alma que se acaba de lavar con la sangre preciosa de Jesucristo.

Pero oí de nuevo la misma voz que me decía: «**No es que esté actualmente en pecado esa alma, pero sí aficionada a él; esta afición no ha salido de su corazón, lo cual aborrezco más que el acto mismo de pecar, porque esto es aplicar mi sangre a una carroña. Pues cierto es que la afición al mal es la raíz de toda**

corrupción, incapaz por lo mismo de producir ningún fruto bueno». Mucho sufrí al oír estas palabras y pedía sin cesar misericordia a Nuestro Señor, hasta que me dijo un día de Pascua, después de haberle recibido: «He oído tus gemidos y he inclinado mi misericordia sobre esa alma». Mucho me consolé con esto.

Lleva el peso de la santidad de justicia por un alma a quien Nuestro Señor estaba ya para herir. — Al salir de la oración, para ir a cortar el pan (*era Margarita refitolera*) de las esposas de mi Amado, me seguía Él con una pesada carga que quería poner sobre mis hombros y bajo cuyo peso habría ciertamente sucumbido si no fuera Él mi fortaleza, y me dijo: «¿Quieres soportar el peso de mi santidad de justicia que esto y dispuesto a descargar sobre esa religiosa?», y me la mostró. Me arrojé en el acto a sus pies, y le dije: «Consumidme hasta la médula de los huesos antes que perder a esa alma que tanta sangre os ha costado... No perdonéis mi vida, la sacrifico a vuestros intereses».

Me levanté del suelo cargada con un peso tan abrumador, que apenas podía arrastrarme, y me sentí abrasada de un fuego tan ardiente, que me penetraba hasta la médula de los huesos. Tuve que dar con mi cuerpo en cama y sólo Dios sabe lo que entonces sufrí. Eran grandes mis males y se acrecentaban con los remedios que me daban y con el excesivo cuidado que de mí tenían. Por mi parte, hubiera deseado yo verme abandonada de todas las criaturas para ser semejante a mi amor crucificado.

Grandes ansias de la Sagrada Eucaristía y temor de ser indigna de recibirla. — Sentía tan grandes ansias de recibirle que, no sabiendo qué hacerme, me desahogaba con las lágrimas de mis ojos. Sólo servía esto para, aumentar mi pena, que con frecuencia me la representaba el mismo Jesús, que era quien la causaba. Era semejante a la de las pobres almas del purgatorio que sufren la privación del soberano Bien.

No obstante aquel gran deseo de comulgar que me consumía, mi Divino Maestro me hacía ver lo indigna que era de albergarle en mi corazón. Nueva pena para mí tan intensa, como la anterior, que me impelía, a acercarme a Él. El temor de recibirle indignamente me hacía olvidar mis propios intereses en aras de los intereses de la gloria de mi Señor, y éstos me obligaban a desear mil veces verme humillada a los pies de Lucifer antes que servirle de templo en el que fuera deshonrado. Continuamente me atormentaban estos dos sufrimientos, y me veía obligada a pedir con frecuencia permiso para retirarme de la sagrada mesa, a pesar del hambre ardiente que me devoraba.

Cuando me sentía tan perpleja, antes de ir a hablar con nuestra Madre, me dirigía a mi Divino Maestro y le rogaba manifestase a mi guía su voluntad para que me ordenase lo que debía hacer. Cuando iba después a pedir licencia a mi Superiora para no acercarme a la sagrada mesa, ella, muy lejos de concedérmela, tan duramente me rechazaba y tanto me confundía echándome en cara mi poco

amor de Dios, que me retiraba yo toda avergonzada y sumisa a lo que de mí quisiera.

Nuestro Señor la cura para que pueda ir a comulgar. Pero la obligan a quedarse en la enfermería. — Algunas veces, mi Divino Maestro velaba el cuadro de mis miserias para descubrirme el de su amor; y entonces hubiera deseado que me permitiese recibirle en la sagrada Comunión, aunque para ello hubiera tenido que andar con los pies descalzos por un camino de llamas. Semejante dolor hubiera sido muy poca cosa comparado con el que me causaba aquella privación.

Uno de los días de la larga enfermedad que me aquejó, me sentí muy impulsada a ir al coro para comulgar. Me parecía que nunca se acabaría la noche. Mas como no podía sostenerme en pie, comprendí que era pretender lo imposible, si Aquél mismo que me atraía no me daba fuerza. En efecto, no tardó en socorrerme. Me pareció que, tocándome con la mano, me decía: «**¿Qué temes, hija de poca fe?; levántate y ven a buscarme**». Tan confortada me sentí con estas palabras que creí que había desaparecido todo mal.

Me levanté contra el parecer de la enfermera; ésta me hizo acostar de nuevo a pesar de la seguridad que le di de hallarme bien, y nuestra Madre me reprendió por el apego que tenía a mi propia voluntad. Nada le dije del motivo que me había impulsado a levantarme, temerosa de que fuese una imaginación mía y ella la tomara como cosa cierta.

Nuestro Señor quiere que honre el misterio de la Encarnación. — En un día de la Anunciación, una de las gracias que recibí de Nuestro Señor durante la oración fue darme a conocer que debía honrar sus abatimientos con veinticuatro *Verbum caro*, para honrar las horas que permaneció en el seno virginal de su santísima Madre, y me prometió que todos los que fueran fieles a esta práctica no morirían sin recibir los frutos de su Encarnación por medio de los santos Sacramentos.

Le espanta la Comunión indigna. — Me preguntó una vez, después de recibir la sagrada Comunión: «**Hija mía, ¿qué preferirías: recibirme indignamente y que después te diera mi paraíso, o bien privarte de la Comunión por verme más glorificado y que después de esta privación estuviese el infierno dispuesto para tragarte?**» El amor hizo al instante su elección y respondió, diciendo con el mayor ardor de mi corazón: «Oh Señor mío, abrid esos abismos y veréis que el deseo de glorificaros me precipitará muy pronto en ellos».

Tan grande era la pena que sentía de que este Pan de vida fuese comido indignamente, sobre todo desde que me dio a conocer el mal trato que recibía de un alma, donde le vi como atado, pisoteado y despreciado, mientras con triste voz me decía: «**¡Mira cómo me tratan los pecadores!**» Otra vez me mostró en qué postura estaba en un corazón que se resistía a su amor. Tapados los sagrados oídos con las manos y cerrados los ojos, protestaba: «**No escucharé lo que me**

dice ni miraré su miseria, para que no se conmueva mi Corazón y quede insensible para él, como el suyo está insensible para mí».

El libro de la vida. — Estaba cierto día haciendo la lectura para prepararme a la *junta* después de vísperas, y se presentó delante de mí mi Amado y me dijo: «Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde se contiene la ciencia del amor». Y descubriéndome su sagrado Corazón me hizo leer en él estas palabras: «Mi amor reina en el sufrimiento, triunfa en la humildad y se goza en la unidad». Tan vivamente se imprimió esta lección en mi espíritu, que jamás la he podido olvidar.

Amenazas contra el «pueblo escogido». — Otra vez se me presentó cubierto de llagas, con el cuerpo todo ensangrentado, el Corazón desgarrado de dolor, y como muy cansado. Me postré a sus pies, poseída de temor y sin atreverme a decir nada, y Él me dijo:

«Mira a qué estado me reduce mi pueblo escogido; el que había yo destinado para aplacar mi justicia me persigue secretamente. Si no se enmienda, le castigaré con severidad. Retiraré a los justos e inmolaré a los demás a mi justa cólera que se armará contra ellos». No me es posible decir lo que esto me hizo sufrir. Le puse delante su amor paciente, una sola de cuyas miradas era capaz de calmar su enojo.

El «jardín delicioso». Margarita escoge el ramillete de mirra. — Me hallaba yo en otra ocasión en una dolorosa agonía, cuando me favoreció el Señor con su visita y me dijo: «Entra, hija mía, en este jardín delicioso, para reanimar tu alma lánguida». Vi que el jardín era su sagrado Corazón, en el cual la diversidad de las flores era tan amable, cuanto admirable era su hermosura.

Después de haberlas contemplado sin osar tocarlas, me dijo: «Ya puedes coger las que quieras». Me arrojé a sus pies y le repliqué: «¡Oh divino amor mío!, no quiero otras flores que a Vos mismo, que sois para mí un ramillete de mirra que quiero llevar continuamente entre los brazos de mis afectos. — Has escogido bien —repuso—, porque todas las demás flores son pasajeras y no pueden durar largo tiempo en esta vida mortal sin marchitarse. Sólo la mirra que has escogido puede conservar su belleza y su olor, y esta vida presente es su estación; no se da en la eternidad, allí muda de nombre».

Es preciso recibir la cruz con agrado. — No sé cómo una esposa de Jesús crucificado puede dejar de amar la cruz, huir de ella y aun despreciarla, puesto que al proceder así huye de Aquél que la llevó por nuestro amor y aun la hizo objeto de sus delicias. No podemos amarle a Él sino en cuanto amemos su cruz.

Me dio a conocer que todas las veces que al encontrarme con la cruz, la pusiese por amor en mi corazón, otras tantas le recibiría a Él y sentiría en mi corazón su

presencia y me acompañaría a todas partes. Éste es el verdadero carácter de su amor. Tuve esta visión después de comulgar.

Nuestro Señor no quiere que sea Margarita piedra de escándalo. — Nada me parece tan horrible en la Casa de Dios como una religiosa voluntariosa. Para aumento de penas me ordenó Nuestro Señor que dijese a mi Superiora que no debía yo tener otras singularidades que los sufrimientos; que no quería Él que fuese piedra de escándalo y que los que tropezasen en ella se herirían vivamente y la herida sería muy doloroso. «No por tu causa –añadió la voz–, sino a causa de mi espíritu que habita en ti».

Su corazón ha de ser como la lámpara del santuario. — Pedía en cierta ocasión a Nuestro Señor que nunca saliese mi corazón de su presencia, y un día me dijo al hacer la genuflexión: «Te vas, pues, sin corazón, porque el tuyo no volverá a salir de aquí; lo llenaré con un bálsamo precioso que mantendrá sin cesar en él el fuego de mi amor. La buena voluntad será la mecha que no se consume nunca. Todo cuanto puedas hacer y sufrir con mi gracia, debes meterlo en mi corazón para que se con vierta en este bálsamo que será el aceite de la lámpara, a fin de que todo se consuma allí en el fuego de mi puro amor».

Procuraba yo hacer lo que me había enseñado. «Hija mía –me dijo–, tanto me complazco en ver tu corazón, que quiero ponerme yo mismo en su lugar y servirte de corazón». Se hizo esto de un modo tan sensible, que no me fue posible dudar del hecho. Me dio desde entonces su bondad tan franca entrada a su grandeza, que no me es dado explicarlo. «¿Has perdido acaso en el cambio que has hecho conmigo dándomelo todo? –me dijo Nuestro Señor–. Cuida tú de llenar la lámpara y yo encenderé el fuego».

La corona de la Santísima Virgen. — He sentido vivamente los efectos de la protección de la Santísima Virgen. El día de su triunfante Asunción me hizo ver una corona que se había formado con todas sus santas hijas, que iba [bajo su protección y] en su seguimiento, diciéndome que quería presentarse adornada con ellas ante la Santísima Trinidad. Pero me añadió también que había sentido gran tristeza porque, queriendo separar de la tierra las flores con que había adornado su cabeza, se encontraron apegadas a ella, quedándole sólo quince, cinco de las cuales fueron recibidas para esposas de su Hijo.

Me dio a entender con esto cuánto importa el que un alma religiosa esté desprendida de todo y aun de sí misma para que su conversación esté en el Cielo.

El Sagrado Corazón, manantial de agua viva. — En otra ocasión me mostró la Santísima Virgen al Sagrado Corazón de Jesús como un manantial de agua viva, en donde había cinco caños por los cuales corría gustosamente hacia cinco corazones de esta comunidad, por Él escogidos para llenarlos con aquella divina

abundancia. Había otros cinco debajo que recibían también mucha, pero que por su culpa dejaban escapar aquella agua preciosa.

Se me mostraron otra vez cinco corazones que su Corazón amoroso estaba dispuesto a rechazar porque ya no podía mirarlos sino con horror. Lejos de desear saber yo quiénes eran, pedí por el contrario no saber nada. No podía menos ante semejante cuadro de derramar abundantes lágrimas y clamar: «Bien podéis, Dios mío, destruirme y anonadarme, pero no os dejaré hasta que me hayáis concedido la conversión de esos corazones». Mucho tuve que sufrir, sin embargo, antes de conseguirlo. No es más horrible el infierno que un alma privada de amor. (Véase *Fragmentos*, V.)

Nuestro Señor sufre violencia en la Eucaristía. — Una vez que iba acompañando yo al Santísimo Sacramento que llevaban a una enferma, vi que esta infinita Bondad se volvía al lado opuesto adonde le llevaban, mientras decía al que le llevaba en sus manos: ¡No me forcéis más; me están violentando! ¡Ah!, cuánto hubiera deseado yo que todos los presentes oyeran aquella penetrante voz: ¡cómo se hubieran conmovido! A mí me hizo derramar muchas lágrimas. Entonces se me presentó Jesús y me dijo: «Déjame descansar en tu corazón para consolarme de la violencia que he querido sufrir por mi amor».

Participa en el misterio de la Crucifixión. — Un día sentí en la oración un vehemente deseo de sufrir algo por Dios, al considerarle en el árbol de la Cruz, mientras Él me tenía fuertemente abrazada, y me dijo con amor: «Recibe, hija mía, la cruz que te doy y plántala en tu corazón; tenla siempre delante de tus ojos y llévala entre tus brazos. Los más rigurosos tormentos que te causará serán desconocidos y continuos: un hambre insaciable, una sed que no podrás apagar y un ardor que no hallará refrigerio».

Como no acertaba yo a comprender estas palabras, le supliqué: «Dadme, Dios mío, a entender qué queréis que haga». «Tenerla dentro de tu corazón quiere decir que es preciso que todo en él esté crucificado; tenerla delante de tus ojos, que has de estar crucificada en todas las cosas; y llevarla entre tus brazos, que debes abrazarla amorosamente cuantas veces se te presente, por ser la prenda más preciada de mi amor que puedo darte en esta vida. Esa hambre continua de sufrimientos será para honrar la que tenía yo de sufrir para glorificar a mi eterno Padre. La sed, sed de mí y de la salvación de las almas, en memoria de la que padecí yo en el árbol de la cruz».

Práctica piadosa para los viernes en honor de la Pasión. — Un viernes sentí durante la Santa Misa ardiente deseo de honrar los padecimientos de mi Esposo crucificado. Me respondió Él amorosamente que deseaba que todos los viernes viniera a adorarle treinta veces sobre la cruz, que es el trono de su misericordia; que me postrara humildemente a sus pies y procurara estar allí haciendo míos los afectos de la Santísima Virgen durante la Pasión y ofreciéndolos al eterno Padre,

junto con los sufrimientos de su divino Hijo, para pedirle la conversión de todos los corazones endurecidos e infieles que se resisten a las inspiraciones de la gracia.

Añadió que se manifestaría propicio en la hora de la muerte a los que practiquen esto fielmente.

Unirse a las disposiciones de la Santísima Virgen, en la Misa, en la Comunión y en la oración. — En otra ocasión me enseñó tres disposiciones que debía llevar a tres de mis principales ejercicios espirituales. El primero, la *Santa Misa* que debía oír con las mismas disposiciones que tenía la Santísima Virgen al pie de la cruz, rogándole en calidad de esclava suya que nos obtenga alguna participación en los méritos del sacrificio, pasión y muerte de su divino Hijo y pidiéndole la misma gracia en las estaciones que haga al pie de la cruz. En la *sagrada comunión* debo pedir las disposiciones que tenía en el momento de la Encarnación, procurando, por medio de su intercesión, penetrarme de ellas lo más posible, diciendo en unión suya: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra». Y en la *oración* debo ofrecer las disposiciones que tenía la Santísima Virgen cuando fue presentada en el templo.

San Francisco de Sales visita los monasterios de la Visitación. Santa Chantal reprende las faltas que en ellas se cometen e indica que el remedio está en el Sagrado Corazón de Jesús. — Estando en presencia del Santísimo Sacramento, el día de San Francisco de Sales (*año 1687*), me pareció que este bienaventurado Padre, acompañado de nuestra digna M. Chantal, me decía distintamente: «Dios me ha mandado visitar todos los monasterios del Instituto, diciéndome que todas aquellas religiosas a quienes reconozca yo por mis verdaderas hijas, serán recibidas por Él como legítimas esposas.

» Para cumplir esta orden no he hecho más que visitar los corazones de las superiores, en los cuales deben estar encerrados todos los de las Hijas de la Visitación. Buenas o malas, las Superiores representan la persona de Jesucristo y todas las que se separen de ellas se apartarán igualmente de Él. Hay una Comunidad que me ha causado mucha alegría por no haber encontrado en ella más que tres, y en otra cinco, que no hayan sido contadas en el número de mis hijas. Otra Comunidad, en cambio, me proporciona gran dolor, pues no he podido reconocer como mías a la tercera parte.»

La digna M. Chantal dijo, por su parte, que todo el mal procedía de la falta de sencillez, pues habían decaído en la práctica de esta virtud y que los muros que se apartan de sus cimientos caen pronto por tierra. «¡Me llegaba tan al alma – añadió nuestra Madre–, cuando aun vivía entre ellas, ver a una hija de la Visitación faltar a la sencillez! Hubiera sentido menos que me dieran una puñalada en el corazón ... Que haga cada Superiora cuanto esté de su parte por

restablecer esta querida virtud y también la humildad. Y si no se nota pronto la enmienda, Dios la visitará severamente».

Rogué a nuestra Fundadora que me diese a conocer en qué se falta más particularmente: «Es –me dijo– que se dicen las culpas con disimulo, de donde resulta que se acusan injustamente. Cada cual se justifica acusando a las demás; y, en una palabra, buscan la propia gloria y no la de Dios. Las que así proceden se hacen objeto de las burlas del demonio, quien después de llenarlas del viento de la propia estima, las mira como vasos vacíos, buenos sólo para servirle de juguete. La curiosidad causa también gran perjuicio, porque la religiosa que anda indagando curiosamente los defectos de las demás, cae en la ceguera de Dios y de sí misma».

Terminó por fin esta digna Madre con las palabras siguientes: «Las verdaderas Hijas de la Visitación no deben regocijarse más que en la Cruz, ni gloriarse más que en las humillaciones, puesto que sólo por la Cruz han de alcanzar victoria. Hay que cortar a cercén toda pretensión de hacer más o menos [que lo que prescriben nuestras Reglas]. El medio más eficaz que tenemos para levantarnos de nuestras caídas es el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y nuestro santo Fundador lo ha obtenido para nuestro Instituto, para que no sucumba bajo las astucias de un espíritu extraño, lleno de orgullo y ambición, que sólo pretende renegar del espíritu de humildad y sencillez que es el fundamento de este edificio. Satanás está empeñado en derribarlo, mas no lo conseguirá, teniendo como tiene a este Sagrado Corazón por defensor y por sostén».

Respuesta para una persona que había encomendado un asunto a las oraciones de la Santa. — Sucedió una vez, que me ordenaron que rogase por una intención que no me especificaron. Me hallaba yo en la oración, sin pensar en semejante cosa; y mi Dios, que me tenía íntimamente unida a sí, hizo un gran silencio en mi interior para hacerme oír su voz divina y comenzar a poner en práctica la promesa que me había hecho de cuidar de cuanto encomendasen a mis indignas oraciones.

Así, pues, después de haberme dado a conocer su voluntad sobre otro asunto, añadió en seguida que debía decir a la persona que me había encomendado éste, que no se preocupara; que su mano liberalísima recompensaría todo el celo que ella tenía por la gloria de su santísimo nombre; que perseverase en este celo y lo aumentase, porque no se le negaría su gracia, que debía recibir como venida de la mano de Dios y no de las criaturas; que, en fin, si miraba a éstas y dejaba cundiese el espíritu humano, pronto se metería la ambición, retiraría Dios entonces su gracia, su auxilio, y muy pronto correría el riesgo de perderse.

Nuestro Señor le da como «guardián fiel» a un espíritu celestial que la asiste continuamente. — Después de haber pasado algún tiempo en medio de grandes sufrimientos, vino Nuestro Señor a consolarme: «Hija mía –me dijo– no te aflijas,

pues quiero darte un custodio fiel que te acompañe a todas partes y te asista en todas tus necesidades exteriores e interiores, impidiendo que tu enemigo se aproveche de las faltas en que crea que te ha hecho caer por sus sugerencias, las cuales se tornarán en confusión suya».

Tal fuerza me comunica esta gracia, que me parece que ya nada tengo que temer, porque este fiel custodio de mi alma me asiste con tanto amor, que me libra de todas esas penas. Pero no le veía más que cuando mi Señor me ocultaba su propia presencia sensible, para abismarme en los dolores rigurosísimos de su *santidad de justicia*. Entonces era cuando me consolaba aquel ángel con su trato más familiar, hasta decirme en una ocasión: «Quiero deciros, mi querida hermana, quién soy, para que conozcáis el amor que os tiene vuestro Esposo. Soy uno de los siete espíritus que están más próximos al trono de Dios y que más participan de los ardores del Sagrado Corazón de Jesucristo, y mi designio es comunicároslos en cuanto seáis capaz de recibirlos».

En otra ocasión me dijo que no había nada que estuviese más sujeto a ilusión y engaño que las visiones; y que por este medio el demonio había seducido a muchos, disfrazándose de ángel de luz para comunicarles mil falsas dulzuras. Me añadió que a menudo procuraría ocupar el enemigo su lugar para sorprenderme, pero que le ahuyentaría yo con sólo decir para no ser engañada: *Per signum crucis*, y lo demás del versículo.

«Cuidad mucho –me advirtió en otra ocasión– de que ninguna de las gracias y caricias familiares que recibís de nuestro Dios os hagan olvidar lo que Él es y lo que sois vos, pues de otro modo yo mismo procuraría anonadaros».

Se empeñaron una vez, en que había de intervenir en el arreglo de un matrimonio. En seguida le vi postrarse con el rostro en tierra, con lo que fue imposible contestar a lo que me decían. Le pregunté la causa de semejante incapacidad, y me dijo que esta clase de negocios era tan aborrecible en el corazón de una esposa de Jesucristo y que de tal modo las detestaba Él, que se postró en su presencia para pedirle perdón.

Cuando mi Señor me honraba con su divina presencia, no veía ya a mi santo ángel. Le pregunté la causa, y me dijo que durante todo aquel tiempo estaba él postrado con profundo respeto, rindiendo homenaje a esta grandeza infinita, que se abajaba hasta mi pequeñez; y en efecto, así le veía cuando mi divino Esposo me favorecía con sus amorosas caricias.

Siempre le encuentro dispuesto a asistirme en mis necesidades y nunca me ha rehusado cosa que le haya pedido. Un día en que se había apartado de mí mi santo ángel, cometí una falta de fragilidad y luego oí interiormente estas palabras: «Yo soy quien lo he querido así para que, haciendo penitencia, me representes a Aquél en quien me complazco, sumergido en el mortal dolor de su

agonía del Huerto de los Olivos, y me lo ofrezcas continuamente, uniéndote a Él para satisfacer mi justo deseo».

Alivia el alma de una religiosa que estaba en el purgatorio. — Una vez vi en sueños a una religiosa fallecida mucho tiempo antes, y me dijo que padecía mucho en el purgatorio, pero que Dios le acababa de hacer [sentir un dolor muy superior a todos los otros dolores] la vista de una de sus próximas parientas precipitada en el infierno.

Me desperté al oír estas palabras, en medio de tan grandes sufrimientos, que me pareció me había comunicado los suyos, y sentí mi cuerpo tan quebrantado, que no podía moverme sin gran trabajo; sentía una carga insoportable sobre mis espaldas. Como no debemos creer en sueños, no hacía mucho caso de éste, pero ella me instaba tanto, que no me permitía ni un momento de reposo: «Rogad a Dios por mí –me decía continuamente–; ofrecedle vuestros sufrimientos, unidos a los de Jesucristo, para aliviar los míos. Cededme todo cuanto hagáis hasta el primer viernes de mayo, en que comulgaréis por mí».

Así lo hice con licencia de mi Superiora. Pero mi sufrimiento se aumentó de tal modo, que me abrumaba sin poder hallar alivio ni reposo. Me retiré por obediencia a descansar; mas no bien me metí en la cama, cuando me pareció verla a mi lado y decirme: «Tú estás ahí en tu cama muy a gusto; pero mírame a mí acostada en un lecho de mallas, en donde sufro penas intolerables». Me mostró, en efecto, aquel lecho horrible que me hace estremecer cuantas veces lo recuerdo. Estaba lleno por debajo de puntas agudas e incandescentes que le penetraban en la carne. Justo castigo de su pereza y negligencia en la observancia de sus Reglas y de su infidelidad para con Dios.

«Me desgarran –añadió– el corazón con peines de hierro candente, lo que constituye mi mayor dolor, por los pensamientos de murmuración y desaprobación contra mis Superiores, en que me detuve; mi lengua [que siento como si continuamente me la arrancaran] está comida por los gusanos en castigo de las palabras que he dicho contra la caridad. Tengo la boca toda ulcerada por mi falta de silencio [y los labios hinchados y carcomidos de úlceras]. ¡Ah, cuánto desearía que todas las almas consagradas a Dios pudieran verme en tan terrible tormento! ¡Si pudiera hacerles sentir la magnitud de mis dolores y de los que están preparados a las que viven con negligencia en su vocación, sin duda que caminarían con más fervor por el camino de la exacta observancia y cuidarían de no caer en las faltas que a mí me producen tan terribles tormentos!»

Yo me deshacía en lágrimas al oírla. Quisieron darme algunos remedios, pero ella me dijo: «¡Mucho piensan en aliviar tus males, pero nadie piensa en aligerar los míos! ¡Ay!, un día de exactitud en el silencio de toda la Comunidad, curaría mi boca ulcerada. Otro pasado en la práctica de la caridad, sin hacer ninguna falta

contra ella, curaría mi lengua; y otro en que no se dijese ninguna palabra de crítica ni de desaprobación contra la Superiora, curaría mi corazón desgarrado».

Ofrecí por esta alma la comunión que me había pedido y me dijo que sus horribles tormentos habían disminuido mucho, porque había ofrecido por ella una Misa en honor de la Pasión, pero que estaría aún mucho tiempo en el purgatorio, donde sufría las penas debidas a las almas tibias en el servicio de Dios. Yo me vi libre de las mías, las cuales me había dicho que no disminuirían hasta que ella recibiese algún alivio.

San Francisco de Asís, director de la sierva de Dios. — ¡Viva Jesús! Un día de San Francisco (*4 de octubre de 1673*) durante la oración, Nuestro Señor me hizo ver a este gran santo revestido de luz con un resplandor incomprensible y elevado a tan alto y eminente grado de gloria, por encima de todos los demás santos, a causa de la semejanza que había tenido en vida con la vida paciente de nuestro divino Salvador, vida de nuestras almas y amor de nuestros corazones. Y también por el amor que había tenido a su sagrada Pasión; tan grande, que había impulsado a este divino amante crucificado a grabarse en él por la impresión de sus sagradas llagas.

Llegó a ser con esto uno de los predilectos más favorecidos de su Sagrado Corazón, el cual le dio gran poder para alcanzar la eficaz aplicación de los méritos de su Sangre preciosa, y le hizo, en cierto modo, distribuidor de este divino tesoro. Le dio también mucho poder para aplacar a la divina justicia, cuando irritada ésta contra los pecadores [presta a castigarlos], se ofrece a la cólera divina de un Dios enojado, como si fuese otra reproducción de sí mismo dentro de su Hijo crucificado. Muchas veces consigue que por amor del mismo Jesús ceda el rigor de la justicia a la dulce clemencia de su misericordia.

Muy particularmente se ofrecía por los religiosos relajados en la observancia regular, por los cuales, postrado en tierra, gemía sin cesar; sobre todo a causa de ciertos desórdenes que tu vieron lugar en una Orden, que hubiera sufrido enormes castigos sin la intercesión de este gran santo, tan favorecido de Dios. Después de haberme dado a conocer todo esto, el divino Esposo de mi alma me lo dio por director, como prenda de su divino amor, para que me guíe por entre las penas y sufrimientos que me acaecieron.

Nuestro Señor le revela algo de su agonía en el Huerto de los Olivos y quiere que se ofrezca como víctima. — Como considerase cierto día atentamente, durante la oración [al único objeto de mi amor], mi Salvador en el Huerto de los Olivos, sumergido en la tristeza y agonía de un dolor rigurosamente amoroso, y me sintiese al mismo tiempo muy apremiada del deseo de participar de sus dolorosas angustias, me dijo con mucho amor: «Aquí fue donde sufrí [interiormente] más que en todo el resto de mi Pasión, al sentirme abandonado por completo del cielo y de la tierra y cargado con todos los pecados de los

hombres. Comparecí ante la santidad de Dios, el cual, sin tener en cuenta mi inocencia, me hirió en su furor y me hizo beber el cáliz que contenía toda la hiel y amargura de su justa indignación, como si se hubiera olvidado del nombre de Padre, para sacrificarme a su justa cólera. No hay criatura alguna capaz de comprender la magnitud de los tormentos que entonces sufrí. Fue un dolor semejante al que siente el alma criminal cuando se presenta ante el tribunal de la santidad divina, la cual hace sentir su pesadumbre sobre ella, la estruja, la oprime y la obliga a abismarse en su justo furor».

Y añadió a continuación: «Mi justicia está irritada y dispuesta a castigar con castigos manifiestos a los pecadores ocultos, si no hacen penitencia; yo te daré a conocer cuándo está dispuesta mi justicia a lanzar sus rayos sobre esas cabezas criminales. Y será cuando sientas sobre ti el peso de mi santidad; debes elevar entonces tu corazón y tus manos al cielo con oraciones y buenas obras y presentarme continuamente a mi Padre como víctima de amor inmolada y ofrecida por los pecados de todo el mundo.

Y debes colocarme como baluarte y fuerte seguro entre su justicia y los pecadores a fin de obtener misericordia, en la cual te sentirás envuelta cuando quiera yo perdonar a alguno de ellos. Debes entonces ofrecerme a mi eterno Padre como el único objeto de sus amorosas complacencias en acción de gracias por la misericordia que ejerce con los pecadores. Conocerás también cuándo dicha alma persevera en el camino del cielo, porque te haré participar [un poquito] del gozo que con ello reciben los bienaventurados; y todo por la comunicación de mi puro amor.»

Otra vez la santidad de justicia. — Poco tiempo después, en el primer retiro que hice después de mi profesión (*otoño de 1673*), durante los dos o tres primeros días, la *santidad de justicia* tan duramente cargó sobre mí, tan fuertemente se me imprimió, que me incapacitaba para hacer oración y para soportar el dolor interior que sentía, si el mismo poder que me hacía sufrir no me hubiese sostenido.

Sentía tal desesperación y dolor al comparecer ante mi Dios, que hubiera preferido mil veces abismarme, destruirme y anonadarme, si hubiera podido hacerlo, juzgándome indigna de aparecer ante esa presencia divina. Ni un momento podía apartarme de ella, porque me perseguía en todas partes como si fuera yo una criminal presta ya a recibir su condenación. Todo, sin embargo, con tanta sumisión al divino querer de mi Dios, que estoy dispuesta a recibir todas las penas y dolores que le plazca enviarme y con el mismo amor y contento con que recibiría la suavidad de su amor.

La Santísima Virgen pone al Niño Jesús en sus brazos. — Durante unos ejercicios me favoreció con su visita mi santa Libertadora, que traía a su divino Hijo en sus brazos y le puso en los míos pidiéndome: «[He aquí el que viene a enseñarte lo](#)

que debes hacer». Me sentí penetrada de vivísimo gozo y ardiente deseo de acariciarle, y Él me dejó hacer cuanto quise.

Después de cansarme hasta no poder más, me dijo: «¿Estás contenta ya? Que esto te sirva para siempre: porque quiero que estés abandonada a mi poder, como has visto que lo he hecho yo. Ya sea que te acaricie o que te atormente, no has de tener otros sentimientos sino los que yo te dé». Desde entonces me hallo en una dichosa impotencia para resistirle.

Ve Margarita su corazón entre los Corazones de Jesús y de María. — Era un día de la fiesta del Corazón de la Santísima Virgen, cuando después de comulgar me mostró Nuestro Señor tres corazones, siendo pequeñísimo y casi imperceptible el que estaba en medio.

Los otros dos eran en extremo luminosos y resplandecientes, pero uno sobrepujaba al otro de un modo incomparable. «Así es como mi puro amor –oí claramente– une estos tres corazones para siempre». Y los tres se fundieron en uno. Esta visión me duró mucho tiempo, e imprimió en mí tales afectos de amor y de gratitud, que me sería difícil explicar.

Desaparece el Corazón de Jesús en el de Margarita. — Un viernes, después de la sagrada Comunión, me dijo Nuestro Señor: «Hija mía, te he hecho hoy una gracia tan grande, que no conocerás toda su extensión hasta la hora de la muerte». Algún tiempo después me dio una pequeña muestra de la misma durante la oración. Vi una luz que salía de la llaga de su adorable Costado y se lanzaba a mi corazón. Sentí al mismo tiempo vivísimo ardor y oí que me decía: «De este modo mi amor se derrama continuamente en el corazón que te he dado, y éste devuelve con otro derramamiento semejante los bienes a su manantial; esta gracia la recibirás continuamente». Pero no explico ahora los efectos que en mí se han seguido, porque me es imposible.

Se asocia a los Serafines. — Estaba ocupada un día en una labor común y me retiré a un rinconcito para estar más cerca del Santísimo Sacramento. Acostumbraba mi Dios hacerme allí muy señaladas gracias. Me daban guerra las otras religiosas por ir a aquel lugar y respondí con gran imprudencia que no volvería más. Pero tan apremiada me sentí a hacerlo, que no pude resistir.

Apenada por ello, fui a contárselo a la Superiora, la cual me respondió que no dejase de ir. Volví allá en efecto y vi una multitud de espíritus bienaventurados, los cuales me dijeron que estaban destinados a honrar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento; que si quería yo asociarme a ellos, me recibirían de buen grado, pero era preciso para esto comenzar a vivir su misma vida. Ellos me ayudarían cuanto pudiesen para hacerlo así y suplirían mi incapacidad de rendir a Nuestro Señor los homenajes de amor que desea de mí. Que era preciso en cambio que supliera yo su incapacidad de padecer y que así uniríamos el amor

paciente al amor gozoso. Y me hicieron leer nuestro pacto escrito en el Sagrado Corazón de Jesucristo. (V. *Autobiografía*, cap. VIII.)

Mi Dios, mi único y mi todo. — Me hallaba yo un día muy atormentada por el deseo de recibir a Nuestro Señor y le dije: «Enseñadme lo que queréis que os diga». «Nada más que estas palabras: ¡Mi Dios, mi Único y mi Todo!; ¡Vos sois todo para mí y yo toda para Vos! Ellas te librarán de toda clase de tentaciones, suplirán todos los actos que desearías hacer y te servirán de preparación a tus acciones».

Gracia recibida el día de la Ascensión. — Un día de la Ascensión íbamos al coro para honrar el momento en que Nuestro Señor subió al cielo. Estábamos ya en presencia del Santísimo Sacramento, cuando me encontré en tan gran quietud, que produjo en seguida en mí una ardiente claridad. Estaba dentro mi amable Jesús, el cual se acercó a mí y me dijo: «Hija mía, he escogido tu alma para que me sirva de cielo de reposo en la tierra y tu corazón como trono de las delicias de mi amor». Desde entonces todo mi interior quedó en plena tranquilidad y temía turbar el reposo de mi Salvador.

Es preciso dejarlo todo para hallar a Dios. — He aquí, alma mía, cómo puedes honrar a tu Dios: renúnciate a ti misma y anonádate con Jesucristo y por amor de Jesucristo. Hallarás así la vida en la muerte, la dulzura en la amargura y a Dios en la nada. Porque es preciso dejarlo todo para encontrarle a Él. Nuestro corazón está creado para Dios; y desgraciado de él si se contenta con algo menos que Dios o si se deja abrasar por otro fuego que el de su puro amor.

FRAGMENTOS

Trozos dispersos en los diferentes manuscritos. Algunos se refieren a hechos y favores redactados ya en otros lugares, pero que se cuentan aquí con nuevos pormenores. Probablemente son trozos, salvados del fuego, de los escritos compuestos por obediencia. Algunos párrafos quizá sean extractos de cartas. Bien merecen de todos modos, por haber brotado de la pluma de la Santa, que los reunamos aquí ne pereant, aunque hayamos de incurrir en alguna repetición.

FRAGMENTOS

I

Gracia recibida el día de San Francisco de Sales. — Un día de San Francisco de Sales (¿1687?), me puse a pedir a Nuestro Señor, por intercesión de este gran santo, las gracias necesarias para nuestro Instituto, particularmente la santa caridad y unión que él tanto deseaba para sus hijas. Muchas veces mi Señor desechó mi petición, pero yo le dije: «No, Dios mío; no os dejaré hasta que me hayáis concedido esta gracia, y mientras tenga voz y fuerzas las emplearé en pedíroslo». «Prometo oír tu petición –me respondió Él–, si hacen lo que ahora te ordeno. Que cada una examine diligentemente en su conciencia qué es lo que hay en ella que mayor obstáculo oponga a mi gracia. Uno de los mayores es ciertas envidiejas y celos recíprocos; una secreta frialdad que destruye la caridad y hace inútiles mis gracias. Algunas de ellas recibirán en este día los últimos socorros».

Mi santo Fundador añadió: *Una verdadera hija de la Visitación debe ser una hostia viva, a imitación de Jesucristo, inmolada a todos los designios de Dios, sacrificada por las Superiores o por las contrariedades ordinarias, sin tener cuenta jamás consigo misma, sino para destruir y apagar esas falsas luces, que no nos iluminan sino para hacernos caer en el precipicio. A todas las que no se mantengan en esta disposición no las contaré en el número de mis hijas.*

II

¡Viva † Jesús!

La Santísima Virgen, abogada de la Visitación. — Un día de la Visitación (¿año 1687?), pedía a mi Dios en presencia del Santísimo Sacramento algunas gracias particulares para nuestro Instituto. Pero hallé a esta divina Bondad inflexible a mis ruegos y aun me rechazó, diciéndome: «No me hables más de esto; están sordas a mi voz y destruyen el fundamento del edificio. Y si se imaginan que podrán levantarlo sobre otro fundamento diferente, yo me encargaré de derribarlo».

Entonces se me dejó ver la Santísima Virgen, rodeada de una multitud de espíritus bienaventurados que le tributaban homenajes y alabanzas, y tomó la defensa de nuestros intereses ante su divino Hijo enojado. Se postró en su presencia y le dijo estas tiernas palabras: «Descargad sobre mí vuestra justa cólera; éstas son las

hijas de mi Corazón, yo les serviré de manto de protección y recibiré los golpes que a ellas queréis asestar».

A lo que el Divino Salvador, con semblante dulce y sereno, le replicó: «Madre mía, os doy todo poder para repartir con ellas mis gracias como os plazca. Aun estoy dispuesto, por amor vuestro, a tolerar el abuso que de ellas hagan, despreciando mi espíritu de humildad y de sencillez. Este es el espíritu de las Hijas de la Visitación; pero en vez de estar escondidas en mí, que soy su amor crucificado, me persiguen con ese espíritu de orgullo que ha llegado a romper los lazos de la caridad y a dividir lo que yo había unido. Ahora bien; si os son más queridos sus intereses que los míos, podéis detener los rayos de mi justicia».

Por su parte, esta Reina de bondad, con amor más que maternal, le respondió: «No os pido más plazo que hasta la fiesta de mi Presentación; y durante este tiempo no perdonaré yo ni cuidados ni trabajos para conseguir que triunfe vuestra gracia, y para acabar con las pretensiones de Satanás, arrancándole la presa que cree tener ya en su mano». Me dirigí entonces a mi santo ángel para rogarle que ofreciese en mi nombre sus homenajes a mi divina Señora, y en extremo diligente vi, en efecto, que en el acto se postraba a sus pies, para ofrecer toda clase de gracias, honores y alabanzas a su grandeza. Mas al ver el enemigo que esta Madre de amor salía triunfante en todo lo que había pedido para nosotras, descontento y rabioso de despecho al ver frustradas sus esperanzas, tal torbellino levantó, que parecía iba a derribar nuestra iglesia.

Y al sentirse vergonzosamente arrojado por la Señora que a nosotras nos defendía, rasgó por dos veces las cortinas de nuestra reja, mientras decía con resonante acento: «Así querría yo derribar la Orden de la Visitación, si no estuviera sostenida por esa firme columna contra la cual nada puedo. Con todo, la afligiré cuanto pueda por el imperio absoluto que muchas me han dejado adquirir sobre sus corazones, y si ellas continúan poniéndose de mi parte, espero yo alcanzar victoria».

Algún tiempo después se presentó a mi espíritu la Santísima Virgen, que estaba como cansada y fatigada; tenía en sus divinas manos corazones llenos de llagas e inmundicias, y me dijo: «Mira; acabo de arrancarlos de las manos del enemigo que se divertía con ellos a su gusto, pero lo que aflige mi corazón maternal es que algunas se ponen de su parte y aun se vuelven contra mí y desprecian la ayuda que les ofrezco».

En otra ocasión, mientras se rezaba la Salve en su capilla, al llegar a estas palabras: *Advocata nostra*, respondió: «Sí, hijas mías, lo soy en efecto, pero con mucho mayor gusto lo sería si fueseis fieles a mi Hijo». Me hallé libre desde entonces de un deseo que me acosaba y me atormentaba casi continuamente: el de pedir a Dios las gracias de que he hablado, particularmente ese espíritu de caridad. Por él hubiera sacrificado yo de buena gana mil vidas, de haberlas tenido,

a fin de verle reinar en las comunidades. Una vez pasado todo lo referido, estuve hasta los ejercicios sin tener visión alguna.

Pero me sucedió el segundo día de mi retiro, que estando preparándome para confesarme en presencia del Santísimo Sacramento, me sentí de repente tan dolorida y confundida a vista de mis pecados, por los cuales he ultrajado tanto a mi Dios, que en cinco o seis horas que allí tuve la suerte de pasar, no cesé de llorar.

En seguida se me puso delante el puro Amor y me dijo: «¿Quieres, hija mía, sacrificarme las lágrimas que has derramado para lavar los pies de mi amada, que se ha manchado persiguiendo a un extraño? — ¡Ah, Señor mío!, ya os lo he sacrificado todo sin reservarme otros intereses ni otros anhelos en todo cuanto hago que los que sean del beneplácito de vuestro Sagrado Corazón».

Volvió a buscarme por segunda vez mi Amor y me halló reducida al mismo estado y me hizo la misma, petición, añadiendo que era en favor del alma de su amada que había caído en pecado, y deseaba salir de él. Repitió por tercera vez la demanda, y me dijo que su amada había entrado en un purgatorio para purificarse, y que iba a prestarle socorro porque tenía deseo de unirse a Él. Algún tiempo después me preguntó si sabía yo quién era.

Me dijo que era la Visitación, que no debía tener más que un corazón y un alma, y que el dicho purgatorio era la soledad (*de los ejercicios*), añadiendo: «Hija mía, dales este último aviso de mi parte: que cada una en particular piense en aprovecharse de la gracia que le presento por medio de mi Santísima Madre; porque las que no se aprovechen de ella, quedarán como árboles secos que ya no dan fruto. Podrán, sí, recibir alguna luz de mi santidad de justicia, la cual, iluminando al pecador, le endurece y le hace ver la mala disposición en que se halla, pero sin darle esperanza de alguna gracia triunfadora que le saque de ella, por lo cual cae en la desesperación o se torna insensible a su propia desgracia. Éste es uno de los castigos más rigurosos que mi santidad de justicia impone al pecador impenitente».

III

Se queja Nuestro Señor de la infidelidad del «pueblo escogido». — Un día, al levantarme de la cama, me pareció oír una voz que me decía: «El Señor se cansa de esperar; quiere entrar en sus graneros para cribar el trigo y separar el grano bueno del malo». No hice caso de semejante voz, ni me detuve (*a pensar en lo que podría significar*), aunque quedó impresa en mi espíritu. Por más que me esforzaba en apartarla de mí como una distracción impertinente, de tal manera

me preocupaba, que no podía hacer oración, fatigada como estaba por la lucha que sostenía mi espíritu.

Entonces sentí que caía sobre mí el peso de la santidad de Dios, como si fuera a anonadarme y me dejó sin movimiento alguno, para hacerme oír de nuevo claramente su voz. «Mi pueblo escogido me persigue secretamente y ha irritado mi justicia, pero yo manifestaré sus pecados secretos con castigos visibles, porque los cribaré en la criba de mi santidad para separarlos de mis amados. Y una vez separados, los rodearé de esa misma santidad que se pone entre el pecador y mi misericordia; y estando así rodeados por mi santidad les es imposible reconocerse; les queda sin remordimiento la conciencia, el entendimiento sin luz, el corazón sin contrición, y al fin mueren en su ceguedad».

Más; me descubrió su amoroso Corazón todo desgarrado y traspasado de heridas: «He aquí –me dijo– las heridas que recibo de mi pueblo escogido. Los otros se contentan con herir mi cuerpo; pero éstos atacan mi Corazón, que no ha cesado nunca de amarlos. Pero al fin mi amor cederá el lugar a mi justa cólera para castigar a esos orgullosos. Están apegados a la tierra y me desprecian a mí, para no amar sino lo que me es contrario; me abandonan por las criaturas; huyen de la humildad para no buscar sino la estima de sí mismos; les queda el corazón vacío de caridad y no tienen ya más que el nombre de religiosos».

No cesaba yo mientras tanto de pedir a mi Dios una verdadera conversión para todas aquellas almas contra las cuales estaba su justicia irritada y de ofrecer los méritos de la vida, muerte y pasión de su Hijo, mi Salvador Jesucristo, en satisfacción de las injurias que de nosotros había recibido, y aun me ofrecía yo a su divina bondad para sufrir todas las penas que le pluguiese enviarme, aunque fuera anonadada y arrojada en un abismo, antes que ver perecer esas almas que tan caras le han costado.

IV

Favor extraordinario. — Un viernes, después de recibir a mi Salvador, puso mi boca sobre su sagrado Costado, y me tuvo fuertemente abrazada por espacio de tres o cuatro horas, sintiendo yo tales delicias, que no me es dado explicarlas. Mientras tanto oía yo continuamente estas palabras: «Ahora ves que nada se pierde en manos del Omnipotente y que se halla todo gozando de mí». Y yo le respondía: «¡Oh amor mío!, por mi parte dejo de buen grado estos placeres extraordinarios para amaros por amor de vos mismo, ¡oh Dios mío!»; y se lo repetía cuantas veces renovaba Él estas divinas caricias.

La Hora Santa. — Por este mismo tiempo me dijo que todas las noches del jueves al viernes me levantase a la hora que Él me señalaría para rezar cinco *Pater* y

cinco *Avemarías* postrada en tierra, haciendo cinco actos de adoración que Él me había enseñado, para rendirle homenaje en la extrema agonía que Él sufrió la noche de su Pasión.

Perfecta sumisión a los superiores. — «Señor mío –le respondí–: bien sabéis que no soy dueña de mí y no puedo hacer más que lo que mi Superiora me ordene. Esa es precisamente mi intención, me dijo Nuestro Señor, porque por omnipotente que sea yo, nada pido de ti sin contar con tu Superiora. Escucha bien estas palabras de boca de la Verdad:

Todos los religiosos separados y desunidos de sus Superiores deben considerarse como vasos de reprobación en los cuales todo buen licor se trueca en corrupción; y al herirlos con sus rayos el divino Sol de justicia obra los mismos efectos que el sol cuando brilla sobre el barro. De tal modo rechaza a estas almas mi Corazón, que cuanto más procuran acercarse a él por medio de los sacramentos, oraciones y demás ejercicios, más me alejo yo de ellas, por el horror que me inspiran. Irán de infierno en infierno, porque esta desunión es la que ha perdido ya a tantas almas y perderá más cada vez, puesto que todo Superior, sea bueno o malo, ocupa mi lugar. De aquí es que cuantas veces quiere herirle a él el súbdito, otras tantas heridas mortales infiere en su propia alma. Después será en vano que gima a la puerta de mi misericordia; por mi parte no le escucharé a no ser que oiga yo la voz del superior».

Me fue mostrado entonces gran número de almas religiosas que, por haber tenido alguna desunión con sus superiores, se habían visto privadas del socorro de la Santísima Virgen y de los Santos y de la visita de sus Ángeles custodios, en medio de las terribles llamas del purgatorio. Algunas permanecerían en él hasta el día del juicio, sin otra señal de predestinación que la de no aborrecer a Dios. Otras había que, por haber vivido separadas de sus hermanos y no haber tenido con ellos unión ni caridad, se veían ahora privadas de sus sufragios y no recibían ningún auxilio.

Rigores de la divina justicia. — Me sentí en otra ocasión tan penetrada de la santidad de mi Dios, la cual había descargado sobre mí todo su peso, que me parecía no tener ya fuerza para resistir, y apenas pude decir estas palabras: «Santidad de Dios, ¡cuán temible sois para las almas criminales!»; y otras veces: «¡Dios mío y Señor mío!, sostened mi debilidad para que no sucumba bajo tan pesada carga, a causa de la enormidad de mis crímenes, por los cuales he merecido todo el rigor de vuestra justicia». A lo cual sólo me replicó estas palabras: «No te hago sentir más que una muestra insignificante de ella, porque las almas justas la soportan por temor de que caiga sobre los pecadores».

La vestidura de inocencia. — El día que hice la confesión anual, el Amado de mi alma se apoderó de mi corazón y de todas mis potencias, después de comulgar, y me dijo amorosamente: «Amada mía, yo tu Esposo, tu Dios y tu amor, vengo

para vestir tu alma con la vestidura de la inocencia, a fin de que no vivas sino de la vida del Hombre-Dios¹. Por esto simplificaré y purificaré todas tus potencias, para que no reciban ya ninguna impresión extraña. Te hago esta gracia en presencia de la Santísima Trinidad y de mi Santísima Madre. Si alguna vez llegas a perderla, no la recobrarás jamás y te precipitarás en un abismo tan profundo, por la altura del lugar donde te he colocado –que es la llaga de mi Corazón–, que jamás podrás levantarte de semejante caída».

Aborrecimiento del pecado. — Mi Amado ha reconcentrado en Él todos mis deseos, sin dejarme otro que el de llegar a ser un receptáculo sólo capaz de su divino amor, y no me ha dejado ningún temor sino el de ofenderle. Porque, ciertamente, tal espanto infunde en mi alma el pecado, que preferiría verme entregada al furor de todos los demonios, antes que verme manchada con el más mínimo pecado.

El sentimiento que tengo de tantos horribles crímenes cometidos contra Dios, hace que me ofrezca sin cesar a su divina bondad para sufrir todas las penas por ellos merecidas. Acepto también todas las debidas a los pecados en que hubiera caído sin la ayuda de su gracia y me ofrezco a todos los castigos que plazca a mi Dios ejecutar en mí, excepto la recaída en el pecado. Preferiría ciertamente precipitarme en los más espantosos abismos antes que volver a pecar. Más aún; lo que pido a mi Dios es que me borre de la memoria de todas las criaturas para que no se acuerden de esta miserable nada, si no es para vengarse en ella de los ultrajes que he hecho a mi Dios con tantos pecados como he cometido.

No pudiendo vengarme yo misma de ellos por haberme sacrificado a la obediencia, quisiera que todas las criaturas estuviesen animadas de un santo celo para tratarme como a una criminal de lesa majestad divina. Pero, en fin, me abandono completamente a mi Dios, porque Él solo conoce el dolor de mi corazón por mis ingratitudes, y Él solo es el soberano remedio de todos mis males, que nadie puede conocer sino Aquel que los ha impreso en mi alma, que le está completamente sacrificada. Y como no hay cosa alguna que pueda descansar fuera de su centro y cada una busca el suyo propio, mi corazón está abismado en su centro, que no es otro que el humilde Corazón de mi Jesús.

De aquí me viene una sed insaciable de humillaciones y desprecios y del olvido de todas las criaturas. Nunca me siento tan satisfecha como cuando me veo semejante a mi Esposo crucificado. Por esto amo mi abyección más que mi vida y tengo abrazado contra mi pecho este precioso tesoro como prenda del amor de mi Amado, del cual no me apartaré ni un solo instante.

¹ *Autobiografía*, cap. V, y *Sentimientos*, núm. 1.

V

Una corona de diecinueve espinas. — Me mostró un día el Señor, después de comulgar, una áspera corona compuesta de diecinueve espinas agudísimas que atravesaban su sagrada cabeza, y esto me causó tan vivo dolor, que no podía hablarle sino con mis lágrimas. Venía, según me dijo, a buscarme para que le arrancase aquellas durísimas espinas que le había clavado una esposa infiel, «**la cual –añadió– me atraviesa la cabeza con tantas espinas cuantas son las veces que impulsada por el orgullo se prefiere a mí**». Tenía yo este cuadro continuamente ante mis ojos sin saber qué hacer para arrancarlas, lo cual me atormentaba no poco. *Pregunte a Nuestro Señor*, me dijo la Superiora, *qué debe hacer usted para sacárselas*. «**Lo conseguirás –me respondió– con otros tantos actos de humildad, para honrar mis humillaciones**».

Pero como soy tan orgullosa, rogué a la Superiora que ofreciese a Nuestro Señor las prácticas de humildad de la Comunidad. Mucho le contentó esto; porque al cabo de cinco días me hizo ver que de tres de aquellas espinas estaba ya muy aliviado; pero las restantes le quedaron todavía clavadas por mucho tiempo.

Las comuniones imperfectas reducen a Nuestro Señor al estado de «Ecce Homo». — Otra vez me sentía penetrada de vivo temor al acercarme a la sagrada Mesa por miedo de ultrajar a mi Salvador; pero como no pude conseguir permiso de mi Superiora para dejar de comulgar, tan extraordinario era el dolor que sentía al acercarme, que todo mi cuerpo temblaba, pensando en el que sentiría mi Salvador en algunas almas que iban a recibirle.

Después de haberle recibido, se me presentó en figura de *Ecce homo*, todo desgarrado y desfigurado, y me dijo: «**No he hallado a nadie que haya querido darme un lugar de descanso en este estado de sufrimiento y de dolor**». Tan vivo fue el que imprimió en mí semejante vista, que me fuera mil veces más dulce la muerte, que ver a mi Salvador en semejante estado. «**Si supieses quién me ha puesto así, –añadió–, mucho mayor sería tu dolor. Cinco almas consagradas a mi servicio me han tratado así; porque he sido arrastrado con cordeles a viva fuerza, por lugares muy estrechos, erizados por todas partes de puntas de clavos y espinas que me han reducido al estado en que me ves**».

Vivos deseos sentí de saber la explicación de estas palabras. Me la dio Nuestro Señor: los *cordes* eran la promesa que nos había hecho de darse a nosotros; la *fuerza*, era su amor; los *lugares estrechos*, los corazones mal dispuestos, y las *puntas de clavos*, el orgullo. Le ofrecí entonces este corazón que Él mismo me había dado, para que le sirviese de lugar de reposo. Efectivamente; cuando se sentía cansado, se me presentaba en seguida que yo quedaba libre y me pedía que besase sus llagas para suavizarle el dolor.

El restablecimiento de la caridad. — Me dio a conocer Nuestro Señor que le era muy agradable el trabajo que se tomaban para restablecer la caridad en cierta Comunidad y que nada de este trabajo quedaría sin recompensa. Muchas veces ofrecí yo mi vida a Dios para dar satisfacción a su bondad por todas estas faltas; porque una vez en la oración de la noche, me hizo ver que, si no se corregían, retiraría su misericordia para dar paso a su justicia. Y como yo le representase con fiadad que durante los ejercicios se repararían aquellos defectos, me contestó que ya se habían hecho muchos y sin fruto. «Pero, Dios mío —repuse yo— dadme a conocer cómo se podrá lograr el restablecimiento de la caridad». No se conseguirá esto sin mucho trabajo, me respondió interiormente; pero no se debe escatimar para conseguirlo; en cuanto a los medios, las personas de autoridad no tienen que hacer más que seguir los que Él les proporcione, puesto que jamás las abandonará en semejante empresa.

Un alma amenazada de condenación. — Jamás he sufrido dolor tan espantoso como un día en que mi Dios me puso delante un alma religiosa y me dijo: «Mira esa alma; va a caer en el estado de reprobación que hace poco te he dicho, si abusa de algunas gracias que aún he de concederle. La rodearé con mi santidad de justicia, para que oyendo no oiga, viendo no vea, y quede como insensible a su propia desgracia»².

Lleva el peso de cinco corazones infieles. — Nuestro Señor me presentó un día cinco corazones que se habían separado del suyo y que voluntariamente se privaban de su amor y me dijo: «Cárgate tú con este peso y participa de las amarguras de mi Corazón; vierte lágrimas de dolor por la insensibilidad de esos corazones que yo había escogido para consagrarlos a mi amor, o bien déjalos que se abismen en su perdición y ven tú a gozar de mis delicias».

Yo, por mi parte, renuncié a todas las dulzuras, di libre curso a mis lágrimas, y me sentí cargada con esos corazones que iban a quedar privados del amor. Era yo libre para elegir y oía continuamente las invitaciones (*de Jesús*) a gozar del santo amor; y, sin embargo, me postraba con frecuencia ante la soberana bondad y le ofrecía aquellos corazones para que los penetrase con su divino amor; pero fue necesario sufrir mucho antes de conseguirlo. El mismo infierno no es tan horrible como un corazón privado del amor de mi Amado³.

Rigores de la santidad de justicia. — En cierta ocasión, después de haber sufrido mucho tiempo bajo el peso de la santidad de Dios, me quitó la voz y las fuerzas. Tanta confusión sentía al presentarme ante las criaturas, que me hubiera sido más dulce la misma muerte. Me era tan doloroso el comulgar, que no podría explicar fácilmente la pena que sentía al acercarme; y, sin embargo, me tenían prohibido apartarme de la Comunión, puesto que Él mismo era quien me hacía

² Véase *Fragmentos*, V.

³ Véase *Memoria*, p. 149.

pasar por este doloroso estado, y hasta quien me prohibía que la dejase. Podía decir con el profeta que *mis lágrimas me servían de pan noche y día*.

El Santísimo Sacramento era mi único refugio; y sin embargo, con tanta indignación me trataba (*Jesucristo*), que sufría una especie de agonía; y no podía permanecer en su presencia sin hacerme extrema violencia. Y si acaso alguna vez me iba (*al Coro*) a su presencia fuera de los tiempos acostumbrados y le decía: «¿Adonde queréis que vaya, ¡oh Justicia divina!, puesto que me acompañáis a todas partes?», entraba y salía sin saber lo que tenía que hacer y sin hallar otro descanso que el del dolor.

VI

Señales para discernir el Espíritu de Dios

¡Viva † Jesús!

Como tantas gracias y favores recibo de mi Soberano, y tan gran temor tengo de ser engañada, Él mismo me da señales inequívocas para discernir las mociones que proceden de Él de las que vienen de Satanás, del amor propio o de cualquier otra causa natural.

Primera: Estos favores y gracias particulares irán siempre acompañados para mí de alguna humillación, contradicción, o desprecio, por parte de las criaturas.

Segunda: Después de haber recibido alguno de estos favores o comunicaciones divinas, de que soy tan indigna, me sentiré sumergida en un abismo tal de anonadamiento y de confusión interior, que me hará sentir tanto dolor a vista de mi indignidad, cuanto haya sido el placer recibido al recibir los méritos y liberalidades de mi Señor. De este modo apagaré en mí toda vana complacencia y movimiento de propia estima y de vanidad.

Tercera: Estas gracias y noticias, ya se me concedan para mí misma, ya en favor de otra persona, jamás producirán en mí pensamiento alguno de desestima del prójimo, por grandes que sean las miserias que de él me dé a conocer. Por el contrario, únicamente producirán sentimientos de compasión y de caridad para prestarle todos los auxilios que pueda.

Cuarta: No me impedirán estas gracias observar mi Regla ni obedecer; pues tan estrictamente las ha sometido a la obediencia, que si llegase yo a separarme de ella, Él se retiraría de mí con todas sus gracias.

Quinta: Además, este Espíritu que me conduce y de quien tales gracias recibo y que está muy por encima de todo lo que puedo expresar con palabras, ha tomado tal imperio sobre mí, que me parece puedo decir que rige y gobierna mi interior

como le place, sin que pueda oponerle yo la menor resistencia, porque es la vida misma que me anima.

Me eleva y me abate, me consuela y me aflige, sin hacer yo otra cosa más que adorarle, amarle y abandonarme completamente a Él. Esto es todo lo que desea de mí: *Amar, obrar y sufrir* en silencio. Me hace gozar al mismo tiempo de una paz inalterable en medio de estos tres deseos que ha encendido Él en mi corazón y que me atormentan incesantemente: *Amarle, sufrir por su amor y morir*, porque la vida me sería insoportable sin cruz. Toda la felicidad de este mundo consiste en poder sufrir.

Sexta: Además, este Espíritu que me guía me hace sentir hambre insaciable de comulgar, de ser humillada, de vivir pobre, desconocida, despreciada y de morir, en fin, agobiada bajo el peso de toda clase de miserias.

Tales son las señales que mi Soberano Maestro, en su misericordia, se ha dignado darme como garantía de sus gracias y de que proceden del buen Espíritu; y, si no me engaño, todas las que me concede producen efectivamente en mí estos efectos. Si algo pudiera contristarme sería solamente el temor de haber engañado sin saber cómo a las criaturas. La menor estima en que me tengan me causa un tormento insoportable. Porque, ciertamente, si conocieran todo lo mala que soy, no sentirían sino horror contra mí y desprecio de todo lo que de mí procede. Esto sería para mí el mayor consuelo, pues no creo haber hecho acción alguna que no merezca castigo.

Además, que eso de poder decir: *Ésta es una vida sin amor de Dios (como se puede decir de la mía)*, es el colmo de todos los males imaginables.

Aunque el Sagrado Corazón de Jesús se haya constituido en Dueño y Director mío, no quiere, sin embargo, que haga nada de cuanto me ordena sin el consentimiento de mi Superiora, a la cual quiere que obedezca más exactamente que a Él mismo. Este es el resumen de sus enseñanzas:

- *desconfiar de mí* como el más cruel y poderoso enemigo que pueda yo tener, del cual me defenderá si pongo toda mi confianza en Él;
- *y no turbarme jamás* por cosa alguna, sea lo que fuere, mirando todos los sucesos como ordenados por su santísima Providencia y voluntad, la cual puede hacer, cuando le plazca, que todo se convierta en gloria suya.

SENTIMIENTOS DE SUS EJERCICIOS

Son páginas admirables que deben estar reunidas en esta recopilación de los escritos de Santa Margarita. Exceptuando una, todas las restantes las aprovecharon las Contemporáneas que escribieron la vida de su Santa Hermana. Pero el texto que damos aquí es más exacto y más completo.

SENTIMIENTOS DE SUS EJERCICIOS

I

Ejercicios de su profesión en 1672

Mi Divino Maestro me hacía fiel compañía durante las carreras, que continuamente me veía obligada a dar¹. En este tiempo fue cuando recibí gracias tan grandes, que jamás las he recibido semejantes en todo cuanto me ha dado a conocer, especialmente sobre el misterio de su Pasión. Pero lo suprimo todo porque sería demasiado largo para escrito. Solamente diré que esto fue lo que produjo en mí tanto amor a la cruz, que no puedo vivir sin sufrir: pero sufrir en silencio, sin ningún consuelo ni alivio, y morir con este Soberano de mi alma, abrumada bajo la cruz de toda clase de sufrimientos. Por las tardes, aunque muy fatigada y cansada, gozaba yo de tan grande paz, que mi única inquietud era no amar bastante a mi Dios.

Toda la noche la pasaba agitada con estos pensamientos. Una vez en que por no poder descansar quise mudar de postura, mi Divino Maestro me dijo: **Cuando yo llevaba la cruz no la mudaba de un lado a otro para encontrar algún alivio.** Con esto me dio a entender que no debía buscar mi comodidad en nada.

Las carreras que tenía que dar durante el día, jamás fueron capaces de interrumpir la unión que tenía con mi Amado. Antes al contrario, aumentaba Él en mí el deseo de amarle para unirme más estrechamente con Él. Estaba tan contenta por las noches, como si hubiera pasado todo el día en oración delante del Santísimo Sacramento.

II

Resoluciones

He aquí mis resoluciones que deben durar hasta el fin de mi vida, porque están dictadas por mi Amado. Después de haberle recibido en mi corazón, me dijo: **«He aquí la llaga de mi costado, para que hagas en ella tu mansión actual y perpetua. Aquí podrás conservar la vestidura de la inocencia con que he revestido tu alma, a fin de que vivas en adelante la vida del Hombre-Dios²: vive como si no vivieras ya, para que viva yo perfectamente en ti; no pienses en tu cuerpo ni en nada de cuanto te suceda, como si no existiera ya; obra como si no obraras, sino yo solo en ti. Es necesario para esto que tus potencias y sentidos queden enterrados en mí y que estés sorda, muda, ciega e insensible a todas las cosas terrenas; querer**

¹ Para cuidar en la huerta de una asnila y su pollino. Véase cap. IV de la *Autobiografía*.

² Véase *Autobiografía*, cap. V, y *Fragmentos*, IV.

como si no quisieras, sin juicio (*propio*), sin deseos, sin afectos y sin otra voluntad que la de mi beneplácito. Éste debe constituir todas tus delicias. Nada busques fuera de mí, si no quieres hacer injuria a mi poder y ofenderme gravemente, puesto que quiero ser tu todo.

Has de estar siempre dispuesta a recibirme, y yo estaré siempre dispuesto a darme a ti, porque te verás a menudo entregada al furor de tus enemigos. Pero nada temas; te rodearé con mi poder y seré el premio de tus victorias. Ten cuidado de no abrir nunca los ojos para mirarte fuera de mí; y sea tu divisa, *amar y sufrir a ciegas: un solo corazón, un solo amor, un solo Dios.*»

(Lo que sigue está escrito con su sangre)

Yo, ruin y miserable nada, protesto a mi Dios que quiero someterme y sacrificarme a todo lo que Él pida de mí; inmolar mi corazón al cumplimiento de su beneplácito, sin reservarme otro interés que el de su mayor gloria y su puro amor, al cual consagro y abandono todo mi ser y todos los momentos (*de mi vida*). Yo soy para siempre de mi Amado su esclava, su sierva y su criatura, puesto que Él es todo mío y yo soy su indigna esposa Sor Margarita María, muerta al mundo. Todo de Dios y nada mío; todo a Dios y nada a mí; todo para Dios y nada para mí.

III

Sentimientos y resoluciones de otros Ejercicios

¡Viva † Jesús!

Quiero tener cuidado en poner por obra todo lo que sigue, por serme necesario para el cumplimiento de los designios de Dios sobre mí, su indigna criatura.

Hablaré siempre de Dios, con respeto y humildad; de lo que toca al prójimo, con estima y caridad, y de mí misma, jamás. Quiero que el ver a los otros bien tratados, ensalzados y estimados, se me convierta en un verdadero placer, pensando que todo les es debido a ellos, pero no a mí. Porque yo debo hacer consistir toda mi gloria en llevar bien mi cruz y en vivir sobre ella pobre y abatida, desconocida, despreciada y olvidada. Éste es mi deseo; y no quiero aparecer más que para ser humillada, acusada y contrariada.

A pesar de las repugnancias de la naturaleza inmortificada, procuraré permanecer escondida bajo la ceniza de las humillaciones y en el amor de mi abyección. Quiero aprender en el Sagrado Corazón de Jesús a sufrirlo todo en silencio, sin quejarme de ninguna cosa que se me haga, puesto que el polvo no tiene derecho más que a ser pisoteado; el purgatorio mismo debe ser muy dulce para quien ha merecido mil veces el infierno.

Procuraré no hacer nada por gusto, renunciando a él de todo corazón y desviando mi atención, por medio de algunos santos pensamientos, de todos los placeres que los sentidos inmortificados pudieran encontrar en las cosas necesarias, como beber, comer, dormir y calentarme. Procuraré hacer mis acciones con la pureza, de intención del Sagrado Corazón de mi Jesús, al cual me uniré en todo cuanto haga. En Él es donde quiero vivir, sufrir y trabajar, según sus designios, y por Él quiero amar y aprender a sufrir bien.

Le entrego todas mis acciones para que disponga de ellas a su gusto y repare las faltas que yo cometa. No me informaré curiosamente de las faltas del prójimo; y cuando me vea obligada a hablar de ellas, lo haré con la caridad del Sagrado Corazón, poniéndome en su lugar, y mirando si me gustaría a mí que hiciesen o que dijese aquello de mí. Si acaso veo que se comete alguna falta contra la caridad, la humildad o cualquiera otra virtud, ofreceré al eterno Padre una virtud del Sagrado Corazón de Jesús opuesta a dicha falta, para repararla, y por la enmienda de la delincuente. Jamás repararé en las acciones del prójimo para juzgar mal de ellas. Dios nos conceda esta gracia.

IV

Ejercicios de 1678

¡Viva † Jesús!

He aquí lo que mi Divino Maestro me dio a conocer en mi Retiro del año 1678. Como me quejara yo de que me prodigaba sus consuelos con demasiada abundancia, no habiendo en mí capacidad para tanto gozar, me dijo que lo hacía para fortalecerme, pues tendría mucho que sufrir: **«Bebe y come –añadió– en la mesa de mis delicias; refocílate, a fin de que camines animosamente con la fuerza de este pan; porque aún tienes que recorrer un camino muy largo, penoso y áspero. Muchas veces necesitarás tomar, para recorrerlo, aliento y reposo en mi Sagrado Corazón, el cual estará a este fin abierto siempre para ti mientras que tú camines por sus sendas. Quiero que tu corazón sea para mí un asilo al cual pueda retirarme para encontrar en él mi descanso cuando los pecadores me persigan y me arrojen de los suyos.**

Cuando te dé yo a conocer que la divina justicia está irritada contra ellos, me recibirás en la sagrada Comunión; y colocándome en el trono de tu corazón, me adorarás postrándote a mis pies. Me ofrecerás además a mi eterno Padre, como yo te enseñaré, para aplacar su justa cólera y mover su misericordia a perdonarles. No opongas ninguna resistencia a mi voluntad cuando te la manifieste, como tampoco a nada de lo que disponga de ti, por medio de la obediencia; porque quiero que me sirvas de instrumento para atraer los corazones a mi amor.»

«Pero, Dios mío, no alcanzo a comprender cómo podrá ser esto. — Por mi omnipotencia —me respondió—, que lo ha hecho todo de la nada. No te olvides jamás de tu nada, ni de que eres la víctima de mi Corazón, que debe estar siempre dispuesta a ser inmolada por la caridad. Por esto no quedará mi amor ocioso en ti; te impulsará siempre a hacer algo o a sufrir algo sin que pretendas que se tenga para nada en cuenta tu propio interés, porque no pertenece la obra al instrumento del cual se sirve su dueño para hacerla.

Mas poseerás en cambio, como te prometí, los tesoros de mi Corazón, y te permito que dispongas de ellos a tu gusto en favor de las personas que estén bien dispuestas. No seas escasa en repartirlos, porque son infinitos. Con nada podrías agradarme más, que con la constante fidelidad en caminar sin desviaciones por el camino de tu Regla; las menores infracciones contra ella son grandes delante de mí. ¡Cómo se engaña a sí mismo y se aleja de mí el religioso que pretenda encontrarme por otro camino que el de la exacta observancia de sus Reglas!

Conserva el templo del Señor; porque dondequiera que encuentre semejante pureza habitará Él también con especial presencia de protección y de amor. Yo soy tu director, a quien debes estar completamente abandonada, sin cuidarte ni preocuparte de ti misma, puesto que no quedarás falta de socorro sino cuando quede mi Corazón falto de poder. Yo, por mi parte, cuidaré de recompensar o de vengar lo que por ti o contra ti se hiciera. También atenderé a los que se encomienden a tus oraciones, para que tú te ocupes y emplees toda en mi amor.

Todavía tengo que poner sobre tus débiles espaldas una áspera y pesada Cruz; pero soy bastante poderoso para sostenerla. Nada temas y déjame hacer de ti y en ti cuanto quiera, sin que hagas tú nada por tu parte ni para esconderte en el desprecio, ni para presentarte en la estima. No permitiré a Satanás que te tiente más que en las tres tentaciones en que tuvo la osadía de atacarme a mí. Pero nada temas, confía en mí; yo soy tu protector y fiador. He establecido en tu alma mi reino de paz, la cual nadie podrá turbar; y en tu corazón el de mi amor, el cual te dará una alegría que nadie podrá arrebatarte.»

Mi soberano Dueño me ha hecho oír, si no me engaño, varias veces esta lección y estas promesas.

V

Ejercicios de 1684

En mi Retiro del año 1684 mi soberano Maestro me hizo la misericordia de concederme sus gracias con tanta profusión, que me sería difícil expresarlas. Sólo diré algunas palabras por obediencia.

Varios días antes de entrar en ejercicios, imprimió Dios en mí tal deseo de practicarlos, y el espíritu propio de este tiempo (*de retiro*), que todo mi ser espiritual y corporal no suspiraba más que por esta felicidad, y con tal fuerza recogió todas mis potencias dentro de sí mismo, que no me quedaba libertad sino para abandonarme a aquel poder soberano que me tenía completamente sepultada dentro de sí.

El primer día me presentó su Sagrado Corazón como un horno encendido, en donde sentí que me arrojaban y en el acto quedé penetrada y abrasada con tan vivos ardores, que me parecía iba a quedar reducida a cenizas. Me dijo estas palabras: «Este es el divino purgatorio de mi amor, en el cual te purificarás durante el tiempo de esta vía purgativa: después hará que encuentres en él una mansión de luz, y finalmente de unión y transformación».

Tan eficazmente me hizo sentir esto durante todo mi retiro, que a veces no sabía si estaba en el cielo o en la tierra, porque me sentía llena de mi Dios y toda abismada en Él. Mucho tuve que sufrir por esto el día primero, pues no podía pensar en mis pecados. Pero durante la noche precedente al día en que había de confesarme, sentí que me despertaban y súbitamente se me representaron todos como si los tuviera delante escritos, de modo que no tuve que hacer más que leerlos para confesarme. Lo hice con tantas lágrimas y tanta contrición, que me parecía que mi miserable corazón iba a partirse de pesar, por haber ofendido a esa misericordia infinita, que no dejaba de estar presente de un modo sensible a mi alma. Durante todo este tiempo, iba aumentando mi dolor más de lo que yo pudiera decir. No hay ninguna clase de penitencia ni de suplicio a los cuales no me hubiera condenado (*yo misma*) de buen grado. Mi más cruel tormento fue verme privada de la sagrada Comunión.

Mas después de estos tres días de vida purgativa, me encontré en una mansión de gloria y de luz, en donde yo, miserable nada, me vi colmada de tantos favores, que una hora de este gozo es suficiente para compensar los tormentos de todos los mártires.

Primeramente, se desposó con mi alma en el exceso de su caridad, pero de un modo y con una unión inexplicables, trocando mi corazón en una llama de fuego devorador de su puro amor, a fin de que consuma todos los amores terrenos que pudieran llegarse a él.

Me dio además a entender que, como me había destinado a rendir continuo homenaje a su estado de hostia y de víctima en el Santísimo Sacramento, yo también, en calidad de hostia y de víctima, debía inmolarle continuamente todo mi ser con amor de adoración, de anonadamiento y de conformidad con la vida de muerte que Él lleva en la sagrada Eucaristía. Que debía, además, cumplir mis votos según este sagrado modelo, el cual vive en tal desnudez de todo, que se ha

reducido al estado de tener que recibir de sus criaturas lo que ellas quieran darle y ofrecerle.

De igual modo, por mi voto de pobreza debo estar despojada no solamente de los bienes y comodidades de la vida, sino también de todos los placeres, consuelos, deseos y afectos, y de todo propio interés, dejándome despojar y entregándome como si estuviera muerta o insensible a todo.

¿Qué mayor obediencia puede haber que la de mi Jesús en la santa Eucaristía? En ella se presenta en el instante mismo en que el sacerdote, sea bueno o sea malo, y cualquiera que sea el uso que de Él quiera hacer, pronuncia las palabras sacramentales y tolera que le lleven a los corazones manchados con pecados, que tanto horror le causan. Quiere además que yo me abandone a imitación suya en las manos de mis superiores, cualesquiera que sean, para que dispongan de mí a su gusto sin demostrar ni la menor repugnancia, por contrario que sea a mis inclinaciones lo que de mí dispongan. Quiero ir toda mi vida en contra de ellas, diciendo en lo más vivo de mi repugnancia: *Mi Jesús fue obediente hasta la muerte de cruz.*

Quiero, pues, obedecer hasta el último suspiro de mi vida, para rendir homenaje a la obediencia de Jesús en la hostia. Su blancura me enseña que es preciso ser víctima pura para serle inmolada sin mancha; pura de cuerpo, de corazón, de intención y de afecto para poseerle. Para transformarme toda en Él es preciso llevar una vida sin curiosidad, de amor y de privación, regocijándome de verme despreciada y olvidada, para reparar el olvido y desprecio que mi Jesús recibe en la hostia.

Mi silencio interior y exterior será para honrar el suyo. Cuando sea necesario hablaré para rendir homenaje a la Palabra del Padre, a ese Verbo divino que está escondido en la hostia.

Cuando vaya a tomar mi refección, la uniré a este alimento divino con que sustenta Él nuestras almas en la sagrada Eucaristía, y le pediré que todos los bocados sean otras tantas comuniones espirituales, que me unan a Él transformándome toda en sí mismo.

Mi descanso será para honrar el que tiene Él en la hostia; mis penas y mortificaciones, para reparar los ultrajes que en la misma sagrada hostia recibe.

Uniré todas mis oraciones a las que formula el Sagrado Corazón de Jesús por nosotros en la hostia; y asimismo en el Oficio divino, lo uniré a las alabanzas que este adorable Corazón da allí a su eterno Padre.

Al hacer la genuflexión pensaré en las que le hacían por burla durante su Pasión, y diré: *Que todo se doblegue ante Vos, oh grandeza, de mi Dios soberanamente*

abatida en la hostia! ¡Que todos los corazones os amen, que todos los espíritus os adoren y que todas las voluntades se os sometan!

Al besar el suelo diré: *Para rendir homenaje a vuestra grandeza infinita, confesando que Vos sois todo y que yo no soy nada, beso la tierra.*

En todo lo que haga o sufra, entraré en este Sagrado Corazón para hacer mías sus intenciones, para unirme a Él y pedirle su asistencia. Después de cada obra la ofreceré a este Divino Corazón, para reparar los efectos que pueda haber en ellas, sobre todo en mis oraciones.

Cuando cometa alguna falta, después de haberla castigado en mí misma con penitencias, ofreceré al Padre eterno una de las virtudes de este Divino Corazón, para satisfacer el ultraje que le haya hecho, y pagar así poco a poco mi deuda. Por la noche depositaré en este adorable Corazón cuanto haya hecho durante el día, para que Él purifique todo lo impuro e imperfecto de mis acciones, y las haga dignas de apropiárselas como suyas y colocarlas en su divino tesoro. Él tendrá cuidado de disponer de todo según su deseo; yo sólo me reservo el de amarle y contentarle, porque me ha dado a conocer que éste debe ser mi único anhelo en todo cuanto haga o sufra: ¿no lo tengo todo sacrificado por el bien y en favor de la Comunidad?

Temblaba yo después de todo lo que acabo de decir, por temor de no poder ponerlo en práctica; cuando he aquí que al ir a comulgar me dio a entender que venía Él mismo a imprimir en mi corazón la santa vida que vive en la Eucaristía; vida toda escondida y anonadada a los ojos de los hombres; vida de muerte y de sacrificio; y que me daría fuerzas para hacer lo que deseaba de mí.

VI

Voto de perfección (31 de octubre de 1686)

¡Viva † Jesús!

He aquí la fórmula del voto que hace tanto tiempo me siento impulsada a hacer y que no he querido llevar a efecto sino por consejo de mi director y de mi Superiora. Después de haberlo examinado, me han permitido emitirlo con estas condiciones: que cuando alguno de sus puntos, cualquiera que sea, me cause turbación o escrúpulo, me exoneran de él y cesa mi compromiso, pues si hago este voto es sólo para unirme más íntimamente al Sagrado Corazón de Jesús y para comprometerme indisolublemente a hacer lo que desea de mí.

Pero, ¡ay!, tanta inconstancia y debilidad siento en mí, que no me atrevería a hacer promesa alguna, sino apoyándome en la misericordia y caridad infinita de este amable Corazón. Por amor suyo hago este voto; no precisamente para

tenerme más sujeta y más forzada, sino para ser más fiel a mi Soberano Maestro. Me hace esperar por otra parte que Él mismo me llamará la atención para que vuelva a practicarlo con fidelidad, si llego a faltar en algo por olvido. Cierto que no pretendo cosa que pueda ser alguna ofensa de mi Dios, sino procurar únicamente amarle más ardorosa y puramente, crucificando la carne y los sentidos. ¡Su bondad me conceda esta gracia!

«Voto que hice la víspera de Todos los Santos para unirme, consagrarme e inmolarme, más estrecha, absoluta y perfectamente al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

» **1.** Procuraré, ¡oh único Amor mío!, estaros sometida y sujetaros todo cuanto hay en mí, haciendo en todo lo que juzgare más perfecto o más glorioso a vuestro Sagrado Corazón. Y le prometo no perdonar cosa alguna de cuanto estuviere en mi poder, ni rehusar hacer o padecer cosa alguna para darle a conocer, amar, honrar y glorificar.

» **2.** No despreciaré ni omitiré ninguno de mis ejercicios y observancias de mis Reglas, sino por caridad o verdadera necesidad, o por obediencia, a la cual someto todos mis propósitos.

» **3.** Procuraré complacerme en ver a las otras elevadas, tratadas bien, amadas y estimadas, juzgando que todo esto les es debido a ellas y no a mí, porque yo, por el contrario, debo estar del todo anonadada en el Sagrado Corazón de Jesucristo, cifrando toda mi gloria en llevar bien mi cruz y vivir en ella, pobre, desconocida y despreciada, y no desear aparecer en público sino para ser humillada y contrariada, por más repugnancia que la naturaleza orgullosa pueda sentir en esto.

» **4.** Quiero sufrir en silencio, sin quejarme, cualquiera que sea el modo como me traten.

» **5.** No huir de ningún sufrimiento, ni de cuerpo, ni de espíritu, ni humillaciones, desprecios o contradicciones.

» **6.** No buscar ni procurarme otro consuelo, placer, o contento, que el de no tener ninguno mientras viva; y cuando la Providencia me presente algunos, los tomaré con sencillez y no precisamente por el deleite, al cual renunciaré interiormente, cuando la naturaleza halle alguno, ya sea al remediar sus necesidades, ya de otro modo. Así que no me detendré jamás en pensar si estoy satisfecha o no lo estoy, sino más bien en amar a mi Soberano que me da aquel gusto.

» **7.** No procuraré otros alivios que los que la necesidad me hiciese creer que son precisos; y los pediré con sencillez propia de nuestras Constituciones para

librarme de la pena continua que siento en conceder demasiado a mi cuerpo y halagar a este cruel enemigo.

» **8.** Dejaré plena libertad a mi Superiora para que disponga de mí como mejor le parezca, aceptando humilde e indiferentemente las ocupaciones en que me empleare la obediencia. A pesar de la terrible aversión que siento a todos los cargos, procuraré no manifestar la repugnancia que me causan ni la que siento al ir al locutorio o al escribir cartas, procediendo en todo esto como si encontrara mucho gusto en ello.

» **9.** Me entrego por completo al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, para que me consuele o me aflija según su beneplácito, sin ocuparme ya para nada de mí misma, contentándome con adherirme a todas sus santas operaciones y disposiciones, considerándome como víctima suya que debe estar siempre en un acto continuo de inmolación y de sacrificio, según su beneplácito, sin más afición que amarle y contentarle, haciendo y sufriendo en silencio.

» **10.** Jamás me informaré de las faltas del prójimo; y cuando me vea obligada a hablar de ellas, lo haré dentro de la caridad del Sagrado Corazón de Nuestro Señor y pensando si me gustaría a mí que otros hiciesen o dijese aquello de mí. Cuando viere cometer alguna falta, ofreceré para repararla al eterno Padre una virtud contraria del Sagrado Corazón de Nuestro Señor.

» **11.** Tendré por mis mejores amigos a cuantos me aflijan o hablen mal de mí y procuraré hacerles todo el bien y prestarles todos los servicios que pueda.

» **12.** Tendré mucho cuidado en no hablar de mí o hacerlo brevemente; y jamás, si puedo, para alabarme o justificarme.

» **13.** No buscaré la amistad de criatura alguna sino cuando el Sagrado Corazón de Jesucristo me mueva a ello para atraerla a su amor.

» **14.** Tendré continua atención a conformar y someter, en todo, mi voluntad a la de mi Soberano.

» **15.** No me detendré voluntariamente en pensamiento alguno, no sólo malo, pero ni aun inútil. Me miraré como una pobre en la casa de Dios, que debe estar sometida a todas, y a quien se hace y se da todo por caridad. Pensaré siempre que tengo demasiado.

» **16.** En cuanto pueda, ni haré ni dejaré de hacer cosa alguna por respeto humano o vana complacencia de las criaturas.

» **17.** Como he pedido a Nuestro Señor que no deje descubrir en mí de sus gracias extraordinarias sino lo que me ocasionare mayor desprecio, confusión y humillación delante de las criaturas, tendré también por gran dicha el que sea

censurado o criticado todo lo que diga o haga. Procuraré hacerlo y sufrirlo todo por el amor y la gloria del Sagrado Corazón de Jesucristo, y conforme a sus santas intenciones, a las cuales estaré unida en todo.

» **18.** Cuidaré de que mis acciones y palabras redunden en gloria de Dios, edifiquen al prójimo y aprovechen a la propia salvación de mi alma. Tendré constante fidelidad en practicar el bien que mi Divino Maestro me dé a entender que desea de mí, no cometiendo, en cuanto pueda, faltas voluntarias. No me perdonaré en este particular sin vengarme de mí misma con alguna penitencia.

» **19.** Pondré sumo cuidado en no conceder a la naturaleza sino lo que no pueda legítimamente negarle, sin hacerme singular. Esto quiero evitarlo en todo. En fin, quiero vivir sin elección y sin estar asida a nada y decir en toda ocasión: *Fiat voluntas tua.*»

A vista de tan multitud de puntos, se apoderó de mí tan gran temor de faltar en alguno, que no tuviera ánimos para comprometerme, si no hubiera quedado confortada y alentada con estas palabras que el Señor me dijo en lo más íntimo de mi corazón: *¿Por qué temes, si yo respondo por ti y he salido por tu fiador? La unidad de mi puro amor suplirá tu atención en tan múltiples propósitos; y te prometo que Él mismo reparará las faltas que puedas cometer en el cumplimiento de tu voto y se vengará en ti.*

Tal confianza y seguridad infundieron en mí estas palabras que, no obstante mi fragilidad, ya no temo nada, porque he puesto mi confianza en Dios que todo lo puede y de quien todo lo espero y nada de mí.

VII

Ejercicios de preparación a la muerte (1690)

¡Viva † Jesús!

Desde el día de Santa Magdalena me sentí extremadamente impulsada a reformar mi vida, para estar dispuesta a presentarme ante la santidad de Dios, cuya justicia es tan temible, y tan impenetrables sus juicios.

Es menester, por lo tanto, que tenga siempre ajustadas mis cuentas, para no verme sorprendida; porque es cosa terrible caer a la hora de la muerte en las manos de un Dios vivo, cuando durante la vida se ha separado un alma por la culpa de los brazos de un Dios moribundo. Me propuse, pues, para llevar a efecto una inspiración tan saludable, hacer un retiro interior en el Sagrado Corazón de Jesucristo.

Aguardo y espero todos los auxilios de gracia y de misericordia que me serán necesarios, porque tengo en Él toda mi confianza. Él es el único apoyo de mi esperanza, puesto que su excesiva bondad no me rechaza nunca cuando a Él me dirijo; antes al contrario, parece gozarse en haber hallado una criatura tan pobre y miserable [y mala y necesitada] como yo, para llenar el abismo de mi indignidad con su abundancia infinita.

Será mi buena Madre la Santísima Virgen, y tendré por Protectores a San José y a mi Santo Fundador. El buen P. de La Colombière será mi director para enseñarme a cumplir los designios del Corazón adorable en conformidad con sus máximas.

El primer día de mis ejercicios, mi ocupación fue el pensar de dónde podría proceder este gran deseo de morir, pues no es ordinario en los criminales, como lo soy yo delante de Dios, desear comparecer en presencia de su juez, y un juez cuya santidad de justicia penetra hasta la médula de los huesos, a quien nada puede ocultarse y que nada dejará impune. ¿Cómo, pues, alma mía, puedes sentir un gozo tan grande en la proximidad de la muerte? No piensas sino en terminar tu destierro, y estás enajenada de gozo con la idea de salir muy pronto de tu prisión. Pero, ¡ay de mí!, mira no sea que después de un gozo temporal, que quizá no proviene sino de ceguedad e ignorancia, te sumerjas en una eterna tristeza, y desde esta prisión mortal y transitoria caigas en los calabozos eternos, donde no tiene ya lugar la esperanza de salir.

Dejemos, pues, alma mía, este deseo y este gozo de morir para las almas santas y fervorosas, para las cuales están preparadas tan grandes recompensas; pues en cuanto a mí, no me dejan las obras de una criminal (*como soy yo*) ver otro término que los eternos castigos, si no fuere Dios conmigo más misericordioso que justo. Y pensando cuál será tu suerte, ¡oh alma mía!, dime: ¿podrás tú sufrir durante una eternidad la ausencia de Aquél a cuya posesión aspiras con tan ardientes deseos y cuya privación te hace presentir penas tan crueles?

¡Dios mío, cuán difícil es de arreglar mi cuenta, pues he perdido tanto tiempo, y no sé cómo poderlo reparar! En la perplejidad en que me hallo de ordenar todas mis partidas y tenerlas siempre en disposición de ajustar cuentas, no he sabido a quién dirigirme sino a mi adorable Maestro, que, por su grande [e incomprensible] bondad ha querido encargarse de hacerlo. Así, pues, le he remitido todos los capítulos por los que he de ser juzgada y recibir mi sentencia, que no son otros que nuestras Reglas, Constituciones y Directorio, según los cuales seré justificada o condenada. Una vez puestos ya en sus manos todos sus intereses, he sentido una paz admirable a sus pies, donde me ha tenido largo tiempo como enteramente perdida en el abismo de mi nada, esperando su sentencia acerca de esta miserable criminal.

El segundo día me fue presentado durante la oración [de la mañana], como en un cuadro, lo que había sido antes y lo que entonces era. Pero, Dios mío, ¡qué

monstruo más deforme y más horrible a la vista! No veía bien alguno, sino tanto mal, que era para mí un tormento [insoportable] el solo pensarlo. Todo parecía condenarme a un eterno suplicio, por el grande abuso de tantas gracias, a las cuales no he correspondido sino con infidelidades, ingraticudes y perfidias. ¡Oh Salvador mío!, ¿quién soy yo para haberme esperado Vos a penitencia tanto tiempo?, ¿yo, que mil veces me expuse a ser arrojada en el abismo infernal por el exceso de mi malicia, y otras tantas lo habéis impedido Vos por vuestra infinita bondad? Seguid, pues, amable Salvador mío, ejerciéndola con tan miserable criatura.

Ya lo veis: acepto de buena voluntad todas las penas y suplicios que os plazca hacerme sufrir en esta vida y en la otra. Y tan grande es mi dolor de haberos ofendido, que querría haber pagado todas las penas merecidas por los pecados cometidos y por todos aquellos que hubiera llegado a cometer, a no haberme socorrido vuestra gracia. Sí, quisiera haber sido sumergida en todos esos tormentos rigurosos desde el instante en que comencé a pecar, y que me hubiesen servido de preservativo antes que haberos ofendido tanto sin recibir otro castigo que obtener (*gratuitamente*) el perdón que os pido por amor de Vos mismo. No, nada excluyo en la venganza que a vuestra divina justicia pluguiere ejercer sobre esta criminal, sino el que me abandonéis a mí misma, permitiendo mis nuevas recaídas en el pecado en castigo de los pecados precedentes.

No me privéis. Dios mío, de amaros en la eternidad, por no haberos amado bastante en el tiempo. Por lo demás, haced de mí todo cuanto os agrade: os debo todo cuanto tengo y cuanto soy. Todo lo bueno que pudiera hacer no serviría, a no ser por vuestra gracia, para reparar la más pequeña de mis culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi Divino Dueño; arrojadme en una prisión, consiento en ello, con tal que sea en la de vuestro Corazón Sagrado. Y cuando allí estuviere, tenedme bien cautiva y sujeta con las cadenas de vuestro amor, hasta que os haya pagado todo cuanto os debo; y como no podré pagároslo nunca, tampoco deseo salir de ella jamás³.

³ Murió, efectivamente, la gran Santa el 17 de octubre de este: mismo año 1690, a los cuarenta y dos años de edad y dieciocho de profesión.

SEGUNDA PARTE

CARTAS

Su distribución

Son 142 cartas dirigidas:

| | |
|--------------------------------------|------------------|
| A la M. de Saumaise | (48) |
| A la M. Greyfié | (12) |
| A la M. de Soudeilles | (19) |
| A la M. Dubuysson | (4) |
| A la H. de la Barge. | (15) |
| A la H. des Escures | (2) |
| A la H. de Thélis | (2) |
| A la H. Joly | (2) |
| A la H. Payelle | (1) |
| A la H. Morant | (1) |
| A las novicias | (1) |
| A la señorita de Chamberland | (1) |
| A Ursulinas | (7) |
| A una religiosa | (1) |
| Al señor Cura Santiago Alacoque | (7) |
| Al señor Crisóstomo Alacoque | (5) |
| Al R. P. Croisset | (10) |
| A su Director | (2) |
| Una apócrifa y sin dirección | (1) |
| Un billete a una persona desconocida | (1) ¹ |

Comprende esta segunda parte todas las cartas que conservamos de la Santa por orden cronológico. Son la fuente más preciosa y más antigua de la preciosísima devoción. Son la historia auténtica de sus comienzos. Cada carta nos revela una circunstancia, una dificultad, un progreso. Con ellas en la mano fácil nos es seguir, al menos en sus líneas generales, la marcha siempre triunfal, en medio de mil oposiciones, del nuevo culto.

Son las Cartas, sin duda, la más notable de todas sus obras, aun atendiendo únicamente a su importancia intrínseca. Porque en cuanto a su extensión, supera con mucho a todas las otras juntas. Durante doce años, diremos con Mons.

¹ Hemos corregido algunas erratas en la numeración, que se deslizaron en la edición de Mons. Gauthey, y en su traducción castellana de Madrid.

Gauthey, esto es, desde el sexto año después de su profesión religiosa hasta las semanas que precedieron a su muerte, vemos en ellas a esta santa alma manifestarse con todo su candor, rectitud y sencillez, y también con toda su fortaleza, perseverancia y celo infatigable. Brillan en dicha correspondencia todas las virtudes, aunque trate de humillarse y abatirse a los ojos de aquellos a quienes escribe. En vano se buscaría en las 142 cartas que siguen la manifestación de ningún afecto puramente humano. Por otra parte, no tomaba la pluma sino por obediencia; experimentaba suma repugnancia a escribir cartas; pero sus superiores la obligaban muchas veces a hacerlo y Nuestro Señor mismo se lo exigía. Entonces, cuando se trataba de ejercitar el Apostolado del Sagrado Corazón, olvidándose de sí misma, se prestaba a escribir todo lo que su divino inspirador «le ponía en el pensamiento». Al leer estas páginas tan sencillas y verdaderas como vivas y ardorosas, nadie creería que escribiese con tanta repugnancia, si ella misma no lo dijese tan repetidas veces.

Escribía sin particular cuidado, convencida como estaba de que no sabía expresarse, o de que lo hacía mal. Si trataba de leer lo que había escrito, sentía tentaciones de romper o quemar las páginas escritas. ¡Quién sabe las que inutilizaría! Se le prohibió volver a leer lo que escribía; por lo cual se excusaba de sus pretendidas repeticiones y de sus olvidos, pues no recordaba, decía, un instante después, lo que acababa de escribir. Maneja muy bien su lengua, sin esfuerzo, con precisión, viveza, ingenuidad, empleando un estilo que se diferencia muy poco de los mejores autores del siglo XVII. Sin otro arte que el que le inspiran su exquisita caridad y la delicadeza de sus afectos, usa de todas las precauciones literarias.

Corresponsales de Santa Margarita. — La Santa sabía emplear el estilo que convenía, según las personas y las circunstancias, y acomodar su doctrina y sus consejos a las diversas necesidades de las almas.

La primera con quien entabló y sostuvo su principal correspondencia fue con la M. de Saumaise, su antigua Superiora, a quien profesaba cariño filial, «una respetuosa amistad». Le habla con el corazón en la mano: «No tengo secretos para Vuestra Caridad», le dice. Se ve algunas veces que es una mensajera que transmite las comunicaciones de lo alto. Felicita a la M. de Saumaise por su celo, la alienta, le revela los designios del Sagrado Corazón y le hace las promesas más magníficas. Entonces tiene un aire de autoridad irresistible; después se confunde por haberse atrevido a tanto; se humilla, se complace en referir lo que llama sus infidelidades e ingratitudes; se excusa de haberse atrevido a hablar como lo ha hecho y se engolfa, con verdadera alegría, en su nada, donde parece tener sus delicias.

Con la M. Greyfié es una hija reconocida; pero quizá un poco más reservada. Pero también le pide consejos y hace confidencias de las gracias que recibe, de sus pruebas, de sus esperanzas y alegrías.

La M. de Soudeilles es una amiga a quien la Sierva de Dios trata con cariño, sin apartarse de una exquisita discreción y de su humildad acostumbrada. Se trata de un alma privilegiada y Margarita María la cree capaz de llegar a la perfección.

La correspondencia se extiende pronto a la H. de la Barge y a la M. Dubuysson, que sucede a la M. de Soudeilles como Superiora del Monasterio de Moulins. La H. de la Barge abría su corazón a Margarita María con toda confianza; era un alma que el Maestro divino quería toda entera; ardiente, amante, provocaba al serafín de Paray a que procurara se propagase el fuego de amor en que la Santa ardía. En la correspondencia con la H. de la Barge es donde nuestra Santa, maestra consumada de la vida espiritual, la lleva al sacrificio, a la renuncia de toda criatura, «al amor de su abyección». Estas páginas son admirables en elevación, ardor y fuego; quizá sean las más bellas de toda la correspondencia de la sierva de Dios.

A otras religiosas que andan con cierto miedo de darse del todo a la acción divina, la Santa les escribe con una decisión y energía extraordinarias, yendo derecho al blanco y poniendo el dedo en la llaga. Ilustrada de lo alto, lee en las almas; la respuesta lleva la luz y va más lejos que la pregunta que se le había hecho. La correspondencia no era para la Santa un recreo; cortaba pronto toda conversación inútil en las cartas, como lo hacía en el locutorio.

En las cartas al P. Croisset, Margarita María aparece sucesivamente discípula y apóstol; solicita primero humildemente y con sencillez sus consejos y le abre ingenuamente su alma por obediencia. Le manifiesta después los deseos de Nuestro Señor relativos al culto del Sagrado Corazón, y le exhorta a emplearse con todas sus fuerzas en este apostolado a pesar de los obstáculos, dificultades y aun de las pruebas que tendría que sufrir.

Vienen, por fin, las cartas a sus dos hermanos. Al cura de Bois-Sainte-Marie, don Santiago Alacoque, escribe con la autoridad dulce y discreta de hermana mayor. Exhortaciones reconvenciones, alientos, todo lo pone en práctica para hacer de él un santo sacerdote; templando la severidad de su consejos con halagüeñas promesas, y según su costumbre, humillándose a sí misma para hacer aceptar mejor la lección

Con Crisóstomo Alacoque, su hermano mayor, seglar, padre de numerosa familia, observa más comedimiento: le manifiesta afectuoso interés, le felicita por la devoción que tiene al Sagrado Corazón, le promete sus bendiciones y toma parte en sus pruebas. En una palabra: con los suyos es tierra y fuerte, y da a conocer claramente que no pone los ojo más que en los intereses superiores de su salvación.

CARTAS

CARTA I

A LA M. MARÍA FRANCISCA DE SAUMAISE, DIJON

La Santa expresa a su antigua Superiora sus sentimientos de gratitud y afecto filial.— Ella es una pura cruz en el cuerpo y en el alma.— Amor al padecer.

¡Viva † Jesús!

[Fin de junio de] 1678

Mi muy Respetable y querida Madre:

Ni la mortificación que me produciría, ni la entrañable amistad que os profeso me consentirán privarme del dulce consuelo de escribiros y decir a Vuestra Caridad que siempre seré la misma en estimaros, puesto que sabéis bien que nuestro buen Maestro, que unió tan estrechamente mi corazón al vuestro, es el único que los puede separar. Y como no hallo palabras para expresaros el reconocimiento que tengo por vuestras bondades maternas, bastará que os diga que conservaré de ellas muy particular recuerdo delante de Nuestro Señor, a quien suplico os haga participante de sus más preciosas gracias y amorosas caricias en esta amable soledad, cuyas delicias comparto con vos.

Pero para deciros una palabra de aquellas con que su bondad me favorece al presente, no puedo expresarlo sino diciéndoos que me parece no ser yo más que una cruz en el cuerpo y en el alma, sin que pueda quejarme ni desear otro consuelo que el de no tener ninguno en este mundo y vivir escondida con Jesucristo crucificado, ignorada en mi sufrimiento, a fin de que ninguna otra criatura tenga compasión ni recuerdo de mí, sino para aumentar mi tormento. Me persuado, mi querida Madre, que, pues tomáis tanta parte en lo que a mí me importa, os regocijaréis y daréis gracias por ello a Nuestro Señor, que no tiene otra cosa más preciosa después de sí mismo, que su amor y su cruz. Por su misericordia me da parte en ella; porque de mí soy indignísima de don tan precioso, como también el que nos ha hecho en la persona de nuestra muy respetable Madre², a quien estimo y aprecio más de lo que podría expresaros, y juntamente tengo en ella perfecta confianza por su caridad, que ya he

² La M. Petra Rosalía Greyfié había llegado al Monasterio de Paray después del 17 de junio. Nuestro Señor había prometido a la Santa que Él mismo inspiraría a sus Superioras lo que hubiera de ser más conforme a su mayor gloria y a sus designios sobre ella. A esta divina promesa hace alusión Margarita María.

experimentado muchas veces. Creo poder aseguraros que nuestro buen Dios cumplirá su promesa.

Yo se lo suplico con todo mi corazón, y que pueda recibir de ella toda la gloria que desea. Esta querida Madre es la que nos ha dicho que os escribamos en esta ocasión; pensaba hacerlo en otra diferente a causa de una ligera molestia y por juzgar estaréis ahora agobiada de cartas. Pero no os deis prisa a escribirme, porque no dudaré de vuestro afecto de cualquier modo que procedáis conmigo, que seré vuestra en el tiempo y en la eternidad en el amor sagrado de Jesús.

Sor Margarita María

¡Dios sea bendito!

CARTA II
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Sentimientos de respetuoso afecto y agradecimiento.—Su único consuelo, sufrir, sobre todo humillaciones.

¡Viva † Jesús!

10 de julio de 1678

Mi muy respetable Madre:

Deseo que el fuego sagrado consuma nuestros corazones sin obstáculo y haga de ellos tronos dignos de su amor. Tengo demasiada experiencia de vuestra bondad para creer de vos que mi silencio sea parte a haceros dudar de mi afecto y respetuosa amistad para con Vuestra Caridad. Me tenéis tan obligada de tantas maneras, que no puedo expresarlo con palabras; más que ellas, mi querida Madre, os lo dirá mi silencio.

Creo que ya sabréis la ocupación en que me ha puesto la obediencia. ¡Dios sea bendito en todas las cosas, puesto que nada puede estorbar el que seamos todas tuyas! Sí, mi querida Madre, es muy bueno este Señor al manifestarse siempre tan bondadoso y misericordioso con su indigna esclava, no mirando a mis infidelidades y miserias, que os son harto conocidas. Ayudadme a darle gracias por ellas y por los otros beneficios; el más apreciado de los cuales para mí, después de Él mismo, es el inestimable tesoro de su Cruz, que me Acompaña a todas partes interior y exteriormente. Éste es el único consuelo que tengo en la prolongación de la vida, que no tiene para mí nada de amable más que el sufrir, sobre todo las preciosas humillaciones que nos proporcionan el olvido y desprecio de las criaturas. ¡Qué felices son las almas favorecidas así en el servicio del Señor! A Él le suplico cumpla en vos sus designios. No me olvido de vos

delante de su bondad, ni tampoco de la muy respetable M. Boulier, de la cual conservo muy particular estima³.

Os ruego encomendéis a Nuestro Señor a las señoritas de Bisfrand, que están muy afligidas por no tener noticias del R. P. de La Colombière.

No sé si os habréis olvidado de indicarnos en vuestras cartas lo que nos habéis prometido, o si no habéis juzgado oportuno hacerlo. De cualquier modo que procedáis conmigo, estaré siempre contenta y seré la misma para Vuestra Caridad. Estad persuadida de ello y creedme toda vuestra en el amor sagrado [de Jesús].

D. S. B.

CARTA III
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Jesús, tan amable en el Calvario como en el Tabor.

¡Viva † Jesús!

Mayo de 1679

Os confieso, mi querida Madre, que recibí sumo consuelo por el placer que disteis al Señor abrazando su Cruz con alegría y sumisión⁴. Es verdad que Él la ha cubierto de rosas, temiendo que os causa espanto; pero no es esto lo que más debe regocijarnos, sino sentir las punzadas de las espinas que están ocultas debajo, porque entonces el Señor se complacerá en conformaros a Él, y os hará ver que no es menos amable en las amarguras del Calvario que en las dulzuras del Tabor.

³ La M. Ana Serafina Boulier, consultada en diferentes ocasiones por la M. de Saumaise, le había dado seguridad acerca de los caminos extraordinarios de la H. Margarita María.

⁴ Esta Cruz es la del Superiorato de Moulins, adonde la destinaron en mayo de 1679. Eran rosas, el morar en este Monasterio, testigo de la felicísima muerte de Santa Juana Francisca de Chantal. Las espinas, las inseparables del cargo y las largas y peligrosas enfermedades que esperaban a la nueva Superiora en los tres años de su gobierno.

CARTA IV
A LA H. LUISA ENRIQUETA DE SUDEILLES, MOULINS⁵

Espiritual unión de oraciones y afectos.—Una Sociedad con el Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

[1679 o 1680]

Mi respetable Hermana:

Ruego al Sagrado Corazón de Jesús quiera consumir los nuestros en los ardores de su santo amor, el cual, a lo que creo, os ha movido a proporcionar tan grande honor como el de conoceros, a una persona cuyas grandes miserias la fuerzan incesantemente a vivir desconocida y olvidada en todas las criaturas. Pero si la voluntad de nuestro soberano Dueño lo dispone de otro modo, tengo por singular favor de su bondad tener alguna parte en vuestro recuerdo delante de nuestra Señor, el cual hace que corresponda con afecto particular al que Vuestra Caridad me manifiesta, que ciertamente no merezco.

Mas Dios puede cuando quiere sacar gloria para sí de nuestras más insignificantes acciones, como espero ha de hacer ahora con ese deseo que os da de que formemos una especial comunidad de bienes. De mí os puedo decir que no sé hacer bien alguno; pero es Dios conmigo tan bueno, que me permite apropiarme el tesoro de los verdaderos pobres, que es el Sagrado Corazón de Jesús, cuya celestial riqueza puede remediar con exceso nuestra necesidad e indigencia. Con este preciosísimo bien podemos formar esta nuestra compañía, depositando en este Sagrado Corazón todo el bien que podamos hacer con su gracia para cambiarlo con el suyo, que ofreceremos al Padre Eterno en lugar de los nuestros.

He aquí, mi íntima Hermana, nuestra verdadera sociedad y nuestro delicioso retiro: el Corazón adorable de Jesús, en donde viviremos al abrigo de todas las tempestades y en el cual nos veremos y aprenderemos a conocernos. Os confieso que ya os hice allí algunas visitas, porque me parece que el amor os metió muy adentro. En cuanto a mí, es verdad que aspiro a esto; pero no tengo lo que se requiere para entrar, que es un corazón puro, vacío de todo deseo y afecto, humilde y abandonado enteramente al beneplácito del divino amor, que quiere ser su dueño absoluto para disponer de él a su gusto. A Él suplico que no permita le oponamos jamás la menor resistencia y que nuestra amistad sea toda en Él y para Él.

Espero, mi muy respetable Hermana, que me dispensaréis la libertad con que os hablo; no sé hablar de otra manera, sino diciendo sencillamente lo que pienso,

⁵ Era Directora del Noviciado y había abrazado esta devoción movida por la M. de Saumaise.

que no es otra cosa que mi grande estima y afecto a Vuestra Caridad, de quien soy sin reserva en el amor sagrado, mi muy respetable Hermana, vuestra más humilde y obediente e indigna hermana y sierva en Nuestro Señor.

Hermana Margarita María Alacoque

De la Visitación de Santa María.

D. S. B.

Sobre lo que Vuestra Caridad me dice que encomiende a Nuestro Señor, espero que Él será en esto tanto más glorificado, cuanto mayor fuere vuestra sumisión y resignación en este punto a su santísima voluntad, la cual quiere que nos despojemos de todo interés propio; debe bastarnos que Dios esté contento. Bien sé que vos no queréis nada más que esto, ni yo tampoco. Amemos, pues, al Señor, démoselo todo sin reserva. Por este mismo ardor os ruego encarecidamente, mi amadísima Hermana, que os desengañéis respecto a mí; no me creáis lo que no soy.

CARTA V A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

Las gracias que recibe son también para otras personas.—Su único consuelo, ver reinar el Corazón del Salvador.

¡Viva † Jesús!

[Hacia 1680]

Me temo, mi querida Madre, que por mis continuas resistencias, sea un obstáculo a la gloria del Sagrado Corazón. Me parece que Él me manifestó cuánto tendría que sufrir por este mismo amor, y que las gracias que había de hacerme no eran tanto para mí, como para las personas que Él me enviaría, a las cuales quería que respondiese con sencillez lo que Él me pusiese en el pensamiento, puesto que por su cuenta corría aplicar la unción de sus gracias con las cuales había de atraer muchos corazones a su amor. Esto [se me hace presente] en todas mis resistencias.

No os olvido delante del Señor. Él me quita la libertad de escribiros como querría; de tal suerte que cuando tomo la pluma no sé lo que he de escribir; así le dejo [hacer] y me abandono en sus manos. La vida es para mí una cruz tan pesada, que no encuentro en ella otro consuelo sino el de ver reinar el Corazón de mi adorable Salvador, que siempre me favorece con algunos sufrimientos extraordinarios cuando esta devoción tiene algún nuevo acrecentamiento. Pero no hay cosa que para esto no sufriera de buena gana. Todas las más amargas amargas no son más que dulzura en este adorable Corazón, donde todo se trueca en amor.

Quisiera poder vengar en mí todas las injurias que se infieren a mi Salvador Jesucristo en el Santísimo Sacramento; siendo, como sabéis, toda vuestra en el sagrado Corazón de Jesús. Vuestra muy humilde y obediente hija.

Hermana Margarita María
¡Dios sea bendito!

CARTA VI
A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

Sentimientos de afectuosa amistad.—Malas noticias de la salud del P. de La Colombière.

¡Viva † Jesús!

1680

Mi muy respetable Madre:

Es para mí dulcísimo consuelo tener noticias vuestras, aunque me parece que el saber o no saber las otras me tiene sin cuidado. Pero vos sois siempre mi buena Madre, hacia la cual el Señor me da lo que no sé decir, como tampoco me es posible olvidaros en la presencia de Dios, a quien suplico cumpla en nosotras todos sus designios. Y que haga lo mismo con la señora de N., a quien tenemos ahora en casa con ánimo de ser religiosa, por el ardiente deseo que tiene de cumplir la voluntad de Dios. La recomiendo a vuestras santas oraciones, con el R. P. de La Colombière, del que nos pedís noticias. No se ha repuesto del todo en su salud, según dice a la señora de L ..., porque yo por mi parte no he recibido carta suya. No es que me haya dado yo el honor de escribirle, sino que a él no le ha parecido conveniente responderme. Pero de cualquier modo que me trate estoy muy satisfecha, porque sé que ni él ni yo queremos otra cosa que la voluntad de Dios a la cual estoy muy sumisa. Esto es lo que puedo decir de él por ahora⁶.

Respecto a las comuniones, haré por obediencia lo que Vuestra Caridad desea; y querría poder manifestar el sumo interés con que miro vuestras cosas en lo que se refiere a los intereses del Señor, que bien sé yo queréis sobre todo lo demás.

⁶ Volvió a Francia el P. de La Colombière a principios de 1079, viendo con grande pena que se le escapaba de las manos la palma del martirio. Pero por una muerte lenta y diaria, el confesor de la fe acabó de fabricarse la corona de gloria; fue debilitándose hasta 1682. Durante los tres años que precedieron a su muerte, sus Superiores le dieron en Lyon un empleo compatible con el agotamiento de sus fuerzas: la dirección espiritual de los jóvenes escolares de la Compañía. Desde esta residencia escribía de vez en cuando a algunas de sus hijas espirituales de Paray.

Dejo a las otras el consuelo de daros noticias, porque yo no lo sé hacer; pero rogad al Señor que me haga digna de cumplir en todo su voluntad, y que le podamos amar sobre todas las cosas. En este amor soy toda vuestra.

CARTA VII A LA H. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Con qué íntimos y delicados lazos une a los suyos el amantísimo Corazón.—La exhorta en su cargo de Maestra de novicias.—«El amor divino no sufre mezcla de cosa alguna».

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de
Paray, 6 de junio de 1680

Mi respetable y amadísima Hermana:

Ruego a este divino espíritu de amor quiera llenar vuestra querida alma de sus más preciosos favores y nuestros corazones de su divino fuego, a fin de que no procedamos en nada, más que por el impulso que Él nos dé. Muy grande me lo daría Nuestro Señor para corresponder a vuestra delicada bondad, mi amadísima Hermana, si mi indignidad no me redujera a un continuo desprecio de mí misma, pues no puedo comprender cómo hay quien se acuerde de una criatura tan ruin, que sin embargo os ama en el Sagrado Corazón de Jesús más de lo que con palabras podría deciros. Pero como en nada puedo servirlos, creía que ya no pensabais en mí, aunque yo no me olvido de vos en la presencia del Señor, a quien me vienen ganas de quejarme de que todos los días vengáis desde tan lejos a visitarme entre las dos elevaciones de la Santa Misa; os hallo presente en mi alma, y después de haber dicho juntas a nuestro divino Maestro lo que deseáis, os retiráis suavemente, al mismo tiempo que me decís como en la carta; «no se me enfade».

Pero ¿cómo iba a poder enfadarme con mi amadísima Hermana? Porque sabéis ganar tan bien los corazones, que si yo no estuviera persuadida de que es para llevarlos al Señor, verdaderamente le rogaría que me librara de vos. Pero no hay que temer cosa ninguna en esta unión de nuestros corazones, pues que el autor de ella es el Señor. ¡Sea Él siempre glorificado!

A su bondad he recomendado encarecidamente esta querida Hermana de quien Vuestra Caridad me habla. No tengáis pena, porque espero que si se lo pedís a nuestro soberano Dueño, no permitirá que arraigue en su huerto, la santa religión, esta planta, si el Padre celestial no la hubiera plantado. Es verdad que el cargo de guiar las almas a Dios es más de temer de lo que se puede decir, por su misma importancia; pero ¿a qué temer, cuando quien os ha impuesto esa carga

es todopoderoso para hacer que procedáis en todo según su santa voluntad, la cual jamás encontrará resistencia en nosotras, sea como sea el modo con que se sirva disponerlo?

Mas es preciso darlo todo para tenerlo todo; el amor divino no sufre mezcla de cosa alguna. Interesaos, pues, por mí en este asunto; puesto que Vuestra Caridad me honra con su amistad, que sea para procurarme el amor de mi Dios, por vuestras santas oraciones. Visitémonos con frecuencia, querida Hermana, para este efecto, en el Sagrado Corazón de Jesucristo, y cuando no me encontréis, importunadle hasta que su misericordia me coloque en él; y allí tendremos sin temor nuestras conferencias espirituales e íntimas comunicaciones de nuestra verdadera dilección por este adorable Corazón, en el que soy con respeto

Vuestra muy humilde e indignísima Hermana y sierva,

Hermana M. Margarita.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Nuestras queridas Hermanas, María Amada y de Lyonne, os saludan con mucho respeto y grande afecto. — Me he equivocado, es a vuestra respetable Madre (*de Saumaise*) a quien dirigen estos saludos.

Adiós, mi amable hermana: me parecería no haberos dicho nada si la Cruz de nuestro [Señor] no tuviera algún lugar en nuestra conversación. ¡Oh, qué dichosa seréis si la sabéis llevar como conviene, quererla y acariciarla por amor de Aquel que la ha amado tanto por nuestro amor, que quiso morir en sus brazos! No tengamos, pues, otro estudio que el de amar y sufrir en este amor; y cuando hubiéremos adquirido esta ciencia con toda perfección, sabremos y haremos todo lo que Dios quiere de nosotros.

CARTA VIII A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

Admirables sentimientos de profunda humildad.— «El inapreciable tesoro de su Cruz».—Gracias por un regalillo.

¡Viva † Jesús!

1680

Mi respetable Madre:

Imposible sería negar más tiempo a mi corazón la dulce satisfacción que tiene en conversar con Vuestra Caridad, que me asegura que Nuestro Señor lo quiere; y yo no lo dudo, pues os obliga a continuar usando conmigo de la misma bondad y caridad que tuvisteis siempre, desde que me cupo la dicha de ser vuestra indigna hija, que quisiera dar gusto al deseo de vuestro corazón maternal de saber noticias mías.

Nunca, como ahora, manifestó mi Dios tanta misericordia y amor para conmigo; pero por mi parte nunca fui tan ingrata, infiel y mala, pues no soy más que una mezcla de orgullo y de malicia, que se opone continuamente a su bondad con las resistencias a su voluntad y con la frialdad a su amor, que me hace tan floja a su santo servicio, que tengo horror de mí misma, cuando considero la vida que llevo, que es toda sensual y llena de pecados. ¡Dios mío, mi querida Madre, cuánta necesidad tengo de vuestras oraciones, para conseguir que la bondad divina no se canse de esperarme a penitencia; pero sobre todo que no me prive de amarle por toda la eternidad por no haberle amado en el tiempo! Este es el riguroso castigo que temo; todo lo demás no hace ninguna impresión en mi espíritu.

Pero qué bueno es Dios, mi querida Madre; porque aunque mi vida le ofenda tanto, no me priva del inapreciable tesoro de su Cruz. Y aunque la llevo en calidad de criminal, ella es, sin embargo, la que endulza la prolongación de mi destierro, en el que no puede haber para mí otro contento que amar a Dios y sufrir por este amor. Pero, ¡ah, qué haría yo si la cruz se alejara de mí, pues ella es la que me hace esperar en su misericordia! Ella es todo mi tesoro en el adorable Corazón de Jesucristo; en ese Corazón tengo con la cruz todo mi placer, mis delicias y mi gozo. ¡Mas si supierais el mal uso que de ella hago, sobre todo de estas queridas humillaciones y abyecciones, acompañadas de opresiones y angustias de toda clase! Y me parece que mi alma algunas veces está reducida al extremo de la agonía, no obstante el gusto que experimenta en nadar en este océano de amargura que considero como las más dulces caricias de nuestro divino Esposo; por lo cual me reconozco indigna de estos inestimables favores. Pedidle que sepa aprovecharme de ellos en adelante, guardándome de poner obstáculos al divino querer. Tengo necesidad de su fortaleza para soportarme a mí misma.

[Os ruego me perdonéis si mi amor propio me hace buscar este pequeño consuelo al lado de mi buena Madre, que perdonará la molestia que le ocasiona aquella que no la olvida en la presencia de nuestro soberano Señor. ¡Qué necesidad tengo de su fortaleza para sostenerme! Encomiendo a vuestras oraciones a la pobre Hermana N...; el enemigo levanta contra ella rudos combates. Ojalá Dios la saque victoriosa, así como también a nuestra querida Hermana N ..., dos almas buenas a quienes me hace Nuestro Señor la gracia de querer más cada día, así como a Vuestra Caridad, mi amadísima Madre. Quisiera poder manifestar el reconocimiento que en mi corazón guardaré siempre para vos; si llego a morir sin pagaros lo que os debo, será porque en vida no pude hacer

más. Por lo demás, os doy gracias por las lindas tijeras que he recibido de Vuestra Caridad; las llevo por amor vuestro, aunque son demasiado buenas para mí. Yo os ruego que creáis que no hay nadie en el mundo que sea de Vuestra Caridad con más respeto y afecto en el sagrado Corazón de Jesucristo.]

Una palabrita a vuestra indigna hija, como Dios os inspirare, mi querida Madre. Yo no sé decir nada a los que amo, si no les hablo de la Cruz de Jesucristo; y cuando me preguntan las gracias que Nuestro Señor me hace a mí, indigna pecadora, no sabría hablar sino de la felicidad que hay en sufrir con Jesucristo; porque no veo nada más digno de estima que sufrir por su amor, en el que soy toda vuestra.

D. S. B.

CARTA IX A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

Milagrosa curación.—La única dulzura de su vida, la Cruz.—Ardiente súplica de que queme todas sus cartas.

¡Viva † Jesús!

10 de julio de 1680

Os confieso, mi respetable Madre, que cumplo con gusto la orden que la nuestra muy querida nos ha dado de comunicaros noticias sobre el estado de mi salud. Os diré que Nuestro Señor, el día de la fiesta del Santísimo Sacramento, me hizo la misericordia de sacarme de repente de la excesiva debilidad a que estaba reducida, porque después de la sagrada Comunión me encontré con tantas fuerzas y salud como antes de haber guardado cama, donde estaba hacía un mes, y desde entonces he tenido la dicha de seguir el orden de la Comunidad⁷.

He querido deciros esto, mi querida Madre, para moveros a reparar mis ingratitudes, que son mayores que nunca para con nuestro buen Dios, cuyo proceder es tan lleno de amor y de dulzura con una criatura tan indigna y que tanto le ha ofendido, que confieso que no haría más que tratarme muy justamente si me abandonase a todos los rigores de su divina justicia; pero todavía quiere darme algún tiempo para ejercitar la caridad de nuestras Hermanas y proporcionarme ocasión de llorar mis pecados y comenzar de nuevo a sufrir, si se puede llamar sufrimiento la felicidad de participar de la Cruz del Salvador.

⁷ Esta curación es un hecho notable en la vida de la Santa, completamente averiguado.

¡Ah, qué precioso es para mí el estado de enfermedad y humillación!; porque creo que nada hay que me sea más útil y necesario; esto es lo que me endulza la duración de la vida en medio del deseo que me persigue constantemente de salir de ella. Bien es verdad que yo la acepto por todo el tiempo que plazca a mi Soberano Dueño, no queriendo nada, sino que se haga en todo su santa voluntad, que no es menos amable en la aflicción que en la consolación.

¡Cuán grande lo sería para mí, mi querida Madre, el que me volviérais a prometer lo que ya me asegurasteis!: que quemaríais mis cartas, de suerte que jamás nadie vea ni sepa de dónde han salido, porque no deseo menos ardientemente quedar sepultada en el desprecio y olvido después de mi muerte que durante mi vida; y me fío tanto de vuestra amistad, que no podría creer me rehusarais este favor, lo mismo que el de persuadirme de nuestra unión en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Jesús, a quien suplico continúe haciéndonos esta gracia en la eternidad; y si yo os olvidara delante de su divina bondad, sería preciso que me olvidase de lo que me es más querido. Os digo como a mi buena Madre, que tengo al presente suma necesidad de vuestras oraciones, a fin de que me obtengan la fortaleza para llevar a cabo el perfeccionamiento de los designios de Dios sobre mí, que soy en los Sagrados Corazones de Jesús y María, vuestra.

D. S. B.

CARTA X A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

Liberalidades de su Soberano Dueño.—El Señor quiere al P. de La Colombière en la Cruz.—No otro contento que el de no tener ninguno.

¡Viva † Jesús!

[Noviembre de] 1680

Vos sois siempre la querida Madre de mi corazón que os ama en el de nuestro amable Salvador, con todo el afecto de que es capaz. Estoy persuadida de que no dudáis de esto, puesto que no tengo secreto para vos, y os descubro con gusto singular las misericordias de nuestro Soberano Dueño con la más ingrata de todas las criaturas. Sus liberalidades conmigo son tan grandes, que me es imposible manifestárselas a Vuestra Caridad. Os diré, sin embargo, que se porta conmigo como un padre lleno de amorosa ternura que guía a su hijito, sobre todo durante mis ejercicios, pues parecía complacerse en colmarme de dulzuras. Pero no podía decidirme a gustarlas en esta vida, pues no encuentro en ella contento, sino en el que Él tiene en hacernos bien, puesto que las cruces, desprecios, dolores y aflicciones, son los verdaderos tesoros de los amantes de Jesucristo crucificado.

Rogadle, mi querida Madre, que no me deje un momento sin este contento en el cumplimiento de su santa voluntad, que se manifiesta en los padecimientos del R. P. de La Colombière; porque habiéndole encomendado una vez a su bondad, me dijo: «Que el siervo no era más que el Señor, y que nada había tan provechoso para él como la conformidad con su querido Maestro. Y aunque, según el parecer humano, parecía más gloria de Dios que gozase de salud, débansela mucho mayor sus padecimientos, porque hay para cada cosa su tiempo. Hay tiempo para sufrir y tiempo para trabajar, tiempo para sembrar y tiempo para regar y cultivar».

Esto es lo que él hace al presente, porque el Señor tiene gusto en dar precio inestimable a sus sufrimientos por la unión con los suyos propios, para derramarlos después como un rocío celestial sobre esta semilla que Él ha sembrado en tantos lugares y para hacerla crecer y fructificar en su santo amor. Sometámonos, pues, mi querida Madre, a las órdenes de nuestro Soberano y confesemos, a pesar de parecernos las cosas ásperas y molestas, que es bueno y justo en todo lo que hace, y que merece en todo tiempo alabanza y amor.

¡Si supierais cuánto me insta a amarle con un amor de conformidad a su vida dolorosa! Y como me quiere en continuos actos de sacrificio, me ofrece Él los medios para ello en la ocupación en que me ha puesto, en donde veo con gusto que cada acción es para mí un nuevo sacrificio, por la repugnancia que me hace la gracia de sentir en ella, y que tanto contento da a este Espíritu, dueño del mío, que me obliga con frecuencia a decir, a pesar de todas las oposiciones naturales, que es bueno caminar por la fuerza de su amor en sentido contrario a nuestras inclinaciones, sin otro placer ni contento sino el de no tener ninguno, puesto que nos debe bastar que nuestro buen Dios reciba contento del modo y forma que a Él le agrade.

Mayor sería mi gozo, si en vez de escribiros pudiera hablaros; hasta creo que de palabra os manifestaría mejor los sentimientos de mi corazón, que recibe mucho consuelo con la lectura de vuestras cartas; y aunque estoy muy contenta de que no se piense más en mí, me parece sin embargo que Nuestro Señor quiere que vos penséis y que yo nunca os olvide. Por el amor del Sagrado Corazón ved algunas veces el billetito que guardáis, porque Él tiene gusto en ello.

¡Cuán obligada os quedaría, mi buena Madre, si me hicieseis el favor de quemar todo lo que tenéis mío! Hagamos todo lo que nos sea posible para procurar honor y amor al Sagrado Corazón de nuestro Esposo, que me hace siempre toda vuestra en su santa dilección.

D. S. B.

CARTA XI
A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

La felicita el nuevo año.—Vivir solamente para tener la dicha de sufrir por amor.—Las únicas noticias que sabe la Santa.

¡Viva † Jesús!

16 de febrero de 1681

Mi querida Madre:

Después de desearos en este nuevo año la plenitud del puro amor divino, el cual ioyalá por sus santos ardores nos transforme en sí mismo!, os diré que muy contra mi voluntad tuve que privarme tan largo tiempo del consuelo que Nuestro Señor me da en escribiros, aunque me haga sentir igualmente pena en ello. Pero mis dolores de cabeza no me permiten escribir mucho. No deja de complacerme el pensamiento de que Vuestra Caridad será siempre para mí la misma en afecto y bondad. Me parece que, por lo que a mí toca, no podría, aunque quisiese, perder el recuerdo de mi amadísima Madre delante de Nuestro Señor, quien me hace la misericordia de favorecerme con su Cruz. ¡Ay!, es verdad que es la herencia de los elegidos en esta vida, pero tengo muchos motivos para temer no sea para mí la de una réproba por el mal uso que hago de ella. Sé sin embargo que es éste el mayor bien que deberíamos desear; conformarnos con Jesús en sus padecimientos, puesto que no debemos desear vivir sino para tener la dicha de sufrir por amor; pero nunca según nuestra elección.

¡Dios mío!, mi querida Madre, qué necesidad tengo de que me ayudéis con vuestras oraciones, para entregarme enteramente a su santa voluntad, para todo lo que quiera hacer de mí, ya que la vida me es un martirio; aunque os puedo asegurar que tengo al presente todo lo que me la pueda hacer dulce, que es habitar en nuestra querida celda en la que encuentro tantas delicias, que razón tengo de temer no me reserve el Señor más que suplicios para la eternidad donde no temo otro que el de estar privada de amarle; pero es menester amarle tanto en esta vida que nos hagamos una misma cosa con Él, a fin de que nunca nos podamos separar. Esto es lo que le pido con todo mi corazón; y para vos, que desempeñéis bien el cargo que Él os ha dado.

Mucho me hubiera agradado responder satisfactoriamente a lo que me preguntabais en vuestra última carta, pero, ¡ay!, ¿qué podéis esperar de tan vil y miserable pecadora como yo, que os causaría horror y compasión juntamente si me conocieseis al presente? Diríais que Dios es excesivo en misericordia conmigo y os suplico, mi querida Madre, que le deis gracias por ello y le pidáis perdón de mis infidelidades. Yo espero que su bondad no os rehusará lo que deseáis para su gloria, con tal que con confianza le busquéis y lo esperéis todo de Él solo.

Tengo que deciros para vuestro consuelo, porque creo que me amáis, que Dios me ha dado una verdadera Madre, toda bondad y caridad para conmigo (*la M. Greyfié*). Si tuviera tiempo, sería para mí muy dulce satisfacción manifestaros lo que pienso acerca de ello, y sobre la gracia que Dios me hace de sumirme en las humillaciones que tanto contentan a mi espíritu, hasta tal punto, que tendría por muy duro castigo verme privada de ellas, y estar un momento sin sufrir, pues me parece que todas las horas pasadas sin sufrimiento son perdidas para mí; y así os puedo asegurar que no deseo vivir sino para tener la dicha de padecer. Eso es lo único que puede contentar mi corazón y mi espíritu: hablar de estas cosas con aquellos a quienes amo. No tengo otras noticias que contar; porque todos los otros discursos son para mí horrible suplicio y todas las demás gracias no pueden compararse con la de llevar la cruz por amor con Jesucristo. Decidme para mi consuelo, si su bondad os favorece al presente con este bien. Pero no creáis que, aunque hablo así del sufrimiento, sufro yo mucho. ¡Ay!, me parece no he sufrido nada, y por consiguiente que no he hecho nada por mi Dios. En su santo amor soy y seré siempre con respeto vuestra muy..., etc.

Hermana M. M. Alacoque

CARTA XII

A LA H. MARÍA BERNARDA PAYELLE, CHAROLLES

**Qué es amor de conformidad.—«Donde hay menos de nosotros, hay más de Dios».—
Sentimientos de afectuosa amistad en el Sagrado Corazón.**

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
22 de julio de 1681

Mi respetable y amadísima Hermana:

Como el amor es el único que produce en nosotras el deseo de conformidad con nuestro soberano Maestro, no podremos conseguirlo si no es amándole sobre todas las cosas y despreciando todo lo demás, como hizo su verdadera y perfecta amante Magdalena. A ella le suplico quiera inflamar nuestros corazones en el mismo fuego en que se consumía el suyo a los pies de su Salvador, a fin de que no encuentre Él ya en nosotros resistencia ninguna a su adorabilísima voluntad, cualquiera que sea la disposición en que a Él le plazca ponernos.

Porque para un corazón que ama, lo mismo es la aflicción que el consuelo, la salud que la enfermedad. Con tal de que nuestro buen Dios esté contento, esto nos debe bastar, pues no queremos sino agradarle; y sabéis mejor que yo, carísima, que como Él no puede encontrar nada grande fuera de sí mismo, se complace en

abajar su grandeza hasta nuestra pequeñez, para glorificarse en nuestras enfermedades.

Os confieso que cuando ruego a Dios por Vuestra Caridad, lo que hago ordinariamente en la Santa Misa, no podría pedir que os libre de la cruz, porque me parece que esto sería querer privaros del mayor bien que podemos tener en esta vida, que es la conformidad con Jesucristo en sus padecimientos. Ni tampoco sería capaz de pedirle que os quite esta repugnancia que sentís a la enfermedad, pues creo que en esto consiste nuestro mérito, en cuanto que allí en donde hay menos de nosotras mismas, hay más de Dios. Pero tengo que deciros con sencillez, mi querida Hermana, como a íntima mía, el pensamiento que me viene cuando os ofrezco a su Corazón adorable: sumisión ciega a todas las cosas en que Él os ponga y a todo lo que le agradare hacer de vos; y si no me engaño, en esto está comprendido todo lo que Él quiere de vos.

Me confunde mucho tener que hablar de este modo a Vuestra Caridad; sólo me es posible hacerlo así cuando se trata de un alma a quien su bondad hiciera que quiera tanto como quiero a la vuestra, por lo que me intereso más de lo que pensáis. Haced lo mismo por mí en la presencia de nuestro buen Maestro, el cual sabe la necesidad que tengo de vuestras santas oraciones, pues me hallo tan desprovista de todo bien.

Por lo demás, estoy muy lejos de ofenderme porque nuestra querida H. María Teresa (*de Thélis*) os enseña nuestras cartas; tengo en eso mucho gusto, así como también en guardar para con Vuestra Caridad particular respeto y singular reconocimiento por tantas bondades como tuvisteis siempre con ella. Yo os ruego que continuéis tratándola del mismo modo, pues con ello me obligaréis mucho.

Respecto al deseo que manifestáis de obtener de Nuestro Señor una verdadera sumisión y entrega a las órdenes de su Divina Providencia, os prometo, con el consentimiento de nuestra amadísima Madre, decir por vuestra intención durante un mes las letanías del amorosísimo sacramento del Altar y comenzaré el primer día de agosto por la Santa Comunión. Os ruego, pues, que os unáis a mí, porque no obtendremos nada sino por nuestra confianza; y creed, mi amadísima Hermana, que en esta ocasión y en cualquiera otra, tendré sumo placer en poderos probar cuán verdaderamente os amo en el Sagrado Corazón del adorable Jesús, el cual por su santo amor, nos una a Él en el tiempo y en la eternidad.

Vuestra muy humilde e indigna Hermana y sierva en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Mi amadísima Hermana:

Os estoy doblemente obligada por la estima y afecto que manifestáis tener a nuestra amadísima Madre, y más aún que si fuera a mí misma. No me atrevo a declararme acerca de esto sino con mi silencio, que creo os lo hará conocer mejor que pudieran hacerlo mis palabras. Ella os saluda con sincero amor y os suplico que tengáis la bondad de presentar a la vuestra, muy respetable, mis más afectuosos y respetuosos saludos, y decidle que la amo con verdadera y sincera caridad.

CARTA XIII A LA M. DE SAUMAISE, MOULINS

«Déjame hacer a mí».—Sus terribles perseguidores.—Horribles repugnancias en la parte inferior.—Cómo la trata su Soberano.—Últimas noticias del P. de La Colombière.

¡Viva † Jesús!

1682

Mi queridísima Madre:

Satisfacción dulcísima sería para mí poder contaros mis miserias, que os harían comprender mejor las grandes misericordias de nuestro Soberano Maestro conmigo. Entre ellas pongo mi enfermedad como una de las más preciosas y provechosas para mí. Sí, os aseguro que la cruz de las enfermedades y humillaciones me es tan necesaria, que mi Soberano Dueño me ha dado a conocer que sin ella no habría podido evitar otra muy peligrosa para mí, según entiendo. Ya no tengo que andarme mirando a mí misma, ni a lo que a mi Soberano Dueño le plazca hacer de mí; porque Él me ha dicho que jamás me negará sus cuidados, sino cuando yo me preocupe de mí misma; lo cual experimenté con frecuencia por mi infidelidad, que tantas veces echó por tierra mis deseos. Pero ya no tengo otro más que el de cumplir lo que me ha dicho tantas veces: *Déjame hacer a mí.*

Además, ha puesto dentro de mí tres perseguidores que me atormentan continuamente. El primero, que produce los otros dos, es un deseo tan grande de amarle, que me parece que todo lo que veo debería trocarse en llamas de su puro amor, a fin de que Él fuese amado en su divino Sacramento. Y es un martirio para mí ver que le aman tan poco y que haya tantos corazones que rehúsen ese puro amor, dejándole en el olvido y desprecio; si al menos yo le amase, mi corazón tendría algún alivio en su dolor; pero soy la más ingrata e infiel de todas las criaturas, llevando una vida sensual por el amor que me tengo a mí misma.

Me siento continuamente obligada a sufrir con repugnancias horribles en la parte inferior, que hacen mis cruces tan pesadas, que sucumbiría mil veces si el Corazón de mi adorable Jesús no me sostuviese y asistiese en todas mis necesidades. Y mi corazón queda siempre sediento de sufrir en medio de mis continuos padecimientos, experimentando mi alma agonías grandísimas por no poder separarse todavía del cuerpo. No hay para mí más duro sacrificio que el de la vida; sin embargo, lo acepto hasta el día del juicio si mi Dios así lo quiere, bien que el recuerdo de la separación de mi Soberano sea para mí más duro que mil muertes. Todo me aflige y atormenta por no poder amar únicamente a mi divino amor, el cual me favorece siempre con su santa presencia, y Él mismo me enseña a expresároslo así.

Es como si un poderoso monarca, deseoso de ejercitar la caridad, echase una mirada sobre sus súbditos para escoger al más pobre, miserable y destituido de todo bien; y habiéndole encontrado, le enriqueciese con la profusión de sus liberalidades, de las cuales la mayor sería quererle abatir hasta caminar siempre al lado de este pobre miserable, llevando una antorcha resplandeciente con su púrpura real; y después de haberse dejado ver, ocultase esta luz en la oscuridad de la noche para dar más confianza a este pobre miserable de acercarse a Él para oírle y hablarle confiadamente, recibir sus caricias y hacérselas a Él, proveyendo a todas sus necesidades y teniendo cuidado de todo lo suyo.

Y como si después de esto viniese esta criatura a separarse de su bienhechor y a serle infiel, y Él no se sirviese de otro medio para castigarla, que sacar otra vez la luz que había ocultado para hacerle ver quién es Él y quién es ella. Él todo resplandeciente de hermosura y ella cubierta toda de fango, llagas y de toda suerte de inmundicias; y que viese al mismo tiempo la grandeza de su malicia e integridad opuesta a las bondades de este Soberano. No sé si me explico bastante para hacerme comprender lo que os digo.

Así es, poco más o menos, cómo este Soberano Dueño trata con su indigna esclava. Es verdad que esta divina presencia produce en mí diversos efectos, porque algunas veces me elevo al colmo de todo bien, cuyo goce sobrepaja toda ponderación, y entonces no puedo decir otras palabras que éstas: «¡Oh vida mía, mi amor y mi todo! ¡Vos sois todo para mí y yo soy toda para Vos!» Otras veces me abate hasta el fondo de mi nada, en donde sufro muy grande confusión al ver este abismo de toda miseria tan cercano al abismo de toda perfección, y otras se imprime en mí de un modo que me parece que no me queda más ser y vida que Él, lo cual hace de una manera dolorosísima que me obliga a decir incesantemente:

*Quiero sufrir sin queja en mi dolor;
No me deja tener su puro amor.*

Pero sería molestaros el contaros todas estas cosas por menudo, puesto que Dios es un abismo incomprensible de todo bien, y mi gloria debe estar como Él me lo ha enseñado, en no mirarme sino como el juguete del beneplácito de su Corazón adorable, que es todo mi tesoro. Yo os confieso que no tengo otro que a mi Salvador Jesucristo. También me dice Él con frecuencia: *¿Qué harías tú sin mí? ¡Qué pobre serías!*

Respecto de las otras gracias y dones que recibo de su bondad, es preciso deciros que son muy grandes, pero el Dador vale más que todos sus dones. Mi corazón no puede amar, ni aficionarse sino a Él todo. Todo lo demás es nada, y no pocas veces no sirve más que para impedir la pureza del amor y para meter la separación entre el alma y su Amado, que quiere ser amado sin mezcla y sin interés. Os ruego que deis gracias al Señor por sus grandes misericordias, etc.

[He aquí una palabrita que os digo para satisfacer el deseo de vuestro corazón maternal que quiere tomar parte en los intereses de vuestra primera hija (*había profesado en sus manos*). Os ruego que deis gracias por mí a Nuestro Señor por la grandeza de sus misericordias. Réstame deciros que he (cumplido) el (encargo) que me disteis en vuestra última para el R. P. de La Colombière, de lo que ha manifestado mucho contento, sobre todo de saber noticias vuestras, asegurándome que no os olvidaba. Está muy mal⁸; cuando esté un poco mejor os escribiré. Yo le he visto dos veces; le cuesta mucho trabajo hablar, y puede ser que lo disponga Dios así a fin de tener más gusto y sosiego para hablar a su corazón. El mío es todo vuestro en el del amable Jesús.]

D. S. B.

⁸ Había vuelto a Paray en agosto do 1681 y, minado por la enfermedad, falleció allí mismo el 15 de febrero de 1682.

CARTA XIV

A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS⁹

La inspira confianza en Dios para llevar la cruz de su nuevo cargo.—Qué significa el de Superiora.—Sentimientos de espiritual amistad.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
1 de julio de 1682

Es verdad, mi muy respetable Madre, que si yo fuera delante de Dios lo que la caridad os hace creer, tendría gusto en probaros, según toda la extensión de mi afecto, la estima que tengo de Vuestra Caridad, a quien quiero muy particularmente. Pero no valgo más que para detener el curso de las misericordias del Señor. No os engañéis más, porque para deciros todo en una palabra de verdad, no soy más que una mezcla de toda miseria, impotente para todo bien e indignísima de las gracias de Dios, aunque espero que su bondad no nos rehusará las que nos son necesarias para cumplir con nuestra obligación.

Cierto es, mi querida Madre, que la vuestra es mayor ahora y que su peso nadie puede aliviarlo, sino Aquél que ha prometido hacernos la carga ligera; pero esto se entiende cuando Él nos la impone por su elección. Él lleva lo más pesado de ella, haciéndose nuestra fuerza y nuestro sostén, y hasta como Padre benignísimo, escucha nuestra fragilidad, de suerte que abandonadas en sus brazos no tenemos nada que temer, con tal de que, desconfiando de nosotras mismas, lo esperemos todo de Él. Todo lo que viene de la criatura es mucho de temer y no debemos fiarnos de ello.

Me alegro de que nuestro buen Salvador os haga ver estas circunstancias que agravan el peso de vuestro cargo, porque quiere que sean para vos ocasión de recurrir con más frecuencia a su bondad. Él convertirá todas estas cosas en gloria suya y bien de vuestra alma si secundáis sus designios, como creo yo que lo hacéis; y tanto más cuanto que este empleo impone, como Vuestra Caridad sabe, una obligación más estrecha, y me parece que esta palabra, Superiora, no significa otra cosa que una imagen viva de Jesucristo, a quien debe representar en todo. Cuando Él levanta a uno a esta dignidad quiere de él un entero desprendimiento de todo interés propio, dejándole a Él el cuidado de nosotros

⁹ Iniciado por la M. de Saumaise en la amable devoción del Corazón de Jesús, el Monasterio de Moulins progresaba en ella de día en día. Pero su mal estado de salud, obligó al Monasterio de Dijon a reclamar su vuelta.

Sucedió a la M. de Saumaise como Superiora del Monasterio de Moulins, la H. Luisa Enriqueta de Soudeilles. La unión y amistad con nuestra Santa fue, desde entonces, más íntima, y la correspondencia más seguida. La nueva Superiora, sintiendo todo el peso de su cargo, que se agravaba con penosas dificultades, pidió luego a su Santa amiga el doble socorro de su consejo y de sus oraciones.

mismos, para no pensar más que en desempeñar bien su obra, no mirar en todo sino a su mayor gloria, no amar más que por el amor del Sagrado Corazón de Jesucristo, y no obrar sino según su espíritu, dejándole vivir, reinar y obrar a Él tanto cuanto nos sea posible. Me parece que no hay cosa que tanto se deba temer, ni nada más difícil que dar cuenta de otro.

Pero, ¡Dios mío!, mi querida Madre, yo no sé por qué pone vuestra humildad a mi orgullo en esta contingencia de manifestarse como es. ¡Ay!, pero ¿en qué voy a poder servir de provecho ni yo ni mi carta, si no hago más que decir, por ignorancia e inconsideración, todo lo que me viene al pensamiento sin poderlo hacer de otro modo? El Señor sabe cuánto os amo, y el deseo que tengo de que Él llene vuestro corazón con la abundancia de sus gracias y de su puro amor, que seguramente os dará con toda liberalidad, después que, correspondiendo a las luces que os diere, hubiereis dulcificado la amargura que su Corazón adorable ha recibido. Por su cuenta corre dároslo a conocer; haced con toda paz lo que os inspire.

Perdonad, mi amadísima Madre, la mucha libertad que me he tomado, la cual hace que nunca quisiera yo escribir. Asistidme con el auxilio de vuestras santas oraciones, que de mí os aseguro que jamás me olvidaré de vos delante de Aquél a quien suplico quiera unir nuestros corazones para siempre en su amabilísimo Corazón.

Vuestra muy humilde e indignísima Hija y Sierva,

Hermana M. M.
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA XV

A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Le promete sus oraciones.—Le aconseja sobre las nuevas vocaciones.—Alegría de ver de paso en Paray a la Madre de Saumaise.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
7 de julio de 1688

No acierto, respetable Madre mía, a salir de la confusión en que me pone el honor que me hacéis del que soy tan indigna, pues confieso que se necesita tener toda la bondad y humildad que Vuestra Caridad tiene para favorecerme con su amistad, a la cual querría yo corresponder tanto como merecéis.

Pero si es tanto como querría, será tanto como Nuestro Señor Jesucristo me diere el poder de hacerlo, puesto que vuestra amistad no aspira otra cosa que a unirnos a su Corazón adorable, al cual os presento con frecuencia, para que cumpla en vos todos sus designios y sea Él mismo vuestra fortaleza y sostén, para ayudaros a llevar animosamente el peso de vuestro cargo. Para esto haré por vos, con permiso de la obediencia, una novena de letanías al Santísimo Sacramento; pero tenéis que unir vuestras oraciones, porque las mías pueden muy poco por mi poco amor a Dios. Pedidle para mí, mi querida Madre, que me enseñe a amarle olvidándome de mí misma, siguiendo el ardiente deseo que de eso me da; aunque por desgracia no correspondo a él.

Tenéis mucha razón en temer la elección de las jóvenes llamadas a la vida religiosa, porque en verdad es una cosa tan difícil, que si Nuestro Señor mismo no lo hace, es peligrosísimo engañarse en esto. Pero hay que dejar que Él obre en los espíritus que se presenten, y no contribuir nosotros más que en donde nos haga ver ser necesario a su gloria, y entonces no deben asustarnos las dificultades, porque cuando es verdadero llamamiento de Dios, Él hace que podamos vencer los obstáculos, aunque es menester pedírselo encarecidamente. A mí me parece que cuando no miramos más que a Dios, ni buscamos otra cosa que su divina gloria, no hay nada que temer, puesto que Él sólo mira a la buena voluntad del corazón que le ama. Deseo que el vuestro, al cual quiero infinitamente en su Corazón adorable, mil y mil veces se consuma en los ardores de este puro amor que con suma consideración me hace, mi muy venerada Madre, vuestra muy humilde y obediente hija y sierva en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

He tenido el gusto de hablar a vuestra querida Hermana, que me ha dado mil pruebas de amistad de vuestra parte, y no sé, mi amadísima Madre, cómo manifestaros mi gratitud por eso y también por la parte que Vuestra Caridad toma en mi alegría de volver a ver a nuestra respetable Hermana depuesta. Pero ¡ay!, ¿qué son los goces de esta vida si en ella no hay nada sólido? Todo pasa como un sueño; y no puedo comprender que un corazón que quiere amar a su Dios y que le busca, pueda encontrar algún contento fuera de Él. Es también necesario que este '*nosotros mismos*' desaparezca del todo; yo por mi parte no veo otra felicidad en la vida que permanecer siempre oculta en su nada, sufriendo y amando en silencio, abrazar nuestras cruces y alabar y bendecir a Aquél que nos las da.

CARTA XVI
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Afectuosos sentimientos de caridad.—Cuál es el verdadero amigo de nuestros corazones.—«La Cruz es el trono de los verdaderos amantes de Jesucristo».

¡Viva † Jesús!

[25 de agosto] de 1682

Con verdadero gusto, mi querida Madre, aprovecho esta ocasión para manifestaros de nuevo el sincero y respetuoso afecto de mi corazón, que más que nunca es ahora vuestro en el Corazón de Jesucristo, cuya voluntad es que Vuestra Caridad continúe conmigo en su afecto y bondades maternas. Puedo aseguraros que jamás me olvido de vos en su santa presencia, donde formo para vos mil votos de bendiciones en el dulce reposo que me figuro poseéis al presente, en el cuál gozaréis tranquilamente de la conversación y caricias de nuestro divino Esposo. ¡Ah!, ¡qué bueno es amarle por amor de Él solamente! Yo os confieso, mi querida Madre, que mi ruin corazón arde sin cesar en este deseo, sin que haya llegado aún a las obras; esto es lo que me hace la vida tan amarga, porque sin este amor, la vida no es sino una dura muerte.

Jesucristo es el verdadero amigo de nuestros corazones, que no están hechos más que para Él solo; y así no pueden encontrar descanso, alegría ni satisfacción sino en Él. Amémosle, pues, con todas nuestras fuerzas, sufriendo todo en silencio por su amor, el cual endulza todas las amarguras de la vida, es nuestra fortaleza en los combates que necesitamos sostener continuamente contra nuestros enemigos, el mayor de los cuales somos nosotros mismos.

¡Ah!, ¡qué dichosas son las almas que se han olvidado perfectamente de sí mismas, que no tienen más amor, mira, ni pensamiento que agradar a este único Amigo de nuestros corazones! Pedid a Jesucristo esta gracia para mí; tengo mucha confianza en vuestras santas oraciones y grandísima necesidad de ellas en el estado de sufrimiento en que su bondad me tiene continuamente. No deseo verme libre de éste, puesto que la Cruz es el trono de los verdaderos amantes de Jesucristo. Es verdad que yo no soy de este número, pues es cruz debida a mis pecados, pero no importa; con tal de que suframos con Jesucristo, por su amor y según sus designios, esto basta.

Tenéis pleno derecho sobre mi pobre persona, por lo que os diré sencillamente lo que Dios quiere de esta alma de quien me escribís. Quiere de ella una perfección más elevada que la ordinaria y los que la dirigen no deben temer poner obstáculos en esto a los designios de Dios, sino dirigirse a Él para darle conveniente consejo. Después, con toda sencillez debe someterse al dictamen de los que la dirigen, dando de mano a sus particulares luces que ella confunde

muchas veces con las de la gracia. Pero el discernirlas debe dejarlo a los que la guían; porque estas falsas luces traen mucho perjuicio y retraso en la perfección y ponen obstáculos a los designios de Dios, que pide entera sumisión y rendimiento en esta alma. Con toda la mía soy vuestra.

[Creo que os habrán dicho que Él nos ha visitado con la enfermedad de nuestra muy respetable Madre, que no está restablecida todavía, aunque se encuentra un poco mejor, a Dios gracias. Rogad a Nuestro Señor por el completo restablecimiento de su salud y que nos la conserve, porque sabéis cuánto la queremos todas y yo en particular. No puedo expresaros cuán tiernamente os amo en el amable Corazón de Jesús, en cuyo amor soy toda vuestra con el más sincero afecto de mi corazón.]

D. S. B.

CARTA XVII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Una partecita de la corona de espinas.—Elogio de su actual Superiora.

¡Viva † Jesús!

1682

Tengo que quejarme de que por amarme demasiado no me amáis bien. Me decís que estáis apenada por uno de los más preciosos dones que he recibido de la mano liberal de nuestro buen Dios. Él se ha dignado darme una partecita de su corona de espinas, que es para mí tanto más estimable cuanto es continua y me impide no pocas veces apoyarme en la almohada, y así me hace pasar noches muy deliciosas en compañía de mi Jesús, atormentado por amor¹⁰.

Os digo esto a fin de que, tomando Vuestra Caridad parte en mi lucha, me ayudéis a dar gracias por ella a Nuestro Señor, que continúa favoreciéndome siempre con sus misericordias y liberalidades.

[Creo que sería inútil querer expresar los pensamientos de mi Corazón para con Vuestra Caridad y me parece que no dudáis de ellos como tampoco yo de los vuestros; pero todo en Dios y para Dios, que me ha dado una Madre tan buena (*la M. Greyfié*), que no podría encontrarla mejor y como yo la necesitaba, ni que tuviese más caridad y tolerancia con mis defectos; en fin, tal como me convenía para dulcificar la pérdida que tuve de mi buena Madre de Dijon.]

CARTA XVIII
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Le pide oraciones para sus Ejercicios.—Cuidad vos de cumplir la voluntad del adorable Corazón, y Él tendrá particular cuidado de vos.

¡Viva † Jesús!

[Fecha probable, octubre de 1682]

No he querido entrar en retiro sin responder a vuestra atenta carta y al mismo tiempo, mi respetable Madre, pidiros el auxilio de vuestras oraciones. Os aseguro que tengo suma necesidad de ellas, y desearía que Nuestro Señor os lo hiciese conocer, o que, al menos, Él me hiciera tal como la caridad os hace creer

¹⁰ Esta partecita prometida a la Santa en un éxtasis, se efectuó por los fuertes golpes que, a consecuencia de reiterados accidentes, recibió en la cabeza. Durante toda su vida le fueron un vivo recordatorio de Jesús, coronado de espinas.

que soy, que no es nada de lo que pensáis. Quisiera yo, sin embargo, poderos expresar cuán verdaderamente os quiero y honro en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, al cual suplico derrame más y más sus bendiciones sobre vuestro gobierno, a fin de que sea según su espíritu y sus designios.

Yo sé que Él no os rehúsa sus luces, porque quiere que caminéis sin desviaros de ellas; y si queréis obligar a su bondad a que tenga particular cuidado de vos, entregaos enteramente a su Corazón adorable, dejando a un lado vuestros propios intereses para emplearos toda con el corazón y afecto en la obra que Él os ha cometido. Ojalá podáis decir que habéis cumplido su santísima voluntad en ella, por lo menos en todo aquello en que os la ha dado a conocer. Esto es lo que yo le pido con todo mi corazón, mi amadísima Madre, y que nos dé la pureza de su santo amor, el cual nos una en el tiempo y en la eternidad.

Mi única amada Madre, no dudéis jamás de la sinceridad de mi afecto, ni de la parte que tenéis en mis indignas oraciones.

Hermana M. M.
De la V. de Santa M.
D. S. B.

CARTA XIX

A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

La tranquiliza en sus temores.—Sentimientos del más sincero afecto.

¡Viva † Jesús!

[Noviembre de 1682]

La paz del adorable Corazón de Jesucristo llene para siempre los nuestros, mi muy respetable Madre, a fin de que nada pueda turbar su tranquilidad. Contesto a aquello con que Vuestra Caridad nos ha honrado, donde he visto la pena en que os ha puesto la que tuvo la honra de escribiros. ¡Oh!, os ruego en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que quedéis en paz por todo esto y que no deis importancia a lo que yo os escribo; pues pongo, sin prudencia ni consideración, todo lo que me viene a la cabeza. No os turbéis, pues, más, mi querida Madre, ni deseéis de mi parte otra explicación; baste que os diga que el Señor se contenta con la buena voluntad de nuestro corazón. Yo espero que el suyo nunca os rehusará las gracias necesarias para cumplir perfectamente todo lo que os ha impuesto.

Esto es lo que yo le pido para Vuestra Caridad, mi amada Madre, para quien formulo mil votos de bendición en su divina presencia. En ella me sois

queridísima, y vuestros intereses están en lo más íntimo de mi pobre corazón, que conservará siempre para Vuestra Caridad toda la estimación y respeto de que puede ser capaz el más sincero afecto. Quedad persuadida de esta verdad, y no olvidéis mis miserias en la presencia de Nuestro Señor, en cuyo Corazón deseo que los nuestros queden unidos en el tiempo y en la eternidad por su divino amor que me hace toda vuestra con respeto.

Vuestra muy humilde, obediente e indigna hija en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.¹¹

CARTA XX
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Felicitaciones de año nuevo.—¿Cuál es la felicidad del alma?—Por qué escribe cartas.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
6 de enero de 1683

Mi queridísima y respetable Madre:

El deber y juntamente la amistad, llena de estima y respeto, que Nuestro Señor me da para con Vuestra Caridad, me obliga a no pasar más adelante en este nuevo año, sin deciros que os lo deseo lleno de las gracias y bendiciones que necesitáis para cumplir perfectamente la santísima voluntad de Dios en todo lo que Él quiere de Vuestra Caridad; pues en verdad me parece que toda la felicidad de un alma consiste en conformarse con esta adorabilísima voluntad, porque en

¹¹ Este billete se escribió al final de los Ejercicios Espirituales, como lo indican las líneas siguientes que la M. Greyfié escribió en el mismo pliego. Puede, pues, darse por segura la fecha del 15 al 20 de noviembre.

«Saludo afectuosamente a Vuestra Caridad, mi respetable y querida Hermana, esperando que vuestras últimas cartas os habrán acusado el recibo de la vuestra. Estamos en un tiempo en que son raras las ocasiones de poder escribir a esa provincia; pero esto no os quita nada de mi afecto ni del recuerdo que de vos tengo delante de Nuestro Señor, que nos ha visitado doblemente durante los Ejercicios con sus gracias y luces que ha derramado en nuestras Hermanas y con las enfermedades que han atacado a todas nuestras Hermanas domésticas caen al mismo tiempo. Pero, gracias a Nuestro Señor, henos ya en disposición de ir todas al coro para hacer vuestras santas renovaciones sin ayuda de nadie, ni aun de bastones. Pasado esto, Dios mediante, todo irá de bien en mejor; y yo soy y seré invariablemente siempre toda de Vuestra Caridad, mi querida e íntima Hermana, con todo el pobre corazón de vuestra indigna.

H. Petra Rosalía.

ella encuentra su paz nuestro corazón y el alma su alegría y descanso, puesto que aquel que se une a Dios se hace un mismo espíritu con Él.

Yo creo que éste es el verdadero medio de hacer nuestra voluntad; porque su amorosa bondad se complace en contentar a aquellos que no le oponen ninguna resistencia. Y, por el contrario, a los que le resisten, todas las cosas se las torna adversas; cierra los oídos a sus peticiones, los mira sin compasión, y su Sagrado Corazón se hace insensible a sus necesidades. Pero no sé por qué os digo todo esto, sino porque el Señor quiere que tengamos todo nuestro contento en Él solo, a fin de darnos todo lo que nuestro corazón desea.

¡Dios mío, mi querida Madre, qué confusión me produce el hablar así a Vuestra Caridad! Mas lo hace un corazón que os estima y que quisiera podérselo demostrar y corresponder a tantas delicadas bondades que me dejan sumamente confundida; sobre todo lo que Vuestra Caridad me dice, de que encuentra consuelo en mis cartas. ¡El Señor es quien os lo da, porque puedo asegurar a Vuestra Caridad, que con frecuencia no me atrevería a escribir si no tuviera segura esperanza de que, con mis cartas, llegarán a conocerme y a fastidiarse de una pecadora ruin y mala como yo; pero el Señor haga su voluntad y no la mía! En su santo amor, y con suma veneración, soy, mi muy respetable Madre, vuestra humildísima y obediente hija en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

CARTA XXI

A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Estupenda humildad de la Santa.—«Ayudadme a convertirme de veras».

¡Viva † Jesús!

De Paray [28 de marzo de 1683]

En verdad, mi muy respetable Madre, que me dejáis sumamente confundida honrando tanto a una pecadora tan ruin y miserable como yo, que no he salido del mundo sino para sepultarme en un eterno olvido, a fin de hacer penitencia de tantos pecados como he cometido. Porque he llevado una vida tan criminal, que no por seros desconocida me justifica a mí ni careceré de castigo; y el más riguroso que la justicia divina me hace experimentar ahora, es el ver que tantas almas santas, animadas de santa caridad, se imaginan que soy lo que en efecto

debería ser; pero nada menos que eso, porque no soy más que un compuesto de todas las miserias, defectos e imperfecciones, digna de mayor desprecio.

Y como os honro y estimo infinitamente, me disgusta que una persona de vuestro valer se engañe de esa manera y sea del número de aquellas que tan mal me conocen. Ayudadme, mi querida Madre, con vuestras santas oraciones a convertirme de veras. Vuestra Caridad no será la última ni en mi memoria ni en mis oraciones; os lo aseguro, porque sois para mí queridísima en el sagrado Corazón de Jesucristo.

Vuestra, etc.,

Hermana Margarita María Alacoque

D. S. B.

CARTA XXII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Felicitaciones de Pascuas.—El Señor la cura milagrosamente, en prueba de su buen espíritu.—Sus «amigas pacientes», las almas del Purgatorio.

¡Viva † Jesús!

[Abril] 1683

Mi queridísima Madre:

¡Jesucristo resucitado triunfe siempre en nuestros corazones!

El mío se consuela mucho considerándose obligado a rendir este justo homenaje al vuestro. Por obediencia os diré que el Señor continúa conmigo sus misericordias, con más abundancia que nunca. No se venga de mis perfidias más que con excesos de amor; pero sea todo para su mayor gloria.

El día de Santo Tomás (*21 de diciembre de 1682*) nuestra respetable Madre me ordenó en virtud de santa, obediencia que pidiese a Nuestro Señor la salud, pues se habían aumentado tanto mis enfermedades, que mucho me hubiera costado vivir largo tiempo como estaba.

[Puesto que el verdadero afecto de mi corazón por mi buena Madre me obliga a hablarle con toda confianza, a pesar de la extrema repugnancia que sabéis tendría en hacerlo a otra persona a quien Nuestro Señor me hubiese dado estimar menos, he aquí el modo cómo me dio este mandato:

Que era preciso pedir a Nuestro Señor que si todo lo que pasaba en mí venía de Él, diese como señal el que todos mi males corporales se suspendiesen durante cinco meses, de suerte que no tuviese necesidad durante este tiempo de ningún remedio ni alivio que me impidiera seguir, por poco que fuese, a la Comunidad; pero al contrario, que si todo esto venía de otro espíritu que no fuese suyo, que me dejara en mis miserias ordinarias que me habían reducido a tal extremo, que yo no sabía ya qué hacer de mí.]

Pero Aquél que quiso morir por obediencia me dio claramente a conocer cuánto le agrada esta virtud; porque estando entonces en la enfermería y habiéndome levantado a fin de ir al coro para hacer mi petición, que mis pecados me hacían indigna de obtener, me hizo ver que el mérito de la obediencia lo puede todo. Desde esta época he tenido siempre tan perfecta salud, que me parece que no hay cosa capaz de alterarla y la cruz de la enfermedad se trocó en otra interior, cuyo peso no hubiera podido soportar largo tiempo, si la misma mano que me aflige no fuese también mi fortaleza. Porque me parece que su santidad de justicia me ha hecho sentir un reflejo del infierno, o más bien del Purgatorio, pues no perdí el deseo de amar a Dios. Estaba como una persona en agonía, a quien fuera menester arrastrar con cuerdas para llevarla al lugar de su empleo, que son nuestros ejercicios. Yo no sentía; ni entendimiento, ni voluntad, ni imaginación, ni memoria: todo se había alejado de mí, dejándome sin fuerzas. Pero las penas se me imprimían tan vivamente en mi alma, que pendraban hasta la médula de los huesos. Todo mi ser sufría, aunque con sumisión completa a la santísima voluntad de mi Dios, cuyos eternos designios adoraba.

Os diré que se me representó esta disposición como una reverberación y participación de lo que Nuestro Señor sufrió en el Huerto de los Olivos, [donde dije con mi Divino Salvador: *no se cumpla, Dios mío, mi voluntad, sino la vuestra*, por mucho que me cueste, estando resuelta a sufrir hasta el fin, con el auxilio de su gracia. Pero si supierais cuán grande es mi malicia y cuántas injurias hace mi vida a su bondad, le pediríais perdón por ello; hacedlo, os lo ruego, y dadle gracias por haberme dado una Madre tan buena que no se cansa de ejercitar la caridad conmigo; es una verdadera Madre, y es decirlo todo]. ¡Oh mi querida Madre, qué grandes son las misericordias del Señor con una pecadora tan miserable! Alabad al Señor, porque no estoy ya sumergida en el fondo del infierno por la multitud de mis pecados.

Cuando hacía la oración que sabéis, en la noche del jueves al viernes, se me representó un alma santa del Purgatorio por quien había sido yo favorecida con estos sufrimientos.

Nuestra Madre me permitió, en favor de las almas del Purgatorio, pasar la noche del Jueves Santo (*15 de abril*) delante del Santísimo Sacramento, y allí estuve una parte del tiempo toda como rodeada de estas pobres almas con las que he contraído una estrecha amistad. Me dijo Nuestro Señor que Él me ponía a

disposición de ellas durante este año, para que les hiciere todo el bien que pudiese. Están frecuentemente conmigo y las llamo mis amigas pacientes. Hay una que me hace sufrir mucho y no la puedo aliviar todo lo que desearía; no puedo decir su nombre, mas sí pedir su socorro para ella, que no será desagradecida. La habéis conocido, al menos de nombre. El socorro que os pido es nueve actos todos los días hasta la Ascensión: cuatro de caridad y cinco de humildad; los cuatro de caridad para honrar la ardiente caridad del Sagrado Corazón de Jesucristo, y los cinco de humildad para reparar las humillaciones que ha sufrido en su Pasión. Os agradeceré que me proporcionéis igual socorro de algunas de vuestra Comunidad.

[Mirad, mi buena Madre, cómo mi corazón no quiere ocultar nada al vuestro, puesto que nuestra respetable Madre no solamente lo permite, sino que me invita a ello, pues tiene en mucha estima a Vuestra Caridad, a quien yo quisiera expresar cuán ardientemente deseo que seáis consumida por el puro amor.

Mirad cómo os hablo sin ceremonias y con toda confianza, por lo que os ruego queméis esta carta, pues sé que me favorecéis con vuestro afecto. Respondedme, si gustáis, una palabrita según lo que Nuestro Señor inspire a vuestro caritativo corazón.]

D. S. B.

CARTA XXIII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Acerca de las Santas almas que salieron del Purgatorio el Domingo del Buen Pastor.

¡Viva † Jesús!

[2 de mayo de 1683]

Mi alma se siente penetrada de un consuelo tan grande, que me cuesta trabajo guardarlo dentro de mí. Permitidme que lo comunique a vuestro corazón para aliviar el mío, que no sale casi de Nuestro Señor Jesucristo. Esta mañana, domingo del Buen Pastor (*cayó el 2 de mayo*), dos de mis buenas amigas pacientes han venido a decirme adiós en el momento de despertarme, y que éste era el día en que el soberano Pastor las recibía en su redil eterno, con más de un millón de otras almas, en cuya compañía marchaban con cánticos de alegría inexplicables. Una es la buena M. de Monthoux; la otra mi H. Juana Catalina Gacon, que me repetía sin cesar estas palabras:

*El amor triunfa, el amor goza,
El amor en Dios se regocija.*

La otra decía: «¡Qué bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor, y las Religiosas que viven y mueren en la exacta observancia de su Regla!» Quieren que yo os diga de su parte que la muerte puede separar a los amigos, pero no desunirlos. Esto es de esta buena Madre; y la otra que será para vos tan buena hija en el cielo, como habéis sido vos buena Madre para ella en la tierra.

Si supierais cuán transportada está mi alma de alegría, porque cuando les hablaba me parecía que las veía poco a poco abismadas y como sumergirse en la Gloria. Os piden que recéis en acción de gracias a la Santísima Trinidad, un *Te Deum*, un *Laudate*, y cinco *Gloria Patri*. Y como yo les rogara que se acordasen de nosotras, me han dicho al despedirse que la ingratitude jamás ha entrado en el cielo.

¡Si supierais el dolor que esta obra me ha causado!; esto no se puede expresar. Dadme algunas gotas de agua para refrigerarla, porque yo me abraso con ella, etc.

D. S. B.

CARTA XXIV A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Acerca de la muerte de la M. Boulier.—«El don del puro amor sobrepuja a todos los demás».—Efusiones de su caridad para con la misma M. de Saumaise.

¡Viva † Jesús!

[Octubre o noviembre de 1683]

Mi queridísima Madre:

Creo que más bien tengo que regocijarme con vos por la felicidad que os cabe de tener una abogada tan poderosa en el Cielo en la persona de la respetable M. Boulier (*Superiora de Dijon, donde murió en olor de santidad el 7 de septiembre de este año 1683*), que tomar parte en el dolor que sentís por la separación de tan santa amiga. Yo os confieso que sin haber tenido la dicha de verla, la estimaba y amaba más de lo que puedo decir; no obstante lo cual, no puedo entristecerme, pues la creo gozando de su soberano Bien, que la hace muy poderosa para que nos dé señales de una verdadera amistad.

La que el Señor me da para con Vuestra Caridad me hace encontrar consuelo en derramar mi corazón en el vuestro, a pesar de la repugnancia que no ignoráis tengo en hablar de mí. Os confieso sinceramente que mi vida y mis acciones son tan poco conformes con las gracias que recibo de Dios, que me estremezco de

horror cuando pienso en ello, y más aún cuando lo escribo; por tanto no puedo resolverme a hacerlo.

Me parece que lo que digo no es más que una ilusión y que debo sepultarlo todo en el olvido, tanto cuanto pudiera, sin faltar a la santa sencillez y sinceridad de un alma que quiere ser toda de Dios y no aficionarse ni hacer aprecio sino únicamente de Él, que vale más que todos sus dones. El de su puro amor sobrepuja a todos los demás; sólo él debe dominarnos, y hacernos obrar y sufrir, porque nunca está ocioso en un corazón. Entreguémonos, pues, sin reserva a sus ardores, a fin de que le amemos con todo el ser que Él nos ha dado; para esto es menester que todo esté sometido, se doblegue y obedezca a este divino amor.

Este es el mayor deseo que me ha dado en los Ejercicios, en los cuales su bondad me ha obligado con frecuencia decirle que si sus dulzuras y liberalidades son tan grandes con los pobres miserables que no tienen más que un deseo ineficaz de amarle, ¿qué hará con aquellos que con un corazón vacío y desprendido de todo, le aman puramente por amor de Él mismo? ¡Así es como creo yo que vos lo hacéis, y como deseo hacerlo yo misma! Pero por este amor que nos une en su Corazón adorable, pedidle esta gracia para mí y para todos los corazones capaces de amarle.

Yo no os olvido en su santa presencia, en donde hago míos vuestros intereses, por lo que me alegro de que el Señor os haya dejado descansar (*sin ser reelegida Superiora*) a fin de que tengáis más tiempo para conversar con este Amado de nuestras almas y reposar dulcemente sobre su pecho amoroso. El cual deseo yo que os consuma con sus puras llamas, por las cuales quedemos tan estrechamente juntas y unidas a Él, que jamás nos separemos de su divino amor. Amén.

D. S. B.

CARTA XXV A LA SEÑORITA DE CHAMBERLAND, MOULINS

Enérgicos consejos de vida espiritual.—«Debe bastarnos que Él esté contento».—Los votos religiosos son cosa seria.—Claridad de conciencia

¡Viva † Jesús!

[4 de febrero de 1684]

Ruego a Nuestro Señor que sea vuestra fortaleza para que lleguéis a la perfección de sus verdaderas esposas crucificadas, que para esto se le deben ofrecer sin reserva de corazón y de afecto, a fin de ser siervas enteramente crucificadas. Pero

¡oh mi Dios!, Hermana mía, ¿qué quiero deciros con estas palabras? ¿Tendréis bastante valor para ponerlas en práctica, es decir, para morir continuamente a vuestras inclinaciones, pasiones y satisfacciones; en una palabra, a todo lo que es de la naturaleza inmortificada, para hacer vivir en vos a Jesucristo por su gracia y su amor? Porque, no contento con esta crucifixión que le hagáis de vos misma, se complacerá mucho más en que otros os crucifiquen, reprendiéndoo, mortificándoo y humillándoo, y a menudo tiene gusto en hacerlo por sí mismo, afligiéndonos interior y exteriormente.

Pero ¿qué importa esto a un alma que tiene buenos deseos, como vos manifestáis, de ser de Dios de cualquiera manera y por cualquier camino que a Él le plazca conducirnos? A nosotros debe bastarnos que Él esté contento; no deberíamos afligirnos por nuestros disgustillos. Éstos no proceden ordinariamente sino de que trabajamos bastante en mortificarnos y simplificarnos, cortando todos los rodeos y reflexiones del amor propio, que hace que no queramos sufrir sino lo que nos place, y que usemos mal de las ocasiones que la divina Providencia nos presenta sin que nosotros las hayamos buscado ni previsto.

Deseáis, mi querida Hermana, que os diga yo lo que opino sobre la elección de vuestra vocación. No os puedo decir otra cosa sino que sigáis el consejo del que dirige vuestras almas. Me decís que no os conoce, lo cual me sorprende no poco, porque debemos manifestarle la verdad de nuestros buenos deseos más por las obras que por las palabras, que son siempre sospechosas, si no las hace verdaderas nuestra conducta.

Pensadlo bien. Cuando se trata de hacer votos va en ello la salvación; porque bien sabéis que los votos dan un nuevo mérito o demérito a nuestras acciones. Pero si he de hablaros con franqueza, no puedo concordar estas dos cosas en un alma que quiere ser toda de Dios: que puede cometer con frecuencia y voluntariamente faltas de sinceridad y verdadera sencillez, y que no caiga en la cuenta, buscando ciertos rodeos y disimulos en sus palabras y acciones, no yendo por el camino derecho de los que no miran más que a Dios en todo lo que hacen y sin otro artificio toman por divisa: «Jamás haré, estando solo, ni más ni menos de lo que haría delante de las criaturas, puesto que Dios me ve en todas partes y conoce los repliegues de mi corazón».

No quiero, sin embargo, creer, mi querida Hermana, que caigáis vos en estas faltas de que acabo de hablaros; porque me parecen tan horribles e incompatibles con el espíritu de Dios y su amor, que no solamente no podrá un alma progresar en la perfección ni adquirir ninguna virtud verdadera, sino que también por esta falta de sencillez dará entero poder al enemigo para hacer de ella un juguete suyo y engañarla como quisiere. Él es muy fuerte cuando le guardamos secreto, pues que nada le confunde tanto ni le hace más impotente respecto de nosotras, como la sincera acusación de nuestras faltas, manifestando

ingenuamente lo bueno y lo malo que tenemos a aquellos que nos dirigen, sin exagerar ni disimular, a fin de que nos conozcan y nos hagan llegar a la perfección que Dios pide de nosotros, escuchando con humildad y sumisión sea lo que fuere lo que nos dicen, para cumplirlo con sencillez, si no es clara ofensa de Dios.

He aquí, mi querida amiga, lo que me ocurre deciros al presente. No sé yo por qué Dios ha permitido que casi no os haya hablado más que de esta sencillez, sino porque me parece tengo tanto horror a lo contrario, que aun cuando viera en un alma todas las otras virtudes sin la de la sinceridad, y aunque fuera favorecida de todas las gracias con que Nuestro Señor favorece a sus amigos más queridos, todo esto, digo, no me parecería otra cosa que ilusión y engaño. Pero basta lo dicho sobre esto. Seguid en todo lo que este buen Padre os ordene, pues él desea vuestro verdadero bien para la gloria de Dios.

Toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús.

Hermana Margarita María de Alacoque
D. S. B.

CARTA XXVI
A LA M. PETRA ROSALÍA GREYFIÉ, SEMUR¹²

Se lamenta ahora de no tener ocasión de sufrir las humillaciones y mortificaciones de antes.—«Qué duro es vivir sin amar al Soberano Bien y sin sufrir por este amor».—«El deseo de morir me apremia más que nunca».

¡Viva † Jesús!

[Julio 1684]

¿Cómo es posible que con tantos defectos y miserias se sienta mi alma tan hambrienta, mi respetable Madre, de sufrimientos y mortificaciones? Y cuando pienso que le hacíais la caridad de mantenerla con este pan delicioso, aunque amargo a la naturaleza, y que ahora me veo privada de él a causa sin duda del mal uso que he hecho, esto me colma de dolor. Nada me ha unido tanto a Vuestra Caridad como esa dirección en la que no puedo pensar sin sentir un tierno reconocimiento hacia vos, que no podíais darme pruebas más efectivas de una

¹² La M. Greyfié, elegida Superiora del Monasterio de Paray en el mes de mayo de 1078, había terminado su segundo trienio en el mes de mayo de 1684. Entonces fue elegida Superiora en Semur-en-Ausoix. La sucedió en Paray la muy R. M. María Cristina Melin. Profesa del Monasterio de Paray y testigo de las maravillas ocurridas con Margarita María, la nueva Superiora podía prescindir de la prudente desconfianza de las anteriores, que hubieron de someter a la sierva de Dios a múltiples pruebas. En esta primera Carta que dirige a su antigua Superiora, la Santa se queja, con admirable sencillez, de no tener que sufrir ya los rigores maternales, tan provechosos a su alma.

perfecta amistad que humillándome y mortificándome. Aun cuando fue muy poco lo que me mortificasteis en comparación de los muchos motivos que yo os daba, sin embargo, eso poco me consolaba y me endulzaba las amargas de la vida y esta privación me la hace insoportable.

Yo no sabría vivir sin sufrir; y después del tiempo que llevo sufriendo y que el Señor me regala con tan grande bien, aun no sé hacer buen uso de él. No hay nada que más desee hacer bien y que haga peor, porque carezco de amor hacia Dios, por el demasiado amor que me tengo a mí misma. Ah, mi querida Madre, ¡qué duro es vivir sin amar al Soberano Bien y sin sufrir por este amor! El amor quiere obras y yo sólo tengo palabras para el bien y obras para el mal. Me parecía que vivía segura bajo vuestra dirección, porque me hacía caminar siempre contra mis inclinaciones naturales, y esto es lo que agradaba a ese Espíritu, por el que creo ser guiada, el cual me quisiera ver siempre abismada en todo género de humillaciones, sufrimientos y contradicciones; de otro modo no me deja descanso alguno. A la naturaleza no contenta nada de esto; pero este Espíritu que me gobierna, no puede sufrir que yo tenga otro placer que el de no tener ninguno.

Algunas veces todo sirve de motivo para afligirme, sin turbarme, sin embargo. El deseo de morir me apremia más que nunca; no podría resolverme a pedir a Dios los años de vida que me habíais dicho, a menos que no fuera con esta condición: que todos se emplearan en amar al Sagrado Corazón de mi Jesús en el silencio y en la penitencia, sin ofenderle más, permaneciendo día y noche delante del Santísimo Sacramento, en donde ese divino Corazón constituye todo mi consuelo aquí abajo...

CARTA XXVII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

**«Que el puro amor sea el santificador y consumidor de nuestros corazones».—
Consagraos plenamente al Divino Corazón.—Ardiente celo por su gloria.—Pésame por una defunción.**

¡Viva † Jesús!

10 de agosto 1684

Mi querida Madre:

Dios me insta más que nunca a que le ame y sufra, entregándome enteramente a Él; pero, ¡ay!, mi corazón parece insensible a todos los movimientos de su gracia. La que yo más estimo después de Él mismo, es el don de su preciosa Cruz. ¡Ah!, mi querida Madre, si se conociera su valor no se huiría de ella ni se la rechazaría; antes al contrario, se la querría y amaría de tal modo, que no sería

posible hallar contento sino en la Cruz, ni descanso sino sobre la Cruz, ni se tendría otro deseo que el de morir en sus brazos, despreciada y abandonada de todo el mundo. Mas para esto es necesario que el puro amor sea el sacrificador y consumidor de nuestros corazones, como lo ha sido del de nuestro buen Maestro.

[Pidamos esta gracia la una para la otra, mi querida Madre, pues tengo siempre mucho interés por todo lo que a vos se refiere, y me parece que no hay nada que yo no quiera hacer y sufrir para daros pruebas de mi afecto, de que os amo de lo íntimo de mi corazón, y de que soy toda vuestra, en el de nuestro adorable Maestro. Os pido un recuerdo ante Él por un asunto que, según todo lo que se puede entender, es para su gloria.

Pero para consolarme un poco con mi buena Madre de la prolongación de este destierro, le diré] que la vida para mí es un continuo martirio; deseo morir y no he vivido aún un solo momento para Dios; pero es preciso comenzar de veras a no vivir sino para Él y en Él.

[Por esto me parece, mi amadísima Madre, que haríais una cosa muy agradable al Sagrado Corazón de Nuestro Señor en hacerle entero sacrificio del vuestro un Primer Viernes, después de la Sagrada Comunión, para no emplearlo en otra cosa que en su puro amor, procurándole todo el honor y la gloria que esté a vuestro alcance. No os digo ya más, porque me parece que habéis hecho todo esto; pero me parece que encontrará singular placer en que lo renovéis a menudo y lo practiquéis con fidelidad para labrar vuestra corona.]

¡Si pudierais comprender cuánto mérito y gloria hay en honrar a este amable Corazón del adorable Jesús, y cuál sería la recompensa de aquellos que después de habérsele consagrado no pretenden sino honrarle! Sí; me parece que esta sola intención dará más méritos a sus oraciones y las hará más agradables delante de Dios que todo lo que pudieran hacer por otra parte, sin esta aplicación.

[Tendría verdadero placer en deciros lo que pienso sobre esto, pero el papel no me es fiel y ya me ha engañado varias veces. Sería necesario hablar de corazón a corazón y veríais que el mío se encuentra siempre en las mismas disposiciones de amistad, estima y agradecimiento que cuando tenía la dicha de estar bajo vuestra dirección, de la que siempre lamentaré haberme aprovechado tan mal; pero me atrevo a esperar que en concepto de vuestra hija primogénita, me amaréis siempre y os acordaréis de mí en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, al cual yo quisiera que todos los otros estuviesen consagrados.

Procuremos atraer a todos cuantos podamos a nuestra pequeña Asociación; pidámosle esta gracia. De nadie depende, sino de mí misma, el trabajar en ello, puesto que tengo la dicha de gozar ahora de la quietud de nuestra celda, que me parece un paraíso anticipado del alma religiosa. ¡Cuánto motivo tengo yo de

temer que la mía no tenga otro, pues nada he hecho para adquirirlo! Pero toda mi esperanza y apoyo estriba en los méritos del Corazón de mi Señor Jesucristo, que ha querido hacerse mi fiador, haciéndome esperar que Él pagará y responderá por mí.

Después de escrita esta carta he sabido la muerte del buen Señor Chaudot (*Capellán de la Comunidad de Dijon*). Verdad es, mi amada Madre, que Dios no os despoja de todos esos consuelos y apoyos humanos sino porque quiere ser Él el único y verdadero amigo de vuestro corazón; desea Él ser solo en poseerlo, sin compartirlo con nadie y sin obstáculo alguno. Para ser Él todo para vos en todas las cosas, no quiere que tengáis más apoyo que Él. ¡Que sea bendito su santo Nombre y se haga su santa voluntad! Os confieso que me interesa siempre todo lo que a vos se refiere; pero esas almas santas serán poderosas abogadas en Dios. Esto es lo que me consuela y debe regocijaros.]

CARTA XXVIII
A LA M. SOUDEILLES, MOULINS

Sentimientos de amistad y de profunda humildad.—Si queréis llegar a la perfección, haced al Sagrado Corazón el completo sacrificio de vos misma.—Cuándo y cómo.

¡Viva † Jesús!

D e nuestro Monasterio de Paray
3 de noviembre de 1684

Bendito y amado sea eternamente el Señor, mi respetable y muy querida Madre, que no ha permitido que tuviéramos antes el consuelo de responder a vuestra carta. Esto no impide que os haya colocado en mi mezquino corazón, de suerte que rara vez os olvido en su santa presencia, aunque os confieso que quizás soy yo la causa de que acaso no haga sentir a vuestra querida alma los efectos de su santo amor, a medida de vuestros deseos. Pues, ¡ay de mí! mi querida Madre, la verdad es que yo no soy más que un obstáculo para el bien y un compuesto de miserias en el cuerpo y en el espíritu. El sostén de mi debilidad es que el Señor se complace en glorificar su infinita misericordia en las personas más miserables.

Pero volviendo a Vuestra Caridad, os diré sencillamente, como a una verdadera amiga en el adorable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que cuando le ruego por vos, me ocurre esta idea: que si deseáis vivir toda para Él y llegar a la perfección que desea de vos, debéis hacer a su Sagrado Corazón el completo sacrificio de vos misma y de todo lo que de vos depende, sin reserva alguna, para no querer ya nada más que por la voluntad de este amable Corazón. No debemos aficionarnos a nada más que según sus mismas aficiones, ni obrar más que por

sus luces, ni emprender nunca nada, sin pedirle antes su consejo y ayuda, debiéndole la gloria de todo e incluso rindiéndole acciones de gracias, así en los fracasos como en los éxitos de nuestras empresas; permaneciendo siempre contentas sin turbarnos por nada; pues con tal de que este Divino Corazón esté contento y sea amado y glorificado, debemos darnos por satisfechas.

Si deseáis ser del número de sus amigas, le ofreceréis, pues, este sacrificio de vos misma, un Primer Viernes de mes, después de la Comunión que haréis con esta intención, consagrándoos toda a Él para rendirle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que podáis; y todo esto en la forma que Él os inspire. Después de lo cual ya no os consideraréis más que como una cosa que pertenece y depende del adorable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, recurriendo a Él en todas vuestras necesidades y estableciendo allí vuestra morada cuanto os fuera posible. Él reparará lo que pueda haber de imperfecto en vuestras acciones y santificará las buenas, si os unís en todo a sus designios, que los tiene muy grandes respecto a vos, para procurarse mucha gloria por vuestro medio, si le dejáis obrar a Él.

Pero perdonad, mi querida Madre, a esta orgullosa que con tanta libertad os dice sus pensamientos. No os enojéis, puesto que todo ello no proviene más que de un corazón que tiene para con Vuestra Caridad toda la amistad, estima y respeto posibles, pero a quien no le agrada que Vuestra Caridad piense tan a menudo que la olvido. ¿Puede olvidarse lo que nuestro Señor nos ha hecho querer tanto?

Abandonad, pues, esta idea, y conservad siempre buena memoria de la que es toda vuestra en el amor del Sagrado Corazón, que une y transforma los nuestros en Él por el tiempo y por la eternidad.

D. S. B.

CARTA XXIX A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Dulces recuerdos de la fiesta de San Juan Evangelista.—Satanás quedará confundido y el Divino Corazón reinará.

¡Viva † Jesús!

[Enero] 1685

Mi querida Madre:

¡Qué felices somos con la gracia que el Sagrado Corazón nos hace al ocuparnos en darle a conocer y hacerle amar! Me parece que hubiera debido abismarme de

confusión y gratitud, cuando el día de la fiesta del amado de nuestro muy Amado (27 de diciembre de 1684) vine a recordar que en semejante día fue cuando tuve la incomparable dicha de reposar en el seno de este divino Esposo, del que soy tan indigna, con su discípulo amado y cuando me dio su Corazón, su Cruz y su Amor: Su Corazón para ser mi asilo, mi recurso en todas mis necesidades y el cielo de mi descanso en medio de las borrascas de este mar, en donde la Cruz debe ser mi trono de gloria, en el cual únicamente debo regocijarme, puesto que nada bueno hay para mí fuera de Jesús, su Amor y su Cruz; además de su santo amor para purificarme, consumirme y transformarme en Él.

Pero, ¡Dios mío!, mi querida Madre, ¡qué mal he correspondido a tan grandes gracias que debían santificarme, y, sin embargo, quizás no sirven más que para mi condenación! Todo lo espero de la bondad de ese caritativo Corazón [sobre todo si tengo la ayuda de vuestras oraciones, en las que me lisonjeo de tener parte y también de que vuestro corazón continuará prodigándome la bondad que siempre me ha demostrado].

¡Qué contenta moriría si pudiera conseguir que la Santa Sede autorizase la Misa de ese adorable Corazón!¹³

De todos modos, me contento con el beneplácito divino, al que sacrifico todos mis deseos y gustos. Valor, pues, mi amada Madre, no desistáis por muchas dificultades que puedan oponerse, pues espero que venceremos. Satanás quedará confundido y este Divino Corazón establecerá su reinado y su imperio a pesar del enemigo. Mucho me regocija el ardiente celo que tenéis en darle a conocer y hacerle amar. Esto es todo lo que deseo y lo que puede causarme placer en esta vida de miserias, donde todo me aflige y atormenta, etc.

CARTA XXX A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

¿Cómo es posible dejar de amar a este Señor tan lleno de amor?—Todo lo demás es perder el tiempo.—Cuál es la única ocupación de Margarita.

¹³ La primera *Misa propia* del Sagrado Corazón de Jesús fue compuesta por la H. Joly y aprobada únicamente por el Vicario General de la Diócesis de Langrés. La celebraron, por primera vez, en el Monasterio de Dijon la Octava de San Francisco de Sales, Primer Viernes, 4 de febrero de 1689 (véase Hamon, *Vie de Sainte Marguerite*, 414-418). La Santa evangelista del Divino Corazón († 17 de octubre de 1690), pudo saber de esta primera Misa *diocesana*, pero no de la Misa propia y universal con que ella soñaba.

Siete años después de su tránsito permitió Inocencio XII a las Hijas de la Visitación celebrar, en honor del Sagrado Corazón, la Misa de las cinco llagas. Clemente XIII concedió, en 1765, 1a Misa y Oficio propio con algunas limitaciones. Por fin, Pío IX extendió, el 23 de agosto de 1856, la fiesta a toda la Iglesia Universal.

¡Viva † Jesús!

1685

[Yo no sé, mi muy querida y amadísima Madre, si al Señor agradará el sacrificio que le he hecho, privándome durante tan largo tiempo del consuelo de escribiros, puesto que tan a menudo me he visto a punto de sucumbir a la tentación de hacerlo. Os confieso, mi buena Madre, que mi pobre corazón os ama y os estima en el de Jesucristo más de lo que pueda expresar, así como el deseo que tengo de daros pruebas de ello. Pero no soy rica más que de buena voluntad, la que me hace desearos la plenitud de gracias del Señor para cumplir, en todo, su santa voluntad, consumando todos los designios que sobre vos tiene.]

¡Oh, mi querida Madre, qué bueno es amar a este Señor tan lleno de amor! Y por poco que haga entender a un corazón cuán bueno y amable es, ¿cómo es posible que ese corazón pueda dejar de amarle y dejarlo todo para abandonarse a la fuerza de este amor? Confieso que nunca he sentido tan apremiantes deseos de amarle, que quedan con todo sin efecto, porque este maldito amor propio todo lo echa a perder. Es preciso, sin embargo, amar a este único amor de nuestros corazones, cueste lo que cueste, puesto que nuestra dicha y felicidad consisten en este amor; y me parece que cualquier otro pensamiento y ocupación no es más que perder tiempo, cuya importancia nunca comprendí mejor que ahora.

[Después de la muerte de nuestra querida Hermana N.] me parece que cada momento va a ser el de mi muerte y que he perdido todos los de mi vida, pues todavía no he empezado a amar a mi Dios.

¡Ah!, mi querida Madre, cuánto me hace sufrir esto, y qué cansada estoy de servir a este cuerpo miserable, que es mi más cruel enemigo, que me hace una guerra continua. Si pudiera descubrirnos todas mis infidelidades e ingratitudes [estoy segura que por compasión no me negaríais el socorro de vuestras oraciones, para que yo corresponda a los movimientos de la gracia del Señor, cuyo Sagrado Corazón es siempre tan liberal, que yo no me considero más que como un compuesto de sus misericordias].

Os confieso que este amable Corazón constituye ahora toda mi ocupación, bien sea en la oración o fuera de ella¹⁴. He encontrado en Él un paraíso de paz que me hace indiferente a todo lo demás, que me parece despreciable en comparación de Él.

¹⁴ Desde fines del año precedente, 1684, tenía la Santa, descargada ya del cargo de asistente por la M. Melin, el de Directora del Noviciado. Pero esta finísima amante del amante Corazón, convertía todos sus cargos, y más ahora el de las novicias, en un continuo ejercicio de amor apostólico al mismo. ¡Precioso modelo para los genuinos devotos del Sagrado Corazón de Jesús!

Mi más dulce placer sería hablaros con el corazón en la mano, pero en esta vida de privaciones no debemos desear más placer que no tener ninguno, por Amor de Aquél que ha querido carecer de ellos durante todo el tiempo de su vida paciente, por nuestro amor.

[Quedo en su Corazón amante con el mayor afecto de que el mío es capaz, toda vuestra.]

CARTA XXXI

A LA M. DE SAUMAISE, EN DIJON, O A LA M. GREYFIÉ, EN SEMUR

Notables revelaciones acerca de algunas almas del Purgatorio.— Pide sufragios por ellas.— «Con tal de que yo le ame, esto me basta».

¡Viva † Jesús!

20 de abril de 1685

Mi muy querida Madre:

En este santo tiempo de las visitas amorosas de nuestro divino Maestro (*eran Pascuas de Resurrección*) es cuando ruego a su Sagrado Corazón que consuma los nuestros en el fuego de su amor, no solamente en el tiempo sino también en la eternidad. Y con la confianza que tengo en vuestra amistad, no pongo dificultad en abriros mi corazón, para implorar vuestra ayuda en una cosa que me causa mucha pena.

Se trata de nuestra pobre Hermana J. F., la cual me parece que se ha dirigido a mí dos veces. En la primera me dijo varias particularidades que se referían a ella y a algunas otras personas que no puedo nombrar, pero en lo que a ella se refiere dijo: que poco faltó para que se perdiese, y que no debe su salvación más que a la Santísima Virgen, y que durante su agonía, Satanás le dio tan furiosos asaltos, por tres veces, que estuvo algún tiempo sin saber si se condenaba o se salvaba, hasta que la Santísima Virgen vino a arrancarla de las garras del demonio, y Dios permitió que yo ayudara a cuidarla por estar enferma la ayudante de la enfermería. Os hubiera inspirado lástima, porque se veía las penas horribles que sufría; todo su cuerpo temblaba. Por tres veces se arrojó de la cama y una vez se la oyó decir: «Estoy perdida», pero tenía siempre su pensamiento atento y fijo en Dios.

La primera vez que la vi después de su muerte, me dijo: «¡Ah, qué penas tan crueles sufro, y qué largos se harán cinco años en tan rigurosos tormentos!»

Yo le pregunté qué deseaba; y me pidió Misas y varias otras cosas que nuestra respetable Madre ha cumplido caritativamente. Le ofrecí por seis meses todo cuanto hiciera y padeciera, y desde entonces, os confieso que no me han faltado sufrimientos, habiéndome dado Nuestro Señor tantos como podía soportar y de todas clases, pues incluso tuve durante ese tiempo un dedo malo: era el principio de Cuaresma (*que había comenzado el 7 de marzo*), y me lo tuvieron que sajar hasta el hueso con la navaja y aún no está curado. Pero bendito sea el Señor, que me hace la gracia de favorecerme con su cruz, que es mi gloria.

La segunda vez, esta buena Hermana me hizo ver el lastimoso estado en que se encontraba, diciendo: ¡Oh, Hermana mía, qué tormentos tan rigurosos sufro! Y aunque padezca por varias cosas, hay tres que me hacen sufrir más que todo lo demás:

La primera es el voto de obediencia que he observado tan mal, pues no obedecía más que en aquello que me agradaba: y semejantes obediencias no sirven más que de condenación delante de Dios.

La segunda es el voto de pobreza, pues no quería que nada me faltase, proporcionando varios alivios a mi cuerpo. ¡Ah, qué caro pago ahora las caricias excesivas que le he hecho, y qué odiosas son a los ojos de Dios las religiosas que quieren tener más de lo que es verdaderamente necesario y que no son completamente pobres!

La tercera cosa es la falta de caridad y por haber sido causa de desunión, y haberla tenido con las otras; y por esto, las oraciones que aquí se hacen no se me aplican y el Sagrado Corazón de Jesucristo me ve sufrir sin compasión, porque yo no la tuve de aquellos a quienes veía sufrir.

Me dijo que me dirigiera a vos, para rogaros que le procurarais tres Misas, el Rosario durante nueve días y todas las prácticas de observancia y una Comunión, diciendo que todo eso endulzaría mucho sus trabajos y que no sería ingrata. Esto es, mi querida Madre, todo cuanto puedo deciros.

En cuanto a nuestra pobre Hermana M. F., creo que no le quedan más que seis meses de Purgatorio y después gozará del Soberano Bien.

Respecto a lo que Vuestra Caridad nos pregunta sobre la difunta y buena M. Boullier, ya no necesita nada, me parece, y la creo bien alta en la gloria y en el lugar de esos serafines destinados a rendir perpetuo homenaje al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo para reparar las acerbas amargas que ha sufrido y sufre todavía en el Santísimo Sacramento por la ingratitude y frialdad de los nuestros. Todo lo que puedo deciros es que tiene mucho poder para ayudaros.

¡Ah, mi buena Madre!, ¡cuán obligada os quedaría si me ayudarais a aliviar a mis buenas amigas pacientes del Purgatorio!; pues así es como llamo yo a esas pobres

almas, por cuyo alivio no hay nada que no quisiera hacer y sufrir. Os aseguro que no son ingratas.

Para deciros una palabra de mí misma, os diré que el Señor me concede siempre muchas gracias, por indigna que sea; de las cuales, la que más aprecio es la conformidad a su vida paciente y humillada. Me tiene en un estado de indiferencia a su divino beneplácito, tan grande, que ya no me preocupa cualquiera que sea el estado en que me ponga. Con tal que Él esté satisfecho y que yo le ame, esto me basta. Y he aquí la ocupación que ha dado a mi espíritu: «la Cruz es mi gloria, el amor a ella me conduce, el amor me posee, sólo el amor me basta».

Os suplico que, una vez leída esta carta, la queméis y que nadie la vea sino vos.

No sé si me engaño en todo esto que os digo aquí; ruego al Señor que os lo haga comprender. Bien sé yo que no pudieron ser sueños míos, porque ni dormía ni siquiera estaba acostada; mas con todo, desconfío de mí misma.

CARTA XXXII A LA M. DE SOUDEILLES, MOULINS¹⁵

Sentimientos afectuosos.—La anima a alegrarse de nuevo con la cruz del Superiorato.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
30 de junio de 1685

Yo creía, mi respetable Madre, que Vuestra Caridad me había olvidado por completo; pero vuestra bondad me hace ver lo contrario por la carta a nuestra querida H. María Ana Cordier¹⁶. Debéis estar persuadida de que Nuestro Señor me ha inspirado tan fuerte inclinación a amaros y estimaros en su Sagrado Corazón, que no os olvidaré jamás en su divina presencia, aun cuando me

¹⁵ Acababa de ser reelegida para el segundo trienio: 1685-1688. Este intervalo fue para el Monasterio de Moulins, como para los de Dijon, de Semur y de Paray, la era del triunfo del Corazón de Jesús. Hacía siete años que la correspondencia de la Santa preparaba insensiblemente los caminos a este divino Reinado. Ha llegado el momento en que este bendito culto empiece a desarrollarse con el fervor que se echa de ver en las cartas siguientes.

¹⁶ La H. María Ana Cordier era profesa de Paray desde el año 1667. Nacida en Moulins, de una distinguida familia, se encontraba, como es natural, en relaciones con la M. de Soudeilles y con varias de sus hijas. Era una religiosa fervorosa que, después de algunas vacilaciones, se había consagrado por completo al Señor. La dirección del P. de La Colombière había producido en ella abundantes frutos.

La correspondencia que tenemos a la vista prueba que existía entre ella y la Santa una cordial confianza, puesto que a veces las ocurría escribir en la misma hoja.

hubierais borrado por completo de vuestra memoria, como indigna de ocupar ningún lugar.

Me he enterado con gusto de vuestra reelección. No veo, mi muy querida Madre, que haya motivo para afligiros tanto, puesto que es la voluntad de Dios, cuyo brazo no se ha abreviado, ni su poder disminuido para sosteneros en lo futuro como lo ha hecho en lo pasado. ¿Y qué tenéis, pues, que temer puesto que no pide más que vuestra confianza en su bondad, para haceros experimentar la dulzura y fuerza de su socorro en vuestras necesidades, pero siempre a la medida de vuestra confianza?

La mía está en que Vuestra Caridad me consiga con sus santas oraciones el perdón del mal uso que he hecho hasta ahora de mi santa vocación y la gracia de corresponder con fidelidad a ella y a todo lo que pida de mí; y puedo aseguraros que si no fuera tan mala como soy, experimentaríais el efecto de mis oraciones. Pero, ¡ay de mí!, éstas son demasiado frías para llegar hasta el manantial del amor, donde deseo estéis toda abismada y consumida, para no cesar jamás de amarlo con toda la capacidad de nuestros corazones. Con todo el mío soy toda vuestra con el más sincero respeto.

Sor M. María de L. V. D. S. M.
D. S. B.

CARTA XXXIII

A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Si nos consagramos al Divino Corazón, Él se cuida de nosotros.—Los tres elementos: el sufrimiento, la humildad y la unidad.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
17 de agosto de 1685

No puedo explicaros, mi respetable Madre, el placer que he tenido cuando, al leer vuestra carta, he visto el deseo que Vuestra Caridad demuestra de ser toda del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, pues me parece que por ahí es por donde aseguraremos nuestra salvación, que tan comprometida está en esta vida miserable y llena de corrupción. Pero cuando nos hemos consagrado y dedicado por completo a este Corazón adorable, para honrarle y amarle con todos nuestros medios, abandonándonos del todo a Él, Él se cuida de nosotros y nos hace arribar al puerto de salvación, a pesar de las borrascas.

¡Ay!, mi querida Madre, rogad al Señor que yo pueda llegar al mío, para no verme privada de amarle eternamente. ¡Ah, que más bien me agobie aquí abajo con toda suerte de tormentos, antes que privarme de un solo momento de amarle! Sí, yo le quiero amar por mucho que pueda costarme, y deseo que le améis con tanto ardor que vuestro corazón llegue a consumirse. Y puesto que el que ama tiene todo poder, amemos, pues, y nada nos parecerá difícil.

Pero este amor no reina más que en el sufrimiento y no triunfa sino en la verdadera humildad, ni se puede gozar de él más que en la unidad. En el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo es donde la encontraremos; ayudémonos la una a la otra para llegar a Él. Vuestra Caridad puede estar segura que no la olvidaré ante Él, pues me ha dado una inclinación muy particular para amaros y estimaros en Él. Todo por su gloria y amor, en el cual soy toda vuestra de corazón y con el mayor afecto.

Sor Margarita María
De la Visitación de Sta. M.
D. S. B.

CARTA XXXIV

BILLETE ENTREGADO POR LA SANTA A LA H. MARÍA MAGDALENA DE ESCURES, RELIGIOSA DE LA COMUNIDAD DE PARAY

Revelación acerca de la H. Francisca Rosalía Verchère.—Castigo por quitarle la santa Comunión de los Primeros Viernes.—Bajísimo concepto de sí misma.

¡Viva † Jesús!

[Hacia fines de agosto de 1685]

No extrañéis que me dirija a vos como a mi querida amiga en el Sagrado Corazón de Jesucristo, el cual quiere que lo haga así para deciros la pena tan grande que tengo con motivo de mi hermana. Y es que esta mañana al levantarme me ha parecido oír claramente estas palabras: **Di a tu Superiora que me ha causado gran disgusto, porque por complacer a la criatura no ha temido enojarme, quitándome la Comunión que yo te había mandado hacer todos los Primeros Viernes de mes, para satisfacer así, ofreciéndome a mi Eterno Padre a su divina justicia, por los méritos de mi Sagrado Corazón, en el caso en que se cometa alguna falta contra la caridad, porque te he escogido para que seas la víctima. Y al mismo tiempo que**

ella te ha prohibido cumplir mi voluntad en esto, yo he resuelto sacrificarme esta víctima que ahora sufre¹⁷.

He aquí, mi querida Hermana, lo que me atormenta y persigue de continuo sin que pueda olvidarlo, porque Él me apremia a decírselo a nuestra Madre y temo hacerlo, hablándoos con franqueza, porque creo que todo esto no es más que una astucia del enemigo, que quiere hacer que me singularice con esta Comunión, y que todo ello no es más que imaginación e ilusión, porque el Señor no iba a hacer semejante gracia a una miserable hipócrita como yo. Pero os ruego, mi querida amiga, que me deis en esto vuestro parecer para sacarme de apuros, puesto que quiere que os lo pida. Hacedme esta gracia, sin adularme, pues temo resistir a Dios, y no puedo explicaros lo que sufro con esta idea. Pedidle que os haga conocer la verdad y lo que quiere que me respondáis. Después, ya procuraré no pensar más en ello.

Otra gracia que también os pido es que me guardéis secreto y que queméis este escrito; pues si conocieseis lo mala que soy, no os costaría trabajo decírmelo, si es que esto no proviene de Dios. Éste es mi modo de pensar. Pero es preciso que os ame tanto como lo hago para podéroslo comunicar; pero en el secreto del Sagrado Corazón, el cual os devolverá, como espero, la caridad que me haréis; porque no tengo bastante capacidad ni discernimiento para mí misma.

En lo que a mí se refiere, preferiría mejor seguir la voluntad ajena antes que la mía, pues no tengo ninguna dificultad en creer lo malo que dicen de mí, no lo bueno, porque soy muy mala y estoy llena de defectos¹⁸.

¹⁷ Las Hermanas antiguas no habían aprobado la nueva devoción. La M. Melin, para calmar los ánimos, prohibió todas las prácticas exteriores y quitó a la Santa la Comunión de los Primeros Viernes.

¹⁸ La H. María Magdalena des Escures era una de las más opuestas a que se introdujeran prácticas nuevas, que le parecían contrarias a la Regla. Pero su virtud le inspiraba tal confianza a la H. Margarita María, que tuvo hacia ella el más sincero aprecio; la divergencia de opiniones parecía que era razón suficiente y que la obligaba a consultarla. Su respuesta fue bien sencilla: la animó a exponerlo a la Superiora. Ya se sabe cuál fue el resultado de este consejo: las Comuniones permitidas, según la orden de Nuestro Señor, conservaron a la H. Francisca Rosalía Verchère una vida destinada a dar a conocer, un día, las virtudes y Escritos de Margarita María.

CARTA XXXV¹⁹
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Alegría al aumentarse sus cruces.—Su único placer.—El poderoso sostén del Instituto de la Visitación.

¡Viva † Jesús!

1685

El estado de sufrimiento en que me veo como agobiada y anonadada, hace que yo misma me desconozca y me sienta impotente para todo lo bueno. No me queda libertad, mi querida Madre, más que para hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando veo que aumentan mis dolores, experimento la misma alegría que sienten los más avaros y ambiciosos al ver aumentar sus tesoros. Me parece que estos sufrimientos aprovechan algunas veces a esas pobres almas del purgatorio. ¡Ah, mi buena Madre!, ¡cuán obligada os quedaría, si me ayudarais con vuestras oraciones a aliviar a mis buenas amigas pacientes del Purgatorio! Así es como las nombro. Os aseguro que no son ingratas.

No sé si en esto me engaño, pero no tengo más placer en esta miserable vida que en lo que se refiere a los intereses del Sagrado Corazón de Jesús, que me clava a menudo en la Cruz despojada de todo.

He aquí la idea que he tenido respecto a nuestro Instituto: que nuestro Padre San Francisco de Sales, temiendo que los cimientos de su edificio vinieran a derrumbarse, había pedido un sostén capaz de protegerlo. Se lo ha concedido el Sagrado Corazón, para levantarlo de sus caídas y servirle de asilo contra los ataques de sus enemigos, sirviéndole también de sostén para que no sucumba en lo porvenir. Y es la intercesión de la Santísima Virgen por quien ha logrado este poderoso Protector. En cuanto a aquellas que tengan noticia de Él y se pongan bajo su protección, derramará en abundancia sobre sus personas los tesoros de sus gracias santificantes por la unción de su caridad y la suavidad de su divino amor.

D. S. B.

¹⁹ En las ediciones anteriores no se encontraban más que las primeras líneas de esta carta, con otro número. El resto había sido intercalado en otras cartas. Hemos reconstruido el texto según varios manuscritos. Es probable que esta carta sea una recopilación de diversos párrafos. No se encuentra en ella ilación. En todo caso, cada uno de los trozos que la componen es auténtico de la Santa, y se encuentran en todos los manuscritos. (Nota extractada de Mons. Gauthey.)

CARTA XXXVI
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Espléndidas promesas a los devotos del Divino Corazón.—Un cuadro del mismo.—¿Cómo se hace la consagración?—Sus buenas amigas del Purgatorio.—«Envuelta en un eterno olvido».—Consigue la curación de una Hermana enferma.

¡Viva † Jesús!

24 de agosto de 1685

Os confieso, mi amadísima Madre, que el estado de sufrimiento en que me veo como agobiada y anonadada, hace que yo misma me desconozca y me sienta impotente para todo lo bueno. No me queda libertad más que para hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, del cual esta indigna criatura os dirá una palabrita, respecto a algunas gracias particulares que cree haber recibido de Él. Le ha hecho, pues, conocer de nuevo, el gran placer que encuentra en ser honrado de sus criaturas y le parece que entonces le prometió:

Todos los que se consagraren a este Sagrado Corazón no perecerán jamás; y como es manantial de todas las bendiciones, las derramaré en abundancia en todos los lugares donde estuviera expuesta la imagen de este amable Corazón, para ser allí amado y honrado; por este medio uniré a las familias desunidas y asistirá y protegerá a las que se vieran en alguna necesidad; derramará la suave unción de su ardiente caridad en todas las Comunidades en que se venera esta divina imagen; desviará los golpes de la justa cólera de Dios, restituyéndolas a la gracia, cuando por el pecado hubieran decaído de ella, y dará una gracia especial de santificación y salvación a la primera persona que le proporcione el placer de mandar hacer esta santa imagen.

Pero el poco caso que esta pobre y mísera pecadora debe hacer, y en efecto hace, de todo lo que pasa en ella, a causa de su gran indignidad, no le da seguridad para dar a conocer nada, si no es por obediencia. Sin embargo, sintiéndose muy apremiada con esto y no sabiendo ya cómo excusarse, como no fuera con su impotencia, se le presentó un joven recién venido de París, que es pariente de una de nuestras Hermanas novicias, el cual, enterado por ella, se ofreció con admirable entusiasmo a pintar este cuadro, tan hermoso como se quisiera; no hay más que darle el diseño. Lo encomiendo todo a vuestras santas oraciones, a fin de que todo resulte para su gloria, pues se presentan multitud de obstáculos, y basta que esta ruin pecadora se mezcle en ello, para que surjan por todas partes.

He aquí, mi querida Madre, unas palabritas que mi corazón, que tan tiernamente os ama, arroja como de paso en el secreto del vuestro. Os diré con sencillez que me parece que haríais una cosa muy agradable a Dios consagrándoos y

sacrificándoos a ese Sagrado Corazón, si es que ya no lo habéis hecho. Hay que comulgar en un Primer Viernes de mes y después de la Santa Comunión hacerle el sacrificio de vos misma, consagrándole todo vuestro ser para emplearos en su servicio y procurarle toda la gloria y amor y alabanza que esté en vuestro poder. Ésta es una cosa, mi buena Madre, que pienso que el Divino Corazón pide para perfeccionar y consumir la obra de vuestra santificación.

Y en cuanto a lo que concierne a mis buenas almas pacientes del Purgatorio, la verdad es que os estoy más agradecida por el bien que les habéis procurado, que si me lo hubierais hecho a mí misma. No creáis que sean ingratas, no, os lo aseguro; y aunque la pobre Hermana N. sufre mucho todavía, no olvidará vuestros buenos oficios.

He encomendado al Sagrado Corazón la persona que me indicáis. Creo que si puede hacer ese acto de generosidad de darse completamente a Dios, consagrándose del todo a Él, cumplirá lo que de ella pide, asegurando su salvación. ¡Si supierais, mi buena Madre, qué difícil me es decir todas estas cosas, por la pena que me causa la idea de que no soy más que una hipócrita que engaño a las criaturas con una falsa apariencia de devoción! Puedo aseguraros que me veo tan lejos de la pureza que Dios pide de mí, que me parece que todas mis acciones me condenan. Esto es lo que me hace rogaros con todo mi corazón que queméis todos mis escritos, porque no quiero que quede nada de tan perversa pecadora que pueda dejar algún recuerdo de ella después de su muerte, pues quiero quedar anonadada y envuelta en un eterno olvido.

Y puesto que os hablo con el corazón en la mano, os confieso con sinceridad que este deseo que me apremia de verme olvidada y despreciada de las criaturas me hace sufrir un continuo martirio en los diferentes empleos de la religión y sobre todo para escribir e ir al locutorio, que me parece un infierno. Y lo que aumenta más mi pena en este punto es que creo no poder yo demostrar las repugnancias que siento por estas cosas, sin ofender a Nuestro Señor, a causa de la promesa que le he hecho con motivo de una de nuestras Hermanitas (*la H. Antonia Rosalía de Sennecé*), la cual estaba ya en las últimas y con un sueño letárgico.

No podía en tal estado recibir los últimos Sacramentos, lo que afligía mucho a nuestra querida Madre, que me hizo comulgar con esta intención. Y como yo pidiera con instancias esta gracia, me pareció que me decían claramente estas palabras: **Tendrá el consuelo de recibir todos los Sacramentos que se requieren en esta última hora si tú quieres sacrificarte, no volviendo a manifestar tu repugnancia a los empleos, ni a escribir para contestar a los que yo encamine a ti ni tampoco para ir al locutorio.** Y en el acto me ofrecía todo esto, con el deseo que tenía de que se nos concediera lo que pedíamos; y al mismo tiempo hice a mi Soberano la promesa de no demostrar la repugnancia que en ello sintiera. Pero ésta se ha hecho tan violenta desde esta fecha (*26 de abril de 1684*), que cometo faltas cada vez que la ocasión se presenta y siento además un

remordimiento interior de que, habiendo alcanzado lo que pedía, no cumplo mi promesa. Juzgad, mi querida Madre, si esto no tiene que causarme mucha pena.

¡Ah, qué feliz me consideraría si fuera desconocida de todas las criaturas y me viera envuelta en un eterno olvido sin olvidaros, sin embargo, jamás delante de Nuestro Señor! Por su amor os ruego me deis a conocer vuestro parecer acerca de lo que os indico, con algunas palabras de aliento en un camino en el que no hallo apoyo ni consuelo. No es que me falte una buena Madre, tan buena y caritativa como pueda desearse. Pero Dios lo quiere así, sea eternamente bendito su Santísimo Nombre.

CARTA XXXVII A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Otra vez las riquísimas promesas del amantísimo Corazón.— «El Medianero entre Dios y los hombres».

¡Viva † Jesús!

1685

¡Si supierais cuán apremiada me siento a amar al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo! Me parece que no se me ha dado la vida más que para esto, y sin embargo hago todo lo contrario. Él me hace continuos favores y yo no le pago más que con ingratitudes. Me ha regalado con una visita que me ha sido en extremo favorable por las buenas impresiones que ha dejado en mi corazón.

Me ha confirmado que el placer que encuentra en ser amado, conocido y honrado de las criaturas es tan grande, que, si no me engaño, me ha prometido que todos aquellos que se le dediquen y consagren no perecerán jamás, y que como es el manantial de todas las bendiciones, las derramará en abundancia en todos los lugares en que la imagen de su Divino Corazón esté expuesta y sea honrada; que unirá las familias divididas y protegerá y asistirá a las que tengan alguna necesidad y se dirijan a Él con confianza; que derramará la suave unción de su ardiente caridad sobre todas las Comunidades que le honren y se pongan bajo su especial protección; que desviará de ellas todos los golpes de la divina justicia para restituir las a la gracia, cuando de ella hubieren decaído.

Me ha dado a conocer que su Sagrado Corazón es el Santo de los Santos, el Santo del Amor; que quiere ser conocido ahora, para ser el medianero entre Dios y los hombres, pues tiene todo poder para ponerlos en paz, apartando los castigos que nuestros pecados han atraído sobre nosotros, alcanzándonos misericordia.

CARTA XXXVIII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Una pobre y mala pecadora.—El placer, óbice para que reine el Sagrado Corazón.

¡Viva † Jesús!

1685

En verdad, mi querida Madre, que me causa gran confusión que penséis que una pobre y mala pecadora, como soy yo, pueda tener la ciencia de los santos y hablaros en su lenguaje. Os encontraréis miserablemente engañada como yo si dais algún crédito a mis pensamientos, que os comunico con toda sencillez, como Vuestra Caridad manifiesta desearlo. Los que me han ocurrido con motivo de lo que me habláis es que si esa persona acepta lo que le ofrecen y hace todo lo posible para usar bien de ello, Dios será glorificado y su alma santificada; pero que todo sea sin otra mira que la de agradar a Dios, ante el cual no olvido a la otra persona de quien me habláis en vuestra carta.

Pero el Sagrado Corazón de Nuestro Señor reinará con dificultad en el suyo, porque en él hace reinar con exceso el placer. Hay que esperarlo todo de la bondad de nuestro Dios, en el amor del cual soy, mi querida Madre, vuestra....

Sor Margarita María
D. S. B.

CARTA XXXIX
A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Única nobilísima aspiración de la Virgen de Paray.

¡Viva † Jesús!

[1685]

No sabría ocuparme en otra cosa más que con el Sagrado Corazón de mi Salvador, y moriría contenta si le hubiera procurado alguna honra, aun cuando hubiera de ser mi recompensa una pena eterna. Con tal que yo le ame y que Él reine, esto me basta.

La contradicción me ha puesto a menudo a punto de cesar de hablar con Él, pero sentía interiormente tan fuerte reprensión por los vanos temores con que Satanás trataba de intimidarme y me encontraba después tan alentada y fortalecida, que he resuelto, por mucho que me cueste, proseguir hasta el fin, a

menos que la obediencia no me lo prohíba. En este caso lo abandonaría todo, porque siempre le sacrifico todas mis miras e intenciones.

CARTA XL
A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Gozo por el envío de una imagen del Sagrado Corazón.—«Una nueva muerte el tener que ser vista».—¿Cómo grabar nuestros nombres en el amante Corazón?—«Resuelta a morir o vencer».

¡Viva † Jesús!

Enero 1686

Creía, mi querida Madre, que ibais a decirme que no pensase ya más en introducir esta devoción del Sagrado Corazón, considerándola como una vana quimera de mi imaginación, y de antemano estaba ya resignada a ello. Tan poco es el crédito que doy a cuanto procede de mí. Pero cuando he visto la imagen de este único objeto de nuestro amor que me habéis enviado, me ha parecido que renacía a nueva vida. Estaba sumida en un mar de amargura y sufrimiento, que se trocó en tan grande paz y sumisión a todas las disposiciones de la celestial Providencia para conmigo, que desde entonces me parece que nada hay ya capaz de turbarme. Mi único anhelo es que sea glorificado este Sagrado Corazón.

¡Por cuán dichosa me tendría si antes de mi muerte pudiera agradecerle en algo! Vos podéis ayudarme mucho confortando mi pobre y débil ánimo. Para mí es siempre una nueva muerte tener que ser vista y conocida de las criaturas, y cada vez me cuesta más. Cuanto más quiero engolfarme en mi nada para allí vivir en ese abismo, pobre y desconocida por completo del mundo, más me suscita éste nuevas amistades. Pero ¡ay! ¿Cómo he podido yo engañar así a las criaturas? No encuentro cruz más pesada que ésta; y si Nuestro Señor por su dulce bondad no pusiera dentro de ella lo que tan justamente me es debido, que son las humillaciones y contradicciones, estaría desolada.

Pero me desví sin darme cuenta de lo que os iba diciendo respecto a la devoción del Sagrado Corazón y al propósito de hacerle honrar. Me parece que me ha hecho ver varios nombres que estaban grabados en Él, a causa del deseo que tienen de hacerle honrar, y por esto mismo no permitiré que jamás sean borrados. Pero nunca me ha dicho que sus amigos no tendrían nada que sufrir; porque quiere que hagan consistir su mayor felicidad en gustar sus amarguras.

Oíd ahora unas palabritas, como de paso, para expresaros la bondad y voluntad de nuestro soberano Maestro. ¡Ah!, ¿será posible que no queramos amarle con todas nuestras fuerzas y potencias, a pesar de las contradicciones que, como

sabéis, nunca faltan? Pero estoy resuelta a morir o vencer estos obstáculos con el auxilio de este adorable Corazón.

No os puedo decir todo el consuelo que me habéis proporcionado, tanto al enviarme su amable imagen, como también al querer ayudarnos a honrarla con toda vuestra Comunidad. Esto produce en mí transportes de alegría mil veces mayores que si me pusierais en posesión de todos los tesoros de la tierra²⁰.

CARTA XLI A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

«Sólo por esto suspiro».—Más quiere sufrir por el reinado del Sagrado Corazón que ser un inflamado serafín.

¡Viva † Jesús!

[Hacia febrero de 1686]

No puedo explicaros mi alegría por el acrecentamiento de la devoción al Sagrado Corazón de mi Salvador. Me parece que sólo por esto suspiro; y algunas veces se enciende en mi corazón tan ardiente deseo de hacerle reinar en todos los corazones, que me parece que no hay cosa que no quisiera hacer y sufrir para conseguirlo: aun las penas del infierno, sin pecado, me resultarían dulces.

Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, apremiada por este deseo ardiente, me fue mostrado, si no me engaño, el fuego en que se abrasan los serafines con tanto gozo y oí estas palabras: **¿No preferirías tú más gozar con ellos, a sufrir, ser humillada y despreciada para contribuir al establecimiento del Reinado de mi Corazón en los corazones de los hombres?** Entonces, sin titubear, abracé la cruz toda erizada de espinas y clavos que me presentaron y con todo el afecto de que era capaz repetía sin cesar: — ¡Único amor mío!; ¡ah, cuánto más dulce es para mí seguir mi deseo y cuánto más prefiero sufrir para haceros conocer y amar, si Vos queréis honrarme con esta gracia, que verme privada de ella, para ser uno de esos inflamados serafines!

Desde entonces he continuado siempre en esta disposición de ánimo, con sentimientos de ternura tan grandes por parte de este adorable Corazón, que no soy capaz de expresar.

²⁰ Movida por el ejemplo de devoción dado en Paray por las novicias de Margarita el día de su santo, hizo la M. Greyfié, en su Monasterio de Semur, dedicar un Oratorio al mismo Divino Corazón y colocar en él un cuadro. A principios de este año de 1686 enviaba a su antigua súbdita una relación de los honores tributados en él al Corazón de Jesús y la anunciaba el envío de una imagen en miniatura de dicho cuadro de Semur. A esta carta responde la Santa.

CARTA XLII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Apostolado por medio de las imágenes.—Cómo morirá contenta.—Visión del día de San Francisco de Sales.

¡Viva † Jesús!

2 de marzo de 1686

Mi amadísima Madre: [No hubiera tardado tanto en proporcionarme el honor de escribiros, si hubiese podido satisfacer el deseo que me demostráis de tener un dibujo para hacer un cuadro del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Como nuestra pobre Hermana N. N. no puede ya dedicarse a esta clase de cosas, me he dirigido a nuestra Hermana la Superiora de Semur para que nos mande uno y poder daros esta satisfacción, que lo sería aún para mí mayor, si no tuviese la mortificación de no haber recibido noticia alguna desde que se lo pedía; además me han asegurado que ya se había encargado uno].

Mucho me gustaría saber si podríais encargar que hiciesen una lámina de la estampa del Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro. Me parece que os ha destinado para ello. Me lo dio a conocer visiblemente, porque algunas personas se han ofrecido a hacerlo, y han hecho lo que han podido para salir con ello, pero no han logrado adelantar nada. Esto me obliga a dirigirme a Vuestra Caridad para deciros lo que creo ser voluntad de ese divino Corazón, la cual me manifestó del modo siguiente precisamente.

Y es que fuisteis vos la primera a quien quiso que comunicase yo el ardiente deseo que tiene de ser conocido, amado y glorificado por sus criaturas. No sé si me engaño ni si recordaréis lo que os he dicho; lo que sé de cierto es que me siento en extremo apremiada a deciros de su parte [que desea encarguéis una lámina con la imagen de ese sagrado Corazón, a fin de que los que quieran tributarle particular veneración, puedan tener imágenes en sus casas y otras pequeñas para llevar consigo. Me parece] que sería esto una gran dicha para vos si pudierais proporcionarle ese honor y que no dejará de recompensároslo. No hay en todo esto de por medio más que el interés de su gloria; y me parece, mi querida Madre, que Él aumentará la que os tiene destinada. Además, estará escrito vuestro nombre en ese Corazón sagrado con caracteres indelebles. Mas como quiere que le complazcáis en esto y sin interés alguno y sólo por amor a Él mismo, no me deja deciros todo lo demás que os tiene reservado, si le dais este contento.

[Y como un buen Padre jesuita quiso encargarse de mandar hacer esta lámina, porque le instaban mucho las personas que se habían ofrecido a pagarla, la encargó a Lyon.]

[Pero] no se hará nada por otro lado, a menos que vos nos deis una negativa. Indicadnos si no tenéis intención de hacerlo. Me han dicho que costará por lo menos dos luses de oro. Y he recibido la orden de dirigirme a otra persona si vos rehusáis hacerlo; mas no os apenéis por lo que os digo: os expongo sencillamente mis pensamientos, porque podéis sujetarlos a vuestro parecer y hacer lo que el Señor os inspire.

Bien sabéis, mi buena Madre, que tenéis gran parte en esta devoción y que debéis interesaros por ella cuanto podáis. Os confieso que moriré contenta si veo a este Sagrado Corazón conocido, amado y honrado, para lo cual no sirvo yo sino de obstáculo. ¡Qué dichosas son las almas que son del todo suyas, y que no aman más que en Él y por Él!

Me parece que nuestro santo Fundador, en el día de su fiesta, me dio a conocer muy claramente el ardiente deseo que tiene de que el Sagrado Corazón de Jesucristo sea conocido, amado y honrado en todo su Instituto. Me dijo que era el medio más eficaz que había podido obtener para levantarse de sus caídas, e impedir que sucumbiese bajo los artificios de un espíritu extraño, lleno de orgullo y de ambición, que sólo pretende arruinar el espíritu de humildad y de sencillez, que es el fundamento del edificio que Satanás quiere derribar. Mas no podrá hacerlo si tiene a este sagrado Corazón por defensor y por sostén, etc.

D. S. B.

[Emplead, pues, toda vuestra influencia en hacerle amar. Os envió una pequeña consagración a este Divino Corazón para que cada una la haga en particular; hay también una general. Si deseáis tenerla, me tomaré la confianza de enviáros la con otras oracioncitas; pues no tengo mayor placer que el de verle reinar en todos los corazones.]

CARTA XLIII A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Duramente censurada por un religioso de gran reputación, comparte Margarita su parecer.—Estupenda humildad de la Santa.

¡Viva † Jesús!

En la Cuaresma de 1686

Me siento perseguida y atormentada de diversos modos, y uno de los más duros es verme a mí misma como juguete de Satanás, al que ha manejado y engañado siempre con sus falsas ilusiones; y nada veo en mí que no sea digno de eterno castigo, puesto que no solamente he sido yo engañada, sino tan desgraciada, que

he engañado a los demás con mi hipocresía, aunque sin querer hacerlo. Y lo que me confirma en estos sentimientos contra mí misma, es que tal es el parecer de ese buen siervo de Dios, N. Tengo motivos para bendecir mil veces la bondad del Señor por haberme traído, con el fin de que acabe con esa falsa opinión que se tenía de mí.

Nada me da tanto contento como ver que por este medio se desengañan las criaturas, y quedo yo en disposición de satisfacer de algún modo a la divina justicia, saliendo a luz mis miserias y manifestándose lo que soy, para que después de esto permanezca sepultada en un eterno olvido del mundo. Este pensamiento me lisonjea, llenándome de dulce complacencia. Veo que tengo gran necesidad de humillarme, mas no sé cómo poder hacerlo, pues no hay cosa alguna inferior a mí, que no soy más que una nada criminal. Pedid mi perfecta conversión al Sagrado Corazón de nuestro amable Salvador.

CARTA XLIV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Culto del «Santo P. de La Colombière».—Nueva y pesadísima cruz.—«Mil cuerpos para sufrir y millares de corazones para amarle y de almas para adorarle».

¡Viva † Jesús!

[Marzo de 1686]

Mi amadísima Madre:

Me complazco de antemano pensando en el contento que tendréis al recibir las reliquias de nuestro Santo P. de La Colombière, cuyo cuerpo han trasladado los reverendos Padres jesuitas a su nueva iglesia. Nos han regalado, muy en secreto, un huesecito de sus costillas y su cinturón. Y deseo compartirlo con vos, pues sé que el aprecio que hagáis de ello estará en relación con la estima en que tenéis a este gran Siervo de Dios.

No os puedo explicar el consuelo que siento viendo el ardor que demostráis por el Sagrado Corazón de nuestro divino Esposo. Y si ocupáis vos en la tierra el lugar de ese Santo Padre, me parece que él ocupa el vuestro en el cielo para amarle y honrarle²¹.

²¹ Puede parecer extraño que, habiendo fallecido el P. de la Colombière en febrero de 1682, fuese exhumado su cuerpo en tan corto intervalo de tiempo. El sistema de exhumación que estaba entonces en uso, podía permitirlo sin inconveniente. Antes de cerrar el féretro, derramaban una cantidad considerable de cal viva sobre el cuerpo, y ésta consumía rápidamente las carnes y, al cabo de pocos años, sólo quedaban los huesos. Este sistema se usó con el siervo de Dios, como lo atestiguan las huellas de cal que

Espero que el Divino Corazón reinará, a pesar de todo lo que a ello se opone. En cuanto a mí, lo único que puedo hacer es sufrir y callar; pues os confieso como a mi buena Madre, que nunca me vi reducida a semejante estado de humillación y contradicción por parte de las criaturas. Me parece que voy a sucumbir a cada paso bajo el peso de esta cruz con que su bondad me favorece²².

Pero os digo también que nunca ha sido Dios tan bueno conmigo como ahora, pues no se aparta de mí a pesar de mis grandes miserias. Y así no tengo más recurso que su adorable Corazón, el cual es siempre mi fiador y defensor. Rogad mucho por mí y creed que no os olvido en su presencia. No os cuento todo esto particularmente porque no es posible, pues quiero sufrir en silencio. Y esta palabrita que os digo de paso, es solamente para demostrar la necesidad que tengo de vuestras santas oraciones. Y puesto que os interesáis por mis cosas, bendecid a nuestro soberano Maestro, porque me hace participar de su cruz.

¡Oh! mi querida Madre, cuán bueno es vivir y morir abrumada bajo su peso, en la privación de todo consuelo. Esta es la única pretensión del puro amor, que no deja en paz al alma que una vez se ha entregado a su poder. Querría yo ser una de ellas; me parece que desearía tener mil cuerpos para sufrir y millones de corazones para amarle y de almas para adorarle. Pedid a su bondad que no abuse yo de estos momentos tan preciosos que me da para que haga penitencia, a fin de que no me vea privada de amarle eternamente.

D. S. B.

CARTA XLV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Otra vez el apostolado de las imágenes.—Cultos al Sagrado Corazón en la Comunidad de Semur.—Nuevos proyectos en la de Paray.—Su único consuelo, no tener ninguno.

¡Viva † Jesús!

20 de marzo de 1686

Temo, mi amadísima Madre, no haberme explicado bien al hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Me parece haberos dicho que la estampa que Él deseaba mandase hacer Vuestra Caridad para gloria suya y bien vuestro,

se notan en la cabeza y en otras varias partes de los huesos. La distribución de las reliquias no fue sólo para nuestra Santa; muchas otras personas participaron de ellas, ya calando se hizo esta primera exhumación, ya en los años siguientes; y se pudo hacer constar, en la verificación hecha el 3 de julio de 1865, la falta de todos los huesos pequeños, de todas las costillas y de varias vértebras.

²² Se refiere la Santa a la terrible persecución que, contra ella, se levantó por haber despedido del Monasterio, con santa energía, a la joven postulante Chamron en la primavera de este año.

estuviese bien impresa en láminas, a fin de que todos pudieran comprarla según su devoción. No hay que buscar en esto más interés que su gloria, por la cual desea Él que se esparza esta devoción en todos los corazones, para que reine en ellos de un modo absoluto. Eso es, mi buena Madre, lo que me ha parecido que pedía de vos, y creo que os recompensará por ello abundantemente, así como a todos los que contribuyan a darle este contento, dando a todos gracias de santificación y de salvación.

Os confieso que no os hubiera hablado de ello, a no haberme sentido vivamente apremiada a hacerlo, pues algunas personas nos habían puesto ya el dinero en las manos; pero no me atreveré a hacer nada mientras vos no me deis una negativa. También es posible que el dinero que vuestra santa Comunidad tiene el designio de dar, sea para encargar un cuadro a algún pintor y ponerlo en un marco, como lo ha hecho mi Hermana la Superiora de Semur, que tiene una devoción admirable a este Sagrado Corazón y ha mandado hacer uno para su Comunidad. Le han erigido un altar y le tributan continuos homenajes, con excelentes frutos; comenzaron a practicar esta devoción al oír leer el Retiro del R. P. de La Colombière.

Nuestra respetable Madre tiene la idea de que más adelante nuestra Comunidad mande hacer una Capilla con su hermoso cuadro del Sagrado Corazón; por lo cual no se ha dado prisa en aprovecharse de la generosidad de ese joven de quien os he hablado. Y como la respetable Madre de Semur nos ha enviado un bosquejo de ese cuadro, nuestra querida H. María Luisa ha hecho cuanto estaba de su parte para reproducirlo, a fin de enviároslo. Es cierto que en el suyo hay algo más como cuatro cabezas de querubines en los cuatro ángulos, y algunos corazones entrelazados en la corona de espinas. Representan a los que le aman en medio del sufrimiento; y los que están entre los lagos de amor, a los que le aman en medio de los goces.

Os ruego encarecidamente, mi buena y querida Madre, que me indiquéis cuanto antes lo que queráis o podáis hacer, antes de que el Reverendo Padre encargue que lo hagan. Mas lo que yo os digo no os obliga a nada; me tomo únicamente la libertad de comunicaros mi pensamiento, conforme al deseo que de ello me demostráis. Y en cuanto a lo que a mí se refiere, ¡ay!, mi querida Madre, ¿qué os podría decir, sino que se complace el Señor en tenerme en un estado de continuo sufrimiento, en medio del cual no me reconozco yo misma? Estoy tan agotada de fuerzas, que me es en extremo trabajoso arrastrar esta miserable carroña de pecado; y cuando veo que se aumentan mis sufrimientos, me parece que siento un gozo semejante al que sienten los avaros y ambiciosos viendo acrecentarse sus tesoros.

Creo que estos sufrimientos se aplican a veces por algunas de las santas almas del Purgatorio; no sé si me equivoco en esto como en todo lo demás. Querría explayarme un poco más con vos, pero no me es posible hacerlo, pues nunca

hago lo que quisiera hacer. ¡El Señor sea bendito por todo! No me da en esta miserable vida más contento que el de no tener ninguno, y nunca hallo consuelo ni aun posibilidad de hablar, más que cuando se trata de los intereses de su sagrado y amabilísimo Corazón, en quien sólo me ocupo y con quien únicamente trato.

Y en cuanto a lo de estar vos asociada a nuestra devoción, no debéis dudarlo, puesto que seréis su bienhechora, si hacéis lo que anteriormente os hemos propuesto. Espero vuestra respuesta, rogándoos que tengáis un recuerdo particular en vuestras santas oraciones de esta pobre y miserable pecadora que jamás se olvidará de vos en las suyas indignísimas y lánguidas, y ruega al divino Consolador que nos consuma en su santo amor.

CARTA XLVI
A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

«Nuevos consuelos en los azotes y espinas».—Valioso auxilio que le ofrece un Padre jesuita.

¡Viva † Jesús!

[Marzo 1686]

Es cierto que el Sagrado Corazón de mi Jesús continúa ejerciendo constantemente sus misericordias conmigo, su miserable esclava, a pesar de mis continuas ingratitudes e infidelidades, las que espero quedarán en algún modo reparadas por la devoción con que le honra vuestra Comunidad, en lo cual se complace singularmente. Y si no ha permitido que al introducirla hallaseis la cruz que su amor me ha destinado a mí como una gracia, es porque quiere que la lleve yo por las dos, pues para esto me ha hecho y no le puedo servir en ninguna otra cosa. Me hace hallar siempre nuevos consuelos en los azotes y espinas, y en medio de ellas me tiene ahora enclavada en la cruz. Pedidle que no abuse yo de tan gran beneficio, sino que haga de él el uso que espera de mí.

Os pido que me guardéis secreto y que me digáis, por favor, si debo afligirme por las consecuencias enfadosas que son el resultado de esta cruz, pues es Dios muy ofendido en ello²³.

²³ Nueva alusión al efecto producido por la despedida de la postulante, la señora de Chamron, y por las disposiciones y palabras del afamado religioso de que anteriormente hemos hablado.

Esto es lo que me apena. Lo demás no me quita ni la más pequeña brizna de paz, aunque me parece estar como encerrada en oscura prisión, rodeada de cruces que voy abrazando una tras otra.

Éste es al presente mi único ejercicio, durante el cual el Sagrado Corazón de mi Jesús ha querido darme un auxilio que yo no esperaba. Y es que un gran siervo de Dios (*el R. P. Gette, S.I.*) me ha escrito hace poco diciéndome que al celebrar la Santa Misa, se sintió vivamente instado a ofrecerla todos los sábados del año por mí o por mi intención, y para que disponga de ella según mi deseo, el cual es que sea un sábado por vos y otro por mí; y tendremos también parte en todos los Santos Sacrificios que celebre. Éste es el regalo que tenía que haceros y que ciertamente no os desagradará.

¿No admiráis conmigo las misericordias del Señor y las dulzuras de su adorable Corazón hacia su miserable esclava por haberme enviado este sólido apoyo desde el primer sábado de Cuaresma? Porque entonces fue cuando comenzó a redoblar la multitud de las cruces con que me favorece, cuyo peso me haría sucumbir mil veces si no se constituyese Él mismo mi fortaleza por medio de las santas almas que ruegan por mí. Este buen religioso que me hace esta obra de caridad no me conoce, ni yo a él, más que de nombre. Nunca he sentido en mí tanta paz. Bendecid por ello al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

CARTA XLVII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Tristezas y alegrías en el apostolado de las estampas.—¿Por qué el poco éxito en la conversión de aquellos protestantes?

¡Viva † Jesús!

25 de abril de 1686

Me mortifica mucho no haber contestado a vuestra última carta, pero antes de hacerlo, quería hablar a ese buen Padre que me había prometido que se haría la lámina después de pascua; mas el Sr. Obispo de Autun, que está aquí trabajando en la conversión de los herejes, le tiene de tal modo ocupado, que no le queda tiempo ni holgura para trabajar en esta obra que con tanto ardor desea el adorable Corazón de nuestro Divino Maestro.

No os podéis figurar, mi amadísima Madre, cuánto me aflige y me hace sufrir este retraso, pues debo confesaros confidencialmente que a mi parecer es causa de que se conviertan tan pocos infieles en esta ciudad. Me parece oír sin cesar estas palabras: **Si ese buen Padre hubiera cumplido desde luego lo que prometió al Sagrado Corazón de Jesús, hubiera trocado y convertido los corazones de estos**

infieles, por el contento que hubiera tenido viéndose venerado en esa imagen que tanto desea; pero que, puesto que prefieren otras cosas, aunque sean también gloria suya, a darle este contento, que Él endurecerá el corazón de los infieles, y que los trabajos darán poco fruto²⁴.

Ahí tenéis, mi querida Madre, lo que me causa mayor tormento que cuanto pudiera deciros, y es un dolor que tengo que sufrir sin poder aplicarle remedio alguno, pues no es posible manifestárselo a quien lo pudiera remediar. Espero, sin embargo, que la cosa se hará cuanto antes, es decir, cuando ese buen Padre esté un poco más desocupado; y os enviaremos todas las estampas que deseáis.

En verdad os digo, que es para mí gran consuelo ver lo pronta que estáis para hacer lo que creéis que el Sagrado Corazón desea de vos; yo os lo había propuesto sin pensar que pudierais dar crédito a lo que os decía, a causa de mi indignidad, que no os es desconocida. Pero qué dicha es para vos haber dado los dos luises de oro que hemos recibido, y que guardará nuestra respetable Madre hasta que la cosa esté concluida. Porque me parece poder aseguraros, y me siento instada a hacerlo, que jamás recibió nadie mejor recompensa que la que vos recibiréis por este dinero. Y creo que habéis dado más contento al Sagrado Corazón con esta liberalidad, que se dirige directamente a Él, que con todo lo demás que habéis hecho en el resto de vuestra vida. En fin, mi querida Madre, seríamos muy dichosas si pudiéramos dar nuestras vidas para procurar la gloria de ese amable Corazón. En Él soy toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

En cuanto esté la lámina de dicha estampa os lo comunicaré. Y será lo antes posible, pues no descansaré hasta que se haga.

²⁴ Los calvinistas, muy numerosos en Paray en la época de la fundación del Monasterio, no habían vuelto todavía completamente a la unidad católica. Monseñor G. de Roquette, Obispo de Autun, confió la obra de su total conversión a los Padres de la Compañía de Jesús del mismo Paray. No sabemos a punto fijo a cuál de ellos se refiere la Santa.

CARTA XLVIII
A SUS NOVICIAS

Las da una buena reprensión y las impone una buena penitencia por haber salido a la defensa de su Santa Maestra.—Quiénes son nuestros mejores amigos y bienhechores.

¡Viva † Jesús!

[Hacia la fiesta de la Invención de la Santa Cruz de 1686]

Mis queridísimas y amadísimas Hermanas en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

No puedo expresaros el dolor que siento por el mal uso que hacemos en esta ocasión tan excelente para darle pruebas de nuestro amor y fidelidad²⁵. Él mismo ha permitido que nos encontremos con esta cruz para prepararnos a su fiesta; y en vez de abrazarla amorosamente, sólo queremos sacudirla y librarnos de ella. Y no pudiendo conseguirlo, cometemos mil ofensas que llenan este Corazón divino de dolor y de amargura contra nosotras. ¿De dónde procede esto? De que nos amamos demasiado a nosotras mismas, lo cual nos hace temer la pérdida de la reputación y buena estima, que desearíamos tuvieran las criaturas de nosotras. Esto nos hace buscar nuestra propia justificación, creyéndonos siempre inocentes y culpables a los demás; creemos tener razón y que los demás no la tienen. Creedme, mis queridas Hermanas; las almas humildes están muy lejos de abrigar estos pensamientos, creyéndose siempre más culpables de lo que se las hace aparecer al acusarlas.

¡Oh, Dios mío!, si supiéramos, mis queridas Hermanas, cuánto perdemos por no aprovecharnos de las ocasiones de sufrimiento, andaríamos con más cuidado para no perder ni un solo momento de sufrir. No nos hagamos ilusiones; si no aprovechamos mejor las penas, humillaciones y contradicciones, perdemos la amistad del Sagrado Corazón de Jesucristo. Él quiere que amemos y consideremos como nuestros mejores amigos y bienhechores a los que nos hacen sufrir o nos proporcionan ocasión para ello. Tengamos, pues, gran pesar de haber dado este disgusto al Sagrado Corazón de Jesucristo, contrariando los designios que tiene sobre nosotras.

Para pedirle perdón, haréis todas juntas el martes próximo el ejercicio de la disciplina durante un *Ave Maris Stella*, y continuaréis haciéndolo hasta la fiesta del Sagrado Corazón por turno, una cada día. Además llevaréis el cinturón tres horas cada una, para honrar los extremos dolores que padeció Jesús en la Cruz, y todos los días una de vosotras rezará el *Miserere*, postrada ante su Crucifijo, y

²⁵ Las novicias de Margarita María habían defendido enérgicamente la causa de su santa Maestra en la persecución que contra ella se levantó, con ocasión de la despedida de la postulante antes dicha.

oirá una Misa; todo ello para pedir a Dios misericordia por los méritos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Además, os abstendréis de hablar de..., no haciendo comentarios entre vosotras. Volveréis a tomar las primeras prácticas, y la que más amor tenga será la que más haga. No comentaréis ninguna falta deliberada. Y entre todas diréis nueve veces el Oficio de Difuntos por las almas del Purgatorio, a fin de que nos obtengan la gracia de volver a la amistad del Sagrado Corazón y de poder establecer su devoción en esta Comunidad. Con esta misma intención diréis todos los días el *Ave Maria, filia Dei Patris*, y tres veces *Sanctus Deus*, pidiendo al mismo tiempo que reine entre vosotras el espíritu de unión y de caridad.

Pero en nombre del Sagrado Corazón de mi Señor Jesucristo, os pido que no haya más reflexiones y excusas del amor propio. Guardemos cuidadosamente silencio, sobre todo en las ocasiones de mortificación. Seamos caritativas y humildes en nuestros pensamientos y palabras; y me parece queque, sois fieles en todo esto, el adorable Corazón de Jesús será más liberal que nunca en concederos sus gracias, y os amará muy tiernamente.

Pero en cambio, si faltáis a esto, yo misma le rogaré que os castigue; y no tendréis ya parte alguna en mi corazón, que no os puede amar sino en cuanto le es dado conocer que sois amadas del Corazón de Jesucristo. En Él espero amaros eternamente como a sus queridas hijas. Si no os amase yo tanto como os amo, no sería tan grande el dolor que siento por vuestras faltas, que tan sensiblemente hieren al Sagrado Corazón; y esto me desconsuela, pues de tal modo me intereso por vuestra perfección, que, fuera del pecado, no hay nada que no quisiera hacer y sufrir para haceros progresar en el santo amor.

A Dios, sí, todo a Dios, hijas mías; llevad la cruz alegre y animosamente, pues de otro modo tendréis que dar rigurosa cuenta.

D. S. B.

CARTA XLIX
SEGUNDO BILLETE A LA H. MARÍA MAGDALENA DE ESCURES²⁶

La felicita alborozada por los obsequios tributados al Divino Corazón. Éste es como un segundo Mediador entre Dios y los hombres.—San Francisco de Sales desea se introduzca este culto en su Instituto.

¡Viva † Jesús!

21 de junio de 1686

Por obedecer al adorable Corazón de Jesucristo, os digo, mi querida Hermana, que sois feliz por haber sido escogida para prestar este servicio al Corazón de Nuestro buen Maestro, por el ánimo que habéis tenido en ser la primera que ha querido hacerle amar, honrar y dar a conocer en un lugar que parecía casi inaccesible para Él; pues desea que sus criaturas le den su amor y le tributen sus homenajes con libre, amorosa y franca voluntad, sin violencia y sin disimulación. Y me parece que el gran deseo que tiene Nuestro Señor de que su Sagrado Corazón sea honrado con particulares homenajes, es con el fin de renovar en las almas los efectos de su Redención, haciendo que su Sagrado Corazón sea como un segundo mediador entre Dios y los hombres²⁷. Porque los pecados se han multiplicado de tal modo, que es necesaria toda la extensión de su poder para alcanzarles misericordia y las gracias de salvación y santificación, que desea derramar sobre ellos con abundancia, y más particularmente sobre nuestro Instituto, que tanto necesita de este auxilio.

Creo que es éste uno de los medios más eficaces para levantarle de sus caídas y servirle de fortaleza inexpugnable contra los asaltos que el enemigo le da continuamente para derribarle por medio de un espíritu extraño de orgullo y de ambición que quiere introducir en lugar del espíritu de humildad y sencillez que es el fundamento de todo este edificio. Y os confieso que me parece que nuestro mismo Santo Fundador desea y solicita que se introduzca esta devoción en el Instituto, porque conoce los efectos que produce. Os digo estas palabritas como a mi querida amiga en ese Corazón adorable.

²⁶ Ya sabemos que esta fervorosa religiosa, denominada Regla viva por sus contemporáneas, no había comprendido hasta entonces, en su verdadero significado, la devoción del Sagrado Corazón. Mas se obró en su alma una mudanza maravillosa, y siguiendo el impulso de la gracia, inauguró en la Comunidad el culto tan amado de nuestra Santa, precisamente en el día mismo designado por Nuestro Señor, es decir, el viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, 21 de junio de 1686. La sierva de Dios demostró su gozo y gratitud a la Hermana des Escures, con el siguiente billete.

²⁷ Expresión que parece atrevida, pero es muy exacta. Nos dice la Teología que, propiamente, no hay otro Mediador que Nuestro Señor Jesucristo, el Verbo encarnado, nacido en Belén, sacrificado en el Calvario y aparecido en los últimos siglos con su Corazón abrasado en Paray. Por esto dice la Santa *como un segundo Mediador*, para expresar una nueva manifestación más elocuente de nuestro único Mediador, para urgimos a acudir a Él con más amorosa confianza.

CARTA L
A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Gozo de la Santa por los triunfos del amante Corazón.—Algunos «oficios» del mismo.—La «Comunidad muy amada de su Corazón». ¿Cómo reparar las menguas de su Instituto?

¡Viva † Jesús!

[Fin de junio o principios de julio de 1686]

Mi respetable y amadísima Madre:

Ya moriré contenta, puesto que el Sagrado Corazón de mi Salvador comienza a ser conocido, y me parece que por su misericordia estoy yo casi del todo extinguida y anonadada en cuanto a la estima y reputación de parte de las criaturas. Esto me consuela más que cuanto pudiera decir. Os recuerdo lo que sobre esto me habéis prometido, que es impedir cuanto podáis que se haga mención de mí después de mi muerte, si no es para pedir oraciones por la más necesitada y la peor de todas las religiosas del Instituto y de la Comunidad en que tengo el honor de vivir, donde de mil modos se ejercita la continua tolerancia y caridad para conmigo. Jamás perderé la memoria de ello ante el Sagrado Corazón de Jesús, como tampoco de lo que os debo a vos.

N ... os saluda y me encarga que os asegure su más sincera amistad. Estaba apenada por no poder ser útil en nada al Sagrado Corazón, pero Él le ha dado un oficio, haciéndola su *medianera* para pedir al Padre Eterno que dé a conocer a este Sagrado Corazón; al Espíritu Santo, que le haga amar, y a la Santísima Virgen, que emplee su crédito para que haga sentir los efectos de su poder a todos los que se dirijan a Él. Desea que en vuestra Casa haya una que le preste el mismo servicio; pero quiere que sea sacada por suerte, y dice que será dichosa aquella sobre quien recaiga, porque también Él será su mediador. Podréis cambiarlas todos los años.

Pide también una *reparadora*, es decir, una que pida muy humildemente perdón a Dios de todas las injurias que se le hacen en el Santísimo Sacramento del Altar. Puede ésta abrigar la humilde confianza de que obtendrá para sí gracia y perdón; la cambiaréis como a la precedente.

En cuanto a vos, tendréis por oficio ofrecer a este amable Corazón todo el bien que se haga en su honor, conforme a sus designios. Quiere asimismo que os diga que vuestra Comunidad se ha granjeado de tal modo su amistad por haberle tributado estos primeros cultos, que se ha hecho objeto de sus complacencias; y al rogar por ella no quiere que la nombre sino llamándola «la Comunidad muy

amada de su Corazón». Éste se complace tanto en los honores que de ella recibe, que esto le hace olvidar todas las amarguras que le llegan de otros sitios.

No puedo dejar de deciros también una palabra del día de la fiesta de nuestro Santo Fundador: y es que me dio a conocer que no había medio más eficaz para reparar las menguas de su Instituto, que el de introducir en él la devoción del Sagrado Corazón, y que deseaba se emplease este remedio.

CARTA LI A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Una vez establecida en su Monasterio de Paray la nueva devoción, exhorta Margarita fervorosamente a la Superiora del de Moulins a que la establezca también en el suyo.—Se habla con encomio del P. de La Colombière y de su «Retiro espiritual».— Ella lleva «una vida criminal y llena de pecados».

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
4 de julio de 1686

Ruego al Sagrado Corazón de Nuestro Salvador que una tan íntimamente los nuestros con los lazos de su puro amor, que jamás puedan estar separados ni un solo momento; y os aseguro, mi amadísima Madre, que me ha dado tanta estima y amistad hacia Vuestra Caridad, que hasta me parece me hacéis gran injuria cuando me manifestáis alguna duda sobre esto, pensando que os olvido. Y ¿cómo podría hacerlo, puesto que sois tan querida del amable Corazón de Jesús y le amáis y queréis ser toda suya, para rendirle y procurarle todo el honor, el amor y la gloria que os sea posible? Esto me parece que es lo que más desea de vos, para haceros sentir después con abundancia los efectos de sus liberalidades.

No sé, mi querida Madre, si comprendéis lo que es la devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, de que os hablo, la cual produce extraordinario fruto y mudanza en todos los que se consagran y dan a ella con fervor, porque deseo ardientemente que vuestra Comunidad sea de este número. No creo que os desagrade mi deseo ni mi excesiva libertad; pues el afecto de mi miserable corazón es el que me hace tratar así a otro corazón, que creo corresponde a mi afecto; y hay más todavía, porque me iba a tomar la libertad de enviaros una estampita de este Sagrado Corazón para que la llevaseis sobre el vuestro.

Hemos hallado esta devoción en el libro del Retiro del R. P. de La Colombière, a quien se venera como a Santo²⁸. No sé si tenéis conocimiento de él ni si poseéis el libro de que os hablo. Para mí sería de sumo placer podérselo enviar. Por tanto, decidme, mi muy querida Madre, sin cumplidos ni rodeos, lo que en esto pensáis, para que os pueda tratar del mismo modo y hablaros con el corazón en la mano de la devoción y del amor de este Divino Corazón. Esto es lo único a que aspiro y lo que deseo para mí y para todos los que me honran con su afecto. En Él soy toda vuestra muy respetuosamente.

Mi querida y amadísima Madre: os pido el auxilio de vuestras santas oraciones para que Nuestro Señor me convierta y no me abandone a mí misma como le fuero a hacer con una vida criminal y llena de pecados. A pesar de mi maldad, no os olvidaré en su santa presencia, porque no se olvida lo que se ama.

Vuestra muy humilde y obediente hija y sierva de Nuestro Señor,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA LII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Contrariedades en el apostolado de las estampas.—Cuantas más dificultades, más alientos.—Bajísimo concepto de sí misma.—«Resuelta a perderlo todo por adquirir este amor».

¡Viva † Jesús!

20 de julio de 1686

Con extremo dolor sufro, mi muy querida Madre, el que se retrasase lo que a mi parecer desea el Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro; pero no tengo esperanza alguna de que llegue a realizarse en este año. Porque cuando creíamos que estaba la cosa casi hecha, han dicho a este buen Padre que no era posible ahora, por no sé qué obstáculos que me sería difícil explicaros. Está tan apenado, que no se atrevía a visitarme. Y después de mucho tiempo, al fin vino ayer, víspera de Santa Margarita, y me manifestó el sentimiento que tenía, diciéndome que, si queríamos esperar al año que viene, la encargaría él mismo conforme al deseo

²⁸ Libro precioso de veras y famoso por su genuina y sencilla espiritualidad y por haber dado a conocer el primero al mundo católico —y al mismo Monasterio de Paray— la *Gran Revelación* del Divino Corazón. Véase la traducción castellana, *Retiro espiritual del R. P. de La Colombière*, tomada del texto original francés publicado por vez primera el año 1684, hecha por el P. José María S. de Tejada, S. I. 160 páginas (18 x 11). Administración de EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS. Apartado 73, Bilbao.

que yo le había manifestado. Pero como añadió que le habían destinado a Aix y que la mandaría hacer allí mejor que en ningún otro lugar, no supe qué responderle. A vos os ruego que me digáis con franqueza lo que pensáis, pues es cosa que os toca directamente. Yo debo atenerme a vuestro deseo; decidme, pues, sin cumplidos, si preferís que lo dejemos todo de una vez y os devolvamos el dinero antes que arriesgarlo tan lejos.

Sea de ello lo que fuere, me parece que el Sagrado Corazón recompensará vuestra buena voluntad y el primer deseo que tuvisteis de ver cumplida la suya. Mas os confieso con toda sinceridad que a mi entender aquí no hay que acusar a nadie más que a mí; porque mis pecados me hacen indigna de todo bien. Por poco que yo intervenga en algo, es lo suficiente para que surjan mil obstáculos, cumpliéndose la amenaza de Satanás, que dijo los pondría en todo cuanto yo emprendiese, y siempre procuraría hacerme mal. Pero nada de esto abate mi ánimo; porque cuantas más dificultades veo, más me aliento a ir adelante, pensando que Dios será muy glorificado en esto, pues sus obras no se llevan a cabo sino en medio de las contradicciones.

Para que sepáis una palabrita de la disposición de ánimo en que me encuentro, os diré que jamás me ha favorecido su amorosa bondad con tantas cruces de todas clases. Porque en verdad, mi buena Madre, que si os la pudiese explicar, conoceríais la gran necesidad que tengo del auxilio de vuestras santas oraciones. Os las pido de todo corazón, para que no me abandone al poder de mis enemigos, como le obligo a hacerlo sin cesar por mis pecados. Es que no veo en mí cosa que no merezca su santa indignación, y a pesar de esto su misericordia me hace sentir una paz inalterable; no se cansa de ejercitarla conmigo, ni de derramar abundantemente sus gracias sobre una criatura tan pobre y miserable. Ayudadme a darle gracias, porque por mí soy incapaz de todo bien.

Es cierto, mi querida Madre, que experimento en mí siempre gran deseo de amarle, pero harto veo que no lo hago, porque me amo a mí misma con exceso. Estoy, sin embargo, resuelta a perderlo todo por adquirir este amor; a ese amor me insta incesantemente su Sagrado Corazón, y otras muchas veces me clava en la Cruz despojándome de todo. Me place abriros un poco mi corazón, que os respeta y os ama siempre muy sincera y tiernamente en el de Nuestro Señor Jesucristo. Ni nuestras queridas hermanas novicias ni yo os olvidaremos en su presencia, ni tampoco de esas intenciones por las que deseáis pidamos. Si yo fuese buena, pronto conoceríais vos los efectos, puesto que no hay nadie que no sea con más respeto y afecto que yo, toda vuestra en el amor divino.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA LIII
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

A propósito de su apostolado de libros y estampas.—¿Cómo ascender a gran perfección en poco tiempo?—Nuevos elogios de su santo director y de sus libros.—Los Primeros Viernes de mes.—Promesas a las Comunidades.

¡Viva † Jesús!

15 de septiembre de 1686

Tengo sumo placer, mi amadísima Madre, en hacer un pequeño despojo en favor vuestro, enviándoos con el consentimiento de nuestra muy respetable Madre, el libro del Retiro del R. P. de La Colombière, y esas dos estampas del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que nos han regalado. La mayor es para que la pongáis al pie de vuestro Crucifijo o en otro lugar donde la veneréis; la otra es para que la llevéis encima, junto con esa pequeña consagración que me tomo la libertad de enviaros.

Confieso, mi querida Madre, que se necesita amaros como yo os amo y estar tan persuadida como yo lo estoy de vuestras bondades, para trataros de ese modo. Pero no está en mi mano dejar de hacerlo, al pensar que este Divino Corazón quiere ser dueño absoluto del vuestro, para que hagáis sea honrado, amado y glorificado en vuestra Comunidad; y a mi entender, por este medio pretende derramar sobre ella con más abundancia sus gracias y bendiciones de amor y unión en vuestros corazones, y de santificación en vuestras almas. Porque como es manantial inagotable de todo bien, sólo desea derramarse y comunicarse, sobre todo a las almas fieles, como son las que componen vuestra Comunidad.

Os confieso también que no puedo creer que perezcan las personas consagradas a este Sagrado Corazón, ni que caigan bajo el dominio de Satanás pecando mortalmente, es decir, si después de haberse dado por completo a Él, procuran honrarle, amarle y glorificarle cuanto pueden, conformándose en todo con sus santas máximas. No os podéis figurar los excelentes efectos que esto produce en las almas que tienen la dicha de conocerle, por medio de ese santo varón (el P. de La Colombière), el cual se había consagrado enteramente a este Corazón, y no suspiraba más que por hacerle amar, honrar y glorificar. Tengo para mí que esto fue lo que le elevó a tan alta perfección en tan breve tiempo.

¡Ay!, mi querida Madre, cuánto me agradáis en querer rendir particular homenaje a este amable Corazón, que amó tanto a los hombres, que murió por ellos en el árbol de la cruz en testimonio de su amor, y continúa amándolos en el Santísimo Sacramento. Pero Vuestra Caridad sabe todo esto mejor que yo, y confieso ingenuamente que soy una orgullosa al hablaros de esta manera, siendo tan mala y miserable pecadora como en efecto lo soy, un compuesto de toda clase de

miserias, capaz de atraer la cólera de Dios y detener el curso de sus misericordias. Considerad, pues, cuán necesitada estoy del socorro de vuestras santas oraciones ante el Corazón adorable que constituye toda mi esperanza; os suplico que no me las rehuséis, porque os aseguro que yo no me olvidaré de vos en su santa presencia. Y si queréis que nuestra unión y amistad continúe, no penséis en enviar dinero por el libro y las estampas, porque sería esto romper conmigo; para mí es más que suficiente recompensa saber que queréis amar al Sagrado Corazón de Jesucristo y ser toda suya.

En cuanto a esas estampitas de que os he hablado, de las que quiere encargarse una lámina o grabado sobre papel, si esto se lleva a efecto y deseáis algunas, podréis entonces comprarlas; porque yo soy pobre de todo, gracias a Dios, y no deseo ser rica más que del puro amor, de sus sufrimientos, desprecios y humillaciones. En una palabra, Jesús, su amor y su cruz constituyen toda la felicidad de esta vida; y siento tan gran necesidad de que la mía quede sepultada en un eterno olvido, que me he visto obligada a pedir con instancia a nuestra querida Madre que me permita no escribir ya a nadie, excepto a Vuestra Caridad algunas veces; puedo decir que sois casi la única a quien importuno con mis cartas.

Debo añadir aquí una cosa que me causa gran alegría; y es que nuestra Comunidad ha tenido la devoción de ponerse particularmente bajo la protección del adorable Corazón de Jesús, y están levantando una capilla en su honor²⁹.

No os podéis imaginar la gran devoción que se ha despertado en nuestras Hermanas de Semur-en-Auxois, por la lectura de este libro (*el «Retiro» antes citado*). Encargaron a un pintor que les hiciera un cuadro, y le han erigido un altar; la respetable Madre de aquella ciudad (*Petra Rosalía Greyfié*) nos decía que su Comunidad había sentido los admirables efectos de todo esto. Y los que se afician a honrar al Sagrado Corazón, le dedican a este fin todos los Primeros Viernes de mes, para tributarle algún particular homenaje, cada cual según su devoción.

Me parece, mi querida Madre, que no os desagradará que con este objeto os hagamos participantes de algunas de las oraciones que nos han dado; aunque no de todas, por temor de incomodaros con ello. Me parece, mi querida Madre, y no puedo dejar de decíroslo, que tendrá especial protección de amor y de unión

²⁹ Este precioso monumento, que se levanta en el jardín del Monasterio, atravesó, sin que nadie lo tocara, los funestos días de la Revolución francesa. La veneración que va unida a sus conmovedores recuerdos fue, contra la costumbre de aquel tiempo, la mejor garantía para él. Es, en realidad, el primer edificio levantado en el Universo en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Los Oratorios de que se hace mención en algunas cartas, eran, sencillamente, unos altarcitos levantados a este fin en el interior de los Monasterios de Semur, de Moulins y de Dijon, pero aquel Santuario fue edificado y consagrado solemnemente en 1688 bajo la advocación del Sagrado Corazón. La Comunidad de Paray resolvió, unánimemente, construirlo el día mismo en que la iniciativa de la H. des Escures provocó la consagración de todos los corazones al del Divino Maestro.

sobre las Comunidades que le tributen algún homenaje particular. Confieso que me da vergüenza declararos tan sencillamente mis pensamientos; pero no paréis la atención más que en aquello que Nuestro Señor os inspire.

No sé si tenéis los sermones, en cuatro tomos, de este buen P. de La Colombière. Cuantos los leen quedan encantados.

En fin, deseo que seamos todas del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, para no vivir más que de su vida, no amar más que con su puro amor, obrar y sufrir conforme a sus santas intenciones, dejando que haga en nosotros y de nosotros lo que sea su santa voluntad. No me doy cuenta de lo mucho que os importuno; pero no será con frecuencia y además me parece que todo se puede perdonar a un corazón que os ama tanto como el mío miserable en el de nuestro amable Jesús, en cuyo amor deseo que nos consumamos completamente.

Sor Margarita
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

No puedo dejar de pensar que el deseo tan apremiante que sentí de enviaros ese Sagrado Corazón, nació del que tiene Él de establecer su imperio en vuestra Comunidad y su Reino de amor en nuestros corazones. Mi querida Madre: los que están en la corona de espinas que rodea a este amable Corazón, son los que le aman y le siguen por los sufrimientos; y los que están en los «lagos de amor» son los que le aman con amor de complacencia³⁰.

Nuestra muy respetable *M. María Cristina Melin* os saluda respetuosamente.

³⁰ Una estampa parecida envió también a la M. de Saumaise, como se ha visto anteriormente.

De las dos que envió la Santa a la M. de Soudeilles, sólo una se ha conservado hasta nuestros días; la posee el Monasterio de Nevers, heredero de las tradiciones y de los piadosos tesoros del de Moulins, así como la pequeña consagración de que se hace mención y que no transcribimos aquí porque se hallará en la carta siguiente.

«Esta imagen, preciosa por tantos títulos –dicen las religiosas de Nevers–, está pintada en miniatura sobre una hoja de vitela; forma una circunferencia, cuyo diámetro es de trece centímetros; el margen está cortado. En el centro está el Sagrado Corazón rodeado de ocho destellos de llamas, atravesado con tres clavos, alrededor de los cuales salen también llamas, y en la parte superior tiene una Cruz. La llaga abierta de este Divino Corazón está cortada horizontalmente, y deja escapar algunas gotas de sangre y agua, cuya mezcla forma, en el lado izquierdo, una nube ensangrentada. En medio de la llaga se lee la palabra *Charitas* en letras de oro. Alrededor de este amable Corazón reina la primera corona de nudos entrelazados, lo que antiguamente se llamaba *lagos de amor*, y alrededor de ésta, otra de espinas muy sutil y suelta. Y en las dos coronas hay corazones enlazados. La de nudos contiene quince, pero la de espinas no tiene más que ocho.» Es, pues, preciosa esta imagen enviada y descrita tan claramente por la sierva de Dios, aunque no haya sido pintada por ella misma.

CARTA LIV
A LA H. FELICIA MAGDALENA DE LA BARGE, MOULINS

Pequeña Consagración al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo³¹.

¡Viva † Jesús!

Yo, N. N., me doy y consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, mi persona y mi vida, mis acciones, trabajos y sufrimientos, para no servirme ya de ninguna parte de mi ser sino para honrarle, amarle y glorificarle. Esta es mi voluntad irrevocable; ser toda suya y hacerlo todo por su amor, renunciando de todo corazón a cuanto pudiera desagradarle. Os elijo, pues, oh Sagrado Corazón, por el único objeto de mi amor, protector de mi vida, garantía de mi salvación, remedio de mi fragilidad, reparador de todas las faltas de mi vida y mi asilo seguro en la hora de la muerte.

Sed, pues, ¡oh bondadoso Corazón!, mi justificación para con Dios Padre y desviad de mí los rayos de su justa cólera. ¡Oh Corazón amoroso!, pongo toda mi confianza en Vos; porque aunque todo lo temo de mi malicia, pero todo lo espero de vuestra bondad. Consumid, pues, en mí todo lo que os pueda desagradar o resistir. Que vuestro puro amor se imprima en lo íntimo de mi corazón de tal modo, que jamás pueda olvidaros ni verme separada de Vos. Os suplico por todas vuestras bondades que mi nombre esté escrito en Vos, porque quiero morir y vivir en calidad de esclava vuestra. Así sea.

CARTA

Preciosos consejos para la perfecta dedicación al amante Corazón.—Entregarse sin reserva.—Vivir en Él.—Confiar en Él.—«Lo quiere todo o nada».

1686

Mi queridísima Hermana:

No podáis hallar medio mejor para comprometerme a una íntima unión con Vuestra Caridad que amar al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No dudo que tendrá por muy agradable el sacrificio que queréis hacerle de vos misma, para ser toda suya, y hacerlo y sufrirlo todo por su amor, a fin de que, según su deseo, podáis vivir toda en Él, con una vida de *sacrificio*, de *abandono* y de *amor*. De *sacrificio* de cuanto os sea más querido y os cueste más; de

³¹ Ésta es la famosa *primera Consagración* de la Virgen de Paray al amantísimo Corazón. Se conservan hasta cuatro autógrafos de la misma, con ligeras variantes. Tiene concedidos trescientos días de indulgencia una vez al día (León XIII, 13-1-1898) y una Plenaria al mes, si se reza diariamente (Pío X, 21-4-1908).

abandono total de vos misma a los cuidados de su amorosa dirección, tomándole por vuestro guía en el camino de la salvación; y no haréis cosa alguna sin pedirle antes su asistencia y su gracia, lo que espero os dará a medida de vuestra confianza en Él. Además, debemos vivir en esa vida de *amor*, que nos unirá a Él por medio del amor a nuestra propia abyección y del anonadamiento de nosotras mismas. Así nos conformaremos completamente a su estado de *sacrificio*, de *abandono* y de *amor* en el Santísimo Sacramento, donde le tiene el amor, como una víctima dispuesta a ser continuamente sacrificada por la gloria de su Padre y por nuestra salvación.

Uníos, pues, a Él en todo lo que hagáis; referidlo todo a su gloria; estableced vuestra mansión en ese amable Corazón de Jesús y hallaréis en Él una paz inalterable y fuerza para llevar a efecto todos los buenos deseos que Él os da y para no cometer faltas voluntarias. Llevadle todas vuestras penas y amarguras, porque todo lo que sale de este Sagrado Corazón es dulce, y todo lo convierte en amor.

Amémosle, pues, mi querida hermana, con todas nuestras fuerzas y potencias, y seamos del todo suyas, sin reservas, porque lo quiere todo o nada. Y después de habernos dado por completo de una vez, no volvamos a tomarnos, y Él tendrá cuidado de santificarnos a medida que lo tengamos nosotras de glorificarle.

Por su amor os suplico, mi amadísima Hermana, que perdonéis a esta orgullosa y perversa pecadora la libertad que vuestra humildad manifiesta desear, por medio de nuestra querida H. Cordier, de que os diga sencillamente mi parecer. Ahí le tenéis sin rodeos, y suplico al adorable Corazón de Jesús que os consuma en su puro amor y os conceda mi perfecta conversión, rogándoos de todo corazón que se la pidáis.

¡Sea Dios bendito, amado y glorificado!

CARTA LV
A LA H. MARÍA GABRIELA MORANT, MOULINS

Amable humildad de la Santa.—«No es posible amar sin sufrir».—No vivir más que en Él, con Él y para Él.

¡Viva † Jesús!

[1686]

Mi respetable Hermana: Suplico al adorable Corazón de Jesús que sea el santificador y consumidor de los nuestros, por medio de los santos ardores de su puro amor. Al mío le cuesta mucho trabajo perdonaros, mi amadísima Hermana,

los sentimientos de estima que Vuestra Caridad ha concebido tan injustamente de una miserable y malísima pecadora como yo, que no desea, ni debería ser conocida, sino para ser humillada y despreciada por todos; pero os lo perdono, porque no sabéis que sólo soy un compuesto de toda clase de miserias. Os suplico que pidáis a vuestro soberano Dueño que siga ejerciendo con él sus misericordias.

Porque su Sagrado Corazón es un manantial inagotable de ellas y sólo desea derramarse en los corazones humildes, vacíos, y que no están apegados a nada, para vivir siempre dispuestos a sacrificarse a su beneplácito, por más que cueste a la naturaleza, porque no es posible amar sin sufrir. Bien nos lo ha demostrado Él en la cruz donde murió por nuestro amor, y continúa sacrificándose todos los días en el Santísimo Sacramento del Altar, y allí arde en deseos de que conformemos nuestra vida con la suya, toda escondida y anonadada a los ojos de las criaturas. Y puesto que el amor asemeja a los amantes, si le amamos, conformaremos nuestra vida al modelo de la suya. Esto es lo que le pido para vos, y deseo que seáis toda del amable Corazón de Jesús, para no vivir más que en Él, por Él, y para Él.

En su amor soy toda vuestra con sincero afecto.

Sor Margarita María Alacoque
D. S. B.

CARTA LVI
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Otra vez la lámina para la stampa del Divino Corazón.—Ocupa el lugar del bueno y santo P. de La Colombière.—Sinceros afectos de amistad y humildad.

¡Viva † Jesús!

[1686]

No quería escribiros, mi amadísima Madre, sin haberos enviado antes todo lo necesario para el dibujo de nuestra lámina. A este fin he escrito ya varias veces al buen Padre que se ha encargado de ello; pero está tan disgustado de no haber podido salir con su intento, que va demorando constantemente el envío de lo que necesitamos para hacerla. Pero espero que pronto os lo enviaré todo, para que dispongáis de ello como el Sagrado Corazón os inspire, es decir, hacerla o no hacerla, aunque le complaceríais mucho si la encargaseis. Sin embargo, como sabe que no ha dependido de vos, me parece que está contento, y lo estará también con todo lo que os parezca debéis hacer. Por lo que a mí hace, mucho me ha aprovechado por las muchas humillaciones que me ha proporcionado.

Veo cumplido en vos, mi buena Madre, un pensamiento que Él me sugirió hace largo tiempo; y es que os ha puesto en el lugar de nuestro tan bueno y santo P. de La Colombière para el establecimiento de la devoción de su Sagrado Corazón, que es una de las mayores gracias que os pudiera hacer. Y veo en esto el cumplimiento de una palabra que me dijo Vuestra Caridad en cierta ocasión, cuando se comenzaba a hablar de esta devoción. Dijisteis entonces que os tendríais por muy dichosa en que este Sagrado Corazón os escogiese para procuradora en este asunto. Pero sois todavía más, y cumplís tan a gusto vuestro cometido, que no me es posible pensar en ello sin sentirme grandemente consolada; a Él le dais tan gran contentamiento, que grandes serán los que Él os proporcione en la feliz eternidad.

No dejaré de encomendarle todo lo que Vuestra Caridad desea.

Me están dando prisa, por lo cual voy a terminar asegurándoos que sois para mí en ese amable Corazón cuanto se puede ser para un corazón que ama en Él, tan tiernamente como lo hace el mío; porque no pocas veces necesito de quien me dé aliento en esta obra de que hablamos, pues, por lo que a mí toca, no se hace nada en esto que no sea en medio de mil penas, contradicciones y humillaciones. Bendigamos por ello a su bondad que siempre me concede grandes misericordias.

Haced cuanto podáis para que se diga esa Misa en honor del Sagrado Corazón; y si pudiereis conseguir indulgencias para el día de su fiesta, sería muy ventajoso para nuestra empresa, por lo cual os ruego encarecidamente que os intereséis en ello. Trabajemos cuanto nos sea posible; en cuanto a mí, os digo con dolor que no sirvo más que de obstáculo, a causa de la vida criminal que siempre he llevado. Eso me mueve a veces a desear salir de esta vida, a fin de que el Divino Corazón sea más amado, conocido y glorificado.

CARTA LVII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

No desanimarse jamás por las contradicciones suscitadas por el enemigo.—Admirable y tranquila resignación en las disposiciones del Divino Corazón.—El P. Croisset, S.I.

¡Viva † Jesús!

[1686]

Mi respetable Madre:

Veo que todas esas pequeñas contradicciones que se oponen a nuestra querida devoción, os extrañan y os hacen sufrir mucho, si no me engaño. Y ¿por qué? Creo

que ya os han advertido que quien las suscita es Satanás, que anda muy furioso viendo que esta medida saludable le ha arrebatado ya muchas almas, y le arrebatará muchas más, por la omnipotencia de Aquél que hará, en el tiempo que tiene designado, que tan grande oposición y contradicción se convierta en gloria suya y confusión del enemigo. Él se servirá de esto mismo como de fundamento sólido en que fundar y establecer esta santa devoción, por la cual es menester que nos preparemos a sostener generosamente todos los asaltos de Satanás. Dicen que los párrocos tienen orden de no recibir ninguna devoción nueva en sus parroquias, y que ésta del Divino Corazón está ya prohibida en alguna; y añaden que se va a prohibir a los libreros imprimir cosa alguna que tenga relación con ella; y, en fin, se dicen infinidad de cosas contra esta santa devoción.

Pero nada de esto me sorprende; al contrario, tengo tan firme confianza de que Él acabará lo que ha empezado, que me parece que ni siquiera puedo dudar de ello. Pero si no es su voluntad que la cosa pase adelante, quedaremos contentas y sumisas a su divino querer, puesto que en todo no buscamos otra cosa que cumplirlo enteramente; lo demás dejémoslo en sus divinas manos. Por mi parte, me inclino vivamente a eso, aunque creo que no hay cosa en el mundo que me sea más querida, ni nada tan doloroso como verlo fracasar; sin embargo, se lo dejo todo a Nuestro Señor, y le digo: «Bien sé que, si lo queréis, se logrará a pesar de todos los obstáculos. Pero si Vos no lo queréis, en vano trabajamos. Es asunto vuestro; arregladlo como os plazca».

Desde hace mucho tiempo no he tenido noticias de ese buen religioso de Lyon (*el P. Croisset*) que trabaja por la gloria del Sagrado Corazón. Me escribió tres veces sin recibir respuesta mía. Le he enviado una por orden de la obediencia, y ni sé si la habrá recibido.

Confieso que tenéis razón en no aprobar mi proceder en lo que se refiere a escribir y a los locutorios; pero si supierais las razones que tengo para obrar así, me parece que me aconsejaríais que lo hiciese. ¡Sea Dios bendito por todo! Oremos siempre y trabajar sin cansaros por los intereses del amable Corazón de Jesucristo [y creed, mi querida Madre, que en Él miro los vuestros como los míos propios, y que todo lo vuestro lo quiero demasiado para olvidarme de ello. En cuanto a hablaros de lo que toca a mi interior, perdonad que no lo haga esta vez porque no puedo; pero por esto no soy menos toda vuestra en el Corazón de nuestro divino Maestro, al cual os suplico me presentéis con frecuencia pidiéndole para mí las fuerzas necesarias para cumplir perfectamente su santísima voluntad, en todo lo que desea de mí, que soy toda vuestra en su santo amor].

D. S. B.

CARTA LVIII
A LA H. FELICIA DE LA BARGE, MOULINS

En qué medida nos perfeccionará el Corazón de Jesucristo.—No permitirá se pierda nada que le esté plenamente consagrado.

¡Viva † Jesús!

De Paray, día 20 del año 1687

No volváis a dudar, mi queridísima Hermana, de que os tengo muy dentro de mi pobre corazón, puesto que no puedo dejar de pensar que, si Nuestro Señor os hace perseverar en los buenos deseos que os da de amar y honrar a su Corazón Sagrado, estaréis colocada muy dentro de él, y tendrá cuidado de perfeccionaros a medida que vos le manifestéis vuestro amor imitando sus virtudes.

Vuestra carta me ha consolado mucho, pues he visto en ella los buenos afectos que os da. Es buena señal daros a esta devoción de tan buena voluntad. Continudad, mi queridísima Hermana, a fin de que seáis verdadera discípula de este amable Corazón, que no permitirá se pierda cosa alguna que le esté verdaderamente consagrada y dedicada. No puedo explicaros el gozo que siento por lo mucho que creo se complace en los cultos que vuestra santa comunidad le tributa. No tengo tiempo para más.

Adiós, mi querida Hermana; sed toda del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, en cuyo amor deseo que os consumáis.

Sor Margarita María

D. S. B.

CARTA LIX
A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE

Se congratula con él por su curación milagrosa.—Promesas que había hecho ella para obtenerla.—Tenéis que arrancar tres cosas.—Le exhorta cariñosa y enérgicamente a entregarse plenamente al Sacratísimo Corazón.—Vilísimo sentir de sí misma.

¡Viva † Jesús!

22 de enero de 1687

Me sirve de dulcísimo consuelo, mi queridísimo hermano, ver que la bondad del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo se digna conformar su voluntad con la que teníamos de conservaros aún un poco de tiempo aquí abajo, en este lugar

de miserias y lágrimas, donde hay que confesar con el Apóstol, que todo es vanidad y aflicción de espíritu, fuera de amar a Dios y servirle a Él solo. Le he prometido que así lo haríais vos, si os daba todavía algún tiempo de vida.

Porque mirad, mi querido hermano: he hecho muchas promesas al Sagrado Corazón de Nuestro Señor para poder alcanzarlo, persuadida de que no me dejaríais mal, sino que las cumpliríais a la letra; pues si no, no podría volver a pedir cosa semejante, porque de Dios nadie se burla. Ahora voy a deciros todo lo que prometí obligándome por vos, conforme a la libertad que para esto me disteis otras veces, y para cumplir lo que creo que Nuestro Señor quiere de vos, según me lo ha asegurado una persona muy favorecida con sus dones y que os ama mucho. Pues, como pidiese a Nuestro Señor que os concediese algunos años más de vida, si tal era su voluntad, para poder poner en práctica los buenos deseos que os daba de ser todo suyo, consagrándole todos los momentos de vuestra vida, sin emplearos más que en su servicio, conforme a la pureza y santidad que pide vuestro ministerio, le pareció a dicha persona que le respondía: **Sí, te lo concedo con la condición que tú me propones; quiero hacer de él un santo, si corresponde a mis designios y a las gracias que a este fin le concederé.**

Pero es absolutamente necesario arrancar de vos tres cosas. La primera, el apego a las cosas terrenas, y sobre todo al amor sensual, al placer de los sentidos, y en esto entra el juego. La segunda, toda superfluidad en la ropa y en lo que toca a vuestra persona; y si ahorráis algo, dadlo a los pobres. En tercer lugar, el entrometeros todo lo menos que podáis en las cosas del mundo, no dejándoos llevar de ningún primer movimiento deliberadamente. Todo esto se ha prometido al Sagrado Corazón de Jesucristo en vuestro nombre, si consentís en ello y os consagráis del todo a este Corazón adorable, y a procurarle todo el amor, honor y gloria que podáis, tanto en vos mismo como en los que están a vuestro cargo.

Creo que ya os hablé antes de esta devoción, que se ha establecido recientemente; pero como nada me habéis contestado, no sé si os agradó lo que de ella os dije. Me parece que no hay camino más corto para llegar a la perfección, ni medio de salvación más seguro, que consagrarse del todo a este Divino Corazón, para tributarle todos los homenajes de amor, honor y alabanza que están a nuestro alcance. También se os ha comprometido a esto; y espero hablaros de ello más detenidamente, cuando tenga el gusto de veros, si Dios quiere concederme este consuelo.

Además, he prometido que tomaríais durante nueve días en ayunas los billetes que os envío, cada día uno, y que diríais o mandaríais decir nueve misas durante nueve sábados, en honor de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y otras tantas de la Pasión en nueve viernes, en honor del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Éste es, mi querido hermano, vuestro compromiso, sin contar con los que he contraído yo por mi parte, no sólo para pedir a Nuestro Señor vuestra salud, sino para hacer un año de penitencia por vos, en el caso que os hubiese sacado de esta vida sin haber cumplido lo que en vuestra enfermedad propusisteis hacer. Mirad a qué punto llega la santa amistad y unión que el Sagrado Corazón de Jesucristo ha establecido entre nuestros corazones, puesto que, olvidando los pecados de una vida tan criminal como la que yo he llevado siempre, pensaba en hacer penitencia por los vuestros.

Pero ved la bondad de nuestro buen Maestro, pues sabiendo que tengo yo más necesidad de penitencia que vos, os ha dejado para que me ayudéis a satisfacer por mis pecados, tan grandes, que tiemblo al pensar en ellos. Pero todo lo espero del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, cuya ternura hacia vos es tal, que quiere os hagáis santo a toda costa. Para esto os deja en este mundo y os ha enviado esta enfermedad, a fin de despertaros y obligaros a apretar el paso. ¡Ah, qué grande será mi sentimiento si echáis a perder los designios que este Sagrado Corazón tiene sobre vos, no haciendo lo que tan claramente manifiesta desear de vos!

Amadle, pues, si queréis que yo os ame, porque no quiero amar sino lo que Él ama. ¡Ah, si comprendierais cuán bueno es amarle y ser amado de Él! Me parece que no perecerá ninguno de cuantos le estén particularmente dedicados y consagrados. Nunca me cansaría de hablaros de esto. En fin, sed todo de Dios, todo para Dios, y vivid todo en Dios, recordando que quiere de vos una vida ejemplar que sea pura y del todo angélica. Si oímos hoy la voz del Señor no endurezcamos nuestros corazones, ni difiramos un momento siquiera el dar pleno poder a su gracia.

Perdonadme, mi querido hermano, que os diga todo esto que sale de un corazón que os ama y desea ardientemente que seáis santo. Y esto es lo que pido al Sagrado Corazón de Nuestro buen Maestro, para que os consuma en las más vivas llamas de su puro amor, que me hace ser toda vuestra.

Sor Margarita María
D. S. B.

CARTA LX
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

**Más sobre las estampas del Sagrado Corazón.—Encarecidos elogios de su devoción.—
Afectos de santa amistad.**

¡Viva † Jesús!

17 de febrero de 1687

He de confesaros, mi querida Madre, que Nuestro Señor me quiere mortificar con el retraso de las estampas de su Sagrado Corazón, bien me parece que no dejo de hacer nada de cuanto de mí depende, aunque no soy más que impotencia y miseria. Pero también es cierto que no he conseguido nada; porque habiendo los Superiores destinado a Roma al buen Padre que se encargó de ello, y habiéndose de hacer la lámina en Lyon, temo mucho que su ausencia sea causa de que otros lo descuiden, aunque él me dice que mira mucho en ello y no lo deja de la mano para que se haga cuanto antes, pero hay que tener paciencia. Mas al ver el tiempo que tardan, no sé a qué atribuir este retraso, si no es a mis pecados, que hacen sea yo siempre obstáculo y contradicción en toda empresa buena.

Creo, además, que el demonio teme mucho la realización de esta obra buena, por la gloria que ha de dar al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y por la salvación de tantas almas, que ha de obrar la devoción a este amable Corazón en todos aquellos que se consagren por completo a Él, para amarle, honrarle y glorificarle. ¡Ah, mi querida Madre, cuán a tiempo caen sus misericordias sobre tantos pobres corazones ingratos e infieles que perecerían sin Él! Mas espero que su encendida caridad los salvará, y derramará por doquiera la suavidad de su puro amor, el cual quiere que os hable sin cumplimientos, con el corazón en la mano, como una hija a su buena Madre.

Me parece que habéis sabido ganaros la santa ternura de este Divino Corazón, por el ardiente celo que tenéis en procurar sea honrado, porque al leer vuestra querida carta, se imprimían de lleno en mi corazón mil buenos afectos hacia vos, a medida que iba leyendo lo que se refería a Él.

CARTA LXI
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILEES, MOULINS

Afectuosos saludos.—Los sermones del P. de La Colombière.

¡Viva † Jesús!

22 de febrero de 1687

Aprovecho con gusto ese pedacito en blanco que nos ofrece nuestra querida H. Cordier, para asegurarnos que continúo en la misma sincera y respetuosa amistad, que os trae a mi memoria ante el Sagrado Corazón de Nuestro, Señor Jesucristo, el cual, a mi entender, os mira con mucha complacencia por el ardiente celo que tenéis de amarle y ser toda suya, procurándole todo el honor y gloria que podéis.

Esto me proporciona gran consuelo y esperaba demostrároslo cuando os enviásemos los libros de los sermones del R. P. de La Colombière, que hemos pedido nos mandasen por medio de una buena señorita de esta ciudad, que se ha prestado a hacernos este favor. Me parece que costaron los cuatro tomos seis libras y diez sueldos, sin contar el porte. Deseo que sean tan de vuestro gusto como lo son del nuestro. Y creed, mi respetable Madre, que no hallo más dulce satisfacción que la de servirlos, y estad persuadida de que soy toda vuestra, en el amor del Sagrado Corazón de Jesucristo.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA LXII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Pesadísimas cruces los días de Carnaval.—Terribles repugnancias a escribir cartas.—El amor al Divino Corazón le urge a superarlas.—«No puedo estar un momento sin sufrir».—Cuál es el resumen de todas sus aspiraciones.

¡Viva † Jesús!

[Marzo de] 1687

Aprovecho, mi muy querida Madre, la libertad que me dais para abriros mi corazón cuando tengo ocasión de hacerlo, esperando que no me negaréis el dulce consuelo de contestarme cuando Nuestro Señor os lo inspire, diciéndome francamente vuestro parecer. La última que me escribisteis me sirvió de mucho

consuelo en el estado lastimoso a que me he visto reducida desde Reyes próximamente.

Me parecía que me clavaban en una cruz dolorosísima en que sufrí tanto cuanto difícilmente podría explicaros y porque no me conocía yo misma, sobre todo en los tres últimos días de Carnaval, en los cuales creí que estaba próximo mi fin. Pero como sin cesar me venía el pensamiento de que se suavizarían mis penas en Cuaresma, me abandoné a la voluntad de mi Salvador, que quería le hiciese compañía en la cruz, pues se encontraba solo en ella durante este tiempo de diversiones, en el cual no hallaba yo consuelo ni alivio en mis males, no pudiendo dormir, ni comer, ni siquiera hablar, sin hacerme extrema violencia.

Pero ¡ay!, mi querida Madre, jamás ha tenido el Sagrado Corazón mayor misericordia y bondad conmigo, lo cual me produce una paz inalterable, aunque jamás he estado tan cobarde, ni he opuesto tanta resistencia en las cosas en que más claramente me manifiesta su bondad, como en escribir. Porque me da a conocer que está interesada su divina gloria en que responda yo a cuantos se dirijan a su miserable esclava a propósito de la devoción a su Sagrado Corazón, o en que vaya al locutorio cuando me llaman. Me cuesta tanto trabajo hacerlo, que con frecuencia manifiesto gran repugnancia, y después tengo muchos remordimientos por no hacer lo que me parece que Dios pide de mí; porque no contestando a esas personas por querer vivir desconocida, pongo todos los obstáculos posibles a los designios del Señor, que son hacer bien por tan flacos medios, y por esto quedan privadas de señaladas gracias. Esto me hace sufrir más de lo que pudiera deciros, porque me escriben con frecuencia; y si contestase sería caer continuamente nuevas relaciones, en lo cual mi amor propio hace que me tenga por desgraciada, por haber engañado así a las criaturas que me creen distinta de lo que soy.

Lo que aumenta mi pena es que cuando Nuestro Señor me comprometió particularmente al amor de su Sagrado Corazón, me parece que me dio a entender cuánto había de sufrir por este mismo amor, y que las gracias que me hiciera, no eran tanto para mí como para los que Él me enviase, a los cuales debía contestar sencillamente lo que Él pusiese en mi alma, porque a eso juntaría Él la unción de su gracia, por la cual atraería muchos corazones a su amor. Y como en todas mis resistencias me acuerdo de esto, soy en ellas doblemente culpable. Por allí podéis juzgar de mi infidelidad, y si no fuera mejor estar muerta que llevar una vida tan criminal. Os ruego, mi querida Madre, que me digáis vuestro parecer, y lo que debo hacer, porque mi vida es una especie de martirio continuo. Hago muy mal uso de las cruces, las cuales, sin embargo, me parecen tan preciosas, que no puedo estar un momento sin sufrir y sin creerme al mismo tiempo perdida. Rogad al Sagrado Corazón que me quite todo poder para resistir.

No os olvido [en su santa presencia, ni las intenciones que me indicáis; y no puedo dejar de demostraros la alegría que siente mi corazón por el contento que vuestro

confesor (*el señor Charollais*), vuestra muy respetable Madre (*la M. María Dorotea Desbarres*) y Vuestra Caridad dan a mi Señor Jesucristo por el celo con que le dan a conocer y le hacen amar. Continuada, mi querida Madre, pues por este medio derramaréis ante el Sagrado Corazón un perfume de suavidad.

Contestando a lo que me decís en la vuestra —empezamos ésta antes de recibirla— os diré que me parece que en todas mis oraciones y en cuanto puedo hacer no tengo más que este único fin: establecer el reinado del Sagrado Corazón; y ahora obtener la admisión interina de la solicitud que habéis hecho en Roma con este objeto (*la aprobación de la Misa y oficio*). No dejo de interesar en ello a la sacratísima Virgen y a nuestro bienaventurado P. de La Colombière, el cual espero que nos servirá de mucha ayuda; porque si vos ocupáis su lugar sobre la tierra, me parece también que él ocupa el vuestro en el cielo, para amar y glorificar al Divino Corazón. Sigo esperando que alcanzaremos cuanto deseamos para gloria de este amable Corazón, a no ser que mis grandes infidelidades sirvan de obstáculo. Si la cosa no se logra, no atribuyáis la causa más que a mis pecados, no obstante los cuales, os presento con frecuencia al Sagrado Corazón. Rogadle vos también por mí, os lo suplico encarecidamente, y creedme toda vuestras en el amor de este Sagrado Corazón].

D. S. B.

CARTA LXIII A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE

Le alaba cariñosamente por su fervoroso cambio de vida.—Le fortifica en sus santas resoluciones y le exhorta a sacrificarlo todo a Dios.—Le promete sus oraciones y solicita las suyas.—«La cruz es un tesoro inestimable».

¡Viva † Jesús!

[Marzo de 1687]

No he podido, mi queridísimo hermano, mortificarme hasta el punto de dejar pasar una ocasión tan favorable sin aseguraros que me parece que el Señor va aumentando y consolidando la verdadera amistad que me ha dado hacia vos sobre todo desde que recibí vuestra última carta. Habéis ganado tan por completo mi corazón por la confianza con que me habéis abierto el vuestro, que me parece que no hay nada que no esté pronta a hacer por vuestro progreso en el santo amor, y para que correspondáis con toda perfección a los designios que Dios tiene sobre vos, que son, si no me engaño, haceros llegar a una alta perfección. Por lo cual bien veis, mi querido hermano, que no debo adularos. El Señor no se contentará con que tengáis una virtud mediana, porque quiere

concederos mucha gracia, y a otras personas por vuestro medio. No frustréis sus designios en lo que espera de vos, que es una vida conforme a la santidad de vuestro ministerio. ¡Oh! qué sentimiento tan grande tendríais a la hora de la muerte si os hallaseis entonces privado de la corona que os está preparada, si seguís con fidelidad las ilustraciones que el Señor os dé.

Bien sé yo que no podréis conseguir esto sin haceros mucha violencia; pero a esto mismo y al triunfo que alcancéis sobre esas repugnancias que sentís a veces con tanta violencia, ha unido Dios el gran premio de vuestra corona, así como también el desprendimiento de todas las cosas percederas, y a la privación de todos esos falsos placeres que os dejan mil remordimientos de conciencia, y cierta ansia de que se aumenten siempre. Y para deciros la verdad, sabed que no hallaréis paz ni descanso, hasta que se lo hayáis sacrificado todo a Dios. Le pido esta misma gracia, por el ardiente deseo que tengo de que seáis todo suyo despreciando lo demás. Mucho tendréis que sufrir para llegar a esto, pero no os faltará la gracia, ni la fuerza, ni el auxilio del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Si supierais, mi querido hermano, el consuelo que me hace sentir por la mudanza que se ha obrado en vos desde hace algún tiempo y creo Él me la hace conocer! No puedo explicaros la alegría que esto me produce, pues parece que comienza a estar contento de vos; yo le suplico con todo mi corazón que quiera acabar lo comenzado y os dé la santa perseverancia. Os hablo quizá con excesiva libertad, pero achacadlo a la ternura de mi corazón, que no se interesaría tanto por vuestro verdadero bien si no os amase tanto; no me es posible trataros de otro modo, porque os considero como si fuese yo misma.

Os suplico encarecidamente que hagáis vos lo mismo conmigo, y que no ocultéis lo que el Señor os dé a conocer que es necesario para mi perfecta conversión, que tan vivamente anhelo, aunque no hago lo que deseo, pues estoy muy lejos de lo que Dios quiere de mí y hasta ahora no he hecho cosa alguna por Él. Ayudadme con vuestros santos sacrificios para que al menos aprenda a sufrir bien, porque me parece que lo que desea es que le ame sufriendo, y que para esto me ha dado la vida, y así no paso ni un momento sin sufrir, sin cansarme de ello, y por su misericordia me tiene siempre más hambrienta de cruz. Rogadle, mi querido hermano, que no abuse de tan gran bien, porque la cruz es un tesoro inestimable. Uno de estos últimos días, me han abierto un dedo hasta el hueso con una navaja de afeitar. El dolor me parece una prenda preciosa del amor de Nuestro Señor, en cuyo amor soy toda vuestra, etc.

CARTA LXIV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Otra vez el apostolado de las estampas.—Contrariedades.—«Con tal de hacerle reinar...».—El opúsculo de Moulins.

¡Viva † Jesús!

1687

Parecía, mi muy querida Madre, que faltaba algo a lo que nuestro Soberano Maestro exige de su indigna esclava, si no hubiera añadido también el sacrificio del silencio con Vuestra Caridad, no atreviéndome ya a escribiros a causa de la gran confusión que siento por el retraso de la lámina de las estampas de su adorable Corazón. No podéis figuraros lo que esto me hizo sufrir antes y lo que me mortifica ahora. No puedo atribuirlo a otra cosa más que a mis pecados, que me hacen indigna de prestar ningún servicio a este Divino Corazón, autor de toda santidad. Así que no sé qué deciros sobre el particular; sino que tal vez quiera no solamente que las paguéis, sino también que las encarguéis vos misma, según Él os lo inspire. Me ha venido este pensamiento en medio de la pena que me causa no poder tener noticia alguna, pues está muy lejos el Padre que me había prometido trabajar en ello. Os ruego que me digáis vuestro parecer y si vos podríais encargar la lámina y os devolveríamos el dinero. ¡Cuánto me gustaría que pudiera hacerse así!

Porque os digo con franqueza que no hay penas ni tormentos que no me parezcan dulces con tal de hacerle reinar en los corazones de todas las criaturas, conforme Él lo desea; y para ello abrazaría de todo corazón los mismos suplicios del infierno, fuera de la privación de amarle.

Es para mí muy dulce consuelo hablar a un corazón que le ama, y del cual es amado tan tiernamente, que no puedo dejar de mirarle como a una de sus más fieles amigas, a la cual ofrecemos ese opúsculo³² que la M. de Soudeilles mandó imprimir cuando algunas personas distinguidas que yo no conozco le regalaron las letanías de este Corazón Sagrado, el Acto de Reparación [y los demás, que me ha procurado lo que me es debido: es decir, confusiones espantosas].

³² La M. de Soudeilles había hecho imprimir en Moulins, en 1687, Un librito de 12 páginas que contenía: una breve declaración de la devoción al Sagrado Corazón, según el Diario de los *Retiros* del P. de La Colombière; una Consagración y un Acto de Reparación al Sagrado Corazón; las Letanías del Corazón de Jesús y las del Corazón de María. En la declaración se aludía a algunas revelaciones hechas a «una persona piadosa». Los iniciados sabían que era Sor Margarita María la que se designaba de este modo; de donde procedía la confusión que manifiesta sentir la sierva de Dios.

CARTA LXV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

«El puro amor no deja al alma en paz».—«Reinará a pesar de sus enemigos».—
Ocupación que le ha dado el Señor.

¡Viva † Jesús!

1687

Espero, mi buena Madre, que puesto que tomáis parte en lo que me interesa, bendeciréis a nuestro Soberano por la que me ha dado de su cruz. ¡Ah, cuán bueno es vivir y morir agobiada bajo el peso de ella en la privación de todo consuelo! Es la aspiración del puro amor, que no deja el alma en paz hasta que se ha abandonado por completo a su poder.

Os envió las Letanías del Sagrado Corazón de Jesús y lo demás que me ha proporcionado lo que se me debe³³, que es humillación y confesión. Ya comprenderéis a qué me refiero y la razón que tendría para echaros la culpa. Pero cúmplase la voluntad de Dios; mi corazón está indiferente a la humillación y al consuelo. Nada me llama la atención, ni me paro en esas cosas; lo que yo quiero es que Él se agrade y contente, aunque sea con la continua destrucción de mí misma. ¿No os por ventura bastante el placer que experimento en medio de amarguras, al ver que esta devoción se insinúa y se sostiene por sí misma, a pesar de las contradicciones que Satanás suscita contra ella? Reinará a pesar de sus enemigos y se hará dueño de los corazones que quiere poseer; porque el fin principal de esta devoción es llevar las almas a su amor.

He aquí la ocupación que me ha dado: *La cruz es mi gloria, el amor me lleva a ella, el amor me posee, el amor me basta*. Os pido que queméis mis cartas cuando las hayáis leído y que sólo vos las leáis. No sé si me engaño en cuanto os digo; ruego al Señor que os dé a conocer Él mismo, etc.

D. S. B.

³³ Véase la nota de la carta anterior.

CARTA LXVI
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Más sobre el apostolado de las estampas.—«No hay que asustarse por las contradicciones».

¡Viva † Jesús!

1687

Ahí tenéis, mi querida Madre, el dinero y el dibujo que ese buen Padre nos ha devuelto con grande disgusto por no haber podido acabar la obra. Pero Dios, que dispone las cosas para mayor bien, hará que la estampa salga mejor hecha, porque ese dibujo, cuyo bosquejo nos ha enviado, no es bonito ni está a mi gusto. Por lo cual os suplico hagáis el favor de mudarlo, poniéndolo conforme a la idea que Nuestro Señor os dé; lo dejo a vuestra discreción.

Continuad, mi buena Madre, con el celo que tenéis en hacer honrar al Sagrado Corazón, vos y todas esas buenas almas que me decís se interesan en esto. En la primera ocasión que se presente os diré una palabrita para ellas; ahora no puedo deciros nada en este sentido, sino que son muy dichosas, y vos también por emplearos en tan gloriosa empresa. No hay que asustarse por las contradicciones, que son una de las señales más infalibles de que Dios recibirá con eso mucha gloria por el Reinado del Sagrado Corazón de su Divino Hijo. En otra ocasión os diré algo más. Dios sea bendito³⁴.

³⁴ La M. de Saumaise comunicó esta carta a la H. Joly, expresándola el deseo de que probara hacer otro dibujo que respondiera mejor al pensamiento de la Santa evangelista del Divino Corazón. Su Superiora, la M. Desbarres, se lo mandó y, aunque la Hermana ignoraba las primeras nociones del dibujo, obedeció con sencillez y el Señor bendijo su sencilla obediencia. Sin duda se apresuraron a enviar esta nueva imagen a Margarita María, la cual dio las gracias a su autora por medio del billete siguiente:

A LA H. JUANA MAGDALENA JOLY, DIJON

¡Viva † Jesús!

1687

No puedo explicaros los dulces transportes de alegría que he sentido al recibir vuestra imagen, que es tal cual yo la deseaba. El consuelo que siento por el fervor que demostráis hacia el Sagrado Corazón, sobrepuja a toda expresión. Continuad, mi querida Hermana; espero que este Divino Corazón reinará a pesar de todo lo que se opone a ello; en cuanto a mí, lo único que puedo hacer es sufrir y callarme.

CARTA LXVII
A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE

Efusiones de fina y cristiana caridad.—Comunicación de oraciones.—Le felicita por el cumplimiento de sus promesas.

¡Viva † Jesús!

[Hacia el mes de abril de 1687]

Mi queridísimo Hermano:

Ruego al adorable Corazón de Jesús que establezca para siempre en los nuestros su Reinado de Amor y de Paz. Me confundís al interesaros del modo que lo hacéis por mi salud que es tan inútil para la gloria de Dios. Tanto le he ofendido en mi vida hasta el presente, que cuento en el número de las mayores misericordias que ejercita con mi alma, la que me concede haciéndome sufrir aquí abajo en la tierra, y dándome alguna conformidad con su vida paciente. Por su mérito espero pagar algo de esa gran deuda que he contraído con mis pecados, si vos me ayudáis constantemente con la ayuda de vuestros Santos Sacrificios, en los que confío mucho. Continudad, pues, haciéndome esta obra de caridad, porque en ella es donde está fundada toda mi esperanza.

Os aseguro que yo no me olvido de vos cuando tengo la dicha de asistir al sacrificio de la Misa, y he dado muchas gracias al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo por las que os concede. Le suplico que continúe comunicándooslas y os conceda la de corresponder a ellas fielmente, y perseverar con constancia en los santos deseos que os da de amarle y glorificarle, dándole a conocer. No podéis proporcionarme mayor contento, pues creo que no podéis hacer nada más saludable para vuestra querida alma, por la cual confieso que me intereso vivamente. Y con razón decís que no forma más que una con la mía en el Sagrado Corazón.

Por esto me tomo la libertad de deciros con tanta franqueza lo que pienso, cosa que no haría si os amase menos.

Me proporcionáis sumo consuelo cuando me entero de que vivís conforme a vuestro estado y vocación y a las promesas que habéis hecho al Señor. Pensad en ello con frecuencia, mi querido hermano, porque no debemos recibir en vano la gracia, dado que tan terrible es caer en las manos de un Dios vivo, cuanto es dulce arrojarle ahora en los brazos de un Dios moribundo por nuestro amor, el cual sólo desea hacernos participar de sus misericordias. Pedidle que las derrame sobre mi pobre alma, que tanto las necesita; pero debemos confiar en su bondad, procurando corresponder a sus designios.

CARTA LXVIII
A SU HERMANO, EL ALCALDE

Le felicita efusivamente por su ferviente devoción al Corazón del Salvador.—Le exhorta vivamente a realizar su hermoso proyecto.—«La felicidad de poderme consumir sufriendo por su amor».

¡Viva † Jesús!

[Hacia el mes de abril de 1687]

No podíais ganar mi voluntad más dulcemente, mi querido hermano, que como lo hacéis, dándome tan agradables noticias de los buenos afectos que el Sagrado Corazón conserva en el vuestro. Temía que os hubiese enfriado algo en esa devoción, lo cual me hubiera sido sumamente doloroso; no me atrevía ya a hablaros de ella, porque las devociones nunca son sólidas si no provienen del impulso de la gracia, y no dudo de que la vuestra, que produce tan santos resultados, tenga tan hermosa procedencia. Y hasta me parece que habréis sentido algún deseo de que la cosa fuese como me la proponéis.

Pero como no creía que vuestro amor hacia este Corazón adorable se extendiese hasta querer hacer un gasto como el que me indicáis³⁵, no me atrevía a manifestaros nada sobre ello, y me resolví a acudir adonde os dije que había pensado hacerlo, imaginando que, siendo mayor el número de personas, podría suplirse lo uno con lo otro. Mas ahora vemos claramente que lo que hay que hacer es poner en práctica lo que me habéis propuesto, sin volver atrás de lo dicho; en ello recibo uno de los mayores consuelos que pudiera recibir en esta vida mortal. Porque nada en ella me puede alegrar sino ver que se ama, se honra y se glorifica al Divino Corazón de mi Señor Jesucristo, y la felicidad de poderme consumir sufriendo por su amor. ¡Oh, mi querido hermano, cuán dichoso seréis si se os concede una gracia tan grande como es la de poder llevar a cabo vuestra empresa!

Permaneced, pues, firme en la ejecución de los deseos que Él os comunica, para que no quede defraudado en los designios que tiene de haceros santo. Para ello no han de faltaros sus gracias; pero espera de vos y de mí una fiel correspondencia, a cambio del grande amor que tiene hacia nosotros. Ahora no puedo explicaros lo que siento en este asunto. Espero que mi hermano el sacerdote no rehusará contribuir en cuanto esté a su alcance a un proyecto tan de la gloria del Divino Corazón, como es el vuestro, y que atraerá sobre vos y vuestras familias muchas gracias.

³⁵ Crisóstomo Alacoque, por su propio impulso, se había propuesto erigir en la iglesia de Bols-Sainte-Marie una Capilla al Sagrado Corazón de Jesús.

CARTA LXIX
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS³⁶

Otra vez el apostolado de los libros.—Grande alegría por ver amado al amantísimo Corazón.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
8 de abril de 1687

Mi respetable Madre:

Si grande es mi satisfacción al enviaros los libros que deseáis, no es menor mi contento viendo la estima que hacéis de ellos. Y tengo para mí que cuando Vuestra Caridad los haya leído, no disminuirá el concepto que de ellos os habéis formado. Espero que os aprovecharéis mejor que yo, que soy tan infiel a la gracia, que no comprendo cómo la bondad del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo no se cansa de mis ingratitudes.

Confieso, sin embargo, mi buena Madre, que siento muy grande alegría al saber que este Divino Corazón es amado y honrado en vuestra comunidad, a la cual estimo con particular afecto. Por esto me juzgo muy dichosa de que se acuerde de mí ante este Sagrado Corazón y estoy particularmente agradecida a Vuestra Caridad por la promesa de no olvidarme y por el deseo que tiene de que continúe entre nuestros corazones la unión que Él ha establecido. Con todo el mío por completo vuestra en su santo amor.

Sor Margarita
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

³⁶ La devoción al Sagrado Corazón iba desarrollándose de día en día en el Monasterio de Moulins. La Santa favorecía con todo su poder tan consoladores progresos, sobre todo por medio de los libros del P. de La Colombière, a los cuales hubiera querido atribuir su humildad todo el éxito de tan gloriosa misión. «Haced el favor de decirnos cuántos ejemplares queréis del *Retiro* del R. P. La Colombière; porque con el dinero que indicáis me parece ha de faltar poco para que podamos enviaros tres. Si no puedo responder ahora a la querida Hermana de la B. lo haré en la primera ocasión». (Lo hizo el mismo día, en la carta siguiente.)

CARTA LXX
A LA HERMANA F. M. DE LA BARGUE, MOULINS

Valor de las humillaciones.—El Divino Corazón, precioso oratorio.—Utilidad del examen particular.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
8 de abril de 1687

Al leer vuestra carta, mi muy querida Hermana, di gracias a Dios por las pruebas tan singulares de su amor con que os favorece, llevándoos por el camino de las humillaciones. Seguid ese camino sin temor alguno, del mismo modo que os lo da a conocer, que así creo yo que hacéis lo que Él desea para establecer su reinado en vuestro corazón. A mi entender quiere echar de Él las criaturas todas y tras ellas a vos misma. Alegraos, por tanto, cuando de ellas recibáis algún olvido o desprecio, y recordad entonces que lo permite Dios para que las arrojéis de vuestro corazón. No debéis consentir que éste se derrame exteriormente, antes arrancad de él todo afecto a las cosas exteriores, para que se dedique por completo a amar a su Dios que en él reside.

Entiendo que serán muy grandes las gracias que os concederá si tenéis valor para seguir con entero olvido de vos misma, abandono a su Providencia y mucha pureza de intención, uniéndoos constantemente a la del Sagrado Corazón de Nuestro Señor, amando con su amor y queriendo con su voluntad.

En fin, escogedle por vuestro oratorio más sagrado donde haréis vuestras oraciones y meditaciones, a fin de que sean agradables a Dios. Me parece también que uno de los mejores medios para nuestro adelantamiento en la perfección, es el examen particular sobre el defecto con el que nos hemos propuesto acabar, o sobre la virtud contraria que deseamos adquirir; y apuntar nuestras faltas en un cuadernito, para imponernos al fin de cada día alguna penitencia por ellas.

Os pido perdón, mi queridísima Hermana, de la libertad que me tomo en deciros tan sencillamente mi parecer como vuestra humildad os lo hace desear. Sé que hacéis aún más que todo esto, pero creo que Dios quiere que adelantéis más y más en los caminos de su puro amor, siguiendo los deseos que de Él os da. Contentaos con las ocasiones que Él os ofrezca, ya sea de humillaciones o contradicciones; pero no las busquéis, antes aprovechaos de ellas en silencio. Tal es el deseo de vuestra indigna Hermana.

Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Nuestra querida H. Cordier manda muy afectuosos recuerdos a vuestra respetable Madre, y a vos, mi querida Hermana, a quien ama sinceramente. Y yo os ruego que pidáis a Dios mi verdadera conversión y os aseguro que por mi parte no me olvido de vos en mis pobres oraciones. No os desagradará que os envíe ese billete con la aspiración que nos ha dejado un alma santa. (*Ha desaparecido el tal billete.*)

CARTA LXXI
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Los libros, arma preciosa para trabajar por el Reinado.—«Fortaleza y asilo seguro».—«Si no hubiese instituido este sacramento de amor, lo instituiría ahora».—¿Qué era para la Santa una «pena intolerable»?

¡Viva † Jesús!

[Principios de abril de 1687]

¿Qué diremos, mi querida Madre, de nuestro tan amable Jesús? Jamás hasta ahora había yo descubierto en Él tanta bondad llena de misericordia, ni experimentado en mí tan poca capacidad para darla a conocer, ni manifestar la alegría; que he tenido al ver esos queridos libros³⁷ que espero han de contribuir mucho al aumento de su reino. Os felicito por el buen suceso de las cosas que emprendéis por su gloria. Por ahí podéis conocer cuánto se complace en ellas y el deseo que tiene de que continuéis trabajando, hasta acabarla, en obra tan excelente.

No os canséis, pues, porque me parece que por este medio quiere apartar muchas almas del camino de la eterna perdición, pues este Divino Corazón es fortaleza y asilo seguro para los que se quieren refugiar en él para escapar de la justicia del Señor, cuya justa indignación acabaría con los pecadores y con los pecados. Éstos son en tan extraordinario número al presente, que llegan a irritar

³⁷ El librito compuesto por la H. Joly, con el auxilio del señor Charollais, confesor del Monasterio de Dijon, se imprimió al principio secretamente en 1686, y fue enviado a la Superiora de la Visitación de Roma para que practicasen las necesarias diligencias a fin de obtener la aprobación de la *Misa del Sagrado Corazón*. Contestaron de Roma que no se aprobaban las devociones, hasta que estuviesen autorizadas durante algún tiempo por los Ordinarios del lugar. Enviaron entonces el libro al Obispado de Langrés, donde lo examinaron y aprobaron, dando licencia para «que lo imprimiesen y vendiesen».

la divina cólera de este Sagrado Corazón, que es un abismo de bienes, en el que debemos anegarnos para no volver a tener gusto de las cosas de la tierra.

No puedo dejar de contaros, mi querida Madre, la gracia que he recibido el día de Viernes Santo (28 de marzo de 1687), en el cual, sintiendo un ardiente deseo de recibir a Nuestro Señor, le dije con muchas lágrimas estas palabras: «¡Amable Jesús, quiero consumirme deseándoos, y no pudiendo poseeros en este día, no dejaré de deseáros!» Vino a consolarme con su dulce presencia diciéndome: **Hija mía, tu deseo ha penetrado tan dentro de mi Corazón, que si no hubiese instituido este Sacramento de amor, lo instituiría ahora para hacerme tu alimento. Me agrada tanto el que deseen recibirme, que todas las veces que el corazón forma este deseo, otras tantas le miro amorosamente para atraerle a mí.** Y tan vivamente se imprimió en mí esta visión, que sufría gran pena viendo a mi Jesús tan poco deseado en este augusto Sacramento; sobre todo cuando hablaban de él con frialdad e indiferencia, era para mí una pena intolerable.

En una ocasión me dijo con voz llena de autoridad: **Te tornaré tan pobre, tan vil y abyecta a tus ojos, y te destruiré de tal modo en el pensamiento de tu corazón, que podré edificarme yo sobre esa nada.** Estas palabras me impresionaron de tal manera, que no podía pensar en ellas sin horror. [No podía comprender cómo me sufrían; tan destituida de todo me veía. Tenía tan gran temor de que los dones de Dios me hiciesen estimar de las criaturas, que alaban con frecuencia lo que es digno de censura, que hubiera preferido ser privada de ellos; y temería menos todos los furores del infierno que las lenguas venenosas armadas de alabanzas, que arrojan en el alma un veneno secreto y la matan imperceptiblemente, si Dios, por su bondad, no le aplica el divino epíteto de la humillación]. Pedid por mí os lo ruego, y creed que soy toda vuestra.

Sor Margarita María
D. S. B.

CARTA LXXII A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE

**Humilde sentir de sí misma.—El trabajar por las almas os ayudará a salvar la vuestra.—
Preciosos consejos espirituales.**

¡Viva † Jesús!

14 de abril de 1687

No quiero, mi queridísimo Hermano, perder esta ocasión segura, puesto que vos lo deseáis, y a mí me produce gran placer poder daros alguna satisfacción. Me decíais que apoyáis vuestra salvación en esta débil caña. ¡Ay!, ¡cuánto me afligiría

si esto fuese así, por el peligro a que os exponíais de perderos!; porque tengo para mí que nadie tiene más motivo de temer por la suya que yo, que tan mala e infiel soy para mi Dios. Es menester que trabajemos en eso los dos sin descanso, puesto que, como sabéis, la corona de gloria sólo se da al vencedor que persevera hasta el fin. Pido al Divino Maestro que los dos seamos de ese número.

Nada me indicáis sobre la fundación de que mi hermano me había hablado. No os podéis figurar el contento que me dais con el celo que tenéis por la gloria del Sagrado Corazón de nuestro Divino Salvador. Me parece que es este uno de los medios más cortos para alcanzar nuestra santificación. La vuestra la deseo, no lo dudéis, como la mía propia. Pero ¡ay de mí, mi querido hermano!, tenemos que violentarnos para llegar a la perfección que Dios pide de nosotros, que no es pequeña, puesto que quiere hacer de vos un santo.

Sí, quiere hacer de vos un santo, si vos queréis corresponder a sus designios según las luces que os dé sobre el particular; y espero que no ha de negaros las gracias necesarias para esto. Y no creáis que trabajar en la salvación de las almas que ha confiado a vuestro cuidado sea impedimento para la vuestra; al contrario, por este medio obligaréis a su bondad a daros mayores gracias para obrarla con menos peligros. Vigilad, pues, cuidadosamente por vuestro pequeño rebaño, y sed para él un padre cariñoso, que provea a todas sus necesidades espirituales; y sobre todo, haced que vuestra vida sea ejemplar de virtud y de edificación, y el Señor os colmará de sus bendiciones. No seáis interesado, ni os apeguéis a las cosas de la tierra; antes por el contrario, tened el corazón tan desembarazado de ellas cuanto os sea posible. Nada de respetos humanos cuando se trata de la gloria de Dios. Sed manso y paciente con todos, a fin de dar confianza a cada uno, y sobre todo a los pobres que se dirigen a vos en sus necesidades. Tened a todo el mundo por amigo y a nadie por enemigo, tanto cuanto fuere posible según el espíritu de Dios.

Pero sobre todo, mi querido hermano, conservad vuestra alma limpia de todo pecado, huyendo de las conversaciones peligrosas. Perdonad la libertad que me tomo de hablaros así; creo que estáis persuadido de que esto sólo procede de un corazón que os ama tiernamente en el de Nuestro Señor, que me hace sentir tanta alegría por vuestro progreso en su santo amor, como de mi propio aprovechamiento. Y mi consuelo será completo cuando sepa que no os olvidáis de nada que pueda contribuir a vuestro adelantamiento en la perfección. Esto es lo que deseo, etc.

D. S. B.

CARTA LXXIII
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

¿Cuál es su mayor alegría?—Envío de los libros del P. de La Colombière.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
1 de mayo de 1687

Mi respetable Madre:

No podríais proporcionarme mayor alegría que dándome noticias del acrecentamiento de la devoción del Sagrado Corazón de Jesucristo; y me parece que no será inútil para ese buen señor, ni para ninguno de cuantos se acojan a ella con confianza. Suplicaré con todo mi corazón a nuestro adorable Jesús que los llene de sus gracias y de su amor.

Os enviamos los cinco tomos del R. P. de La Colombière, y cuando tengamos los de sus Retiros, os los enviaremos también. Entretanto, deseo estéis siempre más y más abrasada en el amor de este amable Corazón, en el cual soy toda vuestra.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Nuestra respetable Madre os saluda con respeto, así como nuestra querida H. Cordier.

CARTA LXXIV
A LA M. GREYFIÉ, SEMUR³⁸

Sentimiento de profundo desprecio de sí misma y de apasionado amor a la Cruz, sobre todo a las humillaciones.—Hay que «resolverse a sufrir sin apoyo».—Delicados sentimientos de gratitud y caridad.

¡Viva † Jesús!

[Mayo de 1687]

Os confieso con sinceridad que no hay para mí mayor contento que cuando me habláis del divino amor en el puro sufrimiento; y si me juzgo desgraciada es por no haber podido aún sufrir nada en la pureza del amor, y creo que en castigo de mis pecados no puedo tener la menor cruz que no sea pública, y en la que con frecuencia se ofende a Dios. Esto es lo que me aflige; porque me persuado de que todas las criaturas deben sentir extremado horror hacia mí, y de que todas tienen derecho de vengarse de los pecados que cometo y de que soy causa. Y así puedo decir que tengo la dicha de no recibir por parte de las criaturas más caricias ni consolaciones que las de las cruces y humillaciones; y jamás estuve tan rica de ellas como ahora.

De paso os digo esta palabrita, para excitaros a dar gracias por mí al Sagrado Corazón, y pedirle que me conceda la de aprovecharme de tan precioso tesoro. Si estuviese en mi poder que las cosas sucedieran de otro modo, quitaría de ellas solamente la que puede ofender a Dios, y en cuanto a lo demás, querría siempre todo lo que permite para la humillación, que es lo que causa toda mi alegría cerca del adorable Corazón de mi Jesús.

Pero creed, mi querida Madre, que la naturaleza se contenta de tal modo cuando se la halaga y compadece, que esto me impide contar como sufrimiento el mal que tengo en el dedo (*era un panadizo*), porque me decían sin cesar que sufría mucho. Me parecía que debían decirlo para burlarse de mí, viéndome tan sensible a tan ligero dolor. No ha dejado esto de proporcionarme ocasión de saber por experiencia cuán agradable es a la naturaleza recibir tales alivios, porque no puede resolverse a sufrir sin apoyo en medio de las humillaciones, desprecios y abandonos de las criaturas. Y sin embargo, esto es lo que impide el puro amor; y fuera de eso nuestros sufrimientos no merecen el nombre de tales.

Seré siempre toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús, cualquiera que sea el modo con que me tratéis y que Él os inspire; así como mi respetable Madre (*María Cristina Melin*), hacia la cual os puedo asegurar que tengo todo el respeto,

³⁸ La M. Greyfié, que nos ha conservado esta carta, pone antes de ella, en su Memoria, las palabras siguientes: «Había escrito a la querida Hermana algo referente al sufrimiento, con motivo de un panadizo (*infeción*) que fue causa de que la abrieran el dedo. Me contestó lo que sigue».

estima y confianza que es posible tener hacia una Madre tan buena y caritativa como ella. Conozco por una continua experiencia su solicitud y bondad, aunque me parece que en esto se exceda conmigo. Es en lo único en que tendría motivo para quejarme de su Caridad, pues no me juzga tan mala como en realidad soy; estoy siempre enferma y débil, y soy toda vuestra en el Corazón adorable de nuestro divino Maestro.

CARTA LXXV
A LA M. LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Nuevo envío de libros del «Retiro» del P. de La Colombière.—La alienta a proseguir en el apostolado del Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
25 de julio [1687]

Ruego al amable Corazón de Jesús que consuma los nuestros en las puras llamas de su santo amor, a fin de que vivan y respiren sólo para amarle, honrarle y glorificarle. Aprovecho con gusto esta ocasión, mi venerada Madre, así para aseguraros mi continua, sincera y respetuosa amistad, como para enviaros los dos libros del Retiro del R. P. de La Colombière, que nos han traído de Lyon, asegurándonos que no entraba más en lo restante de vuestro dinero.

Os aseguro, mi querida Madre, que no puedo pensar sin gusto en el celo ardiente que este Sagrado Corazón os comunica para hacerle amar y darle a conocer. Veo en esto una señal evidente de su amor hacia Vuestra Caridad, que no debe jamás cansarse en esta santa obra, que me parece os será de gran valor ante Dios. No os olvido en su presencia en mis indignas oraciones, y os suplico que no rehuséis el auxilio de las vuestras a la que es toda vuestra en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA LXXVI
A LA H. DE THELIS, LYON

Enérgicos consejos para dejar la tibieza y entregarse plenamente a la acción de la gracia.—Amenazas fuertes, y suaves amonestaciones.—La devoción al Divino Corazón es una cosa muy grande y muy sólida; no consiste en unas cuantas oracioncillas.—«Quiere todo o nada».

¡Viva † Jesús!

[Septiembre 1687]

Ruego al adorable Corazón de Jesús, mi respetable Hermana, que os haga sentir los poderosos efectos de su misericordiosa caridad, y os dé Él mismo lo que buscáis y no podéis hallar en la peor y más indigna pecadora que pudiera existir; eso me obliga a guardar silencio con vos, como desearía hacerlo con los demás, si la obediencia, que es para mí ley inviolable, no me mandase contestaros, diciéndoos sencillamente mis pensamientos. Lo haré sin cumplido alguno, puesto que así lo deseáis.

Primeramente, en todo lo que Vuestra Caridad me dice, lo que encuentro mejor es esa viva persecución de la gracia que sentís en medio de tantas caídas, porque esto indica el ardiente deseo que Dios tiene de salvar vuestra alma; pero no lo hará sin que cooperéis de vuestra parte. Más no por esto podemos hacernos ilusiones; porque si pensamos resistirle siempre, al fin se cansará de perseguirnos, se retirará poco a poco de nosotros, y quedaremos como insensibles a nuestra propia perdición. Por lo tanto, *si oyereis la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón*, y procurad aprovecharos del retiro que a este fin vais a hacer, teniendo voluntad firme y eficaz de venceros, haciéndoos continua violencia, para desprenderos ya sea de vos misma, ya de los demás escollos que no desconocéis. Pero es necesario que no cometáis más faltas voluntarias, si deseáis la predilección de Nuestro Señor Jesucristo; pues de otro modo le buscaréis en vano, porque se burlará de nosotros si nosotros nos burlamos de su gracia. Quiera su bondad preservarnos de este mal, que es mayor de lo que se pudiera decir: porque ¿qué bienes podría tener un alma que ha perdido a su Dios?

No me cabe la menor duda de que ese virtuoso eclesiástico os trata del modo que lo hace, impulsado por el espíritu de Dios, porque le creo un santo varón. Pero en vano buscamos médico si no queremos curar o usar los remedios que nos ordena, o abstenernos de lo que nos hace daño. Mas como un mal conocido está medio curado, no se necesita sino un buen *lo quiero*, y todo irá bien. En fin, se trata de la salvación de vuestra alma, muy querida de Nuestro Señor Jesucristo, y por la cual os puedo asegurar que no hay nada que no quisiera hacer y sufrir —fuera del pecado—, para convertirla toda a Aquél que la creó para su gloria. Pero nadie

puede trabajar en esto mejor que vos misma, sirviéndoos de las luces que Él os comunica para practicar el bien y huir del mal.

Así, pues, no volváis a disputar con la gracia; os lo suplico encarecidamente, por todo el amor del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Al hablaros de su devoción me refería a una devoción más bien de perfecta imitación de sus santas virtudes, que no de solas oraciones³⁹.

En cuanto a vuestras comuniones, es preciso que produzcan en vos algunos buenos efectos, que os impidan caer voluntariamente; pero en eso debéis seguir el consejo que se os dé. En lo que toca al temor, me parece que agradaríais a Nuestro Señor yendo a Él con las disposiciones del Hijo Pródigo, de tal suerte que el temor no os quitase la confianza. Pero no se dice de este hijo que después de haber vuelto a su padre le dejase por segunda vez. Mas, ¡oh Dios mío!, ¡qué diréis de la libertad que vuestra humildad deja que se tome mi orgullo! Os suplico no os enfadéis por ello, porque al presente no podría deciros otra cosa, sino que tendréis buena parte en mis indignas e impotentes oraciones; pero soy demasiado mala y esto las inutiliza.

Desearía mucho que ese buen eclesiástico quisiera recibir vuestra confesión del retiro, y me parece que tal vez lo hiciera si le prometieseis ser fiel a sus consejos. Sería sin duda para vos gran mal perderle; pues creo, aunque no tengo el honor de conocerle, que puedo deciros: seguid sus consejos sin temor. He ahí, pues, sencillamente mi parecer, aunque no estáis en modo alguno obligada a creerlo y aun menos a seguirlo, sino en cuanto Nuestro Señor os lo inspire. Os suplico de todo corazón que seáis constantemente fiel en practicar el bien que pide de vos, sacrificándole lo más costoso, según os dé a conocer, porque no hay término medio: lo quiere todo o nada. Y si conocierais las gracias que recibiríais de Él, no le rehusaríais lo que os pide, porque toda vuestra paz y toda vuestra felicidad no consiste más que en esto. Entrad en vuestro retiro con espíritu de penitencia. Sufrid y estad contenta. ¡Dios sea bendito!

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

³⁹ Notemos la solidez de la germinada devoción al amantísimo Corazón de Jesucristo, según el mismo Señor se la inspiró a su fiel evangelista. No es una devoción de mero sentimentalismo, ni una especie de mosaico de prácticas menudas y devotas aspiraciones, sino «una devoción de perfecta imitación de sus santas virtudes». *Aprended de mí*. Fruto natural y sabrosísimo del conocimiento, amor e imitación del Divino Corazón serán los más ardientes afectos y los más regalados sentimientos.

Lo mismo que Santa Margarita, opinó mucho después, y sin conocerla, el seráfico P. Agustín Cardaveraz, S.I. Escribe a su Director, el P. Loyola, con fecha de 1 de noviembre de 1736, y le dice que, para ser perfecto devoto del dulcísimo Corazón, es preciso llevar «una vida según el modelo de todos los predestinados, conforme al Corazón Sagrado de nuestro amado Jesús. Los propósitos han de ser aspirar con todas veras y con la mayor eficacia posible a formar su corazón en todo y por todo según el Corazón de nuestro amado Jesús. *Inspice et fac secundum exemplar Cordis Jesu*».

¡Ay!, mi querida Hermana, si pudiéramos comprender el gran perjuicio que hacemos a nuestra alma, privándola de tantas gracias y exponiéndola a un peligro tan evidente con esas frecuentes caídas voluntarias. Porque éstas le hacen perder la amistad de su Dios, que no escucha ni a ella ni a los que ruegan por ella, mientras se niegue a escucharle y volverse a Él. Él le cierra la entrada de su Sagrado Corazón porque ella le ha arrojado del suyo. Aprovechemos el tiempo que nos da, no lo difiramos más; pero no nos turbemos, porque las turbaciones sólo sirven para aumentar el mal. El espíritu de Dios lo hace todo con paz. Acudamos a Él con amor y confianza y nos recibirá con los brazos de su misericordia; pero después de esto procuremos no volver a separarnos de Él, porque tantas recaídas voluntarias son muy peligrosas, sobre todo en un alma religiosa.

CARTA LXXVII A LA H. DE THELIS, LYON

La exhorta de nuevo enérgicamente, con ocasión de unos Ejercicios, a darse de veras a Dios.—La naturaleza y la gracia no pueden morar juntas.—«Las faltas voluntarias me son insoportables, porque hieren el Corazón de Dios».—Eficacia de la oración de los treinta días. Algunos avisos acerca del cargo de Maestra de novicias.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
11 de octubre de 1687

Es cierto, mi respetable Hermana, que si el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo me hubiese dado menos afecto hacia vuestra querida alma, no me sentiría tan grandemente conmovida por su retraso en el camino de la perfección; y puesto que me obligáis a deciros libremente lo que pienso, voy a hacerlo con sencillez, pues no sé adular ni disimular.

Bien sabéis que no hay término medio y que se trata de salvarse o perderse por una eternidad. Ambas cosas dependen de nosotros; podemos escoger amar a Dios eternamente en el cielo con los Santos, después de habernos hecho violencia, mortificado y crucificado aquí abajo en la tierra como lo hicieron ellos, o bien renunciar a su felicidad dando a la naturaleza todo lo que desea. ¿A qué tantos razonamientos y discusiones para observar unos propósitos, que me parecen tan útiles para vuestra perfección, que sin la práctica de ellos no haréis gran progreso en ella? Es, decís, que tienen a la naturaleza sujeta y violenta. Por esto precisamente es necesario practicarlos con más fidelidad: porque la naturaleza y la gracia no pueden morar juntas en el mismo corazón; es preciso que una ceda el sitio a la otra.

Y ¿de qué sirve, mi querida Hermana, hacer resoluciones mientras estamos en Ejercicios, si después no queremos ponerlas en práctica cuando se presenta la ocasión? Y ¿qué es lo que hacemos con esto, sino escribir nuestra propia condenación, que nos enseñarán al día del Juicio: *He ahí lo que escribió y he ahí lo que hizo?*

Pero ya he dicho bastante en ese punto porque, al fin, no debéis formar otros propósitos, sino guardar inviolablemente los ya hechos, por mucha repugnancia que la naturaleza encuentre. Y ya os he declarado bastante lo que pienso; pero no estáis obligada a seguirlo, pues no soy más que una perversa pecadora.

Y en cuanto a ese punto de ir a decir a vuestra Superiora las faltas voluntarias que cometéis, me parece que sería el medio más eficaz para evitar las recaídas; aunque el Amor Divino es suficiente para estorbar que hagamos cosa alguna con intención que pueda desagradar al Amado de nuestras almas.

No puedo comprender cómo un corazón que es de Dios y que le quiere amar verdaderamente, pueda ofenderle de propósito deliberado; y os confieso que las faltas voluntarias me son insoportables, porque hieren el corazón de Dios. Guardaos, pues, de cometerlas, mi carísima Hermana; os lo suplico encarecidamente, pues os privan de muchas gracias, cuya pérdida detiene vuestro corazón y debilita vuestra alma en el camino de la perfección. Id, pues, a Dios animosamente por el camino que os he trazado, abrazando con constancia los medios que os presente. Por duros que parezcan a la naturaleza, jamás los troquéis por otros que sean de vuestra elección.

Apoyaos fuertemente en Dios, teniendo entera confianza en su bondad, que no abandona jamás a los que esperan en Él, desconfiando de sí mismos. Jamás dejéis el bien comenzado, sino por mandato de los que os dirijan. Pero ya sabéis bastante sobre esto; procuraremos, mi amadísima Hermana, hacer lo que sabemos. Perdonadme la libertad que se toma mi orgullo para hablaros así, obligada por vuestra humildad; no me es posible hacer otra cosa, a menos de no contestar a nada de lo que Vuestra Caridad me dice; pues en esto conozco que Nuestro Señor os ama y querría veros adelantar a grandes pasos en las sendas de su Amor, que son muy duras a la naturaleza. No regateéis, pues, más con Él, sino dádselo todo y Él hará que halléis todo en su Divino Corazón; pero temamos no vaya a cansarse y abandonarnos.

Y para contestaros a una palabra sobre lo de la novicia..., de todas las razones que os impiden exponer lo que de ello sabéis... (*faltan unas líneas borradas por mano extraña*). En estas ocasiones de tanta importancia debemos desconfiar siempre de nosotros mismos, para no hacer traición a nuestra conciencia ni a la Santa Religión. Es preciso acudir a la Santísima Virgen nuestra buena Madre y Abogada, y espero de su bondad que no ha de negaros su asistencia. Para lo cual le ofreceréis durante un mes la *Oración de los treinta días*, pidiéndole que, si no es

a propósito, haga que no sea recibida ni llegue a profesar. Y se la mandaréis rezar a la joven por la misma intención, aunque sin decirle cuál es.

Os aseguro que dicha Oración ha producido efectos maravillosos en esta Comunidad en casos semejantes; durante doce o trece años alcanzamos de esta Madre de bondad, por este medio, que no se comprometiera aquí ninguna joven que no fuera a propósito para nuestro modo de vida. Hemos visto claramente cuando no tienen las condiciones necesarias, que estando nosotras dispuestas a recibirlas, piden ellas mismas su salida, o se presenta algún obstáculo que impida se las reciba.

En fin, este asunto es más importante de lo que se cree y vuestro cargo es de gran responsabilidad ante Dios, cuando no se cumple conforme a su espíritu. Pero me parece que no dejaréis de practicar medio alguno para su perfecto cumplimiento. En fin, mi amadísima Hermana, trabajemos animosamente, porque siento tan gran deseo de vuestra salvación como de la mía propia; y os aseguro que, fuera del pecado, no hay nada que no hiciera y sufriera de buena gana con este objeto; pero, ¡ay de mí!, la criatura dice, pero el Criador es el que ha de dar la fuerza para hacer. Mas proporcionarme el consuelo de que la primera vez que me honréis con vuestras cartas, me aseguréis de vuestra firmeza y constancia en seguir los movimientos de la gracia, así como de no haber cometido faltas con propósito deliberado, y regocijaréis infinitamente a la que es toda vuestra en el amor del Sagrado Corazón de Jesús,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

No he dejado de comulgar y rezar las demás oraciones que deseáis; pero, ¡ay!, soy demasiado miserable para que podáis experimentar los efectos. Pedid a Dios con instancia que me convierta a Él por completo; os lo suplico encarecidamente, porque tengo gran necesidad de ello y un apremiante deseo de hacerlo.

CARTA LXXVIII
A LA HERMANA DE LA BARGUE, MOULINS

Las sendas del amor a la propia abyección.—«A medida que os olvidéis de vos, Él cuidará de perfeccionaros».—Excelencia de la humildad.—Visitas crucificantes del Señor.—Gratitud por unos libros del Sagrado Corazón.—Consejos varios.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
15 de octubre de 1687

El adorable Corazón de Jesús, que dispone todas las cosas dulce y suavemente, pero también enérgica y poderosamente, no ha permitido que pudiera satisfacer antes vuestro deseo, ya porque se reservara para sí el daros luces más puras que las que esperabais de una pobre y miserable pecadora, ya por alguna otra razón. Bástenos seguir a ciegas su santísima voluntad; y puesto que estoy bien persuadida de que creéis que la cumpla diciéndoos con sencillez lo que pienso, lo hago sin cumplidos en su santa presencia.

Primeramente, las luces y afectos que me decís haber tenido con motivo de la estatua que hay que disponer y arreglar para colocarla en el nicho del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, son tanto mejores cuanto que os prueban evidentemente que no lo conseguiréis, sino por las sendas del amor a vuestra abyección. Este es el camino más seguro para vos; y a mi entender, es muy singular favor el que os concede al daros ese conocimiento y deseo de él, porque no hay medio tan eficaz como éste para entrar y permanecer en la amistad del Sagrado Corazón. Es un agua cordial capaz de dar la vida de la gracia a vuestra alma, y la del puro amor a vuestro corazón y a todas vuestras buenas obras. En fin, queda dicho todo, con decir que es la virtud del Sagrado Corazón de Jesús que no abaja hasta nosotros su infinita grandeza sino cuando nos encuentra anonadados en el amor a nuestra pequeñez; y que, en tanto os levantará a la unión con Él, en cuanto practiquéis esta santa virtud que os separe del afecto de todo lo que brilla ante las criaturas y ante vos misma, para abrazar con amor las ocasiones de humillación que os presente, sin ir las a buscar, ya sea por medio de las criaturas o de vos misma. Pero aprovecharos de todas las que os vengan de la divina Providencia, sin pararos a pensar en vos misma, porque entiendo que esto le disgusta.

Os baste haber puesto en sus manos el cuidado de vos misma; a medida que os olvidéis de vos, Él cuidará de perfeccionaros, purificaros y santificaros; pues la demasiada solicitud y pensamiento de nosotros mismos impide el efecto de los designios que sobre nosotros mismos tiene. Así, pues, olvido y silencio en lo que a nosotros toca y en las cosas que se relacionan con nosotros. Amad y quered

todo lo que os anonade interiormente y ante las criaturas. Apartad de vuestra alma toda otra mira; ateneos a esto hasta que su bondad os dé otro atractivo.

¡Dios mío, mi querida amiga, cuán gran tesoro es el amor a la bajeza y a nuestra propia abyección! ¿Qué no deberíamos hacer y sufrir para llegar a poseerlo? Porque el alma que goza de ese tesoro está como asegurada y nada puede faltarle, pues el Omnipotente se complace y descansa en ella. Os confieso ingenuamente que me tendría por muy rica y creería haber aprovechado suficientemente, si, después de dieciséis o diecisiete años que esta indigna pecadora trabaja en ello, hubiese adquirido el menor grado. Pedidlo para mí con instancia al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, a cuya dirección os entrego, a fin de que sea Él mismo vuestro director y guía. Es muy sabio, y cuando nos abandonamos del todo a su dirección y le dejamos obrar, nos hace adelantar en poco tiempo, sin que nos demos cuenta, si no es por los combates que la gracia tiene que sostener contra nuestra naturaleza inmortificada. Esto es en respuesta a la palabra *dirección*.

Dios me libre, mi querida Hermana, de mezclarme jamás en semejante cosa; porque ni siquiera sé lo que es; no hago más que responder diciéndoos con sencillez mi parecer acerca de lo que me indicabais, sin orden ni medida, sino como se presenta a la memoria, sin que dependa de mí recordar después lo que he dicho por escrito. Y así no es posible reflexionar sobre ello para ver si es bueno o malo; pero recibid con sencillez lo que os dé a conocer ser conveniente para el estado actual de vuestra alma; y de lo demás, no paséis cuidado.

Tomo mucha parte en las visitas *crucificantes* que con tanta frecuencia hace Dios Nuestro Señor a vuestra venerada Madre (*Luisa Enriqueta de Soudeilles*). Es una de las señales más claras del amor que le tiene. Ruego a su Divina bondad que le conceda la gracia de aprovecharse de ellas tan perfectamente como Él exige de su sumisión y de la conformidad a su beneplácito y santísima voluntad. Asegurad de mi parte a esta respetable Madre, que guardaré siempre hacia su Caridad toda la estima, afecto y respeto de que mi ruin corazón es capaz en el de nuestro buen Maestro, Nuestro Señor Jesucristo, el cual, a mi parecer, se agrada mucho del afecto y ardiente celo que tiene por darle a conocer, y hacerle amar y glorificar. Ni sus trabajos ni sus cuidados se perderán. No puedo deciros todo el consuelo que siento al ver que por estos medios va insinuándose tanto, como me parece, en la amistad y gracia de este amable Corazón, en cuya presencia no la olvido, como tampoco a Vuestra Caridad, carísima Hermana.

Sería para mí un honor el escribir a esta querida Madre para darle gracias por la media docena de libritos del Sagrado Corazón que de nuevo nos ha enviado, por los que le estoy en extremo agradecida; pero suplico le manifestéis por mí el más sincero agradecimiento, pues me ha proporcionado un gran contento. Que ella a su vez, acepte las humildes y sinceras acciones de gracias que le mando por

vuestro medio, pues temo que el excesivo número de cartas que le escribo sea ya impertinencia de mi parte.

En cuanto a vos, querida Hermana, procurad aprovecharos y fomentar las inspiraciones y gracias que recibís de la soberana Bondad; escuchadlas con docilidad, porque el Espíritu Santo sopla donde quiere; llega el momento de la gracia, pero no vuelve nunca. Por lo tanto, aprovechémonos de ella; porque el Señor, al inspirarnos el deseo del bien, nos da fuerza para realizarlo, pero no sucede lo mismo con la criatura. Seguid, pues, sus ilustraciones sin cansaros, hasta que le hayáis hecho Dueño absoluto de vuestro corazón. i

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

No os preocupéis de vuestras cartas, pues por mi parte os guardaré el más escrupuloso secreto. En las visitas al Santísimo Sacramento pedid con insistencia el amor a vuestra abyección, para honrar los abatimientos de un Dios escondido y humillado por nuestro amor; y en vuestras oraciones y Comuniones, de las cuales ni una debéis perder, haréis la misma petición, y también durante vuestro retiro. Aspiraréis en él sin cesar al olvido y desprecio de vos misma, a fin de perderos toda en Dios para no volver a recordar, buscar, ni ver en todas las cosas más que a Él y su beneplácito, el cual debe extinguir todos nuestros deseos.

CARTA LXXIX
A LA M. DE SOUDEILLES, MOULINS

Se goza en los progresos de la gran devoción y la felicita por su celo.—La felicidad del sufrir con amor.—Humildes y afectuosos sentimientos de Margarita.

¡Viva † Jesús!

[Hacia fines de 1687]

Es cierto, mi respetable Madre, que renováis y aumentáis mi alegría cuantas veces me participáis los nuevos progresos de la devoción del Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, el cual espero no ha de dejar sin recompensa vuestro celo en darle a conocer, y procurar que le amen y le honren. Fuera de que, a mi entender, estamos suficientemente recompensadas cuando nos juzga dignas de prestarle algunos servicios, porque es el manantial inagotable de todo bien y en el cual nos hace encontrar el amor todo lo que necesitamos. Me parece, mi amadísima Madre, que con frecuencia os hace sacar de ese divino manantial el tesoro de la Cruz, por medio de esas visitas dolorosas, por las cuales quiere uniros

más y más a Él, que es lo único a que debemos aspirar en el tiempo y en la eternidad.

¡Dios mío, cuánta felicidad se encuentra, mi querida Madre, en sufrir aquí abajo con amor! No dejo, sin embargo, de pedirle el restablecimiento de vuestra salud, si tal es su santísima voluntad, ni de pedirle que conserve vuestra vida, puesto que os ha hecho útil para su gloria. Continudad, mi querida Madre, extendiendo su reinado, y no me olvidéis en su presencia, porque es cierto que tengo extremada necesidad de ello, en medio de la cual no dejo de conservar hacia Vuestra Caridad todos los sentimientos de estima, respeto y afecto de que soy capaz en el Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, en cuyo amor soy toda vuestra.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA LXXX
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Gozos y felicitaciones por unas estampas del amante Corazón.—«¡Cuán bueno es agradar a este Divino Corazón!»—Le habla de algunas personas particulares.

¡Viva † Jesús!

[17 de enero de 1688]

No habría, mi querida Madre, excusa alguna que pudiera justificar mi silencio con vos, si nuestro soberano Maestro no lo excusara; y como trato sin cumplidos a Vuestra Caridad, voy a exponeros con sencillez mis pensamientos, asegurándoos que no les doy ninguna importancia, y así os pido que tampoco se la deis, sino que me guardéis secreto, a fin de que una tan miserable pecadora no engañe a nadie. Y como espero me concederéis este favor, voy a hablaros con el corazón en la mano de lo que se refiere al Sagrado Corazón, el cual continúa siempre dispensándome sus misericordias, a pesar de mis infidelidades. No puedo explicaros el dulce transporte de alegría que he sentido a la vista de esas estampas, que me impulsan a desearos mil bendiciones en mi alma, que tiene por muy dichosa a la vuestra por haber conseguido éxito tan feliz, cosa que Dios reservaba para vos, y juntamente las muchas gracias que atraerá sobre vuestra querida alma.

Y en cuanto a esa querida Hermana (*Juana Magdalena Joly*), me parece, si no me engaño, que le ha contentado más con lo que ha hecho en su honor, que con todas las demás acciones de su vida; y espero que no caerá jamás en la desgracia

del Sagrado Corazón, sino que, a mi parecer, éste hará de ella un eterno monumento de sus misericordias. Creo que la ama tiernamente y que desea ser amado de ella recíproca, exclusiva y constantemente. ¡Cuán bueno es agradar a este Divino Corazón que recompensará nuestras penas con goces eternos e incomprensibles!

No he dejado de rogar por N ... conforme deseabais, pero en verdad, soy tan ruin, que temía ser obstáculo que impidiese fueran escuchadas las santas almas que ruegan por él; porque al principio sentí que mi súplica era vivamente rechazada; y hasta me pareció sostener un combate con este Divino Corazón, cuyo amor me hizo alcanzar victoria, y al fin oí estas palabras:

Queda en paz. Te prometo que si corresponde a mi gracia, dedicándose a tributar particular homenaje a mi Corazón por medio de las virtudes de paciencia y caridad, no retiraré jamás mi misericordia de su alma: todos los Primeros Viernes de mes mandaré decir una Misa o la oirá, para ponerse él y cuanto le pertenece, bajo mi protección, diciendo todos los días la pequeña consagración.

No os canséis, pues, de procurar que le honren ni de encomendarle mis miserias. [Porque, ¡ay de mí!, si supierais el estado a que con frecuencia me hallo reducida, tendríais compasión de mí, que soy tan pobre y defectuosa interiormente, que tengo horror de mí misma, soportándome con trabajo, y viéndome con frecuencia reducida a sufrir tan grandes penas, sin encontrar auxilio alguno, que me veo algunas veces a punto de sucumbir. Y sin el socorro de este Divino Corazón, hubiera sucumbido mil veces. Decid, pues, mi buena Madre, algunas palabras de consejo y de consuelo a esta pobre paciente, pero todo según Él os lo inspire; porque me parece que todas las cosas sirven de instrumento a su divina justicia, para atormentar a esta pobre criminal. Después de haberos deseado mil bendiciones para este nuevo año, os doy las gracias por la querida santa imagen que habéis tenido la bondad de enviarnos. Hubiera deseado conservarla, pero tuve que desprenderme de ella en favor de mi hermano, a quien alcanza muchas gracias. Concededme la de amarme vos siempre un poco en ese amable Corazón, en cuyo amor soy toda vuestra con sincero y respetuoso afecto].

D. S. B.

CARTA LXXXI
A LA H. DE LA BARGUE, MOULINS

Quiere Jesucristo «establecer en nuestro corazón el imperio de su puro amor».—¿Cuál es el camino más breve y más cierto para esto?—No temáis, abandonaos a ciegas, no os preocupéis por nada.—Consejos en las tentaciones de fe, repugnancias y tempestades interiores.—Notable declaración acerca de las cartas que escribe Margarita.

¡Viva † Jesús!

[Marzo de 1688]

Ruego al Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús que establezca para siempre en los nuestros su reinado de amor y de paz. El mío, mi amadísima Hermana, le ha bendecido con todo el afecto de que es capaz, cuando al leer vuestra querida carta, me ha hecho descubrir tantas misericordias y gracias con que previene a vuestra querida alma; porque, lejos de encontrar cosa mala en lo que me decís, no veo en todo ello más que motivos para alabar a su bondad por su amoroso proceder con vos, para haceros llegar al fin que pretende, que es, si no me engaño, establecer en vuestro corazón el imperio de su puro amor, para haceros reinar, como espero, eternamente en el cielo.

Y esto no se consigue más que por este camino humilde, abatido y abyecto; y todas esas ocasiones que os presenta os deben ser infinitamente preciosas, porque son toques de amigo y que salen de un Corazón verdaderamente enamorado del vuestro, del que es en extremo celoso. Por esto se da prisa para arrancar todo lo que pueda haber en él de terreno y humano, con tal de que le dejéis en libertad y correspondáis según las luces que os dé a sus adorables designios.

¡Ah, amadísima Hermana, si conocieseis el honor y la gracia que el Rey del cielo os concede, dignándose abajarse así hasta vuestro corazón! Cuántas veces le dejaríais solo en él, si Él no permitiese quedaseis tan cortada al tratar con otros sin éxito en vuestras empresas, para haceros ver que no debéis buscar placer ni consuelo en las cosas pasajeras sino en solo Él. Porque deseando ser todo vuestro, quiere que recibáis esa clase de humillación, como señal que Él os da, de que os espera en lo más íntimo de vuestro corazón y que debéis abandonarlo todo para ir a hacerle compañía del modo que a Él le plazca, ya sea rindiendo homenaje a su omnipotencia por vuestra impotencia, dejándole obrar en vos y por vos, ya sea por medio de nuevas humillaciones, que os hará encontrar dentro de vos misma. Que éstas son como otros tantos escalones para haceros bajar al abismo de vuestra nada, y tener allí con vos sus complacencias, porque este soberano Dueño de nuestras almas sólo se complace en las almas abatidas...

Para estar del todo en Él, no debemos estar nada en nosotras. Considerad, pues, querida amiga, esta senda tan humilde, como la única verdadera que Él mismo os ha trazado y como la más segura para llegar a Él. Id por ese camino recto con paz y agradecimiento, sin preocuparos de ver lo que hacéis, ni si adelantáis o no; abandonaos a ciegas, llena de fe y de confianza al cuidado de su amorosa providencia, sin volver atrás; porque el excesivo cuidado que tuvieseis de vos misma le estorbaría a Él tenerlo de vos, y haceros adelantar en un mes más de lo que pudierais hacer de ordinario, y esto sin que lo notaseis. Y ¿qué es lo que teméis yendo por un camino tan seguro como es el de las humillaciones, de las cuales la mejor es la que no conocemos? Pues esto es propio de la humildad, que desaparece desde el momento en que reparamos que la tenemos.

En cuanto a las penas que decís sentir en las tentaciones contra la fe, no tenéis que hacer más que apartarlas con toda sencillez, haciendo actos contrarios, en cuanto os sea posible, porque esos mismos actos servirán para purificaros más y más en esa virtud.

Pero, ¡Dios mío!, mi querida amiga, ¿tendré al fin que deciros que no encuentro en vuestro escrito más que una cosa que me apene? Es que no veo en él bastante abandono y confianza; esto es, si no me engaño, lo que me parece que más desea de vos vuestro buen Maestro. Dejaos guiar y pensad con frecuencia, que jamás se perderá el hijo cuando se halla en los brazos de un Padre omnipotente.

No dejéis de visitar al Santísimo Sacramento por la repugnancia que sentís; sino que es menester que la ofrezcáis a Nuestro Señor para honrar la que Él quiso sentir en el Huerto de los Olivos; así os burlaréis de vuestro enemigo, que por este medio querría apartaros de la virtud. Asimismo, cuando levante esas turbaciones y tempestades en vuestro interior, id a buscar la paz en el Sagrado Corazón por medio de actos de amor y de abandono, sin entreteneros en mirar lo que pasa en vos, negando obstinadamente vuestro consentimiento a esa clase de afectos, sin consentir que cosa alguna os quite la paz.

He ahí sencillamente, amadísima Hermana, lo que me ha venido al pensamiento ante la imagen del Sagrado Corazón, en contestación a lo que vuestro corazón me dice. Pero lo que me apena y debo deciros en confianza, es que olvidándome de lo que escribo, y no pudiendo releer las cartas por el sufrimiento que esto me causa y que me impulsa a quemarlas, teniendo por este motivo orden de no volverlas a leer, me quedo con la pena de haber repetido siempre la misma cosa. Si esto es así, echaos la culpa a vos misma, que solicitáis con excesiva frecuencia estas cartas; pero si en ellas encontráis alguna cosa de provecho, dad gracias al Sagrado Corazón, que concede a vuestra humildad, que os dirijáis y confiéis del modo que lo hacéis a la más miserable e indigna de todas las pecadoras, que no practica nada de la virtud de que habla. Por lo cual no os fieis de ella, os lo digo como amiga, a fin de que no quedéis engañada.

Pedid al Señor que me convierta, y estad segura de que no os olvido en su presencia. Y os confieso, mi querida amiga, que aunque hubiera hecho especial estudio para explicaros mi deseo en cuanto a la estampita, no la hubiera hallado tan a mi gusto; y me quedé tan (*¿contenta?*), que se la enseñé a todas nuestras Hermanas, las cuales se quedaron con deseos de tenerla, pero la conservo yo con licencia; siendo esto del todo contrario a mi costumbre, pues no tengo mayor placer que el de no tener nada. Os doy las gracias de todo corazón, pero no debéis esperar más de mí.

En cuanto a las cartas de que me habla Vuestra Caridad, no las he recibido; yo os he escrito dos, que no sé si habréis recibido. Adiós, mi queridísima y amadísima Hermana, sed toda de Dios sin reserva. Y que todo lo que hay en nosotras sea purificado por su amor crucificado, en el cual soy toda vuestra, con el más sincero afecto de mi corazón, que os ama de verdad en el de nuestro buen Maestro.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA LXXXII
A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE⁴⁰

Vivísimos sentimientos de gozo por ver a su hermano hecho un apóstol del Divino Corazón.—Le felicita efusivamente y le urge de nuevo al fervoroso ejercicio de la virtud.—«La corona sólo se da a los vencedores».

¡Viva † Jesús!

[1688]

No podías proporcionarme gozo más dulce, mi queridísimo hermano, que demostrándome el celo con que el adorable Corazón de Jesús os anima a amarle y darle a conocer y a procurar que los demás le conozcan, amen y honren, haciendo cuanto podéis para establecer el reinado del puro amor en las almas. ¡Ah!, es cierto que me habéis cogido por lo que mejor habría de cautivar mi ruin corazón, que sólo con eso se conmueve, sólo eso desea, y no suspira por otra cosa que por ver reinar al de nuestro soberano Dueño en todos los corazones que puedan amarle.

⁴⁰ Las oraciones y consejos de la Santa, producían frutos abundantes en Bois-Sainte-Marie. De acuerdo con su hermano el alcalde, Santiago Alacoque, organizó en su parroquia el culto perpetuo al Corazón de Jesús; la liberalidad de la piadosa familia comenzó a edificar una capilla; el buen sacerdote fundó en ella misas, y sólo deseaba que llegase el momento de celebrarlas en el nuevo edificio. Las cartas de su hermana demuestran un aumento de afecto, fácil de comprender.

Ahora ya no puedo dudar de la santa unión que su puro amor ha establecido en nuestros corazones, puesto que os ha comunicado un deseo que yo jamás me hubiera atrevido a proponeros, por no dejarme hacerlo el mismo Sagrado Corazón, hasta que dieseis vos, de propio impulso, el primer paso. Él quiere que por esta vuestra voluntad, como si fuese mía, le dé yo lo que desea recibir de vos y de mí. Ahora sí que conozco que vuestra amistad es verdadera, pues comienza por darme las pruebas que deseaba.

¡Qué consuelo tan grande es para mí veros tan liberal con este amable Corazón de Jesús!, el cual entiendo que con esto os da muy evidente prueba de que quiere desprender por completo vuestro corazón de las cosas de la tierra, porque quiere que seáis santo. Sí, mi querido hermano, así lo espero, y sólo de vos dependerá haceros santo por medio de las regaladas gracias que sin duda Él os concederá, si correspondéis a ellas, siguiendo fielmente las santas inspiraciones y buenos movimientos que para esto os dé. Os costará trabajo, es cierto, a causa de la naturaleza, que teme su propia destrucción y todo lo que la hace sufrir. Pero, ¡ay!, ¿es posible acaso mortificarla sin hacerla sufrir mucho, cuando no hay en nosotros cosa que a eso no se oponga?

Porque las pasiones se sublevan continuamente, y eso nos hacer caer a cada paso. Mas no hemos de perturbarnos por eso, ni dejarnos llevar del desaliento; antes es menester hacernos violencia aprovechándonos de las mismas caídas para animarnos al combate con el ejemplo de los santos, que como nosotros han sentido flaquezas. Así, pues, es menester como ellos luchar contra nosotros mismos hasta el fin, y morir con las armas en la mano; porque la corona sólo se da a los vencedores.

Ya comprenderéis, mi querido hermano, que no os invito con esto a que hagáis grandes austeridades, pero sí a una generosa mortificación de vuestras pasiones e inclinaciones; a desprender vuestro corazón y a vaciarlo de todo lo terreno; a ser muy caritativo con el prójimo y liberal para con los pobres; a no mirar más que a Dios en todo lo que hagáis; a buscarle con sencillez, pureza y humildad de corazón, no teniendo otra mira que la de agradarle, atribuyéndole la gloria de todo, sin preocuparos de la estima y reputación de las criaturas. ¡Ah!, mi querido hermano, cuidemos de que nuestra vida no deshonor la santa vocación a la cual hemos sido llamados, y que pide vivamos una vida angélica. Ya veis la libertad que me da nuestra santa unión para deciros sin rodeos lo que me viene al pensamiento, porque sé que la verdadera amistad del Sagrado Corazón lo excusa todo.

Ánimo, pues, mi querido hermano; terminad lo que habéis comenzado en favor de este Divino Corazón, y creed que Él os pagará centuplicado lo que hagáis por su amor.

CARTA LXXXIII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Transportes de alegría al ver el cuadro pintado para la capilla del jardín.—Vivir anonadada para que Él reine.

¡Viva † Jesús!

1688

Os doy las gracias, mi queridísima Madre, por la estampa que os habéis dignado enviarnos. No puedo explicaros el dulce transporte de alegría que sintió mi corazón a vista de nuestro cuadro; lo encuentro tan hermoso, que no me canso de mirarlo, y de daros mil y mil bendiciones. Pidamos, mi buena Madre, al amable Corazón, que conserve esta devoción y que llene de la unción de su gracia y de su abrasada caridad a todos los que se dirijan a nosotras. Para mí sería indecible placer vivir anonadada para conseguir que Él reine. No os canséis de trabajar en esto, os lo ruego encarecidamente.

CARTA LXXXIV
A LA H. F. M. DE LA BARGUE, MOULINS

Cómo prepararse para recibir las visitas del Salvador resucitado.—«Lo mejor es abandonarnos en las manos de Dios».

¡Viva † Jesús!

[Marzo o abril de 1688]

Es muy sensible que se hayan perdido esas cartas, y nuestra muy respetable Madre (*María Cristina Melin*) ha sentido mucho que se perdiese el paquete que os enviamos por Bourbon; en cuanto a mí, tengo el propósito de escribir lo menos posible. Y como me parece que cuando recibáis ésta se habrá terminado ya este santo tiempo de cuaresma, os suplico que dispongáis vuestro corazón a recibir las visitas de Nuestro Señor durante esos otros cuarenta días. Y para esto es preciso tener todos nuestros sentidos en retiro por medio de un santo recogimiento interior, desterrando todos los pensamientos inútiles y las consideraciones sobre nosotras mismas, que sólo sirven para turbarnos y quitar la paz a nuestra alma, sin la cual jamás podrá ser el santuario del Señor, de cuya mano debemos recibir lo que nos suceda, así los empleos como todo lo demás, sin pedir ni rehusar nada.

En cuanto a mí, tengo que confesaros que no os podéis figurar qué vivamente he sentido mi flaqueza en esta ocasión, con motivo de los cargos, por mi falta de

sumisión, que me ha hecho representar muchos papeles, a fin de verme libre del nuestro, aunque en vano. Por esto, lo mejor es abandonarnos en las manos de Dios y olvidarnos enteramente de nosotras mismas, no queriendo ni deseando nada, que así lo hallaremos todo en Dios. ¡Sea Él bendito!

María concepta est sine peccato

CARTA LXXXV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Pesada cruz la correspondencia epistolar.—«La cruz es buena en todo tiempo y en todo lugar».—Otro cuadro del Sagrado Corazón de Jesús para el oratorio del Noviciado.—El único consuelo de la Santa. «Las mayores amarguras son para mí regaladas dulzuras en este adorable Corazón, donde todo se trueca en amor».

¡Viva † Jesús!

[Hacia fines de abril de 1688]

No hay, pues, medio, mi querida Madre, de que yo pueda dejar de escribir, a pesar de todas mis resistencias, que os declaro son muy grandes en este punto, porque deseo con toda mi alma no omitir cosa que pueda contribuir a extinguirme y borrarne de la memoria de las criaturas, para sepultarme mejor en el olvido y desprecio de ellas, que es lo único que se me debe. Pero, ¡ay de mí!, Dios permite muchas veces todo lo contrario, y lo tengo por castigo merecido por mis pecados. Os confieso que es uno de mis mayores sufrimientos, aunque me hallo muy indiferente a todas las disposiciones de la divina Providencia.

[Mas decidme qué debo hacer, porque el gran número de cartas que me escriben, me quita todo el tiempo y me hace sufrir una especie de martirio rigurosísimo, viendo que he engañado así a las criaturas, aunque sin quererlo. Y me parece que no hay cosa mejor para desengañarlas que callar, dado que me siento tan fuertemente impulsada a hacerlo, que ya no me puedo resistir, sino haciéndome extremada violencia, ya sea en cuanto a ir al locutorio, ya en cuanto a escribir cartas; de tal suerte, que si la obediencia no me obligase en este punto, no haría ni una cosa ni otra, lo cual me consuela.]

Me consuelo pensando que es una cruz y que la cruz es buena en todo tiempo y en todo lugar. Poco importa saber de qué madera está formada; debe bastarnos que nos venga de parte del Sagrado Corazón de Nuestro Señor.

No sé si me engaño, pero me parece que os ha favorecido con ella al presente, así como a vuestra sobrina, que a mi juicio es un alma escogida. No dejo de rogar por ella, a fin de que, si no es la voluntad del Señor librarla de sus penas, le dé al

menos perfecta conformidad con su santísima voluntad. Creo que quiere servirse de estos medios para purificarla y santificarla, con tal de que haga buen uso de ellos. Os tengo por muy dichosa, mi querida Madre, porque en esto os da señaladas pruebas de su amor.

Debo deciros que tenemos ya otro cuadro del Sagrado Corazón, que encargó una de nuestras Hermanas. En la parte baja está la Santísima Virgen de un lado, y San José del otro, y en el centro un alma suplicante. Es tal cual yo lo deseaba para esta capillita, que se ha erigido en honor de este Divino Corazón⁴¹. Nuestra querida H. des Escures es quien cuida de ella. Os saluda y conserva siempre mucha amistad y estima para vos.

[Tuve la dicha de pasar la noche del Jueves Santo en presencia del Santísimo Sacramento, donde no me olvidé de vos, ni tampoco de rogar por las intenciones por las cuales deseáis que pida. Os aseguro que aunque fuese yo tan ingrata que os olvidase, os quiere demasiado el amable Corazón de mi soberano Dueño, para que me dejase hacerlo. A veces me quita el poder escribir como desearía, de suerte que cuando cojo la pluma me quedo sin inteligencia para poder hacerlo; así la dejo y me abandono a Él.]

Tampoco me olvido yo de vos en la presencia del Señor, el cual me hace la vida tan amarga, que no hay en ella ningún consuelo para mí, salvo el de ver reinar al Corazón de mi adorable Salvador. Él me favorece con sufrimientos extraordinarios cuando esta devoción toma algún incremento. Pero no hay nada que no quisiera hacer y sufrir para esto; las mayores amarguras son para mí regaladas dulzuras en este adorable Corazón, donde todo se convierte en amor.

Mi mayor pena es pensar que le sirvo de obstáculo, y eso me hace desear la muerte muchas veces. Y hasta me parece que con mis infidelidades atraigo todas las calamidades que suceden, y lo que más me hace sufrir es no poder vengar en mí misma las injurias que se hacen a mi divino Salvador en el Santísimo Sacramento del altar. Ya veis, mi querida Madre, cuánto necesito del socorro de vuestras santas oraciones, para que me ayuden a caminar hasta el fin en el cumplimiento de la voluntad de mi Dios.

[Adiós, mi toda amable Madre; toda vuestra en el amor del Sagrado Corazón.]

⁴¹ Esta capilla no era el edificio en el fondo del jardín, sino sencillamente un pequeño Oratorio, donde las Hermanas novicias habían colocado la imagen del Sagrado Corazón a principios de 1687.

CARTA LXXXVI
A LA M. DE SOUDEILLES, MOULINS

Delicados sentimientos de espiritual amistad, envueltos en un bajísimo concepto de sí misma.—Le agradece un regalito.

¡Viva † Jesús!

[Abril o mayo de 1688]

Sois demasiado buena, mi respetable Madre, con una persona tan indigna de que os acordéis de ella; eso no obstante, os suplico que no os olvidéis de mí en la presencia de nuestro divino Maestro. Él es el único que puede conocer el deseo que tengo de daros verdaderas pruebas de la sincera dilección que Él mismo me da hacia Vuestra Caridad. Mucho más obligada os quedaría si me hicierais el favor de abandonar esos sentimientos de estima que Vuestra Caridad ha concebido tan injustamente de una miserable como yo, que sólo sirve para atraer la cólera de Dios y detener el curso de su misericordia.

Pero no me atrevo a detenerme en este abismo de mis miserias, por temor de hundirme en ellas y no poder salir. Mas estad persuadida, mi muy querida Madre, que aun siendo tal cual soy, no os olvidaré en mis pobres oraciones, sino que en ella siempre tendréis la mejor parte, porque vuestros merecimientos no se borrarán jamás de mi memoria ante el Señor.

He tenido el honor de ver al dignísimo señor que Vuestra Caridad nos indicaba en la suya durante un corto espacio de tiempo; lo cual, sin embargo, no fue obstáculo para que quedase íntimamente persuadida de su virtud y gran mérito. Además, venía de parte vuestra, y esto era suficiente para que se ganase mi consideración. No volváis, pues, a hacerme esa injuria de creer que os olvido.

Ya no me queda tiempo más que para daros las gracias por las tijeras que Vuestra Caridad nos ha enviado; ruego al Señor que sea Él vuestra recompensa, porque todo lo que se nos da lo recibo como limosna y como venido de su mano. Pido a la divina Bondad que os llene de sus más preciosas gracias y que os consuma en los ardores de su Sagrado Corazón, en el cual soy vuestra más que de nadie, con profundo respeto.

CARTA LXXXVII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Tesoros de amor y de gracias para los apóstoles.—«Doce estrellas brillantes alrededor del amante Corazón».—«Bastante recompensadas con darle gusto».—¿Por qué quiere ser conocido y amado el Corazón del Salvador?—Los billetes para los enfermos.—La gran promesa 12ª de las generales.—¿Por qué sufría una religiosa en el Purgatorio?—«Le he escogido por mi Director; no me perdona nada».—No cejar nunca en la grandiosa empresa de dilatar su reinado de amor.

¡Viva † Jesús!

[Mayo] 1688

Mi queridísima Madre: Si el Corazón de nuestro buen Maestro me hace encontrar consuelo en recibir vuestras cartas y en enviaros las mías, así también me quita la libertad de hacerlo tanto como desearía; y esto me obliga a aprovecharme de este momento libre para hablaros con el corazón en la mano, manifestándoos lo que pienso acerca de la devoción al Sagrado Corazón, conforme al deseo que me demostráis, aunque la cosa me parece bastante difícil, porque no obstante lo miserable y perversa que soy, me siento como abismada en este Divino Corazón. Si no me engaño, estoy como en un abismo sin fondo, donde me descubre tesoros de amor y de gracias para las personas que se consagren y dediquen a rendirle y procurarle todo el honor, el amor y la gloria de que sean capaces.

[Pero son tesoros tan grandes, que me es imposible explicarme de otro modo más que diciéndoos que sois felices vos y toda vuestra santa Comunidad, pues me parece que tendréis buena parte en ello, sobre todo vuestro confesor, vuestra muy respetable Madre y Vuestra Caridad.]

Al recibir la sagrada Comunión quise cumplir con el encargo que me habíais dado de ofrecer a los tres a este amable Corazón. Me parece haber oído estas palabras de un modo muy claro: **Si, los recibo para siempre en la unidad de mi amor.** Lo que imprimió en mi alma afectos tan llenos de suavidad, que quedó como transportada de alegría al saber que estabais en el número de sus amados predilectos.

En otra ocasión, tratando familiarmente con su indigna esclava, le mostró y le dio a entender que se formaría una corona con doce almas de las que más amaba y de las que le hubiesen procurado más gloria sobre la tierra; que las pondría como doce estrellas brillantes alrededor de su Sagrado Corazón. Me parece que erais de este número; pero no os contaré esto por menudo, porque en cuanto noto que tengo alguna parte en lo que digo, caigo en un abismo de confusión donde

sufro una especie de martirio [tan doloroso, que con frecuencia no tengo valor para proseguir]. Pero ¡ay, Dios mío!, mi querida Madre, ¿qué os diré sino que no os canséis, puesto que Él recibe con agrado vuestros servicios? Ya quedamos bastante recompensadas con darle gusto.

Me parece que en vuestra Comunidad está como en el lugar de sus delicias, a fin de derramar en ella abundantemente las profusiones de su amor, por medio de gracias santificantes y saludables. Así también, lo que le hace desear ser conocido, amado y glorificado de sus criaturas, es el ardiente deseo que tiene de comunicar esas gracias a las almas y a los corazones bien dispuestos, en los cuales quiere establecer su imperio como manantial que es de todo bien, para proveer a sus necesidades.

Por lo cual quiere que todos se dirijan a Él con gran confianza.

Uno de los medios más eficaces para obtener lo que pedimos, es hacerlo los viernes por medio del Santo Sacrificio de la Misa, encargando que digan tres o cinco en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor. Varias personas que se hallaban en el último extremo han sido curadas de un modo milagroso; mi hermano el sacerdote es una de ellas. Se dan a los enfermos cinco billetes para que se los traguen por las mañanas, en los cuales se escribe de un lado: *¡El Sagrado Corazón de Jesús os cure!*, y por el otro: *¡Alabada sea para siempre la purísima e inmaculada Concepción de María, Madre de Dios!* Todo ello en abreviatura, si se quiere.

Un viernes, en la Sagrada Comunión, dijo estas palabras a su indigna esclava, si no se engaña: **Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen Nueve Primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; no morirán en mi desgracia y sin haber recibido los Sacramentos; mi Divino Corazón será su asilo seguro en el último momento⁴².**

⁴² Ésta es la famosa y consoladora Gran Promesa de los nueve Primeros Viernes de mes. Y este texto, escrito por la Virgen de Paray a su santa amiga la M. de Saumaise, es el texto original del cual se han derivado las otras redacciones que de la misma poseemos.

Desgraciadamente no conservamos el autógrafo mismo de la Santa, sino una copia fiel, pues todas las cartas dirigidas a dicha Madre, y que se hallaban en la Visitación de Dijon, desaparecieron durante la Revolución francesa. Mas esta circunstancia en nada invalida la autenticidad de la preciosa fórmula, testificada como está por otros tres documentos fehacientes:

El de las religiosas llamadas «Contemporáneas» en la *Vida* de su H. Margarita.

El de Mons. Languet en la *Vida* que de la misma compuso.

Y el de una copia del original de esta misma carta hallada por el P. Hamon, S.I., en 1903, en Rouen.

Los cuatro documentos convienen de tal modo en las palabras sustanciales, que con razón afirma el citado Padre que «el texto de la carta a laM. de Saumaise tiene para nosotros el valor de un autógrafo». Es, pues, *absolutamente histórica* la Gran Promesa; Santa Margarita nos la ha transmitido.

Es también *teológicamente* cierta; es decir, que a ella se la reveló Nuestro Señor Jesucristo. Punto que no desenvolvemos por no alargar demasiado esta nota. Claro está que la *Gran Promesa* ni nos da ni nos puede dar una certeza *absoluta, indudable y divina* de nuestra salvación, que nadie puede tener sin

[Con razón, mi querida Madre, deseáis estar unida con las almas santas que honran a este Divino Corazón, que son muchas. Debo especificaros entre ellas a cierto religioso, que me parece está a más de doscientas leguas de aquí, el cual, sin haberme visto nunca, ejercita la gran caridad conmigo de decir por mi intención la Santa Misa todos los primeros viernes de mes durante mi vida, después de haberla dicho todos los sábados durante un año, sin que nadie le impulsara a hacerme esta práctica de caridad, sino el Sagrado Corazón de Jesús. Porque me dice que celebrando la Santa Misa se sintió tan fuertemente impulsado a concederme este beneficio, que no pudo resistir, y esto fue en un tiempo que tenía yo gran necesidad, pues jamás me había visto reducida a semejante estado de sufrimiento. Y la obra de caridad que hizo le fue devuelta por parte del Divino Corazón, al cual he entregado todo el bien que se me hace y Él mismo cuida de recompensarlo; lo que ha hecho tan liberalmente, según confesión del mismo Padre, que nunca había recibido tan grandes favores.]

Ha permitido, además, a su indigna esclava para que ella se dedique únicamente a amarle, que rogará Él mismo a su Padre por las personas que se encomiendan a sus oraciones. ¿Cómo podría contaros, mi querida Madre, las misericordias de este amable Corazón? Nunca fueron mayores ni más excesivas para mí, a pesar de mis ingratitudes. Me considero únicamente como un obstáculo al acrecentamiento de su gloria y a la difusión de sus gracias en las almas, a causa de la vida floja que llevo, que con frecuencia me hace objeto de su justa cólera.

Os pido algún socorro para nuestra pobre Hermana N, por la cual he ofrecido a Nuestro Señor, desde el principio de este año, todo cuanto pueda hacer y sufrir, no dejándome en paz hasta que le prometí hacer penitencia por ella. Me dijo que sufría mucho, particularmente por tres cosas. La primera, por la excesiva ternura y cuidado que había tenido de su cuerpo. La segunda, por los chismes y faltas de caridad. La tercera, por ciertas pequeñas ambiciones.

Os pido, pues, para ella, algún acto de caridad y el secreto; porque os confieso que no recuerdo haber pasado un año semejante en cuanto al sufrimiento; porque me parece que todo sirve de instrumento a la divina justicia para atormentarme, y nada me hace sufrir tanto como su santidad de justicia. Es un tormento interior que no halla remedio más que en las cruces, dolores, penas y

expresa revelación personal de Dios. Pero sí nos da, y nos basta la certeza humana, la seguridad moral de conseguirla.

¿Y la recepción efectiva de los últimos Sacramentos, que muchas veces no se verifica? Es una promesa *condicional*; nos promete, en absoluto, Jesucristo, morir en su gracia, salvar el alma; y nos promete recibirlos, efectivamente, aunque sea por caminos maravillosos *si esto es necesario*, para recuperar su gracia. Y muchos casos se cuentan de personas a las cuales, aun sin necesitarlos al parecer, el Señor les proporcionó, por singular providencia, el recibirlos para morir con más consuelo.

Véase el precioso folleto del P. García Estébanez, S.I., *La Gran Promesa del Corazón de Jesús*, tercera edición, y nuestro folleto *La Gran Promesa de los Nueve Viernes* (EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS. Apartado 73, Bilbao).

humillaciones de todas clases, bajo cuyo peso sucumbiría mil veces si su bondad misericordiosa no me sostuviera por una gracia extraordinaria.

Me he abandonado por completo al Sagrado Corazón de Jesucristo, y le he escogido por mi director y Él ha querido hacerme la caridad de serlo. Os aseguro que no me perdona nada; porque al corregirme me impone y me hace sufrir la pena de mis culpas. No quiere que piense que me causan daño alguno cuando me hacen sufrir, y en este punto me impone un silencio riguroso. No puedo decir nada más, sino que os suplico que por muchas contradicciones que encontréis al trabajar por el establecimiento del Sagrado Corazón de Jesucristo, no desistáis de vuestra santa empresa, porque todas esas dificultades son señal cierta de que la cosa es de Dios y de que será muy glorificado en ella.

[En fin, mi querida Madre, todo lo que os digo no debe servir para que me crean mejor, porque os hablo solamente de los tesoros y secretos del Sagrado Corazón de nuestro amable Maestro. Lo hago sólo a vos, puesto que Él me lo permite, suplicándoos que me guardéis secreto y queméis esta carta para que viva, muera y quede desconocida, después de mi muerte; porque ésta es una de las más dulces consolaciones que pueden halagar mi espíritu. Pero, ¡ay!, no tengo el gusto de serlo en vida como querría. Cúmplase la voluntad de Dios y nada más. ¡Sea Dios eternamente bendito! Quedo del todo vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús.]

D. S. B.

CARTA LXXXVIII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Sus ardientes deseos de ser olvidada de todos.—El pequeño Oficio del P. Gette, S.I.—«Amo más a mi soberano Dueño que a sus dones». Gracias recabadas por medio del P. de La Colombière.—«Amemos a este Sagrado Corazón con todas nuestras fuerzas».—«Reinará a pesar de todos sus enemigos».—Le envía un Oficio manuscrito.

¡Viva † Jesús!

6 de junio 1688

He recibido la vuestra, mi respetable Madre, y la he leído bendiciendo al Señor por haberos dado conocimiento de mi miseria e ingratitud para con Él y desearía con todo mi corazón que fuese conocida de todo el mundo, a fin de que no volvieran a acordarse de esta miserable, sino para darle lo que se le debe, que son desprecios y humillaciones. En ellas deseo vivir y morir sepultada, pidiendo a Dios con todo mi corazón que jamás forme nadie de mí un juicio favorable.

Me pregunta Vuestra Caridad el nombre de ese buen religioso, al cual su bondad ha inspirado que tenga tanta caridad conmigo; dispensadme que no os lo diga por ahora. Sólo os diré que será un segundo P. de La Colombière. (*En otra carta dice la Santa su nombre: es el P. Gette, S.I.*) Nos ha enviado un pequeño Oficio del Sagrado Corazón, que ha compuesto, pues le parecía que este Divino Corazón deseaba de él este obsequio. Os lo enviamos para que veáis si os gusta, para mandarlo imprimir; y como este que os enviamos, así para complaceros como para que lo examinéis, es el original, nos lo devolvéis, si os parece, pues creo que procede de un santo al que estoy muy obligada por los grandes auxilios espirituales que de él he recibido por medio de sus santos sacrificios y oraciones.

¡Ah, mi querida Madre!, cuán bueno y misericordioso es Dios para conmigo. Pero esto es casi lo único que puedo decir, porque en lo demás no puedo daros gusto en lo que deseáis que os diga; mas os confieso sinceramente que amo más a mi soberano Dueño que a sus dones, más me ocupo de Él que de ellos, porque no los estimo más que en Él, y porque de Él proceden. Y a no ser que la obediencia me mande hacerlo, nunca reflexiono sobre ellos ni siquiera hablo, y no podría hacerlo sin extremada violencia, porque mi vida es tan criminal que me hace gemir en presencia de Dios, ante el cual no dejo de presentar a las personas por quienes deseáis que ruegue. Pero me parece, si no me engaño, que algunas de ellas se hacen sordas a los llamamientos de la gracia, pues no os podéis figurar con cuánta frialdad rechaza el Corazón de Jesús las oraciones que por tales personas se le dirigen. Lo que conviene es esperar y orar constantemente.

En cuanto a las gracias conseguidas por medio del santo P. de La Colombière, una de nuestras Hermanas me ha prometido escribirlas para enviáros las. Yo, por mi parte, puedo dar fe de la curación de un dedo, en el cual tenía el mismo mal que en el que me abrieron el año pasado por varios sitios con una navaja.

Pero de nuestro amable y siempre adorable Corazón de Jesús, ¿qué diremos, mi querida Madre? Es preciso que amemos a este Sagrado Corazón con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra capacidad. Sí, es preciso amarle y Él establecerá su imperio; y reinará a pesar de todos sus enemigos y de la oposición que se le haga. No os puedo explicar la gratitud que siento en mi corazón por los trabajos y cuidados que os tomáis para conseguirlo, así como vuestra respetable Madre y vuestro confesor, y algunas de vuestras Hermanas en particular. Me parece que el Divino Corazón se complace tanto en ello, que os tiene destinados tesoros de infinitas delicias.

Mirad si os parece que sería conveniente imprimir ese pequeño Oficio a continuación de las Letanías que deseabais dar a la imprenta. Si no os parece bien, no os preocupéis por ello; yo de todos modos quedo contenta, aunque tenga sumo gusto en tener noticias de Roma, en espera de las cuales soy toda vuestra en el Divino Corazón.

CARTA LXXXIX
A LA H. DE LA BARGUE, MOULINS

Cómo ha de ser nuestro redamador al Corazón de Jesús Sacramentado.—Camino para llegar a la amable sencillez del niño que pide el Divino Corazón.—¿Cuál es el «verdadero secreto de los amantes del Amado»?

¡Viva † Jesús!

[11 junio 1688]

Queréis, amadísima Hermana, que os responda a cosas muy importantes precipitadamente y en poco tiempo, y esto es muy difícil, porque os diré hablándoos con franqueza, como a mi querida amiga en el amable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que me lo pedís en la santa octava de la fiesta de este Divino Amor que reposa en nuestros altares, predicándonos únicamente amor, que sólo quiere llenarnos de amor, a fin de que por Él mismo podamos darle todo el amor que espera de nosotros. Amor *fuerte*, que no se deja abatir; amor *puro*, que ama sin mezcla y sin interés; amor *crucificado*, que no goza más que en el sufrimiento para asemejarse a su Amado; amor de *preferencia*, de *olvido* y *abandono de sí mismo*, para dejar obrar al Amado, para dejarle cortar, quemar y anonadar en nosotras todo lo que le desagrade, siguiéndole a ciegas, sin entretenernos en mirar ni en reflexionar sobre nosotros mismos, para ver lo que hacemos.

He recibido la vuestra estando en presencia del Santísimo Sacramento; y al presentársela a mi soberano Maestro, he aquí lo primero que se me vino al pensamiento para vos: Amor, olvido y abatimiento de vuestro corazón, y sencillez en vuestro espíritu, si no me engaño, para entrar en esa amable sencillez de niño que pide de nosotros. Espero que os dará inteligencia de esto, conforme os apliquéis a ello. Pero, en verdad, querida amiga, ¿creéis que si no fuera a vos, mandaríais yo a nadie más una carta como esta que escribo con tanta violencia? Mi soberano Dueño no me deja hacerlo como vos lo deseáis, y yo para daros gusto, os escribo este borrador que os ruego queméis.

Caminad a ciegas, olvidaos de vos misma, y dejadle hacer, porque os ama; y por querer hacer demasiado, le impedís que adelante la obra de vuestra perfección.

Adiós, querida amiga; no puedo proseguir sino en presencia del Divino Corazón, donde acabaré lo que falta en vuestro favor, porque no os olvido ante Él. Hacer, sufrir por amor, y callarse, es el verdadero secreto de los amantes del Amado, en cuyo Corazón Sagrado soy toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Mil respetuosos afectos y recuerdos a vuestra muy venerada Madre y a vuestra Depuesta. Os ruego pidáis a la señorita de Chamberland que me dispense, pues no me es posible escribirle, pero asegúradle que procuraré hacer lo que nos pide. Os escribo después de Maitines del día de San Bernabé.

CARTA XC
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Canto a las misericordias infinitas y a los tesoros escondidos del amantísimo Corazón.—Admirable visión en la fiesta de la Visitación.—Las Hijas de San Francisco de Sales y los Hijos de San Ignacio llamados a ser los principales (aunque no únicos) apóstoles del Divino Corazón.—Preciosa recompensa de los apóstoles más celosos.—La nueva devoción, excelente refrigerio para las almas del Purgatorio.—«Me asombra no se abra la tierra para abismarme».

¡Viva † Jesús!

[Julio] 1688

Por obedecer a mi soberano Dueño, procuraré, mi querida Madre, cuando Él me lo permita, satisfacer, con toda sencillez a la pregunta que me hacéis sobre la continuación de sus misericordias y liberalidades. ¡Oh, cuán grandes son! Muy pocas veces puedo explicarlas de otro modo que diciendo: *Misericordias Domini in aeternum cantabo!* Porque, ¡ay de mí!, ¿qué otra cosa podría decir, hallándome de tal modo llena de ellas, que no me es posible expresarlas? Veo que me rodean por todas partes y me siento abismada en ellas sin poder salir de ese abismo. Me parece ser como una gotita de agua en ese océano del Sagrado Corazón, que es un abismo de toda clase de bienes, un manantial inagotable de toda suerte de delicias, y cuantas más se sacan de Él, mayor es su abundancia.

Es un tesoro escondido e infinito que sólo desea manifestarse a nosotros, derramarse y distribuirse, para enriquecer nuestra pobreza. Yo lo estimo y le amo a Él más que a todos sus dones, gracias y beneficios; le dejo hacer en mí, de mí y por mí, conforme a su beneplácito, sin mirar más que a Él solo, que vale un millón de veces más que cuanto hay fuera de Él mismo. Si no me obligaseis a deciros algo de esto, lo dejaría todo en Él, el cual me incapacita para explicarme, si no es con los que a Él le place, de cuyo número sois vos.

Os diré que habiendo tenido la dicha de pasar todo el día de la Visitación ante el Santísimo Sacramento, mi Soberano se dignó favorecer a su miserable esclava con varias gracias particulares procedentes de su amoroso Corazón, el cual, metiéndome dentro de sí, me hizo sentir lo que no me es dado explicar. Se me representó un lugar eminente, espacioso y admirable por su belleza, en cuyo centro había un trono de llamas, y en él estaba el amable Corazón de Jesús con

su llaga, que despedía rayos tan encendidos y luminosos, que todo aquel espacio quedaba iluminado y caldeado con ello. La Santísima Virgen estaba de un lado y San Francisco de Sales del otro, con el Santo P. de La Colombière; y se veía en aquel lugar a las Hijas de la Visitación acompañadas de sus ángeles custodios, cada uno de los cuales tenía un Corazón en la mano; la Santísima Virgen nos llamó con estas palabras:

Venid, amadísimas Hijas mías; acercaos, porque os quiero hacer como las depositarias de este precioso tesoro que el divino Sol de justicia ha formado en la tierra virgen de mi corazón, donde ha estado nueve meses escondido; después de lo cual se manifestó a los hombres, que no reconociendo lo que vale, le han despreciado, porque le han visto mezclado y cubierto con su misma tierra, en la cual el Padre Eterno había echado toda la inmundicia y corrupción de nuestros pecados, que le hizo purificar durante treinta y tres años en los incendios del fuego de su caridad. Pero viendo que los hombres, lejos de enriquecerse y aprovecharse de tan precioso tesoro, según el fin para el cual se les había dado, procuraban, al contrario, anonadarlo y exterminarlo, si les fuera posible, de sobre la haz de la tierra, el Padre Eterno, por un exceso de su misericordia, ha hecho que Sirviera su malicia para hacer más útil todavía este oro precioso del cual, por medio de los golpes que le dieron en la Pasión, hicieron una moneda inapreciable, marcada con el sello de la divinidad, a fin de que puedan pagar sus deudas y negociar el gran negocio de su salvación eterna.

Y prosiguiendo esta Reina de bondad, dijo mostrándoles aquel Corazón divino: He ahí ese precioso tesoro que se manifiesta a vosotras particularmente, por el tierno amor que tiene mi Hijo hacia vuestro Instituto, al cual mira y ama como a su querido Benjamín, y por esto le quiere favorecer con esta herencia, aventajándolo sobre todos los demás. Y no solamente deben enriquecerse ellas con este tesoro, sino que han de distribuir también con abundancia y cuanto puedan tan preciosa moneda, procurando enriquecer con ella a todo el mundo, sin temor de que se acabe, porque cuanto más saquen, más encontrarán⁴³.

Después, volviéndose hacia el buen Padre de La Colombière, le dijo esta Madre de bondad: En cuanto a vos, fiel siervo de mi Divino Hijo, tenéis gran parte en este precioso tesoro; porque, si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de vuestra Compañía demostrar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen de él con el respeto y agradecimiento debidos a tan gran beneficio... Y a medida que le proporcionen este contento, el Divino Corazón, manantial de bendiciones y de

⁴³ Para estudiar la vocación de ambas Órdenes religiosas, para propagar la preciosísima devoción y las relaciones del Divino Corazón con ellas, el libro más documentado y completo es el compuesto por el P. E. Letierce, S.I.: *Étude sur le Sacré Coeur. Le Sacré Coeur et la Visitation Sainte-Marie-II. Le Sacré Coeur et la Compagnie de Jésus* (París, 1890. Vie et Amat; 11, rue Canette). Dos tomos en cuarto de más de 600 páginas cada uno. Adolece, sin embargo, de algún descuido en citar las fuentes y quizás de falta de crítica. Pero es una obra muy benemérita.

gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio, que producirán frutos que sobrepujan a sus trabajos y esperanzas, aun para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular⁴⁴.

Nuestro Santo Fundador, hablando a sus Hijas, les dijo: *¡Oh Hijas de buen olor!, venid a sacar del manantial de bendición las aguas de salud, de las cuales ya se ha hecho un pequeño derramamiento en vuestras almas, por el arroyuelo de vuestras constituciones que salió de allí. En este Divino Corazón encontraréis un medio fácil para cumplir perfectamente ese primer artículo de vuestro Directorio, que contiene en sustancia toda la perfección de vuestro Instituto: «Que toda su vida y ejercicios sean para unirse con Dios». Para esto es preciso que el Sagrado Corazón sea la vida que nos anime, y su amor nuestro continuo ejercicio; el único que nos puede unir a Dios, para ayudar a la Santa Iglesia y a la salvación del prójimo con oraciones y buenos ejemplos. Y por esto rogaremos en el Corazón y por el Corazón de Jesús, que de nuevo quiere ser mediador entre Dios y los hombres. Daremos buenos ejemplos viviendo conforme a las santas máximas y virtudes de este Divino Corazón y ayudaremos a la salvación del prójimo repartiendo con él esta santa devoción. Procuraremos derramar el buen olor del Sagrado Corazón de Jesucristo en el de los fieles, a fin de que seamos el gozo y la corona de este amable Corazón.*

Después de esto, los ángeles custodios se acercaron para presentarle los corazones que ellos tenían, los cuales, al contacto de aquella llaga sagrada, se tornaban hermosos y resplandecientes como estrellas. Había otros que no tenían tanto brillo, pero muchos cuyos nombres quedaron escritos con letras de oro en el Sagrado Corazón, en el cual algunos de éstos de que ahora hablaba, se metieron y abismaron con avidez y placer de una y otra parte, a los cuales fue dicho: *En este abismo de amor está vuestra mansión y reposo para siempre.* Y eran los corazones de los que más han trabajado por darle a conocer y hacerle amar. Me parece, querida Madre, que el vuestro era de este número. En cuanto a los demás, no explicaré lo que se me dio a conocer sobre ellos, porque me estoy extendiendo ya demasiado en esta carta, y además me parece que los comprendéis suficientemente.

Sólo os diré que este Divino Corazón os recompensará no solamente en vuestra persona, sino también en las de vuestros allegados, a quienes mira con ojos de misericordia, para socorrerlos en todas sus necesidades, con tal de que se dirijan a Él con confianza. Se acordará eternamente de todo lo que hagan por su gloria. Espero que no me rehusaréis la gracia de encargar quince misas en honor del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, por el difunto señor de La Michaudière (*sobrino de la M. de Saumaise*). Cuando se hubieren dicho, creo que será poderoso abogado en el cielo, cerca de ese Divino Corazón para vos y para toda vuestra familia. [¡Si supierais con qué ardor piden esas pobres almas este

⁴⁴ Véase, sobre este regalado encargo confiado a la Compañía de Jesús, la nota segunda de la Carta 141.

nuevo remedio tan excelente para sus sufrimientos! De este modo califican a la devoción del Divino Corazón y particularmente la Santa Misa. Pedid al Sagrado Corazón, mi querida Madre, que viva yo y muera en su amor.]

[Ya veis que os hablo con el corazón en la mano, y de muchas cosas de que no hablaría a otra persona. Os confieso ingenuamente que quedo después en tales disposiciones, que yo misma no me conozco, y me sería imposible poder reflexionar sobre ello, a no ser cuando me lo ordenan. Lo hago, pues, por obedeceros. Creo que seréis tan buena que me diréis vuestro parecer sobre todas estas cosas. El mucho trabajo que me cuesta hablar de ellas no me dejaría si vos no me alentaseis; me parece que cometo un crimen muy grande hablando de mí misma, viéndome tan mala, miserable y despreciable, que me asombra muchas veces que no se abra la tierra bajo mis pies para abismarme, a causa de mis grandes pecados.]

[Os ruego encarecidamente que pidáis al Sagrado Corazón que me conceda la gracia de amarle conforme al ardiente deseo que de ello me da, y la de vivir y morir con Él en la cruz, pobre, desconocida, despreciada y olvidada de todas las criaturas, agobiada bajo toda clase de sufrimientos según su elección y deseo, y no según el mío. Dad gracias por mí a su bondad y quemad esta carta cuando la hayáis leído.]

D. S. B.

CARTA XCI A LA HERMANA DE LA BARGUE, MOULINS

Excelentes consejos espirituales.—«¿Qué nos importa la madera de que está hecha nuestra cruz?»—Entrad muy adentro, sin temor y con plena confianza en el Corazón de Jesucristo.—No os turbéis por vuestras faltas.—«La cruz es un tesoro precioso».—Sentimientos de espiritual amistad.

¡Viva † Jesús!

D e nuestro Monasterio de Paray
12 agosto 1688

Confieso, queridísima Hermana, que tenéis justo motivo de quejaros por mi poca correspondencia a tantas demostraciones de bondad y de tan cordial amistad que yo no merezco y me llenan de confusión, aunque me parece que mi ruin corazón se esfuerza cuanto puede por corresponderos en cuanto es capaz, en el de nuestro buen Maestro, que sabe cuán querida de la mía ha hecho Él que sea vuestra alma. Y sin que con esto quiera excusarme, debo deciros que creo no censuraréis del todo mi silencio cuando sepáis las justas causas que lo han

motivado. Es la primera, que viéndome agobiada de cartas, por haber engañado, por desgracia, a las criaturas, en cuyo número estáis vos, no he hallado para este mal otro remedio que el silencio.

Así que no pensaba contestar a nadie, puesto que no es posible ser útil a los demás si primeramente no nos reformamos a nosotros mismos; porque, ¡si vierais cuán lejos me veo de lo que debe ser una verdadera Hija de Santa María que ha de poner toda su atención en hacerse verdadera copia de su Esposo crucificado! Y veo que todo nos puede servir de medio para esto; porque ¿qué nos importa la madera de que está hecha nuestra Cruz? Con tal de que sea cruz y que nos tenga clavadas el amor de Aquel que ha muerto en ella por nuestro amor, debe bastarnos. Os tengo por muy dichosa al ver que vuestros oficios os proporcionan medios eficaces para esto, pues nos obligan a caminar contra vuestras inclinaciones.

Todo esto es bueno, pero no la tristeza y turbación, que habéis de desechar muy lejos de vos, porque el Señor pone su asiento en la paz de un alma que se complace ardientemente al verse destruida y anonadada para quedar como perdida en el amor de su abyección. Al leer las vuestras me confirmo más y más en que es éste el camino que el Señor os ha trazado, y en él debéis ir adelantando con júbilo de vuestra alma, ya sea que Él os guíe directamente, ya que se sirva de las criaturas y aun de vos misma, que es igual; con tal de que Él esté contento, esto basta. Dejadle hacer y que vuestra ocupación sea amarle, y todo vuestro cuidado no resistirle, ni poner obstáculo a sus designios. Así veréis que os hace adelantar mucho camino en poco tiempo, sin que vos lo notéis.

Y en cuanto a entrar en su Sagrado Corazón, ¿a qué temer, si Él os invita a que vayáis a tomar allí vuestro reposo? ¿No es Él el trono de la misericordia donde los más miserables son los mejor recibidos, con tal de que el amor los presente abismados en su miseria? Y si somos cobardes, fríos, impuros e imperfectos, ¿no es Él horno encendido donde nos debemos perfeccionar y purificar como el oro en el crisol, siendo para Él hostia viva, inmolada y sacrificada a sus adorables designios? No temáis, pues, abandonaros sin reserva a su amorosa providencia, porque no perecerá el hijo en los brazos de un Padre omnipotente. Me parece haberos dicho ya, que a mi entender no le agrada tanto ese temor como lo agradecería una confianza filial; y puesto que os ama, ¿por qué tanto temor, a menos que sea de no corresponderle con el amor que de vos desearía, y que consiste, sino me engaño, ese perfecto abandono y olvido de vos misma? Dejaos a vos, y lo encontraréis todo. Olvidaos de vos y Él pensará en vos. Abismaos en vuestra nada y le poseeréis.

Pero ¿quién hará todo esto? El amor que encontraréis en el Sagrado Corazón, en el cual no solamente habéis de tener vuestro lugar de retiro, sino que debéis también tomarle por vuestro guía y principal director para que os muestre lo que desea de vos, y así os dé fuerza para cumplirlo perfectamente. Y si no me engaño,

he aquí en pocas palabras lo que principalmente desea: y es que quiere enseñaros a vivir sin apoyo, sin amigos y sin contento. Y a medida que os vayáis ocupando en estas palabras, Él os dará inteligencia de ellas.

Os repito, mi querida amiga, que no os turbéis por vuestras faltas, sino que, si cometieseis alguna, digáis confiadamente al amabilísimo Corazón de Jesús: «¡Oh único amor mío, pagad por vuestra pobre esclava y reparad el mal que acabo de hacer! ¡Haced que se con vierta en gloria vuestra, edificación del prójimo y salvación de mi alma!» Y de este modo nuestras caídas nos sirven para humillarnos y conocer lo que somos, y juntamente enseñarnos lo útil que nos es vivir escondidas en el abismo de nuestra nada; mas el amor propio que querría aparecer en todas partes y ser aplaudido, amado y agasajado, ni quiere oír ni puede comprender esta lección. Pero no debemos razonar con él, porque se alimenta y engorda con las reflexiones.

En fin, carísima Hermana, procuremos no tenerlo más que para aprender a llevar bien nuestras cruces en amoroso silencio; porque la cruz es un tesoro precioso que debemos tener oculto para que no nos lo roben. No hallo yo nada que endulce tanto la prolongación de la vida como sufrir siempre amando. Suframos, pues, amorosamente, sin quejarnos, y tengamos por perdidos los momentos que pasamos sin sufrir. No tenemos tiempo que perder; por lo tanto, no pensemos más que en el momento presente, a fin de emplearlo bien, y como si fuera el último de nuestra vida en que tuviéramos que comparecer ante el tribunal de la divina justicia para dar cuenta de ella. Pero, decidme con sencillez, mi querida amiga, ¿no os canso con tanta repetición? Porque, ¿a qué hablaros tan detenidamente de una cosa que conocéis mucho mejor por la práctica que lo que pudiera yo explicaros con mis palabras? Pero lo pedís a un corazón que nada puede negaros en el de nuestro buen Maestro. En su presencia os suplico no os olvidéis de mis necesidades particulares, que son mayores de lo que yo pudiera decir, a causa de mis enormes pecados, ingratitudes e infidelidades.

Yo no os olvido en mis pobres oraciones, como tampoco a vuestra muy respetable Madre, por la cual siento todo el respeto y estima y afecto de que mi ruin corazón es capaz en el de nuestro buen Salvador. Creo que Él la mira con complacencia en el lugar que ocupa, donde la ha colocado Él mismo por su propia elección; por lo cual me parece que cuidará de ella, con tal de que ponga en Él toda su confianza. Le estoy muy agradecida por el honor que me concede acordándose de mí; con gusto le escribiría, si no fuese por el temor de molestarla. Y en cuanto a vuestra querida Depuesta, sólo Dios sabe cuán dentro de mi corazón la ha colocado, lo que me hace a veces desear poder ayudarla a llevar su cruz. Y no os que quiera disminuirle el mérito, no; la amo demasiado para esto, y es para ella de gran valor, sino solamente para aligerársela. Aseguradla de mi más sincero afecto y creedme toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA XCII
A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

La consuela en cierta negativa de Roma.—Admirable resignación de la Santa en esta ocasión.—Se consuela con los progresos de esta devoción.—Terribles combates interiores.—Estupenda humildad.—Triunfos en ella del Divino Corazón.—Sufre en unión de las almas del Purgatorio.

¡Viva † Jesús!

[Agosto de] 1688

Así es, mi querida Madre; vuestro buen corazón está muy afligido por la negativa que han dado en Roma⁴⁵ en lo referente al de nuestro adorable Salvador, el cual, sino me engaño, me parece desea venga a consolaros de su parte, diciéndoos lo que a mí me ha consolado. Después de oír tan triste nueva, que fue una espada que me atravesó el corazón con vivo dolor, fui a arrodillarme ante su imagen para quejarme amorosamente. He aquí lo que me respondió: *¿Por qué te afliges de una cosa que ha de servir para gloria mía? Porque ahora todos se dan a honrarme y amarme sin más apoyo que el de la Providencia y en su mismo amor, y esto me agrada mucho; mas como este fervor podría entibiarse (lo que sería muy doloroso a mi Divino Corazón, que siendo horno encendido de puro amor no lo podría sufrir), encenderé entonces ese fuego en los corazones, por medio de todos esos privilegios y aun de otros mayores. Mas no dejaré sin recompensa los trabajos que se hayan tomado por esto. Queda en paz.*

Y así lo he hecho; desde entonces no me turbo en modo alguno, por mucho que oiga decir, a pesar de haber quedado con la incertidumbre de si tendré el consuelo de verlo un día. Pero no importa; con tal de que Él esté contento, lo estaré yo también con el mismo contento suyo, privada de todos los demás⁴⁶.

⁴⁵ El Monasterio de Dijon había solicitado de Roma nada menos que la institución de la fiesta para la Iglesia Universal. La respuesta fue que era menester establecerla primero, como de prueba, en las diócesis particulares, con permiso del Ordinario. Así se hizo.

⁴⁶ Margarita María no debía ser testigo, viviendo en la tierra, de este espléndido triunfo. La fiesta del Divino Corazón se celebró bien pronto en muchos lugares con autorización de los Ordinarios, como lo habían hecho ya en Dijon, en 1689, viviendo aún la Santa. Pero la aprobación de Roma para la Iglesia Universal, se hizo esperar mucho tiempo. Los soberanos Pontífices concedieron fácilmente Breves de indulgencias para las Cofradías, mientras que fue necesario insistir varias veces para obtener la concesión de un Oficio propio y de la Misa del Sagrado Corazón. Hasta 1765, no se obtuvo esta gracia, que concedió Clemente XIII a los Obispos de Polonia.

Esto es, mi querida Madre, lo que no he podido dejar de deciros; sea todo para gloria suya.

Es un verdadero contento ver el progreso que por vuestro medio va haciendo esta santa devoción por estos lugares. No os desalentéis. Me parece que quiere os ocupéis únicamente en esto, porque será lo que principalmente labre vuestra corona.

Tengo que deciros una palabrita de vuestra pobre hija que os ama más tiernamente de lo que sabría decir. Está anegada en el sufrimiento y atacada por todas partes de sus enemigos que la hacen sufrir penas terribles, sin remedio ni socorro, excepto el de este Divino Corazón, de cuyos favores me he hecho indigna por mis ingratitudes e infidelidades, aunque Él, sin embargo, no deja de ser conmigo tan liberal como siempre.

Mas esto precisamente aumenta mi dolor; porque no sé si es el enemigo que ataca con frecuencia a mi pobre corazón con el doloroso pensamiento de que todo eso es en perdición mía, porque Dios no puede conceder tantas gracias a una criatura tan mala como yo, que ha llevado una vida tan criminal, y que por medio de sus vanas hipocresías ha engañado a las criaturas, particularmente a los que me dirigen. En medio de estas agitaciones se me presenta mi vida como un cuadro tan abominable, que aunque no pueda distinguir nada en él, me parece que no podría soportar por mucho tiempo su vista sin morir de dolor, si no me sintiese al mismo tiempo fortificada y rodeada por un poder invencible que disipa esas furias infernales. Éstas sólo pretenden arrancar la paz del corazón, como me lo dio a entender Nuestro Señor, si no me engaño.

Otras veces se me ocurre que es la mía una falsa paz, que procede del endurecimiento del corazón, y que no me deja sentir la propia desgracia. ¡Ay de mí!, mi querida Madre, ¿será posible que ese amable Corazón quiera privar al de su indigna esclava de amarle eternamente? Yo os conjuro que me digáis lo que os parece de esto; ya sabéis la grande confianza que tengo en Vuestra Caridad, por lo cual doy entero crédito a cuanto me decís. Por favor, no me aduléis, porque me parece que voy a arrastrar a muchos conmigo a la perdición, pues se apoyan demasiado en lo que les digo. Estoy siempre agobiada de cartas y la obediencia me obliga a contestarlas. Me entrego a todo sin reserva.

La fiesta, del Sagrado Corazón, concedida desde entonces a todos los países y a todas las Iglesias que la habían solicitado, se extendió a la Iglesia Universal en tiempo de Pío IX, en 1856; el 28 de junio de 1889 León XIII la elevó al Rito doble de primera clase; y Pío XI (8 de mayo de 1928) al *grado litúrgico supremo, de doble de primera clase con Octava*. ¡Estaban plenamente satisfechos los anhelos de la Santa evangelista del Divino Corazón!

El Sagrado Corazón continúa enviándome a ciertas almas del Purgatorio para que las ayude a satisfacer a la divina Justicia; durante este tiempo sufro penas semejantes a las suyas, no hallando reposo ni de día ni de noche.

Esto es lo que por ahora puedo deciros. [Y me parece no os desagradará que os presente una versión en verso del Oficio del Sagrado Corazón, que todos encuentran hermosísima. Todo sea para gloria de este Divino Corazón, en cuyo amor soy toda vuestra.]

D. S. B.

CARTA XCIII
A LA MADRE MARÍA FELICIA DUBUYSSON, MOULINS

Bajísimo concepto de sí misma.—¿Cuál es el medio más eficaz para entrar en la amistad del amante Corazón?—El apostolado de los libritos.

¡Viva † Jesús!

[Octubre 1688]

No hubiera esperado a que Vuestra Caridad me previniera en lo que era deber mío, mi respetable y muy querida Madre, de no haber sido por el temor que tenía de serviros de carga y sumaros al número de los que se dejan engañar y distraer por una miserable e hipócrita pecadora como yo, de lo que debéis guardaros y no tener ningún comercio con ella, porque os lo digo con franqueza, si me conocierais tal cual soy, vuestro caritativo corazón no podría dejar de compadecerse de mi miseria, y pedir instantemente mi conversión al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro. No dejo sin embargo de presentarle vuestros deseos e intenciones, y suplicarle que sea vuestra fortaleza y sostén en el empleo en que os ha colocado Él y no las criaturas.

Espero, por lo tanto, que no os negará los auxilios necesarios para desempeñarlo bien y para que se cumplan sus designios sobre vos, con tal de que os confiéis al cuidado de su amorosa Providencia, y que vuestro único deseo consista en amar, honrar y glorificar a este Divino y amabilísimo Corazón. No omitáis, para conseguirlo, cuidados ni trabajos; pues éste es el medio para entrar en su amistad y atraer sobre vos y sobre vuestra Santa Comunidad la abundancia de sus gracias santificantes y el reinado de su encendida caridad, cuya unción derramará sobre vuestro corazón por la impureza de su santo amor. Y esto es lo que desea vuestra muy humilde y obediente,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Me había tomado la libertad de ofreceros, mi amadísima Madre, el Oficio del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No sé si lo habréis recibido, ni si lo habréis podido leer por lo mal escrito que está. Rogaba también a Vuestra Caridad que nos dijese si se imprimían aún los libritos del Sagrado Corazón. Si hicierais el favor de mandarnos algunos, diciéndonos llanamente lo que cuestan, os enviaríamos el dinero en la primera ocasión; y os quedaría, además, en extremo agradecida, pues no os podéis figurar con cuánto afán nos lo piden. Perdonadme, mi querida Madre, que obre con tanta libertad.

CARTA XCIV A LA HERMANA DE LA BARGUE, MOULINS

«¿Cómo establecer nuestro Reinado de paz en el amante Corazón?»—«Os suplico le hagáis entera donación...»—«Perfectísima unidad con Él».

¡Viva † Jesús!

[Octubre 1688]

Después de terminada la carta me pareció que no quedaríais contenta al no encontrar en ella alguna palabrita de despedida antes de entrar en nuestro querido retiro, donde deseo, mi querida amiga, que consigamos dejarnos y olvidarnos por completo a nosotras mismas, para no ver ni tener más que a nuestro único necesario, que así lo desea de nosotras. Por lo cual debemos procurar con todas nuestras fuerzas entrar en su adorable Corazón, haciéndonos muy pequeñas por la humilde confesión de nuestra nada, en la cual debemos quedar siempre abismadas.

Debemos, además, establecer nuestro reinado de paz en este Sagrado Corazón. Esto se hace por la conformidad con su beneplácito, al cual debemos abandonarnos de tal modo, que tengamos un cuidado especial de cercenar todo lo que a eso pudiera poner obstáculo, dejándole hacer en nosotros, de nosotros y por nosotros, según su deseo, a fin de que nos perfeccione a su modo y nos modele a su gusto. Y para mantenernos siempre en este Divino Corazón, debemos amarle con amor de preferencia, como el único necesario de nuestro corazón.

Inclinemos a éste con suavidad al desprecio y olvido de todo lo demás; porque ¡si se pudiera comprender cuánto adelantan las almas, cuando corresponden fielmente por medio de una completa muerte a todo deseo, satisfacción,

curiosidad y miras sobre sí mismas, para dejarse guiar por ese Divino Piloto, en la barca segura de su amoroso Corazón!

Os suplico le hagáis entera donación de todo vuestro ser espiritual y corporal, y de todo cuanto podáis hacer y hayáis hecho; para que, después de haber purificado y consumido todo lo que le desagrada, disponga de él según su beneplácito. Porque de ordinario pide esto de sus más queridos amigos, en cuyo número creo que estáis vos, a fin de que habiéndoselo dado todo sin reservas, los pueda Él enriquecer con sus preciosos tesoros.

He ahí, mi querida amiga, muy buena ocupación para nuestro retiro, y también para toda nuestra vida, que no debe aspirar más que a esa unidad, por medio de un acto puro y sencillo. Quiero decir, *unidad de voluntad* con la de nuestro Soberano Bien, para no querer más que lo que Él quiere; *unidad de amor; unidad de corazón, de espíritu y de operación*, no haciendo más que uniros a lo que Él hace en vos. Pero ¡Dios mío!, me parece que esto no son más que repeticiones que tal vez os serán enfadosas y os quitarán los deseos de pedir cartas largas; y así ésta vale para lo que queda de año. ¡Sea Dios eternamente bendito!

CARTA XCV A LA MADRE M. F. DUBUYSSON, MOULINS

Humildes y afectuosas acciones de gracias.—«Todo habla cuando se ama».—El Divino Corazón, satisfecho de la Comunidad de Moulins.

¡Viva † Jesús!

[Enero 1689]

Suplico al Sagrado Corazón de nuestro Soberano Dueño, mi respetable y queridísima Madre, que Él os agradezca por mí la bondadosa cordialidad que me demostráis y que me llena de confusión, viendo que en medio de tantas ocupaciones os dignáis acordaros de una miserable criatura como yo, que sólo sirve para sufrir en el Sagrado Corazón de nuestro amable Salvador. ¡Ah, cuánto os agradezco que le améis y queráis ser toda suya!

Pedís una oración corta para demostrarle vuestro amor; yo no sé otra ni encuentro que haya ninguna mejor que ese mismo amor, porque todo habla cuando se ama; y hasta las mayores ocupaciones son prueba de nuestro amor. «Ama —dice San Agustín— y haz lo que quieras». Y como no es posible amar sin sufrir, amemos, pues, y suframos al mismo tiempo, y no despreciemos ni un solo instante, porque todas las cruces son preciosas para un corazón que ama a su Dios y quiere ser amado de Él. Procuremos, pues, llegar a ser verdaderas copias de nuestro Amor Crucificado.

No he dejado de pedir mucho al adorable Corazón de Jesús por vos y vuestra santa Comunidad; pero me parece que Él tendrá siempre una particular protección sobre vuestra casa, y que cuidará de ella, como lo espero de su amorosa bondad, por el ardiente celo que tenéis en darle a conocer y hacerle honrar y amar, así por medio de estos libritos, como por otros medios. Aquí están siempre tan atareadas, que no les es posible contentar ni a medias la devoción de todos.

Continuad, pues, amándole, mi querida Madre, y haciéndole amar, y no temáis que olvide nada de cuanto por Él hacéis. Os suplico le pidáis mi entera conversión y que consuma nuestros corazones en su puro amor, en el cual soy toda vuestra.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Un millón de gracias, mi respetable Madre, por los libros que habéis tenido la bondad de enviarnos. Quisiera demostraros mi gratitud, pues me parece que con nada me podíais haber obligado más; y así no me olvidaré de ello ante el Sagrado Corazón de Nuestro Señor, al cual suplico os pague esta obra de caridad.

CARTA XCVI A LA H. DE LA BARGUE, MOULINS

**Inspirado canto de amor a la cruz.—«No es que debemos pedir el sufrimiento...».—
«El puro amor lo quiere todo o nada».—La perfecta pobreza de espíritu.**

¡Viva † Jesús!

[5 de enero de 1689]

Me complazco, queridísima y amadísima Hermana, en que nos escribamos, con tal de que sólo sea para hablar del amor y de la cruz; porque no sabría decir otra cosa, sino que es preciso que procuremos con todas nuestras fuerzas hacernos copias vivas de nuestro Esposo Crucificado, demostrándolo en todas nuestras acciones. ¡Ah, mi querida amiga, cuán bueno es sufrir siempre, y morir al fin sobre la cruz, agobiada bajo el peso de toda clase de sufrimientos, de miserias y desprecios, de abandonos y humillaciones! La cruz es un bálsamo precioso que pierde su buen olor ante Dios, cuando se descubre; por lo tanto, hay que tenerla escondida y llevarla en silencio en cuanto nos sea posible. No perdamos ni un instante de sufrimiento, porque no es posible amar si no es así.

¡Ah, cuán buena es la cruz en todo tiempo y en todo lugar! Abracémosla, pues, amorosamente, sin preocuparnos de la madera de que está hecha, ni con qué

instrumento se ha fabricado. Debe bastarnos con saber que nada nos une tanto al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo como la cruz, que es la prenda más preciosa de su amor. Dadle gracias por mí, mi querida amiga, porque algunas veces me favorece con ella; pero al mismo tiempo pedidle perdón por el mal uso que hago de la misma. Ésta es la causa de que quede siempre pobre, poseyendo ese precioso tesoro, sin el cual la vida me sería insoportable. Y no es que debamos pedir el sufrimiento, porque lo más perfecto es no pedir nada, ni rehusar nada, sino abandonarnos al puro amor para dejarnos crucificar y consumir según su deseo.

Me consuela mucho ver el feliz progreso que este Divino Amor hace en vuestro querido corazón, y no me cabe la menor duda de que proceden de Él esos santos impulsos que tenéis, puesto que proporcionan paz a vuestra alma, manteniéndola en ese celeste abatimiento. ¡Qué dichosas son las que viven perdidas y anonadadas en el Divino Amor por medio de un perfecto olvido de sí mismas! El amor a nuestra abyección es un remedio soberano para curar las llagas que causa en nuestro corazón el amor propio. El mío se encuentra en una languidez espantosa por ese maldito amor. Pero pidamos al amable Corazón de nuestro buen Maestro que lo consuma en el fuego sagrado que vino a traer a la tierra, para que abraza sin cesar a los corazones de buena voluntad. En fin, mi querida amiga, es preciso amarle cueste lo que cueste; pues el puro amor lo quiere todo o nada. No tengamos, pues, reserva ninguna con El; abandonémosle todo cuanto somos, sin preocuparnos del porvenir, y sin pensar en nosotras mismas ni en nuestra incapacidad. Él cuidará de proveer a todo, con tal de que le dejemos obrar con libertad.

¿Qué es lo que teméis para disputarle así el sacrificio completo de vuestro corazón? Y es suyo; pero quiere poseerlo Él solo, es decir, vacío de todo interés propio, libre y sin apego de cosa alguna, por santa que nos parezca. Cuando Él nos la quita debemos quedar contentas y conformes con su santísima voluntad, en desnudez y pobreza de todo contento, de amigos, de consuelo, de talento y hasta de virtud; quedando así sumisa, en la oración y fuera de ella, cumpliendo su santísima voluntad, alegrándonos cuando sea ésta el total anonadamiento de todo lo que somos y de todas nuestras satisfacciones. Nuestro corazón es tan pequeño, que no puede contener dos amores; y habiendo sido creado para el amor divino, no puede hallar descanso cuando se mezcla cualquier otro amor.

Preciso es, amadísima Hermana, amaros del modo que lo hago, para entretenerme tanto tiempo con Vuestra Caridad, porque, si se tratase de otra persona, temería molestarla. Pero vuestro gran corazón lo excusará todo, y no volverá a quejarse del silencio de la que os ama tiernamente en el Amor Sagrado.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Es cierto que nuestra querida H. de Saumaise nos ha enviado las Letanías de que nos habláis; son muy hermosas y os estoy muy agradecida por haberos acordado de mí en vuestro retiro; continuad practicando conmigo esta obra de caridad, porque tengo mucha necesidad de ella. Yo he pasado el mío en la cruz; y alguna parte os he debido en la que tuve la dicha de sufrir.

Mil respetuosos saludos y afectos a nuestra querida Hermana Depuesta (*Hermana Luisa Enriqueta de Soudeilles*); el Corazón de Jesús hace que el mío miserable le ame siempre tiernamente, como también a vos, querida amiga. Deseo os consumáis por completo en las llamas del puro amor.

CARTA XCVII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Gran dicha ser apóstol del Divino Corazón.—«Poderoso protector» para Francia.— Promesa al P. de La Colombière y su poder en el Cielo.—Dolorosos desagrazos por el Carnaval.—«No me deja un momento sin Cruz».—Le recibirán con magnificencia en los palacios de los grandes.—Su gozo por algunas misas ofrecidas a su intención.— Gracias copiosas derivadas a la Visitación de la preciosísima devoción.—Poder de ésta en el Cielo.

¡Viva † Jesús!

[Fin de febrero de 1689]

¿Qué podré deciros, mi querida Madre, acerca de los maravillosos efectos que obra este Divino Amor de nuestros corazones? No encuentro palabras con qué explicaros, ni menos el gozo que inunda mi alma al ver el éxito que tuvisteis en darle a conocer y hacerle amar; destino hermosísimo, que no es posible dudar os ha dado el Señor al comunicaros tan ardiente celo para que os empleéis en eso. ¡Ah, qué dicha tan grande la de los que a esta obra cooperan! Con eso ganan la amistad y las eternas bendiciones de ese amable Corazón. Y en cuanto a vos, lográis un poderoso protector para vuestra patria. Y era menester que fuese tan poderoso para detener la justa ira de Dios irritada por tantos crímenes como se cometen.

Pero espero que este Divino Corazón será un manantial inagotable de misericordia, como me parece lo prometió nuestro buen P. de La Colombière el día [de su fiesta, es decir, el] de su muerte (15 de febrero), que celebré yo en nuestra Capilla⁴⁷ desde las diez de la mañana hasta eso de las cuatro de la tarde por un gran privilegio de la obediencia, agobiada de sufrimientos. Éstos no han

⁴⁷ La dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, cuya consagración había tenido lugar el 7 de septiembre de 1688.

cesado desde hace cinco semanas, y son tales, que creía morir a cada momento, aunque ya me los había anunciado antes este caritativo Corazón. Creo que me hizo la siguiente petición:

Si quería acompañarle en la Cruz durante este tiempo (*de Carnaval*) en que está tan abandonado, por el afán que todos tienen de divertirse, y que por las amarguras que Él me haría gustar, podría yo en algún modo suavizar las que los pecadores derraman en su Sagrado Corazón; que sin cesar debía gemir con Él para alcanzar misericordia, a fin de que los pecados no llegasen al colmo, y perdonase Dios a los pecadores por el amor que tiene a este amable Corazón, que no cesa de consumirse por el que tiene a los hombres. Porque lo único que quiere es establecer su nuevo reinado entre nosotros para darnos más abundantemente sus gracias de santificación y de salvación. Pero no a los que no se aprovechen de ellas y no las hagan triunfar en sí mismos; porque para nosotros son riquísima herencia que nos ha dado nuestro buen Padre celestial como último remedio a nuestros males, según me ha dicho.

Me parece que nuestro santo Fundador, ese verdadero amigo del Corazón de Dios, ha sido el principal motor para alcanzar este don saludable en favor de nuestro querido Instituto, porque Satanás quería vomitar sobre él su rabia hasta acabar con su espíritu, y por este medio derribarlo. Mas espero que no lo conseguirá, si según las intenciones de nuestro santo Padre, nos servimos de los medios que nos presenta para volver al primitivo vigor del espíritu de nuestra santa vocación, viviendo según las máximas del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Quiere librar a muchas almas de la perdición eterna, porque este Divino Corazón es como una fortaleza y asilo seguro para los pobres pecadores que se quieren refugiar en Él para evitar el justo enojo de la justicia divina, que como un torrente impetuoso anegaba a los pecadores con sus pecados, que son los que irritan la cólera divina. Lo que me consuela mucho es que espero que, a cambio de las amarguras que este Divino Corazón sufrió en los palacios de los grandes durante las ignominias de su Pasión, con el tiempo esta devoción hará que le reciban en ellos con magnificencia. Y mientras le ofrecía mis súplicas pidiéndole todas estas cosas que parecían tan difíciles de alcanzar, creí oír estas palabras: **¿Crees que lo puedo hacer? Si lo crees, verás el poder de mi Corazón en la magnificencia de mi amor.** A medida que veo este feliz progreso me dice: **¿No te he dicho que, si creías, verías cumplido el efecto de tus deseos?**⁴⁸

Yo no sirvo más que de obstáculo; por lo cual desearía estar ya fuera de esta vida, aunque no ceso de aplicar a ese único interés de la gloria del Sagrado Corazón todo el bien que puedo hacer y que hacen por mí. Me da tales impulsos de gratitud viendo cómo se manifiesta, que querría deshacerme de agradecimiento.

⁴⁸ Véanse las Cartas 100 y 107.

Es un abismo de bienes de donde debemos sacar siempre para no volver a gustar de las cosas de la tierra.

Proseguid animosamente, mi querida Madre, lo que habéis emprendido para su gloria, trabajando en el establecimiento del reinado de este Divino Corazón, que reinará a pesar de Satanás, y de cuantos a ello se opusieren. Ahora es tiempo de obrar y sufrir en silencio, como lo hizo Él por nuestro amor. Persuadíos de que durante toda la eternidad recordará complacida lo que vos y esas otras cinco personas habéis hecho por Él; de tal suerte que llegará un día en que digáis que, aunque hubierais sufrido todos los tormentos de los mártires, os tendríais por bien pagadas, aunque no fuera más que con ese gran número de almas que el Divino Corazón quiere apartar de la perdición por este medio.

Debe serviros de mucho consuelo tener tan íntima unión, con el buen P. de La Colombière, porque hace él en el cielo por su intercesión lo que se va obrando aquí abajo en la tierra para gloria de este Sagrado Corazón. Sobrellevad, pues, con grandes ánimos todas esas pequeñas contradicciones, puesto que representáis su persona en el cargo tan importante que os ha dado.

Por lo que a mí toca, bien sé yo que lo que me pertenece justamente es la cruz, ya que este Divino Corazón me ha dado a conocer claramente que quería fundar su reino sobre la destrucción y anonadamiento de mí misma. Y sabe llevar a cabo su obra, pues no me deja un momento sin cruz y a veces emplea su santidad en ella tantos obreros, que si no fuera tan malvada como soy para resistir, el trabajo se acabaría pronto.

Os confieso en confianza que, si su bondad no me enviase el caritativo socorro de las santas almas que ruegan por mí, no podría vivir. Es tan bueno, que no consiente que carezca de nada, llegando hasta inspirar a algunos santos religiosos que ofrezcan el santo sacrificio de la Misa a mi intención todos los viernes. Así que se dirán todos los meses cuatro misas por mí, durante mi vida, a no ser que mueran antes que yo, y esto se ha hecho a mis espaldas. A algunos de ellos no los he visto nunca. Me han escrito diciéndome que nunca habían recibido tantas gracias como en el ejercicio de esta obra de caridad, y yo recibo por medio de ella extraordinario auxilio. El nombre del que ha compuesto el Oficio es el R. P. Gette.

Ya veis con cuanta confianza os escribo, fundada en la seguridad que me dais [de que sólo vos veréis cuanto os digo, después de lo cual os suplico encarecidamente que queméis mis cartas. A menudo no sé ni lo que escribo, y quizá repita con frecuencia la misma cosa, escribiendo en diversas ocasiones por falta de tiempo. No puedo leer lo que escribo, sin mucho trabajo, por la gran humillación en que esto me pone. Además, no podría prever nada de lo que tengo que decir, sino decir y escribir sencillamente lo que me viene a la mente. ¡Ay!, si conocierais cuán criminal es mi vida, veríais] que es muy justo el deseo que tengo de estar

enterrada en eterno olvido y desprecio de las criaturas, yo que las he engañado, aunque sin querer hacerlo.

No olvido nuestra unión en el Sagrado Corazón de Jesucristo, el cual, si no me engaño, hace sentir a nuestro santo Fundador complacencias inexplicables, con motivo del establecimiento de su devoción en nuestro Instituto. Porque quiere ser Él su sostén y defensor, con tal de que no pongamos obstáculo con nuestras infidelidades. ¡Cuántas bendiciones y gracias me parece que se ha propuesto derramar sobre este querido Instituto, y en particular sobre las casas que le procuren mayor honra y gloria! Pero exige de nosotras que seamos fieles en quitar lo que nos dé a conocer que es impedimento a la complacencia que en él quiere tener, derramando la suave unción de su amor sobre las Comunidades, así en general como en particular.

D. S. B.

CARTA XCVIII
A LA H. DE LA BARGUE, MOULINS

¿Cómo elevarse a la unión con el Soberano Bien?—Riquísimos tesoros en el amor a la propia abyección.—Tres visitas diarias en el santo tiempo de Cuaresma.—Gratitud por unos libros.—Afectuosos saludos.

¡Viva † Jesús!

[Hacia el fin de marzo de 1689]

Que para siempre se rinda amor, gloria y alabanza al Corazón todo amor, todo amante y todo amable de nuestro adorable Salvador, por todo el bien que producirá y obrará en las almas por medio del establecimiento del reinado de su puro amor en los corazones de buena voluntad. En este número creo yo que está el vuestro, queridísima e íntima Hermana, por los buenos deseos que vos tenéis de seguirle animosamente por el camino que os ha trazado. He sentido consuelo al leer vuestra carta, la cual me confirma más y más en los sentimientos que me parece me ha dado siempre este Divino Corazón hacia vos, y que tantas veces os he reiterado que temo cansaros. Mas perdonadme, mi querida amiga; no puedo deciros otra cosa, sino que el anonadamiento de vos misma os elevará a la unión con vuestro Soberano Bien. Si os olvidáis de vos, le poseeréis a Él; y si a Él os abandonáis, Él os poseerá a vos.

Id, pues, llena de fe y amorosa confianza, a entregaros a merced de su Providencia, haciéndoos como un campo que Él puede cultivar a su gusto, sin que haya resistencia alguna por vuestra parte. Permaneced en una humilde y apacible adhesión a su beneplácito, escondida en las sagradas tinieblas del amor a vuestra

abyección, pues no puedo dejar de creer, y cada vez con mayor certeza, que ahí es donde os quiere y donde os mira con complacencia, sobre todo cuando esas preciosas humillaciones dan alguna amargura a vuestro pobre corazón.

Pero tened buen ánimo, que las mejores medicinas para la salud son muchas veces las más amargas al paladar. Y en fin, queriendo Dios poseer todo nuestro corazón, no le dejará gustar más que amargura en las criaturas y en todas las cosas de aquí abajo para que, retirando de ellas todos sus efectos, quede abismado en Él por la unidad del amor a su abyección. Mucho me alegra la amargura que sentís, porque os será ocasión de nuevos triunfos.

Con el deseo de dar gusto al vuestro de tener alguna práctica, he hecho por vos una peregrinación a nuestra capilla del Sagrado Corazón. Pero mis pecados me hacen indigna de oír su voz, y no he tenido más que este pensamiento: que ama tiernamente a vuestra alma y recibirá placer en que todos los días durante todo este santo tiempo de Cuaresma le hagáis tres visitas, ya sea ante su imagen o bien en presencia del augustísimo Sacramento.

La *primera*, para pedirle que ese Divino Corazón sea un canal por el cual el Padre Eterno derrame continuamente sus misericordias sobre los corazones endurecidos de los pecadores, para atraerlos a su conocimiento y amor.

La *segunda* visita será para rogarle que establezca su reinado de caridad y amor en nuestro Instituto.

Y la *tercera*, para ofrecerlos a Él como víctima de holocausto para ser consumida en la cruz de vuestra abyección por las llamas de su puro amor; podéis hacer todo esto en espíritu.

A fin de que su bondad cumpla en vos lo que por medio de esto desea y os conceda las gracias que pretende, me sentí como impulsada al volver de la peregrinación que he hecho por vos, a daros y dejar a vuestra disposición una de las Misas que ha inspirado a algunos santos religiosos digan por mi intención todos los viernes. A vos toca apropiaros la del Primer Viernes después de recibir ésta.

En cuanto a lo demás, os doy gracias, querida amiga, por los dos preciosos libros, que envié a mi hermano el sacerdote en cuanto los recibí; pues me los pedía con tanto afán, que me había visto obligada a mandarle el que tenía reservado para mí, después de haberlo copiado. Veo que vuestra querida Madre (*la M. María Felicia Dubuysson*) no ha recibido la que tuve el gusto de escribirle, lo cual no dejó de contrariarme un poco; y si no fuera por temor de serle importuna, le hubiera vuelto a escribir. Os suplico encarecidamente que supláis esta falta, asegurándola que conservaré siempre hacia su Caridad la estima, respeto y amistad que el Sagrado Corazón de nuestro divino Maestro me hace sentir hacia ella y hacia

vuestra queridísima Hermana Depuesta (*la H. Luisa Enriqueta de Soudeilles*). Presentadle, os ruego; mis humildes respetos, y dad mil gracias a la respetable Madre por los libritos.

CARTA XCIX
A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE

El apostolado de los libros.—Exhorta a un señor enfermo a la amorosa paciencia.

¡Viva † Jesús!

[Marzo de 1689]

Aprovecho con gusto esta ocasión tan oportuna para aseguraros lo mucho que os estimo, y al mismo tiempo para deciros que he recibido la vuestra; pero no decís en ella si habéis recibido tres libritos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo que os he enviado. Temo que se hayan perdido. Os ofrezco uno de los que han impreso recientemente en Dijon. En él hallaréis la Misa del Sagrado Corazón; pero hasta el presente sólo la diócesis de Langres tiene permiso de la Santa Sede Apostólica para decirla el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento.

Os quejáis, mi querido hermano, porque no os digo nada referente al buen señor Desholmes. ¡Ay!, ¿qué podría deciros, sino que hay que exhortarle a tener paciencia en medio del sufrimiento, puesto que no es voluntad de Dios librarle de él por ahora? Que procure aprovecharse de él, porque, a mi entender, Nuestro Señor no le tiene en estado de aflicción más que para la santificación de su alma. Así que es necesario someterse a la voluntad de Dios y besar la mano que nos hiere, pensando que es preferible sufrir en esta vida antes que en la otra. Porque un momento de sufrimiento llevado por amor de Dios, tiene por premio, como sabéis, una eternidad bienaventurada. En fin, mi querido hermano, la vida nos la ha dado para sufrir y la eternidad para gozar.

CARTA C
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

«Reinará este amable Corazón a pesar de Satanás».—La devoción al Sagrado Corazón, hermoso árbol cargado de frutos para la Orden de la Visitación y para que ella los distribuya.—Deseos y promesas del Corazón de Jesucristo respecto a Luis XIV.—Misión especial y gracias particulares recabadas por el P. de La Colombière para la Compañía de Jesús.—Profusión de bienes de aquella fuente inagotable.

¡Viva † Jesús!

Después de la fiesta del Sagrado Corazón
[17 de] junio de 1689

En fin, querida Madre, ¿no estamos aún del todo consumidas por las llamas del Divino Corazón de nuestro adorable Salvador, después de haber recibido tantas gracias que son como otras tantas llamas abrasadoras de su puro amor, que nos deben quemar incesantemente con el deseo de una perfecta gratitud y fiel correspondencia a sus designios? Reinará este amable Corazón a pesar de Satanás [y sus secuaces]. Esta palabra me transporta de alegría y constituye todo mi consuelo. Pero no me es posible explicaros las grandes gracias y bendiciones que esto atrae sobre nuestro Instituto, y en particular sobre las casas que le procuren mayor honor y gloria. He aquí cómo me lo dio a entender.

Me mostró la devoción de su Corazón adorable como un hermoso árbol que había destinado desde toda la eternidad para que germinase y echase sus raíces en medio de nuestro Instituto, y que extendiese después sus ramas por las Casas que lo componen, a fin de que cada una pueda recoger los frutos conforme a su deseo y gusto. Con todo, la abundancia de gracias no será igual para todas, sino según el trabajo que pusiere cada una, lo mismo que el provecho, que será mayor o menor, conforme a la buena disposición de las que se alimenten de estos frutos de vida y de salud eterna. Éstos deben renovarnos en el primitivo espíritu de nuestra santa vocación.

Me parece que nunca se ha aumentado tanto la gloria accidental de nuestro santo Padre y Fundador como se aumenta ahora por este medio; pero quiere este Divino Corazón que las Hijas de la Visitación distribuyan con abundancia los frutos de este árbol sagrado a cuantos desean comerlos, sin temor de que llegue a faltarles. Porque, según lo ha dado a entender a su indigna esclava, pretende volver a dar vida a muchos por este medio, apartándolos del camino de perdición y echando por tierra el imperio de Satanás en las almas. No dejará perecer a ninguna de las que se le hayan consagrado para tributarle todos sus homenajes y el amor de una voluntad franca y sincera, y procurarle el de todos, en cuanto alcanzare su poder.

Pero no quiere pararse aquí: tiene aún designios mucho mayores que sólo puede ejecutar su omnipotencia, la cual puede cuanto quiere. Me parece, pues, que desea entrar con pompa y magnificencia en las casas de los Príncipes y de los Reyes, para ser en ellas tan honrado cuanto fue ultrajado, despreciado y humillado en su Pasión, y recibir tanto contento viendo a los grandes de la tierra abatidos y humillados ante Él, cuanto fue la amargura que sintió viéndose anonadado a sus pies. Y he aquí las palabras que oí referentes a nuestro Rey: **Haz saber al hijo mayor de mi Sagrado Corazón, que así como se obtuvo su nacimiento temporal por la devoción a los méritos de mi Sagrada Infancia, así alcanzará su nacimiento a la gracia y a la gloria eterna por la consagración que haga de su persona a mi Corazón adorable, que quiere alcanzar victoria sobre el suyo, y por su medio sobre los de los grandes de la tierra. Quiere reinar en su palacio, y estar pintado en sus estandartes y grabado en sus armas para que queden triunfantes de todos sus enemigos, abatiendo a sus pies a esas cabezas orgullosas y soberbias, a fin de quede victorioso de todos los enemigos de la Iglesia**⁴⁹.

Tenéis, mi buena Madre, motivo para reiros de mi sencillez en deciros todo esto; pero sigo el impulso que me es dado en el acto de recibirlo.

Nuestro buen P. de La Colombière ha alcanzado que, después de nuestro querido Instituto, sea favorecida la santa Compañía de Jesús con todas las gracias y privilegios particulares de esta devoción del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, prometiéndoles que derramará abundantemente y con profusión sus bendiciones sobre los trabajos del santo ejercicio de caridad con las almas, en que ellos se ocupan. Este Divino Corazón desea ardientemente ser conocido, amado y honrado particularmente por esos buenos Padres, a los cuales promete, si no me engaño, derramar de tal modo la unción de su amor sobre sus palabras con gracias tan excelentes y poderosas, que serán como una espada de dos filos, que penetrarán los corazones más endurecidos de los más obstinados pecadores para que brote de ellos la fuente de la verdadera penitencia que purifica y santifica a las almas. Pero para esto es preciso que procuren sacar todos sus conocimientos del manantial [inagotable de toda la ciencia y caridad de los Santos] del Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro. Mucho podría deciros

⁴⁹ Véase la Carta 107.

¿Por qué limitar estos anhelos de Nuestro Señor Jesucristo a la nación vecina? ¿Por qué no extenderlos también a otras naciones y, señaladamente, a nuestra España? ¿No ha aseverado Él más de una vez: *Reinaré en España y con más veneración que en otras partes?* ¿No ha repetido así en nuestros días: *Yo Reinaré hasta el fin de los tiempos en ella de una manera singular?* ¿No ha satisfecho ya, en parte, la católica España, aquellos deseos con su Consagración oficial en el Palacio Real el 29 de junio de 1911, y en la Cripta de la Almudena el 7 de julio del mismo año, y en la grandiosa inauguración del Monumento Nacional en el Cerro de los Ángeles el 30 de mayo de 1919? ¿No está trabajando para erigirle otro Monumento mucho más espléndido y magnífico que éste, destruido por los marxistas el 5 de agosto de 1936? ¿No vemos muchas veces sus victoriosas banderas esmaltadas con su bendita imagen?

Hacen, pues, muy bien los católicos españoles, al trabajar por la plena realización en nuestra Patria de aquellos divinos anhelos.

sobre esto, porque hay en esta Santa Compañía grandes amigos [y favoritos del Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro], grandes amigos de Dios⁵⁰.

¡Ah, cuántas gracias de santificación ha derramado [sobre sus devotos] este Divino Corazón en el día de su fiesta, y con cuánta fuerza reitera todas las promesas que ha hecho en su favor de no dejarlos perecer!

Y en cuanto a vuestro confesor (*Mr. Charollais*), creo que está en el número de sus más queridos amigos; tanto, que al pedir al Divino Corazón la gracia de esa santa unión y asociación de que Vuestra Caridad nos había hablado, al ir a comulgar recibí esta respuesta en su favor: **Asegúrale que mi puro amor os une en mí para siempre**, y me pareció ver las muchas gracias que le tenía destinadas.

Os confieso que me siento incapaz de explicar lo que me ha dado a conocer con motivo de las gracias y profusión de bienes que desea derramar sobre nuestro santo Instituto, al cual quiere hacer objeto de sus complacencias. Pero, ¡ay!, ¿no habrá alguna Comunidad que sólo sienta frialdad hacia Él, obligándole a entrar con pena en los corazones que la componen? De esto se queja. Y aun tiene más motivo para hacerlo de mí y de todas mis ingratitudes para tan grande bondad, que continuamente me concede tantas gracias, y me quita el poder para explicarlas. Me basta el poseerlas en este abismo impenetrable de donde salen, suplicándoos encarecidamente que le bendigáis por mí.

D. S. B.

CARTA CI A LA HERMANA F. M. DE LA BARGUE, MOULINS

Repugnancia a escribir cartas.—«Nos basta el amor a nuestra querida abyección».—Qué es lo que más embelesa a Margarita en la sagrada Pasión.—A qué misterio de ella tiene más afecto.

¡Viva † Jesús!

[Junio 1689]

Sí, queridísima y amadísima Hermana; os he contestado y muy extensamente a la carta de que me habláis. Pero no sois la única que se queja de la pérdida de nuestras cartas, y bien veo que lo mejor es no volver a escribir, pues pienso que tal vez permita el Señor que se pierdan porque no le agradan a causa de mis pecados. Y os confieso que escribo con repugnancia, viéndome tan lejos de lo que digo. Y no es que el Sagrado Corazón de nuestro adorable Salvador no haga que

⁵⁰ Véase la nota segunda de la Carta 141.

vuestra alma sea cada vez más querida de la mía; pero no puedo repetiros aquí cuanto os decía en la precedente, sino solamente una palabrita acerca de lo que me indicáis con motivo del amor a vuestra abyección.

Y es que me parece haberos dicho ya que debéis recibir y sufrir en silencio todas las ocasiones que nuestro Divino Maestro os proporcione, sin decir nunca: *basta*, por mucha repugnancia que sienta la naturaleza. Todo consiste en esto. Sólo una cosa nos es necesaria: que es el *puro amor divino en el de nuestra abyección*, abandonándonos a la amorosa providencia del sagrado y amable Corazón de Jesús, para dejarnos conducir y gobernar a su gusto. Por su cuenta corre proveernos de cuanto sea necesario para nuestra santificación, con tal de que nos ofrezcamos a recibirlo todo bien, y según sus designios; con esto basta.

Así, pues, nos basta el amor a nuestra querida abyección en el de Nuestro Señor Jesucristo, aun para honrar los misterios de su sagrada muerte y Pasión, que desea honremos, guardando aquel sagrado silencio que Él guardó en todas las ocasiones de humillación y sufrimiento. Os confieso en efecto que nada me embelesa tanto como el silencio que guardó tan exactamente durante el curso de su Pasión; a imitación suya, no abramos la boca sino para rogar por los que nos afligen.

Me preguntáis a cuál de los misterios de su Sagrada Pasión tengo mayor afecto. Después de lo que acabo de deciros, os añadiré sencillamente que a la Crucifixión, y a quedarme con la Santísima Virgen al pie de la Cruz y bajo el pie de la cruz, para enclavarme en ella y unirme a todo lo que Él hizo por nosotros. En fin, querida amiga, debemos ahora albergarnos siempre en su adorable Corazón, y no salir de Él suceda lo que suceda; es fortaleza segura y nuestro lugar de refugio. No nos abandonará: así lo espero y se lo pido de todo corazón. Pero cuán obligadas quedamos a este Corazón amabilísimo de Jesús, porque nos lleva por un camino tan seguro como es el de las humillaciones en el amor a nuestra abyección. No busquemos ni, deseemos otra cosa, puesto que nada hay más a propósito para nuestra santificación. En el amor de ese Sagrado Corazón soy toda vuestra.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Mil respetuosos saludos a vuestra respetable Madre a vuestra querida Hermana Depuesta.

CARTA CII
A SU HERMANO, EL ALCALDE

Le estimula a corresponder plenamente a los impulsos que le da el mismo Corazón de Jesús.—«El día de su fiesta es un día de salud y bendición eterna».—Apostolado de los libros y estampas.—Que venga pronto esa joven postulante.—Afectuosos recuerdos para su cuñada y sus sobrinas.—Seamos, hermano mío, fervientes amantes y apóstoles del Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

[Fines de junio de 1689]

Desearía, mi amadísimo hermano, que el tiempo me permitiese expresar mis afectos; veríais que el Sagrado Corazón de Jesucristo no os comunica esos santos impulsos sino por el ardiente amor que os tiene, el cual le hace desear la posesión de vuestro corazón sin mezcla ni división. Arreglaos de modo que sea así en cuanto vuestras obligaciones os lo permitan, y no os pide más. Pero pretende Él haceros merecer en medio de vuestra impotencia para ejecutar todos esos buenos deseos, lo mismo que si llegaseis a realizarlos. ¡Oh!, cuánto os ama el Divino Corazón, mi querido hermano, y cuán lejos está de lo que decís, puesto que me parece que desea os lo asegure y os diga que no debéis desconfiar de su bondad, mientras no hayáis agotado sus misericordias con las que por todas partes os rodea. ¿Qué es, pues, lo que debéis temer, sino la pérdida de la confianza en Él, que le hace fuerza y le ataca hasta el trono mismo de su omnipotencia, a fin de que se incline a socorrer nuestra debilidad?

No os podéis figurar el consuelo que me dais con haber celebrado tan bien la fiesta de este adorable Corazón. Es maravilloso que todos la celebren del modo que lo hacen. Los reverendos Padres jesuitas tuvieron el Santísimo expuesto y sermón. Nosotras la celebramos también lo mejor que pudimos, según nuestra pequeñez. Y en verdad, mi querido hermano, me parecía que el día de esta fiesta es un día de salud y de bendición eterna para todos los que la celebran con corazón humilde y sincero. Amemos, pues, a este Divino Corazón y procuremos asemejarnos en todo a Él.

En cuanto a los libros, tienen tanto afán por ellos, que no sé si podremos conseguir algunos; haremos cuanto nos sea posible por satisfacer vuestra devoción, ya en cuanto a los libros, ya en cuanto a las estampas, que me parece cuestan seis sueldos la docena, y los libros me parece que un cruzado, y los otros en que está el Oficio, tres sueldos. Me diréis de cuáles queréis. Mucho me disgusta que no os puedan satisfacer en lo de los ramos; pero nuestras Hermanas están tan ocupadas en adornar la Capilla del Sagrado Corazón, que nos hemos visto precisadas a dar negativas a varias personas, porque ya no quieren venderlos.

Sí, mi querido hermano, ganarán Indulgencia plenaria en las iglesias de las religiosas de Santa María el día de la Visitación de la Santísima Virgen, cuantos confiesen y comulguen en ellas.

En cuanto a la joven de quien nos habláis, la recibiremos por caridad y fiadas en lo que mi hermano y vos nos decís; y para hacerlo negamos la entrada a otra, que posee por lo menos más del doble; pero se ha expuesto el estado en que se halla esa familia y esto ha sido causa de que la eligieran a ella, con tal de que dé para los hábitos de religiosa una cruz de plata de nueve o diez francos, un tenedor y cuchara de plata y un equipo de ropa suficiente. Pero en nombre de Dios decidle que se determine a portarse bien, para que no tengáis el disgusto de verla salir. Traedla lo antes posible para que no se provea la plaza por otro lado.

Mil recuerdos y afectos a mi amadísima hermana, a quien abrazo y amo tiernamente en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No la olvido en su presencia y me causa sumo gozo el deseo que el Sagrado Corazón le comunica de adornar su Capilla. La suplico encarecidamente que no deje de hacer nada, y que ella misma y mis queridas sobrinas sean siempre las sacristanas y que se juzguen por muy felices en tener esa ocupación que Dios premiará con el cien doblado. Le suplico que acepte un librito de la Santísima Virgen que nos han enviado de Lyon; en cuanto a vos, mi amadísimo hermano, me agradeceríais mucho (*faltan palabras*) empaquetar...* de ese Vener... (*¿P. de La Colombière?*), pues le estáis muy obligado por las gracias que recibís por su intercesión. Mas no es esa devoción como la del Sagrado Corazón, que debe ser pública; esa otra, por el contrario, ha de ser privada, por no estar todavía aprobada por la Santa Iglesia. Si deseáis tener sus letanías os las enviaremos, pero no se las deis a nadie.

¡Ah!, mi querido hermano, ¿qué daremos al Señor por los grandes bienes que nos hace?, porque si vos y toda nuestra familia no es familia de santos, no podemos culpar por ello a Dios... Me atrevo a decir que lo desea, y que por nuestra parte no debemos omitir cosa alguna para secundar sus designios. Para esto nos manifiesta la devoción de su Sagrado Corazón, que contiene tesoros incomprensibles y quiere se derramen en todos los corazones de buena voluntad, porque es el último esfuerzo del amor del Señor a los pecadores para atraerlos a penitencia y comunicarles abundantemente sus gracias eficaces y santificantes para obrar su salvación. Muchos de ellos saldrán por este medio del abismo de perdición; pero desgraciados de aquellos que no se aprovecharen de ellas.

Pidámosle mucho que establezca su Reinado en todos los corazones. Contribuyamos a ello con todas nuestras fuerzas; no perdonemos para conseguirlo, ni los bienes, ni la misma vida. En fin, no sé dejaros, aunque en confianza os digo que me abruman de escritos, a pesar de que contesto lo menos posible. Me parece inútil deciros que ruego por vos, puesto que este Divino Corazón nos ha unido en Él por medio de su santo amor, en el cual soy toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA CIII
BILLETE A UNA PERSONA DESCONOCIDA⁵¹

Seria amonestación para que corresponda a la gracia.

¡Viva † Jesús!

Si recordáis que un Profeta fue instruido por una burra, no encontraréis dificultad en creer que Dios se sirve de la más ruin y miserable de todas las pecadoras para deciros que no difiráis el sacrificio que os está pidiendo desde el momento de vuestra elevación. Si no lo hacéis, en la hora de la muerte sentiréis amargo arrepentimiento, pero será inútil. No queráis saber quién os dice estas palabras; mas recibidlas como Dios os lo inspire.

D. S. B.

CARTA CIV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Severa amonestación a dos personas enemistadas.—Violencia que tiene que hacerse la Santa para hablar de sus cosas.—Acerca de «el Librito de Dijon».—«Pausada y suavemente, aunque con energía y diligencia». «Este Divino Corazón es todo dulzura, humildad y paciencia».—Fragmentos de una carta del P. Croisset, S.I.

¡Viva † Jesús!

21 de agosto de 1689

He hecho, mi queridísima Madre, lo que Vuestra Caridad deseaba de mí, en lo referente a la persona de que me habláis, pero me parece que la dureza de su corazón hacia esa otra persona, tornará de tal modo insensible para ella al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que no solamente lo negará las gracias que había determinado concederle para unirla a Sí y perfeccionarla, sino que le quitará también las más eficaces para su eterna salvación y la abandonará a sí misma. Para impedir este mal es preciso que se haga toda la violencia que pueda para reconciliarse con esa otra persona, la cual debe también violentarse

⁵¹ Parece haber ido junto con la carta siguiente.

por su parte para contribuir cuanto le sea posible a esta unión tan necesaria para la santificación de una y otra. Es preciso para esto que ambas se venzan y entonces el Divino Corazón les dará con su gracia el auxilio necesario; pero no conseguirán nada sin trabajo. Esto es lo único que puedo deciros sobre este asunto, por el cual seguiré aplicando mis indignas oraciones.

Os confieso, mi querida Madre, que vuestro silencio acerca de las dos largas cartas que tuve el honor de escribiros me apena un poco, pues no sé a qué atribuirlo, sino tal vez a que os haya expuesto demasiado libre y sencillamente lo que pensaba, y que quizá debí encubrir bajo un humilde silencio. Si creéis que debo hacerlo así, no tenéis más que indicármelo y os aseguro que en esto contentaré en extremo mi inclinación a no hablar nunca de esas cosas, prefiriendo tenerlas sepultadas en el secreto del Sagrado Corazón de mi Divino Maestro, el cual es testigo de la violencia que tengo que hacerme para hablar de ello. Y aun no podría resolverme a hacerlo si no me diese a conocer que va en ello el interés de su gloria, por la cual sacrificaría con gusto millones de vidas si las tuviese, por el gran deseo que siento de darle a conocer y hacer que sea amado y glorificado.

Pero quizá no hayáis recibido mis cartas, lo que me afligiría todavía más, porque os confieso que me mortificaría mucho que cayesen en otras manos que en las vuestras, y por este medio fueran vistas de otras personas fuera de Vuestra Caridad. Porque la seguridad que siempre me disteis de que nadie las vería me hace hablaros con el corazón en la mano. En fin, os ruego que me digáis si las habéis recibido, a no ser que mi Soberano Maestro os inspire que me dejéis sufrir esta pena por su amor, a lo que me someteré gustosa, puesto que sólo quiero y deseo el cumplimiento de su santísima voluntad.

Permitidme, mi querida Madre, que os ofrezca un librito de la devoción al Sagrado Corazón (*el Librito de Dijon compuesto por la H. Joly*). Casi en el momento en que nos lo regalaron tuve intención de desprenderme de él en favor vuestro, con la esperanza de que los intereses del Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro harán que en él halléis consuelo. Nos lo ha enviado un gran siervo de su Divina Majestad que ha tomado muy a pecho la gloria y los intereses del Corazón de nuestro soberano Maestro, al cual desea sacrificar todos los suyos; mas por ahora no quiere ser conocido ni que se sepa su nombre. Y para vuestro consuelo, que me es tan querido como el mío, os envió la copia de una parte de su carta⁵²

⁵² He aquí este fragmento que anunciaba la Santa a la destinataria de la carta. Es, casi seguro, de una del P. Croisset, S.I.:

«... Uno de nuestros Padres, que es hombre de gran virtud y excelente predicador, me ha rogado que le envíe uno de esos libritos, porque tiene el designio de hacer algún sermón sobre esta devoción; así lo he hecho, y como predica en una gran ciudad y tiene mucho auditorio, no dudo que realice el proyecto que tiene de inspirar esta devoción a todo el mundo. He aquí, pues, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, esparcida, predicada, inspirada, y bien pronto floreciente en todas partes. ¡Qué gran consuelo tendréis con esta feliz noticia! ¡Que el Señor, que ha obrado esta maravilla, sea para siempre alabado y bendito! Ya tenéis vuestros deseos a medio cumplir. Estad persuadida de que daría gustoso toda mi sangre por dar

que, como a mí, os moverá a dar continuas acciones de gracias a la soberana Bondad. Como ya nos lo indicaron, han fijado el precio de los libros en siete sueldos; y habiéndose distribuido toda la primera edición en menos de nada, están ya con la segunda y no creo será la última.

Pero es necesario que se haga todo pausada y suavemente, aunque con energía y diligencia, conforme nos vaya proporcionando medios adecuados. Porque, en fin, mi querida Madre, es preciso proseguir la obra de Dios, sin desistir, sin cansarnos, sean los que quieran los obstáculos y contradicciones, porque Él es harto fuerte y poderoso para vencerlos y confundir a sus enemigos. Este Divino Corazón es todo dulzura, humildad y paciencia; por eso hay que esperar; Él hará cada cosa a su tiempo. Decidnos vuestro parecer sobre los libritos. Persuadíos, mi querida Madre, de que nada aumenta tanto el afecto de gratitud que debo a todas vuestras bondades, como el ardiente celo que tenéis por dar a conocer y hacer que sea amado y honrado el Divino Corazón de nuestro buen Maestro; confío que Él será vuestra recompensa. En su amor soy toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

a conocer a mi amable Salvador, que con tanta profusión me colma de sus mayores gracias, aunque soy el más infiel de todos sus siervos.

Pedidle instantemente por mí, que ya que me da tan ardiente deseo de amarle, me conceda su amor. Es preciso que sea yo todo fuego divino, todo amor; y entonces podré abrasar a los demás. En verdad, no sé si me engaño, pero me parece que Dios me ha destinado, principalmente, para amarle, y para vivir y morir de su puro amor. Todo lo demás, por grande que sea, no ha de ser sino consecuencia de eso; y creo que Dios quiere que el distintivo de mi carácter sea su amor. El deseo de amarle me abrasa, pero no puedo decir que le amo, viendo mis imperfecciones. No tengo humildad, y es la virtud que más necesito para conseguir ese amor divino. Por mucho que yo haga, es un don de Dios esa perfecta y sincera humildad tal cual veo que debiera tenerla y que comprendo bien que no tengo. Os ruego que redobléis vuestras oraciones por mí, y hagáis algo para alcanzarme esta importante virtud. Decid a mi amable Jesús, y suplicadle que termine en mí cuanto antes su obra, en la cual ha trabajado este año más aún que todos los demás, aunque he correspondido muy mal.

En cuanto a mi voluntad, me parece que está por completo trocada en la de Dios; las criaturas no tienen ya para mí casi ningún atractivo, y hasta estoy como insensible para todo lo que no es Dios. Amar y amar constantemente a mi Dios, sólo para amarle siempre, ésta es la disposición en que me pone. Todo lo demás no es nada para mí. Las penas, las cruces, la continua mortificación, son inseparables de este estado; pero bien sabéis que en todo esto no hay nada que sea duro, sino el nombre, cuando se sufre porque se ama. No hacer nunca más que lo que agrada a Dios, no amar sino a Dios, no vivir más que para amarle y hacer lo que le agrada, ésta es la disposición en que me pone con bastante frecuencia por su infinita misericordia, y de la que yo me salgo pronto por mis imperfecciones e infidelidades. Necesito esa profunda humildad y sencilla mirada hacia Dios y olvido de todo lo que no es Dios. Éstas son las gracias que no poseo y que me son absolutamente necesarias. Os digo todo esto en confianza, porque estando persuadido de que tomáis alguna parte en las misericordias que Dios me hace y quiere hacerme, redoblaréis vuestras oraciones para alcanzar lo que no tengo.

Me abandono enteramente a su providencia sin ocuparme más que en amarle. No sé si me ordenaré de sacerdote en el mes de septiembre próximo; si no, será dentro de pocos meses. Es lo único que deseo en este mundo. Ya os avisaré. Escribidme con algo más frecuencia, si tal es la voluntad de Dios. Aunque esta carta, sea ya en extremo larga, voy a añadir el designio que tengo, para saber vuestro parecer...»

CARTA CV
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Le participa, henchida de gozo, los obsequios hechos por sus dos hermanos carnales al amante Corazón.—«No os podéis imaginar el cambio que ha obrado el Sagrado Corazón en esa familia».

¡Viva † Jesús!

[Después del 12 de agosto de 1689]

Mi queridísima Madre:

La lectura de la vuestra del 19 de julio me ha causado inexplicables transportes de gozo, viendo que no dejáis de practicar cosa alguna que pueda contentar al Divino Corazón en los deseos que os manifiesta, y aun en las cosas para las cuales ya no veis, al indicároslas, modo alguno como pudiesen llevarse a efecto.

Sí, mi queridísima Madre; mi hermano el seglar es quien ha mandado edificar la Capilla de que os he hablado en Bois-Sainte-Marie; y ha encargado un cuadro como el nuestro para colocarlo en ella. Y mi hermano el sacerdote va a fundar en ella una Misa perpetua todos los viernes del año, y cantada solemnemente los primeros viernes de cada mes. Os digo esto en respuesta a la pregunta que me habéis hecho y para que bendigáis al Sagrado Corazón que les ha inspirado lo hagan. Pues yo no les había hablado de ello, no obstante el deseo que tenía de hacerlo, prefiriendo que saliese de ellos mismos. Y no os podéis imaginar el cambio que ha obrado el Divino Corazón en esa familia; me ha asegurado que estarían todos dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por defender y acrecentar esta devoción.

Soy toda vuestra en el Sagrado Corazón.

CARTA CVI

A LA H. FELICIA MAGDALENA DE LA BARGUE, MOULINS

Hay que proseguir hasta el fin, sin cansarnos ni desalentarnos.—«Me compadezco de mí y me causo horror a mí misma».—«Busquemos, a este único y puro amor de nuestras almas en el de nuestra propia abyección».—Manjares deliciosos al paladar del Salvador.—«Manantial inagotable, del cual cuanto más se saca, más hay por sacar». Jubilosas noticias acerca del apostolado del P. Croisset con los libros. «El Divino Corazón reinará a pesar de Satanás».

¡Viva † Jesús!

D e nuestro Monasterio de Paray
21 de agosto de 1689

Si mi carta os ha proporcionado mucho trabajo, la vuestra, mi amadísima Hermana, me ha proporcionado a mí gran consuelo, y me ha dado motivo de bendecir al soberano Maestro que os ha hecho tomar tan buen camino para conseguirlo con su gracia. Espero que no os la ha de rehusar para esto. Tanto más cuanto que la vuestra me ha confirmado en la creencia de que Él mismo es quien os da ese quehacer y no yo, que no valgo para otra cosa más que para echarlo todo a perder. Mas no debemos detenernos ahí, pues la obra no está aún concluida; es necesario proseguirla hasta el fin, sin cansarnos ni desalentarnos por mucha fatiga que nos proporcione este trabajo, puesto que es para gloria de Dios y santificación de vuestra alma. El Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro hace sea siempre muy amada de la mía, asegurándoos sin cumplimiento que os amo sinceramente en el mismo, fuera del cual todo lo demás es nada.

Os quejáis, querida amiga, de que no os hablo bastante confidencialmente. Estáis en esto muy equivocada, pues hasta creía excederme en este punto; y si no lo hago no es por falta de buena voluntad. Pero hablándoos francamente, os diré que en esto no hago lo que quiero, puesto que mi adorable Maestro, por el exceso de su misericordiosa bondad, me tiene anonadada en mi espíritu a vista de una tierra tan enteramente estéril y pobre de todo bien espiritual, que me compadezco de mí y me causo horror a mí misma y no acabo de admirarme, no solamente de que se dignen dar algún crédito a lo que pueda decir una criatura tan perversa, sino de que haya quien de ella se acuerde.

Me causa esto viva pena al tener que contestar por obediencia a lo que nos escriben; muchas veces lo hago sin pensar ni fijarme en lo que digo, que a veces es más de lo que quisiera; y esto produce en mí suma confusión por el temor que tengo de engañar a las criaturas que con frecuencia alaban lo que Dios condena y desecha. Pedid a su bondad infinita que no sea yo de este número, y que me sepulte en un eterno desprecio y olvido de todas las criaturas, pues en eso encuentro gran placer. ¡Pero cúmplase la voluntad de Dios y no la mía!

Volviendo a vos, os diré que estáis muy obligada al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo porque os atrae a Sí por un camino tan seguro como es el del humilde abatimiento de vos misma. Perseverad constante en esta senda, carísima Hermana, sin temor ni curiosidad, y no queráis buscar ni saber nada más que lo que fuere conveniente para caminar por ella y aseguraros tan sólidamente en este camino, que jamás os podáis desviar ni abandonarlo. Servíos para esto de los medios que Nuestro Señor os ofrece, aprovechando animosamente todas las ocasiones, porque Dios sólo se complace en las almas abatidas, las cuales viven en Él y en Él lo encuentran todo, cuando no se ocupan de sí mismas.

En fin, busquemos a este único y puro amor de nuestras almas en el de nuestra propia abyección. Es ésta tan preciosa a los ojos de nuestro soberano Maestro, que si los hombres la conociesen no perderían ocasión ninguna de practicarla, por dura que pareciese a la naturaleza, a la cual asusta todo lo que la humilla. Y por tanto, a pesar de sus repugnancias, es necesario regalar con frecuencia al adorable Corazón de Jesús con estos manjares deliciosos a su paladar. Quiero decir, las preciosas humillaciones, desprecios y abyecciones con los que alimenta aquí abajo a sus más fieles amigos.

No hay que buscar las ocasiones, pero sí aprovecharnos bien de las que Él nos ofrece. Sea cual fuere el medio de que para el caso se sirva, es indudable que salen siempre de su amabilísimo Corazón, que nos las envía por el ardiente deseo que tiene de unirnos a Sí por este medio tan seguro y tan rápido. Apliquémonos, pues, a ello seriamente, pero sin turbación ni apresuramiento. Hay que amar a este soberano Bien y olvidarnos de nosotras mismas, y así todo irá bien; pero esto quiere decir mucho.

Y en cuanto a lo demás, decidme: ¿por qué queréis hacerme siempre nuevos beneficios? ¿No sabéis que soy una pobretona que en cambio no os da más que un expresivo gracias? Tened cuidado no vaya a ser que nuestro soberano Maestro os reprenda por haberme enriquecido demasiado, porque me decís siempre que conserve lo que me dais por amor a vos, y así lo hago, pues aún tengo la estampita, y ahora el rosario, que os agradezco de todo corazón. Bien quisiera éste poder de hecho manifestaros la inmensa gratitud que siente por todas vuestras bondades y generosidades, que me confunden. Pero suplico al Sagrado Corazón de nuestro adorable Jesús, que es mi único tesoro, os recompense con la abundancia de su puro amor, que es el manantial inagotable, del cual cuanto más se saca, más hay que sacar. Decidid, mi querida amiga: ¿no sois toda de este Divino Corazón, y no sentís gran consuelo al ver cómo se extiende su reino? ¡Oh!, estoy bien cierta de que sí. Ahora tengo que contaros un hecho que ha servido para su gloria, y os dará motivo para bendecirle.

Y es que di a una persona de Lyon uno de los libros de Dijon. Dicha persona se lo mostró a un Padre joven (*el P. Croisset*) que, a su vez, se lo enseñó a sus jóvenes discípulos de Lyon, a quienes gustó de tal modo, que sacaron gran número de

copias, así de las letanías como de las oraciones, que rezan con mucha devoción. Después aquellos niños se las enseñaron a otros y todos sintieron tanta devoción, que como no daban abasto para sacar copias, se dirigieron a la persona que tenía el libro, rogándola que les diese algún conocimiento de la devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, porque querían hacer imprimir aquellos libros, ofreciéndose a porfía a pagar los gastos. Y un joven artesano tuvo en ello tanto empeño, que no hubo más remedio que condescender con su devoción.

Se dirigió al efecto a uno de los más afamados librereros de Lyon, el cual sintió tan fervoroso afecto a este Divino Corazón, que movido de devoción se ofreció en el acto a hacer los gastos por su cuenta. Esto dio lugar a que se entablara una piadosa contienda entre el joven que quería llevar a cabo aquella empresa y él. Habiendo al fin ganado éste la causa., pidió el libro del Sagrado Corazón y se fue a buscar a uno de sus amigos para que le añadiera alguna cosa, instándole tanto a hacerlo, que éste no pudo resistir; y quien ha hecho esta edición es un religioso muy santo (*el mismo P. Croisset*). Y de nuevo han hecho imprimir algunos que son muy hermosos y están muy bien encuadernados; y la venta ha sido tan abundante, que habiéndolos impreso por segunda vez después del 19 de junio, ya no queda ninguno y van a imprimirlo por tercera vez. En el amor de ese Divino Corazón soy toda vuestra.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

En fin, mi querida amiga, espero que el Divino Corazón reinará a pesar de Satanás y de cuantos se opongan. Os invito a que hagáis en Él vuestro retiro durante este tiempo en que vamos a entrar. Espero veros allí y conversar con vos a mi gusto, porque su amor me une siempre más y más fuertemente a vos; os suplico que presentéis mis humildes respetos a vuestra respetable Hermana Depuesta, a quien estimo y amo siempre muy sinceramente en el Corazón de nuestro buen Maestro.

CARTA CVII
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

La Santa reitera de un modo más explícito lo que había escrito a la misma M. de Saumaise en junio de este mismo año (Carta 100) respecto a los amorosos designios del Divino Corazón con respecto a Francia y a su rey Luis XIV.—Le propone emplear la mediación del confesor del Rey.—Misión de los Padres jesuitas respecto a la preciosísima devoción.—Ella es un mero instrumento del Divino Corazón.—Cómo hemos de trabajar por su gloria.

¡Viva † Jesús!

28 de agosto de 1689

El Padre Eterno, queriendo reparar las amarguras y angustias que el adorable Corazón de su Divino Hijo sintió en las casas de los príncipes de la tierra, en medio de las humillaciones y ultrajes de su Pasión, quiere establecer su imperio en la corte de nuestro gran monarca, de quien desea servirse para la ejecución de este designio, que tendrá lugar del modo siguiente: debe levantar un edificio donde se coloque el cuadro de este Divino Corazón para recibir en él la consagración y homenaje del rey y de toda la corte. Además, este Divino Corazón quiere ser el protector y defensor de su sagrada persona, contra todos sus enemigos visibles e invisibles, de los cuales quiere defenderle, y asegurar su salvación por este medio; por lo cual le ha escogido como a su fiel amigo para que consiga autorización de la Santa Sede apostólica para que se pueda decir la misa en su honor, y obtenga al mismo tiempo los otros privilegios que han de acompañar a esta devoción del Sagrado Corazón.

Por medio de ella quiere concederle a él los tesoros de sus gracias de santificación y de salvación, derramando abundantemente sus bendiciones sobre todas sus empresas, que hará prosperar para gloria suya, dando feliz éxito a sus ejércitos, y victoria contra la malicia de sus enemigos. Dichoso, pues, de él si se aficiona a esta devoción, que le conseguirá un reino eterno de honor y de gloria en este Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Él cuidará de elevarle y hacerle grande en el cielo ante Dios su Padre, a medida que este gran monarca se ocupe en reparar ante los hombres los oprobios y abatimientos que el Divino Corazón sufrió; lo cual hará tributándole por sí y procurándole de los otros la honra, amor y gloria que de él espera.

Pero como Dios ha escogido al R. P. de la Chaise para la ejecución de este designio, por el ascendiente que le ha dado sobre el corazón de nuestro gran Rey, ha de ser él quien lleve a cabo la empresa, procurando esta gloria al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; secundando de este modo el ardiente deseo que tiene de darse a conocer y manifestarse a los hombres, para que le amen y le tributen particular culto y homenaje.

Así, pues, si su bondad inspira a este gran siervo de su divina Majestad que emplee el poder que le ha dado para procurarle el contento que tan ardientemente desea, puede estar seguro de que jamás habrá hecho acción más útil a la gloria de Dios, más provechosa para su alma, ni de la cual reciba mayor recompensa, él y toda su santa Congregación (*la Compañía de Jesús*). Con esto conseguirá ser honor y gloria de la misma por los grandes tesoros de gracia y bendiciones que este Sagrado Corazón derramará sobre ella.

Porque, si quiso comunicarse primero a las Hijas de la Visitación, a las cuales fue dado manifestarle y darle a conocer por medio del establecimiento de esta misma devoción a ese Corazón amabilísimo, quiere que los reverendos Padres jesuitas manifiesten al mundo el provecho y valor de la misma, cosa que a ellos ha reservado particularmente⁵³.

Por lo cual, si os encontráis con algunos de buena voluntad, procurad que se ocupen en esto, pues por este medio se logrará la cosa más fácilmente, aunque al presente parezca difícil, así por los obstáculos que opondrá Satanás, como por las demás dificultades. Pero Dios está por encima de todo, y no pocas veces le place servirse de las cosas más pequeñas y despreciables para llevar a cabo grandes designios, tanto para cegar el entendimiento y confundir los vanos juicios de los hombres, como para manifestar que su poder puede todo lo que quiere, aunque no lo haga siempre. Pero no quiere violentar el corazón del hombre, para que, dejándole su libertad, pueda más justamente recompensarle o castigarle.

Me parece, mi querida Madre, que será cosa muy agradable a este Divino Corazón, serviros del medio que os ha inspirado, de escribir a mi respetable hermana la Superiora de Chaillot respecto al proyecto que Vuestra Caridad nos indica. Por lo demás, es preciso rogar por esta intención y pedir oraciones. Creo que sería bueno le enviaseis uno de los libritos de Moulins y otro de los vuestros.

Esto es lo que puedo deciros por ahora, pues no tengo en ello más conocimiento que ese que me ha dado a mí, pobre pecadora, indigna esclava y víctima del adorable Corazón de mi Salvador, que se sirve de una persona más bien propia para echar a perder esta obra que para llevar a cabo tan hermoso proyecto. Pero lo permite así para que se tribute toda la gloria al soberano Dueño, y no al instrumento de que se sirve, que es como el barro de que se sirvió este divino Salvador para ponerlo en los ojos del ciego de nacimiento.

Seguid, pues, animosamente las inspiraciones que Él os comunique; pues yo por mí misma no puedo añadir nada, ni buscar arreglo alguno a esto que os digo por obediencia; y de parte del Sagrado Corazón que quiere os manifieste con toda sencillez lo que Él quiere que diga; y si de otro modo lo hiciese, inutilizaría Él cuanto yo pudiera decir, retirando de ello su gracia. Además hace que me vuelva

⁵³ Véase la nota segunda de la Carta 141.

tan ignorante que no puedo añadir nada. Suplid vos esta ignorancia mía, y quedémonos en paz, cualquiera que sea el resultado de nuestros trabajos. Le pido con todo mi corazón que bendiga vuestras santas empresas y os dé ánimos para vencer generosamente todas las dificultades. ¡Cuán dichosas seríamos, mi querida Madre, si pudiéramos sacrificar nuestras vidas por ello!⁵⁴ Amén.

D. S. B.

CARTA CVIII A LA H. JUANA MAGDALENA JOLY, DIJON

¿Qué hacer «cuando nuestras empresas no se logran?»—Cuál es el único consuelo de la Santa.—Consoladores progresos de la devoción.—Dicha inmensa de trabajar en esta nobilísima empresa.—«Quiere establecer su imperio por la dulzura y suavidad de su amor».—Qué es lo que forma las delicias del amante Corazón.—Bajísimo sentimiento de sí misma.

¡Viva † Jesús!

28 de agosto de 1689

Es cierto, mi queridísima Hermana, que la vuestra, que acabo de recibir en presencia del Santísimo Sacramento, me confirma aún más en que sois del número de los verdaderos amigos del Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, así por la humildad que practicáis conmigo, que soy la más indigna de sus esclavas, como por el ardiente celo que manifestáis tener por el progreso de su gloria, por la cual os habéis olvidado de vos misma. ¡Ah!, dichoso olvido que os procurará un eterno recuerdo de ese amable Corazón, el cual espero que no se olvidará de vos ni de lo que por Él hacéis.

No os canséis, pues, mas considerad como una gran dicha el que se aumente vuestro trabajo y os proporcione algunas cruces de humillación y mortificación. Éstas son las verdaderas señales que a Él le agradan y en medio de las cuales debemos rendir nuestras acciones de gracias, así por el mal éxito como por el bueno, quedando contentas y sumisas a su beneplácito, cuando nuestras empresas no se logren y parezcan inútiles todos nuestros deseos. Él se complace en nuestra sumisión y conformidad a su santísima voluntad, como en lo demás que pudiéramos hacer; porque bien sabe Él quiénes son las personas que ha destinado particularmente para el establecimiento de su reino, en cuyo número

⁵⁴ La iniciativa de la Santa no dio resultado, ya fuera porque la Superiora de Chaillot lo dejara pasar, ya porque el P. de la Chaise, confesor de Su Majestad, no juzgase el momento oportuno para hablar de ello a Luis XIV, o bien porque el mismo príncipe no hiciera caso de semejante mensaje divino.

creo estáis vos. Y en vano podrían mezclarse otras con ello, pues, si no derrama sobre ellas la unción de su gracia, nada lograrán.

Confieso que tengo el corazón enteramente insensible a cualquier linaje de gozo y consuelo que no sea el que se refiere al progreso de la gloria de este Divino Corazón, que a veces me lo hace sentir con tanto exceso, que sería difícil explicarlo. El que tuve con lo que me decís fue muy grande, y mayor todavía el que me dio la fausta noticia de ese buen Padre capuchino que se ocupa en esto con tanto afecto. Porque se complace mucho en los servicios que le prestan los pequeños y humildes de corazón, y derrama grandes bendiciones sobre sus trabajos.

Espero que con el tiempo se realice lo que me decís; pero es preciso esperar con paciencia el auxilio de este Sagrado Corazón, porque su gracia va obrando suave, fuerte y pausadamente. Quiere, sin embargo, que seamos fieles y prontas en seguir sus luces, y estemos prontas a hacerlo, pero sin excesivo apresuramiento. ¡Ah!, mi querida hermana, cuán obligadas estamos a este Divino Corazón, porque se digna servirse de nosotras para la ejecución de sus designios, pues tiene reservados tesoros de gracias para todos los que se empleen en ello, según los medios que Él les dé. No podéis figuraros cuántas bendiciones derrama esta santa devoción. [Ha habido algunos curas de aldea que la han establecido en sus parroquias en cuanto han tenido conocimiento de ella; y hasta personas de mucha piedad y doctrina, después de haberse opuesto vivamente, ahora la predicán en público y enseñan que no hay nada más saludable ni más santo.

De un hecho muy singular podéis enteraros por la carta que enviamos a nuestra hermana Saumaise con un libro recientemente impreso que nos han regalado; y ha sido para mí una satisfacción desprenderme de él en su favor, y lo haría asimismo en favor vuestro si tuviera más; espero podérselo mandar más tarde. Creo os moverá a bendecir al Señor en adelante, porque me parece, si no me engaño, que el que lo ha compuesto no se contentará con eso. ¡Quiera Dios que sea verdad! Todo vuestro libro está contenido en el principio, y os puedo asegurar que quien lo ha compuesto es una persona muy santa. En fin, querría deshacerme de gratitud por todos estos dichosos comienzos que van progresando tanto. En esto consiste todo mi gozo y consuelo, todos mis intereses y aspiraciones. Me parece estar insensible a lo demás. Pero me insta tan vivamente a amarle y a hacerle amar, que aun cuando fuera necesario para conseguirlo sufrir todos los trabajos, penas y dolores, serían para mí delicias, sufriendolos por esta causa; y no hay sufrimiento alguno al que yo no me ofreciese con gusto. Aceptaría hasta las mismas penas del infierno con tal de hacerle reinar, puesto que Él manifiesta tan gran deseo de derramar abundantemente el tesoro de sus gracias santificantes y de salvación sobre las almas, de las que tantas se pierden. Pero su bondad, a pesar de los artificios de Satanás, sacará a muchas del camino de perdición.]

Debéis, pues, considerar como dicha muy grande emplearos en obra tan santa. No temáis olvidaros de vos misma para ocuparos en ella, pues ese olvido de todo interés propio es la verdadera disposición que pide de los que se emplean en esto.

No os olvidará en medio de vuestro trabajo. Os mira complacido y se dedica a purificaros y santificaros para uniros perfectamente a Él mientras vos os ocupáis en glorificarle. Os ama y vos no debéis dejar de hacer cosa ninguna que dependa de vos para corresponderle.

No os quejéis de mi silencio, puesto que no procede de olvido ni de indiferencia, sino del ardiente deseo que siempre he tenido de vivir pobre y desconocida de todas las criaturas. Deseo no se acuerde de esta miserable pecadora más que para despreciarla y humillarla; así para que me den lo que a mí se me debe, como para abismarme en mi nada por el amor a mi abyección, que debería amar en todo. Y más que nada por el dulce pensamiento de que este amable Corazón no ha encontrado criatura más miserable, ruin e indigna que yo para ejercitar en ella sus misericordias y darme parte en esta obra, que ha de procurarle tanta gloria, con la esperanza de que Él tendrá cuidado de proporcionar todos los medios y auxilios necesarios.

Y cuando Satanás suscitaba oposiciones y contradicciones, que al principio han sido mayores de lo que pudiera deciros, su bondad me levanta el ánimo con aquella amorosa palabra que infundía en mí una confianza y seguridad inquebrantables: **¿Qué temes? Reinaré a pesar de Satanás y de todo lo que a ello se oponga.**

¡Ay de mí, mi querida Hermana!, ¡cuánta razón tengo para temer por mis ingratitudes e infidelidades no sea yo un obstáculo al establecimiento de su reino! Y esto me hace desear mil veces la muerte y ser exterminada de la tierra antes que ponerle el menor impedimento. Pero estoy convencida de que quiere establecer su imperio por la dulzura y suavidad de su amor, y no por los rigores de su justicia. Por lo cual, no queriendo que me pierda, me une Él mismo al bien espiritual, por medio de su puro amor, y a sus más fieles amigos, a fin de que reparen con su amor las infidelidades que yo cometo en su santo servicio. Si estas santas almas conocieran todo lo perversa que soy, jamás consentirían en esta unión, por temor de que yo les atrajese la indignación del Sagrado Corazón, sin el cual la vida me sería un tormento insoportable.

Es preciso, pues, amarle con todas nuestras fuerzas y potencias, cueste lo que cueste. ¡Qué felices seríamos si nos juzgase dignas de sufrir algo por su amor! En Él deseo se abraze vuestro corazón hasta que del todo se transforme en Él, para no formar los dos sino una misma cosa con Él. Él solo conoce cuán amada ha hecho que sea vuestra alma de la mía, la cual no os olvida en su santa presencia, como tampoco todas esas santas empresas que acometéis por su gloria. [Ésta es la principal intención que tengo en todas mis oraciones.

Me parece que el amor que tenéis a este Divino Corazón debe hacer que os intereséis un poco en pedirle que me consuma en sus más vivas llamas, para que aprenda a amarle. Porque, ¡ay!, tengo vergüenza de decir que le amo, puesto que no sufro nada, o al menos tan poco, que esto me sirve de duro martirio y de tormento; porque querer amar a Dios sin sufrir por su amor, no es más que ilusión. Tampoco puedo comprender que alguien diga que sufre si ama verdaderamente al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, puesto que Él endulzará las amarguras más amargas, y da a gustar sus delicias en medio de las mayores penas y humillaciones. Pero decidme, mi querida Hermana, si el solo deseo de amar ardientemente al Sagrado Corazón produce este efecto, ¿cuáles serán los que produzca en los corazones que le amen verdaderamente, y cuyo mayor sufrimiento es no sufrir bastante o, mejor dicho, no amar bastante? Creo en verdad que todo puede trocarse en amor, y que un alma que una vez se abrasa en ese fuego sagrado no tiene ya más ejercicio ni ocupación que amar sufriendo.]

Amemos, pues, a este Sagrado Corazón en la cruz, puesto que lo que forma sus delicias es encontrar, en un corazón amor, sufrimiento y silencio.

Espero que este borrador hará que no os quejéis de mi silencio. Habéis encontrado el secreto de obligarme a interrumpirlo hablándome del amable Corazón de nuestro buen Maestro, para el cual el mío miserable no puede tener límites ni medida. Pero, ¡ay de mí!, esto es sólo en palabras que no tienen efecto. Rogadle, pues, que no se canse de mí. Me consuela en extremo saber que vuestra respetable Madre y toda vuestra santa comunidad se interesan siempre vivamente por la gloria de este Divino Corazón. Le suplico que en cambio os enriquezca con los más preciosos tesoros de sus gracias y bendiciones, derramándolos sobre todas en general y sobre cada una en particular.

Nuestra queridísima Madre nos ha concedido fácilmente licencia para ofrecer una comunión general por vuestro confesor, el cual tiene parte en todas las mías, conforme a nuestra promesa. Espero yo un recuerdo en sus santos sacrificios. Creo que hará conmigo este acto de caridad y que tiene mucho poder con el Sagrado Corazón, en cuyo amor soy, etc.

D. S. B.

CARTA CIX
A LA M. M. F. DUBUYSSON, MOULINS

**Le manifiesta sus afectuosos sentimientos.—«Lo quiere todo de los que aman».—
¿Cómo gozar de una paz inalterable?—Rápidos progresos del nuevo culto en Lyon, en
Marsella y en las Casas de formación de los Hijos de la Compañía de Jesús.—Estupenda
humildad de Margarita.**

¡Viva † Jesús!

D e nuestro Monasterio de Paray
22 de octubre de 1689

Bendigo mil veces al Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro, mi respetable y queridísima Madre, por haber inspirado a vuestro corazón que consuele al mío con una de vuestras muy queridas cartas. Porque os confieso que sentía casi la misma pena que vos decís, pues Nuestro Señor me quiso mortificar no solamente con que no hubierais recibido la que tuve el honor de escribiros, sino también no recibiendo yo las vuestras, ni una palabra que me dejase confiar en no tener que volver a importunaros.

Pero, puesto que vuestra bondad me invita a hacerlo, ruego a Dios que todo sea para su mayor gloria, y que os dé a conocer que los buenos sentimientos que me da de Vuestra Caridad y su querida comunidad están muy lejos de los que vuestra humildad os ha hecho creer que tengo, puesto que la miro como a objeto de las complacencias del amable Corazón de nuestro buen Maestro, y a vos en particular, mi única Madre, como a una de sus más fieles amigas. Y los afectos de amor y de celo para con Él, que Él mismo os comunica, son señales que me confirman aún más en este pensamiento.

¡Ah, qué gracia tan grande, mi querida Madre! Hacedla valer conforme a los designios del Sagrado Corazón; continuad rindiéndole y procurándole siempre todo el honor, el amor y la gloria que podáis, porque no puedo dejar de creer que estáis en el número de sus predilectas. Pero lo quiere todo de los que ama; es decir, quiere perfecta conformidad de vida a sus santas máximas, completo anonadamiento y olvido de nosotros mismos, abandonándonos con amorosa confianza al cuidado de su providencia.

¡Dios mío, mi querida Madre, qué gran contento da ser toda suya, hacer en Él nuestra morada y establecer en Él todo el fundamento de nuestra perfección! Allí gusta el alma un reinado de paz inalterable, mirando todas las vicisitudes y turbaciones de la vida sin conmovirse ni turbarse por esas cosas que pasan como un sueño, y que, sin embargo, nos serán provechosas a medida que las despreciemos, por medio de una entera conformidad al divino beneplácito. No permitiría éste las contradicciones aflictivas que nos sobrevienen, si no tuviese el

designio de desprendernos por este medio de las criaturas y de nosotros mismos, para unirnos más íntimamente a Él como a nuestro único bien. Amémosle, pues, mi querida Madre, con todas nuestras fuerzas, y démoselo todo a su amor, a fin de que nos consuma y purifique con sus más vivas llamas, en medio de las cuales nos abrasemos eternamente en el horno encendido de ese Divino Corazón.

Estando escribiéndoos ésta, nos han regalado un libro que trata de Él, y en el acto lo he destinado para vos con mucho gusto, pensando que no podía servirme de él más útilmente que en vuestra querida persona, a quien considero como otra yo. Pero nuestra querida H. María Ana Cordier me ha privado de este contento, diciendo que ella os enviaba uno. Por lo cual se lo ofrezco, con vuestro permiso, a nuestra querida H. de la Barge, a la cual pensaba enviar el primero que tuviese.

En fin, mi querida Madre, es un consuelo oír los dichosos progresos que hace esta amable devoción. De Lyon nos dicen que es milagro el fervor y afán con que todos se consagran a ella. Nos han nombrado tres o cuatro ciudades en las cuales van a imprimir esos libros, siendo una de ellas Marsella; y sólo en ese punto han pedido 1.000 ejemplares. De las veintisiete casas religiosas de esa ciudad, no ha habido ninguna que no haya recibido esta devoción con el mayor fervor; unas le han levantado altares y otras le mandan construir capillas; y en cuanto oyeron hablar de dicha devoción, pidieron con grandes instancias a los predicadores que les hiciesen exhortaciones para explicársela bien. En menos de quince días se esparció de tal modo, que un número increíble de personas devotas comulgaban todos los Primeros Viernes. Nos han dicho además que van a establecerla en todas las casas de los reverendos Padres jesuitas, los cuales hacen comulgar los Primeros Viernes de mes a los Padres jóvenes que aún no dicen Misa.

He querido deciros una palabrita de estos felices progresos, a fin de que bendigáis por ello a nuestro soberano Maestro, al cual os suplico pidáis que me saque de esta vida antes de que sea yo obstáculo a sus grandes designios, como lo soy por mis infidelidades, ingraticudes y resistencias, de que mi vida es un conglomerado. ¡Ay, mi querida Madre!, si os pudiera dar a conocer el estado lastimoso de una vida tan llena de tibieza y de cobardías como la mía, os compadeceríais y pediríais al Divino Corazón, como os suplico lo hagáis, mi perfecta conversión y que Dios cumpla perfectamente en mí su santa voluntad y me dé su puro amor. Esto le pido yo también para Vuestra Caridad, de quien soy toda de corazón y de afecto en el amor de este Corazón adorable.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA CX
A LA H. DE LA BARGUE, MOULINS

Le habla con seráfico acento del amor al amabilísimo Corazón.—«Con tal de que Él esté contento, esto debe bastarnos».—«No existen ya sufrimientos para los que aman ardientemente al Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús».—Condiciones que exige la seráfica Virgen para tener amistad a alguna persona.—Su prolongada agonía.—Afectuosos saludos para varias personas.

¡Viva † Jesús!

[22 octubre 1689]

En fin, querida amiga, es preciso que de una vez nos consumamos sin excepción ni remisión en ese horno encendido del Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro, de donde jamás debemos salir. Y después de haber perdido nuestro corruptible corazón en esas divinas llamas del puro amor, debemos tomar otro nuevo que nos haga vivir en adelante una vida renovada, con un corazón nuevo que tenga pensamientos y afectos completamente nuevos y que produzcan obras nuevas de pureza y fervor en todas nuestras acciones.

Es decir, que no debe haber ya nada nuestro, sino que es preciso que el Divino Corazón de Jesús se sustituya de tal modo en lugar del nuestro, que Él solo viva y obre en nosotras y por nosotras; que su voluntad tenga de tal modo anonadada la nuestra, que pueda obrar absolutamente sin resistencia de nuestra parte; y en fin, que sus afectos, sus pensamientos y deseos estén en lugar de los nuestros y sobre todo su amor, que se amará Él mismo en nosotras y por nosotras. Y de este modo, siéndonos este amable Corazón todo en todas las cosas, podremos decir con San Pablo, que no vivimos ya, sino que vive Él en nosotras.

Creo, querida amiga, que estaréis en esta disposición al salir de este santo retiro, acabado el cual me parece que ya no debemos respirar más que llamas de puro amor crucificante y por completo sacrificado por una continua inmolación de nosotras mismas al divino beneplácito, a fin de que se cumpla perfectamente en nosotras, contentándonos con amar y dejarle hacer. Ya sea que nos abata o que nos eleve, que nos consuele o nos aflija, todo debe sernos indiferente. Con tal de que Él esté contento, esto debe bastarnos.

Amemos, pues, a este único amor de nuestras almas, puesto que Él nos ha amado primero y nos ama ahora con tanto ardor, que se abrasa continuamente en el Santísimo Sacramento. Y para hacernos santas no es necesario más que amar a este Santo de los Santos. ¿Quién nos impedirá que lo seamos, puesto que tenemos corazones para amar y cuerpos para sufrir? Pero, ¡ay!, ¿es posible sufrir cuando se ama? No, mi querida amiga; no existen ya sufrimientos para los que aman ardientemente al Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, porque los

dolores, las humillaciones, desprecios y contradicciones, y todo lo más amargo a la naturaleza, se trueca en amor en ese adorable Corazón que quiere ser amado únicamente.

Quiere poseerlo todo sin reservas y quiere hacerlo todo en nosotras, sin que pongamos resistencia por nuestra parte. Entreguémonos, pues, a su poder, confiemos en Él, dejémosle hacer, y veremos cómo empleará indefectiblemente todos los obreros necesarios para nuestra perfección; de suerte que se terminará pronto la obra, con tal de que no pongamos obstáculos. Porque con frecuencia, por querer hacer demasiado, lo echamos todo a perder y le obligamos a que nos deje obrar a nosotras mismas y a que se retire Él disgustado con nosotras. ¡Ah, el que le ama de un modo perfecto, no hay miedo de que le resista!

Pero, en fin, mi querida amiga, ¿qué diréis de mí, que os hablo de este modo sin motivo, aunque no sin deseo de que amemos a este único amor de nuestras almas? Porque os confieso que, a pesar de todos los sentimientos del más sincero y verdadero afecto que me ha dado hacia vos, si demostraseis frialdad en amar a este amabilísimo Corazón de mi Jesús, o nuestra amistad pusiese algún obstáculo a su puro amor, o no estuviese fundada en Él y se dirigiese a Él, os digo que me retiraría tan por completo de vos, que no tendríamos trato alguno. No dejaría de seros muy ventajoso, siendo yo tan perversa e indigna pecadora. Y no obstante, no os amo, sino porque os ama este Divino Corazón y me parece desea que os ame yo. Porque sólo su puro amor nos hace obrar todo lo que le place; y sólo el perfecto amor nos hace obrar del modo que le place; y sólo también el perfecto amor puede hacer que hagamos todas las cosas cuando le place.

Pero, Dios mío, mi querida Hermana, me parece que mi lengua se ha colocado en los puntos de la pluma al llegar el momento de escribiros, porque habiendo perdido la palabra en Ejercicios, hace como unas tres semanas que no hablo, con gran contento de mi alma, que ama a la vuestra ilimitadamente en el amable Corazón de mi Salvador. Os suplico que aceptéis uno de los libros de Lyon que tratan de Él y que os ofrecemos en el mismo momento de recibirlo.

Me había propuesto no escribiros más que una palabrita para enviároslo y, sin embargo, ved cómo se desahoga mi corazón en el vuestro, que deseo esté siempre abrasado con las llamas del puro amor. Formo el mismo deseo para nuestra respetable y amabilísima Hermana Depuesta, a quien amo y estimo siempre de un modo singular en el Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro, en cuya presencia no la olvido. Os suplico que la abracéis en mi nombre, y mi contento sería completo si tuviera un libro que ofrecerla. Os ruego que aseguréis también a nuestra querida H. Morant mi sincero afecto y perfecta amistad en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Salvador y deseo que se abraze ella también en las llamas del Divino Amor, en el que soy toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Y que os baste con esto, mi querida amiga, para el resto del año.

CARTA CXI
A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Le pide humildemente consejo acerca de cierta correspondencia.—Se consuela por los progresos oficiales del nuevo culto.—Cada vez más hambrienta y cada vez más disgustada.—De quiénes se servirá el Divino Corazón para establecer su Reinado.

¡Viva † Jesús!

[3 de noviembre de 1689, o más bien fin de octubre]

Como no había dejado de hablar de la Misa del Sagrado Corazón conforme a vuestro deseo, mi querida Madre, con ese santo religioso que es quien ha compuesto el libro de Lyon (*P. Croisset*), esperaba su respuesta para enviáosla y que os sirviera de consuelo. La recibiréis adjunta, aunque no dice nada referente a eso. Tened la bondad de devolvémosla y decirme si debo hablarle tan abiertamente como desea. Ya conocéis cuánto trabajo me cuesta hacerlo. Me siento instada a pedir vuestro parecer y seguirlo.

Me ha vuelto a escribir otra después de la que os envió, en la que me dice que nuestra Hermana, la Superiora de Marsella, le ha escrito una extensa carta en nombre de su Comunidad, referente a la devoción del Sagrado Corazón. Debo confesaros que hace ya algún tiempo que me siento apremiada a tratarla, porque el Divino Corazón me ha dado a conocer que lo deseaba Él y que sería para gloria suya, siendo de utilidad para esta amable devoción. Decidme, os ruego, si vos lo aprobáis. Temo siempre equivocarme y engañar a los demás. Por tanto, espero vuestra respuesta lo más pronto posible y que me comunicéis lo que pensáis de todo esto.

Os agradezco la bondad que habéis tenido conmigo enviándome esa segunda aprobación (*del librito de la H. Joly y de la Misa del Sagrado Corazón que contiene*). Vuestro celo por la gloria del Sagrado Corazón me consuela más de lo que pudiera decir. No se perderán vuestros trabajos. Jamás se vio fervor como el que esta santa devoción derrama en los corazones. ¡Sea Dios eternamente bendito!

No os he olvidado en la soledad (*de los Ejercicios*), durante los cuales nuestro soberano Maestro me ha dado sus gracias con más abundancia y profusión que

nunca, no cansándose de hacer beneficios a esta ingrata. Os diré que he salido de este retiro [tan flaca, que he pasado cerca de tres semanas] sin poder hablar. No me afligía absolutamente nada, pues de este modo tenía más tiempo para conversar con el único amor de mi alma, la cual está siempre hambrienta de su puro amor, y en consecuencia, más disgustada de las criaturas. ¡Oh, mi querida Madre!, es preciso amarle con todas nuestras fuerzas cueste lo que cueste. Debemos trabajar con mayor fervor en nuestra santificación. Puesto que Él es santo, tenemos que ser santas. Y si para esto sólo es necesario amar, abrasémonos sin cesar en el horno encendido de su puro amor, que nos purificará y santificará al mismo tiempo para que podamos corresponder a sus deseos.

Debo decir que algunas veces me he quejado a Él porque no emplea personas de autoridad y de ciencia, que hubieran podido adelantar mucho [la devoción de su Divino Corazón] con su influencia. Y me parece que me ha dado a entender que para esto nada le sirve el poder humano, porque la devoción y el reinado de este Sagrado Corazón no se establecerán sino por medio de personas pobres y despreciadas, y entre contradicciones, a fin de que no se atribuya nada al poder humano. Y que, a pesar de todas las oposiciones y contradicciones que en contra de esto pudieran levantarse, reinará y se manifestará, y hará que le amen aun los mismos que se opusieron a ello. Os descubro mis pensamientos sencillamente. Y os pido me guardéis secreto y me creáis toda vuestra en el amor de este adorable Corazón.

D. S. B.

CARTA CXII A LA M. DE SAUMAISE, DIJON

Está la Santa «completamente anonadada y perdida en Él mismo».—«A modo de aceite, o más bien, de bálsamo precioso».—Poder del Corazón de Jesús para aplacar la cólera divina.—Poder que sobre Él tiene la oración en común.

¡Viva † Jesús!

[22 de diciembre 1689]

En cuanto a lo que me decís que os hable con franqueza, os diré que el amable Corazón de Jesús no me permitiría hacerlo de otro modo con vos, aunque al presente lo tiene todo anonadado en mí y todo reducido al silencio, de tal suerte que no me deja tener mira alguna ni conocimiento más que para amarle y adorarle. Así que estoy completamente anonadada y perdida en Él mismo. No os canséis, mi querida Madre, de vuestro trabajo. Espero que hará Él que sea para gloria suya cuando llegue el momento. Porque los asuntos que miran

directamente a la gloria de Dios son muy diferentes de los del mundo; en éstos hay que tomar una parte muy activa, mas en los de Dios es preciso contentarse con seguir su inspiración y después dejar que obre la gracia siguiendo sus impulsos en cuanto podamos, como veo lo hacéis.

La devoción al Sagrado Corazón no ha de ser forzada, sino que quiere insinuarse Él dulce y suavemente en los corazones por medio de la caridad, a modo de aceite, o más bien de bálsamo precioso, cuyo olor y licor se derrama suavemente. No nos aflijamos si vemos que nuestros deseos no se realizan tan pronto como quisiéramos para gloria del Divino Corazón. Sólo permite este retraso por lo mucho que se complace viendo aumentar nuestro ardor y diligencia en conseguirlo, y también para que el fervor de esta santa devoción dure más tiempo, concediéndonos poquito a poco las cosas que anhelamos, aunque, sin embargo, a mí me insta continuamente a que le dé a conocer y procure le amen. Yo me ofrezco a Él con este objeto, para que me inmole y me sacrifique como a su víctima, conforme a sus designios y al beneplácito de su amor.

¡Ah mi querida Madre!, ¿por qué no nos abrasamos en el fuego divino que ha venido a traer a la tierra? Sí, es preciso que nos consumamos. Quiero que mi ejercicio sea amar y abrasarme en esas santas llamas. Amemos, pues, al Sagrado Corazón, que será el altar de nuestros sacrificios. ¡Oh, cuán poderoso es este Divino Corazón para aplacar la cólera de Dios, irritado por la multitud de nuestros pecados, que han traído sobre nosotros todas estas calamidades que nos afligen! Y es preciso orar para que no nos sobrevengan otras mayores. La oración en común tiene gran poder cerca del Sagrado Corazón, que apartará los rigores de su divina justicia, poniéndose entre ella y todos los pecadores para obtener misericordia.

D. S. B.

CARTA CXIII A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Consoladores progresos de la gran devoción.—Tres cosas que pide el Sagrado Corazón de Jesús a sus amigos.—Las Religiosas de Paray, entusiastas del nuevo culto.—Gracias que tiene preparadas para la Comunidad de Semur.

¡Viva † Jesús!

[1689 o 1690]

Debo comunicaros una noticia que me han dado tocante a la devoción del Sagrado Corazón de Jesucristo; y es que se va esparciendo por todas partes, por

medio del Retiro del R. P. de La Colombière, y que se ha erigido una Congregación bajo el título del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo⁵⁵.

No sé de cierto si ha sido en París, pero lo que sé es que se está formando otra dedicada a honrarle.

He aquí una cosa que este adorable Corazón pide a sus amigos: y es pureza en la intención, humildad en la ejecución y unidad en la pretensión. No dudo de que lo comprenderéis mejor que yo.

No es pequeño consuelo ver acrecentarse esta devoción, que visiblemente se sostiene y hace progresos por sí misma. No puedo callarme sobre ello. Soy tan necia, que no sabría escribir una carta sin hablar de este Sagrado Corazón. No puedo amar a persona alguna sino con la condición de que ame ella al Sagrado Corazón de mi Jesús; ni puedo tener amor ni afecto más que a lo que Él ama. Amémosle, y no nos preocupemos de nada más.

Es un consuelo ver cómo nuestras queridas Hermanas de esta casa se van aficionando a honrarle, y el ardor con que lo hacen; aun las que se oponían, son ahora las más fervorosas. Me ha mostrado un tesoro de gracias de salvación y de santificación que tiene para vuestra Comunidad, por el gran contento que Nuestro Señor Jesucristo halla en él culto que se tributa en esa Casa a su Sagrado Corazón. Pero hablándoos con sencillez, os diré que no creo que las gracias que promete consistan en la abundancia de las cosas temporales; porque dice que no pocas veces son ellas las que nos empobrecen de su gracia y de su amor. Con esto es con lo que quiere enriquecer vuestras almas y vuestros corazones.

⁵⁵ Debe referirse la Santa a la *Cofradía del Corazón de Jesús y María*, fundada, por San Juan Eudes en su Seminario de Coutances (véase la nota primera de la Carta LIII), por un Breve de Clemente X, que no se puso en ejecución hasta dar, el 25 de enero de 1688, el correspondiente Decreto el señor Obispo diocesano. Ya antes de esta fecha, se habían fundado, por iniciativa del mismo Santo, otras varias Cofradías. Véase *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, por el P. Bainvel, S.I. (Librería Religiosa. Aviñón, 20, Barcelona, 1922. 347 páginas). Por lo demás, ignoramos a qué Cofradía que se estaba fundando aludiría Santa Margarita en las líneas siguientes.

CARTA CXIV
A SU HERMANO, EL ALCALDE

A propósito de la enfermedad de su cuñada, muestra Margarita lo exquisito de su cariñosa solicitud.—La aconseja haga santo uso de aquélla.—Le habla de la Capilla del Bosque de Santa María.—El Sagrado Corazón de Jesús «desea de vos más amor que temor».

¡Viva † Jesús!

Enero 1690

He recibido vuestra carta tan tarde, mi queridísimo hermano, que no tengo tiempo más que para deseáros un santo y feliz año, y demostraros mi sentimiento por la enfermedad de mi querida hermana, la cual en verdad, hace agravio a la sincera amistad que siempre he tenido con ella, pensando que pueda olvidarla, y quiero que sepa que antes me olvidaría de mí misma. La tengo muy fuertemente unida a mi corazón en el de Nuestro Señor Jesucristo, que voy a empezar una novena a su intención. Y le suplico que ponga toda su confianza en este Divino Corazón, y que mande decir en su honor, el viernes, cinco misas de la Pasión. Abrazo mil veces a esta querida hermana, y sufro yo pensando en sus grandes dolores. Enviadme noticias tuyas para consolarme, pues la amo tiernamente. Le suplico que haga santo uso de su enfermedad, para que la santifique al mismo tiempo que la aflige.

En cuanto a vuestra capilla, es preciso tener paciencia. Espero, mi querido hermano, que todo se llevará a cabo para gloria de ese amable Corazón, al cual bendigo y doy gracias con todo mi corazón, por las que os concede, y suplico que continúe haciéndooslas y os dé la fidelidad y correspondencia que espera de vos. Os convido a hacerlo así y a que le devolváis amor por amor, y a no obrar con tanto temor; pues parece que tenéis miedo de que os hable Él y trate con demasiada familiaridad. Pero sabed que desea de vos más amor que temor. Por lo tanto, abandonaos a su amor y dejadle obrar en vos, de vos y por vos, según sus deseos y su beneplácito, sin reflexionar más sobre vos mismo.

CARTA CXV
A UNA SUPERIORA DE SANTA ÚRSULA⁵⁶

La consuela muy afectuosa y espiritualmente en la muerte de una persona muy querida de entrambas.—La anima a llevar airoosamente, confiada en el Señor, la cruz de su cargo.—Se encomienda muy humildemente en sus oraciones.

¡Viva † Jesús!

12 de enero de 1690

Mi reverenda Madre:

Puedo aseguraros que comparto con vos la pérdida que acabáis de tener, habiéndola sentido vivamente, por la estima y consideración que os tengo, amándoos sinceramente en el Corazón de nuestro adorable Salvador. Vuestra carta me ha dado ocasión de bendecir y dar gracias a Nuestro Señor viéndoos tan sumisa a su santísima voluntad, en ocasión de tanto sentimiento como ésta, en la que sólo Él puede suavizar vuestra aflicción. No os podéis figurar cuánto me ha admirado la misericordia de Dios para con esa querida difunta, habiéndole dado tan admirable disposición para prepararse a la muerte. La última vez que tuve el honor de verla, me dijo que no quería ocuparse más que en el gran asunto de su salvación, y que no le importaban ya las cosas de la tierra.

Esto debe consolaros mucho y moderar vuestro justo dolor, que siento yo vivamente, por la parte que tomo en cuanto a vos toca, y por la tierna y sincera amistad que me unía con la querida difunta. No podríais imaginaros cuán dentro de mi corazón la había colocado Dios Nuestro Señor. Consolémonos, mi querida Madre; espero que será nuestra abogada en el cielo. ¡Ay, cuán feliz es por estar ya fuera de esta miserable vida, donde no hay más que penas y aflicción de espíritu, viendo siempre en peligro nuestra salvación a causa del pecado, que es el mayor mal del alma!

Con razón, mi querida Madre, sentís el peso de vuestro cargo. En verdad, que si el que lo impone no ayudase a llevarlo, sería difícil salvarse; pero confío en que el Corazón de Jesús ha de ser la fortaleza del vuestro, y que será Dios glorificado con el trabajo que encontréis en él. Trabajad, pues, animosamente y sin cansaros en la viña del Señor, pues ha unido a ello el precio de vuestra corona, y también al olvido de vos misma y de todos vuestros intereses, para no pensar más que en

⁵⁶ Madame de Montrouant, Superiora de las ursulinas de Paray. Junto a la Visitación había, desde 1644, un Monasterio de la Orden de Santa Úrsula. Margarita María no era desconocida en él; varias religiosas de las de aquella época, o de las que entraron después, habían sido educandas suyas; y siempre se recibían sus cartas con veneración. Hasta el día en que la tempestad revolucionaria dispersó a las humildes siervas de Jesucristo, existieron las mejores relaciones entre las dos Comunidades. Las Hijas de Santa Úrsula no volvieron a su primer asilo; las reemplazaron las Hermanas del Santísimo Sacramento, de la Congregación de Autun.

el acrecentamiento de su gloria en el empleo que os ha confiado. Y no temáis que Él os olvide, no; porque tiene un cuidado particular de las almas que se abandonan a Él con confianza, como sabéis mejor que yo.

En el Sagrado Corazón de Nuestro Señor os miro con frecuencia, pues vuestra alma es muy querida de la mía, la cual os pide una partecita de vuestras santas oraciones, y que le encomendéis alguna vez mis miserias interiores que en verdad son mayores de lo que pudiera expresaros. Os aseguro que si las conocierais, la compasión os inclinaría a pedir misericordia por mí a Dios y la gracia de una perfecta conversión. No os olvido en su presencia, siendo toda vuestra en su santo amor.

CARTA CXVI
A LA MADRE M. F. DUBUYSSON, MOULINS

Le envía su sentido pésame por el fallecimiento de su madre y de un hermano suyo.— El Divino Corazón nos separa de las personas más queridas para hacernos más perfectamente suyos.—«Es un consuelo para los que le aman ver extenderse esta devoción por todas partes». Está decidida «a romper todo trato con las criaturas».

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
27 de enero 1690

Mi respetable Madre:

Suplico al adorable Corazón de Jesús que sea para siempre nuestro amor y nuestro todo, y que sea también vuestra fortaleza en las visitas crucificantes que os ha hecho con motivo de la muerte de vuestra señora madre y de vuestro hermano. Me han conmovido hondamente por la parte que tomo en vuestros intereses que hago míos en el Sagrado Corazón de Jesucristo, en cuya presencia estad segura que no los olvido.

Tampoco os olvido a vos, mi querida Madre; os deseo un año santamente feliz en medio de la plenitud de las más preciosas gracias del amable Corazón de Jesús, que mortifica y vivifica como y cuando le place, sin que nos sea permitido inquirir las causas. Debe bastarnos con saber que es Él quien hace las cosas, porque tal es su beneplácito, al cual debemos someternos amorosamente. Y hemos de besar la mano que nos hiere al separarnos de las personas que nos son más queridas, para hacernos más perfecta y únicamente suyas. Me parece que de este modo procede con vos, porque ama vuestra alma de un modo singular; y el celo que demostráis tener por dar a conocer y hacer amar al Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro, atraerá más y más sobre ella la plenitud de su puro amor.

Os confieso, mi única Madre, que es un consuelo para cuantos le aman, ver extenderse esta devoción por todas partes. Da respetable Madre de nuestro primer Monasterio de Lyon⁵⁷, la ha enviado a Polonia; quiero decir que ha enviado el librito de Lyon, el cual, según nos avisan, se va a traducir al italiano. Pido a Dios que haga sea todo para su gloria y que llene nuestros corazones con las llamas del suyo adorable, a fin de que en adelante no podamos vivir más que en Él y por Él.

Me regocijo de que hayáis recibido a un alma tan santa en vuestra Casa; esto no puede dejar de atraer sobre ella muchas bendiciones, y más habiéndola recibido por caridad. El Señor sabrá recompensaros por ello.

He cumplido vuestro encargo para nuestra querida H. Cordier, que nos ha dicho no había recibido la que nos indicabais en la vuestra. Os asegura de su sincera y respetuosa amistad, y yo os suplico encarecidamente que no olvidéis en la presencia del Sagrado Corazón a la que es toda vuestra en su santo amor. Vuestra muy humilde e indigna hija y sierva de Nuestro Señor,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Debo confesaros con toda mi confianza, mi amadísima Madre, que al fin me veo obligada a ceder al impulso tan apremiante que siento desde hace tanto tiempo, de romper todo trato con las criaturas, ya sea por cartas, ya de otro modo, por bueno y útil que pudiera parecer, y bajo cualquier pretexto que pudiera alegarse, para vivir anonadada y escondida en el adorable Corazón de Jesús. Mas sin olvidar allí a mis amigas, lisonjeándome de que continuaréis siendo de este número vos y mi querida H. de la Barge. Os suplico le hagáis tener por buena mi resolución para que no nos proporcionen sus cartas a ella y a mí el disgusto de que queden sin contestación, como otras muchas, y le aseguréis que, en cuanto a lo demás,

⁵⁷ La M. María Leonor de Apchon de Poncin era Superiora, del Monasterio de Bellecourt, en Lyon, donde practicaba la vida religiosa desde la edad de catorce años.

«Su devoción al Corazón de Jesús en Lyon –dice su *Vida*–, era incomparable; con este motivo tuvo grandes relaciones con la H. Alacoque, de quien hemos hallado una carta en la cual le indicaba que Dios quería servirse de su persona para procurar el establecimiento de la devoción al Sagrado Corazón. Así sucedió, en efecto: porque cuando escribió a nuestras Casas con este objeto, todas nuestras Hermanas se entregaron al nuevo culto con el ardor que todavía se admira en ellas. Y desde este feliz acontecimiento, ha seguido teniendo trato por cartas con la sierva de Dios.»

La carta de la Santa nos dice que, por su medio, penetró en Polonia la devoción al Sagrado Corazón. Y no es esto de extrañar, sabiendo que la M. de Poncin formó parte del enjambre lionés que fue a fundar a Varsovia el primer Monasterio que hubo en aquel país. Al cabo de algunos años volvió a su Monasterio de Bellecourt, donde la llamaba, como acabamos de ver, una misión providencial. Sus relaciones con Polonia duraron lo que duró su vida, y la devoción al Sagrado Corazón, cuyo germen había echado ella, fructificó bien pronto. Conocido es el importantísimo papel que han tenido los príncipes y obispos de Polonia en el establecimiento del culto al Sagrado Corazón de Jesús.

seré para ella siempre la misma en la presencia de Dios. Ya es tiempo de que comience a negociar seriamente con Él los asuntos de mi salvación eterna.

Y con todo mi corazón y sincero afecto, abrazo a esta amadísima hermana.

CARTA CXVII
A SU HERMANO, EL ALCALDE

Enferma ella misma, dirige la Santa unas palabras de sólido consuelo a su hermano por la larga enfermedad de su mujer.—Le exhorta a continuar la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús.

¡Viva † Jesús!

[Febrero de 1690]

Desearía poder demostraros, mi queridísimo hermano, la parte que tomo en todas las visitas crucificantes con que Nuestro Señor os favorece, sobre todo en la enfermedad de mi querida hermana, que es para mí más sensible de lo que pudiera deciros. Pero me parece que el Divino Corazón de Jesucristo quiere santificarla por este medio.

Exhortadla, por lo tanto, a que haga buen uso de ella; pues yo no estoy en disposición de procurarle el consuelo que deseáis, hallándome yo misma tan mal, que apenas puedo escribiros estas cuatro palabras. Aseguradle, sin embargo, que no dejo de hacer cuanto puedo por ella ante Nuestro Señor; pero mis pecados me hacen indigna de ser escuchada. No puedo deciros más por ahora, sino que continuéis, aunque os encontréis solo, la Capilla del Sagrado Corazón.

CARTA CXVIII
A LA H. JUANA MAGDALENA JOLY, DIJON

**El Divino Corazón es un rey generoso que distribuye en la paz las recompensas merecidas en la guerra.—«Una devoción que no quiere ser forzada ni impuesta».—
Consoladoras noticias sobre sus adelantos.—«En este Divino Corazón todo se
convierte en amor, hasta las más amargas amarguras».—¿Cuál era el único consuelo
de la seráfica Virgen de Paray?**

¡Viva † Jesús!

[10 abril de 1690]

No os podéis figurar, mi querida Hermana, cuán agradable hace el adorable Corazón de nuestro buen Maestro que sea para mí vuestro ardor en darle a conocer y hacerle amar, y el trabajo que para conseguirlo os tomáis. Espero que no lo ha de olvidar jamás, siendo Él mismo vuestra eterna recompensa. Y al fin reinará este Divino Corazón a pesar de los que se oponen a ello. Satanás quedará confundido con todos sus secuaces. Y serán felices aquellos de quienes Él se sirva para establecer su imperio.

Me parece que es semejante a un rey que no piensa en dar recompensas mientras lleva a cabo su conquista y triunfa de sus enemigos, pero sí cuando reina victorioso en su trono. El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones, destruyendo y arruinando el de Satanás. Me parece que lo desea tanto, que promete grandes recompensas a los que de buen grado se dediquen a ello con todo su corazón, según la capacidad y las luces que para ello les dé.

No temamos, pues, ni el trabajo, ni los sufrimientos que se encuentren en esta santa obra; antes tengámonos por dichosas cuando nos juzgue dignas de pasarlos por tan noble causa y aun toda clase de penas, contradicciones, calumnias y dolores. Cuantos más encuentro, más alentada me siento, y más esperanza tengo de que resulte gloria de este amable Corazón, y para salvación de muchas almas. Pero es una devoción que no quiere ser forzada ni impuesta. Basta darle a conocer, y después dejar al Divino Corazón el cuidado de penetrar, con la unción de la gracia, los corazones que se ha destinado para sí. ¡Dichosos los que sean de este número!

Debo deciros con gran consuelo, que le tienen mucha devoción en estos lugares; muchos hacen novenas [con velas encendidas] y reciben el efecto de sus peticiones, y aun hay quienes se ponen de rodillas por la parte de fuera de nuestra capilla.

En fin, mi íntima Hermana, es preciso amar a este Divino Corazón de tal suerte que no vivamos ni respiremos más que por Él y para Él. No os podéis figurar el

consuelo que es para mí os hayáis unido a mi querida H. de Saumaise para procurar su gloria. Por más que digo que no quiero volver a escribir, no puedo dejar de hacerlo cuando se trata de hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, fuera del cual os confieso que todo me es suplicio [en este Sagrado Corazón se goza de una paz inalterable]. Todo se convierte en amor en este Divino Corazón; hasta las más amargas amarguras. Hagamos en Él nuestra mansión actual y perpetua, y nada nos podrá turbar, con tal de que nos abandonemos a Él por completo. Dejémosle hacer y obrar en nosotras y por nosotras, según su deseo.

Y en cuanto a lo demás, os doy gracias por la corona y el libro que nos habéis enviado. Lo conservaré afectuosamente con permiso de la obediencia, por amor a ese amable Corazón, al cual suplico os dé parte en ella cuantas veces la rece. Pedidle para mí que me esconda tan dentro de Él mismo, que viva sepultada en un eterno olvido y desprecio. Todos los tormentos y la misma muerte serían para mí dulce placer con tal de que Él reine. No quiero más consuelo en la vida que el progreso y el feliz éxito de esta devoción del Sagrado Corazón, y que me den noticias de la misma. Dádmelas solamente cuando Él os lo inspire. Y estad persuadida de que aun cuando no os conteste siempre, no por esto os recuerdo menos en su presencia, pues no puedo dejar de hacerlo.

D. S. B.

[Os diré que los RR. PP. jesuitas han tomado esta devoción muy a pecho y la han establecido en sus Colegios. En fin, mi íntima Hermana, parece que sólo yo sirvo de obstáculo. Pedidle, os ruego, que me saque pronto de esta vida, la cual no me proporciona más contento que el de ver amar, honrar y glorificar a ese amable Corazón. En el cual debemos renovar con frecuencia la santa unión que ha establecido entre los nuestros, pidiéndole sin cesar que se dé a conocer y se haga amar, y que derrame sus misericordias sobre todos los que recurren a Él, encomendándole todas las calamidades públicas.]

CARTA CXIX
A LA M. GREYFIÉ, SEMUR

Sentimientos de afectuosa caridad.—¿Cuándo nos da el amante Corazón mayores pruebas de que nos ama tiernamente?—Nuevas conquistas del Sagrado Corazón de Jesús.—La ambición de Margarita es vivir pobre, desconocida y despreciada de todos.—En qué poco hay que tener los juicios humanos.

¡Viva † Jesús!

[1690]

Aunque parece, mi amadísima Madre, que no queréis volver a interrumpir vuestro silencio para contestarme, no dejo de arriesgar mi tercera carta, asegurándoos que sea cual fuere el modo que tengáis de tratarme, yo seré siempre la misma en estimación, amistad y respeto hacia Vuestra Caridad. No creo que haya nada capaz de alterar en lo más mínimo la unión de nuestros Corazones en el de nuestro soberano Maestro, el cual quiere que dure en el tiempo y en la eternidad. Allí los verdaderos amigos de Dios se verán y hablarán a su gusto, sin temor de separarse jamás.

Pero antes de esto es preciso gustar las amarguras del Calvario. ¡Ah, mi querida Madre!, no sé deciros otra cosa, sino que nos es bueno vivir y morir en la cruz. El Señor me ha favorecido con la de una enfermedad bastante larga, durante la cual sufría ciertamente mi cuerpo, pero mi corazón y mi espíritu gozaban de un paraíso de deliciosa paz, la que hallo yo abundantemente en el amable Corazón de nuestro soberano Maestro. Nunca nos da mayores pruebas de que nos ama tiernamente como cuando nos hace participar de estas amargas amarguras. Pero un corazón que ama de verdad, ¿podría quejarse de estar en la cruz, o más bien en el Corazón de Jesucristo, donde todo se trueca en amor?

¡Ay, mi buena Madre!, ¡si supierais cuán grande es mi consuelo viendo aumentarse la devoción al Divino Corazón, con tal provecho, que todos se inclinan a ella con ardor y suavidad, como a manantial de salvación! Algunas personas seglares le han mandado edificar capillas y han fundado misas en su honor todos los Primeros Viernes de mes. Y puedo deciros que mi más sensible dolor es considerarme como un obstáculo a esta amable devoción; pues jamás me he visto tan perversa, pobre y destituida de virtudes y de todo bien espiritual, con tan grande infidelidad para con Dios, que me causo horror a mí misma. Nuestro Señor no deja, sin embargo, de seguir dándome sus gracias con más abundancia y profusión que nunca.

Mucho me consolaría el abriros un poco mi corazón como a mi buena Madre, más no diré nada por tener demasiado que decir, y sentirme cada día más atraída a vivir pobre, desconocida y despreciada de las criaturas. Esto me obliga a dar de

mano todas mis relaciones, en cuanto la obediencia me lo permite, para poder con más facilidad vivir escondida en Dios. Pero me reprende severamente porque me excuso muchas veces de hablar o escribir a los que Él me envía, bajo pretexto de no querer engañar a nadie. Bien es cierto que no me preocupo de que tengan buena o mala opinión de mí, puesto que no somos buenos o malos más que en cuanto lo somos ante Dios. No os olvidará en su presencia esta vuestra pobre miserable nada, halagándome el pensamiento de que me corresponda del mismo modo el corazón de mi buena Madre, de la que soy sin reserva en el amable Corazón de Jesucristo.

CARTA CXX
A SU HERMANO, EL ALCALDE

Exhorta eficazmente a su hermano y a su mujer, Angélica Aumônier, a la absoluta resignación en la voluntad de Dios en la dolorosa enfermedad de ésta.—«La salvación de la pobre enferma va unida a su enfermedad».—Consejos varios.

¡Viva † Jesús!

[1690]

En verdad, mi queridísimo hermano, que no sé qué contestaros, pues yo misma me hallo extraordinariamente conmovida al ver que todas las oraciones que nuestra Comunidad y las almas buenas que yo conozco hacen incesantemente en unión conmigo por mi querida hermana y por vos, no os han alcanzado aún ni un solo aumento de paciencia⁵⁸.

Con mucho dolor atribuyo la causa de esto a mis pecados. Os diré, sin embargo, que lo que Dios desea de ambos es la sumisión a su voluntad, y paciencia para llevar los males con mansedumbre. No os dejéis llevar de esa suerte de curiosidades que no le agradan; ni está en mi poder satisfaceros sobre este punto. Creía haberos dicho bastante en las dos precedentes, si hubierais reflexionado un poco sobre ello, para daros a conocer que, siendo voluntad de Dios que sufra este mal con paciencia para su salvación, en vano buscáis para él remedios humanos,

⁵⁸ Después de haber agotado todos los remedios, la familia no tuvo ya más recurso que las oraciones de su hermana Margarita María, pidiéndolas con tanta más instancia cuanto más sabían cuál era su eficacia. Hubieran querido saber, por lo menos, si la enferma curaría, y si la prueba había de durar aún mucho tiempo. Con santa firmeza responde la humilde religiosa, con la presente carta, a las instancias y preguntas que se le dirigían. Entonces fue cuando, al fin, comprendieron y pusieron en práctica los piadosos consejos de la Santa. La enferma se sometió al fin plenamente a la voluntad de Dios, y le entregó suavemente su espíritu al día siguiente de recibida esta carta, trece meses después de caer enferma y cuatro semanas antes que su santa cuñada.

que de nada servirán; porque ¿quién puede ir en contra de la voluntad de Dios? Ella se cumplirá siempre, sea o no sea de nuestro gusto.

Y para decirlo todo en una palabra, la eterna salvación de la pobre enferma va unida a su enfermedad, y ella es como el árbitro para hacer buen o mal uso de la misma, sin que deba informarse de si ha de durar poco o mucha, dejando esto en el secreto de Dios. Debe ofrecerle el sacrificio de su vida, para entregársela cuando le plazca. Con todo mi corazón y con lágrimas en los ojos, la exhorto a que lo haga así, porque no podría darle el Señor mayor señal de su justa cólera que curarla. Que cuando se trata de la salvación, es preciso hacerlo y sufrirlo todo; sacrificarlo y abandonarlo todo.

Ahí tenéis, mi querido hermano, lo que el vivo dolor que siento y la parte que tomo en vuestra presente tribulación me permiten deciros. En cuanto a las oraciones, me parece no ser posible aumentarlas, ofreciendo también comuniones. Al presente estoy comulgando diez viernes seguidos por su intención. Nuestra respetable Madre ha encargado oraciones y novenas a la Santísima Virgen y a nuestro Santo Fundador. Os saluda tomando mucha parte en vuestro justo dolor.

En lo que a mí toca, no me es posible expresaros la sorpresa que me produce vuestra poca sumisión y paciencia, lo que me hace morir en vida. Consagrad a la enferma de nuevo a San Francisco de Sales, y encargad que digan nueve misas en su honor, para alcanzarle la paciencia y el desprendimiento de las cosas de la tierra. Y que para esto recuerde que la última vez que la vi, me dijo que pidiese a Dios la pusiera en disposición de obrar su salvación a cualquier precio que fuese. Y ahora ya no es tiempo de retractarse.

En fin, mi querido hermano, aunque Dios nos quiere salvar, quiere también que contribuyamos a ello por nuestra parte, pues no hará nada sin nosotros. Por lo tanto, es preciso resolverse a sufrir. Desearía con todo mi corazón poder contribuir en algún modo a su consuelo y santificación, y no hay cosa que no quisiese hacer y sufrir para conseguirlo, fuera del pecado. Este es el tiempo de sembrar con fruto para la eternidad, donde la cosecha será abundante. No perdáis el ánimo. Vuestras penas sufridas con paciencia valen mil veces más que toda otra austeridad. Esto es lo que al presente os pide Dios. Abrazo mil veces a la querida enferma, y os ruego que la consoléis cuanto podáis, sin dejaros abatir por la pena.

CARTA CXXI
A SU HERMANO, PÁRROCO DE BOIS-SAINTE-MARIE

El amor natural, sublimado por el sobrenatural.—Le ruega siga encomendándola en la Santa Misa.—Le suplica consuele y exhorte a sus hermanos.

¡Viva † Jesús!

[1690]

No os podríais imaginar, mi amadísimo hermano, cuánto consuelo me ha hecho sacar de nuestra conversación el Sagrado Corazón de nuestro soberano Maestro. Me parece que desde que tuve el consuelo de veros, mi corazón se siente más y más unido al vuestro en el del Salvador por medio de los lazos de su puro amor. En él deseo os consumáis y transforméis, a fin de que jamás nos separemos de Él ni un solo instante.

Os ruego que continuéis dándome siempre alguna partecita en vuestros santos sacrificios, pues estáis obligado a interesaros por mi salvación. ¡Ay de mí, mi querido hermano, cuán pobre estoy de bienes espirituales! Espero mucho de vuestro socorro cerca del Sagrado Corazón, que constituye todo mi consuelo y esperanza, en medio de las cruces con que continúa favoreciéndome, y de las que hago tan mal uso, que temo que estos sufrimientos me granjeen otros eternos. Pero lo abandono todo al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, a quien os invito a amar siempre, procurándole todo el honor y la gloria que os sea posible. No temáis emplear en esto vuestro tiempo, pues es Él bastante rico para recompensaros.

Me ha conmovido extraordinariamente lo que me decís de mi querida hermana. No repito aquí lo que de ella digo en la carta que escribo a mi hermano; podéis leerla. Digo solamente que es preciso saquéis del Sagrado Corazón de nuestro Divino Salvador, por medio de vuestros santos sacrificios, todo el consuelo de que necesitan. Hay que animarlos a que sufran con paciencia, porque no hay otro remedio a vuestros males, sino la paciencia y sumisión a la voluntad de Dios, que le suplico os conceda. Esto es lo que al presente puedo decir en medio del grande dolor que me abrume.

Soy toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús,

Sor Margarita María Alacoque
D. S. B.

CARTA CXXII
A LA H. DE LA BARGUE, MOULINS

«Que establezca su reinado sobre mi anonadamiento».—¿En qué consiste el sincero amor a Jesucristo?—El Sagrado Corazón de Jesús, nuestro divino y universal suplemento.—Ocupación de Margarita durante una prolongada agonía.—El excesivo temor desagrada al Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

27 de mayo 1690

En fin, mi queridísima amiga en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro; el mío no puede negar al vuestro lo que me pedís, que es que responda a vuestra última, y que os escriba una vez al año. Os digo con franqueza que nuestra amistad y unión es demasiado fuerte para poderse romper, al menos por mi parte; y os aseguro que mi silencio hará que os recuerde con más frecuencia, y se fortalezca más y más nuestra amistad y unión. Pero al presente no puedo resistir ya más, ni me siento con valor para hacerlo; es decir, que es preciso me extinga y anonade para vivir pobre, desconocida y oculta, en el Sagrado Corazón de mi Divino Maestro; olvidada y despreciada de las criaturas, para que establezca su reinado sobre mi anonadamiento.

Y contestando a lo que me decís, os digo que creo no hacéis nada contra ese espíritu de abandono y de sacrificio, en que debéis vivir y morir, al exponer a los que os dirigen la debilidad de vuestro cuerpo; después quedad en paz, abandonada y sacrificada por completo al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Me parece puedo atreverme a deciros que Él no os abandonará jamás, sino que tendrá especial cuidado de vos, a medida que os confiéis y abandonéis por completo a Él, por medio de una inviolable fidelidad en las ocasiones en que se trate de demostrarle vuestro amor. Creo desea hagáis consistir éste en el perfecto olvido de vos misma y en el amor al desprecio, que sabe sufrirlo todo en silencio.

Además, por lo que toca a la pena que sentís de llevar una vida floja en el servicio de Dios, he aquí lo que creo; me inspira que os diga: que no os turbéis, pues para satisfacerle en este punto no tenéis más que uniros en todo lo que hagáis al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Al empezar vuestras obras, para que os sirva de disposición, y al fin de ellas de satisfacción. Como por ejemplo: ¿no podéis hacer nada en la oración? , contentaos con ofrecer la que el Divino Salvador hace por nosotros en el Santísimo Sacramento del Altar, ofreciendo sus ardores para reparar todas vuestras tibiezas, y decid en cada una de vuestras acciones: *Dios mío, quiero hacer y sufrir esto en el Sagrado Corazón de vuestro divino Hijo, y según sus santas intenciones, que os ofrezco para reparar todo lo impuro e imperfecto de las mías.* Y así en todo lo demás.

Y cuando os sobrevenga alguna pena, aflicción o mortificación, decíos a vos misma: *Toma lo que el Sagrado Corazón de Jesucristo te envía para unirte a Él.* Procurad, sobre todo, conservar la paz del corazón, que vale más que todos los tesoros imaginables; y el medio para conservarla es no tener voluntad, poniendo la del Divino Corazón en lugar de la nuestra, para dejarle querer por nosotros lo que sea más glorioso para Él, contentándonos con vivir sometidas y abandonadas a Él. En una palabra; este amable Corazón suplirá todo lo que pudiera faltar por vuestra parte, porque amaré a Dios por vos y vos le amaréis en Él y por Él. Pero, ¿no estoy hablando demasiado? Lo hago por satisfacer vuestra humildad, puesto que la perfección no consiste, como dice nuestro Santo Fundador, más que en pensar y hablar poco; pero hacer y sufrir mucho por Dios.

Mas ¡ay de mí!, mi querida amiga, me confundo y me condeno a mí misma escribiendo esto, pues me encuentro tan lejos de ello, que querría no volver a escribir, sin haber aprendido antes a hacer lo que digo. Porque como dice Nuestro Señor: *¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?* Como veis, os trato sin cumplimiento alguno, teniéndoos muy dentro de mi ruin corazón, con todo afecto, y así puedo aseguraros que cuando creáis, como me decís, que puedo servirlos en algo, no tenéis que hacer más que manifestármelo, y veréis entonces lo que soy para vos en el Sagrado Corazón de Jesucristo. No creo le desagradará la oración que deseáis hacer a su amado discípulo el glorioso San Juan; pero que sea para obtener la perfecta conformidad al beneplácito divino.

Me preguntáis también la causa de este silencio de tres semanas. Sólo puedo deciros que me hallaba por completo imposibilitada de poder pronunciar una sola palabra que se pudiese oír, aunque me hiciera gran violencia para conseguirlo, a causa del cargo que ocupo (*Asistente de la Comunidad*). Pero no permita Dios que yo quiera singularizarme queriendo hacer más retiro que las otras, que solo tienen diez días. Me preguntáis qué hacía en mi silencio: ¡ay!, no tengo más que un solo negocio, que es: amar, olvidarme y anonadarme, pues que todo está en el amor de Dios y el odio a nosotros mismos. Y este asunto me parece de tan gran importancia, que nunca tengo bastante tiempo para emplearlo en él.

Amemos, pues, a este único Esposo de nuestras almas, pero amémosle en todo y por encima de todo; sin gusto, sin sentimiento ni placer; en medio del sufrimiento y desolación, como en el gozo de las consolaciones. Y no me digáis que no tenéis amor. Os digo que sí, que le amáis; pero que tenéis siempre excesivo temor, que es lo que le desagrada, porque desea de vos una amorosa confianza.

Os ruego que presentéis mis humildes y afectuosos respetos a vuestra respetable Madre, a quien estimo y amo sinceramente en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro, ante el cual no os olvidaré, ni tampoco a vuestra querida Hermana Depuesta, a quien digo lo mismo, y a vos, mi íntima Hermana, a quien suplico también que pidáis para mí al Divino Corazón su puro amor, que me

convierta por completo en Él. Yo pediré lo mismo para vos, quedando en este mismo amor toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA CXXIII
A UNA RELIGIOSA DE SANTA ÚRSULA⁵⁹

La apremia a que cumpla sus deberes de esposa de Jesucristo.—«Bien sabéis que no quiero corazones divididos».—La exhorta a no desanimarse y a fomentar la amorosa confianza.

¡Viva † Jesús!

Desearía, mi amadísima Hermana, que Jesús triunfante triunfara tan perfectamente de nuestros corazones, que no estuviera a nuestro alcance el poder apartarnos jamás de Él, como tampoco de sus santas leyes, ni de los deberes de sus verdaderas esposas, cuyo título tenemos la dicha de llevar, aunque muy indignamente por mi parte.

Pero debo confesaros, mi querida amiga, que no podría disimularos por más tiempo mi pena, porque es preciso amaros tanto como yo lo hago en el Sagrado Corazón de Jesucristo, para entrar tan de lleno en vuestros intereses y para que me conmuevan tan hondamente. Esto me da confianza para arriesgar mi tercera carta, rogándoos me digáis la verdad sobre vuestra disposición, porque no quiero creer ni lo que a mí se me ocurre ni nada de lo que pudieran decirme de las mil hablillas que corren de vuestra conducta.

Os confieso que tengo el corazón traspasado de dolor. Permitid, mi querida Hermana, que os hable francamente y que cumpla la promesa que me obligasteis

⁵⁹ Esta carta y las cinco siguientes, parece fueron dirigidas a la religiosa ursulina María de San Esteban Chevalier de Montrouant, educada en el Monasterio de la Visitación de Paray, en el cual había tenido de Maestra a Santa Margarita María. Cuando se consagró a Dios en el Monasterio de las ursulinas del mismo Paray, continuó sus afectuosas relaciones con su antigua Maestra. En el proceso de 1715, la H. de Montrouant declaró: «que la Venerable H. Alacoque, en quien tenía plena confianza, le descubrió cosas de las que pasaban en su interior, y de las que no había hablado a nadie. Que desde que salió de la Visitación y profesó en aquella Casa de Santa Úrsula, había consultado varias veces por escrito a la Venerable Hermana sobre sus penas interiores y sobre otras cosas, y que le iba muy bien siguiendo sus saludables consejos, que la mayor parte de las veces le demostraban que sabía cosas concernientes a su interior, de las que ella no le había aún informado. Dicha declarante nos ha dicho haber recibido varias cartas de la Venerable H. Alacoque, en las cuales la exhortaba a continuar trabajando en la perfección y santidad de su estado, y sufriendo con paciencia las cruces que, indefectiblemente, se encierran en la religión como en todas partes».

a hacerlos, de decirlos sencillamente lo que pienso sobre vos. Me parece que el Señor no está contento de vuestro proceder y temo que se canse de vuestras resistencias. Más; que, después de haber tratado en vano de ganar vuestro corazón llamando sin cesar a la puerta sin poder entrar, se retire dejándolo a merced de sus enemigos; porque bien sabéis que no quiere corazones divididos. Quiere poseerlo todo o dejarlo todo.

Ya sé que no os faltan luces para saber lo que desea de vos, en el estado a que os habéis comprometido. ¿Y cuál será el castigo que atraerá sobre sí el siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la cumple? Espero, sin embargo, que vuestro corazón no echará esto a mala parte; antes más bien reflexionaréis un poco sobre ello, a fin de no arriesgar la corona que os está destinada, ni privaros de tantas gracias, que no dejaréis de agradecer a Dios el día de vuestra muerte. Ésta no suele estar tan lejos como creemos.

Comencemos, pues, a trabajar de firme en nuestra salvación, pues nadie puede hacerlo por nosotros; tanto que Aquel mismo que nos ha criado sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Y una vez más, decidme: ¿será posible que tengáis valor para negarle vuestro corazón? No, no podría creerlo, puesto que sólo se necesita un resuelto lo quiero, para darnos del todo a Dios. Espero de su misericordia que no nos rehusará las fuerzas necesarias para vencer nuestra repugnancia al bien, y dominar nuestras pequeñas debilidades, que nos alejan con tanta frecuencia de Él y de nuestros deberes religiosos.

Mas acudid con confianza a su amorosa bondad, y no os abandonará, porque desea favorecerlos, y está siempre dispuesto a recibirlos, con tal de que os volváis humildemente a Él, si por desgracia os hubieseis apartado lo más mínimo. No nos dejemos llevar del desaliento, y recibamos de buen grado, querida amiga, y en espíritu de sumisión, las pequeñas mortificaciones que permita su dulce Providencia que nos sobrevengan, y procuremos hacer buen uso de ellas. Yo, no obstante lo mala que soy, deseo mucho mejorar; y espero hacerlo si me ayudáis con vuestras oraciones. No me olvidaré de vos en las mías, pobres y tibias, en las cuales suplico al divino Salvador de nuestras almas que nos haga suyas para siempre. ¡Sea Él bendito y glorificado eternamente!

Sor Margarita María de Alacoque

D. S. B.

CARTA CXXIV
A LA MISMA

«Sin mezcla de amor a las criaturas».—¿Qué es lo que más atormenta a los difuntos?

¡Viva † Jesús!

Ha sido para mí grande consuelo, mi queridísima y amadísima Hermana, ver en la vuestra la sumisión y resignación, en lo que veo una gran bondad y amor de Dios para con vos, quitándoos lo que más amabais en esta vida, a fin de que no os apeguéis a ninguna cosa de la tierra, sino a Él solo. Quiere poseer vuestro corazón por completo, y que le améis con un corazón puro, y con un solo amor, sin mezcla de amor a las criaturas. Porque ¡ay!, mi querida Hermana, ya que nuestra vocación nos obliga y nos hace esposas de Dios Crucificado, debemos amar las cruces y recibirlas como prendas preciosas del amor del divino Esposo, que por estos medios crucificantes quiere hacernos semejantes a Él, probando de este modo nuestro amor, que debemos demostrarle abrazándonos amorosamente con la cruz.

Bien sé que no hay cosa que tanto atormente a los difuntos como no haber cumplido lo que prometieron. La difunta me dijo la última vez que la vi que había hecho voto de hacer una obra buena, N.; por lo que os lo he advertido para que dicha obra se lleve a efecto. De más provecho os será en el cielo que en la tierra, pero hay que ayudarla a entrar en él y auxiliarla con oraciones y buenas obras. Con este objeto no debemos amar ni ya desear más que a Dios solo. En su santo amor soy toda vuestra,

Sor Margarita María de Alacoque
D. S. B.

CARTA CXXV
A LA MISMA

Por el amor paciente al amor gozoso.—Confianza en medio de las cruces. Retrato de la perfecta religiosa.—En serlo está su verdadero paraíso.

¡Viva † Jesús!

Mi queridísima Hermana:

Después de desearos la plenitud de gracia que Nuestro Señor derrama abundantemente durante este santo tiempo en los corazones bien dispuestos para recibir las impresiones de su amor paciente y participar así de las de su amor gozoso —de cuyo número deseo seamos—, querría poder demostraros el sincero

afecto que siento hacia vos. Tanto más cuanto que me manifestáis vuestro gran deseo de amar a Dios, y de ser toda suya cumpliendo, en todo, los deberes de vuestra santa vocación y haciendo exactamente cuanto el Señor os dé a conocer que desea de vos. Éste y no otro es el medio para ganar su Corazón y alcanzar de Él todas las gracias necesarias para vuestra perfección. Confiad en la bondad de Nuestro Señor en medio de las cruces que os envía y Él no os abandonará; pues sabe sacar bienes de nuestros males y gloria para sí de nuestras aflicciones. A Él suplico que nos haga tales cuales quiere que seamos en nuestra santa vocación, la cual nos debe hacer sumisas, en la aflicción, a su adorable voluntad, que es siempre igualmente amable en sí misma, lo mismo en la aflicción que en la consolación. Abracemos de todo corazón cuanto nos mande, diciendo en toda ocasión: *¡Dios mío, hágase vuestra voluntad!*

No creo que pida Dios otra cosa de vos, sino que le deis fielmente lo que le habéis prometido, por vuestros santos votos. Éstos os obligan a vivir conforme al espíritu de vuestra regla: porque, ¡ay!, qué confusión sentiríamos a la hora de la muerte si nos dijese: *Deja ese hábito que cubrió a un fantasma de religión.* Pensad en ello seriamente, mi querida amiga, y trabajemos con energía para llegar al perfecto desprendimiento en que debe vivir una buena religiosa, no solamente en cuanto a los bienes y comodidades, sino que debe estar también desprendida de todos los placeres y consuelos, tanto interiores como exteriores. En fin, una buena religiosa debe ser toda de Dios y de su Superiora, estando indiferente cuanto al modo como la trate y al empleo en que la ponga. Debe vivir así, completamente abandonada a la divina Providencia y a la santa obediencia, sin desear ni rehusar nada, sino estando siempre dispuesta a hacerlo y sufrir todo sin quejarse. En esto consiste el verdadero paraíso del alma religiosa.

Soy toda vuestra en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo,

Sor Margarita Maria Alacoque,

CARTA CXXVI A LA MISMA

Lo único que necesita un religioso para hacerse un gran santo.—Muerte en vida.—Los respetos humanos, gran obstáculo a la perfección.—Dónde encontrará la fortaleza y el consuelo necesarios.

¡Viva † Jesús!

Mi queridísima Hermana:

No os olvido delante de Dios, suplicándole que os haga una gran santa. Para esto, sólo se necesita que seáis inviolablemente fiel a la práctica de todas vuestras

observancias, porque no debemos ser de Dios a medias; pues como Él se da todo a aquel a quien ama, así también quiere poseer todo su corazón. Y ¿qué mayor bien podría haber, querida amiga, que no ser ya del mundo, ni de nosotras mismas, para ser enteramente de Dios y no poseer más que a Él sólo? Pero no debemos lisonjearnos pensando que podemos gozar de tan gran bien sin sufrir mucho y sin hacernos violencia.

Mas, ¡buen ánimo!, pues sólo los esforzados arrebatan el cielo; y bien sabéis que en la vida religiosa es preciso hacerse continua violencia, porque es vida del todo opuesta a la carne y a los sentidos; vida crucificada, y que con razón puede llamarse muerte en vida. Una buena religiosa debe estar siempre en ese continuo ejercicio de morir a todos los placeres de la vida, por la verdadera mortificación de sus sentidos y una profunda humildad de corazón que nos lleve al desprecio y olvido de nosotros mismos.

Os deseo fiel correspondencia a la gracia siguiendo las luces que Nuestro Señor os da. No debemos aspirar en todo cuanto hagamos más que a unirnos con Dios y asemejarnos a nuestro Esposo crucificado. Pero para esto es preciso anonadar y pisotear todos los respetos humanos que ponen tanto obstáculo a nuestra perfección. Os aconsejo que os dirijáis al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, si queréis salir victoriosa de vuestros enemigos, y encontrar la fortaleza y consuelo que necesitáis y que Él no ha de rehusaros, si se lo pedís.

Creedme toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús,

Sor Margarita María de Alacoque
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA CXXVII A UNA RELIGIOSA DE SANTA ÚRSULA

**Sentimientos de afectuoso respeto.—¿Cómo debemos disponernos para la muerte?—
¿Cuál debe ser la vida de una buena religiosa?—La invita a consagrarse y sacrificarse
por completo al Divino Corazón.—Premios de esta consagración.**

Señora:

Ruego al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo que sea la paz y el consuelo de vuestra alma y todo el amor de vuestro corazón. Con todo el afecto del mío querría poder demostraros cuánto os amo y os respeto en ese mismo adorable Corazón, y el deseo que tendría de satisfaceros en lo que deseáis de su miserable e indigna esclava. Mas no lo podré hacer a causa de mi poca memoria,

que no puede recordar las cosas pasadas. No me es posible recordar lo que antes os he dicho para deciros ahora mi parecer sobre ello.

En cuanto al segundo punto, tocante a vuestra muerte, abandonádselo a la divina Providencia, sin querer penetrar en el secreto de Dios, porque esto no pertenece a una miserable pecadora como yo. ¿Sabéis lo que es preciso hacer, mi queridísima amiga? Estar siempre en aquella disposición en que querríamos comparecer ante Dios, y de este modo no temeríamos que nos sorprendiese la muerte. Y ¿qué puede temer una buena religiosa cuya vida no debe ser más que una continua muerte a sí misma y a todos los placeres de la vida, para no tener más que el de crucificarse con nuestro querido Esposo Jesucristo? Haciéndolo así encontraremos vida en la muerte, dulzura en la amargura, y a Dios en la nada. Nuestro corazón sólo para Dios fue creado. Desgraciado de él si se contenta con algo menos que con Dios, o si se deja abrasar por otro fuego que no sea el de su puro amor. Espero que éste os animará más y más a continuar vuestros cuidados y vuestro caritativo celo con esos pobres infieles hugonotes. En cuanto podáis no perdonéis trabajo alguno.

El Señor os lo recompensará, así como la devoción que tengáis a su Sagrado Corazón, al cual os invito a consagraros y sacrificaros por completo después de la santísima comunión que haréis con esta intención. Os envío a este fin una pequeña Consagración para llevarla junto con su imagen sobre vuestro corazón. Recurrid a Él en toda ocasión. Él os consolará en vuestras necesidades y aflicciones, siendo la fortaleza de vuestras debilidades, el soberano remedio de todos vuestros males, y, en fin, vuestro asilo en la hora de la muerte. Para ésta debe ser nuestra vida una continua preparación, haciendo todo el bien que podamos mientras tenemos tiempo para ello. Ya veis con qué libertad os trato, pues confío en que vuestra bondad excusará mi franqueza, puesto que soy toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesucristo.

Sor Margarita María Alacoque,

que os suplica pidáis su verdadera conversión y la gracia de morir con verdadera contrición. No os olvidaré en mis pobres oraciones.

CARTA CXXVIII
A LA SEÑORA DUCRET, URSULINA

La anima a proseguir sus trabajos por la conversión de los infieles.—Qué es para Margarita la fiesta del Santísimo Sacramento.—Cómo celebrar dignamente su Octava.—Nunca más feliz que cuando sufro.

¡Viva † Jesús!

Ruego al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo que abrase siempre más y más el vuestro en las santas llamas de su ardiente caridad para que consigáis la conversión de esos pobres infieles y que siga derramando sus bendiciones sobre vuestro celo y trabajo. He recibido gran consuelo con lo que sobre esto me decís y bendecido por ello a Dios, autor de todo bien. Continudad, y no os quejéis de unos trabajos que serán un día tan bien recompensados. Pero nada atribuyáis a mis indignas oraciones; porque en verdad que, siendo tan mala religiosa como soy, son más propias para detener el curso de las misericordias de Dios que para atraerlas.

Pedid a su bondad que me convierta a su santo amor en esta gran fiesta del Santísimo Sacramento de amor que constituye todo mi contento, mi devoción y mis delicias. No debemos omitir cosa alguna que pueda redundar en su honor, procurando durante esta santa Octava reparar con nuestros homenajes y adoraciones las injurias que en él recibe, así de los infieles como de los malos cristianos. No os olvidaré en su presencia, y haré la novena que pedís. Pero dirigid también por mí, os lo ruego, algunas oraciones particulares en presencia de este adorable Sacramento, pidiéndole que a mí y a todos los corazones capaces de amarle, nos conceda su santo amor, y que me enseñe a llevar bien la cruz. Es ésta un tesoro inestimable y tan precioso, que nunca me juzgo más feliz que cuando me favorece con algún sufrimiento. ¡Oh Dios mío, cuán dulce es, mi querida señora, para una buena religiosa, estar siempre enclavada en la cruz, con su Esposo crucificado!

En el amor de su Sagrado Corazón soy toda vuestra,

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

He escrito a esa buena señorita según vuestro deseo. Pido a Dios que todo sea para su mayor gloria.

CARTA CXXIX
A UNA RELIGIOSA⁶⁰

Qué debe hacer una buena religiosa.—Le contesta por pura obediencia.

¡Viva † Jesús!

Sólo deseo estar ciega e ignorante de todo lo que toca a las criaturas, para no acordarme más que de esta lección de que tengo tanta necesidad: que una buena religiosa debe dejarlo todo para hallar a Dios, ignorarlo todo para conocerle, olvidarlo todo para poseerle, hacerlo y sufrirlo todo para aprender a amarle.

Y os aseguro que no se necesita menor obligación que la que impone la obediencia para obligarme a contestaros.

CARTA CXXX⁶¹
PRIMERA DEL MANUSCRITO DE AVIÑÓN,
AL R. P. JUAN CROISSET, S.I., EN LYON

Entabla con él esta correspondencia porque «Él lo quiere».—Ella ya no se pertenece a sí misma.—Abandonaos perfecta y absolutamente al Divino Corazón el día de vuestra primera Misa.—Cambio de bienes espirituales.—«El Amor triunfa».—Escribid acerca del Sagrado Corazón.—Ardentísimo amor y profundísima humildad de la Santa.—Tres deseos como tres tiranos.—Su admirable insensibilidad actual.—Le envía un librito.

¡Viva † Jesús!

14 de abril de 1689

⁶⁰ «Una religiosa de fuera había escrito a Margarita elogiándola, para consultarla sobre alguna cosa que le pareció poco digna de la santidad de la profesión religiosa, y ella le contestó en estos términos» (Languet).

⁶¹ Las diez cartas que van a continuación, estuvieron muchos años inéditas y ocultas, hasta que el 25 de octubre de 1888, las descubrió el P. F. Víctor Vieille, S.I., en un antiguo manuscrito de una biblioteca de Aviñón. Pronto las publicó *El Mensajero del Corazón de Jesús* que aparece en Tolosa de Francia. De él las tomó y publicó, traducidas, el *Mensajero español* en los años 1890 y 1891. Sin embargo, la segunda se había ya publicado por aquel *Mensajero* el 1874, conforme al original mismo que se conservaba en el Monasterio de la Visitación de Bolonia, en Italia.

Estas diez notabilísimas cartas fueron escritas desde el 14 de abril de 1689 hasta el 21 de agosto de 1690, y dirigidas todas ellas al célebre P. Juan Croisset, S.I., ventajosamente conocido por su precioso librito *La devoción al Sagrado Corazón* y otras obras ascéticas, y por su íntimo trato con la Santa evangelista del Divino Corazón. Ésta le escribía con el corazón en la mano. El objeto de las diez cartas, no es otro que el de preparar al futuro apóstol para cumplir su gloriosa misión en orden a la propagación de la preciosísima devoción y comprometerle a que escriba el libro que a este efecto le pedía el mismo señor —el arriba citado— y que de hecho publicó en Lyon en 1691, y ha sido sin duda, el que más ha propagado el conocimiento y amor del Divino Corazón.

Mi Reverendo Padre y Hermano mío muy amado en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo: Si no fuera del agrado de Nuestro Señor, no os contestaría yo nada, a pesar de toda la estima que Él me inspira hacia vos y a todo lo que me decís. Mas puesto que Él lo quiere, según yo pienso, os diré sencillamente y sin artificio todo lo que Él me inspira. Todo ello, si os place, en el sagrado y amable Corazón que es quien únicamente ha hecho esta unión de bienes espirituales entre nosotros, y en el cual también yo la confirmo para siempre; tan ventajosa me es.

Quizá no os he dicho que habiendo entregado todas mis cosas al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo sin reservarme nada, no puedo haceros participante sino de sus tesoros infinitos. Si no me engaño, cuando me dio a conocer que quería de mí, ruin esclava suya, esta donación, me prometió que podría disponer de ese divino tesoro como mío, pero siempre siguiendo su santa voluntad, la cual podría ya conocer por las repugnancias y la impotencia de hacer en aquello lo que no le agradase. Ahora bien; puedo aseguraros que no he sentido esas repugnancias respecto de vos; antes al contrario, me he sentido llena de buenas mociones, que me han hecho conocer cuánto le agrada esta unión al amor que os profesa y al ardiente deseo que tiene de concederos profusamente las riquezas inagotables de su adorable Corazón. Y esto no sólo para vos, sino a fin de que las repartáis a las almas que Él pretende ganar por vuestro medio.

Todos estos sentimientos que el ardor de este amor os hace sentir, son, a mi juicio, disposiciones para el cumplimiento de los designios que Él tiene sobre vos. Yo os conjuro por ese mismo amor, que perseveréis en ellos con fiel correspondencia por medio de un perfecto abandono de vos mismo y de todo interés propio. No más cuidados ni recuerdos de vos mismo, para dejarle obrar en vos y por vos, según sus deseos, que Él os dará a conocer en el tiempo destinado.

Mirad, sin embargo, si os conviene aceptar esta unión de la manera dicha. Si deseáis que subsista, es preciso que hagáis igual donación al Sagrado Corazón de mi Jesús el día que le ofrezcáis el primer Santo Sacrificio en su misterio de amor, consagrándoos y entregándoos enteramente a ese Divino Corazón para amarle y glorificarle y procurarle todo el amor y gloria de que Él os hará capaz, sea de palabra o por escrito, a fin de que por estos medios Él os haga igualmente partícipe de sus tesoros infinitos. Por ellos espero que os hará decir eternamente: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

No puedo expresaros el gozo que me habéis causado con ofrecer por mí el Rosario y esa Comunión, como también con la promesa de que ofreceréis además la Santa Misa una vez al mes, según mi intención. Esta intención no es otra que la del Sagrado Corazón de mi amable Jesús, el cual espero os recompensará con profusión tan grande caridad. Yo se lo he sacrificado todo para aplicarlo según sus deseos, a fin de que los que ruegan por esta miserable pecadora obtengan

para sí mismos muchas gracias. Espero que Él las derramará abundantemente sobre vuestra querida alma cuando le ofrezcáis ese Divino Sacrificio de amor, que es el más rico presente que pudierais hacerme. Él es toda mi dicha, mi placer, mi consuelo, mi alegría en este valle de lágrimas.

¡Oh, qué dichoso seréis en participar todos los días de ese Divino Sacramento y en tener a ese Dios de amor entre vuestras manos y meterle en vuestro corazón! Yo no envidiaría otro bien que ése, y el de consumir como un cirio encendido en su santa presencia todos los momentos de vida que me restan. Para esto me parece que aceptaría el sufrir todas las penas que se pueden imaginar, aun hasta el día del juicio, a condición de no verme jamás obligada a salir de ese Corazón, sino únicamente por consumirme honrándole, y reconocer la ardiente caridad que nos muestra en ese admirable Sacramento, donde su amor le tiene cautivo hasta la consumación de los siglos. Allí es verdaderamente donde se puede decir: «El amor triunfa, el amor goza, el amor en Dios se regocija».

Y a fin de que yo lo haga al mismo tiempo, decidme el día en que, siguiendo las inspiraciones divinas, pensáis ofrecerlo por mí, lo mismo que el de la Comunión prometida, para que con permiso de la obediencia comulgue yo por vos aquel día. Todos los jueves rezaré a vuestra intención las Letanías del Sagrado Corazón.

Casi desde el día en que tuve la dicha de entrar en la santa religión, la obediencia me ha permitido velar una hora de la noche del jueves al viernes con mi Jesús. Entonces me postro en tierra en memoria de aquella hora en que el Salvador se quejaba, diciendo que sus discípulos no habían podido velar con Él.

Yo lo haré una vez cada mes por vos o al menos haré lo que la obediencia me permita a cambio de esto, cuando ella juzgue conveniente cambiarme esta obra en alguna otra más penosa. ¡Cuán obligada os quedo por la caridad que me hacéis y que prometéis hacerme! Por todo ello os doy las gracias en nombre del Sagrado Corazón de mi Soberano a quien todo pertenece; Él se encargará de recompensaros.

Si supierais el ardiente deseo que me oprime de que sea conocido, amado y glorificado, no me rehusaríais el emplearos en esto. Si no me engaño, Él lo quiere de vos; y cuando os conceda tiempo y afición dedicaréis vuestros escritos a tan digno objeto: sobre todo algunas meditaciones para algún retiro de diez o doce días, según que Él os inspire.

Yo os confieso que este deseo de hacer que sea conocido y amado, me obligaría a entregarme de buena gana a todos los tormentos más crueles, aun a los del infierno, a excepción de odiarle. Si yo pudiera hacerle reinar en las almas y establecer el imperio de su amor en todos los corazones, ¡cuán dichosa me juzgaría!; pero ¡ay!, qué dolor para mí, que aun en esto mismo no le sirvo más que de obstáculo. Pues si yo pudiera expresaros cuán malvada, ingrata e infiel soy

a su amor, no tendríais nunca valor para consentir en esta unión de bienes espirituales, por medio de la cual espero obtener misericordia. Viéndome tan pobre y miserable, no creo haber hecho acción alguna que no merezca castigo más bien que recompensa.

Pero lo que causa mi mayor pena, es el temor de no ser más que una hipócrita que ha engañado a las criaturas, aunque sin quererlo. Guardaos, pues, de llegar a ser del número de los engañados y rogad a este adorable Corazón de Jesús que me sepulte en un eterno desprecio y olvido de todas las criaturas. Que me dé también el perfecto olvido de mí misma y esa perfecta humildad de corazón de la que estoy tan distante, aunque persuadida de que mi Dios no se complace más que en las almas anonadadas y que para serlo todo en Él es preciso no ser nada en sí mismo.

Interesaos, por tanto, con nuestro buen Señor para alcanzarme esas gracias, obteniéndome el don de su puro amor que contiene todo lo demás; yo tampoco ceso de pedir las para vos, junto con todo lo que me indicáis. Pero bien veo por todo lo que me decís, que no tengo amor a mi Dios. Lo que me consuela es que vos le amareis por mí, que no tengo, sin embargo, otra pretensión en la vida; mas este maldito amor propio es el veneno que todo lo destruye.

Es verdad que tuve en otro tiempo tres deseos tan ardientes, que los miro como tres tiranos que me hacían sufrir un continuo martirio, sin dejarme ningún reposo; y eran el de amar a mi Dios, sufrir y morir en este amor.

Pero al presente, creo yo que mi corazón se ha atraído por sus infidelidades este estado de reprobación y de insensibilidad. No puedo ya querer ni desear nada, aunque veo muy bien que todo me falta en lo concerniente a la virtud. Quisiera a veces afligirme por esto, pero no puedo; no estando ya en mi mano, no tengo ya libertad ni poder sobre mí misma. Y he aquí el pensamiento que me consuela: que el Sagrado Corazón de Nuestro Señor hará todo eso por mí; si yo le dejo obrar, Él querrá y amará por mí y suplirá todas mis impotencias y defectos. Rogadle por mí, yo os lo suplico encarecidamente.

Es muy cierto, como me decís, que el que ama no cree sufrir nada ni aun en medio de los mayores sufrimientos; pero también me confesaréis que no se puede amar sin sufrir y el amor de mi Dios es un tirano implacable que nunca dice: *¡Basta!* Pero ¡cuán bueno es vivir y morir bajo su imperio!

Por lo que hace al deseo que os viene de sacrificaros por la salvación de los infieles en los países extranjeros, creo que podríais representárselo a los Superiores cuando lo sintáis, y luego abandonaros a todo lo que de vos disponga Nuestro Señor por medio de la obediencia.

Dios mío, estoy abusando demasiado de vuestra paciencia con tan largos discursos. Obligándome mi poco tiempo disponible a escribiros ésta a retazos, temo haberos dicho muchas veces la misma cosa; mas la caridad del Sagrado Corazón de nuestro Soberano Dueño que reina en el vuestro, lo excusará y perdonará todo. Yo no sé si os agradará el impulso que Él me infunde de enviaros de su parte un librito que nos han regalado (*el de la H. Joly*); una persona muy celosa de su gloria lo ha hecho imprimir. Me parece que Jesús quiere me despoje de él en obsequio vuestro. En fin, yo le suplico que os abrase en las más vivas llamas de su puro amor.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
Dios sea bendito eternamente

P. S.— Siendo cierto, como creo, que Dios no os comunica sus dones extraordinarios sino para haceros un gran santo, no dejo de darle gracias por esto, y de pedirle para vos la gracia de que le correspondáis según toda la extensión de sus designios. Haced lo mismo por mí, os lo ruego encarecidamente, pues sus misericordias para conmigo son grandes e incomprensibles. Y pedidle al mismo tiempo perdón de mis ingraticudes e infidelidades. El pequeño Oficio contenido en este libro ha sido compuesto por un Padre (*Gette*) de la Compañía.

María concepta est sine peccato

CARTA CXXXI
SEGUNDA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Gozo de Margarita por haber empezado a escribir el Padre.—«Mi muy querido Hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo».—Grandes recompensas a sus apóstoles.—Confiad y desconfiad.—Componed un Retiro espiritual.—Nuevas y espléndidas promesas.—Infinitas riquezas.—«Con tal de que yo pueda amarle, esto me basta».—Horror de sí misma.—Ardiente sed de padecer.—«Yo me contento tan sólo con amarle».—Precioso tesoro descubierto a las Hijas de la Visitación y a los Hijos de San Ignacio para que ellos lo descubran a los demás. «Mucho espera Él de vuestra santa Compañía».—«Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos se opongan a ello».—Gracias por los libros que me habéis enviado.—Progresos de la preciosísima devoción.—Cómo han de ser los escritos que la propaguen.—Insinúa la Santa la idea del Apostolado de la Oración.—Mutua comunicación de bienes espirituales.—Mi Soberano pagará por mí.—San Luis Gonzaga, Patrono de esta devoción.—Cómo escribe sus cartas Margarita.

¡Viva † Jesús!

10 de agosto de 1689

He rogado a mi Divino Maestro que, puesto que no me permitiría contestar a vuestra precedente, tuviera la bondad de hacerlo Él mismo con la abundancia de sus gracias y los ardores de su puro amor, del que deseo que estén siempre inflamados y consumidos nuestros corazones ahora y por toda la eternidad.

Creo, si no me engaño, que si me ha diferido el consuelo de enviaros esta respuesta, ha sido para dármele mayor ahora que ya le habéis proporcionado el contento que esperaba con esa pequeña obra que no es más que el comienzo de lo que aguarda para más tarde. Habéis hecho muy bien en no diferir por más tiempo so pretexto de vuestras ocupaciones; porque ellas no os habrían servido de excusa legítima ante el Sagrado Corazón, después de haberos dado pruebas tan convincentes de su voluntad sobre el particular. Ésta debe disipar todas las dudas que os pudieran contener en lo sucesivo.

Me pedís que os conteste extensamente. Os aseguro, mi *muy querido Hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo* (que quiere que os llame así), que voy a deciros en su santa presencia todo lo que me inspirare para su gloria. No está en mi poder hacerlo de otro modo, ni preparar nada para escribir; pero os diré sencillamente lo que Él me haga poner en el papel, sin cuidarme de su resultado. Esto depende de su soberano poder, que hace cuanto le place, valiéndose de medios que, según el cálculo humano, parecían más bien obstáculos que medios para lograr sus designios. Esto es lo que hace que yo me considere en este caso como el barro que puso sobre los ojos del ciego de nacimiento, el cual parecía ser un medio contrario al propósito que tenía de darle vista.

Debo, pues, deciros que la lectura de la vuestra con los libros que habéis tenido la bondad de enviarnos, me ha hecho sentir tan gran transporte de alegría, que no pude contener mis lágrimas. Me prosterné ante la infinita grandeza de nuestro Soberano para darle las gracias por la merced que os había hecho, eligiéndoos para un designio que debe serle tan glorioso por el gran número de almas que esta devoción a su Divino Corazón apartará de la senda de la perdición para encaminarlas a la de la salvación. Y como tiene tan vivos deseos de ser conocido, amado y honrado por los hombres, en el corazón de los cuales tanto he anhelado establecer por este medio el imperio de su puro amor, ha prometido grandes recompensas a todos los que se emplearen en hacerle reinar.

Así, pues, ¡oh cuán dichosos sois en contaros en este número, porque me parece ser su voluntad que os asegure de su parte que este principio le ha sido tan grato, que se ha propuesto concederos las gracias que había destinado a otro, el cual se excusó con sus ocupaciones, de hacer lo que vos habéis hecho. Y que quiere, si no me engaño, que hagáis en lo sucesivo, mientras tengáis el valor de proseguir, a pesar de los obstáculos y contradicciones que podrá oponeros Satanás, en la ejecución de todo lo que de vos desea.

Él os sostendrá y no os dejará carecer de ningún medio necesario, con tal de que todo lo esperéis de Él, con un perfecto olvido y desconfianza de vos mismo, y una humilde y amorosa confianza en su bondad, cuya grandeza me hace conocer muy bien en esta ocasión. Considero como una maravilla las santas disposiciones de esos corazones en haber sido tan dóciles a la devoción y amor del de nuestro adorable Maestro.

¡Oh!, ¡cuántas gracias ha concedido a estas queridas almas, haciéndoles gustar tan prontamente una devoción tan propia para su santificación! Las considero todas en este Divino Corazón como otras tantas almas que se ha escogido y predestinado a su amor eterno; pero sobre todo ese buen librero que se ha portado con tan buena voluntad, y que, con su generosidad, ha alcanzado un lugar en ese Corazón adorable, que lo dará un asilo seguro en la hora de la muerte. Nada pudo hacer jamás que mejor le fuera recompensado; y vos me habéis procurado una gran satisfacción con darme a conocer detalladamente todas estas cosas; porque no podéis imaginaros el consuelo que por todo ello me hace experimentar ese amable Corazón. Cierto que me siento siempre en un abismo de confusión con la vista continua de mi nulidad, en el cual este soberano poder me tiene de tal modo sumergida, que me parece imposible que pueda salir de él ni un momento.

Aquí es donde yo quisiera derretirme en acciones de gracias y de reconocimiento para con ese Divino Corazón, por las grandes mercedes que nos ha hecho, queriendo servirse de nosotros para darle a conocer, amar y honrar, pues tiene reservados bienes infinitos a cuantos se emplearen en esto con todas sus fuerzas y según su inspiración. Seguid, pues, animosamente lo que os sugiera acerca del

deseo que me manifestáis. Es lo mismo que yo había pretendido el pedirlos con aquellas meditaciones indicadas en mi carta (*la precedente*), en la que quizá no expresé bien que ese Retiro espiritual es lo que ese Divino Corazón pide con ardor para atraer a las almas a vivir según sus santas máximas, encerrándose con Él por amor.

Haced, pues, sin dilación lo que de vos desea, porque no puedo menos de deciros que me insta ardientemente a esto, por el vehemente deseo (que descubre cada vez más a su indigna esclava) que tiene de ser reconocido, amado y honrado de los hombres, para reparar las grandes amarguras y humillaciones que le han hecho sufrir, y a los cuales quiere, por este medio, aplicarles el merecimiento de los mismos.

Para dar a comprender cuán excesivo es este deseo, ha prometido a todos cuantos se consagren y ofrecieren a Él para darle este contento (que consiste en tributarle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su poder, según los medios que Él les proporcione), que jamás les dejará perecer; que les será un asilo seguro contra todas las asechanzas de sus enemigos, pero sobre todo en la hora de la muerte; que los recibirá amorosamente en su Divino Corazón, poniendo en seguridad su salvación, cuidando de santificarlos y glorificarlos delante de su Eterno Padre, mientras se tomen el trabajo de engrandecer el imperio de su amor en los corazones; y que, como Él es la fuente de todas las bendiciones, las derramará abundantemente en todos los lugares donde sea honrada la imagen de ese Sagrado Corazón.

Es que su amor le apremia a distribuir el inagotable tesoro de sus gracias santificantes y salvadoras en las alas de buena voluntad, buscando los corazones vacíos, para llenarlos con la suave unción de su ardiente caridad y consumirlos y transformarlos todos en Él. Quiere espíritus humildes y sumisos, sin otro deseo que cumplir su santa voluntad.

Prometió además que daría la paz a las familias en que reinara la discordia y protegería a las que estuvieran en necesidad; que difundiría esta suave unción de su caridad en todas las Comunidades religiosas en las que fuere honrado y se pusieran bajo su particular protección; que reuniría todos los corazones para no formar más que uno solo con Él; que apartaría de ellos los rayos de la divina justicia, volviéndolos a la gracia, cuando se hallaran privados de ella.

¡Oh, mi querido hermano en este Divino Corazón, si me fuera dado manifestar las infinitas riquezas que están ocultas en este precioso tesoro, y con las cuales enriquece y regala a sus fieles amigos! Si lográramos comprenderlas, de seguro pondríamos todo nuestro ahínco en procurarle el gozo que desea con tanto ardor. Por esto querría yo tener millones de vidas para sacrificarlas con todos los tormentos más espantosos que se puedan imaginar, hasta con todos los del infierno, fuera de aborrecer a este amantísimo y amabilísimo Corazón, puesto

que todos los demás suplicios me serían un placer con tal de hacerle reinar. Nada hay comparable, a mi entender, a esa privación de su amor, que es un mal que no puedo explicar, causándome horror tan sólo el oírlo.

En fin, al cumplimiento de sus designios todo lo sacrificaría sin reserva alguna, no sintiéndose mi corazón, según me parece, susceptible de otra cosa que de los intereses de ese Divino Corazón. Por manera que, desde que tuvo la misericordia de consagrarme Él mismo a su amor y a su gloria, ya no me cuido más de qué manera me trata. Con tal de que Él esté contento, esto me basta; ya sea que me encumbre o me humille, que me consuele o me aflija, todo esto me da el mismo contento en su contento, fuera del cual no puedo yo hallar otro en la vida que pueda satisfacer mi corazón. Después de habérselo entregado enteramente al de mi soberano Maestro, le dejo aún el cuidado de perfeccionarlo a su modo, no deseando más que lo que Él quiere darle. En fin, con tal de que yo pueda amarle, esto sólo me basta.

Pero, ¡ay dolor!, que me temo que esta insensibilidad de que acabo de hablaros de paso no sea aquel estado deplorable de endurecimiento de que habla el Apóstol. Os confieso sinceramente que, por lo demás, no veo nada en mí ni en mis acciones que no sea digno de castigo; y hablándoos francamente, como así parece que lo deseáis, siento en mí con todo lo que acabo de deciros, una continua pena de haber engañado a las criaturas que me creen mejor de lo que soy. Cierto que, si me conocieran, no tan sólo tal cual soy, que no me podrían sufrir, sino únicamente tal cual yo me conozco y me veo de continuo, les daría tanto horror como lo tengo yo de mí misma, el cual es tan grande, que me cuesta trabajo sufrirme a mí misma.

Esto es lo que causa mi confusión cuando ese Divino Corazón permite que se dé algún crédito a las palabras de tan ruin criatura, a quien ese adorable Corazón tiene siempre como anegada en un mar de amargura y en un abismo de humillación y de confusión para rendir homenaje por conformidad a aquella humillación y confusión en que siempre le tuvo a Él la divina justicia, por los intereses de su Padre Eterno. Aun los movimientos de gozo que el establecimiento del Reinado de ese Sagrado Corazón da algunas veces al mío, pasan como un relámpago y vuelvo a caer en seguida en esas amargas aflicciones en las que hallo una paz inalterable. Ésta me hace indiferente al vituperio o alabanza de las gentes, pensando que todo esto no me puede hacer otra de la que efectivamente soy delante de Dios.

Os conjuro, por todo el amor que profesáis a su Divino Corazón, que le pidáis que os haga conocer cuanto hay de malo en esta disposición y lo que le disgusta en mí y que me hagáis la caridad de decírmelo sin embozo. Porque yo soy una pobre ciega en todo lo que me concierne; y el temor que abrigo de ser un obstáculo a los designios que tiene ese Corazón de darse a conocer y hacerse amar, me hace muchas veces desear que me retire de esta miserable vida, en la que no hallo más

satisfacción que la de sufrir continuamente para conformarme con ese Amado de nuestras almas. Es tan ardiente el anhelo de padecer que Él imprime en la mía, que una pobre famélica no recibiría el alimento con más avidez que la que mi corazón siente de alimentarse con el pan delicioso de los dolores, desprecios y humillaciones, olvido de las criaturas y confusión. En esto hallo el agua saludable para mi mal, y la única capaz de calmar un tanto la ardiente sed que me consume.

Pero ¡ay de mí!, yo no sé por qué mi soberano Señor permite que os diga todo esto, como no sea para que le pidáis que me hunda en un eterno desprecio y olvido de las criaturas, que deseo no se acuerden ya más de esta ruin y miserable, sino para despreciarla y hacerla sufrir, a fin de que ese Divino Corazón establezca su imperio sobre mi entera destrucción y aniquilamiento. A dicha grande tendré el verme abatida y privada de toda estimación, a medida que Él sea honrado y encumbrado en el ánimo de las criaturas, de quienes quisiera ser desconocida, a medida que Él fuera reconocido, porque Él solamente merece todo el amor, el honor, la gloria y alabanza en el tiempo y la eternidad.

Y puesto que queréis que os diga sencillamente mis pensamientos, hacedme el favor de que todo quede en el secreto del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, el cual me priva de los medios de reflexionar sobre lo que os digo, pues os hablo sin meditarlo, obedeciendo a sus impulsos. Pero dadme a conocer lo que haya en esto de malo, pues os aseguro que nada deseo en todo y por todo sino el cumplimiento del beneplácito divino, dejando a ese Divino Corazón que quiera y desee de mí y por mí lo que mejor le plazca. Yo me contento tan sólo con amarle; que Él amará por mí todo lo que Él quiere que yo ame.

Aunque este tesoro de amor sea un bien propio de todo el mundo, y al cual todos tienen derecho, ha permanecido, no obstante, siempre oculto hasta el presente, que ha sido dado particularmente a las religiosas de la Visitación. Es que están destinadas a honrar su vida oculta a fin de que, después de habérseles descubierto a ellas, lo manifiesten y distribuyan a los demás.

Pero está reservado a los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús el dar a conocer el valor y utilidad de este precioso tesoro, del cual cuanto más se saca, tanto más queda por sacar. A su arbitrio estará, pues, enriquecerse con toda suerte de bienes y de gracias; y por este eficaz medio que les ofrece podrán desempeñar perfectamente, según sus deseos, el santo ministerio de caridad al cual están destinados. Porque este Divino Corazón infundirá de tal modo la suave unción de su caridad en sus palabras, que penetrarán como una espada de dos filos en los corazones más empedernidos, para disponerlos al amor de ese Divino Corazón; y las almas más criminales serán encaminadas por este medio a una saludable penitencia.

En fin, por este medio desea repartir a la Orden de la Visitación y a la de la Compañía de Jesús la abundancia de esos divinos tesoros de gracia y salvación,

con tal de que le tributen lo que espera de ellas, que es un homenaje de amor, honor y alabanza, y que trabajen todo cuanto puedan para el establecimiento de su reinado en los corazones. Mucho espera Él de vuestra Santa Compañía en este particular, y abriga grandes propósitos en este punto⁶². He aquí por qué se ha servido del buen P. de La Colombière para dar comienzo a la devoción de ese adorable Corazón. Del mismo modo espero que vos seréis uno de los que Él se servirá para introducirla en vuestra Orden. ¡Oh, qué merced para vos si así sucede, y si vos secundáis sus designios!

Pero todo despacio y suavemente, según los medios que para ello Él os procurare, dejándole el éxito de todo, sin otro deseo y voluntad que la que Él os diere a conocer en cada ocasión en que quiera que obréis. He aquí el medio, a mi entender, destinado a vuestra santificación; porque a medida que trabajareis, ese Divino Corazón os santificará con su misma santidad.

No deben sorprendernos las contradicciones y oposiciones que el demonio nos suscitará, porque estad seguro de que el Soberano de nuestras almas sostendrá Él mismo su obra, y que será más poderoso para defenderla que sus enemigos para combatirla. En fin, yo creo que se cumplirán aquellas palabras que hacía oír de continuo al oído del corazón de su indigna esclava, entre las dificultades y oposiciones que fueron grandes en los principios de esta devoción: **Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos se opongan a ello**. Me infundían éstas tanto consuelo y esperanza de que así sería, que cuanto más me privaban de los medios con que contaba prohibiéndome que hablara más de ello, tanto más yo confiaba y esperaba que Dios, siempre fiel a sus promesas, realizaría la obra por sí mismo, antes que dejarla imperfecta, porque siempre ha prometido a su indigna esclava que cuidará de procurarle todos los medios necesarios para el cumplimiento de sus designios, y que nada le faltará. Así lo ha cumplido siempre, hasta excediéndose de sus promesas.

Ya veis, pues, cómo quiere mi Soberano que os hable sencillamente de todas estas cosas que son para mí como un abismo del que no puedo salir, cuando me da libertad de hablar de ellas, lo que no siempre acontece, sino raras veces, cuando a Él le place; porque, fuera de estos casos, os puedo asegurar que me siento tan incapaz de hablar o escribir, que me parece imposible poder hacerlo.

Mas os repito que todo esto quede en el secreto de ese Divino Corazón; es decir, que tengáis la bondad de no nombrarme ni darme a conocer a nadie, porque debo confesaros la falta que me ha hecho cometer el deseo de ser desconocida sobre el particular. Y es que ese Reverendo Padre, a quien vos dirigisteis la precedente a la última de vuestras cartas, haciéndome el honor de escribirme, yo no le contesté por el motivo que acabo de manifestar. Pero os quedaré obligada si tenéis la bondad de quemar esta carta en la que debo deciros, además, que

⁶² Véase la nota segunda de la Carta 141.

siendo muy grande mi agradecimiento por los libros que habéis tenido la dignación de enviarnos, y hallándome privada de todo medio de corresponder (porque soy enteramente pobre, a Dios gracias), mi Soberano Señor me ha dado a entender que debía dejarle el cuidado de este agradecimiento, que Él satisfará con bienes infinitos. Así confío que nada perderéis y que será Él mismo vuestra recompensa.

Gran deseo tenía yo de conservar uno de los libros, pero su bondad no ha querido permitírmelo, dándome a entender que su gloria exigía que yo los diera a aquellos a quienes Él quería, según me lo daría a conocer. El uno fue para nuestra querida Madre Superiora (*M. Melin*); el otro para una persona que no excusa gasto ni fatiga para el establecimiento de su reinado, y el tercero para otro que le ha hecho construir una Capilla como lo hemos hecho nosotras aquí con un grande y hermosísimo cuadro. Pero esta persona seglar (*su hermano el alcalde*) ha hecho más que nosotras; ha fundado a perpetuidad en aquella Capilla una Misa todos los primeros viernes de cada mes, la cual debe sernos de gran consuelo.

El ilustrísimo señor Obispo de Langres ha permitido que en toda su Diócesis se celebre la fiesta de ese Divino Corazón, y se diga su Misa, la cual fueron a cantar con música los señores de la Santa Capilla a la iglesia de nuestras Hermanas de Dijon. Os digo esto para haceros ver los felices progresos que su bondad infinita imprime a esa devoción, a fin de que le deis las gracias. Quizás no os disgustará que os envíe uno de los primeros libros (*el de Moulins*) que han sido impresos en honor de su Divino Corazón, a fin de que, si lo juzgáis a propósito, toméis de él las Letanías del Sagrado Corazón de la Santísima Virgen para añadir las al vuestro. Y como observo que las devociones breves e inflamadas dan más gusto y producen más efecto que las otras, así es como yo desearía que estuviera el libro que tratáis de reimprimir, pero sobre todo las meditaciones, oraciones y prácticas, a fin de que el pobre espíritu humano pueda hallar en ellas más gusto y placer que disgusto. Es preciso, pues, que continuéis como habéis comenzado, porque agradan y satisfacen mucho las que nos habéis enviado.

Por lo que me toca al secreto, no debéis temer que falte yo a él por mi parte. Pero, ¡ay!, que me temo que no suceda así con los demás, lo que me afligiría muchísimo.

Si se pudiera formar una Asociación de esta devoción, en la que los asociados participaran del bien espiritual los unos de los otros, creo que sería esto muy grato a ese Divino Corazón. Me parece que desea, además, que tengamos una particular unión y devoción a los santos Ángeles, que están particularmente destinados a amarle, honrarle y alabarle en el divino Sacramento de amor, a fin de que hallándonos unidos y asociados con ellos, suplan por nosotros en su divina presencia, tanto para tributarle nuestros homenajes, como para amarle por

nosotros y por todos los que no le aman y para reparar las irreverencias que nosotros cometemos en su santa presencia⁶³.

Os digo muchas cosas, tanto porque así me lo habéis permitido, como porque no sé si podría callármelas sintiéndome impelida a hacerlo por ese Soberano de mi alma, que tal vez desea por ellas ser glorificado. Pero como no poseo la inteligencia de saberme expresar, no sé si podréis comprender lo que os digo, ni siquiera leer esta carta, que no es más que un borrador por ser mucha su extensión. Bien me imagino que os quitará las ganas de pedirme otras largas.

Pero perdonad la abundancia de ese manantial inagotable, que se complace en derramarse con abundancia en favor de sus amigos. Esto entiendo quiere hacer con vos ese Divino Corazón; pues espera mucho de vos. Me decís que no creéis que le ruego por vos hasta que no hayáis conseguido el amor y la humildad. Tocante al primero, no me da cuidado; basta que Él conozca lo que hace en esta materia. Y por lo que hace a la segunda, yo creo, según así me lo ha dado a entender, que no desea privaros de los movimientos contrarios a esta virtud de la humildad para dejaros en esto ocasión de pelear, a fin de que haya lugar de recompensar vuestras victorias, y, además, a fin de que estéis continuamente alerta con suma desconfianza de vos mismo.

No dudéis, pues, más de que ruego por vos, puesto que sabéis que, además de tener parte en el adorable Corazón de nuestro Soberano en todo el bien que yo pueda hacer y en todo lo que pueda sufrir con su gracia (ya que nos ha unido con igualdad de bienes espirituales como hermano y hermana, supliendo de su parte lo que falta a la mía, y por eso os llamo *hermano en ese Sagrado Corazón*); además, digo, ofrezco una Comunión todos los meses a vuestra intención, con todo lo demás que ya os tengo dicho por vos.

⁶³ No afirmamos que no haya otras Asociaciones que realicen de algún modo esta preciosa idea de Santa Margarita María: pero sí que el Apostolado de la Oración, por su objeto y por su organización y por su historia y por su extensión, es la Asociación que más perfectamente la realiza.

Baste decir, respecto a esta mutua participación de méritos, que está expresamente pactada entre el Apostolado, con sus 132.493 centros (que éstos eran los expresamente inscriptos en la Dirección General el 1 de diciembre de 1947) y sus 35 millones de socios y las 808 órdenes y Congregaciones Religiosas que, hasta esa fecha, le habían concedido expresamente participación de sus méritos y buenas obras.

El Apostolado lo fundó en Vals (Francia) el P. Gautrelet, S.I., el 3 de diciembre de 1844, y su órgano oficial, *El Mensajero*, en 1861. A principios de 1933 se editaban 69 *Mensajeros* en 44 lenguas; si bien actualmente, debido a la pasada guerra, y especialmente a la persecución religiosa en los países sometidos a Rusia, algunos de ellos no se pueden publicar.

Por lo demás, el *Apostolado de la Oración* es cada día, con más verdad, *Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús*. Así lo reconoció expresamente el P. Ramière, S.I., que fue quien lo organizó y asentó sobre sólidas bases doctrinales. «El Apostolado —decía— es la forma más perfecta de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la cual da, al mismo tiempo, toda la verdad de su objeto, toda la perfección de su fin y toda la solidez de su organización». Así lo han reconocido, en ocasiones solemnes, autorizados personajes y el mismo Santo Padre Pío XI, que lo han llamado (y lo llaman en varias regiones) *Liga o Congregación o Apostolado del Corazón de Jesús*.

Pero, ¡ay!, ¿qué es todo esto considerando la persona que lo practica respecto de todo lo que vos hacéis por mí? Por esto me siento incapaz de manifestaros los sentimientos de gratitud que ese Soberano hace experimentar a mi pobre corazón, el cual se siente de continuo impelido a dar a conocer y amar al de nuestro Divino Señor, lo que causa en mí un continuo martirio.

Hemos acrecentado nuestros bienes espirituales, porque un santo sacerdote se ha ofrecido espontáneamente a celebrarnos una misa todos los primeros viernes de mes, y yo le ofreceré una comunión. Tal vez ni imagináis siquiera por qué me da tanto consuelo la unión de oraciones con las almas santas. Es que además de formar con ellas un buen capital para lograr por este medio mi santificación y mi eterna salvación, mi Soberano se ha consagrado Él mismo todo el ser de su miserable esclava y todo lo que de ella depende con todo el bien que se le haga. Por esto le prometió, si no me engaño, recompensar con los tesoros de su Divino Corazón todo el bien que se le hiciera. De este modo es como yo creo que recompensará a todos los que me procuren y dieren algún bien espiritual, porque ya no será a mí, sino a ese amable Corazón que se lo ha apropiado todo.

Pensé sucumbir a la tentación que tuve de enviaros un breve manuscrito de una versión del Oficio del Sagrado Corazón en verso, pero he considerado que os costarían demasiado los portes, por seros una cosa inútil. Mucho me regocijará el ver la imagen de ese santo Corazón en los demás libros cuya impresión esperamos conforme a lo que nos decíais. No debéis dudar de que yo deje de hacer cuanto pueda para darlos a conocer.

Os envío uno de los libritos que se hicieron imprimir al principio de esta devoción; y como indicáis que es necesario rezar al bienaventurado Luis Gonzaga para alcanzarla, desearía que tuvieseis la bondad de enviarnos una imagen suya grabada en dulce, que fuera del mismo tamaño que la del R. P. de La Colombière. Es para nuestra capilla del Sagrado Corazón.

Ya veis cuán importuna soy. Vuestra carta me ha servido de gran consuelo; pero debo confesaros que me aflige mucho tener que escribiros, por la razón de que no siéndome dado leer mis cartas, ignoro lo que pongo en ellas, porque lo olvido a medida que lo voy escribiendo y, como no sé si repito siempre lo mismo, me causa esto gran confusión y vivos deseos de no volver a escribir más. Espero, con todo, que vuestra bondad lo excusará todo por el amor del Sagrado Corazón, al cual le suplico tenga a bien hacer llegar ésta a vuestras manos, porque no sé cómo poner la dirección. ¡Dios sea bendito eternamente!

CARTA CXXXII
TERCERA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Teme mucho la Santa el engañarse y engañar a otros.—¿Quién fue desde sus primeros años su único Director?—«He aquí al que te envió».—Paz inalterable bajo su conducta.—Primeras manifestaciones del Divino Corazón a Margarita.—Primeros cultos de sus novicias.—«Yo reinaré a pesar de mis enemigos...»—El Monasterio entero abraza gozoso el nuevo culto.—Modo admirable como escribe la Santa sus cartas. Espléndidas promesas del Divino Corazón a sus devotos.—Más ricas promesas en favor de sus apóstoles.—Me han destinado a ser la víctima de su Divino Corazón.—«Él vale diez millones de veces más que todos sus dones».—Se ve como un compuesto de toda clase de miserias.—Cómo purifica la santidad de Dios.—«De ningún modo me deis a conocer».—Diligencias en favor de este culto.—El Corazón de Jesús quiere reinar en los palacios de los reyes.—La Visitación y la Compañía de Jesús, elegidas para promover la nueva devoción.—Gran valimiento del P. de La Colombière.—«Fuera de Él, todo lo demás es nada para mí».—Misericordiosos designios de Jesucristo al descubrirnos su amoroso Corazón.—Continuas tribulaciones del mismo.—Tres cosas que pide de nosotros.—Fuente inagotable con tres caños.—El Divino Corazón, árbol preciosísimo plantado en la Visitación y beneficiado por los Padres jesuitas.—Es un abismo sin fondo de cinco clases de bienes.—Grandes ánimos al P. Croisset para el apostolado.—Diversos encargos.

¡Viva † Jesús!

15 de septiembre 1689

Mi Reverendo Padre:

[Me pedís que os hable confiadamente: ¡ay!, no está en mi poder el hacerlo como vos quisierais, sino conforme agrade a mi Salvador.]

Porque si supierais la imposibilidad en que me coloca de no poder decir más que lo que Él quiere, me aconsejaríais que guardara silencio antes que hacerle la menor resistencia. Pero hablándoos francamente, temo mucho, en medio de todas las gracias que recibo de su misericordia, engañarme y engañar a aquellos a quienes su caridad hubiera hecho concebir acerca de mí pensamientos ventajosos y bien distantes de lo que soy en realidad. No seáis de este número, ni hagáis caso de lo que me obligáis a deciros, pues creo que ese Divino Corazón os comunicará más fácilmente a vos sus secretos y su santa voluntad, que a una pobre, miserable e indigna pecadora como yo, que siempre quisiera no tener jamás otra ocupación que la de amar, obrar, padecer y callarse.

Para haceros comprender mejor que no hay que hacer caso de lo que digo y que tengo motivo para temerlo todo, es preciso que os confiese que jamás he tenido otra dirección que la del Soberano de mi alma. Porque desde que empecé a conocerme, tomó un imperio tan absoluto sobre mi voluntad, que me hacía

obedecerle en todo, sin que yo pudiera impedirlo. Él me reprendía y corregía mis faltas con mucha severidad, por poco voluntarias que fuesen. Él me infundía tan gran horror al pecado, haciéndome ver cuánto le desagradaba, que yo me ocultaba para llorar cuando me había dejado llevar de mis vanidades.

No aspiraba a otra cosa que a poder encontrar un sitio donde pudiera vivir pobre, desconocida y despreciada, a fin de conversar mejor con mi soberano Dueño, para aprender a amarle y conocerle, porque me hallaba yo en una aldea sin medios para instruirme en las cosas espirituales. Ni siquiera sabía lo que era hacer oración, fuera de lo que Él me enseñaba. Él me modelaba a su modo y continuó dirigiéndome de esta suerte hasta que me puso en la santa religión, que yo pensaba ser aquel lugar oculto al que aspiraba ardientemente para hacer penitencia.

Sin embargo, aunque cambió de conducta para conmigo, no por esto me abandonó, sino que me hizo ver que ajustaría de tal modo las gracias continuas que me hacía, al espíritu de mi regla y a la obediencia debida a mi Superiora, que lo uno no fuera contrario a lo otro. No dejaba yo, sin embargo, de hacer cuanto me era posible para alejarme de ese espíritu y para retirarme de su dirección, según se me mandaba. ¡Cuánto tuve yo que sufrir con esto! Pero aquel Soberano de mi alma, que obraba en mí independientemente de mí misma, hacía inútiles todos mis esfuerzos, sin que, a pesar de todo, me impidiera jamás obedecer.

Pero cuanta más resistencia le hacía yo para alejarle de mí, más presente le tenía. Me hicieron caer en tan grandes temores, que me movían a desear y pedirle que me sacara de ellos. Él me lo prometió, añadiendo que me enviaría a su fiel siervo y perfecto amigo, que me enseñaría a conocerle y abandonarme a Él sin más resistencia. Y, en efecto, me envió al R. P. de La Colombière, el cual, desde luego, me hizo comprender bien que él era el enviado de parte de Dios, a fin de que le descubriese todo el fondo de mi alma.

Yo le abrí mi corazón con tanta facilidad, que sin premeditación ninguna le dije todo lo que había pasado por mí, todas las gracias que había recibido de mi Soberano, de la manera sencilla que Él me había enseñado, sin reparar que hablaba de mí misma, de lo cual tenía yo tanto horror, que si lo hubiera advertido, no hubiera podido hacerlo. Y lo que me manifiesta la voluntad de Dios en este caso es que este buen Padre me llamó espontáneamente sin que nos conociéramos para nada. Y, al mismo tiempo, me fueron dichas distintamente estas palabras: «He ahí al que te envió».

Después de muchas conversaciones, sin que se ofendiera él en lo más mínimo por las maneras rústicas con que yo le trataba, me aseguró en el camino difícil en que me hallaba, camino todo sembrado de cruces y de espinas. Entre ellas he caminado siempre, no obstante las gracias continuas e inexplicables que he recibido siempre de este Soberano de mi alma.

Luego que este buen Padre hubo tomado conocimiento de toda mi conducta, me prohibió resistir nunca a este espíritu, y me dijo que me abandonara absolutamente a su beneplácito, para dejarle obrar según toda la extensión de su poder, lo cual dio una paz inalterable a mi alma. Sin más ni más os digo todo esto, y no sé para qué os lo digo, sino a fin de que bendigáis al Señor y le deis gracias por mí de que todavía no me ha sumergido en los infiernos, por las grandes resistencias que le he hecho y por lo que he abusado de sus gracias. Esto me causa tanto dolor, que por ello quisiera hacer continua penitencia.

Y, sin embargo, no hago más que ofenderle; así que os conjuro por la santa caridad que nos une en ese Corazón adorable, que le pidáis perdón por mí, y que os intereséis por mi salvación; pues me parece que Él lo quiere.

Mas, volviendo a la devoción del Sagrado Corazón, es verdad, os lo confieso, que a ese buen Padre es a quien hice la primera manifestación de esto, conforme se me había ordenado de parte de mi Soberano, el cual le otorgó más gracias en este tiempo que hasta entonces le había concedido. Pero deciros cómo Él concedió la primera gracia de esta devoción a su indigna esclava, ¡oh Dios mío!, eso es lo que no me ha sido permitido explicar desde aquella primera vez, como tampoco la manera cómo se verificó. El solo recuerdo de este beneficio produce siempre nuevos efectos de gracia en mi alma, la cual desde el abismo de su nada se pierde y se abisma en el de las misericordias de su Salvador y me hace exclamar con Santa Teresa: *Misericordias Domini, etc.*

Pero, aunque el deseo que el Corazón adorable de nuestro Divino Dueño tenía de ser conocido, amado y honrado particularmente, fue manifestado a este buen Padre, no dejó de permanecer todavía secreto más de ocho o nueve años y hasta que su indigna esclava, a quien Él había descubierto su deseo, fue encargada de la dirección de nueve o diez jóvenes novicias. Éstas, habiendo oído hablar sobre el particular, se dieron con tanto ardor a honrar al Divino Corazón, del cual yo les di una imagen trazada con una pluma sobre un pedacito de papel, que hicieron grandes progresos en su perfección en poco tiempo. Y aun cuando esta devoción les acarreó muchas mortificaciones, no se desalentaron, antes se animaron más a honrar al Sagrado Corazón.

Habiéndole erigido un altarcito para tributarle sus homenajes, procuraron reparar con sus penitencias las injurias y ultrajes que recibe en el Santísimo Sacramento. Y algunas alcanzaron de sus padres recursos con que hacer pintar una imagen pequeña, lo cual no se les permitió por temor de que introdujesen alguna novedad. Nadie se atrevía a hablar de esto sino en secreto, porque habiéndose traslucido afuera y oponiéndose fuertemente a esta devoción un gran siervo de Dios, todos se me echaban encima. Yo no me incomodaba por esto, sino que me regocijaba de que me honrase Él con su cruz por medio de aquellas ligeras persecuciones y contradicciones que se levantaron al punto, y que dieron a esta ruin pecadora el consuelo de sufrir sin otro apoyo ni consolación que la de

este Divino Corazón. Él me fortificaba con estas palabras, que oía o en lo más íntimo de mi corazón con un regocijo inconcebible: **Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos cuantos a esto quieran oponerse.**

Mas como la cruz es un tesoro precioso que no puede conservarse sino cuando está sepultado en un humilde silencio, me conviene callar sobre tal asunto. Solamente diré que después de dos o tres años que duró esto, cambió Él de tal manera los corazones opuestos, que se hizo erigir a honor suyo en el recinto de nuestro Monasterio, una Capilla muy bella, con un grande y hermosísimo cuadro de este Sagrado Corazón. Cada una de nuestras Hermanas contribuyó a esta obra con tanto ardor, que bien pronto estuvo acabada, y ésta es ahora la devoción principal de nuestra Comunidad. Solamente yo sirvo de obstáculo al establecimiento de su Reinado en los corazones, y éste es el motivo de mi mayor dolor.

He ahí algo de lo que me pedís, no siéndome permitido explicarme más en particular. Una cosa debo deciros, la cual me impedirá escribiros más, si la obediencia no lo dispusiera de otra suerte; y es que cuando escribo, después de haberme puesto de rodillas para hacerlo, como un discípulo delante de su maestro, escribo según Él me dicta, sin cuidarme ni pensar en lo que escribo. Esto me hace pasar grandes humillaciones, tanto por el temor que tengo de decir lo que quisiera callar y tener oculto, como por la creencia en que me hallo de que vuelvo a decir siempre la misma cosa.

Me han prohibido volver a leer las cartas que escribo, porque cuando lo hacía no podía contenerme y las rompía o las quemaba. Así que me he visto sorprendida cuando, leyendo vuestra carta, he visto lo que creía haberos dicho acerca de este estado de indiferencia, de insensibilidad, de reprobación, de condenación, en que creía estar; todo eso ha resultado dicho de una manera muy distinta y os lo ha hecho explicar tan ventajosamente, que yo no encuentro en mí nada de todos esos actos y disposiciones de que me habláis. Esta indiferencia no es en mí más que una insensibilidad a la gracia.

Lo que me decís del amor de mi Señor Jesucristo, me hubiera hecho morir de dolor, si lo hubiera entendido en ese sentido; mas lo decía en el de que las penas del infierno me parecerían suaves para hacer reinar a este amable Corazón; pero siempre exceptuando esa privación de amor, a menos que yo no viera en ello el beneplácito divino, lo cual no puede ser.

Me decís que ruegue por vos. Así lo hago, más que por ningún otro: pero, ¡ay!, ¿podrías sentir vos los efectos de las oraciones de una criatura tan malvada que no es apta más que para atraer la cólera de Dios y detener el curso de sus misericordias? Yo ofrezco por vos y por la realización de nuestros designios, a gloria del Sagrado Corazón, los Santos Sacrificios de la Misa, que algunos santos

religiosos y eclesiásticos dicen a mi intención todos los viernes, y también ofrezco la santa Comunión dos o tres veces al mes, sin contar todo lo demás.

Y pues queréis que os diga mi sentir acerca de los proyectos que tenéis para honrar al Corazón Divino, creo, si no me engaño, que le son muy agradables. Yo espero que esta devoción será uno de los medios de que Él se quiere servir para sacar de la perdición un gran número de almas, arruinando en ellas el imperio de Satanás, para reponerlas con su gracia santificante en el camino de la salvación eterna, como me parece haberlo prometido a su indigna esclava. Me hizo ver esta devoción como uno de los últimos esfuerzos de su amor para con los hombres, a fin de que, poniéndolos a plena luz en un cuadro particular su Divino Corazón, traspasado de amor por su salvación, pueda asegurar su salud eterna y no dejar perecer a ninguno de aquellos que le estén consagrados; ¡tan grande es el deseo que tiene de ser conocido, amado y honrado de sus criaturas!

A fin de poder en alguna manera contentar este ardiente deseo que su amor tiene de difundirse, Él les repartirá con abundancia gracias santificantes y saludables. Él les servirá de asilo seguro en la hora de la muerte para recibirlos y defenderlos de sus enemigos. Mas para esto es preciso vivir conforme a sus santas máximas.

Respecto de aquellos que se emplean en hacer que sea conocido y amado, ¡oh!, si yo pudiera y me fuera permitido expresarme y dar a conocer las recompensas que recibirán de este adorable Corazón, diríais como yo: *¡Dichosos aquellos a quienes Él empleare en la ejecución de sus planes!*

Os aseguro que sois dichoso por ser de este número; como yo no puedo dudar que Él os haya destinado enteramente a eso, seguid sin temor las luces que os dará para este efecto, y no dejéis este bien para otro. Vos lo habéis recibido por haberlo rehusado otro que quiso preferir la elección que él había hecho de su empleo para glorificar a Dios, a la elección que ese mismo Dios había hecho de él para que hiciera conocer, amar y honrar su Sagrado Corazón. Por esta razón le ha privado de un número infinito de gracias, que ahora están a vuestra disposición si queréis corresponder a los santos impulsos y a las luces que os dé para este efecto. Y la razón por la cual no me es permitido hablar de las recompensas que promete a los que se empleen en esta obra, es para que trabajen sin otro interés que el de su gloria, movidos de su puro amor.

Ya veis cuán libremente os digo mi pensamiento, según que me es permitido; pues cuando no agrada a mi soberano Señor, me quita toda memoria y toda inteligencia sobre lo que quisiera decir, de suerte que me es imposible hacerlo. Y de igual modo me deja en tal incapacidad de presentarle ciertas intenciones o personas que no son de su agrado, ya porque examinen la razón de sus voluntades, ya por otras causas, que me hace sufrir un tormento inexplicable en semejantes ocasiones. Yo no desisto, aunque Él rechace mis demandas; mas combatiendo, por decirlo así, con Él, respondo a veces por esas personas, y me

obligo frecuentemente a una larga y penosa serie de sufrimientos. Éstos son mi ejercicio continuo, desde que me ha destinado, si no me engaño, para ser la víctima de su Divino Corazón y su hostia de inmolación sacrificada a su beneplácito e inmolada a todos sus deseos, para consumirse continuamente sobre ese altar sagrado con los ardores del puro amor paciente.

No puedo vivir un momento sin sufrir; y mi alimento más dulce, y mi plato más delicioso es la cruz compuesta de toda clase de dolores, penas, humillaciones, pobreza, menosprecio y contradicciones, sin otro apoyo ni consuelo que el amor y la privación. ¡Oh, qué dicha el poder participar en la tierra de las angustias, amarguras y abandonos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo! Pero advierto que satisfago demasiado mi gusto hablando de la cruz, la cual es como un perfume precioso que pierde el buen olor delante de Dios, cuando se la expone al viento de la demasiada locuacidad. Es, pues, mi herencia sufrir siempre en silencio.

Mas en cuanto a responder a lo que me preguntáis de las gracias que yo, su indigna esclava, he recibido de ese Corazón adorable, no puedo hacerlo. Él me obliga y me fuerza, por decirlo así, con frecuencia a descubrirlas a las personas para las cuales las ha destinado. Después las quita de mi memoria para dejarme ocupada en Él solo, que vale diez millones de veces más que todos sus dones, los cuales no pueden ser considerados más que con relación a su amor.

Me parece, no obstante, que puedo deciros que, si me fuera posible contaros las gracias y las misericordias de ese todo amante y todo amable Corazón, necesitaría un libro doble mayor que el vuestro: ¡ved si no merezco mil veces el infierno por mis continuas infidelidades e ingratitudes! Se me ha dado a conocer, si no me engaño, que estas gracias no me serían concedidas sino en favor de otras personas, para gloria del Sagrado Corazón, y que así, yo no debía apropiarme ni atribuirme nada de ellas. Así que no me queda más que la vista de mi nada criminal, que veo continuamente como en un cuadro que este Soberano de mi alma tiene delante de mis ojos. En él me hace verme a mí misma como un compuesto de toda suerte de miserias que quiere Él cambiar en un compuesto de sus infinitas misericordias.

¡Oh, si supierais qué tormento sufre mi alma, al verse tan impura ante la santidad de Dios que no puede sufrir la menor mancha en un alma, que conversa con Él! Esta santidad es como un fuego devorador que penetra y consume hasta la medula de los huesos y exterminaría mil veces a los pecadores si esta amorosa misericordia no se pusiera de por medio, pues es inexorable. Se me figura no haber suplicio que no parezca más dulce que el que esta santidad de Dios hace sentir, cuando quiere purificar a un alma para comunicarse a ella. Os confieso por mi parte, que las gracias que Él me concede son siempre precedidas y seguidas de esta clase de tormentos o de un purgatorio de humillaciones; y a no sentirme

sostenida y fortificada por Aquél mismo que me aflige, me sería imposible soportar ese tormento.

Pero, ¡Dios mío!, ¿a qué conduce el entreteneros con esta suerte de discursos tan ajenos a nuestro asunto? Yo creo que lo permite su bondad, a fin de que podáis conocer de qué espíritu procede lo que os digo, y por el cual soy conducida, y esto para desengañaros y para ayudarme a salir de este camino, si no es seguro. Yo rogaré a Nuestro Señor os dé luz sobre esto, a fin de que me digáis lo que creéis sobre todo lo que aquí os digo, en el secreto del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Por su amor os pido esta gracia: quemad esta carta después de haberla visto, para decirme lo que juzgáis, y que sólo sea vista por vos, pues sin ilación ni concierto he puesto en ella más de lo que pienso. Ni aun sé si la podréis leer, ni comprender lo que os digo, porque no sé expresarme. Mas, en nombre de Dios, de ningún modo me deis a conocer; pues el ser conocida es para mí un martirio más rudo que cuanto pueda deciros.

En cuanto a lo que me proponéis en vuestra carta, tanto acerca de las meditaciones como de las indulgencias, me parece ver clara e indudablemente que el Sagrado Corazón es quien os ha inspirado obrar de este modo. Pues me da a conocer que le es tan agradable, que nadie sino Él mismo hubiera podido inspiraros una cosa tan de su agrado, y creo ha de recibir en esto mucha gloria. Anticipadamente siento yo en ello una gran consolación, y me regocijo sobremanera. Pero al solicitar las indulgencias, ¿no habría medio de conseguir que la Santa Sede Apostólica aprobara la Misa en honor del Divino Corazón? También éste es un punto muy importante. Y, si bien tengo, esperanzas de que se consiga, no sé de quién se querrá servir para ello; pues ya muchos han visto frustrados sus intentos.

Hay otra cosa de la cual me siento muy impulsada a hablaros, por el gran deseo que el Sagrado Corazón tiene de ello, según me manifiesta. Y es el de la propagación de esta devoción en los palacios de los reyes y de los príncipes de la tierra, a fin de recibir tanto placer siendo amado y honrado de los grandes, como profundas fueron las amarguras y angustias que experimentó, cuando en su Pasión fue tan despreciado, ultrajado y humillado. Me parece, os lo confieso, que esta devoción protegería grandemente a la persona de nuestro rey, y podría dar feliz suceso a sus armas y procurarle grandes victorias.

Mas no me toca a mí hablar de esto; es preciso dejar que obre el poder de ese Divino Corazón, del cual habéis tenido la bondad de presentarme algunos libros. Verdad es que jamás me hubierais podido hacer un obsequio más gustoso; pero me siento del todo confundida de vuestra liberalidad para con una persona a quien el Señor de tal manera la ha despojado de todo, que nada la ha dejado sino a sí misma.

He ahí por qué es preciso que aquellos a quienes Él inspira que me hagan semejante caridad, no esperen por ello otra recompensa que la que Él mismo les dará en mi lugar, porque creo haber recibido la seguridad de que tomará a su cargo el agradecer y recompensar todos los beneficios que a esta su ruin esclava se hicieren. Yo, por mi parte, le rogaré de todo mi corazón que así lo haga con vos. Yo os suplicaría que, si no os sirviera de molestia, pusierais en vuestro nuevo libro las letanías de la Santísima Virgen.

Tengo otra cosa importante que deciros: que a una religiosa de la Visitación, muerta hace unos cuarenta años en olor de santidad, le fue revelado que la devoción al Corazón Sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo tendría principio en la Orden de la Visitación. Y siendo esto así, pienso que todo se ha realizado por medio de nuestro Santo Fundador, el gran San Francisco de Sales, el cual había destinado a sus Hijas a rendir homenaje a ese Divino Corazón, conformando toda su vida a las santas máximas del mismo.

Yo, por mi parte, no puedo menos de creer que, si es verdad que esta devoción amabilísima ha nacido en la Visitación, progresará por medio de los reverendos Padres jesuitas⁶⁴. Y creo que para esto precisamente había escogido al bienaventurado amigo de su Corazón (*el B. de La Colombière*) para el cumplimiento de ese gran designio, que, como espero, será muy glorioso a Dios, a causa del ardiente deseo que tiene de comunicar por este medio su amor y sus gracias.

¡Oh, si pudiéramos comprender las grandes ventajas, las gracias y las bendiciones que esto proporcionará a las dos Ordenes religiosas! ¡Con cuánto ardor trabajaríamos en ello si conociéramos bien los frutos de ese tesoro! Conviene dirigirse a su fiel amigo, el buen P. de La Colombière, al cual Jesús ha otorgado un gran poder encargándole, por decirlo así, de lo concerniente a esta devoción. Confidencialmente os confieso haber recibido de él grandes socorros, siéndome aún más favorable que cuando estaba acá en la tierra. Si no me engaño, esta devoción del Sagrado Corazón le ha hecho muy poderoso en el cielo, y le ha elevado más en la gloria que todo lo restante que hubiera podido hacer durante todo el curso de su vida. Espero yo que lo mismo sucederá con vos, si queréis corresponder y seguir los santos movimientos de la gracia.

No os olvidéis de avisarme qué día tendréis la dicha de ofrecer ese gran sacrificio de amor (*la primera Misa del P. Croisset*), pues tengo en él una gran esperanza conforme a vuestras promesas. Quizá os arrepintáis ya de ello a causa de mi indignidad y pobreza espiritual; mas espero que el Sagrado Corazón suplirá por todo, y que si redobláis vuestras súplicas para pedirle me convierta enteramente

⁶⁴ Véase la nota segunda de la Carta 141.

a su puro amor, me concederá esta gracia en mi retiro, en el cual entraré dentro de tres semanas.

Entonces sí que tendré particular necesidad de que me ayudéis en la presencia de mi Soberano, el cual, a mi parecer, de tal modo me ha formado y destinado para su amabilísimo Corazón, que Él solo constituye toda mi alegría, mi consuelo, mi tesoro y mi felicidad. Fuera de Él todo lo demás es nada para mí. Se me figura no haber cosa alguna que yo no quisiera hacer ni sufrir por complacerle en lo que desea con tanto ardor.

Quiere, ante todo, reavivar con esta devoción la caridad resfriada y casi extinguida en los corazones de la mayor parte de las criaturas, dándoles un nuevo medio de amar a Dios por medio de su mismo Sagrado Corazón, tanto como Él lo desea y lo merece, y así reparar sus ingratitudes. Este Corazón Divino es el tesoro del cielo, cuyo oro precioso se nos ha dado de muchas maneras, para pagar nuestras deudas y adquirir la gloria, y ésta también la última invención de su amor; de nosotros depende el aprovecharnos de ella. ¡Infelices aquellos que no lo hagan o que no quieren hacerlo!

Desea Él que, santificándonos, glorifiquemos a ese Corazón amantísimo que ha sufrido más que todo el resto de la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Porque desde el momento de la Encarnación, este Corazón sagrado se vio sumergido en un mar de amargura, sufriendo desde aquel primer instante hasta su último suspiro en la Cruz. Todo lo que sufrió interiormente la Santa Humanidad en el cruel suplicio de la cruz, lo padeció continuamente este Divino Corazón. Por esto quiere Dios que sea honrado con particular homenaje, a fin de que los hombres le hagan experimentar tanto gozo y placer con sus obsequios y amor, como penas y amarguras le han hecho sentir con sus ofensas.

Nada hay más dulce ni más grato, y al mismo tiempo más fuerte y eficaz para convertir a los pecadores más endurecidos, que la suave unción de la caridad ardiente de ese Corazón amable. Él penetrará los corazones más insensibles por medio de la palabra de sus predicadores y fieles amigos, haciendo que sea como una espada ardiente que derrita en su amor los corazones más helados. Y esto se refiere particularmente a los religiosos de la santa Compañía de Jesús, a quienes se ofrecen estas gracias para darles medios favorables de desempeñar digna y perfectamente las funciones de su ministerio de caridad, para gloria de Dios en la conversión de las almas.

Deben los tales excitar mucho a las almas a que se aprovechen del gran tesoro encerrado en esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por medio del cual podemos a nuestro arbitrio satisfacer a la justicia divina.

Primeramente, es preciso secundar sus deseos y trabajar en hacer que sea conocido y amado con el amor más puro y exento de todo interés propio.

En segundo lugar, quiere que nos dirijamos a Él en todas nuestras necesidades, con una confianza humilde y respetuosa, pero enteramente filial, abandonándonos por completo a su solicitud amorosa, como hijos a su buen Padre, el cual, habiéndonos dado la vida en la cruz con tantos dolores, no podrá olvidarse de sus ternuras para proveer a todas nuestras necesidades.

Por último, quiere una gran caridad para con el prójimo y que roguemos por él como por nosotros, pues uno de los particulares efectos de esta devoción es el de reunir los corazones divididos y pacificar las almas.

Cuando se ha caído en alguna falta, conviene recurrir a ese Corazón Divino para ponernos nuevamente en gracia de Dios Padre, al cual se debe ofrecer una de las virtudes opuestas a nuestra falta, como su humildad por nuestro orgullo, y así de las demás; haciéndolo con amor satisfaremos por este medio, según sus promesas, nuestras deudas para con su Divina justicia.

Es este Divino Corazón una fuente inagotable en la cual hay tres caños que fluyen sin cesar:

El primero, de misericordia para los pecadores, sobre los cuales derrama el espíritu de contrición y penitencia.

El segundo, de caridad, se difunde para socorro de todos los miserables que se hallen en cualquier necesidad. Particularmente los que tienden a la perfección encontrarán aquí, por medio de los santos ángeles, fuerzas con que superar los obstáculos.

Del tercero brotan el amor y la luz para los amigos perfectos, a quienes quiere unir consigo mismo para comunicarles su ciencia y sus máximas, a fin de que se consagren enteramente a promover su gloria, cada uno a su manera. La Santísima Virgen será la especial protectora de éstos, para hacerlos llegar a la vida perfecta. Además, este Divino Corazón será el asilo y puerto seguro a la hora de la muerte de todos aquellos que le hayan honrado durante su vida, y los defenderá y protegerá.

Debo manifestaros un pensamiento que me viene al escribiros; y es que este Divino Corazón es como un árbol hermoso que ha echado muy profundas raíces en la Orden de la Visitación, a causa de su pequeñez. Ésta misma hará que aparezca mejor la majestad de su poder y de su grandeza. Este árbol está cargado de toda suerte de frutos buenos y saludables, propios para sanar del veneno del pecado y devolver la vida al alma. Y como no quiere que un fruto tan precioso permanezca escondido y sin provecho, ha escogido a los reverendos Padres jesuitas para distribuirlo, y hace gustar su dulzura y suavidad a todos y a cada uno, descubriéndoles cuán útil y provechoso será para las almas que de Él se alimentaren con las disposiciones requeridas.

En fin, este Divino Corazón es un abismo de bondad en el cual deben los pobres abismar sus necesidades; un abismo de gozo, en el que es preciso abismar todas nuestras tristezas; un abismo de humillación para nuestro orgullo; un abismo de misericordia para los miserables, y un abismo de amor, donde debemos abismar todas nuestras miserias.

Pero, Dios mío, ¡qué dicha fuera, si este Divino Corazón quisiera manifestar su poder en este tiempo de calamidades y desolación, tanto para el sostenimiento de la fe como para el restablecimiento de la paz, haciendo triunfar a nuestro Rey de sus enemigos! Menester sería para esto que fuera conocido en estas regiones; ¿cómo se podría hacer esto? Mas yo no sé por qué al deciros todo esto me siento abismada en una extraña confusión.

Mas, ¡ay de mí!, que quizás sea porque todo lo que os he dicho es enteramente inútil; pero puedo aseguraros no haber sido mi intención decíroslo cuando comencé esta carta. Espero la quemaréis después de haber examinado de qué espíritu veis que soy conducida, para decírmelo y desengañarme, si es posible. Porque, si es espíritu del demonio, muy desgraciada sería, por el gran imperio que tiene sobre todo mi ser corporal y espiritual; de tal suerte, que a mi parecer tan enteramente me ha hecho para sí, que mi corazón parece insensible a todo otro movimiento que a aquellos que Él exige como le place de este mismo corazón, sea de alegría o de tristeza, de consuelo o de dolor, etc.

En fin, ahí tenéis los dos borradores de cartas que me pedís, mas creo que quizás no encontraréis en ellos nada de lo que deseabais. Es que el Señor, a mi juicio, quiere dároslo todo por sí mismo, y quiere hacerlo todo en vos, porque os ama. Pero os digo muy en particular que, según Él me lo ha dado a entender, para vos están abiertos los tesoros de su Sagrado Corazón, y veo que os hará tomar de ellos abundantemente, y aun os los repartirá con profusión, para el cumplimiento de esa gran obra, para la cual me parece que no puede dudarse que os ha destinado. Mas, si no me engaño, quiere que trabajéis en ella con un perfecto olvido y desconfianza de vos mismo, apoyado enteramente sobre esa perfecta confianza en Él, la cual os da ya tan abundantemente. Además, es preciso no tener otra mira que la de su puro amor.

No dejaré de ofrecerle esos dos santos religiosos (*los Padres Gette y Villette, S.I.*), sobre los cuales, si no me engaño, tiene el Señor grandes designios para gloria de su Divino Corazón que ama a las almas humildes y puras. Recomendadme vos a su caridad para con los pobres pecadores, encargándoles no me olviden en sus santos sacrificios. ¡Que Dios sea bendito eternamente, y se digne consumirnos en las llamas de su puro amor!

Permitidme que os lo diga una vez más: tanto en las meditaciones como en lo restante, sed ardiente en el amor cuanto os fuere posible, y sea todo breve y conciso. Creo comprenderéis bien lo que os quiero decir.

Me olvidaba deciros que muchas personas desean ardientemente ver aprobada la Misa del Sagrado Corazón, al menos por los señores Obispos, si todavía no se puede conseguir que lo sea por el Papa. Por esto me instan fuertemente a que me dirija al autor de ese librito de Lyon, para rogarle que mire a ver si podría alcanzar que fuera aprobada por el señor Arzobispo de Lyon, como sabéis que la ha aprobado para su diócesis el señor Obispo de Langres; creo que ya habéis visto esta aprobación. Procuró dar a conocer vuestros libros cuanto puedo. Ved lo que podríais hacer sobre lo que os digo...

CARTA CXXXIII CUARTA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Abrasémonos en amor al amantísimo Corazón.—Hace al P. Croisset dos advertencias dictadas por su profunda humildad.—«Busco una víctima para mi Corazón».—Todos sus favores iban ajustados a la santa obediencia.—«¡Cuánto tendréis que sufrir por mi amor!»—La favorece con su presencia actual y continua.—Admirables manifestaciones y efectos de esta divina presencia.—La primera de las grandes revelaciones.—Otra revelación del Sagrado Corazón con sus insignias. ¿Para qué manifiesta, por medio de su fidelísima sierva, a los hombres su amoroso Corazón?—Ardores del de Margarita.—La vestidura de la inocencia.—«He aquí el lugar de tu descanso».—Testamento de Margarita en favor de Jesús y de Jesús en favor de Margarita.—Le manda que practique la Hora Santa.—Las dos santidades de justicia y de amor, tienen a la Virgen de Paray clavada perpetuamente en la Cruz.—«Tengo sed ardiente de ser amado de los hombres».—El Divino Corazón es un sol ardiente.—Alusión a la gran Revelación y al P. de La Colombière.—Tres apóstoles del Sagrado Corazón.—«Quemad estas cartas».—Aprueba Margarita el libro del P. Croisset.—No quiere lastimar al amante Corazón con peligro de la caridad.—Desconfianzas y temores de sí misma.—Cómo hay que esparcir la semilla de la preciosísima devoción.—Trabajad unidos sus apóstoles.—Aprueba las meditaciones para los Viernes.—¿Queréis conocer a la H. Joly?

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
3 de noviembre de 1689

No hay más remedio: ha llegado por fin la hora de que nuestros corazones se consuman enteramente en la ardiente hoguera del Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, ya que no pudiendo contener en sí mismo sus llamas, las lanza con tanto ardor en los corazones que halla dispuestos para recibirlas. ¡Abrasémonos eternamente en ellas!

¡Ah!, ¡cuánto consuelo me dan vuestras cartas cuando me notifican los felices progresos de esta amable devoción, que es toda mi alegría y mi único regocijo en

este valle de lágrimas! Habéis hecho bien en decirme que habéis recibido mi última, pues sentiría mucho que la viera ningún otro que vos, porque bien veo que, a pesar mío, me doy en ella a conocer más de lo que yo quisiera. Mas puedo aseguraros que lo hago tan sólo por la obediencia, que así me lo ordena para gloria de mi divino Dueño, a la cual estoy sacrificada por completo. Conviene que os diga dos cosas que siempre me han atormentado en gran manera, al hablar de las gracias singulares que hace este Soberano a su indigna esclava.

La *primera* es que mucho me temo que, después de haberme engañado a mí misma, no engañe también a los demás a quienes hablo de estas cosas, y que se atribuya a la criatura lo que sólo es debido al Criador y a su pura misericordia. Siendo Él quien todo lo hace y ha hecho siempre en este particular, puedo decir con toda verdad que nunca le he servido más que de obstáculo por mi grande pobreza, que me convierte en un compuesto de toda suerte de ignorancias y de miserias.

Esta pobreza es, a mi juicio, uno de los motivos que le han obligado a servirse de un instrumento tan vil, como hizo con el lodo que puso sobre los ojos del ciego de nacimiento. Sí; porque si hubiera encontrado un sujeto más miserable e indigno para hacer de él un compuesto de sus grandes misericordias, a ése le hubiera escogido. Guardaos, pues, os lo advierto, y no os dejéis engañar con lo que os digo.

La *segunda* cosa es que me deis la seguridad de que todo cuanto os he dicho u os dijere, quedará reservado bajo el sello de un inolvidable secreto, no hablando jamás de mí para darme a conocer, ni durante mi vida ni después de mi muerte. Queriendo como quiero permanecer aniquilada, desconocida, sepultada en un eterno olvido, me concederéis la, gracia de quemar todas mis cartas a fin de que, en cuanto lo permita la gloria de mi divino Señor, no quede memoria alguna de tan miserable criatura. Os digo esto una vez por todas. La seguridad que me diereis de lo que os pido, y de que contribuiréis cuanto os fuere posible a dar a conocer al Sagrado Corazón de Nuestro buen Señor, dejándome a mí desconocida, conservará en paz mi alma y me hará contar este favor en el número de los mayores que os debo.

Me mandáis que os hable confiada y sencillamente, o más bien, lo quiere así mi divino Dueño; pues sin esto en vano me esforzaría por hacerlo. No puedo responder a lo que me pedís sin deciros bastantes cosas que desearía quedaran sepultadas en un eterno silencio, a menos que no exigiese otro proceder la gloria de mi soberano Dueño.

Decidme lo que pensáis acerca de lo que acabo de deciros; pues me da a conocer el Señor que debo dar crédito a lo que me dijereis de su parte, y he sentido algunos efectos de ello. Cuando en vuestra carta me habéis asegurado que es el espíritu de Dios quien me conduce, esto me ha tranquilizado un poco, pero no

me ha quitado la gran pena que sufro al hablar de mí o de esas gracias singulares, que, por el mal uso que de ellas hago, sólo servirán para mi mayor condenación. Pues llevo una vida del todo opuesta a esos favores y todas mis obras me condenan. Mas después de todo, y puesto que vos me aseguráis que esto es lo que mi Soberano quiere de mí, ¿debo atender tanto a mis intereses?

Os diré, pues, que habiéndose presentado un día el divino Salvador a su indigna esclava, me dijo: **Busco para, mi Corazón una víctima que quiero sacrificar como una hostia de inmolación para el cumplimiento de sus designios.**

Entonces, sintiéndome toda penetrada de la grandeza de aquella soberana Majestad y habiéndome prosternado, le presenté muchas almas santas, que corresponderían fielmente a sus designios. Pero me replicó este amable Salvador: **No quiero otra que a ti, y para esto te he escogido.**

Toda deshecha en lágrimas, repuse que bien sabía Él que yo era una criminal y que las víctimas debían ser inocentes; que yo no haría más que lo que ordenase mi Superiora. Consintió; más no cesaba de perseguirme, y yo de resistirle por el gran temor que tenía de que esos caminos extraordinarios me apartasen del espíritu sencillo de mi vocación. En vano le resistía. No quería darme punto de reposo, hasta que por orden de la obediencia me hubiese inmolado a todo lo que deseaba de mí, que era hacerme una víctima sacrificada a toda suerte de sufrimientos, de humillaciones, contradicciones, dolores y menosprecios, sin otra pretensión que la de cumplir sus designios. Habiéndome, por fin, ofrecido a ello con todo mi corazón, me dijo que bien sabía mis temores; pero que me prometía, como creo habérselo dicho ya, ajustar de tal modo sus gracias al espíritu de mi Regla, a la obediencia debida a mis Superiores y a mi debilidad y flaqueza, que lo uno no impediría a lo otro.

Después de esto me otorgó sus gracias con tanta profusión, que no me conocía a mí misma. Aumentó esto mucho más mis temores y me obligó a pedirle instantemente que jamás permitiese que se descubriese en mí nada, excepto lo que me hiciese más vil, abyecta y despreciable delante de las criaturas. Y Él me lo prometió.

En unos Ejercicios, que hice algún tiempo después, recibí de su incomprensible liberalidad y misericordia ciertas gracias de que no necesito hablar. Solamente diré que entonces me descubrió su bondad la mayor parte de las gracias que había determinado hacerme en todo lo que concierne a su amable Corazón. Por lo cual, prosternada, le supliqué que tuviera a bien conceder sus gracias a algún alma fiel, pues bien sabía que yo no era a propósito más que para servir de obstáculo a sus designios. Entonces me hizo entender que por esto mismo me había escogido, a fin de que no pudiera atribuirme nada a mí, porque Él mismo supliría a todo lo que me faltara.

En cierta ocasión, este Soberano de mi alma, habiéndome favorecido con su visita, me dijo: **Vengo a enseñarte cuánto tendrás que sufrir por mi amor y para la ejecución de mis designios.** En seguida me descubrió lo que debía hacer el resto de mi vida; mas todo ello con tan fuertes impresiones, que todos aquellos sufrimientos se imprimieron en mi como si efectivamente los hubiera experimentado todos en aquel momento. Me añadió en seguida que no debía temer nada, porque Él me prometía una de las mayores gracias que hubiera concedido jamás a alguno de sus amigos, y era la de favorecerme con su actual y continua presencia.

Como un fiel y perfecto amigo tendría sus delicias con su indigna esclava, favoreciéndola con su amorosa conversación. **Las faltas que cometes, yo las purificaré por medio de los sufrimientos, si tú no lo haces por medio de la penitencia. No te privaré de mi presencia por esto, pero te la haré tan dolorosa, que equivalga a cualquier otro suplicio.**

Desde este punto realizó tan bien su promesa, que le tenía a todas horas presente. Le sentía siempre cerca de mí, como cuando se está próximo a alguno a quien las tinieblas de la noche nos impiden ver con los ojos corporales. Pero la vista penetrante del amor me hacía verle y sentirle de un modo mucho más amable y más seguro y de diferentes maneras.

Esta divina presencia infunde en mí tanto respeto, que cuando estoy sola no me deja reposar hasta que me postro de rodillas como una miserable nada ante aquel Todopoderoso. Esta grandeza infinita me envuelve en su poder, el cual de tal suerte se apodera de todas mis cosas y de todo mi ser corporal y espiritual, que puedo asegurarnos, a mi juicio, no tener yo poder alguno sobre mí misma. Porque obra en mí independientemente de mí misma, encontrándome como impotente para resistirle, aunque a veces el temor de ser engañada me haga poner en ello todos mis esfuerzos. Él los inutiliza todos, no dejándome libre para nada cuando le place.

E imprime en mí una paz inalterable, un gozo, una satisfacción y un deseo ardiente de conformarme a la vida paciente, humilde, oculta y despreciada de mi Salvador; de tal suerte que los desprecios, pobreza, dolores, humillaciones, son los manjares delicados de que se nutre constantemente mi alma, que no puedo hallar gusto en otros. Todo mi placer en este destierro es el de no tener otro que el que se encuentra en la cruz de todo género de sufrimientos, privada de todo otro consuelo que el del Sagrado Corazón.

Os confieso que este Soberano de mi alma ha tomado tal imperio sobre mí, que, si fuera el espíritu del demonio, estaría condenada en lo más profundo del infierno. Os digo todo esto como me parece que es; pero, ¡ay!, no sé si me engaño, pues no me siento ni con juicio ni con discernimiento en todo cuanto a mí concierne; decidme vuestro parecer.

Mas, volviendo a lo que deseáis respecto del Sagrado Corazón, la primera gracia que me parece haber recibido con relación a Él, fue un día de San Juan Evangelista⁶⁵. Después de haberme hecho reposar muchas horas en aquel sagrado pecho, recibí de este amable Corazón varias gracias cuyo recuerdo me enajena y que no creo necesario especificar, si bien conservaré toda mi vida su recuerdo e impresión.

Después de esto⁶⁶, se me presentó el Corazón divino como en un trono de llamas, más ardiente que el sol y transparente como un cristal, con su adorable llaga. Estaba rodeado de una corona de espinas que simboliza las punzadas que nuestros pecados le inferían; y una cruz encima significaba que desde el primer instante de su Encarnación, es decir, desde que fue formado este Sagrado Corazón, fue implantada en Él la cruz. Desde aquellos primeros momentos se vio lleno de todas las amarguras que debían causarle las humillaciones, pobreza, dolor y desprecio que la Sagrada Humanidad debía sufrir durante todo el curso de su vida y en su sagrada Pasión.

Me hizo ver que el ardiente deseo que tenía de ser amado de los hombres y de apartarlos del camino de perdición, adonde Satanás los precipita en tropel, le había hecho formar el designio de manifestar su Corazón a los hombres con todos los tesoros de amor, misericordia, de gracia, de santificación y de salvación que contiene. A todos aquellos que quisieren tributarle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su poder, los enriquecerá con abundancia y profusión con esos divinos tesoros del Corazón de Dios que es la fuente de ellos. Pero es preciso honrarle bajo la figura de ese Corazón de carne, cuya imagen quería que se expusiera y que llevara yo sobre mi corazón, para grabar en él su amor, llenarlo de todos los dones de que Él estaba lleno y destruir todos sus movimientos desarreglados. Me aseguró que tiene singular placer en el ser honrado bajo la figura de ese Corazón de carne, cuya imagen quería se expusiera en público a fin de mover, añadió, por este medio el corazón insensible de los hombres. Me prometió que derramaría en abundancia todos los dones de que está lleno sobre el corazón de todos los que le honren. Y dondequiera que esta imagen fuere expuesta para ser honrada, derramaría sus gracias y bendiciones.

Esta devoción era como un supremo esfuerzo de su amor, que quería favorecer a los hombres en estos últimos tiempos con esta redención amorosa, para sacarlos del imperio de Satán que Él pretendía arruinar para colocarnos bajo la dulce libertad del imperio de su amor, el cual quería restablecer en los corazones de todos los que quisieran abrazar esta devoción.

Luego me dijo este Soberano de mi alma:

⁶⁵ Día 27 de diciembre de 1673. Contaba Margarita María veintiséis años, y hacía catorce meses que había emitido sus votos. Ésta es, nos lo dice ella misma, la primera de las cuatro grandes Revelaciones.

⁶⁶ Algunas semanas más tarde y en un Primer Viernes, según el P. Hamon.

He ahí los designios para los cuales te he escogido y hecho tantos favores. Yo he tenido cuidado muy particular de ti desde la cuna: no me he hecho tu Maestro y tu Director más que para disponerte al cumplimiento de este gran designio y para confiarte este gran tesoro que te muestro aquí al descubierto. Entonces, prosternándome en tierra, le dije con Santo Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» Pero no puedo expresar lo que entonces sentía, pues no sabía si estaba en el cielo o en la tierra.

Desde aquel día las gracias de mi Soberano se hicieron más continuas; y no pudiendo contener en mí las ardientes impresiones de amor que me causaban, trataba de difundirlas tanto por mis palabras como por escrito, pensando que los demás, recibiendo las mismas gracias, tendrían los mismos sentimientos. Pero me desengañaron de mi error el R. P. de La Colombière y las humillaciones y persecuciones que esto atrajo sobre mí.

No habiendo llegado aún el tiempo que Él se había propuesto, se tomó por sí mismo el cuidado de disponerme según su deseo, como me lo había prometido, no habiendo tenido jamás otro director. He aquí algunas de sus disposiciones: La primera fue que, después de una confesión general de mi vida tan criminal y perversa, en seguida de recibir la absolución me mostró una vestidura, que Él llamaba «de inocencia», la cual era más blanca que la nieve, y con ella me revistió, diciéndome: **He aquí que yo quito para siempre la malicia de tu voluntad, a fin de que en adelante las faltas que cometieres sean para humillarte y no para ofenderme.**

Y después, abriéndome de nuevo su Corazón e introduciéndome en Él, añadió: **He aquí el lugar de tu descanso presente y perpetuo, donde podrás conservar sin mancha la vestidura de inocencia de que he revestido tu alma.**

Desde aquel entonces me veía y encontraba yo siempre en este amable Corazón de una manera que no sé expresar, sino diciendo que estaba como en un jardín o vergel delicioso esmaltado de toda especie de flores; y otras veces como un pececito en el vasto océano, y también como el oro en el crisol, para ser en él purificado; pero lo más ordinario es hallarme en Él como en un abismo y horno de este amor.

Una vez me pidió que hiciese un testamento a su favor de la manera que Él me enseñaría; que mi Superiora serviría de notario, y que Él le pagaría sus trabajos; todo se hizo como Él lo había deseado. En seguida, habiéndoselo presentado, me lo hizo firmar sobre mi corazón de la manera dolorosa que quiso. Y luego me dijo: **En fin, hete aquí toda mía y toda para mí, para hacer de ti todo lo que me agrade, como de mi hija, mi esposa, mi esclava, mi víctima y el juguete de los deseos de mi Corazón.**

Él, por su parte, me hizo leer en su mismo Corazón y luego escribir, lo que Él había escrito para mí. He aquí algunas líneas con un testamento hecho en mi favor: **Yo te constituyo heredera de los tesoros de mi Sagrado Corazón, para que puedas disponer de ellos a tu gusto en favor de las personas bien dispuestas. Este Corazón será tu fiador, que responderá y pagará por ti. Él será el reparador de todos tus defectos, y tendrá cuidado del desempeño de todos los deberes y obligaciones y no carecerás de auxilio mientras Él no carezca de poder. Y como tú te has entregado y sacrificado por completo al amor de su beneplácito, no debes ya tener otra aplicación ni ocupación que la de amarle y dejarte inmolar y sacrificar por Él.**

Me prometió además que tendría cuidado de castigar o recompensar todo lo que se me hiciera; y que, como todos los bienes espirituales que se me hicieran habrían de quedar a disposición de su Corazón Sagrado, en virtud de la donación que yo le había hecho de ellos, le agradecerían tanto todos los que rogasen por mí, que los enriquecería con los tesoros de su Sagrado Corazón. Añadió que tenía un singular placer en disponer de las oraciones y sacrificios que se dijese a mi intención, que no es otra que la suya. Ya me había dado a entender que suscitaría muchas de esas almas que rogaran por mí, a fin de que yo tuviese un medio de formarle un tesoro, pues, aunque estuviere compuesto de sus mismos bienes, quería tener la satisfacción de distribuirlos a su gusto, como si fuera un bien que hubiera recibido. Y he ahí por qué los que me hacen algún bien espiritual, no solamente participan de las riquezas inmensas de este Divino Corazón, sino que también le complacen en gran manera.

Una vez este Soberano de mi alma me mandó velar todas las noches del jueves al viernes durante una hora, postrada en tierra con Él, diciéndome que me enseñaría lo que deseaba de mí. Esto tenía también por objeto reparar lo que sufrió en aquella hora en que, estando en el Huerto de los Olivos, se quejó diciendo que sus Apóstoles no habían podido velar con Él una hora.

Me lo permitió la obediencia; pero es indecible lo que yo tuve que sufrir, pues me parecía que este Divino Corazón derramaba en el mío todas sus amarguras y reducía mi alma a unas angustias tan dolorosas, que a veces me parecía que iba a expirar. En este tiempo fue cuando me hizo ver que mi vida no sería más que un continuo sufrimiento y que toda ella se deslizaría sobre una cruz compuesta de maderas de toda clase, pues quería, establecer el reino y el imperio de su Sagrado Corazón sobre la ruina y la destrucción de mí misma. Y así lo han demostrado los efectos que se han seguido, pues no he pasado un momento sin sufrir y, casi siempre, según toda la capacidad de mis fuerzas corporales y espirituales.

He aquí cómo me hace sufrir este martirio continuo. Una vez me hizo ver en su Corazón adorable dos santidades: la una de *amor*, la otra de *justicia*. Con esta última envolvía al pecador impenitente que había despreciado todos los medios

de salvación que le había presentado. Entonces esta santidad de justicia le rechazaba del Corazón de Jesucristo, para abandonarle a sí mismo y hacerle insensible a su propia desgracia. Por medio, pues, de esta santidad me hace sufrir, sobre todo cuando quiere abandonar a alguna alma que le está consagrada.

Me obliga a soportar el peso de esta santidad de justicia de una manera tan dolorosa, que no hay suplicio en la vida que pueda compararse, y me arrojaría voluntariamente en un horno ardiendo para evitarla. Sería demasiado larga si quisiera expresar lo que en este particular experimento; baste decir que esta santidad no puede tolerar la menor mancha en un alma que conversa con Dios y aniquilaría mil veces al pecador, si a ello no se opusiera la misericordia.

La *santidad de amor* no es en su modo menos dolorosa, pero sus sufrimientos son para reparar de algún modo la ingratitud de tantos corazones que no corresponden al amor ardiente del de Jesucristo en el divino Sacramento del amor. Porque hace sufrir por no poder sufrir bastante, e imprime deseos tan ardientes de amar a Dios, y de que sea amado, que no hay tormentos a que no se expusiera uno para conseguirlo.

Me fue, pues, mostrado que estas dos santidades se ejercitarían continuamente en hacerme sufrir. Por esto no hay nada mejor para mí que vivir y morir en la cruz, oprimida bajo el peso de toda suerte de sufrimientos, y me parece que no podría vivir sin sufrir. Mas, ¡ay de mí!, que sucumbiría a cada paso si Él no me sostuviera con su gracia poderosa. Este fue uno de los motivos por los cuales me mandó comulgar todos los primeros viernes de cada mes, o más bien, para reparar los ultrajes que durante el mes he recibido en el Santísimo Sacramento.

Uno de mis mayores suplicios era cuando este Divino Corazón se me presentaba diciéndome estas palabras: **Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume; y no hallo nadie que se esfuerce, según mi deseo, en apagármela, correspondiendo de alguna manera a mi amor.**

A veces este amable Corazón es como un sol que lanza sus rayos por todas partes y sobre cada uno de los corazones; mas sus influencias obran en ellos de bien diverso modo. Las almas de los réprobos son como el barro, y con los rayos de este sol se endurecen todavía más, mientras que las de los justos son con ellos purificadas y santificadas.

Continuamente me sentía impulsada y compelida a dar a conocer a este Divino Corazón, sin poder encontrar medios de hacerlo hasta que fue enviado a ésta el P. de La Colombière, y en la Octava del Santísimo Sacramento me fue preciso al fin rendirme, no pudiendo resistir ya más. Tuve que descubrirle, a pesar mío, lo que siempre había tenido oculto con tanto cuidado, porque él había sido destinado para la ejecución de este gran designio. Acerca del cual confieso que

no sé ni puedo expresarme según que se me ha dado a conocer, porque es un abismo. Mas creo que ya sabréis bastante de esto y que supliréis lo que falta.

Porque, ¡si conocierais el horroroso martirio que sufro al escribir esto! Lo escribo porque me dais a conocer que es necesario para la gloria del Sagrado Corazón de mi Divino Maestro, al cual estoy totalmente dedicada y sacrificada; y todavía me ha sido preciso un mandato expreso de la obediencia. ¡Tan grande es la violencia que me hago al referiros todo esto, tal como me parece que ha pasado! Pero, ¡ay de mí!, no sé si me engaño y si toda mi vida no es acaso más que ilusión. Decidme lo que os parece acerca de esto: pues lo que en ello me consuela es que al menos tendré siempre la dicha de sufrir conformándome con mi Esposo Crucificado.

Además, los favores que os refiero, según Él me lo ha hecho ver siempre, no me los otorgaba solamente para mí, sino para distribuirlos a los demás. Por esta causa debía recibir a todos aquellos que Él me enviara y Él me haría conocer que estaban efectivamente escogidos y destinados para hacer que fuera conocido, amado y honrado su Sagrado Corazón. Me parece que no debéis ya dudar que sois vos de ese número, pero de una manera muy particular... Y, si no me engaño, no os ha reunido a los tres (*los PP. Croisset, Gette y Villette*) sino para promover esta obra según las luces que Él os comunicará. Creo que no le debéis rehusar emplearos en esto, ya que todos tres habéis recibido bastantes pruebas del amor de este Divino Corazón para devolverle el retorno que espera de vosotros. No habéis de escatimar nada; y os habéis de emplear en cuanto podáis en el cumplimiento del designio que tiene de manifestar esta devoción como un medio de santificación y salvación a los hombres.

Pero ¿cómo me atrevo a deciros esto, yo, vil y miserable pecadora? ¡Qué!, ¿acaso obran milagros mis palabras, o son oráculos a los cuales debéis dar crédito? ¡Ah, Padre mío!, ¡qué confusión para mí hablaros de esta suerte! ¡En qué abismo de confusión y humillación no voy a quedar abismada! Mas no importa, suceda lo que quiera; con tal de que el Corazón de mi amable Jesús sea conocido y amado y reine, esto me basta.

La gracia que os pido por amor de este Sagrado Corazón y que os conjuro a que me la concedáis por todo el amor que le tenéis, es que todo esto quede bajo un inviolable secreto: quemad estas dos últimas cartas después de haberlas leído, no haciéndome hablar jamás, ni de palabra ni en vuestros escritos. Yo os ruego que no me rehuséis esta gracia; de otro modo no os respondería jamás, ni a vos ni a nadie: tan grande es el deseo que tengo de vivir y morir desconocida. Espero de vuestra bondad que me aseguréis esto en la primera ocasión; y así como yo hago todo lo que me mandáis, espero también esto de vos.

Os doy mil gracias por el regalo que me habéis hecho, que es un tesoro para mí, del cual me despoja a veces el mismo Corazón divino más de lo que yo quisiera. Os confieso que, tanto los libros como los puntos de meditación, me parecen

conformes a lo que creo me ha dado Él a entender acerca del particular por el agrado y placer que a mi juicio en ello recibe; no dudo que sea Él mismo quien así os lo ha inspirado. Pero es menester, si no me engaño, acabarla sin dilación, si no queréis que otro ocupe vuestro puesto en esta obra, la cual me hace experimentar anticipadamente un consuelo incomparable⁶⁷.

No dejaré de hacer la visita al Santísimo Sacramento a vuestra intención, pues me causa un doble placer. Rezaré el Padrenuestro y el Avemaría que me pedís, y ofreceré la comunión que os he dicho. Mas con todo esto os quedo deudora; aunque espero que el Sagrado Corazón lo recompensará todo, ya que Él me ha hecho enteramente pobre. También os agradezco la devota imagen que nos habéis enviado. Bien quisiera poder justificaros por ello mi reconocimiento, pero, ¡ay!, no tengo más que una voluntad llena de impotencia.

Se me olvidaba responder a una pregunta de vuestra carta: ¿cuáles son los obstáculos que se han opuesto a esta santa devoción? Pero, ¡oh Dios mío!, ¿cómo podría yo responderos, sin herir la caridad de ese Divino Corazón, cuya menor injuria o frialdad para con Él me es más sensible que todos los tormentos que pudieran hacerme sufrir?

Aquí tenéis una larga y enojosa carta, que os hará, al menos, ejercitar la paciencia leyéndola y os quitará el deseo de procuraros jamás otras semejantes. Vuestra respuesta me dará tal vez algún consuelo y endulzará la pena que sufro al escribir. En fin, deseo que todo sea para gloria de nuestro Divino Dueño, en cuyo amor anhelo que os consumáis enteramente. ¡Qué Él sea para siempre bendito, amado y glorificado! Amén.

Se me olvidaba deciros que no puedo especificaros el tiempo en que me parece que me sucedieron todas estas cosas, por no pensar entonces que había de verme obligada alguna vez a hablar de ellas, aunque frecuentemente se me dijo lo contrario. El ardiente deseo que siempre he tenido de mantenerme oculta, me hace mirar como un castigo debido a mis pecados, el no haberlo podido realizar, por exigirlo así la gloria y el interés de mi Soberano.

Aunque no os he hablado más que de algunas de las puras liberalidades de su misericordia, y no de mí, en cuanto me ha sido posible, ni de los efectos e impresiones que esas gracias causaban y causan en mí, no dejéis de decirme vuestro juicio, y de qué espíritus creéis que viene todo esto. No obstante los efectos que en mí produce, que son siempre de amor, de paz, de confusión a la vista de mi nada, no dejaré de creer lo que me dijereis vos acerca de ello. Aun cuando me hicieréis ver que todo ello no es más que ilusión y engaño, me parece que por esto no me turbaría absolutamente nada, pues jamás me he adherido a ello, sino tan sólo a Aquél que creo es su autor, que es mi Señor Jesucristo, del

⁶⁷ Se refiere al ya citado y clásico libro *La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo*.

cual me parece que no me pueden separar y al cual no me pueden quitar. Esto me basta.

Por lo demás, estoy persuadida de que nada se hará en esta obra sino a mi costa, es decir, que mis penas y sufrimientos, sean de humillación, de anonadamiento, de desprecio, de dolor o de contradicción, aumentarán a medida que el reino e imperio de este amable Corazón se extienda por medio de esta devoción, en la cual basta hacer lo que nos inspire que está en nuestro poder. Luego, después de haber arrojado la semilla, hay que dejar obrar a la gracia de ese Divino Corazón, el cual se encargará de cultivarla y hacerla fructificar con la unción amorosa de su ardiente caridad, la cual quiere dar a conocer por este medio a aquellos a quienes ha destinado a ser sus verdaderos amigos para amarle y glorificarle eternamente en el cielo, según se hayan ocupado en esta empresa en la tierra. Hay que esperar que no dejará perecer nada de cuanto le esté consagrado, como ya lo hemos dicho.

Me es preciso confesaros, antes de terminar, lo que me siento compelida a deciros; y es que este Divino Corazón recibirá, a lo que me parece, un gran placer en que haya una santa y estrecha unión entre los tres, es decir, unión de vos con esos dos santos religiosos⁶⁸, que le son también tan agradables, a fin de que, de común acuerdo, le glorifiquen cada uno en la manera que Él les diere a conocer que lo desea. Si esto no se puede hacer, no reciban pena por ello, pues ya veis que no hago más que exponeros sencillamente mis pensamientos, según vuestro deseo. Me parece que el Sagrado Corazón les comunicará abundantemente sus gracias y les manifestará sus secretos.

Por lo demás, no me cansaré de testificaros los sentimientos de gratitud que Él me da por todas las obras de caridad que habéis ejercitado conmigo. Él sea vuestra eterna recompensa. Todas las razones que me dais no creo sean suficientes para retardar el proyecto de vuestras meditaciones⁶⁹, que me parece no puede ser mejor. He visto los puntos que abarcan con mucha consolación; suplico al Corazón divino que cada vez os abrase más en su puro y santo amor.

Preciso es deciros aún, o más bien preguntaros, si os agradaría el conocer a una santa religiosa (*la Hermana Joly*) que es la que ha hecho imprimir los libritos de Dijon. No es que ella me haya encargado de esto; sino que os lo propongo yo, en cuanto no os sirva de molestia, porque tiene tanto celo de la gloria del Sagrado Corazón, que nada perdona para promoverla.

Maria concepta est sine peccato

⁶⁸ Los ya citados PP. Gette, que había compuesto un *Oficio parvo del Sagrado Corazón de Jesús*, y Villette, de quien se ha hablado en otras cartas.

⁶⁹ Se refiere a las que el P. Croisset puso en su libro para todos los viernes del año.

CARTA CXXXIV
QUINTA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Repugnancias de Margarita a escribir y bajar al locutorio.—«Quiere que vivamos como hermano y hermana».—Su seráfico amor a la cruz.—Para los otros el amor gozoso, para mí sólo el amor paciente.—«Jamás tendremos bastante tiempo para amarle».—Afectuosos intercambios de oraciones.—Humilde agradecimiento de la Santa por dos misas celebradas a su intención.

¡Viva † Jesús!

[Principios de 1690]

Verdaderamente el ardoroso y justo deseo de vivir pobre, desconocida y olvidada y despreciada que desde mi tierna juventud me ha acosado siempre, me impediría el escribir y el comparecer en el locutorio jamás, si la obediencia, que es para mí una ley inviolable, no dispusiera otra cosa, no permitiéndome satisfacer esta inclinación; pero tendré la dicha de obedecer respondiéndoo sencillamente y sin artificios, porque el amor no quiere otra cosa.

No sé por qué desconfiáis de mí, temiendo que os olvide y que quiera retractarme de un pacto y unión de bienes espirituales que me es tan ventajoso bajo todos conceptos y que considero como una gran dicha mía. Tanto más cuanto que me parece tener motivos para creer que procede de la ardiente caridad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, como espero de su bondad, hará que subsista eternamente en su Sagrado Corazón, donde todo es permanente. Allí es donde su puro amor quiere que en adelante vivamos como hermano y hermana para amarle, honrarle y glorificarle con todas nuestras fuerzas, inmolándonos y sacrificándonos sin reserva para lograr que sea conocido, amado y glorificado. ¡Cuánto le debo por haberos inspirado tanta caridad para conmigo!

Espero que esto me ayudará mucho a conseguir mi salvación eterna; y os confieso con sinceridad que si conocierais a esta miserable pecadora que os habla, vuestro corazón, todo abrasado de caridad, se sentiría movido de compasión a pedir encarecidamente mi perfecta Conversión al Corazón de nuestro buen Maestro. Mil veces le he bendecido al leer vuestra carta, por ver que os ha colocado en el número de sus fieles siervos y amigos más queridos, para colmaros con profusión de la abundante suavidad de su puro amor, en el cual desearía veros del todo consumido.

Vuestra herencia, querido hermano mío, será, pues, el Tabor todo resplandeciente de gloria; y la mía el Calvario hasta mi último suspiro, entre los azotes, las espinas, los clavos y la cruz, sin otro consuelo ni placer que el no tener ninguno. ¡Oh, qué dicha poder sufrir siempre en silencio y morir finalmente en la cruz, oprimida bajo el peso de toda suerte de miserias del cuerpo y del espíritu

en medio del olvido y el desprecio! Bendecid, pues, por vuestra parte a nuestro soberano Dueño por haberme regalado tan amorosa y liberalmente con su preciosa cruz, no dejándome un momento sin sufrir. ¡Ah!, ¿qué haría yo sin ella en este valle de corrupción, donde llevo una vida tan criminal que sólo puedo mirarme como un albañal de miserias, lo cual me hace indigna de llevar bien la cruz para hacerme conforme a mi pacientísimo Jesús?

Mas, por la santa caridad que nos une en su amable Corazón, rogadle que no me rechace a causa del mal uso que he hecho hasta el presente de ese precioso tesoro de la cruz; que no me prive de la dicha de sufrir, pues en ella encuentro el único alivio a la prolongación de mi destierro.

No nos cansemos jamás de sufrir en silencio en el cuerpo y en el alma; la cruz es buena para unirnos en todo tiempo y en todo lugar a Jesucristo paciente y muerto por nuestro amor. Preciso es, por lo tanto, procurar hacernos verdaderas copias suyas, sufriendo y muriendo con la muerte de su puro amor crucificado, pues no se puede amar sin sufrir. Me gozo de ver a los demás abismados en las satisfacciones del amor gozoso; para mí no quiero acá abajo otra que la de verme abismada en los dolores del puro amor paciente.

Gozad, pues, enhorabuena, y yo sufriré sin otra voluntad ni deseo de mi parte que el del cumplimiento del beneplácito divino, al cual debemos abandonarnos enteramente, olvidándonos por completo de nosotros mismos. Dejémosle hacer en nosotros y de nosotros lo que desee, sin reservarnos otro cuidado que el de amarle obrando o sufriendo. Esto es suficiente; con tal de que Él se contente, basta. Mas conozco que me complazco demasiado hablándoos de sufrimientos. No puedo obrar de otro modo; pues la ardiente sed que siento de ellos, me atormenta más de lo que pudiera deciros.

No sé ni amar ni sufrir; lo cual me hace ver que todo lo que digo sobre esto no es más que una invención de mi orgulloso amor propio. Mucho, sin embargo, me consoláis hablándome del puro amor. Sólo él basta, pero me parece que jamás tendremos bastante tiempo para amarle. Él es el único objeto de nuestro amor.

¡Ah!, ¡cuán dichoso seréis en poder recibirle todos los días, luego que celebréis el divino sacrificio del amor!⁷⁰ Muchísimo me regocijo con tal motivo, no sólo porque participaré de ese acto y me uniré a Él, sino también por el placer que el Señor tendrá en entrar en un corazón que le ama, que es todo suyo y que no quiere otra cosa que a Él. Pedid para mí la misma gracia, a fin de que haciéndonos verdaderas copias de nuestro amor crucificado, correspondamos a los designios que tiene de santificarnos; y puesto que deseáis que nos escribamos de vez en cuando, no tratemos de otra cosa que del amor divino y de la cruz.

⁷⁰ Celebró el P. Croisset su primera Misa el 23 de marzo de 1690, Jueves Santo.

Repito una vez más que no puedo agradeceros bastante la participación que me concedéis en vuestras oraciones. Yo os doy parte, según lo prometido, no sólo en todo lo que pueda hacer y sufrir, sino también en las oraciones que por mí se ofrezcan. Os diré en confianza que dos grandes siervos de Dios se han sentido impulsados por su ardiente caridad a hacerme el más precioso de todos los dones, que es celebrar cada uno una misa por mí. Si supierais cuán reconocido está mi corazón a esta caridad, me ayudaríais a encomendarlos al Señor. Confío que el Sagrado Corazón suplirá todas mis impotencias, ya que Él es todo mi tesoro, todo mi poder y toda mi esperanza. Cuando voy a Él, me parece que os encuentro allí siempre muy adentro.

Sed, pues, por siempre del todo suyo y dejaos abrasar y consumir en sus más puras llamas, por las cuales le suplico nos transforme del todo en Él.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA CXXXV SEXTA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

El Carnaval, tiempo de dolor y de amargura para Margarita.—«Con tal de que Él se contente, esto sólo me basta».—No me saquéis en vuestro libro.—Vos sois uno de los apóstoles escogidos por el Sagrado Corazón de Jesús.—Manteneos siempre en paz; acogeos al amantísimo Corazón.—«Hacer o padecer, todo es lo mismo para un corazón amante».—«¡Qué libro tan precioso es el amable Corazón!»—Es dueño y señor absoluto de Margarita.—«No tengo otro placer que el no tener ninguno».—Responde a diferentes encargos del P. Croisset. ¿Debo dejar de ir al locutorio y de escribir cartas?—«No puedo hacer otra cosa que padecer en silencio».—«Tengo sed: me abraso en deseos de ser amado».—La siempre humilde y agradecida Virgen de Paray.

¡Viva † Jesús!

17 de enero de 1690

Mi Reverendo Padre: Nuestro soberano Dueño se ha dignado infundirme mucho consuelo con la lectura de vuestra carta, después de haberme prohibido leerla largo tiempo, a causa de cierto impulso demasiado impetuoso que me había venido a buscar en ella dicho consuelo en el sensible y doloroso estado paciente en que Él me había colocado durante el Carnaval. ¡Le ofenden y abandonan tantos pecadores! Me parece que de tal modo es éste mi tiempo de dolor y amargura, que no puedo ver ni gustar otra cosa que a mi Jesús doliente y abandonado. Me compadezco de sus dolores y me penetra tan vivamente con ellos su Corazón adorable, que no me conozco a mí misma.

A su divina Justicia todo sirve de instrumento propio para atormentar a esta víctima culpable, de tal suerte que no puedo hacer otra cosa que sacrificarme como una hostia de inmolación a su santidad de justicia. Ésta es tan terrible al pecador, que os confieso que, si no me sostuviera su santidad de amor y misericordia a medida que la otra me hace sentir el peso de su rigor, me sería imposible soportarla un solo momento. Todo esto lo sufro, sin embargo, en medio de una paz inalterable, contentándome con estar adherida al beneplácito divino. Con tal de que Él se contente, esto solo me basta.

Creía yo que no había de poder contestaros; mas pienso que Él desea que lo haga. Él, pues, me dará los medios de hacerlo de la manera que le agrada, porque en cuanto a mí, no quisiera decir al presente otra cosa que: *Mi alma está triste hasta la muerte*. O bien las palabras de mi Salvador en la cruz: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me habéis abandonado?* Y estas otras: *Padre mío, perdónalos*.

Cuanto más sufro, más sedienta me hallo de sufrir. Me parece que todas las criaturas deberían servir de instrumento a la divina Justicia para atormentarme, si bien yo ni deseo ni pido nada. Me contento con abandonarme y someterme a Él, dejándole el cuidado de hacer de mí cuanto quiera. No queriendo más que a Él, ¿qué me importa que sea en medio de la consolación o de la aflicción?

Aunque creo no tener parte en lo que os digo de las gracias de mi soberano Maestro, gracias que, por mi poca correspondencia, me serán tal vez motivo de mayor condenación, no dejo de experimentar una especie de martirio cuando Él me obliga a hablar de ellas. Esto lo hago frecuentemente sin darme cuenta de lo que digo, y sin poder acordarme de ello después de haberlo dicho. Por esto no os extrañéis de que quizás os repita siempre las mismas cosas.

En cuanto a la proposición que me hacéis de poner estas gracias en vuestro libro, ¡oh Dios mío!, ¿qué me decís? No es tiempo de eso, sean cualesquiera las razones que me pudierais alegar, a menos que mi Señor Jesucristo no os haya dado a conocer que ésta es su voluntad. Y me cuesta el creer que quiera hacerlo, después de haberme consolado sobre este punto, si no me engaño, dándome a entender que, aun cuando las cosas no estén referidas por extenso, como vos desearíais para su gloria, Él es bastante poderoso para suplir con su gracia y hacer producir a vuestro libro los mismos efectos. Sí, tengo esta confianza en mi Dios, que jamás deja de hacer lo que quiere. Y no penséis que en esto miro por mí misma; pues nada hay que no sacrifique por la gloria de mi Soberano. Es que me parece que no lo quiere, por la razón de que, si lo quisiera, me quitaría esta extraña pena que tengo de ser conocida. ¡Ay de mí! Si la conocierais, diríais que era una especie de crueldad el sacarme de esta vida ignorada y oculta.

Os manifestaré en confianza que cuantas veces se lee⁷¹ lo que se ha sacado del *Retiro del Reverendo P. La Colombière*, advierto que se imprimen en mí penas tan grandes y me siento sumida en abismos de confusión y de humillación tan extraños, que no sé dónde estoy, pareciéndome que todos me miran por haber tenido en ello alguna parte. Por favor, no penséis más en semejante proposición.

En cuanto a lo que me preguntáis, yo creo que Dios quiere servirse de vos en esa obra; me parece que ya os he dicho lo que pienso acerca de esto.

Desde el principio, mi Divino Dueño hizo conocer a su indigna esclava que había escogido un vil instrumento para establecer el culto de su Sagrado Corazón y atraer los corazones a amar el suyo adorable. Que tenía una sed ardiente de ser conocido, amado y honrado de los hombres por medio de homenajes y honores particulares, a fin de tener un medio de repartirles abundantemente sus misericordias y sus gracias santificantes y saludables, satisfaciendo así su propio deseo.

Y como le representase yo el negocio tan imposible de mi parte, que era más a propósito para, suscitarle obstáculos que para serle útil en este designio, me dijo que no sabía yo que, siendo Él todopoderoso, podía hacer cuanto quisiera, y que no quería servirse en esto del poder humano, sino de la suavidad de su amor. Me dijo, además, que no debía temer nada, pues Él supliría todo lo que faltara de mi parte; y que para este fin se había escogido cierto número de verdaderos amigos que me los daría a conocer.

El R. P. de La Colombière fue el primero; y la primera vez que tuve el honor de veros, me dio en seguida tan grande certeza de que os había escogido para este designio, que por esto os haría participar de los ardores de su Divino Corazón, y que en adelante tendríais también alguna parte en sus humillaciones, sin que me descubriera el modo ni el tiempo de ellas.

Cuando vinisteis por segunda vez, Nuestro Señor me apremió fuertemente a que os pidiera esas meditaciones, acerca de las cuales quizá no haya sabido explicarme bien, por el gran temor que tengo de engañarme. Mas en seguida me infundió seguridad con estas palabras: *Que Él no os hubiera jamás dado gusto alguno por esta devoción, ni facilidad para trabajar por ella, si no os hubiera escogido para esto; y, además, que Él no me hubiera dado nunca esta franqueza de corazón para con vos sobre este asunto.* Me parece, si no me engaño, que me promete además que os suministrará todas las gracias y socorros necesarios, y aun que suplirá por su parte todo lo que pueda faltar por la nuestra.

⁷¹ Al poco tiempo de publicado, en 1684, se leyó en el Refectorio de Paray-le-Monial, sin saber su Superiora que en él se hablaba de Margarita. Su lectura causó terrible confusión a la Santa confidente del Divino Corazón.

Mas no se realizará todo esto sin muchos trabajos y sufrimientos, los cuales deberéis recibir como las pruebas más inequívocas de su voluntad. Éste es el medio de santificación según yo creo, de que quiere servirse para hacernos llegar a esa gran santidad cuyo deseo nos infunde. Y para esto me parece que exige de nosotros una gran confianza en Él y apoyo en su amor, y un entero olvido y desconfianza de nosotros mismos. Esto es lo que noto particularmente en vuestras disposiciones, siendo fiel en darle la gloria de todo y en recibirlo todo y esperarlo todo de su adorable Corazón.

No sé si en lo que os he dicho encontraréis las señales de la voluntad de mi Divino Dueño, que me pedís; pero eso es lo que os puedo decir al presente. Dejo lo demás a lo que os inspire creer acerca de ello, quedando contenta de cuanto haga y permita respecto a mí.

En cuanto a la turbación que sentís levantarse en vos, creo en verdad que en ello tiene mucha parte el demonio, mas espero que no llegará a conseguir lo que con eso pretende. Lanzando a vuestra alma en la turbación, quiere impedir a nuestro Divino Dueño el que haga de ella un trono de paz y establezca en vuestro corazón el reinado de su puro amor, que Él irá siempre acrecentando y perfeccionando hasta la consumación, con tal que os abandonéis a Él y le dejéis obrar.

Esos temores que tenéis acerca de lo que os puede suceder en lo porvenir no le agradan, si no me engaño. Son un obstáculo a sus designios y a vuestra perfección. Vengan de donde vinieren, he aquí el fruto que Él desea saquéis de ellos: un perfecto y entero sacrificio de espíritu que os haga abrazar amorosamente y sin reserva lo que se os representare de más enojoso y humillante, y esto tantas veces cuantas sintiereis que se excitan en vos esas turbaciones. Por este medio confundiréis a vuestro enemigo y recibiréis la misma recompensa que si hubiereis sufrido todas esas cosas. Luego que hubiereis hecho esos actos de sacrificio, es preciso que apartéis prontamente el pensamiento de esos temores, acogiéndoo al Sagrado Corazón de Jesús, hasta que se hayan disipado esas tempestades y nubes tenebrosas.

Porque, ¡ay de mí, mi querido hermano!, ya que sólo va nuestro interés en todos esos sacrificios que Dios exige de nosotros, ¿cómo podríamos tener aún alguna mira propia?, puesto que importa poco a un corazón que solamente busca a Dios y a su divino beneplácito, el modo con que le sacrifique el puro amor, ya sea en la elevación, ya en la humillación. Hacer o padecer, todo es lo mismo para un corazón amante; dejemos, pues, el porvenir a la Providencia del puro amor de ese Divino Corazón, que pide al nuestro, fidelidad en los momentos presentes.

Además, se levantan también esas turbaciones en vos para enseñaros a morir continuamente a vos mismo, y a desligaros de todos vuestros intereses propios, a fin de que, con una entera desconfianza de vos mismo, permanezcáis siempre

abismado y como perdido por completo en los abismos del puro amor. No sé si podréis comprender lo que quiero deciros.

Mucho placer me habéis dado ofreciéndome la Santa Misa para el mes de marzo, que puede llamarse el mes de mi Señor Jesucristo, por los grandes misterios en él obrados.

¡Ah!, ¡qué felicidad la vuestra cuando ofrezcáis ese gran sacrificio de amor! Os acompañaré en espíritu al altar en cuanto me sea posible, y de muy buena voluntad os hago donación, en lo que de mí depende, de todas mis obras desde ahora hasta entonces, o más bien, pido al Sagrado Corazón que os aplique sus méritos y disposiciones y os revista con ellos.

Comulgo y oigo la Santa Misa a vuestra intención. En cuanto a otras oraciones, apenas hago, fuera de lo de obligación, más que rezar el Rosario, el cual rezo con tan poca devoción y tanto trabajo, que me quedo como pasmada muchas veces. Me falta la palabra para proseguirlo, haciéndome impotente mi Divino Maestro para la oración vocal. ¡Si supierais las resistencias que por esta causa le he opuesto!... Aunque muchas veces se me prohibieron esas oraciones, las dejaba por algún tiempo, y luego volvía de nuevo a hacerlas. Después me daba por ello mi Soberano severas reprensiones, y también con respecto a la lectura espiritual, en la cual me encuentro con frecuencia sin poder leer, sea cualquiera la violencia que me haga, en el libro que tengo en las manos.

Pero en lugar de éste, se me ha abierto como un gran libro el amable Corazón de Jesús, donde me hacer leer las admirables lecciones de su puro amor, que no me desecha a pesar de todas mis resistencias. Muchas veces combato con Él, pero siempre sale Él victorioso y yo confundida. Jamás ha habido tan excelente director, porque al enseñar proporciona los medios de hacer lo que enseña o bien lo hace Él mismo.

Os confieso ingenuamente que me conduce por un camino del todo opuesto a mis inclinaciones. Siento una aversión extraordinaria a todo empleo honroso en la religión, a ir al locutorio y a escribir cartas. Y, sin embargo, fue preciso que me sacrificara a todo eso, pues no me dejó en paz hasta que me obligué a ello con voto. No dejo por eso de sentir mayor repugnancia que antes, pero abrazo esta cruz con las otras, con las cuales le place a mi Divino Maestro regalarme. Os aseguro que, si estuviera un momento sin sufrir, creería que me había olvidado y abandonado.

Me parece que vuestro voto, si no me engaño, agrada mucho al Divino Corazón, el cual le convertirá en lazo de unión indisoluble con Él. Un voto bien cumplido es un arma poderosa para defenderse contra el enemigo de nuestra salvación.

Por lo que a mí toca, os soy deudora por lo que me decís respecto a las continuas gracias que recibo de este Soberano de mi alma, el cual me ha hecho encontrar en vuestras palabras mucha consolación y seguridad en mis temores de engañarme. Puedo aseguraros, sin embargo, que aun cuando me hubierais dado a conocer que cuanto os dije sobre esto no era sino ilusión y engaño, hubiera quedado tranquila. No está en mi poder, así lo creo, desde que este Soberano se hizo dueño absoluto de mi espíritu y de mi corazón, hacer de aquellas gracias otro uso, ni excitar moción alguna, sino como a Él le plazca. De tal modo se ha apoderado de todas las potencias de mi alma, le siento obrar en mí con tal independencia de mí misma, que no puedo hacer otra cosa que adherirme y someterme a cuanto Él hace, de tal suerte que si estoy equivocada, puedo deciros que lo estoy por completo, pues nada he hecho por salir del engaño. Por mucho que me haya esforzado para resistir a este espíritu, siempre ha quedado victorioso del mío.

Pero os conjuro por todo el amor que tenéis a mi Señor Jesucristo que no temáis decirme cuanto Él os dé a conocer haya de reprehensible en mi modo de conducirme, pues no intento sino amarle sufriendo. Haga Él, por lo demás, de mí, cuanto le agradare, porque la vida me es un continuo martirio; aceptar su duración es para mí el mayor sacrificio que me es preciso aceptar continuamente. En ella no tengo otro placer que el de no tener ninguno.

Respecto a vuestros deseos de que continúe hablándoos de las gracias del Sagrado Corazón, me hará guardar silencio en adelante sobre este punto vuestro designio de publicarlas en vuestro libro. Ya os he dicho que de ninguna manera quiero ser conocida; antes, os lo aseguro, me entregaría a todos los tormentos imaginables, pues no ignoráis que todo es de temer mientras estamos en esta vida de corrupción.

Así, pues, no esperéis ya más para emprender vuestra obra, según creo firmemente que lo quiere de vos el Señor, y según las señales que os he dado. Además, no puedo menos de deciros que, como el Espíritu Santo es enemigo de tardanzas, si la demoráis, temo que retire de vos las gracias que os tenía destinadas y se las dé a algún otro. Ése es mi pensamiento, pero me someto en todo a vuestro juicio.

En cuanto al ardiente deseo que os impele a haceros santo, espero ciertamente de la gracia del Sagrado Corazón que os hará un gran santo, pero pienso que os ha de santificar a su manera y no a la vuestra. Por lo tanto, dejadle obrar mirándole a Él siempre, para glorificarle en vuestro anonadamiento, y Él os mirará para purificaros santificándoos.

Por lo que hace a vuestra recomendación de pedir por los que el Señor ha puesto bajo vuestra tutela, lo tendré muy presente. Para suplir todo lo que falta de mi parte, oigo, si me es posible, una Misa extraordinaria todos los días a vuestras

intenciones. Mas confieso que temo mucho el detener la corriente de las misericordias de Dios sobre mi alma a causa de mis infidelidades y de la vida tibia y lánguida que llevo. Tanto horror me inspira, que ya no me atrevo a fijar la vista en mí misma, sino solamente a mirar el amable Corazón, en cuya misericordia permanezco del todo anonadada, y no siempre para gozar, sino para sufrir.

¡Si supierais el dolor que sufro al pensar que soy un obstáculo a sus designios de darse a conocer y amar! Pedidle que antes me quite la vida sin tener miramiento alguno a mis intereses.

Respecto al joven escolar de quien me habláis, no dejaré de pedir a Nuestro Señor le dé a conocer su santa voluntad en la elección de su vocación.

Si os parece bien, podéis decirle que comulgue durante cinco viernes en obsequio del Sagrado Corazón de Jesucristo, y si él, después de hacerlo, se siente impulsado a seguir vuestra manera de vida, que la abrace sin temor, porque espero en la gracia de Dios que dará en ella buenos frutos después de muchos combates.

Recibí la carta del R. P. Gette, y aseguradle que le contesté. Casi al mismo tiempo respondí a la del R. P. Froment; sentiría mucho que se hubiera perdido la carta. Sin embargo, no le olvido, así como tampoco al R. P. de Villette, delante del Divino Corazón de Nuestro adorable Maestro, conforme a la promesa que muchas veces les he hecho. Recordadles también que no olviden las suyas en este particular.

Por fin, creo haber respondido, aunque en varias veces, a todos los puntos de vuestra carta; hacedlo lo mismo con ésta, y especialmente no dejéis de contestar a lo que voy a deciros:; ¿Debo sucumbir a la extraordinaria pena que siento, a pesar de mi voto, de aceptar los empleos de la religión, rehusándolos en cuanto me sea posible? ¿Debo hacer lo mismo acerca de ir al locutorio y escribir cartas, a lo cual tengo tanta repugnancia, que si la obediencia no me obligara, no contestaría a nadie cuando me escriben, para anonadarme y sepultarme en un completo olvido?

No siento mayor consolación que la de verme olvidada y despreciada por las criaturas, a fin de tener más tiempo para consumirme en presencia del Santísimo Sacramento, el cual es de tal manera el centro de mi corazón, que no hallo reposo sino allí, donde mi corazón le siente continuamente. Sólo para esto he sido criada; y ¿para qué puede ser útil una pobre y miserable religiosa como yo? Mucho temo que el demonio, bajo pretexto de querer aprovechar a los otros, sea yendo al locutorio o tratando de otro modo con las criaturas, no me pierda a mí misma. ¿Qué juzgáis vos de esto?

Por lo demás, no me consultéis nunca en cuanto me concierne, porque ni tengo juicio ni discernimiento para mí misma. En este mismo instante en que os escribo, me encuentro reducida a un estado tan penoso, que no me conozco a mí misma,

porque de tal suerte está sumido en el dolor todo mi ser espiritual y corporal, que no debo engañaros haciéndoos creer que pido por vos. No me siento con fuerzas sino para sufrir sin apoyo, sin compasión ni consolación del cielo o de la tierra y sin deseo de recibir ninguna otra que la que agradare a mi Soberano sacrificado, en cuya presencia soy una víctima que gime y se inmola a la divina justicia. No puedo, pues, por ahora, hacer otra cosa que padecer en silencio; a esto se reducen todas mis plegarias.

Pero, ¡Dios mío!, está visto que, bien a mi pesar, no me es posible cerrar esta carta sin deciros que, no obstante todas mis repugnancias, el Divino Corazón de mi adorable Maestro os deja libre en todo cuanto de su parte os he dicho, como si fuera cosa que no me pertenece, sino bienes propios de Él. Mas suplicadle, os lo ruego, que tenga a bien quitarme la vida, en la cual ni puedo ya sufrir los reproches que me dirige por mis resistencias. Para someterme a escribiros lo arriba dicho, fue necesario que renovara en mí aquella primera gracia, en la que se me mostraba en todas partes un Corazón que despedía llamas por todas partes, y me decía estas palabras: **Si supieras cuán sediento estoy de hacerme amar a los hombres, no perderías medio alguno para ello.** Y otras veces oía estas otras: **Tengo sed; me abraso en deseos de ser amado.**

Causaba todo esto tan profunda impresión en mí, que me derretía en lágrimas por no poder contentar a sus amorosos deseos; espero que lo harán ahora sus fieles servidores, ya que Él me ha prometido que me enviaría a los que Él había destinado para esta empresa.

Pero os suplico por todo el amor que le tenéis, que al querer glorificarle, no hagáis mención alguna de mí, ni de palabra, ni por escrito. No me rehuséis esta gracia, si tenéis algo de bondad para conmigo. No me causéis ese tormento, sino pedid por mí, pues me parece que no puedo hallarme en más extrema necesidad.

Por lo que hace a que diréis por mí tantas Misas cuantas yo quisiere, no puedo expresaros mi reconocimiento, pero de mi parte no tengo sino impotencia y pobreza. Espero, sin embargo, que mi Divino Maestro os recompensará todo y que nada perderéis. Mas ya me indicaréis el número de Misas que Él os inspire decir por mí, a fin de comulgar yo otras tantas veces por vos.

No sé si podréis comprender cuanto aquí os digo, ni aun si podréis leerlo.

D. S. B.

CARTA CXXXVI
SÉPTIMA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Sentimiento de la Santa por no haberle guardado el secreto de sus cosas.—«Yo he roto toda comunicación».—Abismada en el Divino Corazón.—¿Doce meditaciones o un retiro?—El libro del P. Froment. «Me he consolado al saber que padecéis».—Desnudaos de vos mismo.—¡A trabajar por la gloria de Nuestro Soberano!

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
18 de febrero de 1690

Mi Reverendo Padre: He recibido la vuestra del 29 de enero, sin la cual no hubierais tenido la respuesta a la precedente, porque no habiendo guardado tan fielmente como me habíais prometido el secreto acerca de las confidencias que os he hecho en mis cartas, se han hecho ya públicas en nuestra Comunidad muchas de esas cosas, lo cual no me causa poca pena. Mas, Dios sea bendito; buena es la cruz cuando nos viene por tan santa causa, como es el interés del amable Corazón de Jesús.

Sin embargo, como vi que se me hablaba de esto, no queriendo yo que se supiera que tenía en ello parte alguna, envié a buscar la respuesta que había dado a la primera vuestra. Yo se la había entregado al R. P. Leau para que la quemara, mas nuestra Madre Superiora me lo prohibió. Por esto os la envío toda ajada, y no sé si la podréis leer; pero no he podido escribir otra.

Y aun tengo intención de no escribir más a nadie, habiendo roto todo trato y comunicación en cuanto al locutorio y a las cartas con todos, a excepción de vos, por creer que todavía debo hacerlo. Porque no puedo resistir más al Espíritu que tan fuertemente me atrae a la vida oculta y desconocida, para aprender a amar y a sufrir en silencio. Os confieso que mis padecimientos se aumentan a medida que aumenta la gloria del Corazón Divino, con tal vehemencia, que a veces me parece que todo el infierno se ha desencadenado contra mí para reducirme a la nada. De este modo soy combatida por todas partes sin que esto me espante, conservándome firmemente abismada en mi fuerte seguro, quiero decir, el Divino Corazón de mi buen Maestro, el cual, como sabio guía, no me concede más fuerza que la que justamente necesito en cada ocasión.

Mas para responder alguna palabra a lo que me decís, de hacer doce meditaciones, una para cada primer viernes de mes, yo no veo que haya gran diferencia entre éstas y un retiro espiritual, que es lo que siempre he deseado y aun desearía al presente, si pidierais mi parecer, sin poder deciros otra cosa. Pero como me decís que muchas personas de mérito creen que sería mejor hacer otra

cosa, me someto fácilmente, siendo más seguro el seguir sus dictámenes que los míos.

En cuanto al R. P. Froment⁷², es cierto que ha compuesto un libro⁷³ entero en honor del Divino Corazón de Jesús, y va a enviarlo a Lyon para que lo impriman. Lo había comenzado aún antes que el vuestro, y así que vio éste, sintió el que yo no se lo hubiera advertido, hasta que le hice entender que se había hecho sin participación mía. Mas no piensa desistir de su intento, ni aun después que le he hecho saber que el autor del primer libro componía también unas meditaciones.

Supo, desde luego, que erais vos el autor, y os confieso que no os he hablado de esto por temor de que no os retrajera de la ejecución de una obra que yo creo demanda Dios de vos. He ahí, con todo, una cosa que os causará pena al uno y al otro; mas es preciso no desistir, suceda lo que suceda. Pienso que haréis bien en escribirle acerca de esto, sin darle a entender que tengo yo parte en ello. Antes al contrario, le haréis entender que habéis seguido en esto la inspiración que habéis tenido al ver el librito de Dijon, movido por la persuasión de muchas personas devotas del Corazón Divino. Pero os conjuro que no se me entrometa a mí en eso de ningún modo; porque, ¡ay de mí!, si supierais cuánto motivo tengo para haceros esta súplica, no tendríais dificultad en concederme lo que os pido.

Me he consolado al saber que padecéis: lo cual me confirma todavía más en que sois de los muy amados del amable Corazón de mi Divino Maestro. No estáis aún al cabo de vuestras penas; pero ¡buen ánimo! Perseverad en soportarlas como me indicáis, y secundaréis los deseos de Dios, y confundiréis la pretensión que tiene vuestro enemigo de dañaros con cuantas penas pudiera, interiores y exteriores. No os dejéis aplanar ni abatir por ellas; y apartaos cuanto podáis de esos tristes pensamientos con abandonaros en las manos de Dios.

Decís que esperáis sentir los efectos de lo que hago por vos; mas, ¡ay de mí!, querido hermano mío, ¡temo que en lugar de atraeros gracias del cielo, no detenga el curso de las divinas misericordias! Si pudiera expresaros el fondo de miserias en que me hallo abismada, tendríais sin duda compasión de mí, por la caridad que nos une en ese Divino Corazón. Mas, en fin, podéis estar seguro de que este poquito de poder que me queda en todas mis penosas disposiciones, lo emplearé yo en orar por vos y por aquellos que con vos se emplean en hacer que sea honrado el Divino Corazón de mi soberano Maestro.

He sentido gozo inexplicable al saber que diréis pronto la Santa Misa. Mientras tanto, todo lo que yo pudiere hacer será para vos, en cuanto pluguiere a mi

⁷² El P. Francisco Froment, S.I., pasó seis años en Paray y falleció en el Colegio de Grenoble el 21 de octubre de 1702.

⁷³ Tiene por título *La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo*, por el P. *** de la Compañía de Jesús (Besançon, 1699), nueve años después de fallecer Santa Margarita. Modernamente lo ha reeditado el P. Riekens, S.I., en un tomito, en Bruselas (Vromant), 1891.

soberano Maestro aplicároslo. No dejaré de hacer las dos comuniones que me pedís.

No puedo dejar de deciros también, antes de concluir, que vuestra disposición me parece buena, porque os conduce al perfecto desprendimiento de vos mismo, para establecer en vuestra alma a Jesucristo, De tal modo debéis ocuparos de Él, que no tengáis tiempo de acordaros de vos mismo, permaneciendo del todo perdido en Él, en medio de vuestras penas, turbaciones y aprensiones; pues Él no os faltará jamás.

Por lo demás, tengo el consuelo de saber que el R. P. Gette está siempre lleno de celo por la gloria del adorable Corazón de nuestro divino Salvador, ante el cual tampoco olvido al R. P. de Villette. Le suplico, igualmente, que no me olvide mientras voy a sepultarme enteramente y a encerrarme en ese Divino Corazón, para guardar en Él un perpetuo silencio. Por esto no llevaréis a mal el no recibir más cartas mías, esperando que esto no os impedirá trabajar por la gloria de nuestro Soberano, en cuyo amor soy toda vuestra, etc.

CARTA CXXXVII OCTAVA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

¿Carta extraviada?—Mis ingratitudes retardan la glorificación del Divino Corazón.— Mejor será que pongáis treinta meditaciones en vuestro libro.—Anonadada en el Sagrado Corazón.—He asistido a vuestra primera Misa.—Daos prisa en vuestra obra.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio, a 15 de abril de 1690

Mi Reverendo Padre: No tengo tiempo sino para escribiros dos palabras a fin de responder a la vuestra, la cual me ha sorprendido en extremo por el cargo que me hacéis de no haber respondido a las dos cartas precedentes. He respondido muy extensamente a ambas y os he enviado las respuestas por medio de M. Paguay, que me ha remitido una de las vuestras, e hizo que se me instara mucho a responder a ella. Ya lo hice, y se le dio mi carta para remitíroslo. Y ¡ahora me decís que no la habéis recibido!

Libradme, os lo suplico, de la pena en que estoy de que no caiga en otras manos que en las vuestras; sería esto una de las cosas más mortificativas para mí, que no me siento con fuerza de repetiros aquí lo que en ellas os decía.

Sin embargo, la duda en que os veo de que me olvidé de rogar por vos, me aflige más de lo que os pudiera decir, pues cesaría en el mismo punto de hacerlo por mí. Decid más bien que mis pecados os impiden sentir los efectos de la oración,

y que no soy capaz de otra cosa que de detener el curso de las gracias y misericordias del Señor a causa de mis ingratitudes e infidelidades. Ellas me han ocasionado el sensible dolor que experimento de ver que soy la causa de que se retarde esa obra que tiende tan directamente a la gloria del adorable Corazón de mi Salvador. Esto me sirve de rudo tormento, aunque yo no quiero sino su santa voluntad y no veo en ello falta propia.

He respondido a todos los puntos de vuestra carta en cuanto me ha sido posible, y acerca de lo que me proponíais de no hacer más que doce meditaciones. Os confieso que nunca he podido cambiar nuestro primer deseo de que fuesen treinta, como me lo habíais indicado. No obstante, después de haberos manifestado mi pensamiento, como lo deseabais, me someto a todo lo que juzguéis más a propósito.

Una vez más os reitero aquí mi súplica de que al dar a conocer al Sagrado Corazón de mi Soberano, me dejéis siempre anonadada, sin darme a conocer en manera alguna, pues a esto me siento muy fuertemente inclinada, no deseando más que extinguirme y quedar desconocida, despreciada y olvidada.

He tenido la dicha de pasar la noche del Jueves Santo delante del Santísimo Sacramento, con gran consuelo de mi alma, estando allí por vos y por mí. Tampoco he dejado de asistir en espíritu a vuestra primera Misa, sabiendo bien que yo tenía en ella buena parte, y he sentido los efectos por algunos socorros extraordinarios.

No he dejado de hacer las comuniones que me habíais pedido, y me he sentido cada vez más impulsada a rogaros que no retardéis vuestra obra, y que la hagáis lo más perfectamente que os sea posible, no perdonando medio por vuestra parte. Estoy cada vez más segura de que Él quiere esto de vos, si no me engaño, y esto por muchas razones que no os puedo declarar aquí.

El R. P. Froment está resuelto a continuar su obra. Os he indicado que haríais bien en escribirle; pero, en nombre de Dios, no le hagáis mención ninguna de mí, por buenas razones.

Vamos a cambiar de Superiora, y no sé si la nueva verá con agrado esta comunicación espiritual. Rogad mucho al adorable Corazón de Jesús que nos dé una Superiora de su elección. No dejéis, sin embargo, de escribir, como de ordinario, y yo os contestaré si puedo.

Maria concepta est sine peccato

CARTA CXXXVIII
NOVENA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Seguid correspondiendo fielmente a Dios.—No os dejéis abatir el ánimo.—¡Gran dicha celebrar todos los días la Santa Misa!—Con frecuencia tengo que repetir: «Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?»—Él os pagará largamente cuanto hagáis por mí.—¡Sólo comulgamos, de ordinario, dos veces por semana!—¿Que con ocasión del quietismo van a prohibir todas las devociones nuevas?—Pero la contradicción será el más sólido fundamento de la del amantísimo Corazón.—No me nombréis para nada.—¡Dichoso de vos si sufrierais algo por su causa!—Espíritu irresistible que dirige a la Santa.—Desengañadme, si estoy engañada.—La preciosísima devoción en Malta y en Quebec. Que esos jóvenes estudiantes confíen, en el Divino Corazón.—¡Qué malo es disputar al de Jesús su propio corazón!—Muy meritorio es el trabajo de oír confesiones.—«No os olvidéis de poner las Letanías del Corazón de la Santísima Virgen, nuestra buena Madre».—Me alegro pongáis las imágenes de San Francisco de Sales y San Luis Gonzaga.—¿Y las Indulgencias?—El Arzobispo de Viena (Francia) ha aprobado la devoción.—Que bajo ningún pretexto salga yo en vuestro libro.—Estoy en un verdadero purgatorio cuando se me nombra.

¡Viva † Jesús!

16 de mayo de 1690

Mi Reverendo Padre: Acabo de recibir la vuestra en presencia de mi adorable Dueño, delante del Santísimo Sacramento, donde la he leído con gran consuelo, tanto por ver cumplidos vuestros deseos, como por saber las grandes gracias y misericordias que mi Divino Salvador derrama con tanta profusión en vuestra alma. Por ello le doy gracias con todo el ardor y afecto de que soy capaz en su amable Corazón.

A este fin he oído dos Misas, bendiciéndole mil veces por haberos dado a conocer tan bien lo que son vuestras penas y sus designios acerca de vuestros padecimientos, y la manera de conducirlos en ellos, que me parece que nada tengo que deciros sobre el particular, sino que correspondáis fielmente, como gracias a Dios lo hacéis.

Es verdad, según pienso, que el enemigo no tiene otro designio en todas esas turbaciones que en vos suscita, que el de abatir vuestro valor, disminuir en vos ese ardiente y puro amor de Dios, y esa gran confianza que os sirve de firme apoyo y que os atrae tantas gracias, y por este medio haceros desistir de lo que habéis emprendido para la gloria de Dios. Por su infinita bondad Él ha convertido todas esas baterías en mayor gloria suya, para vuestra santificación y confusión de vuestro enemigo. Acaso éste no desista de su empeño, y os presente todavía mayores combates. Mas yo espero que el adorable Corazón de Jesús os sacará siempre victorioso.

En fin, ya sois sacerdote y tenéis el honor de sacrificar y ofrecer todos los días mi adorable Salvador a su Eterno Padre. ¡Qué consuelo y qué gozo para mí el poder hacer lo mismo todos los días por vuestro medio, y cuán feliz me juzgo al saber que gozáis de esa dicha incomparable! Aprovechaos de ella y haced que sea siempre con nuevas gracias. Yo me siento más deudora a su bondad infinita, que si me las hiciera a mí misma, porque espero que haréis de ellas mejor uso que yo.

No sé cómo expresaros mis sentimientos de gratitud por las grandes y muy grandes caridades que me hacéis. Nunca me hubiera atrevido a esperar tanto, pero mi Soberano, que sabe la extrema necesidad que tengo de ellas, os lo ha inspirado. Allí es también donde encuentro toda mi fuerza y sostén en los diversos estados de padecimiento que tengo que soportar continuamente. Éstos son a veces tan extremos, que mil veces sucumbiría a ellos sin el socorro de que os hablo, es decir, sin el Corazón de mi amable Jesús en el Santísimo Sacramento. Fuera de Él no hay para mí en la vida ni placer, ni gozo, ni consuelo.

Os confieso en confianza que no puedo dudar del efecto de las palabras que mi Divino Maestro me hizo escuchar al principio, cuando me enseñó a conocer su amable Corazón. Él enseñó entonces a su indigna esclava que quería fuera mi vida enteramente conforme a la del Hombre-Dios, convirtiéndola en una verdadera copia de Jesús pobre, humillado, despreciado y paciente. Y de tal modo me hallo anonadada y destituida de todo apoyo, que a menudo exclamo con Él en la cruz: *¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿porqué me habéis abandonado?*

Y como no me es permitido manifestar mis penas, sino sólo sufrirlas en silencio, no diré otra cosa de ellas, sino que encuentro algo semejante en las disposiciones que me señaláis en vuestra carta. Me preguntáis qué es lo que quiero hacer por vos en pago de tanto bien y caridad como me hacéis. Os respondo que no puedo hacer nada; pero me parece que al leer vuestra carta, que me ha llenado de asombro al ver que quisierais ejercitar tan gran caridad para con una miserable e indigna criatura, el Soberano de mi alma me ha dado a entender, si no me engaño, que Él os recompensará por todo con abundancia y profusión. A medida que hacéis todo ese bien por mí, Él lo recibe como un presente que le hacéis a Él mismo; por el cual os enriquece a vos primeramente más que si lo hicierais por vos mismo, y después dispone de lo demás como le agrada.

Mas ¿por qué decís que me pedís demasiado respecto de las comuniones? Puedo aseguraros que de buena gana ofrecería por vos todas las que tengo la dicha de recibir, si estuviera en mí disponer de ellas o de comulgar conforme al ardiente deseo que tengo de hacerlo. Mas en las comunidades no debe haber nada extraordinario sino el amor y la cruz. No comulgamos ordinariamente más que dos veces por semana, a saber, el domingo y el jueves, y fuera de esto no se me permite hacerlo más que en los primeros viernes de mes. He aquí todo lo que puedo hacer a intención vuestra, pues fuera de esos tiempos no comulgo sino por

medio del amor y de la cruz de este único amor de mi alma que me une a sí por esos medios de un modo inexplicable.

Gran júbilo me causáis cuando me habláis de los progresos de nuestra amable devoción, porque se nos ha dicho que a causa de la de Molinos⁷⁴ y el quietismo, se iban a prohibir todas las devociones nuevas; que no se permitiría que se estableciera ninguna de éstas, y que la del Sagrado Corazón de Nuestro Señor sería por lo tanto suprimida, lo mismo que la de la Santa Infancia, la cual ha sido enviada a Roma para ser examinada. Mas por nada de esto me aflijo, pues como no busco en ello más que el cumplimiento del beneplácito de mi Soberano, si Él quiere destruir lo que ha comenzado, lo querré yo también con Él, aguantando en silencio mi cruel dolor. Sé perfectamente que es bastante poderoso Jesucristo para sostener, proseguir y acabar lo que Él mismo ha comenzado. Y para esto se servirá aun de las contradicciones y oposiciones de todos los que le son contrarios, y lo convertirá todo en su más sólido fundamento para establecerla. En fin, es negocio suyo, y yo me abandono a todo lo que Él hiciere.

En cuanto a eso que me indicáis, ya os he dicho que, si puede hacerse sin que yo sea por ello conocida de manera alguna, consiento en lo que me pedís, pero de ningún modo quiero que se advierta que soy parte en ello. Os aseguro en cuanto yo puedo conocerlo, que mi Dios no exige de mí ese sacrificio; que si yo conociese que Él lo quiere, no vacilaría un momento en ofrecérselo.

Mas si obraseis de otro modo, pondríais un obstáculo a la misma devoción que pensáis establecer; pues sé que mi Soberano no tiene necesidad de tan vil y miserable instrumento para la realización de un designio tan grande, que debe procurarle tanta gloria para la salvación de gran número de almas. Si pudiera expresarlo como me parece que me lo da a conocer, aún se redoblaría vuestro celo por esta amable devoción. Y aun cuando Él os juzgara digno de padecer algo por este motivo, yo os juzgaría dichoso por ello, y me regocijaría, como lo hago cuando a mí me regala con este favor.

En cuanto a examinar de qué espíritu proviene lo que os digo y os he dicho, tanto respecto de esta amable devoción, como de otros asuntos, me haríais particular servicio si me dijerais claramente lo que en esto sentís, por el gran temor que siempre tengo de ser engañada, sin que pueda desengañarme por más esfuerzos que haga. Y es que el espíritu que me guía ha tomado un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y corporal, que me parece que vive y obra en mí más que yo misma. Por más resistencia que le haga, no puedo impedir sus operaciones; siempre tengo que acabar por hacer lo que él quiere; juzgad de ello

⁷⁴ Miguel Molinos († 1696), presbítero español (a quien no hay que confundir con el famoso jesuita Luis Molina, ni tampoco con el escritor cartujo Antonio Molina), fue el autor de un perverso sistema ascético llamado *quietismo* o *molinismo* por la falsa quietud en que decía debe mantenerse el hombre perfecto, sin inquietarse por nada, ni siquiera por el pecado. El Santo Oficio condenó, en 1697, estas perniciosas doctrinas.

vos mismo. Lo cierto es que no siento yo afición más que a este Soberano de mi alma, y de ningún modo a sus favores, por grandes que sean para conmigo. Él me los da, Él me los quita como le place, sin que esto me cause pena, constituyendo todo mi placer el contentarle a Él solo.

Sería demasiado larga si os expresara los efectos de sus bondades y de su conducta para conmigo; pero creo haberos dicho de ello lo suficiente, lo mismo que de las excesivas bondades de su amable Corazón, para que podáis conocer si soy víctima de alguna ilusión. Os suplico encarecidamente, por todo el amor que tenéis a mi Señor Jesucristo, que no me lo disimuléis, después que lo hayáis examinado con los que me decís, pero bajo secreto; porque quiero vivir desconocida, y por esto no me daréis a conocer a ninguno de vuestros Padres que vienen a esta ciudad.

Me dais una gran consolación cuando me decís que ese santo personaje se emplea en eso con celo, pues es una de las almas escogidas para dar gran gloria a Dios por tales medios.

Estoy muy contenta de que hayáis enviado esta devoción a Malta. Propagadla por todas partes, por cuantos medios Él os diere. En cuanto a mí, me ha proporcionado Él ocasión de enviarla a Quebec, y así espero que este Divino Corazón será conocido y amado en todas las partes del mundo.

En cuanto a lo que me decís acerca de esos jóvenes estudiantes que desean entregarse a Dios, no es propio de una miserable pecadora como yo tener la temeridad de dar a conocer la voluntad de Dios en lo concerniente a su vocación ni a ninguna otra cosa. No esperéis tal de mí, os lo suplico, ni me lo pidáis; y si mi gran orgullo me arrastrara alguna vez a hacerlo, tenedlo por engaño y decepción. Mas no dejaré de rogar a Nuestro Señor que les haga conocer su voluntad y les dé las gracias necesarias para cumplirla valerosamente, sin hacer caso de lo que les cuesta; porque no les ha de faltar el que los llama. Que bastante poderoso es para mantener su propia obra, si en Él confían.

No dejaré de ofrecer la sagrada comunión a sus intenciones, ni de encomendar a ese buen Padre, vuestro amigo, el cual, a mi juicio, se causa un gran daño a sí mismo desde que disputa su corazón a Aquél que lo ha creado para su Amor y tiene tan gran deseo de poseerlo absolutamente y hacerse dueño de él para comunicarle abundantemente sus gracias. Pero no me toca a mí el decir todo lo que nuestro Señor desea de él; yo pediré a su bondad que se lo haga conocer y le dé fortaleza para ejecutarlo. Me parece que haría bien en consagrarse al adorable Corazón de Jesucristo, y seguir fielmente sus santas inspiraciones; mas esto fuerte y constantemente, por medio de un completo olvido y desprecio de todo lo que le impide hacerse un gran santo.

Creo que no debéis hacer caso del trabajo que sentís en oír confesiones, pues eso os será de gran mérito si en ese ministerio perseveráis con valor. Dios será en ello muy glorificado, por la caridad que ejercitaréis soportando a los pobres pecadores.

Mucho me agrada el oír que tenéis intención de hacer vuestro libro lo más perfecto que podiereis. Es mejor gastar en él más tiempo, pues nada os urge fuera del amor de mi adorable Salvador: no olvidéis en él las letanías del Corazón de la Santísima Virgen, nuestra buena Madre. Mucho me place que el R. P. Gette tenga alguna parte en esa obra por medio del Oficio que ha compuesto. Es un religioso muy santo y un perfecto amigo del Sagrado Corazón de Jesucristo, a quien yo bendigo y doy gracias con todo mi corazón por haberos inspirado la idea de poner un San Francisco de Sales en vuestra imagen, con un Beato Luis Gonzaga. Porque es verdad que ese gran Santo tiene mucha parte en esta amable devoción y, además, esto dará contentamiento a las Hijas de la Visitación⁷⁵.

Por lo demás, nada decís de las indulgencias que tenéis propósito de conseguir; ¿o es que ya no pensáis en ello?

Nos han escrito que Mgr., el Arzobispo de Viena, ha aprobado esta devoción.

Mas nos os olvidéis de lo que tantas veces os he rogado y os ruego ahora una vez más. Que en vuestro libro no se haga para nada mención de mí; ni bajo ningún pretexto que se pudiera alegar sea yo por él conocida. ¡Si os pudiera expresar la pena que padezco cuando se me nombra y creen que tengo alguna parte en esta devoción! ¡Si me parece que en seguida la va a rechazar todo el mundo por mi causa!

Cuando los predicadores predicán de ella en mi presencia, no sé por qué, pero me parece que estoy durante ese tiempo sumida en un purgatorio compuesto de toda suerte de tormentos, donde padezco un martirio que no podría sufrir sin el apoyo del poder de Aquél mismo que me hace sufrir.

No; no hemos cambiado todavía de Superiora; por eso me aprovecho de la buena voluntad de la nuestra para escribiros. Si a la nueva no le agradare, no os contestaría ya a las que me escribierais, y así lo recibiréis todo en el amor del Sagrado Corazón.

Maria concepta est sine peccato

⁷⁵ En la parte alta está el Divino Corazón rodeado de llamas; más abajo, y a la derecha, la Santísima Virgen, sentada sobre nubes, levanta la mano izquierda hacia el Corazón de Jesús y extiende la otra a San Francisco de Sales y San Luis Gonzaga, sentados más abajo, y les invita a adorar al Divino Corazón, al cual rodean algunos ángeles. No apareció este grabado en la primera, pero sí en las siguientes ediciones del famoso libro.

CARTA CXXXIX
DÉCIMA Y ÚLTIMA DE AVIÑÓN, AL P. CROISSET

Sólo el Corazón soberano me puede forzar a escribiros.—Bastará con mencionarme a mí en vuestro libro para que todo se estropee.—Desconfiad de vos, pero para confiar más en Él.—Es obra suya y Él la llevará adelante.—¿Queréis que os reciba el Divino Corazón?—Haced que os presente Santa Margarita.—Nuevas advertencias y consejos acerca del famoso libro, pronto ya a terminarse, del P. Croisset.—«¿Qué podéis temer celebrando como celebráis la Santa Misa?»—Dos encargos especiales.—Un deseo de la Santa, plenamente realizado en el actual Apostolado de la O ración.—«Los dolores de cabeza casi no me dejan escribir».

¡Viva † Jesús!

Del 21 de agosto de 1690

Os contesto inmediatamente después de haber recibido la vuestra, para quitaros todo motivo de queja sobre mi retraso en hacerlo, aunque ya debéis haber recibido la respuesta a la vuestra última. En ella os indicaba la causa de esto, y no la repetiré aquí. Solamente os diré que habéis sabido bien hallar los medios de hacerme escribir, como me lo habéis dicho, pues jamás lo hubiera podido creer. Os confieso francamente que sólo el interés del amabilísimo Corazón de mi Soberano es capaz de obligarme a hacer este esfuerzo. Y sabed que si Él no os hubiera escogido para darle el honor, la gloria que espera de Vos por la obra en que trabajáis, nunca me hubiera permitido, por más esfuerzos que yo me hubiera hecho, el hablaros tan confidencialmente y con tanta franqueza de corazón, aunque no ignoro, a la verdad, que todo esto no es inútil para vos.

Es preciso que os diga una cosa, de la cual siempre me olvido al escribiros. Bien conozco por las vuestras, que mi modo sencillo de explicarme os engaña y os da una idea de lo que yo debiera ser; mas en realidad me veo tan distante de eso, que no pienso en ello sino con temor y temblor. Nada me sorprende más que el que se me dé algún crédito a lo que digo, viéndome tan mala como soy.

No puedo, a pesar de esto, dejaros de decir sencillamente mis pensamientos, en cuanto me es permitido hacerlo, y nada me ha detenido más en este asunto que el haberme vos dado a entender que esto podría contribuir a darme a conocer. ¡Oh, que no suceda semejante cosa, os suplico por todo el amor que tenéis a mi Soberano Maestro! Me parece que no exige eso de mí, por la horrible pena que en ello me hace experimentar.

Es cierto que veo en ello algo de mi interés propio; mas espero que el de la gloria divina no estará en eso interesado, ni disminuirá. Por el contrario, si se descubriese algo de mí en vuestro libro, eso solo sería capaz de inutilizarlo y de quitarle toda su importancia y fruto, por no ser mi vida conforme a los grandes y

excesivos favores que recibo de mi Dios. Ésa es una de las razones que me obligan a ocultarlos cuanto puedo.

Pero nada debéis temer vos respecto de vuestra obra, puesto que es de su agrado; y esto basta para que Él con su gracia le conceda el producir más efecto del que vos mismo esperáis, con tal de que os apoyéis en Él y lo esperéis todo de esa misma gracia, y nada de las criaturas. Hacéis bien en desconfiar de vos mismo, con tal de que esa gran confianza que debéis tener constantemente en la bondad de nuestro Dios reine siempre por encima de todo.

¿Os sorprendéis de esto? Pues esto no es todavía nada, porque es menester que seáis siempre probado y purificado como el oro en el crisol para la ejecución de los designios divinos. Grandes son, a la verdad, porque tendréis que sufrir mucho de parte del demonio, de las criaturas y de vos mismo; mas nada tenéis que temer, pues Él os muestra su amor de ese modo.

La conducta que observa Él con vos me confirma en este pensamiento y aun en otros no menos ventajosos para vos. Esto me obliga a deciros repetidas veces, que sois dichoso si correspondéis a la elección que Él ha hecho de vos para dar a conocer y hacer amar su Divino Corazón. Pero, repito, corresponded a ella mejor que yo, por grande que sea la pena y repugnancia que no ignoro que sentís, y a pesar de todas las oposiciones y contradicciones que Satanás pudiera suscitar a nuestra empresa.

Espero que la cosa se realizará felizmente a gloria de nuestro soberano Dueño y confusión del enemigo, el cual revienta de despecho por no haber podido impedir esta amable devoción, en la cual os conjuro que trabajéis con todo el poder y medios que os diere nuestro soberano Señor.

Estoy bien persuadida de la poca capacidad que decís tener para esta obra; pues cuando menos ella tenga de la criatura y del espíritu humano, más tendrá de Dios y del espíritu divino. El cual no quiere servirse en este particular más que de personas ineptas, porque lo quiere hacer todo por sí mismo, con tal de que nuestro amor y confianza secunden su poder.

Otra señal que Él me da de su elección y de su amor para con vos, es que todas las veces que, os presento a ese Corazón adorable, siempre encuentro en Él entrada libre en favor vuestro. Siempre está dispuesto a ensanchar y dilatar el divino tesoro de su puro amor para con vos. Ésta es la señal cierta que ese Soberano de mi alma ha dado a ésta su miserable e indigna esclava. Y si no me engaño, es también la señal que me da de que escoge y recibe a lo que le presento. Cuando no le son gratos, ese Corazón me parece cerrado e insensible; y siento que a mí misma me rechaza con indignación, cuando persevero importunándole por los que le ultrajan y desprecian con sus resistencias. Esto no se entiende de los grandes pecadores, sino de aquellos que Él había escogido para

colocarlos en el número de sus amigos. Cuando le presento a estos tales, me siento, repito, no sólo rechazada, sino como ligada y reducida a la impotencia de hacerlo. Sin embargo, algunas veces combato tan largo tiempo, que al fin consigo lo que deseo.

Volviendo a la obra del adorable Corazón de mi Jesús, no dudo que Él haya trabajado en ella más que vos mismo, pues el conjunto, si no me engaño, es tan perfectamente de su agrado, que no creo sea preciso cambiar nada, ni la consagración ni el acto de reparación. Solamente os rogaría que pusierais en ella la pequeña consagración; pues como viene de Él, no le agradaría el que se omitiera. Y sabed que, por lo demás, debéis proceder con toda libertad en esta obra, siguiendo el movimiento de su inspiración para quitar o añadir según Él os inspire. En verdad que no sé de dónde me viene la pena que siento de que difiráis para el año próximo el imprimirla⁷⁶.

Me someto, con todo, pareciéndome bien vuestra razón, pero a condición de que hagáis que impriman de nuevo los primeros. Y me extraña que no se hayan reimpresso ya, siendo buscados con tanto afán, al menos por aquí, que, a pesar del deseo que he tenido de conservar uno de los vuestros, no lo he podido conseguir. Así creo será gloria de ese Divino Corazón volver a imprimir más para satisfacer la devoción de los que los desean; pero en esto, como en todo lo demás, obrad según Él os diere a conocer ser su mayor gloria.

En todas vuestras penas y tentaciones nada veo que no me dé más bien gozo que temor, pues nuestro enemigo sale siempre de ellas confundido. Y, por otra parte, ¿qué podéis temer celebrando ya la santa Misa? ¡Oh, Dios mío! ¡Qué feliz sois y qué acciones de gracias le debéis dar por todas aquellas de que Él colma nuestras almas por este medio! Me parece que debiéramos por ello darle gracias incesantemente, lo cual hago yo en las comuniones que por vos recibo todos los jueves. Con ellas os doy mil gracias por el exceso de caridad que tenéis conmigo al ofrecer esos Santos Sacrificios por mí. Espero que el Corazón amable de mi Soberano Dueño os lo recompensará tan abundantemente, que me atrevo a deciros que nada perderéis por eso.

Os envío para M. Durets este billetito, el cual os aseguro que no se ha escrito sino después de muchos gemidos, oraciones, etc. Vos se lo entregaréis después de haber dicho la santa Misa que me habéis prometido decir tan pronto como lo hayáis recibido; pero la diréis por todos los tres, y particularmente por él, a fin de que Dios le disponga a sacar del escrito el provecho que de él espero. Yo os confieso que me causa compasión en medio de esas grandes penas que tiene que

⁷⁶ «Yo moriré —había dicho la Santa a una de sus Hermanas—, yo moriré seguramente este año, para no impedir los grandes frutos que mi Divino Salvador pretende sacar de un libro de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que en seguida hará imprimir el P. Juan Croisset». Falleció, efectivamente, el 17 de octubre de 1690 y, por el mes de junio del año siguiente, 1691, apareció en Lyon (Imprenta de Molin) la célebre y esperada obra del famoso escritor, *La devoción al Sagrado Corazón*.

sufrir; pero le están reservados grandes tesoros de gracias, porque es un alma escogida. Os suplico que nadie vea este escrito más que vos y él y lo queméis en seguida.

Os suplico de nuevo que no os desalentéis por todas las contradicciones, penas y obstáculos que puedan salir al paso en la composición del libro que habéis emprendido. Pensad que, siendo omnipotente Aquél por quien trabajáis, no dejará que os falte ninguno de los socorros necesarios para realizarlo perfectamente, según su deseo.

Por mi parte, no he cesado de encomendarle a menudo este librito, y, si no me engaño, creo que es conforme a su deseo, y que Él promete suplir todo lo que en él pudiera faltar. Os confieso que, por mi parte, me siento muy consolada con su publicación, con tal, sin embargo, de que yo no sea por él conocida en modo alguno.

Desearía, si lo juzgáis a propósito, insertarais al fin alguna fórmula para dirigir todas las intenciones al Sagrado Corazón de Jesucristo, de modo que se hagan todas las obras en conformidad con las intenciones que Él tiene en el Santísimo Sacramento del Altar⁷⁷. Aquí tengo yo una, pero no es apta más que para las personas religiosas y es demasiado larga.

Verdad es, como decís, que Dios ha querido haceros un gran santo, y para esto os concede grandes favores, y me alegro mucho de que Él mismo os los haga conocer, a fin de que correspondáis a ellos más fielmente. Así lo espero de su bondad y le pido que su gracia no sea vana en vos. Por lo demás, si no juzgáis a propósito entregar los escritos a ese joven, quemadlos; mas yo no dudo que su vocación a vuestra Santa Compañía sea de Dios.

Él quiere que le ayudéis con todo vuestro poder a sobrepujar las dificultades que le suscitará el demonio, y que recurra a menudo a ese Divino Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, sin entretenerse de ningún modo, con su enemigo, sino apartándose de él sencillamente con desprecio y sin escucharle.

Os confieso que mis dolores de cabeza casi me quitan la libertad de escribir; y lo hago con tantas interrupciones, que creo que no hay sentido ni razón en lo que

⁷⁷ Este hermoso deseo de la Virgen de Paray lo ha realizado perfectamente el *Apostolado de la Oración*, que pone todos los días por la mañana, en el corazón y en los labios de sus 35 millones de socios, esta preciosa fórmula para el ofrecimiento de obras:

¡Oh Corazón Divino de Jesús! Por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y padecimientos de este día en reparación de nuestros pecados, y por todas las intenciones por las cuales Vos os inmoláis continuamente en el Santísimo Sacramento del altar. Os las ofrezco en especial por las intenciones del Apostolado de la Oración y por las señaladas por el Papa para este mes.

escribo. Y no sé si os digo siempre la misma cosa, ni si lo podréis comprender, ni si lo podréis leer siquiera.

En fin, sea como sea, me haréis un gran favor en quemar todos esos malos borradores de cartas, y en redoblar vuestras oraciones por mí, cuando esté en Retiro, que será, Dios mediante, hacia el 12 de octubre. Entonces será cuando tendré mayor necesidad de los auxilios de la gracia que espero alcanzar por vuestro medio. Por lo demás, no he puesto dirección al billete; basta con que vos sepáis para quién es. Ruego al Divino Esposo de nuestras almas, ya que nos ha creado únicamente para amarle, que nos consuma totalmente en su puro amor, a fin de que no cesemos ni un momento de amarle.

Sor Margarita María
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

CARTA CXL
CARTA A SU DIRECTOR⁷⁸

Mi paz es un abismo de humillaciones y sufrimientos.—Sublimes arranques de seráfico amor a vista del infierno.

¡Viva † Jesús!

Me parece, mi Reverendo Padre, que no llegaré a estar en paz hasta que me vea abismada en humillaciones y sufrimientos, desconocida para todo el mundo y sepultada en un eterno olvido; o si se acuerdan de mí, que sólo sea para despreciarme aún más y para darme una buena ocasión de sufrir algo por Dios. Esto es, mi Reverendo Padre, lo que sin cesar pido a mi Divino Salvador; y no sé si hay en esto algo de ilusión, pero os puedo asegurar que no sé pedir otra cosa fuera de su amor, o mejor dicho, que no sé pedir para mí más que una sola cosa, a saber: amar ardientemente a Jesucristo Crucificado y, por consiguiente, un amor paciente.

No sé si me engaño, pero me parece que mi mayor contento sería amar a mi amable Salvador con un amor tan ardiente como el de los serafines; y me parece que no me disgustaría hacerlo aun en el mismo infierno. A veces me aflijo en extremo pensando que habrá un lugar en el mundo en el cual, durante toda la eternidad, un número infinito de almas rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo, no amarán a este amable Salvador.

⁷⁸ Este título le dan las *Contemporáneas* y el P. Gallifet. Parece cierto que el destinatario fue el P. Croisset, que es quien nos ha conservado el texto de la misma.

Desearía, Divino Salvador mío, si tal fuese vuestra voluntad, sufrir todos los tormentos del infierno, con tal de amaros en él, tanto cuanto hubieran podido amaros en el cielo todos los desventurados que sufrirán allí eternamente, y que no os amarán jamás. Porque ¿es posible que haya un lugar en el mundo en el cual Jesucristo no sea amado en toda la eternidad? Ciertamente que si se conociese el deseo que tengo de sufrir y ser despreciada, no hay duda de que la caridad inclinaría para todo el mundo a satisfacerme en este punto.

CARTA CXLI CARTA A SU DIRECTOR⁷⁹

Gran misión confiada a la mínima Compañía de Jesús.—«Infinitos son los tesoros que encierra este Sagrado Corazón».—No hay en toda la vida espiritual ejercicio de devoción más excelso.—Gracias riquísimas y exuberantes para toda clase de personas, religiosas y seglares.—La consoladora promesa de la muerte dulce.—Aun los corazones más endurecidos.

¡Viva † Jesús!

Ojalá pudiera contar cuanto sé de esta amable devoción, y descubrir a toda la tierra los tesoros de gracia que Jesucristo derrama con profusión sobre todos los que la practiquen. Yo os conjuro, mi Reverendo Padre, que no omitáis nada por inspirársela a todo el mundo.

Jesucristo me ha dado a conocer, de modo que no deja lugar a duda, que por medio de los Padres de la Compañía, principalmente, quería establecer en todas partes esta sólida devoción, y formarse con ella un número infinito de siervos fieles, de amigos perfectos y de hijos verdaderamente agradecidos⁸⁰.

⁷⁹ No se puede precisar a quién iba dirigida, si al P. de La Colombière o al P. Rolin o al P. Croisset, que es quien nos ha conservado también el texto.

⁸⁰ Ésta es la afirmación más categórica (a pesar de su habitual modestia en expresarse) de cuantas hace la evangelista del Divino Corazón, de la gran misión confiada a la mínima Compañía de Jesús de propagar por el mundo el nuevo Evangelio de misericordia y amor del Sagrado Corazón de Jesús. Ya hemos leído lo mismo en cartas anteriores: en la cien, dirigida a la M. de Saumaise; en la ciento siete (encargo —dice— a ellos especialmente reservado), dirigida a la misma; en la ciento treinta y una y ciento treinta y dos, dirigidas al P. Croisset; y más expresamente en la noventa y una a la M. de Saumaise, en la cual introduce a la «Reina de la Compañía de Jesús» en la célebre visión de la fiesta de la Visitación del año 1688, diciendo al Beato de La Colombière:

«En cuanto a vos, fiel siervo de mi divino Hijo, tenéis gran parte en este precioso tesoro (el Sagrado Corazón): porque, si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de vuestra Compañía el demostrar y dar a conocer su utilidad y valor.» La Compañía de Jesús, por su parte, ha reconocido, henchida de gratitud por esta nueva muestra de amor y confianza de su Divino Capitán, y ha aceptado oficial y solemnemente este «suavísimo encargo» (*munus suavissimum* lo llama el número 851 del Compendio de su Instituto) por medio de los Padres Generales

Infinitos son los tesoros de bendiciones y de gracias que encierra este Sagrado Corazón. No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para elevar el alma en poco tiempo a la más alta perfección, y hacerle gustar las verdaderas dulzuras que se encuentran en el servicio de Jesucristo. Sí, lo digo con seguridad; si se supiera cuán agradable le es a Jesucristo esta devoción, no habría un solo cristiano, por poco amor que tuviera a este amable Salvador, que no la practicase en seguida. Haced, sobre todo, que la abracen las personas religiosas, porque sacarán de ella tantos auxilios, que no será necesario otro medio para establecer el fervor y la más exacta regularidad en las comunidades menos observantes, y hacer llegar al colmo de la perfección a las que viven en mayor regularidad.

En cuanto a las personas seglares, encontrarán en su estado por medio de esta amable devoción, cuantos socorros necesiten; es decir, paz en sus familias, alivio en sus trabajos, bendiciones del cielo en todas sus empresas y consuelo en sus tristezas. En ese mismo Sagrado Corazón es en donde hallarán propiamente un lugar de refugio durante toda su vida, y principalmente en la hora de la muerte. ¡Ah, cuán dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo! [¡Al Corazón de Aquél que nos ha de juzgar!]

Mi Divino Maestro me ha dado a conocer que los que trabajan en la salvación de las almas lo harán con éxito y tendrán un arte especial para conmover los corazones más endurecidos, si profesan tierna devoción a su Corazón sagrado y si trabajan para inspirarla a los demás y establecerla en todas partes.

En fin, es evidente que no habría en el mundo persona alguna que no recibiera toda clase de auxilios del cielo, si se tuviera un amor verdaderamente agradecido, cual es el que se le demuestra por la devoción a su Sagrado Corazón.

y, más aún, por la Congregación General XXIII y después por la XXVII. Pero en ningún modo se arroga una *misión única* respecto a la preciosísima devoción.

Miramos los Hijos de San Ignacio el culto del amantísimo Corazón como propio y peculiar nuestro, en frase del R. P. Roothaan; pero, en ningún modo, exclusivo. Así como es propio y peculiar, pero no exclusivo, de los Reverendos Padres Carmelitas el Escapulario del Carmen, y de los Reverendos Padres de Santo Domingo el Santo Rosario. Y, por supuesto, no podemos menos de compartir nuestros títulos a este apostolado especial con la Orden de la Visitación y de honrar a su predilecta Hija Santa Margarita, por quien fue aquel apostolado comunicado a las dos religiones.

Por esto damos la más sincera bienvenida a cuantos operarios vienen a este riquísimo tesoro «del cual cuanto más se saca más queda por sacar» (Santa Margarita); ya sean individuos aislados, ya nuevas familias religiosas, algunas de las cuales se honran con el nombre de este Divino Corazón.

Quien desee ver más despacio las amorosas relaciones históricas entre el Sagrado Corazón de Jesús y su Compañía, puede leer nuestra obrita *Deudas de la Compañía de Jesús para con el Sagrado Corazón*, de la cual, agotada ya la primera, estamos preparando la segunda edición.

CARTA CXLII⁸¹
APÓCRIFA Y SIN DIRECCIÓN

¡Quién pudiera sumergirse en ese mar del amor de Dios!

¡Viva † Jesús!

Mi muy amado [Padre]: He tenido deseos de conferenciar con vos de cosas espirituales y de daros parte del deseo que tengo de embarcarme mar adentro, o más bien, sumergirme en ese sublime mar del amor de Dios; y como comprendo que el piloto es el Espíritu Santo, os ruego que me obtengáis de Él que me reciba en su nave.

Pero como no hay que embarcarse en un viaje tan importante sin armas para combatir, os quedaré muy obligada si por vuestro intermedio puedo llegar a la práctica de lo que aún no conozco, más que por especulación, que es el puro amor de Dios. Deseo hacer y sufrir cada día todo con perfección, caminar en su presencia, herir a menudo el Corazón del Esposo con jaculatorias, y tener mi corazón atento a las que Él me dirija. Por este medio enriqueceré mi corazón con un tesoro que aumentará insensiblemente como el dinero en el arca, el cual no será conocido hasta después de mi muerte, después de la cual quisiera haber hecho aún mucho más.

⁸¹ Afirma el editor francés Gauthey, que está convencido de que esta carta no es de la Santa, aunque varios se la han atribuido, y por eso la publica.

TERCERA PARTE

ESCRITOS VARIOS

1. Avisos particulares
2. Desafíos e instrucciones

Esta tercera parte de los escritos de la Sierva de Dios está integrada por 78 documentos. Los 52 primeros son más especialmente Avisos particulares según las necesidades espirituales de cada una de las novicias o Hermanas que los solicitaban. Los demás, salvo algunos desafíos personales, dados en tiempo de retiro o «Ejercicios», se dirigen a todo el Noviciado. No haremos más que una sola serie de todos estos escritos, que serán numerados del I al LXXVIII. Conservamos, sin embargo, el título «Avisos particulares» para los 52 primeros documentos, y reunimos los otros 26 bajo la denominación de: «Desafíos e instrucciones».

No poseemos sin duda, ni mucho menos, todas las preciosas páginas escritas día tras día por Margarita María; pero los 78 documentos conservados y publicados aquí son, sin duda ninguna, cosa suya, y nos dan una idea suficiente del modo con que se había en la dirección del Noviciado.

Margarita María se nos manifiesta con todas sus cualidades y virtudes, y se muestra una excelente maestra de la vida espiritual. Lo que Margarita ha añadido es la revelación del Sagrado Corazón, cuya devoción está puesta en obra con celo e inteligencia, y juntamente con gran tino y prudencia. Fácil es de ver que tiene una experiencia consumada en este punto. Alimenta a sus novicias con lo que alimenta su propia piedad desde hace muchos años. Ya hemos hecho notar las analogías de la Santa con las de los grandes místicos. Con facilidad se podrían señalar las semejanzas.

Lo que importa señalar como carácter distintivo de estos escritos es la autoridad que en ellos se palpa. La Sierva de Dios, tan desconfiada de sí misma, habla a sus queridas hijas con seguridad asombrosa, con precisión y fuerza afirmativa que se impone. Al mismo tiempo sabe tomar el tono que conviene a cada una, alentando con caricias maternas a las almas tímidas o acobardadas y batiendo en la brecha el orgullo o el amor propio. Detesta el disimulo, tiene horror a la lisonja, hace guerra encarnizada a toda solicitud personal y al apego de las criaturas. Sabe que su Maestro no quiere corazones divididos. Da golpes, sobre todo, en el corazón para tocar las fibras vivas del alma. Se apoya en los verdaderos resortes y pone en juego los sentimientos más nobles, así como los más delicados del alma femenina. «Hay que vaciar el corazón de todo lo terreno –parece que oímos a San Juan de la Cruz– si se quiere que Dios lo llene». Sus frases de fuego hacen pensar en San Agustín. Insiste en la oración como Santa Teresa. Por lo demás, hay que ir a Dios con alegría, dulzura, sencillez, no impacientarse por las propias faltas; en

todo se reconoce a la discípula de San Francisco de Sales. Después muestra sin cesar una morada espiritual dentro del Sagrado Corazón, donde el alma puede refugiarse para encontrar allí la fuerza, el consuelo, el remedio, y asociarse a los sentimientos de Jesús, en los que hay que inspirarse en todo. En una palabra, todo lo encuentra en el Divino Corazón quien lo ha dejado todo por Él.

AVISOS PARTICULARES

I

A una Religiosa imperfecta

Dónde hallar el verdadero descanso.—Bienes de las penas interiores.—Cómo llevarlas.

¡Viva † Jesús!

Debo deciros, para vuestro gobierno, mi querida amiga, que haciendo oración por vos, he tenido la idea de que, queriendo el Sagrado Corazón implantar su imperio y el Reinado de su amor en vuestro corazón, vos lo echáis a perder, sustituyéndolo por la criatura. Pero no permitirá nunca que encontréis verdadero descanso, sino en el perfecto desasimiento de esa misma criatura, y lo conseguiréis huyendo de ella. Saldréis victoriosa luchando; resistid, pues, con valor todos los ataques que sufráis, pues no lograréis nada sin trabajo, y el premio sólo se da al vencedor. Ruego al Sagrado Corazón que seáis de este número [pues el mío os ama siempre mucho, aunque enclavado en la cruz, en donde no es capaz de otra cosa sino de sufrir; pero no quiere más que amar sufriendo y sufriendo amando. He aquí todo lo que ambiciono.]

Os afligís por vuestras penas interiores y yo os aseguro que en eso mismo debéis encontrar el mayor consuelo, con tal de que las sufráis con paz, sumisión y abandono en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Os las envía precisamente por un exceso de amor hacia vos, y quiere que lo sepáis para que le estéis agradecida.

Primero, pretende purificaros, por medio de estas penas, de todos los afectos que habéis tenido hacia las criaturas, contrarios a la pureza de su divino amor. En segundo lugar, quiere haceros merecer la corona que os tiene destinada, dándoos una pequeña parte de las amargas que Él sufrió todo el tiempo de su vida mortal; y, cualquiera que sea la naturaleza de vuestras penas, sois feliz por tener esta semejanza con Él. Además, las dulzuras interiores no producirán en vos más que entretenimiento y vana complacencia, y jamás amor puro y sólido.

Ved, pues, si le debéis estar agradecida o no de que observe con vos esta conducta, por la cual no pide sino la perfecta sumisión a su santísima voluntad, obrando con gran pureza de intención y deseo de complacerle, sin respetos humanos. Y, como ya os lo he dicho otras veces, no quiere de vos otras pruebas de que le améis sino una profunda humildad de espíritu, la paz del alma y del corazón y el deseo de amarle, puesto que Él os ama en verdad y no os dejará perecer. No tengáis ya reserva alguna con Él, que quiere reinar, mandar y

governar en vos, dando impulso a todas vuestras acciones y ser el objeto de todos vuestros afectos.

||¹

Abandono sin reservas al Sagrado Corazón de Jesús

Su práctica.—Fidelidad al Divino Corazón.—«No os acordéis más que de Él solo».

¡Viva † Jesús!

Habéis hecho muy bien, mi querida amiga en el Sagrado Corazón, en darme noticias vuestras. Desde el domingo me sentía apremiada a daros este billete que desde hacía tiempo tenía escrito para vos, pero me venía siempre a la imaginación la idea de que estuvierais en Retiro y de que así os serviría» de respuesta al que no habíais escrito.

Recíbidle, pues, no como venido de mí, sino de Él, que verdaderamente os ama y no os abandonará jamás. Pues me parece que me apremia a que os diga que no temáis abandonaros a Él sin reserva y consagrarle todo vuestro tiempo y vuestros instantes, para emplearos en sufrir o en gozar, según su beneplácito, sin preocuparos de otra cosa que de amarle y dejarle hacer. No podéis destinar vuestro Retiro a otro fin que le sea más agradable.

Perseverad, pues, mi querida amiga, en amar al Sagrado Corazón, que os reserva aún liberalidades mucho mayores que aquellas a que os tiene acostumbrada. Pero os las dará a conocer a medida que le seáis fiel y pongáis en Él vuestra confianza en medio de las contradicciones y humillaciones. Debéis recibirlas y abrazarlas como prendas de su amor, sin dejar escapar ninguna ocasión, pues es el mejor medio de contentar a nuestro buen Maestro.

Tratad, os ruego, de comprender esta divina lección y todo lo que quiere de vos, para ponerla después en práctica. Dadle a Él la gloria de todo y no atribuyáis jamás cosa alguna a las criaturas que no son capaces sino del mal.

En cuanto al Retiro del R. P. de La Colombière, no leáis más que lo que trata del Corazón adorable de Jesucristo, el cual únicamente debe ser vuestra meditación, vuestra conversación, vuestro libro y toda vuestra dirección. Debe ocupar vuestra memoria, iluminar vuestro entendimiento e inflamar vuestra voluntad, para que no os acordéis más que de Él solo. Continúad rogándole mucho por mí, que yo lo hago por vos. Me voy a tomar mi descanso en ese Sagrado Corazón, pues ya es

¹ Este aviso no es, en realidad, más que la segunda parte del último, número 52, como el mismo M. Gauthey lo reconoce en una nota a este último. De modo que él lo inserta dos veces. Nosotros hacemos lo mismo para poder seguir la misma numeración de la edición francesa.

tarde. Rogadle mucho para que se extienda por todas partes su conocimiento y amor, y recomendadle muy particularmente todas las necesidades de esta Comunidad.

D. S. B.

III

A una Religiosa que se dejaba dominar de su viveza de genio

Confiad.—Luchad.—¡Siempre adelante!—Morid a vos y Jesucristo vivirá en vos.

¡Viva † Jesús!

Me he acordado de vos en la Sagrada Comunión, como os lo había prometido. Pero Nuestro Señor quiere que os diga que no está contento de vos y que si no ponéis más cuidado en moderar vuestros pequeños ímpetus y prontos, le obligaréis a alejarse de vuestro corazón.

Tened cuidado de no separaros del camino que Él os ha trazado, pues vendrías a ser tan mala, como buena habéis querido ser. Pero para enderezaros, haréis, si queréis creerme, todos los días, cinco prácticas: tres de mortificación de las ligerezas de genio, y dos de vuestras repugnancias, hasta la Presentación de Nuestra Señora. Así os ganaréis el Corazón de Jesucristo y os dispondréis a recibir las gracias que os ha destinado en el Retiro. El Señor os ama; si así no fuera, os dejaría más tiempo estacionada en vuestras faltas. Confiaos a su bondad y luchad con calor. No os turbéis ni os dejéis abatir. Y cuando hayáis caído voluntariamente, haced penitencia.

No podéis recorrer el camino que el Señor os ha trazado, sino con una continua renuncia de vos misma, y de todos esos movimientos demasiado solícitos que tenéis por las criaturas. Morid, pues, a todas esas inútiles inclinaciones, y Jesucristo vivirá en vos, pues quiere que caminéis a buen paso en la perfección, a fin de que no recibáis en vano su divina gracia. Que su bondad os haga esta gracia es lo que os deseo.

IV

A otra muy fervorosa en amor de Jesucristo

«Todo por amor, en el amor y para el amor».—«Lo quiere todo o nada».

¡Viva † Jesús!

Acordaos que si muero antes que vos, ocuparéis mi lugar ante el Santísimo Sacramento; le pediréis perdón por todas las irreverencias que de mí ha recibido. Y si Dios tiene misericordia de mí, os prometo que no os olvidaré, sino que haré por vos todo lo que esté en mi poder.

Y mientras tanto, creed, mi querida Hermana, que no hay nada que yo no quisiera hacer, exceptuando el pecado, para vuestro adelanto en el santo amor. Amémonos en el Sagrado Corazón de Jesús; amémosle la una por la otra, amémosle en todos los acontecimientos y tomad siempre como divisa: *Fiat voluntas tua!* Amad y haced lo que queráis, pues quien tiene amor, lo tiene todo. Haced todo por amor, en el amor y para el amor, pues el amor es el que da valor a todo. ¡El amor no quiere un corazón partido, lo quiere todo o nada! El amor os lo hará todo fácil. Devolvedle, pues, amor por amor, y no os olvidéis jamás de Aquél a quien el amor hizo morir por vos. Pero no le amaréis más que tanto cuanto sepáis sufrir en silencio, preferirle a la criatura y anteponer la eternidad al tiempo.

D. S. B.

V

A otra que le había pedido reglas de conducta

Jamás disputéis con la gracia.—Es cosa muy temible el resistirla.

¡Viva † Jesús!

He aquí, mi muy amada Hermana, unas palabritas salidas del corazón, según el deseo que me manifestáis; y es que si queréis secundar los designios que el Sagrado Corazón tiene de convertirnos en su verdadera discípula, debéis renunciar a todo razonamiento humano. Quiero decir, que no hay que disputar con la gracia cuando os apremia a practicar la virtud para haceros obrar el bien o evitar el mal.

Tenéis que seguir valerosamente los buenos impulsos que os da, a pesar de todas las repugnancias y oposiciones de la naturaleza. No os hagáis ilusiones; esta gracia que ahora os apremia tan vivamente, irá disminuyendo poco a poco, se cansará y retirará de nosotras, dejándonos frías e insensibles a nuestros propios males. Después de esto ya podremos pedirla y buscarla; el Sagrado Corazón de

Jesús se burlará de nosotras, como nosotras nos hemos burlado de su gracia. ¡Dios nos libre de esta desdicha! Os digo esto a fin de que os prevengáis y no caigáis jamás.

VI

A una hermana a quien le recomienda la fidelidad

Cómo será fiel a Dios, a las Reglas y a sí misma.

¡Viva † Jesús!

Acordaos a menudo de estas palabras: «Si hoy escucháis la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón».

Sed fiel a Dios, a vuestras Reglas y a vos misma. A Dios, dándole todo vuestro amor y todo vuestro corazón sin dividirlo; no toleréis que se entregue con afán a las cosas terrenas y humanas, sobre todo al afecto de las criaturas.

Fiel a vuestras Reglas, prefiriéndolas a todo lo demás, y no descuidando ninguna por pequeña que sea.

Sed también fiel a vos misma, haciendo buen uso del tiempo, empleando cada momento según los fines a que está destinado y con la misma pureza de amor que tendríais si fuera el último de vuestra vida.

VII

Fidelidad constante y completa al Corazón de Jesús

Confianza filial en el Divino Corazón.—«¡Qué bueno es amarle y ser suya!.—Fuera todo resentimiento.—Exquisita caridad fraterna.—No os desaniméis por vuestras faltas.

¡Viva † Jesús!

Sed también constantemente fiel en la práctica del bien que conocéis: ya sabéis bastante todo lo que debéis practicar para haceros una gran santa. Espero que lo seréis con la ayuda de la gracia y vuestra fidelidad. Es preciso para esto poner toda la confianza en el Sagrado Corazón de Jesús, recurriendo a Él en todas vuestras necesidades, descubriéndole todas vuestras penas como un niño a su padre, pues os ha engendrado en la cruz. Por lo mismo no os abandonará, si no le abandonáis vos primero, lo que ya sé que no queréis hacer.

Desea Él que le hagáis el sacrificio de todo lo que cuesta a la naturaleza, cuando os proporcione ocasión. Y si os hace encontrar amargura e inconstancia en las criaturas, es porque os ama y no quiere que os apaguéis a lo que es perecedero, sino a Él. Es el único que puede contentar vuestro corazón y lo contentará efectivamente y lo llenará a medida que vos lo vaciéis de las criaturas. ¡Ah!, mi querida Hermana, si pudiéramos comprender el ardiente amor que nos tiene y qué bueno es amarle y ser toda suya, despreciaríamos todo lo demás para corresponder a su amor, amándole más con obras que con palabras. Este amor hará que abracéis fácilmente todas las ocasiones de mortificación y de humildad, como medios que os presenta para uniros a Él, santificándoos. No conservéis nunca resentimiento alguno hacia las personas de quienes se sirva para procurároslo.

Tratad de conformar vuestra vida con el modelo de la humilde dulzura del amable Corazón de Jesús; uníos a todas sus santas intenciones. Ofrecedle la pureza de las mismas para reparar todo lo que pudiera haber de impuro en las vuestras, sea en la oración o fuera de ella. Pero, sobre todo, os encarezco mucho que no manchéis vuestra lengua con ninguna falta de caridad, que no cometáis ninguna falta deliberada, y que cuando la hayáis cometido os impongáis alguna penitencia.

Adiós, mi muy querida Hermana. Si yo pudiera contribuir en algo a vuestra santificación, no hay nada, os lo aseguro, que no quisiera hacer para ello.

Seamos, pues, todas de Dios por el amor, todas de nuestras Superiores por la sumisión y todas de nuestro prójimo por la caridad.

Os pido también una cosa; y es que no os inquietéis ni os desaniméis por vuestras faltas, sino amad y quered la abyección que de ellas os resulta, la cual es todopoderosa para unirnos al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. He aquí, mi querida Hermana, lo que me ha venido a la imaginación deciros. Ruego a su bondad que saque de todo, gloria para sí, y a vos que no me olvidéis en su presencia.

VIII

A otra novicia más elevada en el amor de la perfección

**Completo sacrificio de todo nuestro.—Más que la mortificación exterior, la interior.—
La obediencia, camino segurísimo.**

¡Viva † Jesús!

¡Todo a la mayor gloria de Dios!

Para seguir sus santos impulsos voy a deciros en su santa presencia lo que me haga conocer que Él quiere de vos. Primeramente, que le hagáis completo sacrificio de todo vuestro ser espiritual y corporal, para no emplearlo en otra cosa que en rendirle y procurarle todo el honor, amor y gloria que esté en vuestro poder. Hacedle donación entera y sin reserva de todo lo que hasta ahora hayáis podido hacer de bueno con su gracia, y de todo lo que hagáis en lo futuro con la ayuda de esta misma gracia, a fin de que disponga de todo según su voluntad.

Y porque, según dice, estos bienes no son capaces de enriquecer a un alma a quien Él llama a seguirle en el camino del puro amor y en el despojo de todas las cosas, tanto como vuestra vocación lo permite. Por esto ha revestido vuestra alma con la túnica de la inocencia y la ha cubierto con el manto de su caridad, para no apartar jamás de ella su misericordia; y quiere enriquecernos con los tesoros inagotables que son eternos en su duración. Quiere de vos más sacrificio de espíritu y de voluntad que de austeridades y penitencias corporales. No hagáis jamás ninguna sino por orden de vuestras Superiores, a las cuales os debéis mostrar siempre sumisa, obedeciéndolas en lo que tengan a bien mandaros, después que les hayáis manifestado vuestros bienes y vuestros males.

Jamás puede resultar engañado el obediente.

IX

Instrucción a una novicia

Haceos niña pequeñita por la humildad de corazón y la sencillez de espíritu.— Abandonaos al Sagrado Corazón.—«Como si fuerais sorda, ciega y muda».—Para orar, trasladaos a Getsemaní.—No os turbéis, ni siquiera por vuestros defectos.— Abandonaos por completo al amor.—Sed observante.—Jamás salgáis del Sagrado Corazón de Jesús.

¡Viva † Jesús!

Me habéis dado mucho gusto, mi querida Hermana, escribiéndome, y podéis estar segura de que mi afición a prestaros mis pequeños servicios, me hace encontrar placer en lo que pensáis que me causa trabajo. Y cuando la vista de mis miserias me hace encontrar amargura en él, el deseo que me manifestáis de ser toda de Dios, me lo endulza todo.

Mucho me alegro de que Nuestro Señor os invite a abandonaros toda a Él, como un niño en los brazos de su buen Padre, que es todopoderoso, para estorbar que se pierda. Aplicaos, pues, estas palabras: «Si no os hacéis como niños pequeñitos, no entraréis en el reino de los cielos». Y creo que para vos el hacerlos pequeña consiste en la humildad de corazón y sencillez de espíritu. Me parece que por estas dos virtudes llegaréis a la perfección que Dios pide de vos.

La primera os tendrá toda anonadada en un perfecto olvido y desprecio de vos misma, recibiendo de buena gana y como venidas de la mano de vuestro buen Padre las humillaciones y contradicciones que encontréis, sin entreteneros a mirar las causas segundas. Mirad a su Corazón amoroso, que no permitirá jamás a su mano adorable que ejecute nada respecto de vos, sino para su gloria y vuestra santificación. Por lo mismo que os ama, os proporcionará a menudo modo de crucificaros, sea por las criaturas, sea por vos misma. Pero de cualquier manera que sea, no opongáis más que vuestro silencio y sumisión, diciendo: *Es mi Padre celestial quien lo ha hecho: ¡esto me basta!*

Y para empezar este [camino], amad y sufrid por Aquél que os ama. Y para esto hay que hacer un completo y perfecto sacrificio a Dios de vuestra propia voluntad, el jueves, después de la Santísima Comunión, por un verdadero abandono de todo lo que sois, sin reservaros ya ningún goce, pidiéndole perdón del mal uso que habéis hecho de vuestro libre albedrío. Hay que sacrificar también éste a su Sagrado Corazón, que quiere haceros toda suya. Para obtener esta gracia hay que rogarle que os haga vivir en lo futuro como si fueseis *sorda, ciega y muda*.

Sorda para oír las sugerencias del amor propio y las faltas de caridad; en una palabra, todo lo que pueda herir vuestra alma, o manchar vuestro corazón por poco que sea, no deteniéndoos jamás voluntariamente ni siquiera en un pensamiento inútil; pues todo esto os impide oír la voz de vuestro buen Padre celestial.

Además, debéis ser *ciega* para no ver los defectos del prójimo, y no hablar ni juzgar mal de ellos, y también para vos misma, dejándoos gobernar en todo por la santa obediencia, sin réplicas ni reflexiones.

Habéis de ser también *muda* para no hablar de vos misma, sea para alabaros, sea para excusaros, recordando que cuando os alabáis, os convertís en objeto de horror y de desprecio ante Dios y los ángeles. Y cuando experimentéis deseos de excusaros, decíos a vos misma: *Mi Jesús, que era inocente, callaba cuando le acusaban, y yo, que soy criminal, ¿trataré de justificarme?* Después, guardad silencio y sufrid por amor. No hagáis nada por respeto humano; cuando éste os tiente, decid: *¡No!, Dios mío, no haré ni más ni menos porque las criaturas me vean, puesto que yo no quiero complacer más que a Vos solamente: me basta que me veáis en todas partes.*

Para vuestra oración, pensad, al ir a ella, que acompañáis a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, cuando hacía la suya; uníos a sus santas disposiciones e intenciones. Y cuando encontréis disipación, fastidio o negligencia, dirigíos esta censura a vos misma, recogiendo suavemente vuestro espíritu: *¡Cómo, alma mía!, ¿conque no pudiste perseverar con Jesús en la oración este ratito?* Y después volved sencillamente a vuestro tema sin entreteneros a mirar cuáles eran vuestras distracciones. Al terminar, ofreced al Eterno Padre la oración de su Hijo

para reparar los defectos de la vuestra, y que el fruto principal que saquéis sea el amor a la humildad y sencillez.

Seguid el ejemplo de vuestro Esposo crucificado, que no buscó jamás su propia gloria, sino la de su Eterno Padre. Que vuestra gloria no está ya más que en las humillaciones; y cuando éstas os vinieren, decid: *¡Esto es lo que tengo merecido, y no las aprobaciones y alabanzas!*

Tened siempre en paz vuestro corazón, y no os turbéis nunca por nada, ni siquiera por vuestros defectos. Hemos de humillarnos y corregirnos de ellos con paz, sin desalentarnos ni abatirnos, pues el Señor no mora más que en la paz.

Haced de modo que secundéis animosamente los designios que el Señor tiene sobre vos; y esto lo haréis abandonándoos por completo a su amor. Y podéis estar segura, mi querida Hermana, de que, por mi parte, la amistad que os profeso no me dejará descuidar cosa alguna que, según las luces que su bondad me dé, pueda servir para humillaros y mortificaros según el deseo que de ello me manifestáis. Persuadíos en todo caso de que todo nacerá de un corazón deseoso de vuestra perfección tanto como la mía, y no creáis nunca que me es importuno el prestaros mis humildes servicios. No sé si os hablaré en conformidad con vuestras disposiciones.

Daos con toda diligencia a la práctica exacta de todas nuestras santas observancias. Os suplico que pongáis vuestra morada en el Sagrado Corazón de Jesús. Poned allí todo lo bueno que hagáis; buscad todo lo que necesitéis, uniéndoos siempre a Él en todas vuestras obras y sufrimientos. Y cuando cometáis alguna falta, tomad de este Divino Corazón con qué repararla, imponiéndoos siempre alguna penitencia para satisfacer por ella. En eso daréis a conocer la eficacia de vuestro deseo de ser perfecta: en el cuidado que tengáis en todo esto y en consideraros pequeña y baja a vuestros ojos, a fin de que crezcáis en el Corazón y en el amor de Nuestro Señor.

X

Abandono total en el Sagrado Corazón

Su práctica.—Amadle y dejadle hacer.

¡Viva † Jesús!

Creo que contentaréis al Sagrado Corazón de Jesús cuando os abandonéis de tal manera en Él, que sea la mirada de vuestros ojos, el sonido de vuestros oídos, la luz de vuestra inteligencia, los afectos de vuestra voluntad, el recuerdo de vuestra memoria y todo el amor de vuestro corazón. Dejadle obrar según los designios que tiene acerca de vos, sin reservar nada más que el cuidado de complacerle

y amarle sobre todas las cosas; desterrad todas las reflexiones del amor propio y contemplaciones de vos misma, que tantos obstáculos oponen a las operaciones de la gracia en vos.

Confiad en Él, olvidándoos y despreciándoos a vos misma. Contentaos con amarle y dejarle hacer, y esto solo os basta. ¡Dios sea bendito!

XI

A una novicia (Hermana María Cristina Bouthier)

Por qué camino llegaréis a ser una buena religiosa.—Haced alguna penitencia por vuestras faltas.—Sed una verdadera «cristiana».—De la oración depende todo lo demás.

¡Viva † Jesús!

Sí, es verdad, mi muy querida Hermana, que el afecto que os profeso me hace desear a menudo que seáis una buena religiosa. Esto lo conseguiréis fácilmente si trabajáis de verdad y con buen ánimo en la verdadera mortificación de vuestros sentidos, pasiones e inclinaciones, conforme a lo que la Constitución ordena. No nos dejemos arrebatar de la inclinación natural que nos llevará a estar tan pronto alegres y decir palabras de chanza a todo lo que se presente, como tristes y de tan mal humor que todo nos moleste, no teniendo escrúpulo alguno de ver y oír cuanto se nos antoje, ni de decir algunas palabras en tiempo de silencio.

He aquí, mi pobre hija, los obstáculos a vuestra perfección, que son mayores de los que pensáis. El amor del Sagrado Corazón de vuestro Señor os pide que os enmendéis luego de ellos; y esto no es posible más que por medio de esta verdadera mortificación. Acordaos que San Bernardo dice que las chocarrerías son blasfemias en boca de un religioso².

Si os acontece decir alguna, haréis una penitencia, como tener un poco ajeno en la boca por espacio de cinco *Pater*. Y cuando hayáis cometido alguna falta por curiosidad, besaréis cinco veces el suelo, diciendo: *Miserere mei Deus*. Este versículo, únicamente por la primera y segunda falta; y si recaéis tercera vez, vendréis a decírmelo. Si os ocurre faltar a la regla del silencio, os privaréis de comer el postre en la primera comida.

Os confieso, mi querida Hermana, que desearía mucho hacer de vos una buena religiosa; pero si vos misma no trabajáis en ello, no lo lograré. Sed, pues, para esto, humilde y mansa en tolerar las pequeñas mortificaciones que os

² Ya se ve que es un modo hiperbólico de hablar del santo Abad de Claraval, que no condena ni puede condenar los chistes decentes que amenizan la conversación, sino los grotescos y las bufonadas. ¿Vamos a censurar a San Francisco de Sales y a otros muchos Santos, que muy discretamente los empleaban?

sobrevengan, sufriendo con dulce serenidad y sosiego el ser humillada y contrariada, pensando que el Corazón amoroso de vuestro buen Padre celestial es quien os las preparó para perfeccionaros según sus deseos. No deis libertad a vuestro corazón para reflexionar tan inútilmente, sobre lo que os mortifica y humilla; esto no sirve más que para extinguir en vos el espíritu interior y alimentar el amor propio.

He aquí lo que deseo que hagáis por ahora, siendo muy fiel a nuestras santas observancias, si deseáis que el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo os reconozca y confiese por una de sus hijas. Y yo, vuestra mezquina e indigna Maestra, reconoceré por el cuidado que pongáis en perfeccionaros siguiendo estas máximas, si es verdadera la amistad y el tierno amor que decís me profesáis. No lo dudéis, mi querida Hermana; y tratad, según la significación de vuestro nombre (*Cristina*), de haceros una verdadera imitadora de Jesucristo, al cual os ruego pidáis la gracia de que podamos vivir y morir en su santo amor. Le suplico que consuma éste todas nuestras tibiezas y cobardías, sobre todo en la oración, en donde os ruego seáis fiel, para no robarle el tiempo a Dios; pues del buen empleo de esta distribución depende todo lo demás. Para hacerla como es debido hay que estar muy recogida y muy mortificada, y así todo irá bien. Esto es lo que os recomiendo; y que améis al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y le adoréis a menudo, dándoos y ofreciéndoos toda a Él.

XII

A otra que no se había descubierto con sencillez a propósito de una amistad particular

Medios para romper este dañoso lazo.—Si no sois sencilla y humilde, perderéis la amistad del Sagrado Corazón.

¡Viva † Jesús!

Mucho me alegro, mi querida Hermana, de que Nuestro Señor os haya hecho conocer este obstáculo a vuestra perfección por otro conducto que por el mío, esperando que Él mismo os hará conocer la importancia que tiene, mejor de lo que yo hubiera podido hacerlo. Pero sabed que no está todo en haber conocido esta falta, si no lográis enmendaros por una generosa separación de esa Hermana.

He aquí los medios que tenéis que emplear: en lugar de ese afán que sentís por ella, tratad de conseguir suma indiferencia para todo lo que a la misma se refiere, no hablándole más que por necesidad, procurando no poneros cerca de ella en tiempo en que podáis hablar, no acariciándola con palabras afectuosas y testimonios de complacencia; decidle sencillamente que Nuestro Señor os ha

hecho conocer que el apego que le teníais era un obstáculo a vuestra perfección. Y cuando hayáis cometido alguna falta voluntaria en lo que os digo, venid a acusaros. Fijaos en que es el demonio el que os hace faltar a la sencillez en descubrirlos, para impedir de esa manera que rompáis ese lazo con el cual os tiene atada a él, y estorbar de paso que os unáis al Sagrado Corazón de vuestro Señor Jesucristo, el cual se retirará de vuestra alma si os apegáis a alguien que no sea Él.

Cuando faltéis a la sencillez y humildad, perderéis la amistad de este Sagrado Corazón, quien dejará al vuestro como tierra estéril que no produce sino espinas y cardos, es decir, faltas e imperfecciones: se entiende, cuando nuestras faltas son voluntarias.

He aquí, mi querida Hermana, lo que tengo que contestar a vuestro billete; que trabajéis fielmente en la mortificación de vuestros sentidos, procurando ser humilde y sencilla, si queréis ser tenida por verdadera hija del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

XIII

A otra, para determinarla a vencer sus resistencias a la gracia

No hay término medio: o todo o nada.—¿No tenéis vergüenza de disputarle vuestro corazón?—Dejadlo todo y lo hallaréis todo en Él.

¡Viva † Jesús!

Acordaos, mi querida Hermana, que tenéis un Esposo celoso que quiere poseer en absoluto todo vuestro corazón, o no quiere nada de él. Si no echáis fuera a la criatura, Él se saldrá; si no la dejáis a ella y su amor, Él os dejará y os quitará el suyo. No hay término medio: quiere todo o nada. Creo que su Corazón vale el vuestro, por lo menos. ¿No tenéis vergüenza de disputarle un bien que le pertenece? En verdad, no acierto a comprender cómo no se ha cansado ya de vuestras resistencias; preciso es que os tenga grande amor. En fin, pobre hija mía, nada se hará sin vos; pensadlo y no le neguéis ya lo que os da a conocer que quiere de vos; si no, os privará de muchas gracias, y os dejará en una sequedad y desamparo insoportables en vuestras oraciones y en los ejercicios de piedad.

Os digo esto como a mi querida amiga en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que tengáis cuidado y que seáis más fiel en lo porvenir al movimiento de la gracia. Dejadlo todo y lo hallaréis todo en el Sagrado Corazón. A él le suplico llene el vuestro de su puro amor, de modo que consuma todo lo que hay de vos misma y de la criatura, para daros el amor a la humildad y a vuestra abyección, sin lo cual no se hace nada que valga en el servicio de Dios. He aquí, mi querida Hermana, lo que os recomiendo: todo en la paz del Señor.

XIV

Fidelidad animosa en ejecutar las resoluciones tomadas

Vivid en amorosa sumisión a Dios.—Vuestro camino, la fiel observancia de todas las Reglas.—Más que buenas palabras, obras buenas.

¡Viva † Jesús!

Añado a vuestras resoluciones el buen empleo del tiempo destinado a la oración y demás ejercicios espirituales. Esta fidelidad os sostendrá en todos vuestros deberes. Poned en los ojos de vuestra alma la venda de la santa y amorosa sumisión a Dios, y por amor de Él a la obediencia, que tiene derecho de mandaros. Así, sin rodeos ni cavilaciones, seguid vuestro camino, que es el de la exactitud a la observancia de vuestros deberes. No os distraigáis de éstos, a menos que la caridad o la necesidad os lo exija, pues todo lo demás es accesorio y debe ceder ante las disposiciones señaladas en las Reglas, Constituciones y Directorio.

He aquí, mi buena Hermana, lo que os recomiendo particularmente y también que no os apeguéis más que a solo Dios. No tengáis ningún respeto humano. Aniquilad esas reflexiones del amor propio que os impiden ser un alma interior. Porque, fijaos bien, hija mía: la virtud no consiste en formar buenas resoluciones ni en decir buenas palabras, sino en hacer buenas obras y poner en práctica lo propuesto. Sin esto, no os servirían sino de mayor condenación vuestros propósitos.

Sed, pues, fiel en vuestro interior y dadle a Dios lo que le habéis prometido. Tratad cuanto podáis de ser humilde y mansa con el prójimo; amad, ser reprendida y corregida por cualquiera que sea, sin excusaros; recibid todos los acontecimientos de la Providencia con sumisión, diciendo siempre: *Hágase, Señor, como queréis.*

XV

Sugiere generosas resoluciones a una postulante que iba a tomar el santo hábito

Agradecimiento al Señor.—Semejanza con Jesús Crucificado.—Vivir como una niña en el Corazón de mi buen Padre.—Unión en las virtudes con Jesús Sacramentado.—Qué habéis de pedirle ese día de vuestra fiesta.

¡Viva † Jesús!

Decid a menudo con el Profeta: «¿Qué daré yo al Señor por los grandes bienes que me ha dado?» Le haré un continuo sacrificio de todo mi ser en homenaje de amor y alabanza a su soberanía. A este efecto, le escojo por el único objeto de mi

amor, por todo el tesoro de mi corazón y delicias de mi alma, no queriendo otras en la vida que procurar asemejarme a mi Esposo crucificado por medio de una completa muerte de mi voluntad e inclinaciones, las cuales sacrificaré, no sólo a la obediencia, sino también a la condescendencia con el prójimo. Jamás hablaré de él más que con estima; y cuando le vea cometer alguna falta, le ofreceré a Dios una virtud del Sagrado Corazón de Jesús para satisfacer por él.

Trataré de mantenerme siempre anonadada en el abismo de mi nada, por medio de un verdadero desprecio de mí misma, que me hará mirar a las esposas de Jesucristo como a mis superiores, que tienen derecho a mandarme y humillarme. Y cuando me sobrevenga alguna humillación o mortificación, la recibiré como prenda del amor del Sagrado Corazón y la sufriré en silencio, poniendo particular cuidado en no hablar de mis sinsabores, no excusándome jamás, puesto que mi Salvador no se excusó, aunque era inocente, y fue obediente hasta la muerte de cruz. Y para honrar su obediencia, quiero obedecer hasta el último suspiro de mi vida, sin reflexionar ni murmurar o desaprobando lo que me manden. Quiero vivir como una niña, sin preocupaciones, en el Sagrado Corazón de mi buen Padre, dejándole hacer y disponer de mí según su beneplácito, sin otro cuidado, en lo que a mí se refiere, que abandonarme todo al de su amorosa Providencia, dejándome dirigir en todo con la sencillez de un niño, no teniendo otra mira ni deseo, en todo lo que haga, que contentar al Sagrado Corazón de Jesús.

Cuando guarde el silencio, lo uniré al de Jesús en el Santísimo Sacramento. Cuando obedezca, será para honrar la obediencia que rinde al sacerdote. Cuando me humille y mortifique mis sentidos, será para honrar la mortificación de los suyos y la humildad que allí practica. Haré todo lo posible para ser mansa y sumisa, mortificando mis resentimientos y repugnancias.

He aquí, mi querida Hermana, unas palabritas para vuestros propósitos. Me he extendido más de lo que pensaba; mucho os aprovecharán, si los practicáis con fidelidad. Pedid mucho esta gracia al Sagrado Corazón de Jesús, el día de vuestra toma de hábito. Tomad vuestro corazón como si lo tuvierais en la mano y ofrecédselo y consagrádselo, a fin de que sea Él para siempre su único propietario que reine en él en absoluto y os enseñe a amarle perfectamente, a no desagradarle nunca voluntariamente y a llevar la Cruz con amor. Cuando cometáis alguna falta sobre lo que os señalo aquí, os impondréis alguna penitencia.

XVI

A una novicia.

Últimos consejos de la Santa Maestra, que iba a dejar el Noviciado

Sed inviolablemente fiel al Sagrado Corazón de Nuestro Señor y a nuestras Reglas.— Conformaos con vuestro Esposo Crucificado y Sacramentado.— Manteneos oculta en su Sagrado Corazón.— Sed dulce y pacífica.— Haced de vuestro corazón un trono a su amor.— «Sobre todo os recomiendo que estéis alegre, gozosa y contenta».— ¿Cómo lo conseguiréis?

¡Viva † Jesús!

Deseo mucho, mi querida Hermana, satisfacer vuestro deseo, diciéndoos estas palabritas antes de dejaros, para recomendaros que seáis inviolablemente fiel al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, haciendo todo el bien que Él os haga conocer desea de vos, amándole con amor de preferencia a todo lo demás, como a vuestro Padre que os ha engendrado en la cruz con tantos dolores. Bien justo es que seáis toda suya sin reserva, descansando sobre su amorosa providencia, dejándole el cuidado de vos misma y no cometiendo ninguna falta deliberada, por pequeña que sea.

Además, es preciso que seáis fiel a vuestras Reglas, tratando cuanto os sea posible de formaros y ajustaros a todas las observancias, prácticas y enseñanzas que se os dan en el Noviciado, manteniéndoos tan cuidadosa de observarlas, que nada en el mundo sea capaz de apartaros de eso. Sed muy exacta en todas las prácticas de observancia, sin descuidar nunca cosa alguna, por pequeña que os parezca, porque no pocas veces van unidas grandes gracias a lo que nos parece más pequeño.

En primer lugar, os esforzaréis en haceros buena religiosa, tratando de conformaros en todo con vuestro Esposo crucificado, con el cual no estáis aún ligada más que por el deseo. Y por eso es preciso que os adornéis con las virtudes que os puedan hacer más agradable a sus ojos; sobre todo, Él fue obediente hasta la muerte de Cruz, y siempre obedece a los sacerdotes en nuestros altares. Por eso debéis poner os en manos de la obediencia para obedecer hasta la muerte de todas vuestras voluntades e inclinaciones, dejándoos conducir y que dispongan de vos sin resistencia ni réplica, por más repugnancia que experimentéis, diciendo siempre: *No he venido a la religión a hacer mi voluntad*. Trataréis de quebrantar ésta en toda ocasión, uniendo vuestras obediencias a las de Jesús en el Santísimo Sacramento, en donde está oculto y anonadado.

Del mismo modo os mantendréis oculta en su Sagrado Corazón, como del todo anonadada a los ojos de las criaturas, sin preocuparos de otra cosa que de humillaros y de hacer bien todo lo que la obediencia y vuestras reglas piden de vos. Estad siempre pronta a hacerlo todo y sufrirlo todo sin quejaros jamás, ni

creer que os hacen agravio, sin excusaros ni buscar ser alabada o que os aprueben lo que hagáis. Y si ocurriera que lo hicieran, decíos a vos misma: *Esto no lo merezco*. Y cuando os desprecien, regocijaos, diciendo: *Esto es lo que me corresponde*.

Sed dulce, si queréis complacer al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que no se agrada más que de los mansos y humildes de corazón. No os turbéis ni inquietéis nunca por nada, ni siquiera por vuestros defectos, pero humillaos sinceramente cuando cayereis en alguna falta. Después, mantened vuestra alma en paz y volved a la práctica de la virtud. He aquí lo que debéis hacer si queréis que Dios habite en ella, pues habéis de mirar siempre vuestra alma como su santuario.

Por eso debéis poner especial cuidado en no mancharla con falta alguna. Además, es menester que de vuestro corazón hagáis un trono a su amor. Retiraos ahí con Él, y platicad con Él en silencio, adorándole y amándole con todas vuestras fuerzas y potencias, cercenando todo pensamiento inútil, toda vana curiosidad, a fin de escuchar en silencio lo que os diga al corazón, del cual debéis arrancar todas las sugerencias del amor propio. De otro modo se retirará de vos y jamás aprenderíais a conversar con Él.

Pero sobre todo os recomiendo que estéis alegre, gozosa y contenta, pues ésta es la verdadera señal del espíritu de Dios, que quiere que se le sirva con paz y contento, sin mostraros jamás incomodada ni contrariada. Al contrario, lo habéis de hacer todo con un espíritu libre en la presencia de Dios y con el único deseo de agradarle en todo cuanto hagáis. El medio más seguro para conseguir todo esto, es grabar en vuestro corazón el amor a vuestra abyección, y eso lo habéis de buscar con toda diligencia, teniéndoos por pequeña y baja a vuestros ojos.

No ocultéis nada ni bueno ni malo a aquellos que os dirigen, y Dios os bendicirá, pues es enemigo de todo engaño y doblez. Y basta ya. Ruego al Señor que os haga muy fiel, pues como os amo, sentiría mucho que volviereis atrás haciéndoos peor, lo que espero no ocurrirá, con la ayuda de Dios.

XVII

Exhortación a la confianza y fidelidad

Vivid toda abandonada al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.—¿Cómo ganaréis su paternal Corazón?—Acordaos de que sois esposa de un Dios Crucificado.— Confiad siempre—Sed agradecida.—Con tal que esté contento...

¡Viva † Jesús!

Vivid, hija mía, toda abandonada al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, dejándoos guiar y gobernar con su amorosa Providencia sin pedir ni rehusar nada, pero estando siempre dispuesta a sufrir y hacerlo todo a la menor señal de la obediencia que debéis tener a los que os gobiernan en su nombre. Mirad siempre a Dios en todos los acontecimientos y jamás a las criaturas; con eso recibiréis de su mano adorable, con igualdad de ánimo, lo dulce y lo amargo, las mortificaciones y los consuelos, bendiciéndole en todo.

En fin, mi querida amiga, guardad inviolable fidelidad a nuestras santas observancias, sin descuidaros en cosa alguna por pequeña que os parezca, pues de este modo ganaréis el Corazón de vuestro buen Padre que os ama. No temáis, pues, nada, mientras le seáis humildemente fiel, no cometiendo jamás ninguna falta deliberada, amándole con todo vuestro corazón, no aficionándoos a nada más que a agradarle, haciéndolo todo por su amor. Acordaos a menudo que, siendo esposa de un Dios crucificado, debéis estar toda sacrificada, manteniendo siempre vuestra alma en sosiego, a fin de que Él establezca en ella su reinado de paz. Dirigíos con confianza a su Divino Corazón en todas vuestras necesidades, y espero que Él proveerá a todo lo que hayáis menester. Pero sobre todo, tened profundo agradecimiento a los beneficios que os ha hecho, que por cierto son bien grandes.

Cifrad todas vuestras delicias en este Divino Corazón, rogando a la Santísima Trinidad que le haga conocer y amar de todos los corazones capaces de ello. Amadle vos misma con todas vuestras fuerzas ocupándoos siempre en Él, dejándole hacer de vos, en vos y por vos, lo que quiera, sin preocuparos por nada. Con tal de que esté contento, esto debe bastaros. Haced sobre esta base el plan de vuestro retiro, en el cual os deseo muchas bendiciones y gracias. ¡Que Él os haga para siempre toda suya!

XVIII

A una novicia, para inclinarla al desprendimiento de sí misma
y de las criaturas y a la conformidad con Jesucristo

¿Con qué condición quiere ser el Sagrado Corazón todo vuestro apoyo?—«Recurrid al amor de vuestra propia abyección».—En qué consiste vuestra perfección.

¡Viva † Jesús!

No creáis, mi muy querida Hermana, que porque nada os diga, os ame menos. No; os aseguro que no, pues no olvidaré jamás los sentimientos de ternura y de afecto que el Sagrado Corazón me ha dado para con vos, mientras me dé a entender, como ahora, el deseo que tenéis de continuar constantemente en su servicio y amor para corresponder en algo al tierno amor con que os ama. Quiere, por lo mismo, que viváis en el desasimiento de todo lo que no es Dios, porque quiere ser Él solo vuestro amigo, vuestro apoyo y vuestro contento, con tal de que no busquéis éste en las criaturas. Pero no os mostréis con ellas ni cohibida ni enfadada, sino siempre humildemente alegre, dulce y condescendiente con nuestros queridos prójimos, sufriendo en silencio y en el amor del amable Corazón de Jesús todas las humillaciones, penas y contradicciones que podáis recibir en adelante, sin quejaros de ellas.

Pero cuando la infinita bondad de vuestro buen Padre os regale con esa clase de caricias tan desagradables a la naturaleza, recibidlas como prendas de su amor. Y sin turbaros, recurrid al amor de vuestra propia abyección, pues encuentra Él sus delicias en hacer su morada en nuestra nada. Mantengámonos, pues, ahí siempre, mi querida amiga, gozosas y contentas, considerándonos felices de que todos trabajen a este fin.

Sed fiel a todas vuestras santas observancias, sin descuidar ninguna; pero procurad caminar siempre con la libertad de los hijos de Dios, conformándoos y uniéndoos a su santo amor y santa voluntad, en la cual debe morir la vuestra, para no tener más que un querer o no querer con Él. Atribuidle la gloria de todo, sin atribuir nada a vos, sino la impotencia, la pobreza, el desprecio y el dolor. No os afanéis en procuraros cada día nuevos medios para vuestra perfección; pues es bien os acordéis, para decirlo todo en una palabra, que la vuestra consiste en conformar vuestra vida y vuestras acciones con las santas máximas del Sagrado Corazón de Jesús, sobre todo con su mansedumbre, su humildad y caridad.

He aquí, mi querida hija, lo que se me ha ocurrido deciros.

XIX

Exhortación al completo desasimiento

«No teniendo nada, lo tendréis todo en el Corazón de Jesucristo».—Haceos sorda y ciega.—A quiénes se da el puro amor.

¡Viva † Jesús!

No tengo que deciros más que estas palabritas, mi muy querida Hermana: Solamente en el perfecto desasimiento de vos misma y de todo lo que no es Dios, encontraréis la verdadera paz y la completa felicidad; pues no teniendo nada, lo tendréis todo en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor, que por ese medio os quiere salvar. No deis, pues, importancia más que a lo que os ayude a desasiros y despojaros de las criaturas. Haceos sorda a todos los razonamientos de la naturaleza y del amor propio y ciega a todas las miras del respeto humano, pues todo es poner gran obstáculo al puro amor, que rechaza a los tibios y no se da sino a los humildes y fervorosos.

He aquí lo que tenía que deciros; y que seáis fiel a vuestros buenos propósitos, a fin de que este Sagrado Corazón no os rechace jamás. Él jamás lo hará si no le abandonáis vos primero por desprecio. Pero espero que su amor os libraré de esta desgracia; porque Él os ama y quiere que le correspondáis, no descuidándoos en nada de lo que os dé a conocer quiere de vos.

Amadle, pues, desprendiéndoos y olvidándoos de vos misma y rogadle por esta indigna criatura que os ama tiernamente en Nuestro Señor.

XX

A una novicia a quien le había caído en suerte un billete indicándole que debía ser como un cirio encendido delante del Santísimo Sacramento

¿Cuál ha de ser la cera?—¿Cuál la mecha?—Es necesario hacerse violencia.— «No os aflijáis por esas repugnancias y sequedades».

¡Viva † Jesús!

Os deseo, mi muy querida Hermana, que practiquéis fielmente todo lo que está señalado en el billete que la suerte os ha deparado; y me parece que encontraréis al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, si, como lo espero, lo hacéis con toda vuestra voluntad.

Hay que imitar, pues, al cirio encendido; que vuestro corazón sea la blanca cera, cuyo uso propio es para arder. Vuestra voluntad como la mecha, la cual no se compone de un solo hilo, y así también es preciso que vuestra voluntad esté unida

a vuestros afectos, para hacer esa mecha entera a propósito para quemarse con el fuego del divino amor, que debe consumir en vos toda afición a las cosas de la tierra. Y creo que si os dedicáis un poco a considerar lo que esto significa para vos, lo entenderéis mejor que con cuantas explicaciones pudiera daros. Solamente añadido que hay que vaciar vuestro corazón de todo para vivir enteramente desasida de vos misma y no llenaros más que del puro amor, renunciando a toda vana satisfacción y propio interés.

Mirad, mi querida Hermana: es preciso que seáis de las que se hacen violencia y arrebatan el cielo a la fuerza; pero el Señor os ayudará. No os desaniméis nunca ni os turbéis por nada. Mantened siempre vuestra alma en paz, en medio de los vaivenes y mudanzas de la vida, y se convertirá en trono de Dios. Mucho creo que le agradeceréis si prescindís de pensamientos y reflexiones sobre vos misma, que es precisamente uno de los mayores obstáculos que oponéis a la gracia de Dios. Pero sed constantemente fiel en hacer o evitar todo lo que el Señor os dé a conocer que le es agradable o le desagrada, a fin de que no perdáis jamás la amistad de su Sagrado Corazón. No os aflijáis por esas repugnancias y sequedades que sentís en su servicio. Así es más puro vuestro amor, y vuestros servicios más agradables; pues Él quiere le sirváis de este modo, sin más apoyo que la fe desnuda y sencilla, pero fervorosamente y con constancia. Es lo que os desea vuestra indigna Hermana y sierva.

XXI

A otra que se encontraba bajo la impresión del temor, y que le había consultado acerca de la manera de hacer oración

Ese temor es efecto del amor que os profesa.—Mas procurad que el amor acabe por echar fuera todo temor.—El Sagrado Corazón, enemigo de toda inconstancia.—Sólo en el perfecto desasimiento la paz.— Cómo haréis oración.

¡Viva † Jesús!

Por lo que se refiere a vuestras penas, os diré sencillamente mi opinión, como a mi muy querida Hermana. En primer lugar, creo que ese temor que Nuestro Señor os da, es efecto del inmenso amor que os profesa; pues viendo que su amor no es en vos bastante poderoso para obligaros a hacer el bien y evitar el mal, mezcla el temor con el amor, a fin de que ambos reunidos os impelan a practicar lo que desea de vos. Tened siempre un temor amorosamente filial que os haga obrar el bien y evitar el mal, y rechazad todo otro temor, que sólo proviene del espíritu de tinieblas; y haced que el amor eche afuera poco a poco este temor, diciendo en cada una de vuestras acciones: *Dios mío, esto lo hago por vuestro amor*, renunciando a toda otra intención. Renovad vuestros votos cuantas veces os sintáis asaltada de estas penas.

Lo que debilita la gracia del amor en vuestro corazón, es que está demasiado apegado a las criaturas y a su propia satisfacción. Hay que morir a todo esto, si queréis que el puro amor reine en vuestro corazón. Hay que romper, además, con este apego a vuestra propia voluntad, pues le desagrada mucho al Sagrado Corazón de Jesús, el cual permite que sintáis tedio en la oración y en las prácticas de virtud, porque gustáis demasiado de la criatura; y también para ofreceros más propicia ocasión de merecer. Pero quiere de vos constante fidelidad. Y por mucho que os cueste, tenéis que perseverar, pues el Sagrado Corazón es enemigo de todo linaje de inconstancia; y ese es vuestro mayor mal, al cual únicamente vos, ayudada por la gracia de Dios, podéis poner remedio, haciéndoos violencia continuamente.

Tenéis que resolveros a ello, porque jamás encontraréis la paz de vuestra alma hasta que no lleguéis al perfecto desasimiento que Dios quiere de vos. Trabajad, pues, con fervor, porque sin él no es posible que lleguéis a la perfección. El olvido de vos misma y el amor de vuestra propia abyección son los medios más breves y seguros para llegar a eso.

He aquí ahora un buen método de oración. Permaneced en perfecta conformidad con la voluntad de Dios, sea que os consuele o que os aflija, haciendo a menudo actos de sumisión y abandono, apartando con suavidad las distracciones. No os turbéis con esos temores del infierno; espero que el amor del Sagrado Corazón os servirá de garantía: Haced, para esto, muchos actos de esperanza y de confianza en su bondad, la cual no os abandonará nunca.

Por lo que se refiere a haberos reprendido yo de vuestros defectos, el tierno afecto que os profeso no me deja disimularos ninguno, porque es muy grande el deseo que tengo de vuestra perfección y adelantamiento en el santo amor; y para lograrlo estoy dispuesta a hacerlo y sufrirlo todo. Trabajad, pues, de veras, pues Dios quiere esto de vos; y si no lo hacéis así, no dejará de exigiros cuenta de las gracias que habríais recibido si hubierais sido fiel. Ya sabéis lo bastante. Obrad con fidelidad, alegría y buena voluntad, según las luces que Él os da.

XXII

A una novicia imperfecta que se encontraba apenada,
particularmente respecto a su vocación

No os apuréis por examinar vuestra vocación.—¿Cómo seréis fiel a Dios, a vuestra Regla y a vos misma?—Cuidado, no se retire de vos la gracia.—¿Cómo debéis hablar de Dios, del prójimo y de vos misma?—«De Dios nadie se burla».—Amad al Divino Corazón, imitadle, sedle fiel y jamás le ofendáis con ninguna falta voluntaria.

¡Viva † Jesús!

Con todo el afecto de mi corazón que os ama en el de Nuestro Señor, quisiera yo satisfacer vuestro deseo, y juntamente deciros lo que haya de servir para adelantar en la perfección, que el buen Maestro desea de vos, y procuraros fuerza y valor para cumplirlo. Después de haberme dirigido al Sagrado Corazón de Jesús en la oración y en la comunión, os diré sencillamente mi parecer, el cual espero os servirá de provecho, según el crédito y la atención que le prestéis.

Primeramente, no os apuréis por examinar si vuestra vocación viene de Dios: en eso no hay la menor duda. Ninguna os debe caber tampoco en que sois una de esas plantas que él Padre celestial ha puesto en su jardín para cultivarla con su propia mano, conservarla por su Providencia y hacerla florecer en olor de suavidad por el fuego de su santo amor, con tal de que vuestra voluntad resista con valor a los impedimentos que el enemigo trate de poner, por la oposición de nuestra corrompida naturaleza. En ésta suscita continuas repugnancias, tedios y aversión al bien, tratando de turbarnos y desalentarnos, a fin de impedirnos crecer en la virtud y adelantar en la obra de nuestra perfección. Pero tenéis que haceros generosa violencia, siendo muy fiel a Dios, a vuestras Reglas y a vos misma.

Fiel a Dios, no disputando con los movimientos de la gracia, cuando os apremie a hacer el bien o evitar el mal. Pensad que esta misma gracia, que ahora os solicita tan vivamente y a la cual resistís tantas veces, se cansará, se amortiguará poco a poco y se retirará de vos, dejando vuestra alma como tierra seca y estéril, que no producirá más que frutos de perdición. Dios os libre de esta desgracia; y espero de su bondad no os ocurrirá si, cuando oís su voz, no endurecéis vuestro corazón, pues viene, pasa y no vuelve más. Después la buscamos, la pedimos y no logramos obtenerla, porque entonces se burla de nosotros, como antes nos burlamos nosotros de ella. Esto es lo que ocurre a las almas desidiosas, a las que el Señor empieza a arrojar de su Sagrado Corazón: las abandona a sí mismas.

En segundo lugar, hay que ser *fiel a la Regla*, no siendo negligentes en nada de todo lo que pide de nosotras, por mucha repugnancia que la naturaleza experimente.

En tercer lugar, debéis ser *fiel a vos misma*, juzgándoos, condenándoos y castigándoos. He aquí un artículo que, si lo practicáis, tranquilizará vuestra alma del temor que tiene a los juicios de Dios. Sabed que os ama y quiere salvaros, pero por un camino todo sembrado de espinas, cuyas punzadas producirán rosas que no se marchitarán nunca. Para esto no es necesario más que el sacrificio de vuestra voluntad y de todos los vanos placeres y contentos que ocupan vuestro corazón, teniendo siempre vuestra alma en un perfecto desasimiento de todo lo superfluo; cercenando de vuestro corazón todas esas vanas inclinaciones y afectos, no solamente a las criaturas sino a las cosas buenas y convenientes. Todo esto ocupa en vos el lugar de Dios y os impide encontrarle y poseerle, pues no os enriquecerá con sus dones y con el de sí mismo, mientras no os despojéis de las criaturas y de vos misma. Quebrantad vuestra voluntad y someted vuestro juicio tantas veces como se os presente la ocasión, pues me parece que eso le es muy agradable a Dios.

Hablad de Dios con respeto y veneración; del prójimo con estima, y jamás, o muy poco, de vos y siempre con desprecio. Tened gran confianza en Dios y no desconfiéis nunca de su misericordia, que excede infinitamente a todas nuestras miserias. Arrojaos a menudo entre sus brazos o en su Divino Corazón, abandonándoos a todo lo que quiera hacer de vos. No os desaniméis en medio de vuestras penas y sequedades, sino sufridlas en espíritu de penitencia, así como todo lo que se oponga a vuestra inclinación.

No sé por qué os digo tanto, puesto que me parece que los propósitos que me habéis mostrado contienen ya todo esto y aún más. Por eso os exhorto mucho a cumplirlos inviolablemente, pues de Dios nadie se burla. Más valdría no prometer que hacerlo y luego no cumplir lo prometido; es condenarnos a nosotras mismas por nuestro escrito.

Amad constantemente al Sagrado Corazón de Jesucristo, pedidle consejo en todas vuestras dificultades, ayuda en todas vuestras necesidades y en todo lo que hagáis y sufráis. Conformaos lo más que os sea posible con su humildad y dulzura para con el prójimo, sobre todo con aquellos a quienes sintáis más antipatía. Mostraos con ellos más afable y condescendiente que con los demás. Amad a los que os humillen y contraríen, pues son más provechosos a vuestra perfección que los que os halagan. Sed fiel a la pureza de intención. Pero, sobre todo, os recomiendo que no cometáis nunca ninguna falta voluntaria, y que en todo procuréis llegar a ser perfecta Hija de Santa María, lo cual os convertirá en verdadera discípula del Sagrado Corazón de Nuestro Señor. A Él le suplico con todo mi corazón que os llene de tal modo de sí mismo, que ya no podáis tener otro recuerdo en vuestra memoria, ni otra idea en vuestro entendimiento, ni otro afecto en vuestra voluntad. La mía está toda llena de afecto por vos y os suplico no me olvidéis delante de Dios y le pidáis mi perfecta conversión.

D. S. B.

XXIII

A otra que se asustaba de verse tan inclinada al mal.

Consejos para el Retiro

«No conseguiréis nada sino a punta de lanza».—Gran gracia el conocer vuestros defectos y miserias.—Vivid al día.—Apareced vil y abyecta a los ojos de las criaturas.— Id al retiro para transformaros en Jesucristo, para imitarle y para no escuchar más a la naturaleza inmortificada.—Vale más perderlo todo que la gracia del Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

Me habéis dado mucho gusto, mi muy querida Hermana, al escribirme con toda sinceridad las inclinaciones que atormentan vuestro pobre corazón para llevarle al mal e impedirle ser todo de Dios y poseerle. Pero espero que no lo lograrán y que por la resistencia que con la ayuda de la gracia le opondréis serán para vos ocasión de grande mérito.

Pero mirad, mi querida Hermana, no hay que engañarse; no conseguiréis nada, sino luchando a punta de lanza. Esto quiere decir que es preciso que os hagáis violencia y seáis de aquellos que arrebatan el cielo a la fuerza. ¡Pero tened buen ánimo!, que la gracia no os faltará, ni la ayuda del Sagrado Corazón de Nuestro Señor que quiere salvaros, y no permitirá que os perdáis, mientras que no os deslicéis voluntariamente hacia lo que os haga conocer le desagrada. Acordaos de que no os da este conocimiento de vuestros defectos y miserias, más que por exceso de un inmenso amor, por el cual quiere levantaros a gran perfección. Pero os es necesario un completo y perfecto desasimiento de todas las cosas y de vos misma. Debéis vivir al día, esto es, con perfecta abnegación de todo, incluso de las cosas que se os den para vuestro uso, deshaciéndoos de ellas al momento, cuando os sintáis demasiado aficionada, aunque la cosa os parezca pequeña; pues a nuestro enemigo no le preocupa la cosa con que nos tiene encadenadas, con tal de que nos tenga sujetas.

En segundo lugar, no debéis cuidaros más que de lo que os pueda hacer aparecer más vil y abyecta a los ojos de las criaturas, pues eso es lo que os puede hacer más agradable a Dios. Muy pronto os rechazará de su Sagrado Corazón, si os dejáis llevar de la vanidad estimándoos a vos misma, por el deseo de aparentar y ser considerada.

Pero, por el contrario, tendrá particular cuidado y amor de vos, si os mantenéis humilde dentro de vos misma, siendo mansa y constante en sufrir las abyecciones y humillaciones que os serán quizá tanto más sensibles, cuanto son más pequeñas y poco notables en apariencia. No dejarán de elevaros delante de Dios, sobre todo si tratáis de resistirlas con valor, por medio de una amable paciencia e igualdad de ánimo. Jesucristo las tuvo y sufrió, para que a nosotros nos sirviesen para santificarnos. Recibidlas, pues, y sufridlas, según su santa intención. Si lo

hicierais así, Él será para vos un buen Padre que os llevará en sus brazos omnipotentes, y no consentirá que perezcáis, con tal de que confiéis en su amorosa bondad.

Haceos, pues, a la idea de que vais a la soledad, en primer lugar, para transformaros en Jesucristo. En segundo, para conformar vuestra voluntad a la suya y a su vida pobre y humilde, abandonándoos a vos misma por medio de una completa renuncia de todo lo que pudiera dar alguna satisfacción a la naturaleza.

En tercer lugar, hay que pensar que, si queréis poseer a Jesucristo y habitar en su Sagrado Corazón, no tenéis que escuchar a la naturaleza inmortificada ni a las sugerencias del amor propio. ¡Que grite todo lo que quiera!, estamos en el Sagrado Corazón de Jesucristo, que quiere que le amemos con amor de preferencia a todo lo demás. Cuando se trata de agradarle, no más respetos humanos ni excusas del amor propio, pues vale más perderlo todo, que perder la gracia de este Corazón adorable, al cual os suplico roguéis por esta indigna pecadora, a fin de que me conceda el verdadero espíritu de penitencia y de amor. Os prometo no olvidaros durante el tiempo de vuestro retiro, pues tengo gran deseo de veros llegar a la perfección que nuestro buen Maestro desea de vos.

D. S. B.

XXIV

A otra que padecía muchas penas interiores

No os turbéis.—No temáis.—Asíos a Él con amorosa confianza.—Desaprobad sencillamente las malignas sugerencias, sin molestaros.—Sois un árbol que dará mucho fruto; cuanto más combatido, más arraigado.

¡Viva † Jesús!

Ruego al Sagrado Corazón de Nuestro Señor que puesto que no es de su agrado que cese la tempestad en vos, que sea Él vuestra fortaleza, a fin de que permanezcáis firme, inquebrantable y tranquila en medio de la tormenta. No debe ésta en ningún modo turbaros, pues no os derribará mientras os mantengáis constantemente asida a Él con amorosa confianza y firme humildad, en la cima del espíritu, sin gusto ni sentimiento, dejando gritar a vuestro enemigo y golpear tanto como lo sea permitido. Es buena señal que haga tanto ruido: si grita es porque no logra lo que desea.

Sin embargo, sed fiel en no consentir a ninguna de sus sugerencias, renunciando a todo por una simple desaprobación, sin molestaros en hacer actos positivos con la voluntad. El Sagrado Corazón de Jesucristo conoce bien todo lo que pasa en el vuestro. Sabe por qué produce y permite todas vuestras penas. Quedad en paz y

abandonaos a su voluntad en lo que quiera hacer en vuestra alma. Esperad en su bondad, y redoblad la confianza a medida que vuestras penas aumenten. Practicad la virtud con fidelidad y no despreciéis voluntariamente ninguna ocasión.

Consideraos como un árbol plantado junto a la corriente de las aguas, que da el fruto a su tiempo y sazón, y cuanto más combatido es por los vientos, más ahonda sus raíces en la tierra. Y del mismo modo, cuanto más combatida seáis por los vientos de las tentaciones, más debéis ahondar vuestras raíces, por una profunda humildad, en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. A Él suplico os rodee con su omnipotencia como con una muralla inexpugnable a todos vuestros enemigos, diciendo a menudo: ¡Sagrado Corazón de Jesús, confundid a mis enemigos!

D. S. B.

XXV

Reglas de conducta para la perfección, dadas a una joven profesora que iba a salir del Noviciado

«Sed humildemente animosa en no dejaros abatir».—Humildemente dulce.—Humildemente dispuesta a todo.—Humildemente constante.

¡Viva † Jesús!

Os recomiendo, mi querida Hermana, por última despedida, que seáis constantemente fiel en la práctica de todo lo que habéis prometido al Sagrado Corazón de Nuestro amable Jesús, por mucho que os cueste, a fin de que reine completamente en vuestro corazón. Sed humildemente animosa en no dejaros abatir, ni por vuestras faltas, ni por las pequeñas contradicciones y humillaciones que puedan sobrevenir; pero recurrid siempre al amor de vuestra propia abyección, regocijándoos y teniándoos por muy feliz cuando Nuestro Señor os proporciona alguna ocasión, abrazando con amor lo que os humille y anonade a los ojos de las criaturas, como medios propios y necesarios a vuestra perfección. Porque la vana complacencia de vos misma os es muy peligrosa; y, por tanto, cuando se olvidan de vos y os desprecian, tenéis motivos de alegraros.

Bien sé que ya os hablé acerca de esto y de todo lo que creí contribuir a vuestra perfección. Por eso os suplico encarecidamente que lo practiquéis con toda fidelidad, a fin de que no sea para vos motivo de condenación, sino de santificación. Bien sabéis que la virtud no se practica sin trabajo, pero para un momento que éste dura, hay una eternidad de recompensa.

Sed humildemente dulce, condescendiente y caritativa con el prójimo, pero no le deis nada de lo que debéis al Sagrado Corazón de Nuestro Señor.

Estad siempre humildemente dispuesta a todo, siempre sumisa en todos los acontecimientos a la voluntad de Dios y de vuestras superiores, dejándolas disponer de vos como les plazca.

Sed humildemente constante en mortificar vuestros sentidos, si queréis adquirir el don de oración, que os deseo con toda mi alma. ¡Ah!, mi querida Hermana, si comprendierais la gran dicha que es amar al Sagrado Corazón de Jesús, bien pronto despreciaríais todo lo demás, para no amar sino a Él. Rogadle por vuestra indigna Hermana que os ama tierna y sinceramente en su amor, en el que deseo que nuestros corazones se consuman eternamente.

D. S. B.

XXVI

Exhortación para entrar en la escuela del Corazón de Jesús y practicar el recogimiento

¿Cuál es el mejor medio para conquistar la amistad del Divino Corazón?—En qué está la verdadera humildad.—Cuál es el medio más eficaz para serle fiel.—Andad siempre, dentro y fuera de la oración, en la presencia de Dios.

¡Viva † Jesús!

He leído vuestro escrito, según deseabais, mi carísima Hermana, y no me niego a responderos con unas palabras para invitaros a amar siempre mucho al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, el cual espero no os abandonará, con tal de que os confiéis humildemente a su amorosa bondad. Él se complace en hacer bien a los pobres y enseñar a los que desean aprovechar en la escuela de su santo amor, repitiendo incesantemente que seamos mansos y humildes de corazón como Él.

Así, pues, hija mía, no creo que haya cosa mejor para conquistar su amistad y haceros más agradable a Él, que ser muy dulce y muy humilde. Pero con verdadera humildad, que os haga ser sumisa con todos y sufrir en silencio las pequeñas mortificaciones y humillaciones que se os presenten, y esto con alegría y de buen grado, sin excusaros ni quejaros, pensando siempre que merecéis todavía mucho más y reprimiendo animosamente las rebeldías de la naturaleza inmortificada. Cuando hayáis faltado o manifestado vuestras repugnancias, besaréis cinco veces el suelo diciendo el primer versículo del *Miserere*.

Además debéis mostraros, toda vuestra vida, muy reconocida por vuestra vocación, pues es una gracia muy particular que no hace a todo el mundo, y de la cual tendréis que dar cuenta a la hora de la muerte. Pero para demostrarle que le amáis, hay que ser muy fiel en la práctica de todas nuestras santas observancias, sin olvidar ninguna.

Lo que más os recomiendo es que seáis muy fiel en guardar con mucho cuidado el santo recogimiento, negando a vuestros ojos, lengua y oídos toda vana curiosidad, que no pocas veces es la fuente y el motivo de todas las distracciones en los ejercicios. He aquí lo que deseo de vos más particularmente, porque creo que no podéis agrandar al Sagrado Corazón sino practicando con fidelidad estas mismas observancias, que le obligarán a tomaros bajo su protección y a no rechazaros jamás. El medio más eficaz para ser fiel en estas cosas es amarle mucho, evitando lo que comprendéis le desagrada.

Mucho me alegro de que Nuestro Señor os lleve en la oración a mirar vuestra miseria en la gran misericordia del Sagrado Corazón. Pedidle mucho que la tenga con vos y con todos los pecadores, la peor de los cuales soy yo.

Por lo que se refiere a vuestra oración, estad siempre en ella, y fuera de ella también, en la presencia de Nuestro Señor, como una discípula delante de su Maestro, de quien desea aprender a hacer su voluntad renunciando a la propia. Le ruego os conceda esta gracia; y estad persuadida de que os amo muy sinceramente en el Corazón de Nuestro Señor.

En cuanto al modo que tenéis en explicaros, quedad tranquila; os conozco bien y esto basta.

Rogad mucho que me conceda su santo amor y el perdón de mis pecados y yo le rogaré también por vos y por vuestra hermana; no os preocupéis por ella, recomendándola a Nuestro Señor que espero no la abandonará. Adiós, buenas noches.

XXVII

A una novicia muy probada con penas interiores

Permaneced en paz, no os inquietéis.—¿Por qué permite el Señor estas penas?—«La humillación os es necesaria para perfeccionaros».

¡Viva † Jesús!

Creedme, no decaigáis de ánimo ni os entreguéis a la tristeza, en las penas con que el Señor le place probar vuestra paciencia y vuestro amor. Procurad conformar vuestra voluntad con la suya y dejadle hacer en vos como desea, que

es que permanezcáis en paz y contenta en vuestras penas y sequedades interiores, sin inquietaros tanto en buscar el medio de salir de ellas, pues trabajáis en vano. Hay que permanecer así, puesto que Dios lo quiere; ¿a qué atormentaros tanto? Apartaos sólo de lo que Él os dé a conocer que es obstáculo a su amor, pues quiere que viváis en completo desasimiento de todo lo que no sea Él y que pueda contentar vuestras aspiraciones y ligar vuestros afectos. A medida que os revestís de todo esto, Él os despoja de sus gracias.

El ser objeto de estima y alabanzas es peligroso para vos; no hagáis nada para lograrlo. Huid de las lenguas adadoras y del respeto humano y no lo preferáis cobardemente al amor que debéis al Sagrado Corazón. Él intenta, a mi entender, haceros pequeña y humilde por medio de esta clase de penas que permite os aflijan, porque la humillación os es necesaria para purificaros. Cualquiera otro camino es peligroso para vos, que debéis estimar como muy gran favor cualquiera ocasión que de eso se os presente, sea en vos misma o fuera de vos. Sed por completo de Dios y dejadle hacer. No os perderá. Vuestra alma le es muy querida y la quiere salvar.

D. S. B.

XXVIII

A otra, violentamente combatida de tentaciones

«No debemos nunca desalentarnos ni abandonarnos a la inquietud».—Oración de la persona tentada.— No nos entretengamos tanto en pensar en nuestras penas».—«No os apeguéis a los consuelos espirituales».—No perdáis ninguna comunión.— Menospreciad los pensamientos de vanidad.—Jamás os excuséis.

¡Viva † Jesús!

Consolaos y luchad generosamente, pues espero que el Soberano Pastor no permitirá se pierda su oveja querida, ni que la devore el lobo infernal, al cual no permite que nos ataque, más que para tener motivo de recompensarnos y de constituirse Él mismo en premio de nuestras victorias. No debemos nunca desalentarnos ni abandonarnos a la inquietud. Si somos fielmente humildes, esas tentaciones nos levantarán ante Dios, tanto cuanto nos humillaren ante nosotras mismas. Así lo espero de la bondad de Nuestro Señor, que nos deja este enemigo para que veamos constantemente, manteniéndonos siempre en guardia para que no nos sorprenda. Recurramos al adorable Corazón de Jesús.

Besad el crucifijo, si estáis sola; y si no, estrechad la cruz sobre el pecho y decid:

«¡Oh! Salvador mío, hago esto para protestaros que con todo mi corazón detesto y desapruero todo lo que pasa en mí, contrario a vuestro santo amor, y que de

buen grado aceptaría mil veces la muerte, antes que consentir voluntariamente en cosa alguna mala. No lo permitáis, ¡oh Dios mío!; aniquiladme antes de que eso suceda. Sed mi fortaleza, combatid por mí; no rehuso la batalla con tal de que Vos seáis mi defensa, a fin de que no os ofenda, porque soy y quiero ser toda vuestra, sin reserva. Y deseo y pienso haceros tantas protestas de mi fidelidad, sobre todo lo que acabo de deciros, cuantas veces tocare vuestra cruz o pusiere la mano sobre el corazón, que os dice con todos sus latidos, movimientos o suspiros que no quiere amar más que a Vos y que se entrega por completo e irrevocablemente a vuestro amor. Y cuantas veces besare vuestra cruz, es para demostraros, ¡oh mi Soberano bien!, que acepto de buen grado todas las disposiciones en que os plazca ponerme, y que amo mi cruz, por amor de Aquel que me la da, no deseando más que el cumplimiento de su santísima voluntad.

Pero, en nombre de Dios, no nos entretengamos tanto en pensar en nuestras penas, ni mientras las sentimos ni cuando ya han pasado. Pensemos en ellas lo menos que podamos, pues nunca tienen menos poder para perjudicarnos, que cuando las despreciamos, haciendo como si no las viéramos ni escucháramos. Y en los momentos en que os impresionan más, dirigíos a Nuestro Señor con palabras, o aunque sea mirándole con una humilde confianza, para demostrarle que lo esperáis todo de su bondad.

No os apeguéis a los consuelos espirituales, porque éstos no duran mucho, sino buscad a Dios por la fe y pensad que no merece menos nuestro amor cuando nos aflige que cuando nos consuela. Si os da a gustar sus dulzuras, pensad que es para disponeros a beber alguna gota de su cáliz, por medio de la mortificación o de algún otro modo. Y cuando hayáis cometido alguna falta, no os turbéis, porque la turbación e inquietud y demasiada solicitud alejan nuestra alma de Dios y echan a Jesucristo de nuestros corazones. Pero pidiéndole perdón, roguemos a su Sagrado Corazón que satisfaga por nosotras y nos vuelva a la gracia de su divina Majestad.

Haced lo que podáis para no perder ninguna comunión, porque no es posible dar mayor alegría a nuestro enemigo, que retirarnos de Aquél que le quita todo poder sobre nosotros.

En cuanto a esos pensamientos de vanidad, no hay que hacer ningún caso, sino decirle a este espíritu satánico, cuando os los sugiera en alguna de vuestras acciones: *¡Maldito Satanás, renuncio a ti y a tus malas sugerencias! Ni por ti he comenzado ni por ti terminaré*³.

Pero, sobre todo, no os excuséis en modo alguno. Y cuando os sintiereis movida a hacerlo, decíos a vos misma: *Mi Jesús, que era la inocencia misma, no se excusó;*

³ Esta misma sentencia de San Bernardo la pone y comenta brevemente San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales, sexta de las «Reglas para sentir y entender escrúpulos».

y yo, que soy una criminal, ¿tendré valor de hacerlo? Tened mucho cuidado de no desaprobar jamás, ni acusar o juzgar más que a vos misma, a fin de que vuestra lengua, que está destinada a las alabanzas del Señor, y que le sirve tan a menudo de puente para conducirlo a vuestro corazón, no se convierta en instrumento de Satanás para envenenar vuestra alma.

Apartad de vuestro espíritu toda pretensión de hacer más o menos de lo comprometido en nuestras santas Reglas y Constituciones. No os descuidéis en nada, pues sólo así podremos ganarnos el Corazón del adorable Jesús.

D. S. B.

XXIX

Alienta a una alma probada y tentada

¿Cómo privar Dios de su eterno amor a un corazón que aspira a amarle? Confiad siempre en la misericordia del Señor.— «Llevad vuestros trabajos en espíritu de penitencia, con paz y dulzura».—Quien dice «puro amor» dice «puro sufrimiento».

¡Viva † Jesús!

Mucho placer me habéis causado, mi muy querida Hermana, al escribirme dándome noticias vuestras. No encuentro en ellas motivo alguno para asustaros tanto; puesto que el sufrimiento y el goce deben ser igualmente amables para el corazón que quiere ser de veras de Dios, y no amar nada más que a Él y su divino beneplácito. Él os llevó a la soledad, no para haceros gustar la dulzura de sus caricias –como quizás os lo habíais imaginado–, sino más bien los rigores de su amor; para purificaros, y no para perderos, como vuestro enemigo os lo sugiere. ¡Oh Dios!, mi querida amiga, rechazad lejos de vos semejante pensamiento y no le deis jamás entrada voluntariamente, pues es agraviar la bondad de nuestro Dios, creer que vaya a condenar a la privación de su eterno amor a un corazón que aspira a amarle en el tiempo y en la eternidad. ¡No!, nunca hizo cosa semejante ni la hará jamás, pues no pierde ni abandona a los pobres miserables, cuando no lo son de malicia.

Que si la vista de vuestra indignidad, a causa de vuestros pecados, no os hace esperar otra cosa, sino el abismo del infierno, que es el colmo de todos los males, es preciso que os aprovechéis de este conocimiento, para manteneros humilde y para reconocer la gran misericordia de Nuestro Señor que, oponiendo sus méritos a vuestros deméritos, os quiere salvar de vuestros pecados y de lo que por ellos merecíais. Decid, pues, en todas vuestras penas: *¡Las misericordias del Señor cantaré eternamente, pues es eternamente bueno!*

Y, sin embargo, hay que dar alguna satisfacción a la divina justicia, sufriendo con paciencia, humildad y sumisión de corazón, todas las penas y sufrimientos que nos vengan y de cualquier naturaleza que sean. Llevad vuestros trabajos en espíritu de penitencia, con paz y dulzura y no os turbéis por nada, sino tened una gran confianza en la misericordiosa bondad de Nuestro Señor. Arrojaos a menudo en los brazos de su amorosa Providencia, sobre todo después de la sagrada comunión, abandonándoos y entregándoos al imperio de su divino amor, para todo lo que le plazca hacer en vos y de vos, aun cuando no os diera ya más consuelo en esta vida. Pues, creedme, querida amiga: este camino de tinieblas y desolación os es mucho más saludable y ventajoso para la perfección, porque os entretenéis demasiado en las dulzuras que manchan la pureza del amor divino, pues, quien dice: *puro amor*, dice: *puro sufrimiento*.

He aquí lo que tengo que deciros a propósito vuestras penas, las cuales debéis amar y uniros a menudo a los designios de Dios sobre vos.

Contra estos pensamientos y sueños que turban vuestra imaginación, servíos del salmo *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?*, y por la noche decid aquel otro: *Exurgat Deus*, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre vuestro corazón, con agua bendita, diciendo: *Per signum Crucis*, al acostaros. Y al levantaros, haced cinco veces la señal de la cruz sobre vuestros cinco sentidos diciendo: *Sanctus Deus, sanctus fortis, sanctus immortalis, miserere nobis*, pidiendo fuerzas a la Santísima Trinidad para resistir con valor los ataques y sugerencias de vuestros enemigos.

Estad segura, mi querida Hermana, que mientras desagraden a vuestra voluntad este género de pensamientos, Dios no se considerará en ningún modo ofendido, con tal de que no os detengáis en ellos, sino que los apartéis sencillamente como despreciándolos.

Me preguntáis además lo que (*faltan palabras*); pero creo que lo mejor hubiera sido contentaros con los libros corrientes. Él hubiera suplido más abundantemente con su gracia. Además, no hay que hablar de vuestro interior, sino a muy pocas personas. Esto se entiende de ciertas cosas, como son las gracias que recibís o las penas que sufrís. Además, debéis mirar esta soledad como un purgatorio, que debe purificar en vos todo lo que os impide entrar en el adorable Corazón de Jesús, que quiere corazones desprendidos de todo. ¿Cómo andáis en este particular? ¿Ya no estáis apegada a vos misma? Nuestro amor propio es tan fino, que nos hace creer algunas veces que buscamos a Dios, aficionándonos demasiado a las cosas mismas de su servicio, las cuales nos causan turbación cuando las tenemos que dejar. Y es porque buscábamos nuestra propia satisfacción más que a Dios, pues un corazón que no quiere más que a Él, le encuentra en todas partes. Y como vuestro único objeto al haceros religiosa fue entregaros toda a Jesucristo, así es preciso que Él os sea todo en todas las cosas.

Mientras tanto, permaneced a sus pies. Hicisteis bien en no comulgar ayer, pero después de confesaros, hacedlo todos los días, por mucho trabajo que os cueste. Permaneced en paz en medio de las tempestades, y burlaos de la gritería de vuestro enemigo. No podrá perjudicaros con tal de que no os entretengáis en escucharle ni en reflexionar sobre vuestras penas. El Señor os dará entrada en su Sagrado Corazón cuando os sea conveniente. No dejéis de amarle y uniros a Él en todo. Adiós, mi querida y muy amada Hermana. Os (*faltan palabras*) la recreación de la tarde. Rogad por ésta que no os olvida y que quiere seros útil.

XXX

En las tentaciones, imitar a Nuestro Señor en medio de sus verdugos

Andad en compañía de Jesús rodeado de sus verdugos.—Imitadle, rodeada de vuestros enemigos.—¿Cómo recordaréis la venda que a Él le pusieron?—«Siempre apacible y tranquila».

¡Viva † Jesús!

He aquí lo que viene a la mente respecto a vuestro proceder: que Nuestro Señor hizo que os tocara ese billete, porque quería que la disposición interior de vuestra alma fuese conforme a la que Él manifestó exteriormente en el pretorio.

Primeramente, quiere que cuando os dirigáis de una parte a otra, imaginéis que le acompañáis a Él, sobre todo cuando vais a la oración, donde debéis poner os a sus pies, en medio de sus enemigos que le abofeteaban, ultrajaban y acusaban injustamente, sin que nadie acudiese en su socorro, y sin que Él pronunciase una sola palabra para impedirlo, ni para quejarse ni excusarse. Es preciso, pues, que tratéis de imitarle, considerándoos también rodeada de vuestros enemigos, que se sirven de las tentaciones para ultrajaros y afligiros, y de N. N. para abofetearos, y también de los vuestros que gritan tras de vos, pidiendo seáis crucificada.

Pues bien: consentid en ello de buen grado, y cuando sintáis que os acusan interiormente y os dan a entender que sois digna de muerte eterna, no os excuséis; sino haciendo un acto de abandono, decid a Nuestro Señor que esperáis que su misericordia no os privará de la vida eterna que Él os ha merecido. Y en recuerdo de la venda que le pusieron en los ojos, aceptad de buen grado vuestras tinieblas interiores.

Y así como Él está privado de todo consuelo y sumergido en toda suerte de oprobios, del mismo modo debéis sufrir los vuestros, quedando así privada de todo apoyo en medio de vuestras tinieblas, sufriendo las borrascas de la tempestad en ese mar, con la calma de un alma siempre apacible y tranquila, hasta que os haya despojado de todo a imitación de Nuestro Señor, para revestiros de la túnica de inocencia y de pureza. Ésta la encontraréis en medio de

vuestras penas, si procuráis sufrirlas de este modo y deshaceros de todas las cosas creadas, pues el Señor quiere poseer nuestros corazones en el desasimiento de todo. ¡Sea bendito su santo Nombre!

XXXI

Instrucción sobre el espíritu de la Visitación

«No pidáis nada y no rehuséis nada».—Profunda humildad y grande mansedumbre.—Preciosa divisa para todo acaecimiento.—Refugiaos en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.—«Él lo quiere todo o nada».

¡Viva † Jesús!

No penséis que fue falta de afecto el haber retrasado un poco el contestaros, pues os amo muy sinceramente en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, el cual sabe que con todo el afecto del mío, tengo un verdadero placer en prestaros mis pobres servicios, para su gloria y vuestro aprovechamiento en su santo amor, sin que me considere importunada en lo más mínimo.

Os diré, pues, con toda sencillez lo que pienso, según vuestro deseo. Es preciso que viváis toda abandonada a merced de la Divina Providencia, recibiendo indiferentemente, como venido de Dios, el goce y el sufrimiento, la paz y la turbación, la salud y la enfermedad. No pidáis nada y no rehuséis nada; pero estad pronta a hacer lo que esta divina Providencia os envía, sea en la oración o fuera de ella.

Trabajad en el perfecto desasimiento de vos misma, y tratad de adquirir el verdadero espíritu de la Visitación, que consiste en una profunda humildad para con Dios y una grande mansedumbre con el prójimo. Por esa humildad permaneceréis toda anonadada dentro de vos misma, como indigna de todo bien y de las misericordias y gracias del Señor.

Esta misma humildad os hará despreciar toda pretensión de vana estima o complacencia de las criaturas y, en cambio, hará que os regocijéis en ser olvidada, despreciada y vilipendiada, sin creer jamás que os ofenden, cuando os contradigan, humillen y acusen. No pongáis a todo esto más que un profundo silencio, conformándoos en esto con Nuestro Señor Jesucristo paciente. Él quiere valerse de tales medios para perfeccionar en vos su obra, destruyendo toda pretensión de propia voluntad y de amor propio, que son retoños de vuestra corrompida naturaleza, que ponen gran obstáculo a la gracia. Tomad, pues, por divisa estas palabras de Nuestro Señor en toda suerte de disposiciones y acontecimientos: *Fiat voluntas tua!*, y en seguida: *¡Dios mío, me abandono a Vos!*

La mansedumbre con el prójimo os hará tolerante y condescendiente para con él, caritativa en prestarle vuestros pequeños servicios, excusando sus defectos, a pesar de todas las repugnancias que pudierais sentir cuando hayáis recibido algún disgusto, y rogando por él. Y así conquistaréis el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual habéis de estar, como débil, en vuestra segura fortaleza.

Refugiaos allí, sobre todo cuando os viereis atacada por vuestros enemigos, que residen dentro de nosotras mismas y querrían muchas veces arrojarnos en la turbación y tristeza a la más mínima dificultad que se presenta. Pero en este Sagrado Corazón hallaréis la fuerza necesaria para no dejaros abatir ni turbar por nada, ni siquiera por nuestros defectos. Debemos humillarnos, pero jamás desalentarnos por ellos, contentándonos con que los otros los conozcan y así se vea lo que somos. La fidelidad a esta práctica hará que vuestra alma quede siempre en paz y hará de ella el trono de Dios.

Gozaos, pues, cuando os proporcione alguna ocasión de sufrir de los demás o de vos misma; recibid los sufrimientos como prenda de su amor, que pretende por esos medios haceros merecer y conseguir ser Él el único dueño de vuestro corazón. No le neguéis ya cosa tan insignificante; sino que mañana, después de la santísima Comunión, postrada en espíritu a sus pies y como si tuvieseis vuestro corazón en las manos, hacedle entero y perfecto sacrificio de todo lo que sois. Suplicadle no os rechace después de haberle resistido tanto tiempo, y no os reservéis para vos más que el deseo de complacerle y amarle, y eso cueste lo que cueste, pues Él lo quiere todo o nada.

Uníos siempre en todo a los designios que tiene sobre vos, y después dejadle hacer todo lo que quiera de vos, en vos y por vos, anonadando toda mira contraria.

He aquí, mi querida Hermana, lo que me ha ocurrido deciros. Deseo que en ello Dios sea glorificado y vuestra alma santificada. Y si hay algo que os apena o no os agrada, os ruego lo queméis. Rogad al Señor por la conversión de esta miserable e indigna pecadora, a fin de que tenga misericordia de mí y no muera impenitente. Estad segura de mi afecto y del deseo que tengo de vuestra perfección.

D. S. B.

XXXII

A una novicia, sobre el perfecto abandono a la voluntad de Dios

Tres clases de abandono: del cuerpo, del alma y del corazón.—Simplificad vuestro espíritu en la oración.—Abismad vuestras miserias en la misericordia del Corazón de Jesús.—«El amor me ha vencido».

¡Viva † Jesús!

Con mucho gusto, mi querida Hermana, quiero contestaros unas palabras conforme lo deseáis. Primeramente, me parece que debéis ateneros inviolablemente a esas palabras de nuestro Santo Fundador: «Nada pedir y nada rehusar», sino estar pronta y dispuesta a hacer y sufrir todo en el silencio del alma perfectamente abandonada, como pienso que el Señor quiere a la vuestra.

Abandono en cuanto al *cuerpo*, tomando y recibiendo con santa indiferencia, así la enfermedad como la, salud, el trabajo como el descanso.

Abandono en cuanto al *alma*, queriendo las sequedades, insensibilidades, desolaciones, y aceptándolas con el mismo agradecimiento que tendríais por las dulzuras y consuelos. Que vuestra alma persevere siempre en paz, procurando que obre con perfecta desnudez de fe, sin recrearos en los gustos sensibles, que ordinariamente no sirven más que para detenernos en el camino de nuestra perfección.

El tercer abandono es el del *corazón*, asiento del amor y de la voluntad, la cual habéis de hacer que de tal modo muera en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que le dejéis querer para vos todo lo que sea de su beneplácito. No procuréis ni el placer ni el sufrimiento, sino recibid con agrado todo lo que os presente, sea dulce o amargo, puesto que es el mismo amor el que os ofrece lo uno y lo otro para santificaros a su gusto. Soportad con mansedumbre las pequeñas contradicciones que os vengan de parte del prójimo y de su carácter contrario al vuestro, sin demostrarle resentimiento, pues eso es contrario al Sagrado Corazón de Nuestro Señor.

En cuanto a vuestra oración, si queréis ateneros a lo que ya os he dicho, permaneced en la disposición de alma que me indicáis en vuestro escrito, apacible y tranquila, simplificando vuestro espíritu por ese único acto de abandono a la voluntad de Dios. Permaneced así en su dulce presencia, como una sierva inútil, sin intentar violentaros en hacer actos, sino de tiempo en tiempo y cuanto Él os lo sugiera; no os preocupéis con las sugerencias de vuestro amor propio, que os persuade que perdéis el tiempo y que no hacéis nada. No le escuchéis, sino poned todo vuestro pensamiento en el Señor.

Haced, mi querida Hermana, que vuestro principal cuidado sea dejaros a vos misma, y todas las reflexiones del amor propio que oponen grande obstáculo a

los planes de Dios sobre vos. Abismad todas vuestras miserias en la misericordia del amable Corazón de Jesús, y no penséis más que en amarle, olvidándoos de vos misma; y después dejadle hacer todo lo que quiera en vos, de vos y por vos.

He aquí, mi querida amiga, lo que me ha venido a la imaginación deciros, esperando en la gracia de ese Divino Corazón, que, si sois fiel en practicarlos, os hará experimentar los efectos de su liberalidad, quiero decir, si os entregáis con plena confianza a su amorosa bondad. Encomendad, os suplico, a esa bondad a la más indigna de todas las pecadoras, a fin de que me alcance el verdadero espíritu de penitencia y la gracia de vivir y morir en él. No dudéis de que os amo en ese Sagrado Corazón, con todo el afecto del mío. Tomad por divisa: *El amor me ha vencido. ¡El solo poseerá mi corazón!*

¡Dios sea bendito eternamente!

XXXIII

A una novicia, alentándola en sus desconsuelos y tinieblas interiores

Todo lo que en vos permite y dispone no es más que amor».—En qué consiste toda vuestra paz.—Cómo seréis planta lozana en el divino jardín.—Manteneos en humilde sumisión a su beneplácito.—Guardad silencio en lo interior de vuestra alma.—Sed pobre de todo y el Corazón de Jesús os enriquecerá.—Vivid en Él sin preocupación alguna.—Huid del apresuramiento.—«No hay cosa que os separe de su puro amor».

¡Viva † Jesús!

Pienso, mi muy querida Hermana, que os es más conveniente en la actualidad que os conteste por escrito que de palabra, después de haberos abandonado al poder y cuidado del Sagrado Corazón de Nuestro Señor. Deberíais deshaceros en amor y reconocimiento para con Él a la vista de tanta misericordia y ternura como tiene con vos, la cual se ha visto aún mejor en todo lo que me decís en vuestro escrito.

Todo eso que consideráis como rigores de su justicia, lo tengo yo por pruebas de su amorosa bondad hacia vos. Es que pretende por estos medios tan poco agradables a la naturaleza, desprenderos de vos misma y de todas las cosas creadas, para haceros depender enteramente de la gracia, esperándolo todo de su ayuda, sin que por esto os descuidéis en nada de cuanto de vos dependa para disponeros a recibirla.

¡Ah, mi querida Hermana!, si comprendierais la ardiente caridad de Nuestro Señor hacia vos, veríais claramente que todo lo que en vos permite y dispone, no es más que amor.

Pues esa insensibilidad en que os encontráis no tiene otro fin que el de enseñaros que, para ser susceptible de su amor y de su gracia, hay que estar insensible a todas las cosas creadas, y, sobre todo, a los movimientos que os sugieren vuestro amor propio y vuestra voluntad. Quiere que le hagáis tantos sacrificios de ella como ocasiones os presente, quebrantándola y contrariándola, hasta que esté enteramente destruida y anonadada, para que reine en vos la del Divino Corazón. He aquí en qué consiste toda vuestra paz, de la que no podréis gozar plenamente mientras no hagáis esto en cuanto de vos dependa.

Además, esas sequedades y arideces no son más que para enseñaros que, si queréis ser planta lozana en el divino jardín del Sagrado Corazón y dar frutos de santificación, hace falta, en primer lugar, que estéis seca y estéril de toda inclinación y vana complacencia de afecto y amistad a las criaturas y a vos misma y a todos los efectos de vuestro amor propio. Cuando éste os incita a daros gusto, sea excusándoos o de otro modo, tenéis que hacerlos la sorda.

En tercer lugar, esas tinieblas en que os encontráis no son más que para apagar en vos esas falsas luces del razonamiento humano, que impide el cumplimiento de los designios de Dios sobre vos, desviándoos al mismo tiempo del camino de vuestra perfección. Dejaos guiar por la mano de su beneplácito a la pura luz de su divino amor. Debéis abandonaros a él por completo, permaneciendo firme, constante y apacible, en medio de todos los rigores que le plazca hacerlos, sentir, contentándoos con mantenerlos, sea en la oración o fuera de ella, en humilde sumisión a su beneplácito. Estad sencillamente atenta a su amorosa presencia, conformándoos con todas sus disposiciones, sin preocuparos de otra cosa que de ser animosamente fiel en mortificaros y humillaros mucho en todas las ocasiones que tengáis a la vista, no cometiendo ninguna falta deliberada.

En cuarto lugar, ese silencio que el Señor guarda con vos, no comunicándoos buenos pensamientos, es para daros a conocer que, si no apagáis en vos todas esas voces que no hablan del amor del Divino Amado, como son las reflexiones del amor propio y otras, no podréis oír su voz, la cual os enseñará más con ese amoroso silencio y sin decir una palabra, que todas las criaturas con su mucha elocuencia. Guardad, pues, silencio en lo interior de vuestra alma, hablando poco con las criaturas, pero mucho con Dios, con obras, sufriendo y obrando por su amor.

Quinto. Sed pobre de todo, y el Sagrado Corazón de Jesús os enriquecerá. Vacíais de todo: Él os llenará. Olvidaos de vos misma y abandonaos: Él pensará y tendrá cuidado de vos. Abrazad amorosamente todo lo que os humille y anonade más, como los medios más propios para hacer triunfar al dulce y amable Corazón de Jesús y para que a su vez reine el vuestro en el suyo.

Vivid en Él sin preocupación alguna, como un niño que no tiene otro cuidado que amarle y abandonarse todo a Él y en Él; conservad en paz vuestra alma, sin

dejaros llevar de la perturbación e inquietud a vista de vuestros defectos y miserias. Todo esto nos es conveniente y útil para mantener el amor de nuestra abyección, que no debe abandonarnos ni un solo momento. Y por eso, fuera de la ofensa de Dios, deberíamos estar muy satisfechas de vernos caer en faltas involuntarias.

Huid del apresuramiento, tratando de acomodar vuestro interior y exterior al modelo de la humilde mansedumbre del amoroso Corazón de Jesús, haciendo cada una de vuestras acciones con la misma tranquilidad que si no tuvierais otra cosa que hacer y con la misma pureza de amor, como si fuera la última de vuestra vida. Procurad emplear cada momento conforme al fin a que está destinado. Quitad toda curiosidad de vuestro espíritu, sobre todo en lo que mira a los demás.

Y basta ya, mi querida Hermana, para toda vuestra vida, con lo que os vengo diciendo. Os ruego por todo el amor que os tengo, y que vos tenéis al Sagrado Corazón, que seáis muy fiel en ponerlo en práctica y hacer de ello vuestra más ordinaria ocupación; pues, si no me engaño, ahí es donde está encerrada la perfección que Dios pide de vos, en todo el curso de vuestra vida. Y os lo digo otra vez: ¡cuán obligada estáis al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, que tanto os ama! Amadle, pues, en retorno, con todo el amor que podáis, y rendidle continuas acciones de gracias, atribuyéndole siempre la gloria de todo bien.

Sedle inviolablemente fiel, por mucho que os cueste, pues es bastante rico para recompensarlo todo. Yo le rogaré que no haya cosa que os separe de su puro amor. Amén.

XXXIV

Hay que abandonarse sin temor a la acción de Dios

¡Qué bien os ha atado el Soberano Maestro!—No temáis, os rodea de un muro infranqueable.—Él os quiere sin apoyo ni deseo alguno.

¡Viva † Jesús!

¡Qué obligada estáis, mi querida Hermana, al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, por el tierno amor que os tiene! Este es quien le hace usar con vos de tan gran misericordia, que no os permitirá que os perdáis, sino que os conducirá por el camino recto para haceros llegar a Él, de grado o por fuerza. Y por eso este soberano Maestro, viendo que le abandonáis tan a menudo para entregaros a un extraño, os ha atado como se ata a un perrito, con las cuerdas de su amor, unidas a las de vuestra voluntad, por las cuales os lleva tras Él.

Y porque os conduce por un camino escabroso, un poco áspero y espinoso, volvéis a menudo la cabeza para ver si encontráis quien os lo suavice. Es en vano;

hay que pasar por ahí, porque ahora es tiempo de luchar y sufrir con humilde sumisión, para purificaros y perfeccionaros como le place, a fin de haceros digna de que lleve a cabo los planes que tiene sobre vos. ¿Por qué teméis, si os rodea por todas partes de un muro infranqueable a los ataques de vuestros enemigos?

Acordaos únicamente de que nadie puede consolar ni aliviar a aquel a quien Dios quiere hacer sufrir. Mas abandonaos a su dirección, puesto que estáis en el estado en que Él os quiere, que es de vivir sin apoyo ni deseo, y sin más amigos que los que Él mismo os dé. Haced esto y viviréis como Él quiere.

Nada de consentimiento voluntario, sino una simple desaprobación en todo lo que conozcáis que desagrada al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, que os pide por práctica la mansedumbre y la humildad. Obrar, sufrir y callar humildemente. No penséis más que en emplear el momento presente.

XXXV

Abandono a la voluntad de Dios

Quiere que vivamos de amor y privados de apoyo, amigos y gustos.—«Tened vuestra alma en paz».

¡Viva † Jesús!

No creáis, carísima Hermana mía, que el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que no nos permite hablarnos, quiera por eso que nos olvidemos la una de la otra en su presencia. ¡Oh, no! Quiere que vivamos de su amor, privadas de apoyo, amigos y gustos, sacrificadas en todo a su adorable voluntad, en cuanto disponga de nosotras, sin más miras ni preocupación que amarle y complacerle, en el más perfecto olvido de nosotras mismas. Quiere que pensemos con frecuencia en lo que quisiéramos haber hecho a la hora de la muerte, y que lo hagamos ahora que tenemos tiempo, para no vernos sorprendidas.

No os turbéis jamás. Tened vuestra alma en paz, toda abandonada a la amorosa providencia del Sagrado Corazón.

XXXVI

A una novicia, cuyas tentaciones Dios le había dado a conocer

Qué habéis de ser para con Dios, para con el prójimo y para con vos misma.—«El Sagrado Corazón será el precio de vuestras victorias».—Quiere probaros como el oro en el crisol.—El único camino para llegar a la santidad.

¡Viva † Jesús!

No pudiendo hablaros, os advierto que estéis muy en guardia, a fin de que Satanás no tenga poder ninguno sobre vos para haceros ofender a Dios, el cual os defenderá de sus astucias si le sois fiel. Y para esto, habéis de ser mansa y caritativa con el prójimo, tener un amor humilde para con Dios, y para con vos misma un amor pacífico y animoso, que no se deje abatir en medio de las dificultades, a cuyo término no habéis llegado todavía. Pero ¡buen ánimo!, mi querida amiga; el Sagrado Corazón será el precio de vuestras victorias.

Mas no hay que descuidarse, porque entiendo que quiere probaros como el oro en el crisol, a fin de contaros en el número de sus más fieles siervas. Por eso os hace abrazar con amor todas las ocasiones de sufrimientos, como prendas preciosas de su amor. Sufrirlo todo en silencio, sin quejaros de nada; esto es lo que pide de vos.

Y no creáis, hija querida, que por no hablaros Él, estéis menos en su Sagrado Corazón. Rogadle mucho por mí, pues tengo mucha necesidad. Yo lo haré también por vos.

Manteneos siempre firme, constante e inquebrantable en su santo amor, con el cual debéis trabajar en el olvido de vos misma y en el completo abandono a la Providencia, para dejaros gobernar según su deseo. Y por rigurosas que parezcan a la naturaleza sus disposiciones, someteos a ellas de buen grado, acordándoos de que no se llega a ser santa más que humillándose, renunciándose a sí misma y mortificándose; en una palabra, crucificándose en todo y por todo.

XXXVII

Camino para la perfección, el crisol del sufrimiento

Cómo ser verdadera amiga del Divino Corazón.— «Está más cerca de vos cuando sufrís que cuando gozáis».

¡Viva † Jesús!

Antes de leer vuestro escrito, he querido deciros estas palabras. Ofreciéndoos ayer a Nuestro Señor, me vino a la imaginación este pensamiento: «Que sea fiel

en su camino, sufriendolo todo sin quejarse, puesto que no puede estar en el número de las verdaderas amigas de mi Corazón, mientras no sea purificada y probada en el crisol del sufrimiento».

Sufrid, pues, y contentaos con el beneplácito divino, al cual debéis estar siempre inmolada y sacrificada, con la firme esperanza y confianza de que el Sagrado Corazón no os abandonará, pues está más cerca de vos cuando sufrís, que cuando gozáis. Es preciso que el amor divino haga que predomine la gracia y que triunfe de vuestro corazón y de todos los respetos humanos. ¡No reflexionéis tanto sobre vos misma! Sufrir o gozar debe seros indiferente, con tal de que se cumpla el beneplácito del Sagrado Corazón.

XXXVIII

Unión con Jesús por la pureza de corazón

Asemejaos cuanto podáis a vuestro Esposo crucificado.—Uníos siempre a todas sus intenciones.—«Abandono en el amor, abandono por amor y todo al amor».

¡Viva † Jesús!

No encuentro nada que añadir a vuestro billete, más que la práctica fiel de todo lo que contiene, tratando cuanto podáis de no descuidar nada de lo que puede daros alguna semejanza con vuestro Esposo crucificado, en lo que os permita la fiel observancia de vuestras Reglas. Vivid en un amoroso abandono al cuidado de la Providencia, desterrando todas las reflexiones de amor propio sobre vos misma, para conversar con sencillez con su Divino Corazón, y para penetrar cuanto podáis en la pureza de su santo amor y de todas sus santas intenciones en todo lo que quiera. Sea que obréis, sea que padezcáis, conservad en paz vuestra alma, descansando en Él. Y en cualquiera situación que os coloque, no os turbéis por nada, sino dejadle hacer, uniéndoos siempre a todas sus intenciones.

He aquí lo que me parece querer de vos, pues esa pureza indica en vuestro billete cómo hay que huir, no solamente del pecado, sino de toda imperfección voluntaria que pudiera manchar, en lo más mínimo, la pureza de vuestro corazón. Este debe ser el trono de vuestro Amado, pagándole amor por amor, con la fidelidad que os dará a entender le es agradable.

Abandono por amor, abandono en el amor y todo al amor, sin más reservas. Es preciso que pongáis gran diligencia en aprovecharos bien de las ocasiones de mortificación y humillación que se os presenten, sin huir de ellas ni desviarlas, pues ése es el principal medio de uniros al Sagrado Corazón.

XXXIX

Manera de estar siempre en la presencia de Dios

Entrad en el Sagrado Corazón de Jesús».—«Unámonos a Él en todas nuestras acciones».

¡Viva † Jesús!

Una de las maneras de estar siempre en su santa presencia, que le es más agradable a Dios, es entrar en el Sagrado Corazón de Jesús, y entregarle todo el cuidado de nosotras mismas, estando allí como en un abismo de amor, para perder lo que es nuestro, a fin de que ponga en su lugar lo que es suyo, es decir, que su divino poder obre en lugar de nuestra impotencia, dejándole querer para nosotras todo lo que Él quiera, no amando nada más que por su amor y en su amor.

Y cuando caigamos en alguna falta, hay que rogar a ese Divino Corazón que satisfaga a su justicia por nosotras y nos conceda su gracia y misericordia, aunque seamos indignas. Recurramos a Él en todo tiempo y lugar, puesto que encuentra singular placer en hacernos bien. Sobre todo, hay que contentarle con una amorosa confianza, si queremos que Él a su vez nos contente.

XL

Exhortación eficaz para romper con un apego demasiado natural

No discutáis con la gracia.—No le deis a entender esa afición.—Dios no quiere un corazón partido.—Cómo seréis fiel a Dios, a vuestras Reglas y a vos misma.—«Esta vida es un continuo pelear».—Única afición: el Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

¿Qué os diré, mi querida Hermana y amiga, sino recomendaros que pongáis en práctica lo que os he dicho con motivo de ese apego, que es un obstáculo tan grande para vuestra perfección, que me atrevo a decir que no la alcanzaréis mientras no hayáis acabado con él? Pero mirad, hija mía: si os entretenéis en discutir de ese modo con la gracia, negándole lo que os pide ésta, se cansará de vos y os abandonará a vos misma: ¡Cómo!, ¿es cosa tan grande la amistad de una criatura, que preferáis perder la amistad del Sagrado Corazón de Nuestro Señor, a romper el lazo de una inclinación natural que os tiene ligada?

Es necesario que os desprendáis de ella antes de entrar en el retiro, pues de otro modo, si la lleváis con vos, el Sagrado Corazón os dejará bien pobre de sus bienes y amistad. Pero como tenéis buena voluntad, espero que, si sois fiel, el Sagrado Corazón os ayudará a hacer ese sacrificio, que os atraerá muchas gracias. Pero no

habéis de creer que esto se haga de repente y sin trabajo, pues tendréis que sostener repetidas luchas; mas hay que perseverar para alcanzar victoria. Debéis guardaros muy mucho de darle a entender la afición que le tenéis, y también de hacerle caricia alguna, ni pretender de ella que os las haga, conversando con ella lo menos posible.

En fin, sólo vuestra fidelidad, ayudada de la gracia, puede impedir que ese mal crezca en vuestro corazón, tanto respecto de esta persona, como de otras criaturas. Como tal es vuestra inclinación, si no tenéis cuidado, vuestro corazón se explayará y apegará fácilmente a la criatura y de ese modo quedará siempre vacío de Dios, que no quiere un corazón dividido; y en verdad, que. bien lo merece todo entero.

Sedle, pues, fiel, amándole con un amor de preferencia que os haga toda suya; de otro modo, jamás tendréis paz en vuestro corazón, si no procuráis poner cuidado en el santo recogimiento, por medio de la mortificación de los sentidos. Sed también fiel a vuestras Reglas, no descuidándoos en nada por pequeño que sea. Sed fiel con vos misma, entrando a menudo en vuestro interior para examinar lo que allí pasa, y ver si está todo conforme con el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

No os perdonéis falta alguna, sino imponeos siempre alguna penitencia. Sobre todo, lo que también os recomiendo es que no cometáis faltas deliberadas y que seáis humildemente mansa con el prójimo, sin dejaros llevar de ninguna vana complacencia y respeto humano. Son éstos unos lazos muy peligrosos a vuestro natural. Tened cuidado y sed constante y fiel en practicar el bien que conocéis y que os habéis propuesto, que es amar de un modo inviolable al Sagrado Corazón. Le suplico consuma en sus santas llamas todo lo que le desagrada en vos.

He aquí, mi carísima Hermana, lo que tengo la satisfacción de deciros como último adiós, antes de dejaros, porque deseo con tanta ansia vuestra perfección, que me apenaría mucho si viera que no trabajáis como es debido.

No es posible salvarnos sin trabajo, pues esta vida es un continuo pelear. Pero ¡buen ánimo!, no os dejéis abatir ni os turbéis por vuestras faltas; mas tratad siempre de sacar de ellas el amor de vuestra abyección, que no debe nunca separarse de vuestro corazón, ni un solo momento.

Amad mucho al Sagrado Corazón, y Él os ayudará a venceros, a humillaros y a desprenderos de las criaturas y de vos misma.

Adiós, mi querida Hermana; amad siempre un poco a la que tiernamente os quiere, en el amable Corazón de Jesús, fuera del cual no se debe tener afición alguna. Rogadle mucho por mí, y estad segura de que yo no os olvidaré en su presencia.

Sea Él bendito, amado y glorificado eternamente.

D. S. B.

Si no os aprovecháis de lo que os digo, el Sagrado Corazón os abandonará y yo lo haré también, y os tornaréis planta seca y estéril, que no servirá más que para ser arrancada y arrojada al fuego. He aquí la desgracia a que os llevaría el amor a las criaturas y el deseo de buscar la estima y amistad de ellas, si no lo mortificáis y destruíis antes de que crezca más.

Y si vuestro Esposo es celoso de vuestro corazón, sed también vos celosa del suyo, impidiendo con vuestra fidelidad que dé a otros el lugar y amistad que os habéis destinado en el suyo adorable. Y basta ya para toda vuestra vida, que no pensaba haberos dicho tanto . ¡Dios sea bendito y os bendiga!

XLI

Unas palabritas propias para despertar el fervor

«No podemos salvarnos sin sufrir.—«Si queréis ser amada de este Sagrado Corazón...».

¡Viva † Jesús!

Puesto que queréis, mi querida Hermana, que os diga unas palabritas, lo hago de muy buen grado, con el deseo que tengo de que seáis toda del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Me parece quiere de vos mucha fidelidad en sacrificarle todo lo que comprendáis le agrada, por mucho que cueste a la naturaleza, pues no podemos salvarnos sin sufrir. Y como es celoso de nuestro corazón y quiere poseerlo Él solo, es preciso también que seáis vos celosa del suyo, amándole como lo que más, si podéis. Como el amor iguala a los amantes, es preciso, si queréis ser amada de este Sagrado Corazón, tratar de ser humilde y dulce de corazón como Él.

La humildad hará que os alegréis cuando os humillen y desprecien y os impedirá que os excuséis, diciéndoos a vos misma: *Jesús no se excusaba.*

Os hará también sumisa y obediente a todo cuanto pidan de vos, sin replicar.

XLII

Sobre la necesidad de hacerse violencia

En tres cosas: vencer vuestra repugnancia, no juzgar ni condenar a nadie, no tener vuestras delicias sino en Él.—Lo que le causa horror.—«Si amáis, nada os será difícil».

¡Viva † Jesús!

Yo creo que el Sagrado Corazón de Nuestro Señor quiere de vos que os fijéis en tres cosas:

La primera, que le améis con un amor de preferencia que os haga vencer vuestras repugnancias y pisotear todos esos respetos humanos, el *¿qué dirán si hago esta práctica de virtud?* Hay que despreciar todo eso, siempre que se trate de complacer a ese Divino Corazón.

Además no hay que desestimar, juzgar ni condenar más que a vos misma; y para esta práctica, observaréis la de la caridad y humildad, y así evitaréis el juicio y sentencia de vuestro Juez.

La tercera es que quiere ser el objeto de todas vuestras complacencias y que tengáis vuestras delicias en Él, para haceros digna de que Él las encuentre en vos.

Quiere que adornéis vuestro corazón con las virtudes del suyo. ¡Si supierais cuánto le afligís cuando faltáis a la caridad o a la humildad, o cuando por negligencia despreciáis las luces que os da para apartaros de la disposición y pensamientos de vos misma! Esto le causa horror y no le permite concederos sus gracias con más abundancia. Creo haberos ya dicho todo esto, pero Él desea que os lo recomiende todavía más, pues me parece que no quiere daros nuevas prácticas por ahora. Pero le agradeceréis mucho y le daréis contento, si sois fiel en la que tenéis.

Tratad, pues, de corresponder a su amor, dándole todo el vuestro con el cumplimiento fiel y exacto de todas vuestras santas Reglas y observancias, desterrando toda vana curiosidad y no dejándoos sorprender, y menos desanimar por las dificultades. Conservad siempre vuestra alma en paz, sin quejaros de nada, teniendo gusto en anonadaros. Y si amáis, nada os será difícil.

XLIII

Como una discípula ante su Maestro

Os amo sinceramente.—Cómo habéis de permanecer siempre.

¡Viva † Jesús!

Mi querida Hermana: estoy muy agradecida a la amistad y caridad que habéis tenido conmigo, que ciertamente os ofrezco mis pequeños servicios de muy buena gana, porque os aseguro que os amo sinceramente en el Corazón de Nuestro Señor. Y en cuanto al modo de manifestar lo que sentís, estad tranquila: os conozco bien y esto basta.

Permaneced siempre, en vuestra oración y fuera de ella, delante de Nuestro Señor, como una discípula delante de su Maestro, que quiere aprender a hacer su voluntad, renunciando a la suya propia. Le ruego os haga esta gracia.

XLIV

La Santa no quiere amar sino a los que amen al Sagrado Corazón

Sedle siempre fiel.—Permaneced siempre sumisa.

¡Viva † Jesús!

Sí, mi querida amiga en el tan amable Corazón: seremos todas tuyas, por mucho que os cueste. Cumplidle fielmente la promesa que le hacéis, y estará contento y no os rechazará jamás, mientras permanezcáis sumisa en los lugares y cosas en que Él os pusiere, sin turbaros ni abatiros.

En una palabra, si creyera yo que no ibais a ser una de las buenas amigas del Sagrado Corazón, tampoco seríais nunca de las mías.

XLV

A una Hermana que empezaba su noviciado

La Religión, excelente navío.—Cómo debéis hablar de Dios, del prójimo y de vos misma.—«Haced vuestra morada en el adorable Corazón».—¿Qué debéis hacer en vuestras faltas?—Preciosos consejos para imitar al Divino Corazón en su dulzura, humildad y caridad.

¡Viva † Jesús!

Puesto que Dios os ha puesto en la nave de la santa religión, no tenéis más que abandonaros y dejaros conducir ciegamente por la santa obediencia, verdadera señal de la voluntad de Dios respecto a vos. No tengáis, en todo lo que hacéis, otro deseo ni otra mira que la de agradar a Dios. No miréis más que a Él en todo lo que os suceda, sin preocuparos de la materia de que se componen las cruces que se os dan.

Que os baste en cualquier acontecimiento saber que allí está la voluntad de Dios. Descansad sin zozobra alguna en su seno, como un niño en el regazo de su madre; el amor que os tiene cuidará de todo. Sed humilde con Dios y dulce con el prójimo. No juzguéis ni acuséis más que a vos misma y excusad siempre a los demás. Hablad siempre de Dios, alabándole y glorificándole; del prójimo, estimándole; y nunca de vos misma, ni en bien ni en mal.

Si deseáis honrar al Sagrado Corazón de Jesucristo, hacédle depositario de todo lo que hagáis y sufráis, ofreciéndole todas vuestras acciones, a fin de que disponga de ellas y las aplique según su beneplácito. Uníos siempre a sus santas intenciones en todo lo que hagáis y en todo lo que os suceda.

Haced vuestra morada en ese Corazón adorable; llevad allí todos vuestros pequeños disgustos y amarguras, y todo quedará pacificado: allí encontraréis remedio a vuestros males, fuerza en vuestra debilidad y refugio en todas vuestras necesidades.

Tratad con Nuestro Señor con entera confianza y sencillez; no os entretengáis en reflexionar en vuestras faltas; esto no sirve a menudo más que para contentar al amor propio y desanimaros. Una vez cometidas, debemos humillarnos delante de Dios, pidiéndole perdón, y después, como dice nuestro Fundador, volver a emprender el trabajo con nuevos ánimos. Abandonad vuestros intereses y el cuidado de vos misma en los brazos de vuestro buen Padre celestial.

Una vez más os ruego que miréis a Dios y no a vos misma. Gozaos en ser tenida por nada en la casa de Dios. Amad y honrad a aquellos que os humillen o mortifiquen; miradlos como a vuestros mayores bienhechores y deciros a vos misma: *¡Si me conocieran, verían que aún merezco mucho más!*

Cuando os acusen, pensad que Jesucristo no se excusó y que, a ejemplo suyo, no os debéis excusar, aun cuando no fuerais culpable en aquello de que se os acusa. Y por lo demás, ¿cuántas otras faltas habéis cometido, de las que no os han acusado?

Pensad, cuando practiquéis alguna obediencia, que Jesús fue obediente hasta la muerte de cruz. Consideraos como una pobre a quien se le da todo por caridad, y que si os despojaran de todo no os harían ninguna injusticia. En fin, tratad de conformaros con vuestro amor Jesús y Jesús crucificado. Haced todo por amor y por el amor y emplead bien el momento presente, sin inquietudes por lo porvenir.

XLVI

A otra a quien había tocado en suerte honrar la vida humilde de Jesucristo en la Eucaristía

**¿Cuál es el camino seguro de vuestra salvación?—«Como la nada ante su Creador».—
Aprovechad bien las ocasiones de humillaros.—«Humillaos por no haber sido humilde».**

¡Viva † Jesús!

Vuestro billete, mi querida Hermana, me confirma cada vez más en lo que os tengo dicho a propósito de la humildad, que es el camino seguro de vuestra salvación. Ya no podéis apartaros de este camino sin perder la amistad de Nuestro Señor Jesucristo. Él os levantará hasta sí, en la medida que os encuentre anonadada a vos misma. Hacedlo, pues, todo, por amor y humildad.

Estáis doblemente comprometida, por la suerte que os ha tocado, a honrar la vida humilde de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Es preciso, pues, que os ofrezcáis a Él, como la nada ante su Creador, el cual le dará el ser que le plazca, sin que la nada ponga resistencia. Debéis, pues, poner mucho cuidado en humillaros y en encontrar placer en que los demás os ayuden a hacerlo.

No huyáis de las ocasiones de humillaros, ni de lo que pueda rebajaros y envileceros a los ojos de las criaturas y a vuestros propios ojos. Porque Jesucristo os ama, os proporcionará para eso muy propicias ocasiones; éstas son las que os unirán más estrechamente a su Divino Corazón, con el cual debéis tratar de conformaros. Y lo conseguiréis si fuereis mansa y humilde como Él, guardando silencio cuando os acusaren y callando todo aquello que pueda atraeros la vana estima y aprobación de las criaturas. Muchas veces rechaza el Señor lo que más estiman éstas, y su espíritu no descansa más que sobre el humilde de corazón.

A eso habéis de tender con todas vuestras fuerzas; y si os ocurre que, por fragilidad, faltáis en eso, no os turbéis, antes humillaos por no haber sido humilde y quedad en paz con amor y confianza en la bondad del Corazón de Jesucristo. Le suplico que os haga toda suya y os conceda la gracia de serle fiel, según las luces que os dé en las ocasiones.

XLVII

A otra, con motivo de un voto que había hecho

Cumplidlo fidelísimamente.—«El amor de la criatura es un veneno».—¿Cómo se agotará el manantial de gracias del Corazón de Jesucristo?—La humillación, gracia muy grande.

¡Viva † Jesús!

Según vuestro deseo, contesto a la proposición que me habéis hecho tocante a vuestro voto. A mi entender, Nuestro Señor lo ha querido de vos para apartaros de la más peligrosa inclinación que pudierais tener, y la más a propósito para perderos. Pero guardaos de quebrantarlo con cualquier pretexto que sea. Pienso que Nuestro Señor quiso que lo hicierais para que quedéis en libertad y para aclararos las dudas que os pudieran sobrevenir. No os disminuirá los trabajos y luchas interiores, pero obtendréis al fin la victoria y la paz en el Sagrado Corazón.

De seguro veréis nacer en vos una multitud de razones, porque vuestro corazón se derrama demasiado en la criatura y se funda más en ella que en el Creador. El amor de las criaturas es un veneno en vuestro corazón, que mata en él el amor de Jesucristo. A medida que busquéis la estima de las criaturas y os insinuéis en su amistad, perderéis la del Sagrado Corazón, que os empobrecerá de sus tesoros, tanto cuanto pretendáis enriqueceros con las cosas creadas. Sea lo que sea la vana complacencia con que buscáis tranquilizaros y contentaros a vos misma, más turbada e inquieta os encontraréis después.

Esta clase de satisfacciones humanas agotarán para vos el manantial de gracias del Corazón de Jesucristo, y el vuestro quedará como tierra seca y estéril. Pero, si sois fiel en cumplir lo que habéis prometido, Él será muy liberal en sus favores; se os dará por completo, tras algunas luchas, y os hará llegar sin notarlo al término que se ha propuesto. Habrá, sin embargo, que caminar algunos pasos en los senderos de la humillación, pero ésta es para vos muy grande gracia. Cuando os encontréis en ellos, regocijaos, porque entonces será cuando más adentro penetraréis en la amistad del Sagrado Corazón. Por su amor y de su parte os digo esto, a fin de que no podáis excusaros si en ello faltáis.

XLVIII

A otra que padecía mucho, interior y exteriormente

Llevad constantemente la cruz que Él os da.—Ahogad todos esos pequeños resentimientos.—«Nada le desagrade tanto como vuestras turbaciones y abatimientos».—«No os dejaré perecer mientras tengáis confianza en Él».

¡Viva † Jesús!

Puesto que Nuestro Señor quiere que honréis su vida en el Santísimo Sacramento, debéis llevar constantemente la cruz que Él os da, sea interior, sea exterior, sin quejaros jamás ni cansaros por su duración o por su peso. ¿No os basta que os venga de mano de un amigo, cuyo Corazón todo amoroso os la había destinado desde toda la eternidad, para haceros su víctima inmolada y sacrificada, sin resistencia, a todos sus adorables designios?

Debéis ahogar todos esos pequeños resentimientos, vivezas y vanas inclinaciones de amar y ser amada, estimada y alabada de las criaturas, si queréis ser fiel al Corazón de Nuestro Señor Jesús. Para hacerle triunfar en vuestro corazón, no tenéis por ahora otra cosa que hacer más que cumplir las promesas que le habéis hecho, por mucho que os cueste. Creo que esto es lo que quiere de vos, para que no perdáis su amistad.

No os turbéis por nada: conservad vuestra alma en paz en medio de todas vuestras aversiones y sequedades. En ese estado, no pide de vos más que actos de abandono y de perfecta sumisión. Nada le desagrade tanto como vuestras turbaciones y abatimientos. ¿Por qué teméis? ¿No es bastante poderoso para sosteneros? ¿Y por qué tantas reservas con Él?

Dejadle hacer; y vos contentaos con sufrir amándole. Quiere que le améis sobre todo y con un completo olvido de vos misma. No hay que pensar más en el *qué dirán*, sino en contentar únicamente al Corazón de Jesús, según las luces que Él os diere. Os ama y no os dejará perecer, mientras tengáis confianza en Él. Él os hará sentir su poder a su debido tiempo.

XLIX

Últimos avisos a una novicia

«La antorcha que os ilumine, anime y sostenga».—Cómo habéis de proceder en la oración.—Cómo la tendréis siempre buena.—El Señor rechaza lo que más estiman las criaturas.—«Conservad siempre el alma en paz, en amor y en confianza».

¡Viva † Jesús!

Acordaos de no tener más blanco en vuestras acciones que a Dios solo. Por eso, cuando os encontréis en desolación, abandono y desamparo interior, sea la fe la antorcha que os ilumine, anime y sostenga, para obrar en todo cuanto hagáis y sufráis, mirando sólo a Dios, que merece que le sirváis de la misma manera en la desolación que en la consolación.

Cuando os ponéis en oración, pensad que acompañáis a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos y uníos a sus santas disposiciones. En seguida abandonaos con generosidad al sufrimiento y esperad pacientemente el consuelo de la gracia, que os quiere dar. Mas guardaos bien, cuando os hallareis en sequedad, de ir a buscar alivio en las criaturas. Recoged suavemente vuestro espíritu, que siempre quiere hacer algo. Hay que resolverse a perderlo todo para abismarse en Dios.

Haced de modo que el principal fruto que saquéis sea un completo abandono en la Providencia y mucho amor a la humildad y sencillez. Y si queréis tener buena oración, sed fiel en mortificaros, mantened todo el día vuestro espíritu en gran recogimiento y no cometáis nunca faltas voluntarias.

Tratad de conformaros con su voluntad en todo. Guardad silencio de aquellas cosas que os pudieran atraer la vana estima de las criaturas, pues el Señor rechaza lo que éstas más estiman, y su Espíritu sólo reposa en el humilde de corazón. En esta humildad permaneced cuanto podáis; y si os sucediere faltar por fragilidad, no os turbéis, sino humillaos por no haber sido humilde.

Conservad siempre el alma en paz, en amor y en confianza en Nuestro Señor, y acordaos una vez más de lo que le habéis prometido, es decir, amor sin división, humildad sin rodeos y mortificación generosa. Esto es lo que debéis al Sagrado Corazón de Jesús.

Conservaos baja y pequeña a vuestros ojos, a fin de que crezcáis en este Divino Corazón. En Él os dejo para que hagáis allí vuestra morada. Cuando cometiereis alguna falta, tomad de ese Corazón con qué repararla; poned en Él todo lo que hagáis y buscad todo lo que necesitéis. Mas tened cuidado únicamente de no apartaros jamás de Él; y, si esto ocurriera, yo le rogaré que tome la venganza por sí mismo.

L

Avisos a otra al salir del Noviciado

Cómo os conformaréis con el Corazón dulce y humilde de Jesús.—Escoged siempre lo peor y más repugnante.—Cómo haréis bien la oración.—No desistáis jamás de lo que os han enseñado en el Noviciado.

¡Viva † Jesús!

Si queréis, amadísima Hermana mía, haceros discípula e hija del Sagrado Corazón de Jesús, debéis conformaros con sus santas máximas y ser dulce y humilde como Él. Dulce para tolerar las molestias, flaquezas y caprichos del prójimo, sin enojaros por las pequeñas contradicciones que os ocasione, antes, por el contrario, prestándole de buen grado los servicios que podáis. Ése es el mejor medio para conseguir la amistad del Sagrado Corazón.

Tenéis que ser dulce para no inquietaros ni turbaros, no solamente en los acontecimientos contrarios a vuestras inclinaciones, sino tampoco en las mismas faltas que cometéis. Además, no debéis excusaros, pues que nuestro amable Maestro tampoco se excusó en su santa Pasión.

No debéis buscar ser alabada y estimada de las criaturas, desechando todos los pensamientos que os pudieren ocurrir. Alegraos cuando se olvidaren de vos y también cuando os despreciaren, pues el verdadero medio de hacer que reine el amable Corazón de Jesús en el vuestro, es humillaros y dejaros humillar con paz. Escoged siempre para vos, cuando os lo permitan, lo peor y más repugnante a la naturaleza, a la cual hay que contrariar cuanto podamos.

Para la oración, el medio de hacerla bien es guardar silencio, atendiendo con cuidado a estar en la presencia de Dios, la cual desterrará toda afición de amor propio y de respeto humano, que son los verdaderos venenos del amor de Dios. En fin, mi querida Hermana, estad como una discípula delante de su Maestro. No cometáis faltas voluntarias, y con esto tenéis el mejor método de hacer oración.

Y como último aviso, os conjuro, por el amor que profesáis al Sagrado Corazón de Jesucristo, que os aficionéis mucho y constantemente a Él y a las santas Reglas, no desistiendo jamás de lo que os han enseñado en el noviciado. Esforzaos en ser buena religiosa, fiel en el silencio, en la presencia de Dios y en la completa mortificación de los sentidos; humillaos en toda ocasión con verdadera humildad de corazón. Esto es lo que creo que el de Nuestro Señor pide de vos.

¡Que Él sea bendito para siempre!

LI

«Para mi querida H. María Ana de Senecez»

«Sacrificad veinte veces al día vuestra voluntad».—Hermoda práctica de devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—¿En qué consiste el puro amor?

¡Viva † Jesús!

Mi querida y amada hija: Mucha alegría me ocasionáis con el amor que profesáis al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre. Continudad siempre honrándole, amándole y sirviéndole, y Él cuidará de vos. Espero llegará a haceros un día buena religiosa, si vivís hasta entonces y sois siempre muy piadosa. Sacrificad veinte veces al día vuestra voluntad para hacer la del Sagrado Corazón de Jesús y obedeced con prontitud a lo que os digan vuestras Maestras.

Todos los viernes haréis una genuflexión, diciéndole:

- 1º. *Yo os adoro* con los ángeles, ¡oh Sagrado Corazón de Jesús!, por todos aquellos que no os adoran.
- 2º. *Yo os amo*, ¡oh amabilísimo Corazón de Jesús!, con todos los serafines, por mí y por todos aquellos que no os aman.
- 3º. *Yo os glorifico*, ¡oh Divino Corazón de Jesús!, con los querubines, por todos aquellos que no os glorifican.
- 4º. *Yo os pido perdón*, ¡oh Corazón de Jesús, lleno de bondad!, con los arcángeles, por mí y por todos aquellos que os han ofendido y desprecian.
- 5º. ¡Oh, mil y mil veces os doy mi corazón por mediación de mi buena Madre, la Santísima Virgen! ¡Oh sacratísimo, divino y adorado Corazón de Jesús, a Vos me doy y consagro toda y sin reserva!

He aquí, mi querida Hermana, las breves prácticas que me ha ocurrido daros para manifestarle vuestro amor, pues os ama mucho y quiere que le miréis como a vuestro buen Padre, que cuidará de vos y os hospedará en Él cuando llegue el momento.

Haced también, todos los días, quince actos de amor a este Sagrado Corazón, pidiéndole que todos los corazones le amen con ardor.

Adiós, amiga mía; rogadle que traspase de tal modo mi corazón con el dardo de su puro amor, que no pueda contener en adelante nada terreno ni humano. Esto es lo que os ruego le pidáis para mí y que me perdone mis pecados.

Rogad mucho por vuestro padre; yo lo hago también por él, que lo necesita mucho. Adiós, mi querida hija en el Sagrado Corazón de Jesucristo, al que ruego nos haga enteramente suyas.

Hermana Margarita María

LII

Avisos antes de entrar en Ejercicios

«No lograréis nada sin trabajo, y el premio no se da más que a los vencedores».—Dos preciosos frutos de las penas interiores.—Las dulzuras interiores jamás producirán en vos el amor puro y sólido.—Qué pruebas os pide de que le amáis.—No os preocupéis más que de amarle, servirle y dejarle hacer.—Cómo tendréis contento a nuestro buen Maestro.—Acerca del «Retiro» del P. de La Colombière.

¡Viva † Jesús!

Tengo que deciros, mi querida amiga, que al rogar por vos, se me ha ocurrido la idea de que, siendo así que el Sagrado Corazón quiere establecer su imperio y el reinado de su amor en vuestro corazón, vos lo destruís para establecer en él el de la criatura; pero no permitirá que encontréis el verdadero reposo, sino en el perfecto desasimiento de esta misma criatura, lo que conseguiréis apartándoos de ella. Obtendréis la victoria, pero combatiendo. Resistid, pues, con valor todos los asaltos que experimentéis, pues no lograréis nada sin trabajo, y el premio no se da más que a los vencedores. Ruego al Sagrado Corazón que os ponga en ese número.

Os afligís por vuestras penas interiores y yo os aseguro que de ahí mismo debéis sacar vuestro mayor consuelo, con tal de que las llevéis con paz, sumisión y abandono en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor. Que no os las envía más que por un exceso de amor hacia vos, y quiere que lo sepáis para que le estéis agradecida.

Primeramente, pretende purificaros, por esas penas, de todo el afecto que habéis tenido a las criaturas, contrario a la pureza de su divino amor. Segundo, quiere haceros merecer la corona que os ha destinado, dándoos una pequeña parte de las amarguras que sufrió todo el tiempo de su vida mortal. De cualquier género que sean vuestras penas, sois muy dichosa en conformaros en esto con Él.

Además, las dulzuras interiores no producirán en vos más que sinsabores, entretenimientos y vanas complacencias, pero nunca el amor puro y sólido. Mirad, pues, si no le estáis muy obligada por proceder de esta manera con vos; no os pide con esto más que perfecta sumisión a su santísima voluntad, obrando con gran pureza de intención y deseo de agradarle, sin respeto humano.

Como ya os lo tengo dicho, no pide de vos otras pruebas de que le améis, sino una profunda humildad de espíritu, paz en vuestra alma y en vuestro corazón, deseo de amarle, pues que en verdad Él os ama y no os dejará perecer. No tengáis, pues, reservas con Él, que quiere estar dentro de vos misma como un germen de vida eterna. Ahí quiere reinar, regir y gobernar, siendo él el motor de todas vuestras acciones y el objeto de todos vuestros afectos⁴.

Habéis hecho bien, mi querida amiga en el Sagrado Corazón, en darme noticias vuestras. Desde el domingo me sentía apremiada a daros este escrito que hacía tiempo había compuesto para vos; pero siempre me venía al pensamiento la idea de esperar a que estuvierais en retiro y que sirviera de respuesta a lo que me escribís. Por eso recibidlo, no de mi parte, sino de Aquél que verdaderamente os ama y no os abandonará, pues me parece que me apremia a decíroslo; y que no temáis abandonaros a Él sin reserva y darle todo vuestro tiempo y vuestros momentos para emplearlos en sufrir o en gozar, según su deseo, sin preocuparos de otra cosa más que de amarle, servirle y dejarle hacer.

No podáis destinar vuestro retiro a ningún propósito que le fuera más agradable. Perseverad, querida amiga, en amar a ese Sagrado Corazón; os tiene aún reservadas mayores liberalidades que las que ya os ha hecho; pero os las dará a conocer a medida que le seáis fiel y confiéis en Él, entre las contradicciones y humillaciones, las cuales debéis recibir y abrazar como prendas de su amor, sin dejar perder ninguna ocasión.

Éste es el medio de tener contento a nuestro buen Maestro. Tratad, os lo ruego, de entender bien esta divina lección y todo lo que quiere de vos, a fin de ponerlo en práctica. Dadle la gloria de todo y no atribuyáis nunca nada a la criatura, que no es capaz sino del mal.

Sobre la lectura del Retiro del R. P. de La Colombière, no leáis más que lo que trata del amable Corazón de Jesucristo. Él debe constituir vuestra ocupación, vuestra meditación y conversación, vuestro libro y toda vuestra dirección. Él es quien debe ocupar vuestra memoria, iluminar vuestro entendimiento e inflamar vuestra voluntad, a fin de que no os acordéis más que de Él.

Continuad rogándole por mí, que yo lo hago por vos. Me voy a descansar en este Sagrado Corazón, pues se hace tarde. Rogadle mucho a fin de que extienda por todas partes su amor y se dé a conocer; presentadle muy especialmente todas las necesidades de esta Comunidad.

⁴ Lo que sigue se insertó ya antes formando el Aviso 2º. Véase la nota allí puesta.

DESAFÍOS E INSTRUCCIONES

LIII

Desafío para nuestras queridas Hermanas novicias⁵

(Para prepararnos a la fiesta del Sagrado Corazón de Nuestro Señor, en el año 1685)

Cómo uniremos todas nuestras obras cotidianas con las del Divino Corazón.—Qué hacer en los padecimientos, en varias tentaciones, al recibir los Sacramentos, al adorar a Jesucristo Sacramentado.

¡Viva † Jesús!

Primeramente, en despertando, entraréis en el Sagrado Corazón y le consagraréis vuestro cuerpo, alma, corazón y todo lo que sois, para no servir de todo, ello más que para su amor y para su gloria.

Cuando vayáis a la oración, la uniréis a la que hace por nosotros en el Santísimo Sacramento.

Cuando recéis el Oficio, os uniréis a las alabanzas que le da a Dios, su Padre, en este divino Sacramento.

Al oír la santa Misa, os uniréis a las intenciones de este amable Corazón, rogándole os aplique el mérito de ella, según los designios adorables que tiene sobre vos.

Al ir al refectorio, volveréis a entrar en ese Corazón adorable, si por desgracia hubierais salido de Él. En Él tomaréis vuestra refección espiritual, rogándole que incorpore su gracia a vuestra alma y su puro amor a vuestro corazón. Y que cuantos bocados toméis, sean otras tantas comuniones espirituales.

Al ir a la recreación, uniréis todas vuestras palabras al Verbo divino, que es la palabra eterna de su Padre, para no hablar más que para su gloria. Tened cuidado de que la lengua, que le sirve tan a menudo de puente para llevarlo a vuestro corazón, no se manche con ninguna palabra de burla, murmuración y falta de caridad.

Para honrar los anonadamientos de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, recreando a su Sagrado Corazón, aceptaréis de buena gana todas las mortificaciones, humillaciones y contradicciones que encontraréis allí, o en

⁵ Según la costumbre de la Orden de la Visitación, la Santa Directora daba nombre de «Defi» (*Desafío*) a diferentes prácticas que proponía de tiempo en tiempo a sus novicias para excitarlas a empeñarse a porfía en la práctica de la virtud. Les proponía, sobre todo, estos santos «desafíos» con ocasión de algún tiempo o fiesta de especial devoción.

cualquier otra parte, sin quejaros o excusaros, diciendo: *Jesus autem tacebat: Pero Jesús callaba* (Mt 26, 63).

Uniréis vuestro silencio al que Él guarda en el Santísimo Sacramento, suprimiendo toda palabra inútil, toda conversación en provecho vuestro o que pudiera disgustar al prójimo, anonadando toda reflexión de amor propio y de vanidad.

Jesús es pobre en el Santísimo Sacramento, a fin de enriquecernos, con tal de que nos despojemos del amor de nosotros mismos y del de las criaturas y de toda vana complacencia o propia estima.

Jesús obedece al Sacerdote, bueno o malo, sin demostrar la repugnancia que tiene al verse introducido en corazones manchados de pecados. Del mismo modo obedeceréis vos, sin hacer ninguna demostración, renunciando a vuestro propio juicio, y llevaréis los ojos bajos, levantando los del alma a Jesús en el Santísimo Sacramento.

Y cuando hayáis cometido alguna falta, iréis a buscar en ese Divino Corazón la virtud contraria a vuestro defecto, para ofrecérsela al Eterno Padre, rogándole que os restituya a su gracia. Lo mismo haréis cuando veáis cometer alguna falta a las demás.

Vuestra presencia de Dios, será ocuparos en considerar lo que Jesús hace en el Santísimo Sacramento, para asemejaros a Él, manteniéndoos en su Sagrado Corazón del modo que lo requiera la diferencia de cada uno de vuestros ejercicios. Ofreceréis a Dios sus santas disposiciones para suplir las que os faltan, a fin de poder satisfacer bien y reparar todas las faltas que hayáis cometido al hacerlas.

Cuando sufráis por alguna cosa, alegraos y unidlo a lo que este Sagrado Corazón ha sufrido y sufre aún en el Santísimo Sacramento. Vuestras sequedades y desamparo interior, sean para honrar las que recibe de sus criaturas; el calor, para honrar al ardiente amor en que se consume; el hambre y la sed, para honrar la que tiene de nuestra salvación y de ser amado en este adorable Sacramento.

No conservéis nunca ninguna frialdad contra el prójimo; porque el Sagrado Corazón tendrá otra tanta contra vos. Y cuando traéis a vuestra memoria, con resentimiento, los pequeños disgustos que creéis haber recibido en otro tiempo, hacéis que el Señor recuerde vuestros pecados pasados, que su misericordia le había hecho olvidar.

Cuando os sintáis asaltadas de algún impulso contrario al puro amor, de orgullo, por ejemplo, llevadlo a ese Divino Corazón a fin de que allí se consuma y que os dé en cambio la humildad. Y lo mismo con todas las otras pasiones o defectos.

Cuando os sintáis impotentes para formar ningún buen discurso en la oración, por sequedad o disipación, ofreced al Eterno Padre todo lo que el Sagrado Corazón hace en el Santísimo Sacramento, para suplir por lo que quisierais y debierais hacer. Del mismo modo, para la confesión y comunión ofreced las disposiciones de este Sagrado Corazón para suplir las que os faltan.

Y cuando hagáis la genuflexión ante el Santísimo Sacramento, diréis: *Que todo se doblegue ante Vos, ¡oh grandeza infinita! Que todos los corazones os amen; que todo espíritu os adore y que toda voluntad se os someta para siempre.*

Al besar el suelo, diréis: *Es para rendir homenaje a vuestra grandeza, confesando que Vos sois todo y yo no soy nada.* Y lo besaréis seis veces. Por mediación de vuestro ángel custodio enviaréis vuestro corazón para adorar al de Jesucristo en los corazones que le han recibido.

LIV

Método para mantenerse en la presencia de Dios, que puede servir a las personas atormentadas de distracciones

Meditar cada día de la semana una de las llagas de Nuestro Redentor, practicando alguna virtud con ella relacionada.—Que el Sagrado Corazón de Jesús sea nuestro divino y universal suplemento.—El puro amor «reina en el sufrimiento, y triunfa en la humildad, para gozar en la unidad».—Miremos a Dios dentro de nosotros mismos.

¡Viva † Jesús!

El **lunes** se puede tomar la llaga de la mano derecha de Nuestro Señor Jesucristo, para que sirva de espejo a nuestra alma y a nuestro corazón. Mirémonos en él, de tiempo en tiempo, para descubrir nuestros movimientos desordenados y todo lo que se opone a nuestra, unión con Él.

Y poniéndonos en la actitud de una criminal ante el Juez, le pediremos que sea Él mismo nuestra justificación, diciéndole con frecuencia: *¡Oh Juez lleno de clemencia y misericordia!, por el mérito de ese juicio injusto y esa rigurosa sentencia que fue pronunciada contra Vos, apartad de mí la que mis pecados han merecido.* Y otras veces: *¡Ah Señor, salvad por vuestra bondad a la que podéis condenar por vuestra justicia!*

Se puede conversar así durante el día con este Juez soberano, para negociar nuestra eterna salvación, manifestándole el dolor que sentimos de haberle ofendido, por medio de frecuentes actos de contrición; y, después, sufrir y hacer todas nuestras acciones en espíritu de penitencia.

El **martes** hagamos nuestra morada en la sagrada llaga de la mano izquierda de Nuestro Señor, sintiéndonos como el hijo pródigo ante su padre, pidiéndole perdón por haber abusado tanto tiempo de sus gracias por nuestros extravíos, resistiendo a su santísima voluntad. Y con confianza filial arrojémonos en sus brazos, que su amor le hizo extender en la Cruz para redimirnos.

Digámosle a menudo: *Dios mío, Vos sois mi Padre, tened compasión de mí, según la grandeza de vuestra misericordia. Yo me abandono en Vos; no me rechacéis, pues sé que el hijo no puede perecer en los brazos de un Padre todopoderoso.*

Y otras veces, mirando su bondad y amor, decidle: *¡Oh mi buen Padre, hacedme digna de cumplir, en todo, vuestra santa voluntad, pues soy toda vuestra!*

Ejercitad en ese día las virtudes de la mansedumbre y la paciencia.

El **miércoles** debemos retirarnos allí como la pobre oveja que vuelve de sus extravíos, por temor del lobo infernal, que es nuestro orgulloso amor propio que nos hace caminar tan a menudo por el camino de la iniquidad.

Y pensando en los muchos pasos que dio este soberano Pastor para buscarnos, se lo agradeceremos y uniremos todos nuestros pasos a los suyos, pidiéndole la gracia de caminar por el camino de su amor, diciéndole con frecuencia: *¡Ay mi amable Pastor, desprendedme de todas las cosas terrenas y de mí misma, a fin de que me una a Vos! Hacedos oír de mi corazón y traedlo de tal modo a que os ame, que no pueda ya resistiros.*

Y otras veces, descubriéndole las heridas que el pecado ha causado en vuestra alma, le diréis: *¡Oh Señor mío!, curadme aplicándome vuestras sagradas llagas; Vos lo podéis si queréis.*

No perdáis en este día ninguna ocasión de humillaros.

El **jueves** debemos retirarnos a la llaga del pie izquierdo, y allí, como un soldado destinado a combatir constantemente, prepararnos a resistir valerosamente los asaltos de nuestros enemigos, en presencia de nuestro Soberano. Él será nuestro escudo y fortaleza, que puede acabar con ellos cuando le plazca. Pero su gloria está en exponernos al combate, a fin de que, dándonos el triunfo, se vea su fortaleza en nuestra debilidad y nos saque victoriosas para tener ocasión de premiarnos.

Y puesto que hace consistir todo su placer en vernos combatir, complazcámonos en manifestarnos fieles, no deteniéndonos nunca voluntariamente en ningún mal pensamiento. *¡Ah Señor, mi corazón os pertenece! No permitáis que se ocupe en otra cosa más que en Vos, que sois el premio de todas mis victorias y el sostén inquebrantable de mi fragilidad.* Y otras veces: *¡Dios mío!, sufro violencia; apresuraos a socorrerme.*

Práctica para este día: la pureza de intención.

El **viernes** debemos retirarnos a la llaga de su Sagrado costado, como un pobre viajero que busca el puerto seguro para ponerse al abrigo de los escollos y borrascas del tempestuoso mar de este mundo, en donde estamos expuestos a continuos naufragios, sin el socorro de nuestro diestro Piloto: Debemos dejarnos en absoluto a su cuidado, sin querernos ocupar más que en amarle y complacerle. Debemos buscar ocasiones de darle contento por el ejercicio de la santa caridad, pensando y hablando siempre bien de nuestro prójimo, asistiendo a los pobres según nuestros medios, espiritual y corporalmente, mirando a Jesucristo en su persona y no haciéndoles nada más que lo que quisiéramos se nos hiciera a nosotros mismos. Digamos a menudo a Nuestro Señor: *¡Dios mío, Vos sois mi todo, mi vida y mi amor! Salvadme y no me dejéis perecer en el diluvio de mis iniquidades.*

El **sábado** hay que honrar la sagrada llaga del hombro, mirando a Nuestro Señor como a un verdadero y perfecto amigo, que se ha cargado con nuestros pecados, haciéndose nuestro fiador con su Eterno Padre. Éste, mirándole bajo este aspecto de pecador, le ha inmolado a todos los rigores de su divina justicia, aunque fuera inocente.

Ha querido morir para merecernos por un exceso de su amor una vida inmortal y bienaventurada, sacándonos de una muerte inmortalmente desgraciada. Bendigámosle y démosle gracias por tan ardiente caridad. Por ella deberíamos deshacernos en reconocimiento, ofreciéndole un continuo sacrificio de todo nuestro ser, con homenaje de amor y de adoración a su soberana grandeza, que se agrada en nuestra pequeñez.

Y otras veces, considerándole en esta calidad de amigo, podemos confiarle todos los secretos de nuestro corazón y descubrirle todas nuestras miserias y necesidades, como a Aquél que únicamente puede remediarlas, diciéndole: *¡Oh Amigo de mi corazón, la que amáis está enferma! Visitadme y curadme, pues ya sé que no podéis amarme y al mismo tiempo abandonarme a mis miserias.*

Practicad en este día la mortificación de los sentidos, privándoos de algunos gustos para honrar las privaciones del Sagrado Corazón de Jesucristo.

El **domingo**, rendiréis homenaje a la Santísima Trinidad, por mediación del Sagrado Corazón de Jesucristo, a quien debemos mirar como a nuestro Libertador, que nos libraré del cautiverio de Satanás, y como a nuestro Buen Maestro, que nos enseñará a conocerle y amarle con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas y potencias, puesto que en este amor consiste toda nuestra dicha y felicidad.

Adoremos y amemos a Dios por medio de este Corazón adorable; hagamos todas nuestras acciones en Él; roguémosle que todo lo haga Él en nosotros y por nosotros y nos restituya la vida de la gracia, uniéndonos con Dios cuando el pecado nos hubiese separado. Que repare todos nuestros defectos y supla por todo lo que nos falta para serle agradables. Unámonos a menudo a lo que hace en nosotros y por nosotros, diciéndole: *Sagrado Corazón de Jesús, confundid a mis enemigos.*

Dirijámonos a Él en todas nuestras necesidades, pidámosle que fortalezca nuestra debilidad, que enriquezca nuestra pobreza, que ablande la dureza de nuestros corazones para hacerlos susceptibles de su puro amor, que no acepta los corazones divididos. Por eso, cuando queremos que su amor sea nuestro huésped, tenemos que vaciar y desprender nuestro corazón del afecto de todas las criaturas y de nosotros mismos. Todo lo que nos atrae hacia sí nos lo arrebató y nos quita a Dios y su puro amor, que reina en el sufrimiento y triunfa en la humildad, para gozar en la unidad.

[La cruz es mi gloria, el amor a ella me conduce, el amor me posee, el amor me basta. Nada hay manchado en la inocencia; nada se pierde en la penitencia, nada pasa en esta hermosa mansión; todo en ella se consume en el amor. Pureza en vuestras intenciones, humildad en todas vuestras operaciones, unidad sin mezcla de propio interés en vuestras pretensiones. Por la pureza vendréis a ser objeto de sus amorosas complacencias; por la humildad le haréis reinar en vuestros corazones y conservaréis su amistad; y por la caridad reinaréis vos en ese adorable Corazón.]

He aquí con qué se pueden ocupar las almas que tienen dificultad para estar en la presencia de Dios, a quien debemos mirar siempre en nosotras mismas, en cualquier condición que le consideremos, para acostumbrarnos más fácilmente a su divina presencia. Porque mirándole en nosotras, es preciso que todas nuestras potencias y facultades, e incluso nuestros sentidos, se recojan dentro de nosotras mismas. Mirándole fuera de nosotras, los objetos exteriores nos distraen con facilidad.

LV

Moradas en el Sagrado Corazón para todos los días de la semana

El Divino Corazón, horno de amor, prisión de amor, escuela del puro amor, navío seguro, festín de amor, Padre amorosísimo, divino Sacrificador.

¡Viva † Jesús!

El **domingo** entraréis en este Sagrado Corazón como en un horno de amor, para purificaros de todas las manchas y faltas que hayáis contraído durante la semana,

para allí consumir esta vida de pecado, a fin de revivir a la de la gracia y del puro amor, que os transformará toda en Él. Ese día será para rendir homenaje a la Santísima Trinidad, haciendo todas vuestras acciones en espíritu de adoración.

El **lunes** permaneceréis en ese Sagrado Corazón como una criminal que por el pesar y dolor de sus faltas, con las cuales ha irritado a su Juez, desea aplacarle. Encerraos en esta prisión de amor para abrasaros en ella sin refrigerio alguno, y para estar encadenada y atada tan estrechamente que no os quede ya libertad más que para amarle, ni más luces ni miras que las de su puro amor, que le retiene cautivo en el Santísimo Sacramento. Y por el mérito de este cautiverio le pediréis la libertad para sus pobres prisioneras del Purgatorio, haciendo para esto todas vuestras acciones en espíritu de penitencia.

El **martes** entraréis en ese Sagrado Corazón, como una discípula en la escuela del puro amor, dejando y olvidando todas las ciencias mundanas y de amor propio y vanidad, para no ser ya instruida más que en la de su puro amor, corriendo generosamente a su voz que dice:

Venid a Mí todos los que pretendéis amarme y Yo os colocaré en el manantial mismo del puro amor, en donde llegaréis a ser dulces y humildes de corazón. Esto es lo que os hará encontrar la paz y el descanso en este mismo amor, con el cual haréis todas vuestras acciones en espíritu de sumisión.

El **miércoles** entraréis en este amable Corazón como un viajero en un navío seguro, cuyo piloto es el puro amor, que os conducirá con toda felicidad por el mar borrascoso de este mundo. Así os preservaréis de sus escollos y tempestades, que son las sugerencias de nuestros enemigos, nuestras pasiones, nuestro amor propio y vanidad, y el apego que tenemos a nuestro propio juicio y voluntad.

Este divino Gruía nos defenderá de todos esos peligros, anonadando a nuestros enemigos para hacernos bogar en calma y llegar felizmente, sin turbaciones ni inquietudes, al puerto de salvación. Haced en este día todas vuestras acciones en espíritu de abandono a la divina Providencia de este Sagrado Corazón de Jesús.

El **jueves** entraréis en Él como una amiga, invitada al festín de amor de vuestro único y perfecto Amigo, que os quiere regalar y embriagar con el vino delicioso de su puro amor. Éste es el único poderoso para endulzar todas vuestras amargas, dándoos hastío de todas las falsas delicias de la tierra, para no encontrar más placer que en el Corazón de este querido Amigo, que os dice amorosamente:

Todo lo mío es tuyo: mis llagas, mi sangre y mis dolores son tuyos; mi amor hace que nuestros bienes sean comunes. Déjame, pues, poseer todo tu corazón y yo recalentaré tus frialdades y animaré tus languideces, que te hacen ser tan floja en

mi servicio y tan tibia para amarme. Pedidle perdón, y en satisfacción haréis en este día todas vuestras acciones en espíritu de amor.

El **viernes** entraréis en este Sagrado Corazón como un hijo del amor, puesto que os ha dado a luz en la Cruz con tantos dolores que está todo cubierto de llagas y de sangre para curar las que habéis causado a vuestra alma con vuestras desobediencias, vanidades e ingratitudes hacia un Padre tan bueno. Tanto, que lo que más desea es poner os en posesión de su reino y haceros descansar en su seno, como un niño amoroso que se abandona a los cuidados de su adorable Providencia. Ésta le toma a su cuidado y no permitirá que carezca de nada, ni le dejará perecer, puesto que es todopoderoso.

Abandonaos, pues, toda sin reserva a su amoroso cuidado y dadle todo vuestro corazón. Esto es lo que pide de vos, para conformar vuestra vida a la suya crucificada. Tomadle por modelo de todas vuestras acciones. Unid todos vuestros pasos a los suyos, a fin de que no caminéis más que por la senda de su santo amor. Haréis todas vuestras acciones en espíritu de obediencia.

El **sábado** entraréis en este Sagrado Corazón como una víctima que se presenta a su sacrificador para ser degollada e inmolada sobre el altar de su puro amor, que debe consumirla como un holocausto en sus divinas llamas, a fin de que no le quede nada de sí misma y que pueda decir con San Pablo: *No, ya no soy yo la que vivo, sino Jesucristo y su puro amor es quien vive en mí. En Él y por Él obro y padezco, y su Sagrado Corazón es quien vive y obra en mí, quien ama por mí y repara todas mis faltas.*

Haced en este día todas vuestras acciones con espíritu de humildad.

LVI

Las predilecciones del Corazón de Jesús

Como merecerlas

¡Viva † Jesús!

La que sea más humilde y despreciada, será la que entre más adentro de su Corazón adorable.

La más despreciada y despojada de todo será la que más le posea.

La más mortificada será la más acariciada.

La más obediente le hará triunfar.

La más caritativa será la más amada.

La más silenciosa será de Él la mejor enseñada.

LVII

Las diferentes vidas de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento

Vida de gloria.—Vida oculta.—Vida sacrificada.—Vida de gracia.—Vida humillada.—Vida de acción.—Vida de consumación.—Vida de amor.—Cómo honrar e imitar estas diferentes vidas.

¡Viva † Jesús!

El Señor os destina a honrar su **vida de gloria** en el Santísimo Sacramento. Por eso quiere que hagáis vuestro trono en la Cruz, para glorificarle, llevando amorosamente todas aquellas que os presente, sin cansaros ni quejaros jamás de su duración o peso, tomándolas indiferentemente, sin elección. Y como una víctima, entregaos para ser degollada por la gloria de vuestro Rey. Es decir, que tenéis que hacer morir todas vuestras vivezas, resentimientos y repugnancias, si queréis que os haga triunfar en su Sagrado Corazón durante la eternidad.

Le presentaréis cinco prácticas cuando le visitéis en el Santísimo Sacramento. Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Jesucristo en la cruz.

Puesto que el Señor os ha escogido para honrar su **vida oculta** en el Santísimo Sacramento, debéis, como una muerta, enterraros tan adentro de su Sagrado Corazón, que no deseéis ya más ser vista, sino de Él solo. Y vuestro mayor cuidado debe consistir en ocultar en ese Sagrado Corazón todo el bien que hagáis, a fin de que no os lo hurten. Tratad de vivir desconocida.

Cuando vayáis delante del Santísimo Sacramento, tened cuidado de presentarle cada vez cinco prácticas de anonadamiento de todo lo que pueda atraeros la vana estima de las criaturas, diciendo: *Quotidie morior: Muero todos los días* (1Cor 15, 31). Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Jesús ante Pilato.

El Señor os escoge para honrar su **vida sacrificada** en el Santísimo Sacramento. Por eso os debéis ofrecer a su Sagrado Corazón como hostia de inmolación a su divino sacrificador, que no tiene más deseo que sacrificarse a todos sus designios, por rigurosos que parezcan a la naturaleza. Y quiere que sacrificuéis todo el placer que encontráis en amar y ser amada, aprobada y estimada de las criaturas, desterrándolas de vuestro corazón, si queréis hacer reinar el de Jesucristo. No podéis penetrar en Él sino por el completo despojo de todo aquello a que tenéis afición fuera de Él.

Le ofreceréis cinco prácticas cuantas veces vayáis delante del Santísimo Sacramento. Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Jesucristo ante Herodes.

El Señor os llama para honrar su **vida de gracia**. Hay que huir de todo lo que os la pudiera hacer perder, ofreciéndos a Él como una esclava ante su libertador,

no conservando más libertad que la de amarle, por el desprecio de todo lo demás. Y si queréis que Él os ame, mortificad vuestra lengua y tenedla bien sujeta a fin de que no se deslice contra la caridad o humildad, sea escuchándoos o alabándoos.

Tendréis cuidado de ofrecer cinco prácticas cada vez que vayáis delante del Santísimo Sacramento. Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Jesucristo en el portal de Belén.

El Señor os ha escogido para honrar su **vida humillada** en el Santísimo Sacramento.

Por eso debéis ofrecer a Él como la nada ante su todo. Debéis poner toda vuestra atención en humillaros y tener gusto en que las demás os ayuden a hacerlo. No dejéis de hacer nada de lo que os haga parecer más vil y abyecta ante las criaturas; pues es lo que os debe unir al Corazón de Jesucristo.

Le presentaréis cinco prácticas de humildad siempre que vayáis delante del Santísimo Sacramento. Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Jesucristo en medio de las injurias que le hicieron en su Pasión.

El Señor os ha escogido para honrar su **vida de acción** en el Santísimo Sacramento. Por eso debéis, en calidad de sierva fiel, hacer violencia para trabajar con fervor en el servicio de vuestro Maestro. Él recompensará vuestras acciones, a medida de vuestro amor, por el cual os unirá a su amable Corazón. Cuidaréis de hacer cada acción según el espíritu de la Regla, como si fuera la última de vuestra vida, para reparar las faltas que hayáis cometido en las demás acciones.

Trataréis de adquirir el silencio interior y exterior, cuanto os fuere posible, entre las ocupaciones de la vida, diciendo con frecuencia: *Jesus autem tacebat: Pero Jesús callaba* (Mt 26, 63). Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos.

Puesto que el Señor desea que honréis su **vida de consumación** en el Santísimo Sacramento, debéis estar como un cirio encendido que no tiene otro deseo que consumirse en su honor, a fin de que su grandeza os eleve al abajaros. Os abandonaréis a merced de la Providencia, dejándole hacer de vos, según sus deseos. Este abandono os hará romper con toda vana curiosidad de las acciones del prójimo, no desaprobando más que a vos misma. Cuidará de vos este Divino Corazón, a medida de vuestra confianza y abandono en su amor.

Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

Seréis la Sulamitis, la esposa amada que honraréis la **vida de amor** de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Por eso debéis poner toda vuestra atención en ser muy pura e inocente para agradar a ese divino esposo, no teniendo otro fin ni blanco en todo lo que hagáis, dándoos a Él toda sin reserva. Si queréis que Él se dé a vos y si deseáis gustar la dulzura de sus amorosos coloquios, tenéis que desechar toda reflexión de amor propio y todo respeto humano.

Y cuantas veces visitáis el Santísimo Sacramento, le ofreceréis cinco prácticas. Guardaréis media hora de silencio para honrar el de Nuestro Señor en el desierto.

[Haréis treinta y tres comuniones espirituales y una sacramental para desagaviar al Sagrado Corazón de Jesucristo y pedirle perdón por todas las malas comuniones que se hacen y que hemos hecho nosotras y los malos cristianos. Y para pedirle perdón de lo superfluo que damos a la naturaleza y conseguir la perfecta mortificación, os privaréis cuanto os lo permita, la Regla, de todos los placeres de los sentidos. Guardaréis media hora de absoluto silencio después de Prima, para honrar el de Jesús en el Santísimo Sacramento. En penitencia, cinco *Pater* y *Ave María*, con los brazos en cruz, como el crucifijo, y sobre la punta de los pies.]

LVIII

Desafío del año 1686

Pureza de corazón para conformarse con el Sagrado Corazón de Jesús. Tres prácticas para escribir en Él nuestros nombres.

¡Viva † Jesús!

He aquí, amadísimas Hermanas mías en el Sagrado Corazón de Jesús, unas palabritas que me obliga a deciros de su parte, porque os ama y quiere que empecéis de una vez a corresponderle.

Esto lo haréis por la pureza de corazón y de intención, que os convertirá en objeto de sus amorosas complacencias, y por la humildad, que le hará reinar en nuestros corazones y nos mantendrá en su amistad. Por la caridad, reinaréis vos en este Corazón adorable. Pues, hijas mías, no debemos hacernos ilusiones; nuestros nombres no están aún más que esbozados y los hemos emborronado con la impureza de nuestras intenciones. Quiere, pues, que trabajemos de firme este año en blanquearlos por medio de estas tres prácticas, que os da Él mismo, por su ruin esclava:

La primera es la pureza de intención.

La segunda, la humildad de corazón en todas las obras.

La tercera, la unidad, sin mezcla de propio interés, en vuestras pretensiones.

No quiere que os precise el número de prácticas. Lo deja a la vehemencia de vuestro amor, pues por ahí quiere conocer cuál será la que más le ame.

He aquí el desafío que Él os da para 1686.

Os confieso que es preciso que os ame tanto como lo hago, para resolverme a deciros lo que digo de Él.

LIX

Desafío para la octava de difuntos

Prácticas piadosas, punto por punto, para todo el día.—«Por la noche daréis una vueltecita por el Purgatorio».—Si lograrais poner en libertad algunas de esas pobres prisioneras...

¡Viva † Jesús!

He aquí, amadísimas Hermanas, la manera que me parece más conforme al deseo del Sagrado Corazón de Jesús, para que cumpláis más fielmente la promesa que le habéis hecho, en favor de las benditas almas pacientes del Purgatorio.

Primeramente, os introduciréis en el Sagrado Corazón como de ordinario, consagrándoos del todo a Él, y cuanto digáis y penséis.

Desde *prima* hasta el Oficio, cinco prácticas de pureza de intención con cinco actos de adoración, unida ésta a la que Él rinde a su Padre en el Santísimo Sacramento del altar. Las ofreceréis a Dios para satisfacer a su justicia, pagándole con la pureza del Sagrado Corazón la falta de pureza de intención de esas pobres almas, causa de sus actuales penas.

Desde la Misa hasta la recreación, cinco prácticas de silencio interior, que os unirá al de Jesús en el Santísimo Sacramento, ofreciéndole todos los santos sacrificios que se celebran en la Santa Iglesia, rogando a vuestros ángeles custodios que los oigan y ofrezcan a Dios para aplacar su justicia. Le adoraréis cinco veces en los corazones que han tenido la dicha de recibirla.

Durante la comida, cinco prácticas de mortificación y cinco comuniones espirituales, que uniréis como las otras.

En la recreación, cinco prácticas de caridad y cinco actos de amor de Dios, que uniréis a la ardiente caridad del Sagrado Corazón, para pagar las faltas cometidas en este lugar por esas pobres almas pacientes.

Seréis exactas en guardar el silencio hasta Vísperas. Haréis cinco prácticas, que uniréis y ofreceréis como las precedentes, con nueve actos de amor.

Desde *Vísperas* hasta la recreación de la tarde, haréis cinco actos de modestia y de atención a la presencia de Dios, que ofreceréis como los anteriores.

En la recreación, cinco de dulzura y condescendencia por las mismas intenciones.

Pero como el orgullo es la mayor deuda, haréis tantos actos de humildad como podáis y los uniréis a los de este Divino Corazón, para satisfacer por esas pobres afligidas, que son muy aliviadas con las comuniones espirituales, para reparar el mal uso que han hecho de las sacramentales.

Por la noche daréis una vueltecita por el Purgatorio en compañía del Sagrado Corazón, consagrándole todo lo que hayáis hecho, y rogándole que aplique su mérito a esas santas almas pacientes. Y a éstas rogaréis al mismo tiempo que empleen su poder para conseguirnos la gracia de vivir y morir en el amor y fidelidad al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, correspondiendo a sus deseos sobre nosotros, sin resistencia.

Os cargo quizás con demasiadas prácticas. Pero no os atormentéis: cuando no podáis hacerlas de un modo, hacedlas de otro. Y si lográis poner en libertad alguna de esas pobres prisioneras, sería gran dicha para vosotras tener una abogada en el cielo que patrocinará vuestra salvación.

Tenemos que ser muy fieles en rezar la coronilla de la Santísima Virgen todos los días, pues no podríamos hacer un acto más agradable a Dios, que honrar a su Santísima Madre.

LX

Desafío para la Cuaresma

Encerraos en el Sagrado Corazón y buscad en Él nueva vida.—Cómo haréis que muera vuestra lengua, vuestro gusto y vuestros oídos.—Prácticas para honrar los cuarenta días que pasó el Salvador en el desierto.

¡Viva † Jesús!

He aquí, mis queridas Hermanas, un desafío que, a mi entender, os es necesario para vivir conforme a nuestras santas observancias y haceros dignas de recibir abundantes gracias del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Daréis a conocer el amor que le tenéis, si sois fieles, como se dice en la Constitución, en no serviros de vuestros oídos, de vuestra lengua, de vuestros ojos, ni de vuestro corazón más que para su amor y servicio. Para eso es preciso

que os encerréis en el Sagrado Corazón, buscando allí nueva vida de espíritu y de amor, por medio de una completa mortificación de los sentidos, haciendo morir la curiosidad de los vuestros, llevando la vista recogida y mirando al Señor en vuestro corazón.

Haréis morir vuestra lengua, no diciendo nada inútil en tiempo de silencio; y en las conversaciones, nunca palabras de queja y murmuración o desestima del prójimo; no diciéndolas tampoco en alabanza vuestra, ni para excusaros de vuestros defectos.

Nada de réplicas a la obediencia; no demostréis vuestras repugnancias, inclinaciones o aversiones; no habléis de vosotras mismas, sino con desprecio y siempre con estima de las demás. Haréis quince prácticas sobre todo esto; y cuando hayáis faltado cinco veces deliberadamente [diréis un *Miserere* con los brazos extendidos] os pondréis la mordaza.

En el refectorio haréis morir vuestro gusto, comiendo con indiferencia lo que se os presente, sin escoger nada. Cinco prácticas.

Haréis morir la curiosidad de vuestros oídos, privándolos de oír lo que pudiera causaros distracciones; y haréis de esto cinco actos. Y cada vez que hagáis alguno de estos actos, diréis: ¡Oh Sagrado Corazón, muero a ese placer, para no vivir más que de vuestro amor!

He aquí lo que creo pide de vosotras; que muráis a vosotras mismas en este santo tiempo de cuaresma, para resucitar con Él.

Estas veinticinco prácticas, con las quince del otro desafío, serán para honrar los cuarenta días que permaneció en el desierto. Las que sean en esto más fieles, serán las más amadas y acariciadas de Él y obtendrán mayor don de oración. Éste no se puede adquirir más que por medio de la verdadera mortificación, la cual os deseo con todo mi corazón.

LXI

Modo de consagrar cada una de sus acciones, para rendir homenaje al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento

Lo que debo hacer al levantarme, en la oración, en el oficio divino, en el refectorio, en la recreación, al ir a descansar.—Cómo he de recibirle sacramentalmente.—Cómo he de imitar las virtudes y sentimientos del Corazón de Jesús Sacramentado.

¡Viva † Jesús!

¡Viva Jesús en el corazón de sus fieles amantes, que desean consagrar sus acciones y rendir homenaje a su S agrado Corazón en el Santísimo Sacramento!

Primero, por la mañana, después de habernos puesto bajo la protección de la Santísima Virgen, le pediremos que nos ofrezca a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, para rendir homenaje a la ofrenda que hace de Sí mismo al Eterno Padre. Unamos nuestras almas a la suya, a fin de que las preserve de pecado; nuestros corazones a su Corazón, a fin de que consuma en ellos todo lo que le desagrada. Hay que unir así todo lo que somos a lo que Él es y rogarle que supla lo que nos falta.

Uniremos nuestra oración a la que Jesús hace en el Santísimo Sacramento por nosotros; y al final ofreceremos a Dios la de su divino Hijo, para reparar las faltas y pérdidas de tiempo de la que acabamos de hacer.

En el Oficio uniremos nuestras alabanzas a las de Jesús y trataremos de entrar en sus intenciones y su eficaz pureza, a fin de que sea en todas las cosas nuestro suplemento ante su divino Padre.

Viendo cómo se hace obediente a los sacerdotes, buenos o malos, y se pone en sus manos, para allí morir místicamente, tomando la condición de hostia, para dejarse inmolar y sacrificar según sus designios, sin que manifieste repugnancia, para conformarme con Él, seré pronta a la obediencia. Como una hostia inmolada me pondré en las manos de mis superiores, como quiera que sean; a fin de que muriendo a todas mis voluntades, inclinaciones, pasiones o aversiones, puedan disponer de mí a su antojo, sin que yo dé a conocer la repugnancia que pueda sentir.

Y la violencia que para ello me haga, será para honrar la que Jesús se hace para entrar en las almas manchadas con el pecado, que le causan tanto horror, que cada vez que en ellas entra, renueva aquella mortal agonía del Huerto de los Olivos.

Su vida toda está oculta a los ojos de las criaturas, que no ven más que las pobres y viles especies de pan y vino. Del mismo modo trataré de vivir tan oculta, que no tendré mayor alegría que ver que no aparece en mí más que lo más pobre y

abyecto, para mantenerme siempre oculta bajo las cenizas de la humildad, y reparar los desdenes y desprecios, injurias, sacrilegios, profanaciones y demás cosas indignas que recibe en esta vida oculta, sin quejarse jamás.

En vista de esto, yo no me quejaré, ni excusaré, acordándome siempre de que todos tienen derecho de acusarme, humillarme y hacerme sufrir, puesto que el amor del Sagrado Corazón me obliga a sufrirlo todo sin quejarme ni decir basta. Jesús está siempre solitario en el Santísimo Sacramento, no conversando sino con Dios. Para conformarme con Él, trataré de estar en todas partes sola, no conversando interiormente más que con Jesús. Mi entendimiento no tendrá más curiosidad que conocerle, a fin de que mi espíritu esté siempre atento a adorarle y mi corazón sea todo fuego para amarle.

Allí está como en un estado de muerte, por lo que hace a la vida de los sentidos. Es preciso, pues, que yo tenga todo mi gusto en no tener ninguno, renunciando a todo lo que me lo pudiera proporcionar y tratando de mortificar todo aquello que pudiera darles algún contento.

Jesús se hace pobre en el Santísimo Sacramento, dándonos todo lo que tiene, sin reservarse nada, para poseer nuestros corazones y enriquecerlos de Sí mismo. Es preciso, pues, para imitarle y conquistar el suyo tan amable, que yo me deje y me desprecie a mí misma y esté muy satisfecha de que los demás lo hagan así conmigo.

Jesús guarda ahí un perpetuo silencio, el cual quiero yo imitar con el silencio interior y exterior, no hablando más que según me ordena mi Regla y la caridad.

Cuando vaya al refectorio, rogaré a mi Jesús que me guarde de mí misma y que ese alimento que voy a tomar por amor de Él, y por obediencia, sea para mí una comunión espiritual. Que por ella su pureza se incorpore en mis intenciones, su gracia en mi alma y su amor en mi corazón, a fin de que no pueda jamás dejar de amarle, distraerme ni separarme de Él.

Cuando vaya a la recreación, pondré especial cuidado en dársela al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, hablando de Él y aceptando de buen grado las mortificaciones y humillaciones que se presenten, ofreciendo todas mis palabras a ese Verbo divino, a fin de que no permita que pronuncie ninguna que no sea para su gloria.

Cuando vaya a calentarme, le rogaré a Él, que es horno ardiente de puro amor en el Santísimo Sacramento, que inflame de tal manera nuestros corazones en su fuego divino, que, consumiéndolos, puedan hacerse todo amor, para amarle continuamente.

Cuando padezca sed, será para aliviar la que el adorable Corazón de Jesús tiene de ser conocido y amado en ese Sacramento de amor.

Para tomar mi descanso, lo uniré al que Jesús toma desde toda la eternidad en el seno de su Padre y al que tiene en el Santísimo Sacramento y en las almas puras. Le ofreceré todas mis aspiraciones, los latidos de mi corazón, los movimientos de mis pulmones, como otros tantos actos de amor, de adoración, de alabanza y de sacrificio de todo mi ser a Jesús en el Santísimo Sacramento, y le pediré que ese descanso sea para cobrar nuevas fuerzas para servirle.

Cuando tenga la dicha de recibirle sacramentalmente,, ofreceré a menudo al Eterno Padre las santas disposiciones del corazón de la Santísima Virgen en el momento de la Encarnación, las cuales uniré a las de su divino Hijo, para suplir por las que me faltan para recibirla dignamente.

Y cuando le haya recibido, se lo presentaré a su Eterno Padre como acción de gracias y para ofrecerle agradecimiento, alabanza, adoración y amor, rogándole que repare en aquel momento todas las faltas de mi vida pasada y lleve a cabo en mí todos sus designios y cumpla su voluntad en todo. Le pediré que, puesto que jamás ha quebrantado las leyes que su amor le ha prescrito en ese divino Sacramento, no permita que yo me descuide en la observancia de mis santas Reglas.

Por eso, ¡oh Sagrado Corazón de mi Jesús!, os escojo por mi morada, a fin de que seáis mi fuerza en las luchas, mi sostén en mis debilidades, mi luz y guía en mis tinieblas, y, en fin, el reparador de todas mis faltas, el santificador de todas mis intenciones y acciones. Todas las uno a las vuestras y os las ofrezco para que me sirvan de constante disposición para recibiros.

Cuando salgamos del Coro rogaremos a los santos Ángeles que reparen nuestras faltas y ocupen nuestro lugar, ofreciendo a Dios lo que vamos a hacer para su gloria y nuestra salvación.

LXII

Desafío sobre la mansedumbre y la humildad

Cómo deben practicar las novicias estas dos virtudes.—«Volved a empezar de nuevo a ser fieles».—Tres visitas interiores todos los días.

¡Viva † Jesús!

El desafío de nuestras queridas Hermanas novicias será la mansedumbre y la humildad. Y para esto mirarán a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del Altar, como a su Maestro que les dice: *Aprended de Mí a ser dulces y humildes de corazón. De otro modo no podréis ser amadas ni reconocidas de mi Corazón Sagrado, que no os confesará por sus discípulas, mientras no os conforméis a Él por la práctica de estas santas máximas.*

Dedicaos, pues, a una generosa humildad que no os desaliente a la vista de vuestros defectos e imperfecciones. Antes, al contrario, después de haberos humillado, sin reflexionar más, volved a empezar de nuevo a ser fieles; porque el Sagrado Corazón gusta de este modo de obrar, que mantiene el alma en paz.

Teneos por pequeñas y bajas a vuestros ojos y alegraos cuando os den pruebas de que tienen la misma idea de vosotras.

La virtud de la mansedumbre os hará condescendientes con el prójimo y hará que le excuséis, tolerando caritativamente y en silencio los disgustos que os pueda ocasionar. No discutiréis ni demostraréis repugnancias, disgustos y aversiones; pues la mansedumbre hace que se sufra todo sin quejarse.

No cometeréis ninguna falta deliberada y anotaréis todas las que cometáis de esta o de otra manera.

Haréis todos los días treinta y tres actos de estas dos virtudes, o de otras, si no encontrareis suficientes ocasiones de practicar las primeras.

Haréis todos los días tres visitas interiores:

La primera, al Sagrado Corazón de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, pidiéndole perdón de las injurias que recibe por las malas comuniones o por otros motivos; y para esto le ofreceréis los once primeros actos.

La segunda, a la Santísima Virgen, en el monte Calvario, para pedirle su protección, a fin de llevar bien la cruz y morir a nosotras mismas; y para esto le ofreceréis los doce actos que serán su corona.

La tercera, a nuestro Santo Fundador, con una breve revista de las faltas que hacéis en nuestras santas observancias, a fin de enmendaros. Y para obtener esta gracia, ofreceréis los actos restantes.

Si sois fieles en cumplir este desafío, yo rogaré al Sagrado Corazón que os dé muy grande recompensa con la abundancia de su amor; y, del mismo modo, que os haga sentir los efectos de vuestras infidelidades voluntarias.

LXIII

Diversos avisos a las novicias cuando entraban en Ejercicios (I)

Ejercitaos en la humildad, a imitación de Jesús Sacramentado.—Prácticas y divisa.

¡Viva † Jesús!

Para prepararos a recibir la vida del puro amor, tenéis que morir a vos misma en el retiro interior y exteriormente. En lo interior, por la renuncia de todos los placeres sensuales y aun espirituales, haciendo morir los razonamientos de vuestro juicio y el apego de vuestra voluntad, que os hace sentir tanto lo que la contraría que en el acto se ve la repugnancia. Haréis morir el *qué dirán*, que comprende todos los respetos humanos y vanas complacencias. No demostraréis ni vuestra inclinación ni vuestra aversión tanto en la comida como en la bebida y en todo lo demás.

Tenéis que morir a todos esos prontos y movimientos demasiado apresurados, vaciando el corazón del amor de vos misma y de todo lo que no es de Dios, si queréis hacerlo capaz de recibir las gracias que le están destinadas. Haréis quince prácticas de esto; y cuando en eso faltéis, os impondréis una penitencia, llevando la cintura durante tres horas para pedir perdón a Nuestro Señor.

La divisa será: *Dios es mi todo, y todo fuera de Él es nada para mí.*

LXIV

Avisos para los Ejercicios (II)

Ejercitaos en la humildad, a imitación de Jesús Sacramentado.—Prácticas y divisa.

¡Viva † Jesús!

Para preparar el retiro pondréis todo vuestro empeño en la humildad, para conformaros con Jesús solitario y anonadado en el Santísimo Sacramento, pensando en aquellas palabras: *Dios se anonadó a Sí mismo*. ¿No es cosa horrible que un gusano de la tierra quiera enorgullecerse dejando el verdadero carácter y la señal infalible de los hijos de Jesucristo para tomar la del demonio y hacer su oficio?

Os humillaréis, pues, de no haber sido humilde, aun cuando haya en vos tantos motivos para serlo. Os alegraréis de veros despreciada, abrazando todo lo que pueda haceros parecer vil y abyecta ante las criaturas, y anonadaros a vuestros propios ojos, a fin de que Dios establezca su reinado sobre vuestra nada.

Quince prácticas de humildad; y cuando hayáis faltado, besaréis quince veces el suelo, diciendo el versículo: *Sacrificium Deo spiritus...* Pensad a menudo que sólo el corazón humilde puede entrar en el Sagrado Corazón de Jesucristo, conversar con Él, amarle y ser amada de Él.

Vuestra divisa será: *He aquí la hora de humillarme y de manifestar a Dios mi amor.*

LXV

Avisos para los Ejercicios (III)

Ejercitaos en la obediencia interior y exterior para honrar la de Jesucristo en el Sagrario.—Prácticas y penitencias.

¡Viva † Jesús!

Para prepararos al retiro pondréis todo vuestro empeño en la obediencia interior y exterior. En primer lugar, obedeceréis fielmente al movimiento de la gracia por medio de actos de virtudes, pensando en estas palabras: «Si oyereis hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón», pues la gracia viene y no vuelve más.

Y en cuanto a la exterior, obedeceréis con prontitud y sencillez, sin replicar y amorosamente, a aquellos que tienen derecho a mandaros, pensando en estas palabras: «Yo no he venido a hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me ha enviado».

Al primer toque de la campana, correréis a la voz del Esposo, diciendo: *Jesús fue obediente hasta la muerte. Quiero, pues, obedecer hasta el último suspiro de mi vida.* Y estas obediencias serán para honrar la de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Quince prácticas. Y cuando hayáis faltado de propósito, tomaréis diecisiete golpes de disciplina, y cuando sea por negligencia, diréis seis *De profundis*.

Mas si sois fiel en hacer voluntad de Dios en el tiempo, la vuestra se cumplirá durante toda la eternidad.

LXVI

Avisos para los Ejercicios (IV)

Ejercitaos en el recogimiento interior y exterior, para honrar el de Jesús Sacramentado.—Prácticas y penitencias.

¡Viva † Jesús!

Para prepararos al retiro tendréis por adelantado recogidos todos vuestros sentidos interiores y exteriores en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, por medio del profundo silencio que les impondréis.

Silencio *interior*, cortando todos esos pensamientos inútiles y reflexiones del amor propio, para disponeros a oír la voz del Esposo.

Silencio *exterior*, acerca de todo aquello que puede ceder en alabanza o excusa vuestra, o servir para censurar y acusar a los demás. Silencio sobre esos pequeños arranques a que la naturaleza inmortificada os incita para manifestar vuestro contento en las ocasiones de alegría y vuestro descontento en las de tristeza. Omitid todas las palabras superfluas, fuera del tiempo permitido. Y este silencio será para honrar al de Jesús solitario en el Santísimo Sacramento.

Quince prácticas. Por este medio aprenderéis a amarle en silencio y a conversar con su Sagrado Corazón.

Y cuando hayáis faltado al silencio, diréis un *Miserere* con los brazos en cruz. Y por las faltas contra el silencio exterior llevaréis ajénjo en la boca durante medio cuarto de hora.

Vuestra divisa será: *Jesus autem tacebat!*

LXVII

Avisos para los Ejercicios (V)

Ejercitaos en un completo abandono al Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

Id al retiro para dejaros y olvidaros de vos misma, por medio de un abandono completo, quedando a merced de la Providencia del Sagrado Corazón, como una estatua en manos del escultor, a fin de que corte y raje según le plazca.

Dejadle hacer y permaneced en paz, porque es preciso que os disponga para morar en el nicho de ese Sagrado Corazón que será vuestro director y vuestro todo.

LXVIII

Avisos para los Ejercicios (VI)

Aprended del buen empleo del tiempo.—¿Qué hacer para esto?

¡Viva † Jesús!

Id al retiro para reparar el tiempo perdido y para aprender a emplear cada uno de los momentos, según el fin para el cual os los ha dado. Para emplear bien el tiempo hay que amar con vehemencia y constancia. Hay que abandonarse toda al amor y dejarle obrar por nosotras. Contentaos con uniros a Él en todo con profundo anonadamiento de vos misma. ¡Todo por Dios, nada por mí!

¡Un solo corazón, un solo amor, para un solo Dios!

Nada hay que esté manchado en la inocencia.

Nada puede perderse, si lo guarda el Señor.

En el Cielo no hay cambio ni hay ausencia.

¡Todo allí se consume en el amor!

¡La cruz es mi gloria!

A ella el amor me guía y me conduce.

¡Mi Dios, mi Único y mi Todo; Vos sois todo mío y yo soy toda vuestra!

LXIX

Avisos para los Ejercicios (VII)

Aprended a vivir la vida de Jesucristo.—A conformar vuestra voluntad con la suya.—A habitar en su Sagrado Corazón.—Perdedlo todo antes que perder su amistad.

¡Viva † Jesús!

Id al retiro para aprender, en primer lugar, a transformaros por completo y a vivir de la vida de Jesucristo.

Segundo, para conformar vuestra voluntad a la suya y a su vida pobre, os dejaréis a vos misma, por medio de la entera renuncia de todo lo que pudiera dar alguna satisfacción a la naturaleza.

En tercer lugar, tenéis que persuadiros de que, si queréis poseer a Jesucristo y habitar en su Sagrado Corazón, es necesario que no queráis poseer otra cosa sino contentaros con Él solo. No escuchéis ya los sentimientos de la naturaleza inmortificada, ni las sugerencias del amor propio; al cual le gusta tener, poseer, guardar y atesorar. Que grite cuanto quiera; nosotras somos del Corazón de

Jesucristo y no hay que tener más que lo que Él quiere que tengamos y estar contentas cuando nos despojare de todo.

Amemos a este Corazón Sagrado con un amor de preferencia, que nos hastíe de todo lo demás. Cuando se trate de agradecerle, no más excusas del amor propio, no más respetos humanos, no más pretextos. Vale más abandonarse y perderlo todo, que perder la buena amistad de ese Corazón adorable.

LXX

Desafío para el Adviento de 1695

Unámonos en espíritu a la Santísima Virgen.—Ofrecimiento al Eterno Padre de los sacrificios del Corazón de su Hijo.—Modo de honrar sus anonadamientos.—Cinco prácticas de silencio interior y exterior.

¡Viva † Jesús!

Nuestro desafío de Adviento será unirnos en espíritu y de corazón a la Santísima Virgen, tantas veces como podamos, para rendir homenaje al Verbo encarnado, a ese Dios hecho niño en su seno, adorándole y amándole en silencio con Ella.

Primeramente, ofreceréis cinco veces al Eterno Padre los sacrificios que el Sagrado Corazón de su divino Hijo le ofrece por su ardiente caridad, en el altar del Corazón de su Madre, pidiéndole que todos los corazones se conviertan y se entreguen a su amor. Le ofreceréis cinco prácticas de renuncia: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias* (Salmo 50, 19).

Y para honrar los anonadamientos de este adorable Corazón, haréis cinco prácticas de humildad, manteniéndoos en el profundo abismo de vuestra nada. Estaréis muy satisfecha de que se os desprecie y humille; y no diréis palabras vanas ni para excusaros, no buscando ser amada y estimada sino del Sagrado Corazón de Nuestro Señor. Con tal de que Él os ame, esto basta. Le adoraráis cinco veces, haciendo la genuflexión, y diréis: *Venite adoremus. Et Verbum caro factum est.*

Haréis cinco prácticas de silencio interior y exterior, desechando de vuestro corazón todo pensamiento inútil y cortando toda palabra superflua en tiempo de silencio, guardando vuestros sentidos muy recogidos. Formaréis esta aspiración todas las veces que podáis: *Yo os adoro y os amo, oh divino Corazón de Jesús, que vivís en el Corazón de María, y os suplico que viváis y reinéis en todos los corazones, consumiéndolos en vuestro puro amor.*

¡Dios sea bendito!

LXXI

Desafío para el Adviento de 1686

Adoremos al Verbo anonadado en el seno de la Virgen.—Anonademos nuestro entendimiento, nuestra memoria, nuestra voluntad y todos nuestros deseos.

¡Viva † Jesús!

Nuestro último desafío de este año será para honrar al Verbo anonadado en el seno de su santísima Madre, cuyo Corazón ha escogido para altar de sus sacrificios, en donde se inmola continuamente como víctima de la divina justicia, para merecernos ser las víctimas de su amor.

Primeramente, haremos tres víctimas de las tres potencias de nuestra alma teniéndolas anonadadas en las del Verbo.

Nuestro entendimiento estará anonadado en el suyo para aprender a conocerle, cercenando todo conocimiento vano e inútil, sobre todo en lo que se refiere al prójimo. Tres prácticas.

En segundo lugar, tendremos la memoria anonadada en la del Verbo, no acordándonos más que de Él, o de lo que nos lleva a la abyección y anonadamiento de nosotras mismas, no desperdiciando ocasión, así como tampoco la de cortar de raíz toda reflexión del amor propio. Tres prácticas.

Tendremos nuestra voluntad anonadada en la suya dejándole querer por nosotros, sea por orden de la obediencia o por los impulsos de sus santas inspiraciones, diciendo siempre: «No se haga mi voluntad, sino la vuestra». Tres prácticas.

Procuraremos tener todos nuestros deseos anonadados en los de Jesús, y hacer en cada ejercicio tres actos de amor, tres de adoración y tres de contrición.

LXXII

Abismos del Sagrado Corazón de Jesús
para toda suerte de disposiciones del alma

Es un abismo de amor, de toda consolación, de conformidad, de poder, de riqueza, de fortaleza, de misericordia, de humildad, de ciencia, de firmeza, de toda clase de bienes.—¿Qué habéis de hacer cuando os encontréis en un abismo de ingratitud, o de impaciencia, o de distracciones, o de tinieblas, o de tristeza, o de turbación, o de temor, o de tedio?—En el Sagrado Corazón de Jesús encontraréis un abismo de alegría, de caridad y de pureza.—«Perdeos en ese sagrado abismo».

¡Viva † Jesús!

El Sagrado Corazón de Jesús es un abismo de amor en donde es preciso abismar todo el amor propio que existe en nosotras, con todos sus malos efectos, que son los respetos humanos y el deseo de procurarnos alguna satisfacción.

Si nos encontramos en un abismo de privación y desconsuelo, este Corazón divino es un abismo de toda consolación, en el cual debemos perdernos, sin desear sentir sus dulzuras.

Si nos encontramos en un abismo de resistencia y oposición a la voluntad de Dios, debemos abismarnos en el de sumisión y conformidad al beneplácito divino del Sagrado Corazón de Nuestro Señor; y allí perder todas nuestras resistencias para revestirnos de esa dichosa conformidad en todo cuanto quiera disponer de nosotros.

Si os encontráis en un abismo de sequedad e impotencia, id a abismaros en el amable Corazón de Jesús, que es un abismo de todo poder para vosotras, sin querer gustar su suavidad sino cuando a Él plazca.

Si estáis en un abismo de pobreza, despojada de todo y también de vos misma, id a abismaros en el Sagrado Corazón. Él os enriquecerá y os vestirá con gusto, si le dejáis hacer.

Si os encontráis en un abismo de flaqueza en la que caéis a cada momento, id a abismaros en la fortaleza del Sagrado Corazón, que os fortalecerá y levantará con igual frecuencia.

Si estáis en un abismo de miserias, id a abismarlas en el de las misericordias de ese Corazón adorable, y allí, al perder vuestras miserias, consideraos como un compuesto de sus misericordias.

Si os encontráis en un abismo de orgullo y de vana estima de vos misma, abismadlo en el acto en el de la humildad del Sagrado Corazón, en donde habrá

que perder todo lo que se subleva en vos, para revestiros de su sagrado anonadamiento, por el amor de vuestra abyección.

Si estáis en un abismo de ignorancia, id a abismaros en el amable Corazón de Jesús, que es un abismo de ciencia, en donde aprenderéis a amarle y hacer lo que desea de yos.

Si os encontráis en un abismo de infidelidad e inconstancia, id a abismaros en el de la firmeza y estabilidad del Sagrado Corazón de Jesús, nuestro verdadero y fiel amigo, que os enseñará a serle fiel y constante, como Él lo ha sido siempre en amarnos.

Si os encontráis en un abismo de indigencia, id a abismarla en el de toda suerte de abundancia y de bienes del adorable Corazón de Jesús. Y allí procurad perderos como en un principio de muerte, para encontrar, por la verdadera mortificación, un manantial de vida, a fin de que no veáis más que por los ojos de Jesús, que no oigáis más que por sus oídos, que no habléis más que por su lengua y que no améis más que por su amable Corazón.

Si os encontráis en un abismo de ingratitud por los grandes beneficios que habéis recibido de Dios, id a abismaros en el Divino Corazón, que es una fuente del agradecimiento, con la que os llenará, si le rogáis que supla por vosotras, proveyéndoos Él mismo de lo que le debéis.

Si os encontráis en un abismo de impaciencia y cólera, id a abismarlo en el de la mansedumbre del amable Corazón de Jesús, a fin de que os haga dulce y humilde como Él.

Si os encontráis en un abismo de distracciones, id a perderlas en el abismo de tranquilidad del Sagrado Corazón, que os alcanzará infaliblemente la victoria, si las combatís con generosidad.

Si os encontráis en un abismo de tinieblas, id a abismaros en el de la luz del Divino Corazón; y allí, al perder vuestras tinieblas, os revestirá de su luz. Por ésta debéis dejaros conducir como una ciega, que no quiere y a ver más que en esta divina luz.

Cuando os encontréis sumergida en un abismo de tristeza, id a abismaros en el de la divina alegría de este Sagrado Corazón, donde encontraréis un tesoro que disipará todas vuestras tristezas y aflicciones de espíritu.

Cuando os encontréis en la turbación e inquietud, id a abismaros en la paz de este Corazón adorable, que nadie podrá quitaros.

Si os encontráis en un abismo de temor, abismaos en el de confianza del Sagrado Corazón, y allí haréis que ceda el temor ante el amor.

Si os sentís en el abismo del tedio y descontento, abismaos en el Sagrado Corazón, para perderlos y no tener más placer que en Él solo.

Cuando os encontréis en un abismo de amargura y sufrimiento, abismaos en el Sagrado Corazón de Jesús para unirlos a los suyos. Allí encontraréis un tesoro de alegría que os hará sumisa a todo lo que quiera hacer de vos, para sufrirlo todo en silencio y sin quejaros.

Abismaos a menudo en la caridad de ese amable Corazón, a fin de que no hagáis nada al prójimo, que hiera, por poco que sea, esta virtud, no haciendo a los demás sino lo que quisierais que sé os hiciera a vos misma.

Podréis abismaros en Él como en un abismo de pureza y de consumación, para purificar vuestras intenciones y consumir vuestros deseos y pretensiones; vuestra vida de pecado e imperfección, para encontrar allí la de la gracia, del amor y de la perfección a la cual os destina.

En fin, perdeos en ese sagrado abismo y no salgáis ya, porque Él ablandará vuestro corazón endurecido y lo hará apto para recibir sus gracias y su amor.

LXXIII

Otro desafío para el Adviento

¿Cómo honraréis la vida de amor del Verbo encarnado?— ¿Cómo su vida de sacrificio?—¿Cómo su vida de abandono?

¡Viva † Jesús!

Por último desafío de este año, honraréis la vida de amor, de sacrificio y de abandono del Verbo divino, anonadado en el seno de su Santísima Madre.

Para vivir de la vida de amor del Verbo encarnado, presentaréis a su Sagrado Corazón vuestra vida tres veces al día, pidiendo al Espíritu Santo la gracia de conservar en vos esta vida de amor, que os una y transforme toda en Él por un perfecto anonadamiento del amor de vos misma, en el de vuestra abyección. Cinco prácticas para lograrlo, por medio de ardientes deseos de este amor.

Para honrar la vida de sacrificio, uniréis vuestro espíritu al de Jesús, a quien el amor tiene inmolado sobre el altar del Corazón de María, como la víctima de la divina justicia, dejando a los placeres de la gloria para sacrificarse a todo lo que hay de más doloroso, pobre, vil y abyecto en este mundo. Para conformarnos a Él le ofreceremos cinco veces al día el sacrificio de lo que más nos cueste, sea renunciando a lo que nos agrada, sea haciendo lo que más nos mortifique.

Para honrar la vida de abandono, por la cual el amor le tiene como abandonado, oculto y desconocido del mundo, tendréis vuestra voluntad y todos vuestros afectos anonadados en los de Jesús, por medio de una completa sumisión y adhesión a su beneplácito. Abandonadle el cuidado de vosotras mismas, no deseando más que vivir desconocidas y olvidadas, sin que nada aparezca, sino lo que pueda humillaros y haceros despreciar. Cinco prácticas de humildad.

LXXIV

Herencias espirituales

La vuestra será el Sagrado Corazón de Jesús.—Otras herencias, la llaga de la mano derecha, Getsemaní, el Sagrario.

¡Viva † Jesús!

Tendréis en herencia el Sagrado Corazón de Jesús, en donde adquiriréis un amor de hijo para con Dios, de padre para con el prójimo y de juez para con vos misma.

Vuestra herencia será la llaga de la mano derecha de Nuestro Señor, de donde tomaréis con qué satisfacer por todas vuestras faltas de caridad y de pureza de intención.

La vuestra, el Huerto de los Olivos con Jesús triste hasta la muerte, que será el tesoro para pagar todas vuestras vanas alegrías. Su oración será para reparar el tiempo perdido en las vuestras y para obtener la gracia de un perfecto don de oración y de unión con Dios.

La vuestra, el Santísimo Sacramento, en donde encontraréis un maná escondido, que os pondrá hastío de todas las cosas de la tierra, a las cuales preferiréis la vida oculta y sacrificada de Jesús en el Santísimo Sacramento.

LXXV

Instrucción a sus novicias sobre la manera de
inscribir sus nombres en el Corazón de Jesús

«Lo están sólo con tinta todavía».—Cómo se trocarán por otros caracteres de plata y de oro.—¡Ánimo!, a esto habéis de llegar.—No marchitéis las flores de vuestras coronas, ni arranquéis las letras de vuestros nombres, ni las borréis, ni las embarréis.— Que el amor grave en vuestros corazones el nombre del Amado.—¿Cómo lo lograréis?

¡Viva † Jesús!

Ved, queridas hijas mías en el Sagrado Corazón de Jesús, cómo me obligáis a ponerlos por escrito lo que de Él os digo de palabra. Pero si no os aprovecháis, yo misma le rogaré que se vengue; es decir, si llegáis a olvidarle y despreciarle. Tened cuidado, pues bien a menudo os lo advierto.

Os digo, pues, que la gracia que el Señor ha empezado a haceros, os llevará a muy alta perfección, con tal de que correspondáis fielmente por vuestra parte. Tenéis que proceder de modo que vuestra senda avance y crezca como la aurora de la mañana.

No os hagáis ilusiones; que si vuestros nombres están escritos en ese Corazón adorable, lo están sólo con tinta todavía. Con esto se significa el principio de la gracia en vosotras, que viene en medio de vuestras tinieblas, para ayudaros a combatir y vencer vuestras imperfecciones, sobre todo ese orgulloso amor propio que por todas partes se cuela y tizna y mancha nuestras más santas acciones.

Éste no es más que el principio significado por esos caracteres negros que deben aclararse y blanquearse como el oro en el crisol y purificarse de la tierra. De ese mismo modo vuestras intenciones y acciones deben purificarse en la hoguera de su amor de todo lo que tienen de terreno y humano y de toda mira de propio interés.

Y cuando con ese progreso esté todo purificado, se trocarán los caracteres de tinta en otros de plata que indican la pureza del corazón. Pero no habéis de parar ahí, dejando esta obra imperfecta; tenéis que llegar al oro de la caridad que marcará vuestros nombres con caracteres indelebles. Entonces seréis como holocaustos, todas consumidas en las ardientes llamas del amable Corazón de Jesús.

Pero es preciso que el amor os haga llegar hasta allí. Hay que sufrir por amor, haciéndose continua violencia, mortificándose y humillándose por amor y quedando muy satisfechas cada vez que encontremos ocasiones de probar nuestro amor a este único Amigo de nuestros corazones.

Todo lo que acabo de deciros señala el principio, el progreso y el fin de vuestra vida. La corona no se dará ni a los principiantes, ni a los proficientes, sino sólo a los victoriosos que perseveren hasta el fin.

Y cuando cometáis algunas faltas de orgullo o amor propio, bien sea excusándoos o de otra manera, o haciendo a las demás lo que no quisierais que os hicieran a vosotras, marchitáis otras tantas flores de vuestras coronas y las hacéis perder el buen olor que tenían. Y también cuando tratéis de insinuaros en la estima y amistad de las criaturas, cuantas veces lo hagáis voluntariamente, serán otras tantas letras que quitaréis de vuestro nombre escrito en ese Corazón adorable, para grabarlas en el de la criatura.

Y cuando os descuidéis de cumplir alguna de vuestras observancias, será como si borrasedis alguna de las letras que componen vuestro nombre. Y cuando fomentéis algún pensamiento de desestima o resentimiento contra el prójimo o contra la caridad, será como si echasedis barro encima de ellas.

En fin, queridas Hermanas, no puedo admirar bastante la bondad y liberalidad de este Sagrado Corazón para con vosotras. Parece que ha abierto todos sus tesoros para enriqueceros: ¡tanto es lo que se goza en haceros bien! Pero no puedo explayarme más, sino deciros que le sois en extremo deudas, y de un modo muy particular. Si después de esto llegáis a relajaros y a aflojar en la liberalidad que os pide y que le habéis prometido, creo que puedo aseguraros que no será menos liberal en la severidad para vengarse de vuestras ingratitudes.

Tened cuidado; ahora os lo advierto, pero entonces estaré en contra vuestra. Y como el amor quiere ser correspondido y no quiere otra correspondencia que la del amor, es preciso para darle el que Él desea, que ese mismo amor grave, en cambio, en vuestros corazones el nombre de vuestro Amado. Esto podrá hacerse así:

Cuando hicieréis alguna buena obra de caridad con el prójimo, sea tolerándole o excusándole, alabándole o prestándole algún servicio, serán otras tantas letras de este Nombre adorable que grabaréis en vuestros corazones. Lo mismo cuando alcancéis alguna victoria sobre vosotras mismas, ya sea en la humildad, ya en la mortificación o de otro modo.

Pero sed fieles, constantes y amantes; nunca os lo repetiré bastante, por el mal que de lo contrario os sobrevendría.

Os digo más de lo que había pensado deciros, y hasta algunas veces más de lo que quisiera; pero el Señor sea bendito por todo y su Sagrado Corazón amado, alabado y glorificado eternamente.

LXXVI

Instrucciones a sus novicias con motivo del establecimiento
de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

(Después de la fiesta de Santa Margarita, 1685)

Habéis logrado su amistad con vuestros obsequios.—¿Cuál será la medida del cuidado que tendrá de vosotras?—En Él están escritos vuestros nombres, no los borréis.—Hay que luchar, los «cobardes y tibios son rechazados».

¡Viva † Jesús!

Para cumplir lo prometido, con motivo de nuestra pequeña empresa para honrar al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, he de deciros sencillamente lo que pienso. Y es que me parece que por medio de estas pequeñas prácticas habéis logrado su amistad; y que, haciéndolas con fidelidad, le proporcionáis tanto placer, que venís a ser el objeto de sus amorosas complacencias. Esto le da más contento que cualquier otra cosa que pudierais hacer, porque desea que este adorable Corazón sea conocido, amado y honrado. Por eso no le podríais causar mayor placer que ocupándoos en esto cuanto podáis.

Me parece que quiere os asegure, de su parte, que mientras seáis fieles, no os dejará caer en desgracia con su Sagrado Corazón, el cual tanto cuidado tendrá de vosotras cuanto os confiéis y abandonéis a Él. Pensará por vosotras cuando lleguéis a olvidaros de vosotras mismas. Pero sobre todo quiere que seáis humildes de corazón como Él, y estéis siempre ardiendo en caridad. Haréis extender la práctica de estas dos virtudes, según las luces que este Divino Corazón os dé a cada una en particular.

En verdad, mis queridas Hermanas, que estáis muy obligadas, quiero decir de un modo muy especial, a Nuestro Señor Jesucristo, por estar escritos vuestros nombres en su Sagrado Corazón por el exceso de su amor. Pero aún estáis en libertad de borrarlos. Tened cuidado de que no os suceda semejante desgracia; lo cual no podría ser más que por el pecado mortal, después de haberos desviado y alejado de este Divino Corazón. Él no os rechazará sin que primeramente vosotras le hayáis despreciado y olvidado.

Y en cuanto a lo presente, yo os suplico que hagáis valer las gracias que Él está dispuesto a concederos en las ocasiones que se presenten, si le sois fieles. Nuestra flaqueza es tan grande, que algunas con el tiempo la podrían mudar en desprecio, lo que sería gran desgracia para vosotras y mayor de lo que yo pudiera deciros.

Pero espero que, después de haber sido advertidas, le seréis todas tan fieles y estaréis de tal modo sobre aviso, que esa desgracia no ocurrirá, sino que, por el contrario, os insinuaréis cada vez más en su amistad divina, a fin de que os

consume en sus más puras llamas y os reciba a la hora de la muerte. Pero eso será después de haber luchado durante la vida.

Hay que resolverse a hacerlo y sufrirlo todo sin cansarse, pues los cobardes y tibios son rechazados.

LXXVII

Consideraciones para el día de Santa Magdalena

Cómo imitemos a esta Santa penitente en la conversión.—En dejar el mundo.—En retirarnos al desierto y subir al monte y morar en una gruta.—Cuál será nuestro «bálsamo santo».

¡Viva † Jesús!

Debemos, mis queridas Hermanas, imitar a Santa Magdalena, de este modo:

Primeramente, hemos de convertirnos del pecado a la gracia, de nosotras mismas a Dios y del amor propio al amor divino.

Ella dejó el mundo para hacer penitencia, embarcándose en el mar en calma de la santa Religión, para bogar en ella a favor del viento del espíritu de penitencia. Jesús será nuestro piloto, como lo fue de ella, si le buscamos por amor de sí mismo como ella le buscó.

Fue a ocultarse al desierto de Sainte-Baume. Del mismo modo, debemos retirarnos a menudo al desierto de nuestro corazón para echar de allí a las bestias venenosas, que son nuestro amor propio y nuestras pasiones y malas inclinaciones.

Hay en aquel desierto una elevada montaña adonde esta santa subió; así nosotras también debemos subir a la montaña de la perfección, que es inaccesible sin la mortificación. Necesariamente hay que pasar por los profundos valles de la humildad, abyección y humillación.

Hay una gruta donde la santa se retiraba. La llaga del sagrado Costado de Nuestro Señor Jesucristo será la nuestra. Había en esa gruta una piedra, en donde ella reposaba. El Sagrado Corazón será el lugar de nuestro reposo.

Y como hay un manantial de agua que corre continuamente, es preciso que el agua de la gracia destile sin cesar en nuestras almas de ese manantial de aguas, del Sagrado Corazón de Jesús.

Como aquel lugar se denomina Sainte-Baume (Bálsamo Santo), es preciso que el santo amor sea el bálsamo precioso que derrame buen olor, sobre todo lo que

acabamos de decir y queremos practicar, a fin de que nos eleve siete veces al día, como elevó a esta fiel amante. Así podremos conversar con los ángeles, separados del trato de las criaturas, para gozar de los amorosos coloquios de nuestro Amado.

Elevaremos siete veces al día nuestro espíritu al cielo, durante esta octava, para pedir al Sagrado Corazón el don de su puro amor para nosotras y para todos los corazones capaces de amarle; y el espíritu de penitencia para todos los corazones endurecidos.

LXXVIII

Despedida de la Santa al dejar a sus novicias

Las enseña a hacer de su corazón una capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús.— Cuáles serán sus partes.— Cuáles sus adornos.— «Allí entraréis tres veces al día».— Cómo explotaréis las riquezas inagotables del amantísimo Corazón de Jesús.— Cómo me manifestaréis vuestra amistad.— «Adiós, mis amadas Hermanas».

¡Viva † Jesús!

Como último adiós, mis queridas Hermanas, y con todo el afecto de mi corazón, os conjuro, por el amor que profesáis al de Nuestro Señor Jesucristo, que le seáis constantemente fieles. Guardadle inquebrantablemente las promesas que le habéis hecho, no haciendo nada de propósito, de cuanto os dé a conocer le desagrada, ni dejando de cumplir nada de lo que creáis que le es agradable. De este modo no le forzaréis a limitar los designios que tiene sobre vosotras y a retener las gracias que deseaba concederos y que infaliblemente os concederá, si no lo impedís con vuestra ingratitud e infidelidad.

Esto sería para mí un tormento insoportable, porque os confieso que estoy dispuesta a sufrir todo lo que sea necesario para procurar que seáis todas suyas y hacerle reinar en vuestros corazones. Por eso os remito a su cuidado y amorosa dirección, a la cual os ruego os abandonéis por completo diciéndoos a menudo: *Puesto que este divino Corazón es mío, ¿que me puede faltar? Y si soy toda suya, ¿quién me podrá perjudicar?*

Creo que no le podéis dar mayor prueba de amor ni que más le agrade que alojaros en el edificio que Él mismo se ha construido, que es vuestro corazón. Hay que arrojar fuera de él esos ídolos que habéis adorado tanto tiempo, sea vuestro orgullo o vuestra propia voluntad, o bien cualquier apego a la criatura. Y después de haber expulsado a todos los enemigos del Sagrado Corazón –pues así hay que nombrar a los vuestros– de esta capilla, la limpiaréis y purificaréis de toda mancha, quitando de ella todas las pasiones e inclinaciones inmortificadas. La

tapizaréis en seguida con la pureza de intención, que consistirá en hacerlo todo para complacerle.

Después, por medio de una profunda humildad, cavaréis los cimientos de su trono, que levantaréis para hacer reinar en él al Sagrado Corazón. Es este trono el puro amor divino, en medio de cuyas llamas está siempre, como una víctima de holocausto inmolada y sacrificada a la gloria de su divino Padre, por nuestro amor.

Los adornos de ese trono serán ricos y preciosos, como Él los desea, y como vosotras santamente los podáis tener:

El primero debe ser todo de oro de la santa caridad, la cual os llevará tan adelante en su amistad, que se dejará poseer de vosotras como de una esposa muy amada a la que dice con amor: *Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío, porque la caridad nos une.*

El segundo adorno será el azul de la mansedumbre que os hará conversar con Él en pleno día de su amor, como una amiga con un amigo, confiándole todas sus necesidades.

El tercero será el negro de la mortificación de vuestros sentidos, por el completo olvido y desprecio de vosotras mismas y de todo lo que no es de Dios.

El cuarto será el verde de la esperanza y confianza en su amorosa bondad, como de hijas con su Padre, que no os abandonará, si primero no le abandonáis vosotras.

El quinto será el morado de un profundo silencio, atajando toda palabra y reflexión inútil, para adorarle en silencio como a vuestro Rey. Así podréis mudar a vuestro gusto.

El pavimento de esta capilla debe ser el amor de vuestra abyección.

La lámpara o antorcha que debéis tener siempre encendida, es vuestro amor a este Divino Corazón, que mantendréis con la mecha y el aceite de las obras buenas.

La campana será una ardiente fidelidad, que llamará a todas vuestras potencias para rendirle continuo homenaje.

El dosel estará hecho del azul de una santa serenidad y paz interior, que os hará estar siempre tranquilas, en medio de los acontecimientos de la vida, conformes en todo con el beneplácito divino.

Las tres potencias de vuestra alma serán como tres ángeles destinados a prestarle continuo homenaje. La adoración de vuestro *entendimiento* no se ocupará más

que en conocerle y vuestra *voluntad* en amarle, ofreciéndole sin cesar el incienso de mil santos afectos, del deseo de agradarle y de jamás separarnos de Él. El recuerdo de vuestra *memoria* no será más que un continuo agradecimiento a sus beneficios.

La puerta de la capilla será una cruz, para indicar que todos los que allí penetren serán crucificados, puesto que hay que reinar en la cruz antes que en la gloria.

Los goznes que sostengan esta puerta estarán forjados con la sumisión y obediencia, que os tendrá siempre dispuestas a hacerlo todo y a sufrirlo todo.

La cerradura será:

*Quiero sufrir sin queja en mi dolor:
¡No me deja temer su Corazón!*

La llave estará hecha con la firme perseverancia en el amor y servicio de este amable Corazón.

El portero será la presencia de Dios, que no dejará entrar nada que pueda en lo más mínimo manchar o profanar esta santa capilla, en donde se cantará este sagrado cántico:

*El amor triunfa, goza el amor.
Nos regocija su Corazón.*

Las ventanas tendrán vidrieras del cristal de la verdadera e ingenua sencillez, a través de las cuales pasará la luz de una fe viva, que os hará buscar a Dios por amor de Él mismo, refiriéndolo todo a la mayor gloria de su Sagrado Corazón, sin fijaros en los gustos y consolaciones, sino dándole igualmente gracias por todo.

La santa modestia cuidará de adornar y tener limpia esta santa capilla.

El celo ardiente del amor del Sagrado Corazón será el juez que castigará con algunas penitencias las profanaciones que hayáis hecho o dejado hacer.

Allí entraréis tres veces al día. Por la mañana, para rendir vuestros homenajes de adoración y sacrificio a ese Sagrado Corazón, como a vuestro soberano libertador. Le sacrificaréis todo cuanto hagáis y sufráis, y todas las partes de vuestro ser, para no servir de él sino para amarle, honrarle y glorificarle, uniéndoos a sus santas intenciones y renunciando a todo lo que pueda desagradarle.

Al mediodía entraréis para rendirle vuestro homenaje de amor y de petición; le descubriréis todas vuestras llagas y las miserias de vuestra alma, por ser Él el remedio soberano de vuestros males, en todas vuestras necesidades.

Por la tarde entraréis para rendirle vuestro homenaje de gratitud y agradecerle todos sus beneficios, pidiéndole perdón, con un vivo dolor, de todas las ingratitudes e infidelidades que le hayáis podido hacer y confirme resolución de morir antes que ofenderle.

Y después, haciendo una guirnalda con los actos de virtud que hayáis practicado, le coronaréis para endulzar las punzadas que recibe con las espinas de vuestros pecados, suplicándole que repare el mal que hemos hecho con el bien que ha hecho Él.

Para tomar el descanso con seguridad, entraréis en este *Sancta Sanctorum* del Corazón amoroso de Jesús, en donde os encerraréis con la llave de un abandono amoroso a sus cuidados.

He aquí la manera como quiere el Sagrado Corazón que le edifiquéis esta santa capilla en vosotras mismas.

Podréis entrar con frecuencia en ella para buscar las riquezas de ese Sagrado Corazón, y abismar allí el abismo de vuestra actual necesidad. Si os encontráis en un abismo de tibieza y cobardía, debéis tomar el ardiente fervor de ese Sagrado Corazón, y después obrar a impulsos del mismo. Haréis lo mismo con todos los otros abismos, rogándole que os dé la gracia conforme a la necesidad del momento presente.

Cuando os sintáis turbadas y agitadas de cualquier temor en el mar tempestuoso de este mundo, en donde estamos continuamente combatidas de las olas de nuestras pasiones y malas inclinaciones, habéis de decir a vuestra alma: *¿Qué temes, puesto que llevas contigo al Corazón de Jesús y su fortuna, que es el puro amor, el tesoro y las delicias del cielo y de la tierra?*

Otras veces podréis contemplar a ese Sagrado Corazón en medio de esta capilla como un divino caño, de donde mana sin cesar la fuente de aguas vivas para regar el jardín de vuestra alma, donde se encuentran marchitas las flores de las virtudes y devolverles su belleza natural, para que vuestra alma se convierta en el vergel de sus delicias. Rogadle que después de haber sido para vosotras manantial de agua viva, sea también sol divino que ilumine y caliente siempre, a fin de que, haciendo crecer las virtudes, disipe las tinieblas de oscuridad de vuestras almas.

Cuando queráis hacer oración, entrad en ese Sagrado Corazón como en un oratorio, en donde encontraréis con qué pagar a Dios lo que le debéis, ofreciéndole la oración de Nuestro Señor para suplir las faltas de la vuestra, amando a Dios con el amor de este Divino Corazón, adorándole con sus adoraciones, alabándole con sus alabanzas, obrando con sus obras y queriendo con su voluntad.

Si me conserváis alguna amistad, de ninguna manera me la manifestaréis mejor que siendo muy fieles a este Sagrado Corazón, el cual será para vosotras manantial de todo bien, si le sois fieles. Si, por el contrario, le sois ingratas, os abandonará o se hará sordo a vuestras necesidades.

Adiós, pues, mis amadas Hermanas; seamos para siempre todas del Amado de nuestras almas. Démosle todo nuestro corazón, nuestro amor, nuestros afectos, inclinaciones y ternuras. En Él os amo y os deseo el puro amor del Sagrado Corazón, al cual suplico os consuma en sus más vivos ardores. Acordaos de que a Él es a quien hicisteis tantas promesas; nadie debe burlarse de Él.

Habéis de tener una constancia inviolable en ponerlas en práctica, cueste lo que cueste. Ya no más aficiones demasiado vivas a criatura alguna, ni a vosotras mismas, sino todo para ese Sagrado Corazón.

Bien sabe Él que, aun cuando os he entregado a todas a su Corazón, no dejaré jamás de prestaros con todo el afecto del mío mis pequeños servicios por su amor y gloria. Amén.

CUARTA PARTE

ORACIONES Y CÁNTICOS

1) ORACIONES — Muy apreciables como todo lo de nuestra gran Santa. Además de ofrecer fórmulas muy piadosas para dar forma sencilla, sólida y piadosa a todos los afectos del alma, son éstas las primeras oraciones dirigidas al Divino Corazón después de la gran Revelación de Paray y las primeras manifestaciones de la grandiosa devoción, tal cual Nuestro Señor la había enseñado a su «muy amada discípula».

Van distribuidas en cuatro secciones que se indican en su lugar.

2) CÁNTICOS — Para imitar a Mons. Gauthey, el maestro más perito en estas cuestiones, siguen éstos la numeración de las oraciones como si formaran la quinta sección de las mismas. Conformes con el ilustre escritor: «Se encuentra más de una estrofa muy bien escrita desde el punto de vista literario y poético; se ve en todos los cánticos la expresión piadosa, a veces ingenua, siempre sincera y ardiente de su amor al Corazón del Salvador».

ORACIONES

PRIMERA SECCIÓN

CUADERNITO DEL HOSPITAL DE PARAY

I

Acto de desagravio

Divino Corazón de Jesús, fuente inagotable de amor y de bondad: ¡ah!, cuánto me pesa haberos olvidado tanto y amado tan poco. ¡Oh Sagrado Corazón!, Vos merecéis los afectos y el amor de todos los corazones que habéis querido, amado y favorecido infinitamente y no recibís en cambio sino ingratitudes y frialdades, sobre todo, de mi corazón, que merece con justicia vuestra indignación. Pero como sois un Corazón de amor, también sois un Corazón de bondad, de la que quiero prevalerme para conseguir mi reconciliación y mi perdón.

¡Ay Divino Corazón!, con verdadero dolor me veo convicta y confesa de tanta bajeza, y considero el injusto proceder de mi mal corazón, que os ha robado tan indignamente el amor que os debía, para aplicárselo a sí misma o a cualquier otro mezquino entretenimiento. ¡Ah dulcísimo Corazón!, si el dolor y la vergüenza de un corazón que reconoce su error puede satisfaceros, perdonad a mi corazón; pues ése es el estado a que se ve reducido por su infidelidad y el poco cuidado que he tenido en agradaros con su amor. ¡Oh Sagrado Corazón! ¡Ay!, ¿qué otra cosa podría esperar, sino el odio y el castigo, si no confiara en vuestra misericordia? ¡Ay Corazón de mi Dios, Corazón Santísimo, Corazón a quien únicamente pertenece perdonar a los pecadores!: perdonad, si os place, a este pobre y miserable corazón. Todas sus potencias se reúnen para ofreceros con toda humildad este acto de desagravio y honrosa reparación de sus extravíos y del desordenado empleo de sus afectos.

¡Ay!, ¡cómo os he podido rehusar mi amor, yo, que tan obligada estoy a haceros su único poseedor! Y os lo he negado, sin embargo. Pero cuánto me pesa de haberme alejado así de Vos, de vuestro amor y del manantial de todo bien y, en fin, del Corazón de mi Jesús, que sin tener necesidad de mí, me había buscado y amado primero. ¡Oh Corazón adorable!, ¿cómo ha podido trataros así mi corazón; mi corazón, digo, que depende exclusivamente de vuestro amor y de vuestros beneficios; mi corazón, que si se viera privado un momento de aquél o de éstos caería en seguida en la más completa miseria o en la misma nada? ¡Ay!, cuán obligada estoy a vuestras bondades, oh bondadoso Corazón, por haber tolerado tanto tiempo mis ingratitudes. ¡Ah!, ¡qué a propósito vienen vuestras misericordias, para perdonar a este pobre e inconstante corazón!

¡Oh Corazón de mi Jesús!, ahora es cuando os entrego y os doy todo mi amor con su mismo manantial, que es mi corazón; y os doy el uno y el otro irrevocablemente, aunque con gran confusión, por haberos rehusado tanto tiempo vuestros propios bienes. ¡Ay Corazón divino!, me habéis querido dar un testimonio de vuestro inmenso amor, haciéndome capaz de obligaros por el mío; y yo ¡me he aprovechado tan mal de tan buena ocasión, para merecer vuestras gracias! ¡Ah!, ¡qué confundida estoy! ¡Ay Corazón de mi Jesús!, reformad mi infiel corazón. Haced que en adelantese ligue a vuestro amor con su amor y que se acerque a Vos, en lo porvenir, tanto como se ha alejado en el tiempo pasado, y así como Vos habéis sido su Creador, sed también un día, os lo suplico, su glorificador.

II

Treinta y tres saluciones al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo

Yo os saludo, Corazón de mi Jesús; *salvadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Creador; *perfeccionadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Salvador; *libradme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Juez; *perdonadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Padre; *governadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Esposo; *amadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Maestro; *enseñadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Rey; *coronadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Bienhechor; *enriquecedme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Pastor; *guardadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Amigo; *acariciadme*.
Yo os saludo, Corazón de mi Jesús niño; *atraedme*.
Yo os saludo, Corazón de Jesús, muriendo en la Cruz; *pagad por mí*.
Yo os saludo, Corazón de Jesús, en todos vuestros estados; *daos a mí*.
Yo os saludo, Corazón de mi Hermano; *quedaos conmigo*.
Yo os saludo, Corazón de incomparable bondad; *perdonadme*.
Yo os saludo, Corazón magnífico; *brillad en mí*.
Yo os saludo, Corazón todo amable; *abrazadme*.
Yo os saludo, Corazón caritativo; *obrad en mí*.
Yo os saludo, Corazón misericordioso; *responded por mí*.
Yo os saludo, Corazón humildísimo; *descansad en mí*.
Yo os saludo, Corazón pacientísimo; *toleradme*.

Yo os saludo, Corazón admirable y dignísimo; *benedicidme*.
Yo os saludo, Corazón pacífico; *calmadme*.
Yo os saludo, Corazón deseable y hermosísimo; *arreatadme*.
Yo os saludo, Corazón ilustre y perfecto; *ennoblecedme*.
Yo os saludo, Corazón sagrado, bálsamo precioso; *conservadme*.
Yo os saludo, Corazón santísimo y provechoso; *mejoradme*.
Yo os saludo, Corazón bendito, médico y remedio de nuestros males; *curadme*.
Yo os saludo, Corazón de Jesús, alivio de los afligidos; *consoladme*.
Yo os saludo, Corazón amantísimo, horno ardiente; *consumidme*.
Yo os saludo, Corazón de Jesús, modelo de perfección; *iluminadme*.
Yo os saludo, Corazón divino, origen de toda felicidad; *fortalecedme*.
Yo os saludo, Corazón de las bendiciones eternas; *llamadme*.

III

Consagración al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo

(Compuesta en favor de sus novicias)

¡Oh Señor Jesús!, santo y dulce amor de nuestras almas, que habéis prometido encontraros allí donde se encuentren dos o tres reunidos en vuestro nombre y quedaros en medio de ellos: he aquí, ¡oh divino y muy amable Jesús!, nuestros corazones unidos con el fin de adorar, alabar y amar, bendecir y complacer a vuestro santísimo y sagrado Corazón. A Él dedicamos y consagramos de común acuerdo los nuestros en el tiempo y en la eternidad; renunciamos para siempre a todos los amores y afectos que no se encuentran en el amor y afecto de vuestro Corazón adorable y deseamos que todos los deseos, anhelos y aspiraciones de los nuestros estén siempre conformes al beneplácito del vuestro, al cual deseamos contentar cuanto podamos.

Pero como no podemos hacer nada bueno por nosotros mismos, os suplicamos, ¡oh adorabilísimo Jesús!, por la infinita bondad y dulzura de vuestro Sacratísimo Corazón, que sostengáis los nuestros y los confirméis en esta resolución que, movidos por Vos, han formado para mejor amaros y serviros. Que no haya nada jamás capaz de separarnos y desunirnos de Vos, sino que seamos fieles y constantes en esta resolución. Queremos a este fin sacrificar al amor de vuestro Sagrado Corazón todo lo que pueda traer vanos placeres a los nuestros y distraerlos inútilmente con las cosas de este mundo, en donde confesamos que todo es vanidad y aflicción de espíritu, fuera de amaros y serviros únicamente a Vos, mi divino y muy amable Señor y Salvador Jesucristo. Seáis eternamente bendito, amado y glorificado.

IV

A la Santísima Virgen

¡Oh santísima, amabilísima y gloriosísima Virgen, Madre de Dios!, nuestra querida Madre, Señora y Abogada, a la cual estamos todas dedicadas y consagradas, teniendo a mucha gloria perteneceros en calidad de hijas, siervas y esclavas, en el tiempo y en la eternidad. Henos aquí postradas de común acuerdo a vuestros pies para renovar los votos de nuestra fidelidad y esclavitud para con Vos y rogaros que, como cosa vuestra que somos, nos ofrezcáis, dediquéis, consagréis e inmoléis al Sagrado Corazón del adorable Jesús; a nosotras y todo cuanto somos, todo lo que hagamos y padezcamos, sin reservarnos nada. No queremos otra libertad que la de amarle, ni otra gloria que la de pertenecerle en calidad de esclavas y de víctimas de su puro amor, ni más voluntad y poder que complacerle en todo (*aunque sea*) a expensas de nuestra vida.

Y puesto que tenéis dominio absoluto sobre este amable Corazón, haced, ¡oh nuestra caritativa Madre!, que reciba Él y acepte esta consagración que hoy le hacemos en vuestra presencia y por vuestro medio. Protestamos que le seremos siempre fieles, sostenidas con su gracia y vuestra ayuda, que os suplicamos no nos neguéis jamás.

¡Oh dulce esperanza nuestra!, hacednos sentir vuestro poder para con este amable Corazón de Jesús y emplead vuestra influencia para que nos permita habitar en Él para siempre. Rogadle que ejerza su soberano imperio sobre nuestras almas y haga reinar en nuestros corazones su amor, a fin de que nos consuma y transforme en Él completamente. Sea Él nuestro Padre, nuestro Esposo, nuestra defensa, nuestro tesoro, nuestras delicias, nuestro amor y nuestro todo en todas las cosas; destruya y anonade todo cuanto de amor propio se esconda en nosotras mismas, para poner en su lugar todo lo que sea enteramente suyo, para que podamos serle agradables. Sea Él el sostén de nuestra impotencia, la fuerza de nuestra debilidad y la alegría de todas nuestras tristezas.

¡Oh Sagrados Corazones de Jesús y de María!, reparad todas las faltas de los nuestros; suplid todo lo que nos falta; abrasad nuestros corazones en vuestros santos ardores; consumid todas las frialdades y cobardías que en vuestro amor y servicio cometemos, puesto que queremos hacer consistir toda nuestra dicha y felicidad en vivir y morir en calidad de esclavas del adorable Corazón de Jesús, y de hijas y siervas de su santa Madre.

V

Oración al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo

Colocadme, ¡oh mi dulce Salvador!, en vuestro sagrado costado y en vuestro Corazón adorable, que es una hoguera encendida del puro amor, y me veré a salvo. Espero que me introduciréis en él, ¡oh mi Jesús y mi soberano Bien!, porque os amo, no por las recompensas que prometéis a los que os aman, sino puramente por amor de Vos misino. Yo os amo sobre todas las cosas amables, sobre toda bondad, sobre toda belleza, sobre todos los placeres y, en fin, sobre mí misma y todo lo que no es Vos. Protesto en presencia del cielo y de la tierra que quiero vivir y morir pura y sencillamente en vuestro santo amor; y que aun cuando para amaros de esta suerte tuviera que verme perseguida, atormentada y afrontar la muerte, estoy muy contenta y diré siempre con San Pablo: *No hay criatura alguna que pueda separarme de la caridad del Sagrado Corazón de Jesucristo, a quien amo y quiero amar eternamente* (Rm 8, 39).

¡Oh Corazón amabilísimo!, Vos sois mi fortaleza, mi apoyo, mi recompensa, mi salvación, mi refugio, mi amor y mi todo. ¡Oh Corazón santísimo de Jesús, Corazón muy augusta, el Dueño de todos los corazones!: os amo, os adoro y os alabo; os doy gracias y soy toda vuestra. ¡Oh Corazón amoroso!, permaneced conmigo y en mí; gobernadme, salvadme, transformadme toda en Vos.

Oh Corazón buenísimo, Corazón sacratísimo, cuya eterna y gozosa posesión será no sólo sin disgusto, sino muy alegre y (*constituirá*) la recompensa de los bienaventurados, ¡ah!, qué deseable y qué amable sois. ¡Oh Corazón divino!, venid, venid a mí, o atraedme a Vos. ¡Oh Corazón altísimo, delicias de la Divinidad!; ¡ay!, yo os saludo desde el destierro en que me encuentro, os invoco en mi dolor y os llamo para remediar mi fragilidad. ¡Ah Corazón misericordiosísimo, Corazón compasivo y muy bueno de mi Padre y de mi Salvador!, no neguéis vuestro favor a mi indigno corazón. Destruid en mí el reinado del pecado y estableced en su lugar el de la virtud, a fin de que vuestra imagen quede perfectamente acabada y sea un día ornato de vuestro palacio celestial. Así sea.

VI

Invocaciones al Sagrado Corazón de Jesús

Humildemente postrada al pie de vuestra santa cruz, os diré a menudo, ¡oh divino Salvador mío!, para mover las entrañas de vuestra misericordia a perdonarme:

Jesús, desconocido y despreciado, *tened piedad de mí.*

Jesús, calumniado y perseguido, *tened piedad de mí.*

Jesús, abandonado de los hombres y tentado, *tened piedad de mí.*

Jesús, traicionado y vendido a vil precio, *tened piedad de mí.*
Jesús, censurado, acusado y condenado injustamente, *tened piedad de mí.*
Jesús, vestido con un hábito de oprobio y de vergüenza, *tened piedad de mí.*
Jesús, abofeteado y burlado, *tened piedad de mí.*
Jesús, arrastrado con la cuerda al cuello, *tened piedad de mí.*
Jesús, azotado hasta derramar sangre, *tened piedad de mí.*
Jesús, reputado por loco y endemoniado, *tened piedad de mí.*
Jesús, pospuesto a Barrabás, *tened piedad de mí.*
Jesús, despojado y del todo desnudo con infamia, *tened piedad de mí.*
Jesús, coronado de espinas y saludado por irrisión, *tened piedad de mí.*
Jesús, cargado con la Cruz y las maldiciones del pueblo, *tened piedad de mí.*
Jesús, agobiado de injurias, de dolores y de humillaciones, *te tened piedad de mí.*
Jesús, triste hasta la muerte, *tened piedad de mí.*
Jesús, ofendido, escupido, golpeado, ultrajado y befado, *tened piedad de mí.*
Jesús, colgado de un infame madero, en compañía de ladrones, *tened piedad de mí.*
Jesús, anonadado y deshonrado ante los hombres, *tened tened piedad de mí.*
Jesús, agobiado de toda clase de dolores, *tened piedad tened piedad de mí.*

¡Oh buen Jesús!, que habéis querido sufrir una infinidad de oprobios y de humillaciones por mi amor: imprimid fuertemente su amor y estima en mi corazón y hacedme desear que vengan sobre mí. Así sea.

VII

Aspiraciones de un alma que desea ardientemente la santa comunión

(Comunión espiritual para prepararse a la sacramental)

Oh gran Dios, a quien adoro, velado bajo esas débiles especies, ¿es posible que hayáis querido rebajaros a vivir en esa vil morada, para venir a mí y quedaros corporalmente conmigo? Los cielos son demasiado indignos para alojaros, y Vos os contentáis con esas pobres especies, para poder estar siempre conmigo.

¡Oh Bondad inconcebible!, ¿podría yo creer nunca esta maravilla, si Vos mismo no me lo asegurara? Más aún: ¿me atrevería a pensar que os dignarais venir a mi boca? Y con todo, es cierto que queréis descansar en mi lengua y bajar a mi pecho; y para convidarme a ello me prometéis mil bienes.

¡Oh Dios de majestad, pero Dios de amor! ¡Ojalá pudiera yo ser todo entendimiento para conocer esta misericordia; todo corazón, para sentirla bien, y todo lengua para publicarla! Bien veo, oh Dios de mi corazón, que me habéis

creado para hacerme el objeto de vuestros amores y el blanco de vuestras bondades inefables. Los ángeles no se cansan nunca de veros; desean este favor aun mientras gozan de él; pues ¿cómo no desear yo ardientemente poseeros?

Puesto que en esto está vuestro contento, oh mi amable Salvador, y mi necesidad me obliga a desearlo y vuestra bondad me permite esperarlo, os abro mi corazón y os ofrezco mi boca y mi lengua para que podáis trasladaros a mi pecho.

Venid, venid, ¡oh mi divino Sol! Sumida estoy en horribles tinieblas de ignorancia y de pecados: venid a deshacer estas sombras y haced brillar en mi alma las luces divinas de vuestro conocimiento.

Venid, ¡oh amable Salvador mío! A pesar de haberos Vos entregado todo entero por mí para librarme del infierno, he recaído yo miserablemente bajo la servidumbre del pecado. Venid una vez más a romper mis ligaduras, a quebrantar mis cadenas y a devolverme la libertad.

Venid, ¡oh caritativo Médico de mi alma! Después de haberme bañado en vuestra sangre y haberme vuelto en el bautismo más sana y más santa de lo que merecía, me he comprometido por mi culpa en mil peligrosas enfermedades que llevan el tedio a mi corazón, la debilidad a mi valor y la muerte a mi alma. Venid, pues, a sanarme, ¡oh mi divino Médico! Lo necesito más que aquel paralítico a quien preguntabais si quería sanar. Sí, Dios mío, sí lo deseo muy de verdad; y Vos que conocéis la tibieza de este deseo, robustecedlo más y más en mí, con los ardores de vuestro santo amor.

Venid, ¡oh el más fiel, el más tierno, el más dulce y el más amable de todos los amigos!; venid a mi corazón.

La que amáis está enferma (Jn 11, 3) y sufre una languidez peligrosa y mortal. Bien lo sabéis Vos, que leéis en el fondo de mi corazón. Si hasta ahora he sido insensible a mi desgracia e imprudente ante mi propio peligro, ahora, por vuestra gracia, lo siento, me lamento, y os pido a gritos que me socorráis. Os requiero por vuestra incomparable amistad y por vuestra palabra, para que vengáis a aliviarme. Venid y no permitáis que os dé motivo para dejarme. Prometedme, como a Santa Isabel, que habéis de querer estar siempre conmigo.

¡Venid, oh vida de mi corazón, oh alma de mi vida, oh único sostén de mi alma, oh pan de los ángeles, encarnado por mi amor, expuesto por mi rescate y dispuesto para ser mi alimento! ¡Venid a saciarme abundantemente! ¡Venid a sostenerme fuertemente! ¡Venid a hacerme crecer altamente! ¡Venid hacerme vivir, pero eficazmente, de Vos y en Vos, oh mi única vida y todo mi bien!

Si un cuerpo estuviera privado de su alma, ¿cómo la llamaría?, ¿cómo la buscaría? ¿Tengo acaso yo tan poco conocimiento de Vos y de mí, que no sepa lo que soy sin Vos? Venid, oh mi Dios y mi todo; venid a animar una vez más a mi alma, que

languidece tras de Aquél que constituye todo el adorno de su belleza y el principio de sus movimientos y la fuente de su vida.

Absorbed, os lo suplico, oh Jesús, mi único amor, todos mis pensamientos en Vos, y separad mi corazón de todo lo que existe bajo el cielo, por la fuerza de vuestro amor, más ardiente que el fuego y más dulce que la miel. Haced que muera del amor de vuestro amor, como Vos habéis muerto del amor de mi amor¹.

¡Ah, Señor!, herid de tal modo este corazón que es vuestro, y traspasadle tan fuertemente de parte a parte, que ya no pueda contener nada terreno y humano.

VIII

Oración a las cinco llagas de Jesús

¡Oh Corazón amoroso de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Oh Corazón que llagáis los corazones más duros que la roca, que caldeáis los espíritus más fríos que el hielo y enterneceís las entrañas más impenetrables que el diamante! Herid, pues, oh mi amable Salvador, mi corazón con vuestras sagradas llagas y embriagad mi alma con vuestra sangre, de suerte que, en cualquier lado adonde me vuelva, no pueda ver más que a mi Divino Crucificado y que todo cuanto mire me aparezca teñido con vuestra sangre. Oh mi buen Jesús, haced que mi corazón no halle descanso hasta que no os hay a encontrado a Vos, que sois su centro, su amor y su felicidad.

Amable Jesús mío, por la sagrada llaga de vuestro Corazón, perdonadme todos los pecados que he cometido por malicia o por falta de pureza de intención. Introducid mi perverso corazón en el vuestro que es todo divino, a fin de que, estando continuamente bajo vuestra protección y dirección, perseverare yo constantemente en hacer el bien y en huir del mal, hasta el último suspiro de mi vida.

IX

Acto de confianza en el Sagrado Corazón de Jesús

En el Sagrado Corazón de mi Jesús encuentro yo todo lo que necesita mi indigencia, porque está lleno de misericordia. Ningún remedio he encontrado más eficaz en todas mis aflicciones que el Sagrado Corazón de mi adorable Jesús. En Él duermo sin cuidado y descanso sin inquietud. Ni hay nada áspero ni enojoso que no esté endulzado por el amable Corazón de Jesús. Los enfermos y los pecadores encuentran en Él seguro asilo y permanecen en Él con toda paz. Este divino y amoroso Corazón es toda mi esperanza; Él es mi refugio. Su mérito es mi

¹ Es la traducción de aquella jaculatoria: *Amore amoris tui moriar qui amore amoris mei dignatus es mori.*

salud, mi vida y mi resurrección. Mientras no me falte su misericordia, bien provista estoy de méritos; pues cuanto más poderoso es para salvarme, en mayor seguridad me encuentro.

X

Súplica al Sagrado Corazón de Jesús

¡Oh Corazón divino!, que nos habéis mostrado en la Cruz el exceso de vuestro amor y de vuestra misericordia, dejándoos abrir para dar entrada a los nuestros: recibidlos, pues, ahora, atrayéndolos con los lazos de vuestra ardiente caridad, para consumirlos por la vehemencia de vuestro amor.

¡Oh Corazón liberalísimo!, sed todo nuestro tesoro y nuestra única suficiencia.

¡Oh Corazón amantísimo y deseable!, enseñadnos a amaros y a no desear sino a Vos.

¡Oh Corazón afabilísimo y que encontráis tanto placer en hacernos bien!: hacedme el favor de satisfacer mi deuda a la divina justicia. Soy insolvente, pagad por mí. Reparad el daño que he hecho, con el bien que habéis hecho Vos. Y a fin de que os lo deba todo, recibidme, oh Corazón caritativo, en la temida hora de mi muerte. Ocultad mi alma a la cólera divina, la cual tan a menudo he irritado. Presentaos y responded por mí, pues nada he hecho que no me condene a un eterno suplicio, si Vos no me justificáis. ¡Ah!, no consintáis que me vea privada de amaros eternamente.

Languidezco del deseo de estar unida a Vos, de poseeros a Vos y de abismarme en Vos, para no vivir más que de Vos, a quien elijo por mi perpetua morada. En vuestro Corazón todo amable es donde únicamente quiero amar, obrar y sufrir. Consumid, pues, todo lo que en mí misma hay de mí; y poned en su lugar todo lo que es de Vos y transformadme en Vos. Que no viva sino de Vos y para Vos. Sed, pues, mi vida, mi amor y mi todo. Amén.

XI

Acto de contrición al Corazón de Jesucristo

¡Oh sacratísimo y adorable Corazón de Jesús!, heme aquí humildemente postrada ante Vos con un corazón contrito y penetrado del más vivo dolor de haberos amado tan poco e injuriado tanto por mis extravíos, ingraticudes, perfidias y demás infidelidades. Por ellas me he hecho indigna de vuestra misericordia y de todas las gracias y favores de vuestro puro amor. La vergüenza y el pesar que

siento de mis pecados, no me dejan decir sino: *He pecado contra Vos. He pecado, tened piedad de mí, que soy indigna de toda misericordia:*

No me condenéis, sin embargo, oh Corazón divino, lleno de caridad. Os ruego que demostréis el exceso de vuestra bondad perdonando a esta pobre criminal, que está aquí delante de Vos como anonadada en el abismo de su nada y de su miseria. ¡Ay, Sagrado Corazón!, he pecado contra Vos. Mas no me abandonéis al rigor de vuestra justicia, que infaliblemente castigaría mi falta de amor para con Vos con la privación eterna de este mismo amor. ¡Ah, caigan sobre mí todos los tormentos, penas y miserias, antes de verme privada de amaros!

Puesto que sois Vos, oh Corazón divino, fuente de amor, a quien he injuriado con mis infidelidades y mi poco amor, cuidaos Vos mismo de vengaros. Y si queréis condenarme a abrasarme eternamente, consiento en ello, con tal de que sea en el fuego devorador de vuestro puro amor. Oh Corazón compasivo, salvadme por el exceso de vuestra misericordia. No me dejéis perecer en el diluvio de mis iniquidades. ¡Oh Corazón de amor, a Vos clamo desde el abismo de mi miseria!

Salvadme, por vuestra ardiente caridad. Salvadme, os lo ruego, por todo lo que hay en Vos más capaz de incitaros a hacerme esta gran misericordia. Tened, pues, piedad de esta pobre criminal que espera de Vos su salvación. Salvadme, pues, ¡oh Corazón misericordioso!, a cualquier precio que sea. Salvadme y no me privéis de amaros eternamente. Antes bien, que todos los momentos que me quedan de vida, se conviertan para mí en amargura, dolor y aflicción.

Pero ¿no es bastante castigo para mí el haber empezado tan tarde a amar a un Corazón tan lleno de amor? Tanto me pesa, mi soberano Bien, por amor vuestro, de haberos con tanta ingratitud ofendido, que quisiera haber sufrido como preservativo contra el pecado todas las penas del infierno desde que empecé a pecar, antes que haber cometido tantos pecados. Espero, sin embargo, que me libraré de ello vuestra misericordia. Esto es lo que os suplico, pidiéndoos a gritos perdón con todo mi corazón.

Perdonad, perdonad, pues, si os place, a este pobre y afligido corazón que ha puesto toda su confianza en Vos y no tiene otra esperanza que Vos. ¡Oh Corazón de Jesús, Salvador mío!, haced conmigo este oficio, que tan caro os costó, y no permitáis se malogre el fruto de tanto s trabajos y de una muerte tan dolorosa. Honradla, por el contrario, en mi salvación, a fin de que mi corazón pueda amaros, alabaros y glorificaros eternamente. Sed, pues, oh Sagrado Corazón, nuestro refugio y nuestro amparo, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Tomad mi causa en vuestras manos; justificadme y apartad los rigores que han merecido mis pecados. ¡Ay, Vos sois mi verdadero amigo; responded y pagad por mí! Retiradme de este abismo en que mis pecados me han precipitado ya. Escuchad, pues, si os place, los gemidos de este pobre corazón afligido, que todo

lo espera de vuestra bondad. Y si vuestra justicia lo condena como indigno de perdón, apelaré al tribunal de vuestro amor, estando pronto a sufrir todos los rigores, antes que verse un solo momento privado de amaros.

Cortad, quemad, rajad; con tal de que os ame, esto me basta. No perdonéis ni a mi cuerpo ni a mi vida, cuando se trate de vuestra gloria. Soy toda vuestra, oh divino y adorable Corazón. Obrad, pues, os suplico, mi salvación; y no me abandonéis a mí misma, castigando mis pecados con nuevas recaídas en ellos. ¡Ah, antes mil muertes que ofenderos a Vos a quien amo cien veces más que a mi vida!

¡Ay!, ¿qué gloria os podría proporcionar la pérdida de un miserable átomo? Y, en cambio, la tendréis muy grande si salváis a una pecadora tan miserable como yo. Salvadme, pues, único Amor mío, pues quiero amaros eternamente, a cualquier precio que sea. Sí, quiero amaros, por mucho que me cueste; quiero amaros con todo mi corazón.

SECCIÓN II

DE ANTIGUOS MANUSCRITOS DEL MONASTERIO DE PARAY

XII

Ejercicios de la Mañana²

En cuanto me despierto digo lo que está indicado en el Directorio y después presento mi corazón a mi Dios, a fin de que de tal modo lo llene de Sí mismo, que no quede lugar en él para las criaturas ni para mí ni para cosa alguna de este mundo:

¡Oh mi divino Jesús, no permitáis que del sueño corporal caiga en el espiritual! Despertad de tal modo mi corazón, mi espíritu y mi voluntad para amaros, que jamás cese en este amable ejercicio de amor, que me hace semejante a los ángeles. Unid, ¡oh divino Esposo!, con tanta fuerza mi corazón, mi espíritu y mi alma a Vos, que nada sea capaz de separarme un solo momento de Vos. Vos sois mi vida, mi plenitud y todo mi contento. No permitáis, Dios mío, que las ocupaciones exteriores me aparten un solo momento de vuestra santa presencia, sino que me sirvan de medios para unirme a Vos.

Pienso después en las imperfecciones a que más propensa me siento para practicar la virtud contraria. Rezo el Ángelus. Después de hacer un acto de fe y de adoración, digo:

² Escrito, con el de la Santa Misa, por orden de la M. de Saumaise.

Dios mío, os agradezco todas las gracias que he recibido de vuestra bondadosa liberalidad, particularmente la creación, conservación y vocación, la redención y la fe, y el haberme preservado esta noche de muerte repentina.

Humildemente postrada a vuestros pies, ¡oh Grandeza infinita!, confieso que no soy más que una miserable pecadora, indigna de mirar al cielo y de pisar la tierra. Os pido perdón de todos los pecados que he cometido en toda mi vida. Los aborrezco, porque Vos los aborrecéis; los detesto, porque Vos los detestáis; y tan pesarosa estoy por amor de Vos mismo de haberlos cometido, que, aun cuando no hubiera ni paraíso ni infierno, no dejaría de tener gran pesar de haberlos cometido, porque Vos sois infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas.

Yo me corregiré y me confesaré lo más pronto posible. Acepto de antemano todas las penitencias que me sean impuestas y aquellas con que os plazca castigarme en este mundo y propongo mediante vuestra santa gracia la enmienda.

Haced, Dios mío, que toda mi vida os ame con un amor verdadero, fuerte y perseverante. Oh, mi divino Jesús, ofrezco y consagro a vuestra divina Majestad mi corazón y todos sus afectos, mi alma y todas sus facultades, mi espíritu y todas sus potencias, mi entendimiento y todos sus conocimientos, mi memoria y todos sus recuerdos, y mi voluntad, que de tal modo quiero que esté ligada a la vuestra, que toda su actividad se reduzca a cumplirla perfectamente.

Oh mi amoroso Jesús, recibidme en los brazos de vuestra misericordia; unid de tal modo mis acciones, deseos, intenciones, afectos y palabras a los vuestros y animadlos tan vivamente con vuestro Santo Espíritu, que el motor único de mi vida sea vuestro amor. Os sacrifico mi cuerpo con todos sus sentidos y mi vida con todas sus acciones. Renuncio de todo corazón a las vanas sensualidades de la naturaleza, a las vanas complacencias de las criaturas y a todos los afectos de mi voluntad para abrazarme con la vuestra en todo lo que conozca seros más agradable.

Haced, mi amado Jesús, que todos mis movimientos, acciones y palabras sean otros tantos actos de adoración, amor y sumisión a vuestro beneplácito. Acepto con todo mi corazón todas las penas, aflicciones y humillaciones que os plazca enviarme. Sí, Dios mío, quiero recibirlas todas de vuestra mano, como prendas de vuestro amor. Os ofrezco todas las acciones a que me obliga mi vocación.

Confiando en vuestra misericordia, hago intención de ganar todas las indulgencias (*que pueda*) y os suplico las apliquéis a la salvación de mi alma. Me uno a todas las buenas obras que se hacen en la santa Iglesia militante, triunfante y paciente. ¡Oh Dios mío!, os pido vuestra santa bendición y pongo en vuestras manos todo mi ser, para que dispongáis de él según vuestra santa voluntad.

Yo os saludo, ¡oh mi amable Señora, y muy digna Madre de Dios! Os venero y reverencio con todo mi corazón. Os consagro mi libertad, os suplico que seáis la conductora de mis pasos, la gobernadora de mi vida, la regla de todas mis intenciones, acciones y deseos. Sed, oh Virgen Santísima, la estrella de mi navegación, el puerto seguro de mi salvación y de mi *(feliz)* eternidad. Os pido, oh dulce refugio de los pecadores, que me protejáis y me bendigáis y la gracia de vivir de vuestra vida y morir con una muerte semejante a la vuestra. Amén.

Saludo después a mi Ángel custodio y a mis santos protectores y les pido su bendición y asistencia, y por fin renuevo mis votos.

XIII Para la Santa Misa

Creo, Dios mío, que estáis aquí presente con el mismo poder con que estáis en el cielo; os adoro con todos los santos ángeles y todos los bienaventurados. Os reconozco y confieso por mi Dios, mi principio y último fin. ¡Oh Santísima, augustísima y adorabilísima Trinidad!, me postro al pie de vuestras grandezas para pedir os perdón de todas mis infidelidades, tibiezas y cobardías, del abuso que he hecho de vuestras santas gracias y del poco fruto que he sacado de los Santos Sacramentos, y de todos los pecados que he cometido en mi vida. De todos me arrepiento con todo mi corazón, por amor de Vos mismo, oh Dios mío, a quien amo mil veces más que a mi vida. Antes querría verme privada de ella que haberos ofendido.

Os suplico, por el valor infinito de vuestro santo sacrificio de la Misa, que me perdonéis y me concedáis la gracia de morir antes que desagradaros.

Digo a continuación el Confíteor.

Os ofrezco, Dios mío, el valor infinito de este sacrificio del cuerpo y sangre preciosa de mi Salvador en satisfacción de mis pecados y para pedir os la consumación de vuestras gracias, el cumplimiento de vuestra santa voluntad, la perseverancia en las buenas obras, la mortificación de mi propia voluntad, fe viva, ardiente caridad, firme esperanza, feliz tránsito de esta vida y verdadero arrepentimiento al fin de la misma.

Os lo ofrezco también, oh Dios mío, por la exaltación de la santa Iglesia, por nuestro Santo Padre el Papa, por todos los Prelados y demás ministros de la Iglesia, por nuestro Rey y todos los Príncipes cristianos y por todas las necesidades de este reino y las de mis parientes y allegados, especialmente por nuestra familia; por todas las Órdenes religiosas y por todo nuestro Instituto y, en particular, por esta Comunidad. Os suplico que proveáis a todas nuestras

necesidades espirituales, corporales y temporales. Dadnos, Dios mío, el verdadero espíritu de caridad y humildad.

Os pido la conversión de los infieles y pecadores, la extirpación de las herejías, la liberación de las almas del Purgatorio, el consuelo de los afligidos y de todos los necesitados. Os encomiendo las almas de los agonizantes; y, finalmente, me uno a todas las intenciones que tuvisteis al instituir este augusto Sacramento. Os suplico que apliquéis a todas esas intenciones su merecimiento y el de todos los otros Sacrificios que se celebran en la santa Iglesia y deseo que se cumpla en todas esas peticiones vuestra voluntad y que vuestra gracia se consuma en ellas.

Al Evangelio

Digo: «Jesús se hizo obediente hasta la muerte, etc.», como está prescrito en el *Directorio*. Después del *Credo*, cuando es día de comunión, me preparo. Cuando no comulgo, tomo un misterio de la Pasión y en él me ocupo hasta el *Sanctus*. El domingo, la oración en el Huerto de los Olivos; el lunes, cómo fue traicionado por Judas y atado por los judíos; el martes, la Flagelación; el miércoles, la Coronación de espinas; el jueves, la Cruz a cuestas; el viernes, la Crucifixión; el sábado, la Santísima Virgen al pie de la Cruz.

Al Sanctus

Digo: Os ofrezco, ¡oh Dios mío!, todos los méritos infinitos de la Pasión de mi Señor Jesucristo en este santo Sacrificio, por la salvación de todas las criaturas y la remisión de todos mis pecados y de los de todo el mundo; a honra de vuestra Santísima Madre, para gloria y felicidad de todos vuestros Santos y para pedirlos la beatificación de nuestra digna Madre (*Chantal, ya Santa*) y el alivio de las almas del purgatorio.

A la elevación

Os adoro, Salvador mío, con espíritu de verdadera humildad y os ofrezco a vuestro divino Padre por medio del sacerdote, para expiación de mis pecados y de los de todo el mundo.

A la elevación del cáliz

Oh Sangre preciosa, derramaos sobre mi alma para santificarla; y haced que el amor con que la habéis derramado prenda en mi corazón para purificarlo.

Mi dulce Jesús, yo uno mi alma, mi corazón y mi espíritu a los vuestros; mi vida y mis intenciones a las vuestras; y así unida con Vos, me presento a vuestro Padre. Recibidme, oh Padre Eterno, por los méritos de vuestro divino Hijo, el cual os ofrezco en unión del sacerdote y de toda la Iglesia. No me miréis ya sino escondida en sus llagas, cubierta con su sangre y enriquecida con sus méritos. De

este modo es como me presento a Vos, a fin de que no me arrojéis de vuestra presencia, sino que me recibáis en los brazos de vuestra paternal bondad y me concedáis la gracia de la salvación. Oh Dios mío, os doy gracias por todos vuestros beneficios, por vuestra muerte y Pasión y por la institución de vuestros Santos Sacramentos, especialmente por el de nuestros Altares.

Digo el Padrenuestro.

Padre Eterno, yo os ofrezco mi entendimiento, a fin de que aprenda a no conocer nada sino a Vos. Mi dulce Jesús, os ofrezco mi memoria, a fin de que no se acuerde más que de Vos. Espíritu Santo, caridad infinita, yo os ofrezco mi voluntad, a fin de que la inflaméis y abraséis en vuestro divino amor. Adornad mi alma con vuestros siete dones y convertidme en un templo vuestro purísimo. Henchidme de vuestras gracias y preparad mi corazón para recibir espiritualmente a mi Dios.

Divino Jesús, puesto que mis pecados me hacen indigna de recibirlos en mi corazón, recibidme en el vuestro y unidme tan perfectamente a Vos, que nada sea capaz de separarme ni un solo momento de Vos. Abismad mi miseria y mi pequeñez en la grandeza de vuestras misericordias y transformadme toda en Vos, a fin de que ya no viva más que de Vos, en Vos y por amor de Vos. Venid, pues, objeto único de todas mis alegrías, a tomar posesión de este corazón que os pertenece y que no puede estar un solo momento sin Vos.

(Después de esta Comunión espiritual) Os doy gracias porque habéis tenido a bien daros espiritualmente a mi alma. Yo me doy también toda a Vos sin reserva, a fin de que hagáis todo lo que os plazca de mí. Destruid este espíritu de amor propio; abatid todo lo que tienda a elevarse y anonadad todo lo que os resista.

Al fin renuevo los votos.

XIV

Oración a Nuestro Señor, en calidad de Rey en el Santísimo Sacramento

Yo os adoro, oh Jesús, Rey poderoso, en vuestro trono de amor y de misericordia. Recibidme como esclava y súbdita vuestra, y perdonad, si os place, mis resistencias y mi rebelión a vuestro soberano dominio en mi alma. ¡Ay Rey amantísimo!, acordaos que no podríais ser misericordioso, si no tuvierais súbditos miserables. Extended, pues, os suplico, vuestra mano liberal para llenar mi extrema indigencia con el precioso tesoro de vuestro santo amor, que no es otro que Vos mismo, después de haberme vaciado de todo este miserable amor de mí misma y de todos estos vanos respetos humanos que me tienen como atada y encadenada.

Venid, oh soberano Rey mío, a romper mis lazos y libramme de esta mala servidumbre, para establecer vuestro imperio en mi corazón. Yo quiero reinar en el vuestro por medio de una ardiente caridad para con mi prójimo. No hablaré de él sino con caridad, tolerándole y excusándole; no haré con él sino lo que quisiera que hicieran conmigo; no mancharé jamás mi corazón con ningún resentimiento, ni mi lengua con ninguna maledicencia. Por nada me turbaré, a fin de que mi Rey encuentre en mí un imperio de paz. Amén.

XV

Otra oración a Nuestro Señor, Víctima

Para honrar vuestro estado de víctima en este Sacramento de amor vengo a ofrecermme a Vos en calidad de tal, suplicándoos que seáis mi sacrificador para inmolarme en el Altar de vuestro amable Corazón. Como esta víctima es bajo todo aspecto criminal, os suplico, oh mi divino Sacrificador, que tengáis a bien purificarla y consumirla en las llamas de vuestro Divino Corazón, como holocausto perfecto de amor y de gracia. Dadme así una vida nueva, de modo que pueda decir con verdad: *Sea que viva o sea que muera, ya no tengo nada ni mío ni de mí; mi Jesús es mi yo; lo mío, es ser suya. Amén*³.

XVI

Otra oración

He aquí, oh Padre compasivo, esta hija pródiga, que ha pecado contra Vos, disipando los bienes con que la habíais enriquecido. Me arrojo a vuestros pies para pedir os perdón. No me rechacéis y no os olvidéis de vuestra misericordia; tenedla de mi pobre alma, por muy indigna que sea de conseguirla. No permitáis que se pierda ante vuestros mismos ojos después de haberla dado a luz con tantos dolores vuestro Sagrado Corazón. No me deneguéis la amable condición de hija de vuestro Corazón, en el cual deseo morir a mí misma y al pecado, para no vivir más que de su vida de sumisión a la obediencia.

En este espíritu quiero hacer todas mis acciones, uniendo mi obediencia a la que rendís al sacerdote, bueno o malo, sin manifestar la pena que os causa al entrar en los corazones de los pecadores. Del mismo modo, reprimiré mis repugnancias con tal energía, que no tendrán otra manifestación de sí, que sacrificáros las, diciendo: *Jesus autem tacebat* (Mt 26, 63). Jesús fue obediente hasta la muerte; quiero, pues, obedecer hasta el último suspiro de mi vida. Amén.

³ Inspirado en San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, p. V, cap. XVI.

XVII

Oración a Nuestro Señor en calidad de Médico todopoderoso

Oh Jesús, amor mío, en memoria del sacrificio que ofrecisteis de Vos mismo sobre la Cruz y que ofrecéis ahora en el Santísimo Sacramento, os suplico que aceptéis el que os ofrezco yo de todo mi ser, inmolado y sacrificado a vuestros adorables designios y a vuestra voluntad. Recibidme en espíritu de penitencia y de sacrificio. Oh Médico celestial de mi alma, soberano remedio de mis males, a Vos me presento como una enferma desahuciada de todo médico que no sea vuestro caritativo Corazón, el único que conoce mis males y puede curarlos.

Esto es lo que espero de vuestra bondad, puesto que os habéis hecho mi medicina y mi apósito de amor en este amable Sacramento. Mi flojedad y mi frialdad en vuestro amor son la causa de todas mis enfermedades; pero si Vos queréis, podéis curarme; que yo por mi parte estoy pronta a sufrirlo todo para sanar. Cortad, quemad, sajad; con tal de que os ame y me salve, me someto a todo.

Por lo que a mí hace, estoy dispuesta a emplear el hierro y el fuego, por medio de una completa mortificación y crucifixión de mí misma, para curar las heridas que el orgullo y el amor propio han causado en mi alma. Aplicaos, pues, Vos mismo como apósito de amor a mi lánguido corazón. ¡Oh caritativo Médico mío!, tened compasión de mi debilidad y libradme de ella por la gloria de vuestro nombre. Amén.

XVIII

Oración para pedir las gracias necesarias a la vida religiosa

Señor, no permitáis que yo quebrante las Santas Reglas o me descuide en su observancia. Por eso escojo vuestro Sagrado Corazón por morada mía, a fin de que Él sea mi fortaleza en los combates, el sostén de mi debilidad, mi luz y mi guía en las tinieblas; en fin, el reparador de todos mis defectos, el santificador de todas mis intenciones y acciones. Éstas las uno a las vuestras y os las ofrezco para que me sirvan de continua disposición para recibirlos. Amén.

XIX

Acto de amor y de perfecta contrición

Humildemente postrada ante Vos, oh Sagrado Corazón de Jesús, os adoro, os alabo, os bendigo y os amo con todas las fuerzas y todo el amor de que es capaz mi corazón; pero ensanchad su capacidad y aumentad mi amor, a fin de que os ame cada vez más, y este amor me haga para siempre toda vuestra. Ésta es la

gracia que os pido para mí y para todos los corazones capaces de amaros, y particularmente para el mío rebelde, endurecido e infiel, que desde hace tanto tiempo abusa de vuestras gracias, os resiste y no hace más que ofenderos.

Llevo una vida tan remisa en vuestro santo servicio, que sin un exceso de vuestra misericordia, hace ya tiempo que me habríais vomitado y rechazado como objeto de horror y de abominación, que no merece más que sufrir eternamente todos los rigores de vuestra justa cólera. Pero yo os suplico, oh Sagrado Corazón de mi adorable Jesús, que por esa ardiente caridad con que habéis consumado vuestro sacrificio en el árbol de la Cruz, como víctima de amor y de sufrimiento, y que os mantendrá como tal sobre vuestros altares hasta la consumación de los siglos, me concedáis a mí, pobre y miserable pecadora, el perdón de todos los pecados que he cometido por ingratitud, olvido e infidelidad, y de las otras injurias que os he inferido, de las cuales me arrepiento con todo mi corazón.

Os pido perdón con todo el dolor y pesar de que soy capaz y protesto que quisiera poder derramar toda mi sangre con todos los tormentos imaginables, para satisfacer a vuestra divina justicia y reparar los ultrajes que os he hecho. Acepto de antemano todos los trabajos con que os plazca castigarme en esta vida, a excepción del de verme abandonada a mí misma y al pecado y quedar por esto privada de vuestro amor.

Oh divino y amabilísimo Corazón, no me condenéis a un tormento tan horrible como el de no amaros. Vengan todas las penas del infierno a atormentarme, antes de estar un solo momento sin amaros. Oh Divino Corazón, manantial de amor y de bondad: ¿cómo podríais olvidaros de vuestra misericordia condenando a la eterna privación de vuestro amor, a un corazón que no quiere vivir más que para amaros y no respirar ni aspirar más que a este amor, en el tiempo y en la eternidad?

Escuchad, pues, oh amabilísimo Corazón de mi Señor Jesucristo, el ruego que os hago y la petición que os presento en mi favor, por más indigna y miserable pecadora que sea, pidiéndoos mi verdadera conversión. Detesto lo pasado con tanto horror, que escogería antes verme abismada en el infierno, que volver a reincidir en lo porvenir; y si queréis condenarme a las llamas, que sea únicamente a las de vuestro puro amor.

Abismadme en ese horno ardiente, en castigo de todas mis perfidias. Y si acaso alguna vez os incitara el exceso de vuestra bondad a concederme alguna gracia, no os pediría otra sino este dulce suplicio de amor. Mas haced, os lo ruego, que me consuma en él para transformarme en Vos. Y para vengaros de mi falta de amor por haberme amado desordenadamente a mí misma, atravesad y traspasad mil y mil veces mi corazón ingrato con el dardo de vuestro puro amor y esto de suerte que no pueda contener y a nada terreno ni humano, sino la única plenitud

de vuestro puro amor, que no me deje otra libertad que la de amaros padeciendo y cumpliendo, en todo, vuestra santa voluntad.

Éstas son las gracias que os pido, oh Sagrado y amabilísimo Corazón, y las que os ruego me concedáis a mí y a todos los corazones capaces de amaros, para los cuales os pido morir en este mismo amor. Amén.

XX

Unión a Jesús inmolado⁴

Oh mi dulce Jesús, único amor de mi corazón, dulce suplicio de mi alma y martirio agradable de mi carne y de mi cuerpo: la única gracia que os pido, para honrar vuestro estado de hostia en el Santísimo Sacramento, es vivir y morir como víctima de vuestro Sagrado Corazón, por un amargo disgusto de todo lo que no seáis vos. Víctima de vuestra alma santísima por todas las angustias de que la mía es capaz; víctima de vuestro cuerpo por la abstención de todo lo que pueda regalar el mío, para aborrecer esta mi carne maldita y criminal.

XXI

Acto de amor al Sagrado Corazón

¡Oh amorosísimo Corazón de mi único amor, Jesús! Ya que no puedo amaros, honraros y glorificaros, según la medida del deseo que me inspiráis, invito al Cielo y a la tierra a hacerlo por mí, y me uno a esos abrasados Serafines para amaros. ¡Oh Corazón todo encendido en amor!, ¿por qué no inflamáis el Cielo y la tierra en vuestras más puras llamas, para consumir en ellas todo lo que encierran, a fin de que todas las criaturas no respiren más que vuestro amor? Concededme o morir o sufrir; o que al menos todo mi ser cambie en corazón para amaros, consumiéndome en vuestros más vivos ardores.

¡Oh fuego divino, oh llamas tan puras del Corazón de mi único amor, Jesús!, abrasadme sin compasión, consumidme sin resistencia. Ay, ¿por qué me perdonáis, puesto que no merezco sino el fuego y no soy buena más que para arder? Oh amor del Cielo y de la tierra, ¡venid, venid a mi corazón para reducirme a cenizas! Oh fuego devorador de la Divinidad, ¡venid, abalanzaos sobre mí! Abrasadme, consumidme en medio de vuestras más vivas llamas, que hacen vivir a los que en ellas mueren. Así sea.

⁴ Copia casi literal de una oración del P. Guilloché: *Conferencias espirituales para amar perfectamente a Jesús*, II, 437.

XXII

Oración de amor al Sagrado Corazón

¡Oh Corazón que estáis abrasado y vivís de amor!, oh santuario de la Divinidad, templo de la soberana Majestad, altar de la divina Caridad, Corazón que ardéis en amor a Dios y a mí: os adoro, os amo y con profundo respeto me derrito de amor delante de Vos. Me uno a vuestras santas disposiciones; quiero, sí, quiero, arder con vuestro fuego y vivir de vuestra vida.

¡Qué alegría siento al veros feliz y dichoso! ¡Cuánta parte tomo en vuestras gracias, en vuestros dolores y en vuestra gloria, y de qué buena gana moriría y sufriría, antes que desagradaros! Oh Corazón mío, no más obrar sino movido por el Corazón sacratísimo de Jesús; es necesario expirar en silencio delante de Él, a todo lo que es humano y natural.

Oh Corazón divino, me uno a Vos y me pierdo en Vos. No quiero vivir más que de Vos, por Vos y para Vos. Mi única ocupación será permanecer en respetuoso silencio y anonadada ante Vos como una lámpara encendida que se consume delante del Santísimo Sacramento. ¡Amar, sufrir y morir! Amén.

XXIII

Oración de adoración al Santísimo Sacramento

Oh mi Señor y mi Dios Jesucristo: creo que estáis real y verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento del altar; recibid este acto de mi más profunda adoración para suplir al deseo que tendría de adoraros (*si me fuera posible*) sin cesar, y en acción de gracias por los afectos de amor que vuestro Sagrado Corazón siente para conmigo.

No puedo reconocerlos mejor que ofreciéndoo todos los actos de adoración, de resignación, paciencia y amor que ese mismo Corazón ha hecho durante su vida mortal, y que hace aún y hará eternamente en el Cielo, a fin de amaros, alabaros y adoraros dignamente por Él, tanto cuanto me sea posible. Me uno a esta ofrenda divina que hacéis a vuestro Eterno Padre; os consagro todo mi ser, y os ruego que destruyáis en mí el pecado y no permitáis que me separe de Vos eternamente. Amén.

XXIV

Breve consagración al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo⁵

Yo, N ...N ..., doy y consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo mi persona y mi vida, mis acciones; trabajos y sufrimientos, para no servirme ya de ninguna parte de mi ser sino para honrarle, amarle y glorificarle. Esta es mi voluntad irrevocable: ser toda suya y hacerlo todo por su amor, renunciando de todo corazón a cuanto pudiera desagradarle. Os elijo, pues, ¡oh Sagrado Corazón!, por el único objeto de mi amor, protector de mi vida, garantía de mi salvación, remedio de mi fragilidad y de mi inconstancia, reparador de todas las faltas de mi vida y mi asilo seguro a la hora de mi muerte.

Sed, pues, ¡oh bondadoso Corazón!, mi justificación para con Dios Padre y apartad de mí los rayos de su justa cólera. ¡Oh amoroso Corazón!, pongo toda mi confianza en Vos, porque aunque todo lo temo de mi malicia y debilidad, todo lo espero de vuestra bondad. Consumid, pues, en mí todo lo que os pueda desagradar o resistir. Que vuestro puro amor se imprima en lo íntimo de mi corazón de tal modo que jamás pueda olvidaros, ni verme separada de Vos. Os suplico por todas vuestras bondades que mi nombre esté escrito en Vos, porque quiero hacer consistir toda mi felicidad y mi gloria en vivir y morir en calidad de esclava vuestra.

XXV

Oración al Sagrado Corazón de N. S. Jesucristo⁶

Desde el profundo abismo de mi nada, me postro ante Vos, oh sacratísimo, divino y adorable Corazón de Jesús, para rendiros todos los homenajes de amor, alabanza y adoración de que soy capaz y para presentaros mis necesidades, tanto espirituales como temporales. Os descubro, como a mi mejor amigo, todas mis miserias, mi pobreza, mis desnudeces, mi flaqueza, mi pusilanimidad; en fin, todas las llagas y úlceras de mi alma, y os suplico que tengáis compasión de mí y me socorráis según la grandeza de vuestra misericordia, que tiene por trono mi extremada miseria.

Oh Corazón bondadosísimo, no tengo más esperanza que Vos; salvadme, os ruego, por lo que más eficazmente pueda moveros a concederme este favor a mí y a todos aquellos que se encuentran en el mismo peligro de su salvación. ¡Ay!, no permitáis que perezca en el diluvio de mis iniquidades; y con tal de que os ame eternamente, haced, por lo demás, cuanto os plazca de mí y en mí. Acordaos que

⁵ El autógrafo se conserva en la Visitación de Nevers. Se encuentra también esta consagración al principio de la Carta 54.

⁶ Los autógrafos de esta oración y de la siguiente, están en el Monasterio de la Visitación de Autun.

sois todopoderoso, no defraudéis mis esperanzas y acceded a la petición que os hago ahora en favor de esas personas afligidas por la enfermedad o por cualquiera otra necesidad. Inclinaos, oh Corazón de amor, a mi humilde oración, por la cual os pido mi salvación y la de todos mis parientes y amigos y el alivio de las almas del Purgatorio, sobre todo de las más desamparadas.

Os pido también, oh Divino Corazón, por los méritos de esas almas pacientes, el don de oración y la gracia de no separarme nunca de Vos y de vivir y morir como verdadera hija de la Visitación e indigna esclava de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, a los cuales suplico con todo mi corazón me fortalezcan en mi actual resolución, etc.⁷.

XXVI

Elevación al Sagrado Corazón de Jesús

Yo os adoro, os amo, os alabo, os pido favor, os doy gracias, os invoco y me entrego confiadamente a Vos, oh santísimo y adorabilísimo Corazón de mi Señor y Salvador Jesucristo. Vos os sometisteis, por la salvación de todos nosotros, a los rigores de la divina justicia y aceptasteis voluntariamente un nacimiento acompañado de pobreza, dolor y desprecio, una vida llena de trabajos y contradicciones y benéfica para todos, y una muerte llena de oprobios, de confusión y dolor. Más aún; por amor de los que quieren salvarse por los efectos de vuestra divina caridad estáis con nosotros hasta la consumación de los siglos en el Santísimo Sacramento del altar.

⁷ Otro manuscrito trae una oración casi idéntica en el principio, pero que difiere bastante en la segunda parte, por lo cual la reproducimos aquí:

Oración al Sagrado Corazón de Jesús, en toda suerte de necesidades. Desde el profundo abismo de mi nada, me postro ante Vos, ¡oh Sacratísimo y Divino Corazón de Jesús!, para rendiros todos los homenajes de amor, adoración y alabanza de que soy capaz y para ofreceros todas mis necesidades y para descubrirlos confiadamente, como a mi mejor amigo, mis miserias, mi pobreza, mi desnudez, mis flaquezas, tibiezas y cobardías; en fin, todas las llagas de mi alma. Os suplico tengáis piedad y compasión de mí y me socorráis según la grandeza de vuestras misericordias. Oh caritativo Corazón, salvadme, os lo ruego, por lo que más eficazmente os pueda mover a concederme esta gracia final, a mí y a todos aquellos que se encuentran en el mismo peligro de su salvación.

¡Ay!, oh Corazón divino, no me dejéis perecer en el diluvio de mis iniquidades. Con tal de que yo os ame eternamente, haced libremente lo que os plazca de mí. En Vos he puesto mi confianza. Os llamo y os invoco como a soberano remedio de todos mis males, de los cuales el mayor es el pecado. Destruidlo en mí y perdonadme todos los que he cometido; de todos me arrepiento de todo corazón, y os pido perdón. Hacedme, pues, sentir, ¡oh amable Corazón!, vuestro soberano poder, así como a todos los corazones capaces de vuestro amor; a mis parientes y amigos y a todas las personas que se han encomendado a mis oraciones o que ruegan por mí y por las que tengo especial obligación. Asistidlas, os lo ruego, en sus necesidades, oh Corazón lleno de caridad, ablandad los corazones endurecidos y aliviad a las almas del Purgatorio; sed asilo seguro de las que están en agonía y el consuelo de todos los afligidos y necesitados. En fin, ¡oh Corazón de amor!, sedme mi todo en todas las cosas; pero, sobre todo, sed, a la hora de la muerte, el refugio seguro de mi alma atemorizada. En aquel momento, recibidla en el seno de vuestra misericordia. Amén.

Cumplid, oh adorabilísimo Corazón de Jesús, vuestra voluntad en este mi pobre y miserable corazón que os dedico y consagro para siempre. Haced que viva él en los sentimientos de amor y gratitud que os debe; que no respire en todo y por todo más que vuestro honor y gloria, a fin de que expire con los sentimientos de una perfecta contrición. Amén.

XXVII

Acto de adoración al Sagrado Corazón

Yo adoro ahora y con toda la fuerza de mi corazón vuestra soberana majestad, oh sacratísimo, divino y adorable Corazón de Jesús, a quien quiero temer y respetar con un continuo cuidado de no volver a ofenderos, porque sois infinitamente bueno.

Oh Santísimo Corazón, yo os amo y quiero amaros soberanamente sobre todas las cosas, con todas mis fuerzas y facultades. Detesto todo pecado mortal y los veniales deliberados. Espero que siendo toda vuestra, puesto que nos habéis dado a luz con tantos dolores en la Cruz, tendréis compasión de nuestras debilidades y miserias, y no permitiréis que nos perdamos.

Me ofrezco, por lo tanto, a Vos, oh Corazón de amor, con intención de que todo mi ser, mi vida y mis sufrimientos, me sirvan para amaros, honraros y glorificaros en el tiempo y en la eternidad.

Os amo, oh Corazón amabilísimo, como a mi soberano Bien, mi dicha toda y toda mi alegría, único digno del amor de todos los corazones. ¡Ojalá se redujese a cenizas mi pobre corazón, por el ardor y la vehemencia de este amor! Impulsada por él renuevo ahora con toda mi alma todos los ofrecimientos que os he hecho de mí misma. Libradme de hacer nada que os desagrade y obligue a hacer lo que más os plazca.

Oh Corazón manantial del puro amor: ¿por qué no soy toda corazón para amaros y todo espíritu para adoraros? Incapacitadme, si os place, para no amar sino a Vos, en Vos, por Vos y para Vos. Que no tenga yo memoria sino para acordarme de Vos, ni entendimiento sino para conoceros, ni voluntad y afecto sino para amaros, ni lengua sino para alabaros, ni ojos sino para miraros, ni manos sino para servirlos, ni pies sino para buscaros, a fin de que pueda amaros un día sin temor de perderos en la eternidad bienaventurada. Amén.

XXVIII

Convenio para hacerlo todo por amor y por obediencia

Movida por el ardiente deseo que tengo de ser una buena religiosa, os pido, oh mi dulce Jesús, que me hagáis enteramente conforme a esa vida de muerte con respecto a los sentidos que lleváis en el Santísimo Sacramento; en él os hacéis obediente hasta la muerte, de una manera mística, a la sencilla voz del sacerdote, bueno o malo. Haced, pues, Salvador mío, que para honrar vuestra obediencia y vuestro anonadamiento, llegue a ser humilde y obediente, según toda la extensión de la perfección señalada en nuestras santas Constituciones.

Por Vos, ¡oh Jesús!, sacrifico sin reserva mi libertad y propia voluntad a la vuestra santísima; y desaprobándolas de todo corazón, renuncio y detesto todas las intenciones, repugnancias, disgustos y murmuraciones que, apoyándose en mi orgulloso amor propio, me puedan sugerir aquéllas en todo lo que me ordenen o prohíban.

He aquí el pacto, oh mi Divino Jesús, que mi corazón hace con el vuestro sagrado: *Hacerlo todo por amor y por obediencia, y querer vivir y morir en este ejercicio, en el cual comprendo todo lo que es necesario para mi perfección.* Os suplico que toméis posesión de mi corazón y de todo lo que pueda glorificaros en mí, en el tiempo y en la eternidad. Amén.

XXIX

Pacto con el Sagrado Corazón de Jesús

¡Oh divinísimo, adorabilísimo y todo amable Corazón de Jesús!, heme aquí humildemente postrada ante Vos para adoraros, alabaros, bendeciros y glorificaros, y para reconocer vuestros soberanos derechos sobre mí. Confieso y reconozco que soy vuestra esclava, y renuevo mis protestas de amor y fidelidad para con Vos.

¡Oh Corazón santísimo!, recibidme, puesto que soy y quiero ser toda vuestra, a pesar de toda la oposición que mis enemigos puedan suscitar. No me rechazéis, sino reconoced lo que os pertenece, recibidlo y defendedlo. Sostened mi debilidad en el ardiente deseo que tengo de amaros y agradaros. Dadme, si os place, las gracias necesarias para realizar perfectamente este deseo y para orar, obrar y sufrir en la pureza de vuestro amor.

¡Oh Corazón Sagrado!, yo me doy y consagro toda a Vos: mi corazón, mi entendimiento, mi memoria y mi voluntad, a fin de que todo lo que haga y sufra sea por vuestro amor y gloria; que todo lo que vea y oiga me lleve a amaros; que todas mis palabras sean otros tantos actos de adoración, de amor y de alabanza

a vuestra soberana majestad y que los movimientos de mis labios sean también otros tantos actos de contrición de todos los pecados que he cometido y de todo el bien que he omitido.

También os pido, oh amoroso Corazón, que consiga atraeros a mí, tantas veces como aspiro el aire para respirar; y que cuantas veces respire os ofrezca al Eterno Padre para pagarle todo lo que le debo. Haced, ¡oh Sagrado Corazón!, que todas las palpitaciones y latidos de mi corazón y de mis pulmones sean otras tantas acciones de gracias y señales de gratitud por todos los dones y favores que me habéis hecho y que habéis tenido intención de hacerme.

Quitad, pues, si os place, todos los impedimentos (*para, vuestro puro amor*), pues renuncio y desapruébo todos los movimientos de orgullo y de amor propio, y todo lo que me impide amaros perfectamente y serviros fielmente.

Oh Corazón lleno de bondad, escuchadme y atendedme. Oh Corazón Sagrado, de quien soy, de quien dependo y por quien vivo: inflamadme, ocupadme y transformadme toda en Vos. Haced que todos los pasos que dé sean para llegar a Vos; y que todos mis movimientos y acciones sean para unirme con Vos. Protesto que querría antes sufrir mil muertes que separarme de Vos o seros infiel.

Aceptad, pues, este pacto que hago con Vos, ¡oh Corazón divino y adorable! Deseo renovarlo con todas las protestas de mi fidelidad tantas veces cuantas abra los ojos, o cuantas me ponga la mano sobre este mi corazón, que no quiero vivir, respirar y aspirar más que a amaros. Daos todo a mí y hacedme toda vuestra. Hacedme conocer y evitar todo lo que pueda desagradaros.

Protesto mil veces que si conociera alguna otra manera de juntarme, darme y unirme a Vos, la abrazaría, aun con riesgo de mi vida. Fortaleced y sostened las resoluciones y todos los buenos deseos que me dais, oh Sagrado Corazón, de amaros y agradaros. Y haced que surtan todos los buenos efectos que al dármelos pretendéis. Amén.

D. S. B.

SECCIÓN III
ORACIONES ATRIBUIDAS A LA SANTA⁸

XXX

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús

Corazón adorable de mi amable Jesús, asiento de todas las virtudes, manantial inagotable de todas las gracias, ¿qué habéis podido encontrar en mí capaz de agradaros, hasta el punto de amarme con tanto exceso, mientras que mi corazón, manchado con mil pecados, no tenía sino dureza e indiferencia para Vos? Los brillantes testimonios de la ternura de vuestro amor para conmigo, aún en el tiempo en que yo no os amaba, me hacen esperar que aceptaréis las señales por las que os quiero manifestar que ahora os amo.

Recibid, pues, oh mi amable Salvador, el deseo que tengo de consagrarme enteramente en honra y gloria de vuestro Sagrado Corazón. Recibid la donación que os hago de todo lo que soy: os consagro mi persona y mi vida, mis acciones, trabajos y padecimientos. No quiero ser en adelante más que una víctima consagrada a vuestra gloria; abrasada por ahora, y un día, si os place, completamente consumida en las sagradas llamas de vuestro amor. Os ofrezco, pues, ¡oh Señor mío y Dios mío!, sí, os ofrezco mi corazón con todos los afectos de que es capaz, los cuales quiero que sean durante toda mi vida del todo conformes a los afectos del vuestro.

Heme aquí, pues, Señor, toda de vuestro Corazón; heme aquí toda vuestra. Oh Dios mío, ¡qué grandes son vuestras misericordias para conmigo! ¡Dios de majestad! Ay, ¿quién soy yo para que os dignéis aceptar el sacrificio de mi corazón? De aquí en adelante, este corazón será todo vuestro y las criaturas no tendrán parte alguna en él; verdad es que tampoco valen la pena. Sed en adelante, amable Jesús, mi padre, mi amigo, mi dueño y mi todo; no quiero vivir sino para Vos. Recibid, amable Salvador de los hombres, el sacrificio que el más ingrato de todos ofrece a vuestro Sagrado Corazón, para reparar los agravios que no han cesado de hacerle hasta este momento, correspondiendo tan mal a su amor. Poco es lo que le doy; pero al menos le doy todo lo que puedo darle y todo lo que sé que desea; y cuando le consagro este mi corazón, se lo doy para no recobrarlo jamás.

Enseñadme, oh mi amable Salvador, el perfecto olvido de mí misma, único camino que puede darme la entrada que deseo en vuestro Corazón sagrado; y puesto que nada haré en adelante que no sea para Vos, ayudadme para que todo lo que haga sea digno de Vos. Enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor; pero dadme este mismo amor y amor muy vehemente

⁸ Así lo aseguran Mgr. Languet: *Vida de la V. Margarita María*, y Bonnardiel: *Ejercicios de devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. Véase Mons. Gauthey, II, 186.

y generoso. Dadme esa profunda humildad, sin la cual me sería imposible agradaros, y cumplid en mí perfectamente y en todo vuestra santísima voluntad, en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

XXXI

Acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesucristo

¡Adorabilísimo y muy amable Jesús, siempre lleno de amor a nosotros, siempre conmovido con nuestras miserias, siempre apremiado del deseo de darnos parte en vuestros tesoros y de daros Vos mismo todo a nosotros! Jesús, Salvador mío. Dios mío, que por el exceso del más ardiente y prodigioso de todos los amores, os habéis puesto en estado de víctima en la adorable Eucaristía, en donde os ofrecéis por nosotros, en sacrificio, un millón de veces cada día, ¿qué sentiréis Vos al no hallar en el corazón de la mayoría de los hombres más que dureza, olvido, ingratitud y desprecio por tanto amor?

¿No era bastante, oh Salvador mío, haber tomado el camino más penoso para salvarnos, aun cuando podíais demostrarnos vuestro excesivo amor a mucho menos precio? ¿No era bastante someteros una vez a esa cruel agonía y a ese mortal abatimiento causado por la horrible representación de nuestros pecados que cargaban sobre Vos? ¿Por qué querer exponeros todos los días a todas las indignidades de que era capaz la más negra malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah Dios mío y mi amabilísimo Redentor: ¿qué sentiría vuestro Sagrado Corazón a vista de tantas ingratitudes y tantos pecados? ¿Qué amargura tan íntima lo atribularía a vista de tantos sacrilegios y ultrajes?

Movida de un extremo pesar por todas esas indignidades, heme aquí postrada y anonadada delante de Vos, para desagraviaros ante el cielo y la tierra, de todas las irreverencias y ultrajes que habéis recibido en nuestros altares, desde la institución de este adorable Sacramento. Con un corazón humillado y traspasado de dolor, os pido mil y mil veces perdón de todas esas indignidades.

¡Que no pueda yo, oh Dios mío, regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos aquellos lugares en que vuestro Sagrado Corazón ha sido horriblemente ultrajado y en donde con tan incomprensible desprecio se recibieron las señales de vuestro divino amor! ¡Que no pueda yo discurrir algún nuevo homenaje de humillación y de anonadamiento, para reparar tantos sacrilegios y profanaciones! ¡Que no pueda hacerme, por un momento, dueño de los corazones de todos los hombres para reparar de algún modo, con el sacrificio que os haría de todos ellos, el olvido e insensibilidad de todos los que no han querido conoceros, o que después de conoceros os han amado tan poco!

Pero, ¡oh mi amable Salvador!, lo que me llena más de confusión, lo que todavía me debe hacer gemir más, es que yo misma he sido del número de esos ingratos. ¡Dios mío! Vos veis hasta el fondo de mi corazón; Vos sabéis el dolor que siento a la vista de mis ingratitudes y el pesar que tengo por haberos tratado tan indignamente. Bien sabéis lo dispuesta que me encuentro a sufrir y hacer todo lo necesario para repararlas. Heme aquí, pues, Señor, con el corazón destrozado de dolor, humillada, prosternada y pronta a recibir de vuestra mano todo lo que queráis exigir de mí para reparar tantos ultrajes. Herid, Señor, herid: yo bendeciré y besaré cien veces la mano que descargue sobre mí tan justo castigo.

¡Que no sea yo una víctima digna de reparar tantas injurias! ¡Que no pueda yo regar con mi sangre todos los lugares en que vuestro sagrado cuerpo fue arrastrado por el suelo y pisoteado! Demasiado feliz sería yo si pudiera, aun a costa de todos los tormentos posibles, reparar tantos y tan impíos ultrajes y desprecios. Ya que no merezco tal gracia, aceptad, al menos, mis sinceros deseos.

Recibid, Eterno Padre, este acto de desagravio que os ofrezco en unión del que el Sagrado Corazón os hizo en el Calvario y del que os ofreció al mismo tiempo María al pie de la Cruz de su Hijo. Os ofrezco también las súplicas y las reparaciones del mismo Sagrado Corazón. Perdonadme tantas indignidades e irreverencias cometidas y haced eficaz con vuestra gracia la voluntad que tengo y la resolución que tomo, de no descuidar nada en razón de amar ardientemente y honrar cuanto pueda a mi Soberano, mi Salvador y mi Juez.

Creo que está realmente presente en la adorable Eucaristía; y con tal respeto me presentaré delante de Él y con tal asiduidad le obsequiaré, que daré bien a entender mi fe en su presencia real.

Y porque hago profesión de honrar de un modo especial al Sagrado Corazón de Jesús, en él es donde quiero pasar el resto de mi vida. Concededme, Señor, la gracia que os pido de exhalar en ese Corazón mi último suspiro a la hora de mi muerte. Así sea.

XXXII

Oración para la Santa Misa

Oh Padre Eterno, permitid que os ofrezca el Corazón de Jesucristo, vuestro Hijo muy amado, como Él mismo se os ofrece en sacrificio. Recibid, si os place, esta ofrenda por mí junto con todos los deseos, sentimientos, afectos, movimientos y acciones de este Sagrado Corazón. Todos son míos, puesto que se inmola por mí; no quiero tener en adelante otros deseos que los suyos. Recibidlos en satisfacción de mis pecados para concederme (*en cambio*) por sus méritos todas las gracias que me son necesarias, sobre todo la gracia de la perseverancia final. Recibidlos

como otros tantos actos de amor, de adoración y de alabanza, que ofrezco a vuestra divina Majestad, puesto que sólo por Él sois dignamente honrado y glorificado. Amén.

XXXIII

Acto de esperanza y de contrición

Oh Salvador de mi alma, me siento infinitamente obligada a vuestra misericordia; pero nada aprecio tanto como el amor en que os consumís por mi salvación. Confieso que en agradecimiento a tan señalado favor, estoy de tal modo obligada a morir a mí misma, para no vivir ni respirar sino para Vos, que si falto a este deber, soy indigna de la vida. ¡Oh mi Divino Redentor!, en vida o en muerte me entrego toda a Vos; me es indiferente que me hagáis vivir o que me hagáis morir; me da lo mismo. Todo lo acepto con tal de que no permitáis que ni la vida ni la muerte me separen jamás de Vos.

¡Oh única esperanza mía!, no permitáis que me pierda en vuestra misma presencia después de haberme salvado con tantos trabajos. ¡Ay!, no sé yo qué será de mí; pero sé bien que, así como puedo salvarme por vuestra gracia, puedo condenarme por mi malicia. Mucho espero de vuestra gracia, pero me da miedo y me hace temblar mi malicia. En esta incertidumbre, no tengo otro recurso que los méritos de vuestra Cruz. La abrazo con todo mi corazón como la última tabla de salvación en mi naufragio. ¡Ay, Salvador mío!, honrad vuestra muerte salvándome; manifestad su gloria haciéndome feliz; consumad y terminad en mí lo que falta a vuestros sufrimientos; concededme el efecto de vuestros méritos; hacedme tal cual me deseáis, a fin de que pueda reconocer eternamente lo que vale un Dios muriendo, lo que debo a vuestra muerte.

Desgraciado de aquel que ve morir a un Dios por su amor y que no deja de ofenderle. Creo que el infierno es demasiado suave para castigar tamaña ingratitud. ¡Cómo!, después de haber muerto un Dios en la Cruz por mí; después de haberlo agotado todo para enseñarme a no ofenderle más, ¿puedo volver aún a pecar? Ah Dios mío, perdón, perdón para esta miserable pecadora y fuerzas para no pecar más y para hacer, siempre y en todo, vuestra santa voluntad.

¡Oh, mi adorable Maestro!, detesto mi pecado desde el Corazón de mi Salvador; amo a mi Dios desde el Corazón de su Hijo; como el Corazón de Jesús ha detestado, deplorando mis ofensas, yo las detesto también. Las lágrimas que de sus ojos ha vertido, son mías, pues todo me lo habéis dado, ¡oh Padre Eterno!, y por esto os ofrezco su dolor para suplir el mío. Si yo he practicado el mal, Jesús ha practicado el bien; el uno y el otro son míos. Si miráis al uno, tened en cuenta el otro. Aún me atrevo a deciros que, al ofrecéroslo, os doy más de lo que os había

quitado; pues como mucho más bueno es mi adorable Jesús que yo mala, el bien que Él ha hecho, es mucho mayor que el mal que yo he cometido. Así sea.

XXXIV

Entrega de nuestro corazón, como aguinaldo, al Corazón de Jesucristo

¡Oh Jesús!, mi queridísimo Esposo y único todo, a quien reconozco y adoro como a mi Dios y mi último fin: aquí me presento a vuestra divina Majestad para ofreceros mi corazón en perfecto holocausto y ofreceros el homenaje que os debo de mi más completa sumisión y el verdadero y perfecto amor que como Señor mío y Rey mío me pedís. Protesto que desde este momento aparto mi corazón de todo lo creado, para ponerlo en vuestras divinas manos. Este es el presente que hoy os ofrezco, oh Verbo encarnado: mi corazón. Aceptadlo, si os place, y tomad posesión de él como de cosa completamente vuestra. Sed su dueño, su fuerza y su asilo seguro en todos sus trabajos y su piloto para hacerle llegar con felicidad al puerto deseado de salvación.

Y porque sois, mi amable Jesús, infinitamente bueno, me tomo la confianza de haceros hoy una humilde súplica; y es que, sin hacer caso de mi indignidad, me deis como aguinaldo un regalo más deseable y estimable para mí, sin comparación, que todo el mundo; que me deis vuestro Divino Corazón, recibíendome en el número de vuestros más queridos amigos. Concededme este divino presente, oh generoso Señor mío, a fin de que, así como por amor os he dado y os doy de nuevo mi corazón para que sea todo vuestro, así también por vuestra gracia y misericordia me admitáis, os suplico, en el número de vuestras esclavitas. Quiero comenzar así felizmente este año en Vos y pasarlo y terminarlo felizmente con Vos y por Vos, y sin cometer ninguna falta voluntaria, mortal ni venial.

Renovad completamente el estado de mi alma, oh mi divino Jesús, y tomad entera y perfecta posesión de todo mi ser, el cual dedico y consagro en perfecto holocausto de amor a vuestro amable Corazón. Haced de mi pobre y mezquino corazón un paraíso de vuestras delicias, con las flores y frutos de las sólidas virtudes de humildad, mansedumbre, sencillez; abrasadlo sobre todo en un vivo y ardiente deseo de vuestro amor; que el único objeto de todas mis aspiraciones sea agradaros a Vos, a fin de que en el momento en que me saquéis de esta vida, no muera de otra muerte que la de vuestro amor y por vuestro amor. Así sea.

XXXV

Renovación de nuestra entrega al Sagrado Corazón de Jesús

Cuando miréis al Divino Corazón de Jesús, o le toméis en vuestras manos, acordaos de dar otra vez el vuestro a Jesucristo y decid:

¡Oh, mi amable Jesús!, aun cuando hace ya tiempo que os he dado mi corazón, os lo ofrezco, sin embargo, ahora y consagro de nuevo. ¡Oh único objeto de mi amor!, ¡oh delicias de mi alma!, dadme vuestro Corazón; amadme, buen Jesús, y estoy contenta.

Oh queridísimo y divino Corazón de mi Jesús, ¡qué caricias os haría si os poseyera! ¡Cómo os abrazaría! Oh Corazón todo amable, mil veces os besaría y me pondría de rodillas para adoraros; mil veces os apretaría estrechamente contra mi pecho, a fin de abrasarme con las llamas con que Vos os abrasáis. Oh Corazón sagrado, Corazón encendido, Corazón abrasado, Corazón divino, que habéis respirado y suspirado tantas veces por mí; no quiero de aquí en adelante respirar sino por Vos. ¡Oh buen Jesús!, separad de mi pobre corazón todo lo que os desagrade, y hacedlo manso, sencillo y humilde.

Oh, mi querido Esposo, ¡qué confusión para mí! Os he dado tantas veces mi corazón y con harta perfidia os lo he robado para dárselo a las criaturas. Ah, pobre corazón mío: vuelve a tu principio y no te separes más de él, pues de otro modo perecerás. ¡Oh Corazón sagrado de mi Jesús, Esposo querido! Muchas veces me he apartado de Vos y alejado de vuestras divinas perfecciones. Recibidme, sin embargo, de nuevo, aunque nada hay tan puro como Vos, que sois la misma pureza y santidad, y nada tan impuro como yo. Vos sois una hoguera encendida de amor, y yo tengo un corazón más duro que el mármol y más frío que el hielo. Vos habéis vivido siempre, a pesar de vuestras grandezas, anonadado y abatido; y yo que no soy más que polvo, más vil que un gusano, ¿quiero aparecer y ensalzarme?

¡Oh, mi amable Jesús!, no permitáis ya más este desorden; concededme, por el contrario, que viva estrechamente unida a Vos y oculta en vuestro Divino Corazón, al cual elijo por mi perpetua morada en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

SECCIÓN IV
ORACIONES AL VENERABLE PADRE DE LA COLOMBIÈRE⁹

XXXVI
[Al dorso de una estampa]

Con licencia de la santa obediencia, conservo esta imagen del bienaventurado P. Claudio de la Colombière, mi buen protector. Él me asistirá, si le place, con su santa y poderosa intercesión cerca del Sagrado y adorable Corazón de Jesucristo.

Oh bienaventurado P. Claudio de la Colombière, yo os tomo por mi intercesor ante el Sagrado Corazón de Jesucristo. Alcanzadme de su bondad la gracia de no resistir a los designios que tiene sobre mi alma y de convertirme en perfecta imitadora de las virtudes de su Divino Corazón. ¡Oh, mi buen protector!, espero de vos el caritativo socorro de vuestra santa intercesión y que me asistiréis, no solamente durante esta vida mortal, sino particularmente en la hora de mi muerte, contra los asaltos del demonio. Alcanzadme, os suplico, ¡oh gran santo!, la gracia de morir con la muerte mística para que llegue antes la muerte natural. Amén. Dios sea bendito.

XXXVII
Letanías del Bienaventurado P. Claudio de la Colombière¹⁰

San Claudio de la Colombière, devotísimo de la Madre de Dios,
San Claudio, espejo de todas las virtudes,
San Claudio, imitador de Jesucristo,
San Claudio, víctima del amor divino,
San Claudio, obedientísimo a la voluntad de Dios,
San Claudio, viva imagen de perfección,
San Claudio, que vivisteis desprendido de todos los intereses del mundo
en servicio del prójimo,
San Claudio, hombre de oración,
San Claudio, lleno de dones celestiales,
San Claudio, todo de Dios y dedicado todo a la salvación del prójimo,
San Claudio, torrente de divinas consolaciones,

Ruega por nosotros

⁹ Pocos años después de la muerte de su santo director (15-11-1682), le daba abiertamente Santa Margarita el nombre de «santo» y «gran santo» y se encomendaba a él: en tan gran concepto le tenía. Bien lo demuestran estas oraciones. Esta primera la escribió la Santa en el dorso de un grabado en pergamino del P. Claudio.

¹⁰ Se puede dar por seguro que fue su autora la Virgen de Paray; ésta era la tradición de aquel Monasterio. Las Letanías que vienen después en latín, ya se ve que son una traducción libre del texto francés con algunas modificaciones introducidas, probablemente, por algún Padre jesuita .

San Claudio, campo del paraíso de la Iglesia,
San Claudio, lirio plantado en tierra virgen,
San Claudio, santuario de gracias,
San Claudio, fiel observante de la ley del Altísimo,
San Claudio, cuyas palabras y ejemplos nos han llevado por el camino
de salvación,
San Claudio, hombre justo y fiel a Dios,
San Claudio, predicador de la penitencia,
San Claudio, cuya lengua ha sido como el órgano del Espíritu Santo,
San Claudio, que empleasteis toda vuestra elocuencia en publicar las
grandezas de Dios,
San Claudio, que habéis convertido los pecadores a penitencia,
San Claudio, que habéis atraído a los herejes a una verdadera
conversión,
San Claudio, sol de perfección,
San Claudio, ángel de pureza,
San Claudio, varón según el Corazón de Dios,
San Claudio, semilla del Evangelio,
San Claudio, voz de los Apóstoles,
San Claudio, antorcha del mundo,
San Claudio, huésped de Jesucristo,
San Claudio, alegría de vuestros padres,
San Claudio, honra de vuestra Patria,
San Claudio, hombre enseñado por Dios,
San Claudio, que habéis bebido en la fuente de la divinidad,
San Claudio, escudo de la fe católica,
San Claudio, martillo de los herejes,
San Claudio, que sufristeis calumnias y prisiones por la fe de Jesucristo,
San Claudio, que muchas veces arriesgasteis vuestra vida por la
conversión de los herejes,
San Claudio, glorioso mártir en el deseo,
San Claudio, que expirasteis en el Sagrado Corazón de Jesucristo,
San Claudio, cuya muerte santa correspondió a la santidad de vuestra
vida,

Ruega por nosotros

VERSÍCULO

Bienaventurado P. de la Colombière, alcanzadnos del Cielo.

RESPUESTA

La gracia de vivir y morir en el Sagrado Corazón de Jesucristo.

ORACIÓN

Oh glorioso Santo, que fuisteis prevenido de celestiales gracias cuya mortificación fue tan generosa y continua, que os privasteis de todo placer por amor de Jesucristo y llegasteis a ser infatigable en la conversión de los herejes y en la salvación de las almas; que os distinguisteis en el fervor, amor de Dios y continua presencia de su divina Majestad y en una severa fortificación de vuestros sentidos; cuya vida y costumbres expresaron con toda fidelidad las de Jesucristo alcanzándonos la gracia de que, imitando vuestras virtudes en este mundo, obtengamos la gracia de adorar eternamente con vos en el cielo al Sagrado Corazón de Jesús, por los méritos e intercesión de Jesús, María y José. Así sea.

Otra oración al Bienaventurado P. de la Colombière

Oh Dios eterno y todopoderoso, que nos habéis dado en estos últimos siglos un modelo de toda santidad en la persona del bienaventurado P. Claudio de la Colombière, vuestro fiel siervo en la Compañía de Jesús: os suplicamos que nos concedáis, por su santa y poderosa intercesión ante el Sagrado Corazón de Jesucristo, la gracia de imitarle en sus virtudes de caridad, sencillez y humildad, a fin de que podamos nosotros llegar a la eterna felicidad por el mismo Jesucristo que vive y reina por los siglos de los siglos. Así sea. Amén.

XXXVIII

Letanías en latín del Venerable P. de la Colombière

Venerande Pater Claudi Columbari, imitator Jesu Christi,
Venerande Pater Claudi Columbari, victima amoris divini,
Venerande Pater Claudi Columbari, obedientissime voluntati
divinae,
Venerande Pater Claudi Columbari, vir secundum cor Dei,
Venerande Pater Claudi Columbari, fidelis observator legis
Altissimi,
Venerande Pater Claudi Columbari, piissime erga beatam
Virginem,
Venerande Pater Claudi Columbari, speculum virtutum omnium,
Venerande Pater Claudi Columbari, imago perfectionis,
Venerande Pater Claudi Columbari, sanctuarium gratiarum
divinarum,
Venerande Pater Claudi Columbari, liliu virginale,
Venerande Pater Claudi Columbari, praedicator paenitentiae,
Venerande Pater Claudi Columbari, organum Spiritus Sancti,
Venerande Pater Claudi Columbari, panegyrista divine,
Venerande Pater Claudi Columbari, ardentissime in Deum,

Ora pro nobis

Venerande Pater Claudi Columbari, addictissime proximo,
Venerande Pater Claudi Columbari, humilis inter honores,
Venerande Pater Claudi Columbari, angele in puritate,
Venerande Pater Claudi Columbari, vir orationis amantissime,
Venerande Pater Claudi Columbari, plene fide, spe et caritate,
Venerande Pater Claudi Columbari, qui adduxisti peccatores ad
paenitentiam,
Venerande Pater Claudi Columbari, qui adduxisti haereticos ad
veram conversionem,
Venerande Pater Claudi Columbari, quem caelum gloria cumulavit,
Venerande Pater Claudi Columbari, quem Deus mirabiliter docuit,
Venerande Pater Claudi Columbari, vox apostolorum,
Venerande Pater Claudi Columbari, honor patriae viennensis,
Venerande Pater Claudi Columbari, scutum fidei catholicae,
Venerande Pater Claudi Columbari, martyrii amantissime,
Venerande Pater Claudi Columbari, qui calumniam et carcerem pro
fide Jesu Christi patienter sustulisti,
Venerande Pater Claudi Columbari, qui martyrium voluntate et re
cum gaudio suscepisti,
Venerande Pater Claudi Columbari, qui dulciter et suaviter
mortuus es in sacro Corde Jesu Christi,
Venerande Pater Claudi Columbari, cuius pretiosissima mors
respondit vitae purissimae et sanctissimae.

Ora pro nobis

ANTÍFONA

O Pater venerande, precare Deum ut vivam us et moriamur in sacro Corde
dulcissimi Domini nostri Jesu Christi.

OREMUS

O Pater colendissime, quem Deus replevit donis caelestibus; cuius mortificatio
nullam admisit voluptatem; cuius caritas Deum praetulit et proximum rebus
omnibus; cuius zelus nullum passus est limitem in convertendis haereticis; cuius
vox confregit impiorum animos; cuius mores, virtutes et habitus amorem Christi
in omnium cordibus impressere; cuius vita sanctissima fuit; cuius patientia fuit
invictissima; cuius mansuetudo maxime fuit laudanda; cuius silentium fuit in
morbis et doloribus mirandum: o Pater colendissime, cuius virtutes fuerunt
innumerae, impetra nobis tuis precibus ut moriamur mundo et vivamus caelo.
Amen.

CÁNTICOS

XXXIX

Cántico compuesto en honor del Santísimo Sacramento

1

Es la Santa Eucaristía
Mi tesoro verdadero;
Por dar vida al alma mía,
Jesús se esconde allí entero.

2

Al pie de la Hostia Sagrada
Él mi corazón hirió,
Y haciendo de él su morada,
Él fue siempre quien venció.

3

Aunque mi vida perdiera
Por llegarme al Dios de amor,
¡Mil y mil veces la diera
Dichosa, por Ti, Señor!

4

Si de todo he de apartarme
Por recibir a mi Amado,
Quiero a mí mismo dejarme
Por Jesús Sacramentado.

5

Si Tú quieres que padezca
De amor, yo también lo quiero;
Deja que mi ser entero,
Por contentarte te ofrezca.

6

¿Por qué quieres esconderte,
Si sólo te quiero a Ti?

Para que me dejes verte
Dime qué quieres de mí.

7

Corta y quema, ¡oh amor mío!
Quiero tenerte contento;
Por Ti padecer ansío.
Que es el amor mi tormento.

8

Es un horno abrasador
De llama siempre encendida,
¡Fuera mi dicha mayor
En Él sepultar mi vida!

9

Al corazón en que entras
Si es puro le das dulzura,
Pero al que manchado encuentras
No le das más que amargura.

10

Para calmar la ira santa,
Te haces víctima de amor,
Aplacando su rigor
Desde la Hostia Sacrosanta.

11

El alma pura su vida
Y la muerte la malvada,
Hallan cual justa medida
En la Hostia inmaculada.

12

Es barro el alma en pecado
Que no brilla a tus ardores,
Y la que a Ti se ha entregado
Es jardín lleno de flores.

13

¡Amor de la tierra y cielo,
Ven, reina en mi corazón!
¡Que sea jardín anhelo,
Do encuentres satisfacción!

14

Soy como el ciervo sediento
A quien hirió el cazador:
Busco el manantial, pues siento
En mí el dardo de tu amor.

15

¡Sufrir y amar sólo ansío!
No hay nada que más me encante.
¡Sufrir y amar, oh bien mío!,
Es mi aspiración constante.

16

Quiero sufrir, sin quejarme,
Desprecios, penas, dolores,
Que el amor puede endulzarme
Aun los tormentos mayores.

17

Yo quiero en tu amor perderme
Cual gota de agua en el mar,
Que cuanto pueda ofrecerme
El mundo, me ha de amargar.

18

A tu contacto divino
Das santidad y pureza,
Y hallándote en mi camino
Siento huir toda tristeza.

19

Tengo una herida de amor
Que mucho me hace penar,

Pero aunque es grande el dolor,
No quiero de ella sanar.

20

En el Calvario o Tabor,
Sólo a Ti, mi dulce Esposo,
Quiero mirar con amor,
Pues bien sé que eres celoso.

XL

Cántico al Corazón de Jesús

1

Jesús, mi Esposo adorado,
En una lección hermosa,
El misterio me ha enseñado,
De ser, sufriendo, dichosa;
Y si sufro hasta la muerte
Bendigo mi santa suerte.

2

Cuando me venció el amor
Sentí escaparse mi vida;
Pero me animó el Señor
Al verme tan abatida,
Dándome el agua sagrada
Que hizo brotar la lanzada.

3

Fuera inútil de seguro
Disputarle la victoria
A este divino amor puro;
Es cedérsela mi gloria,
Pues fue el dardo tan certero
Que hirió el corazón entero.

4

Bendigo mi hermosa suerte
Por tan dichosa sorpresa.

Que aunque quise hacerme fuerte
Mi buen Señor me hizo presa
Con las redes de su amor
Que fue siempre vencedor.

5

De este santo amor el fuego
Más corta hará mi carrera.
Que el día y la noche luego
Me hagan correr muy ligera.
Mil muertes me hace sufrir
Sus ardores al sentir.

6

Soy del Corazón Sagrado
De mi Redentor divino,
Que en Él mi nombre ha grabado,
Y ser su hostia es mi destino,
Dispuesta a sufrirlo todo
Sin gozarme de otro modo.

7

Me produce gran tormento
Esta gran disipación
Que impide que en un momento
Abrase mi corazón
En la pura y viva llama
Que consume a quien le ama.

8

El amor continuamente
Me pide el desprendimiento
De aquello que vanamente
Me dé alegría y contento
Y quiere verme humillada
Y siempre crucificada.

9

Si Vos queréis que el dolor
Consuma mi vida entera,
Estoy dispuesta, Señor,

Que por mí, sólo quisiera
Ir todo en ella inmolando
Con tal de morir amando.

10

Quiero morir enclavada
En la Cruz: morir sufriendo.
Que no me contente nada,
¡Oh Jesús!, más que ir siguiendo
Tu ejemplo y amor sublimes
Con que, al morir, nos redimes.

11

Hazme esta gracia. Señor:
Que en ninguna criatura
Pueda ya poner mi amor.
Que sólo ame tu hermosura.
Que no tenga libertad
Para dejar tu amistad.

12

Cuanta más contradicción
Encuentre mi amor sin mancha,
Más crece en mi corazón
Y más su herida se ensancha;
Pero así quiero sufrir.
Que el dolor a Él me ha de unir.

13

Amarte, Jesús, ansío,
Por todo el que te aborrece;
Quémame en tu amor, Bien mío,
Cual se abrasa el que padece
Del fuego eterno al tormento,
Y así moriré contento.

14

Quien dice amor, dice Cruz,
Y yo a su sombra dichosa
Que irradia celestial luz
Todo lo sufro gozosa.

Bendiciendo tanta suerte
Si el amor me da la muerte.

15

Dame, Corazón Sagrado,
Tu amor, que aunque haya quien tema
Que el estar siempre a tu lado
Sea vivir en cadena.
Yo mi dicha considero
Ser de ese amor prisionero.

16

¿No tienes piedad, Señor,
De este martirio constante?
¿Es que no ves mi dolor,
Ni que suspiro anhelante,
Siempre deseando la suerte
De que el amor me dé muerte?

17

Me robó tu amor, Señor,
El corazón, y vivir
Ya no puedo. Con fervor
Vengo este cambio a pedir:
¡En lugar del que has quitado,
Pon tu Corazón Sagrado!

XLI

Otro cántico al Sagrado Corazón

1

Sólo en tu Corazón
Hallo satisfacción.
En él toda la vida
Quiero estar escondida.
Siendo siempre, Señor,
Víctima de tu amor.

2

Deja que de amor viva
Estando allí cautiva,
Pues este sufrimiento
Que en esta prisión siento
Mucha más dicha encierra
Que un imperio de la tierra.

3

¡O morir o penar!
Así quiero yo llegar
Al Corazón glorioso
Que me hará victorioso,
Pasado este tormento
Que por amarle siento.

4

A un festín me convida
Y es amor la bebida;
¡Dichoso quien la bebe,
Y ya vivir no puede,
Sin este vino ansiado
Que del Cielo ha bajado!

5

Bebe este vino bueno
Porque quita el veneno
De todas las heridas;
Da las fuerzas perdidas.
Vuelve nuestra alma pura
Y nos da la ventura.

6

Como lámpara ardiente
Ante el altar pendiente.
Donde Sacramentado
Vive mi Bien Amado,
Quiero pasar la vida
En su amor consumida.

7

Es todo mi contento
Tan suave Sacramento;
Es un remedio santo
Que cura por encanto.
De quien le ama, dolores,
Penas y sinsabores.

8

¡Visítame constante,
Oh mi divino amante!
Mi corazón ansia
Poseerte cada día,
Que eres su único amigo
Y Él quiere estar contigo.

9

Por amor languidece,
Pero ya no apetece
Curarse; que tu flecha
Le hizo tan honda brecha,
Que es su único placer,
Por tu amor padecer.

10

El corazón entero,
¡Oh amigo verdadero!,
Pides al que te ama
Para echarlo en la llama
De tu amor, que es un fuego,
Que da la vida luego.

11

Sólo a Ti pertenezco
Mi Rey, y a Ti me ofrezco;
Tu Corazón amante
Me llama a sí, constante,
Y en tal dulce morada
Ya no deseo nada.

XLII
Nochebuena

1

He aquí que me despierto
Para ofrecer al Niño,
Que en un pobre portal
Por mi amor ha nacido.
Mi alma y mi corazón
Y todos mis sentidos.

2

Pero le oigo que llora
Por el rigor del frío
Que tiene entre nosotros...
¡Ay, qué pena, mi Niño!
¡Desde hoy te amaré mucho
Porque encuentres alivio!

3

Por ganar corazones,
¡Oh mi Jesús divino!,
Has bajado del Cielo,
Naciendo como un niño:
¡Tú tendrás la victoria
Pues tu amor ha vencido!

4

Del corazón y el alma
Quieres el sacrificio,
Y a ofrecértelo pronto
Debo estar decidido,
Empleándome entero
En tu santo servicio.

5

¡Ah, cuán dichosa soy;
Qué dulce es mi destino!
He encontrado a mi Esposo,
Y es tal este amor mío,

Que Él solo tendrá siempre
Entero mi cariño.

6

No sé seguir viviendo,
Pues va a morir mi Niño:
Ved cómo languidece
Del amor perseguido
Que le lleva a la Cruz
Donde va a redimirnos...

7

¡Permite que yo muera
Allí también contigo!
Pues prefiero la muerte
A verte a Ti afligido,
¡Y no quiero la vida...
Si a tu lado no vivo!

XLIII

Al Sagrado Corazón de Jesús

1

¡Oh Corazón de mi amado
Y divino Salvador,
El más hermoso y mejor,
De cuantos Dios ha creado!

2

¡Tú sólo das dicha al mundo,
Tú eres trono de la gracia,
Y es nuestra mayor desgracia
No tenerte amor profundo!

3

Siendo, como eres, dechado
De todas las perfecciones,
¿Cómo aún nuestros corazones
Todo su amor no te han dado?

4

Sabemos, Señor, que el tuyo,
Es grande infinitamente...
¡Y aun así, mezquinamente
Te dan los hombres el suyo!

XLIV

Otro cántico al Corazón de Jesús

1

Profundo abismo insondable
De virtud y de grandeza
Y tesoro inagotable
De gracias y de riqueza.

2

En Ti la Divinidad
Ha puesto sus perfecciones,
Y tu infinita bondad
Cautiva los corazones.

3

En Ti veo un horno ardiente
Con más fuego cada día;
Y perdiéndole en él, siente
Paz y dicha el alma mía.

4

Tú los divinos ardores
Aplacas desde este suelo,
Y en él, por los pecadores,
Te ofreces en la hostia al Cielo.

5

Tú, de la Divinidad,
Eres digna complacencia,
Pero enseñas la humildad
Del silencio en la elocuencia.

6

La alegría de saber
Que tiene a su Hijo amado
Es tal, que llega a tener
Al Padre Eterno admirado.

7

Mortales que la ventura
Buscáis con tal ilusión:
Copiad la humilde dulzura
Del Divino Corazón.

8

Si queréis paz y consuelo,
A este Corazón llegad;
Tomadle como modelo,
Todos sus, rasgos copiad.

9

Hombre del mundo engañado,
Condénalo ya al olvido.
Que en el Corazón Sagrado
Serás feliz escondido.

A. M. D. G.